TOM CLANCY

EL CARDENAL DEL KREMLIN

Lectulandia

Para las dos superpotencias, no hay objetivo más urgente que el de construir el primer sistema defensivo contra misiles de la guerra de las Galaxias, y nadie sabe eso mejor que los dos hombres encargados de evaluar las posibilidades soviéticas: el coronel Mikhail Filitov y el analista de la CIA Jack Ryan.

Lectulandia

Tom Clancy

El cardenal del Kremlin

El silencio del Kremlin

ePub r1.0
nadie4ever 06.10.13

Título original: *Red Rabbit*
Tom Clancy, 1988
Traducción: Benigno H. Andrade
Diseño/Retoque de portada: Alberto Castilla

Editor digital: nadie4ever
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Para el coronel F. Carter Cobb y señora

Frases

… El amor no es amor
Si se altera cuando alteración encuentra
O se dobla ante quien para apartar, aparta
—¡Oh, no! Es una marca indeleble
Que ve pasar las tempestades y jamás se inmuta

WILLIAM SHAKESPEARE

Se considera generalmente que las operaciones de los espías, saboteadores y agentes secretos se hallan fuera de los límites de las leyes naciones e internacionales. Son por lo tanto objeto de reprobación según las pautas de conducta aceptadas. Sin embargo, la Historia enseña que ninguna nación dejará de realizar estas actividades si contribuyen a satisfacer sus intereses vitales.

Mariscal de Campo Vizconde
MONTGOMERY DE EL ALAMEIN

La diferencia entre un hombre bueno y un hombre malo es la elección de la causa.

WILLIAM JAMES

PRÓLOGO. AMENAZAS: VIEJAS, NUEVAS Y ETERNAS

Lo llamaban el Arquero. Era un título honorable, aunque sus compatriotas habían abandonado sus elásticos arcos hacía más de un siglo, tan pronto como conocieron el uso de las armas de fuego. En cierto modo, el nombre reflejaba la naturaleza eterna de la lucha. El primero de los invasores occidentales porque eso era lo que pensaban de ellos había sido Alejandro el Grande, y otros lo habían seguido desde entonces. A la larga, todos fracasaban. Los miembros de las tribus afganas sostenían que la razón de su resistencia era su fe islámica, pero el obstinado valor de esos hombres formaba parte de su herencia racial tanto como sus oscuros y despiadados ojos.

El Arquero era un hombre joven…, y viejo. En las ocasiones en que tenía a la vez el deseo y la oportunidad de bañarse en algún río de montaña, cualquiera podía notar los juveniles músculos de su cuerpo de treinta años. Eran los músculos tersos de alguien para quien trepar trescientos metros sobre la roca desnuda era una parte de la vida tan irrelevante como una caminata hasta el buzón.

Eran sus ojos los que parecían viejos. Los afganos son un pueblo atractivo y elegante, cuyos rasgos enérgicos y piel blanca sufren muy pronto por el viento, el sol y el polvo, haciéndolos parecer generalmente más viejos de lo que son. En el caso del Arquero, no había sido el viento el causante del daño. Hasta hacía tres años era profesor de matemáticas, graduado de los primeros años de la universidad en un país donde la mayoría consideraba suficiente ser capaz de leer el sagrado Corán; se había casado joven como era costumbre en su tierra, y tenido dos hijos. Pero su esposa e hija ahora estaban muertas, las habían matado los cohetes disparados desde un Sukhoi-24, cazabombardero de ataque. Su hijo había desaparecido. Secuestrado. Después que los soviéticos arrasaron la aldea de la familia de su mujer con ataques aéreos, llegaron sus tropas de superficie, matando a los adultos sobrevivientes y barriendo con todos los huérfanos para transportarlos a la Unión Soviética, donde los educarían y formarían en otras modernas formas de vida. Todo porque su esposa había querido que su madre viera a los nietos antes de morir, recordaba el Arquero, todo porque una patrulla soviética había recibido disparos de arma a unos pocos kilómetros de distancia de la aldea. El día en que se enteró de esto —una semana después de lo ocurrido— el profesor de álgebra y geometría apiló cuidadosamente los libros sobre su escritorio y abandonó el pequeño pueblo de Ghazni para marchar a las montañas. Una semana más tarde después de oscurecer, volvió al pueblo, con otros tres hombres y demostró que era digno de su herencia matando a tres soldados soviéticos y apoderándose de sus armas. Aún llevaba consigo aquel primer Kalashnikov.

Pero no era por eso que lo conocían ahora como el Arquero. El jefe de su pequeña

banda de *mudjahiddines* palabra que significa «Luchador por la Libertad» era un líder perspicaz que no prejuzgó al recién llegado que había pasado su juventud en las aulas aprendiendo formas extranjeras. Ni pesó en contra del joven su inicial falta de fe. Cuando el profesor se unió al grupo sólo poseía los más superficiales conocimientos del Islam, y el jefe, recordaba las lágrimas amargas que caían como lluvia de los ojos del joven cuando su imán lo asesoraba con respecto a la voluntad de Alá. Antes de un mes se había convertido en el más implacable y más efectivo de los hombres de la banda, clara expresión del propio plan de Dios. Y el jefe lo había elegido a él para viajar a Pakistán, donde podría emplear sus conocimientos de la ciencia y de los números para aprender el uso de los misiles superficie-aire. Los primeros SAM con los que el hombre serio y silencioso de Amerikasian equipó a los *mudjaheddines* eran los propios SA-7 soviéticos, llamados por los rusos strela, «flecha». El primer SAM portátil no era realmente muy efectivo a menos que se lo utilizara con gran destreza. Sólo unos pocos tenían tal habilidad, y entre ellos, el profesor de aritmética era el mejor; y por sus éxitos con las «flechas» rusas los hombres del grupo comenzaron a llamarlo el Arquero.

En ese momento estaba esperando con un nuevo misil, el norteamericano llamado Stinger, pero ahora todos los misiles superficie-aire de su grupo —en realidad en toda la región— eran simplemente llamados flechas: herramientas para el Arquero. Estaba acostado sobre el filoso borde de la ladera de una montaña, cien metros debajo de la cumbre, y desde allí podía efectuar una buena observación a todo lo largo de un valle glacial. A su lado se hallaba su marcador, Abdul. El nombre, con toda propiedad, significaba «sirviente», ya que el adolescente cargaba misiles adicionales para su lanzador y, lo que era más importante, tenía los ojos de un halcón. Eran ojos que quemaban. Era uno de los huérfanos.

La mirada del Arquero exploraba el terreno montañoso, especialmente las salientes de las laderas, como una expresión que reflejaba un milenio de combate. El Arquero, era un hombre serio. Aunque lo suficientemente amistoso, era difícil verlo sonreír; no mostraba interés alguno en una nueva novia, ni siquiera para compartir su solitaria pena con la de alguna viuda reciente. En su vida sólo había lugar para una sola pasión.

—Allá dijo Abdul en voz baja, señalando.

Lo veo.

La batalla en la profundidad del valle, una de varias en ese día había comenzado a desarrollarse treinta minutos antes, más o menos el tiempo suficiente para que los soldados soviéticos obtuvieran apoyo de su base de helicópteros, situada a veinte kilómetros, del otro lado de la vecina línea de montañas. El sol brilló momentáneamente al reflejarse en la nariz de plástico transparente del Mi-24; lo suficiente para que ellos lo vieran, a unos quince kilómetros de distancia, pasando la

cresta de la montaña. Arriba y más lejos, mucho más allá de su alcance, volaba en círculos un solitario Antonov-26, un transporte bimotor. Estaba lleno de equipos de observación y radios, para coordinar las acciones de superficie y aéreas. Pero los ojos del Arquero siguieron únicamente al Mi-24, un helicóptero Hind, de ataque, armado con cohetes y cañones, que en ese mismo instante estaría recibiendo información del avión comando que volaba en círculos.

La aparición del Stinger había sido una dura sorpresa para los rusos, y sus tácticas aéreas estaban cambiando día a día en su esfuerzo para superar la nueva amenaza. El valle era profundo, pero más estrecho que lo normal. Para que el piloto pudiera disparar contra las guerrillas compañeras del Arquero, tenía que descender directamente por el interior de esa avenida rocosa. Se había mantenido alto, por lo menos a mil metros sobre el fondo del valle, temiendo que un equipo Stinger pudiera estar allá abajo junto a los fusileros. El Arquero observó cómo el helicóptero zigzagueaba en vuelo mientras el piloto reconocía el terreno y elegía su rumbo. Como era de esperar, el piloto se aproximaba en contra del viento, para que éste demorara el ruido de su rotor durante unos pocos segundos más, que podían ser cruciales. La radio del avión de transporte estaría sintonizada en las frecuencias conocidas que usaban los *mudjaheddines*, de manera que los rusos podían escuchar cualquier advertencia sobre su proximidad y, además, alguna señal sobre la probable ubicación del equipo de misiles. Abdul llevaba por cierto una radio, apagada y guardada entre sus ropas.

Lentamente, el Arquero levantó el lanzador y dirigió su aparato de puntería de dos elementos sobre el helicóptero que se acercaba. Hizo deslizar su pulgar lateralmente y hacia abajo sobre la pequeña palanca activadora y apoyó el hueso de su mejilla en la barra de dirección, Tuvo de inmediato el placer de oír el particular chillido de la unidad buscadora del lanzador. El piloto, después de apreciar la situación, había resuelto lo que haría. Descendió hacia el valle cerca de la ladera opuesta, poco más allá del alcance del misil, para efectuar su primera pasada abriendo fuego. La nariz del Hind estaba baja, y el artillero, desde su butaca ubicada adelante y un poco más abajo que la del piloto, estaba apuntando sus armas sobre la zona donde se encontraban los guerrilleros. Desde el fondo del valle apareció una nubecilla de humo. Los soviéticos empleaban granadas de mortero para indicar dónde estaban sus atormentadores, y el helicóptero cambió ligeramente de rumbo. Ya casi había llegado el momento. Surgieron llamas de los portacohetes del helicóptero y partió hacia abajo la primera salva de proyectiles dejando en el aire las estelas que marcaban su trayectoria.

En ese momento, otra nubecilla de humo se levantó desde tierra. El helicóptero volvió a variar su rumbo hacia la izquierda, esta vez bruscamente, mientras el humo se elevaba rápido hacia el cielo y pasaba lejos del Hind, aunque constituía todavía

una indicación de peligro hacia adelante; por lo menos, así pensó el piloto. Las manos del Arquero se cerraron sobre el lanzador. El helicóptero se deslizaba de costado acercándose exactamente a él y aumentando de tamaño en el círculo interior de la mira. Ahora estaba dentro del alcance. El Arquero apretó el botón delantero con su pulgar izquierdo, destrabando el misil y permitiendo que la cabeza buscadora infrarroja del Stinger se orientara por primera vez hacia el sector de calor irradiado por los motores turbo del Mi-24. El sonido transmitido a través del pómulo hasta su oído cambió. Ahora el misil estaba siguiendo al blanco. El piloto del Hind decidió atacar la zona desde la cual habían lanzado hacia él el misil, llevando el helicóptero aun más hacia la izquierda y virando ligeramente. Sin proponérselo, orientó las loberas de escape de sus motores jet casi directamente hacia el Arquero, mientras exploraba cautelosamente las rocas desde donde había venido el cohete.

Ahora el misil chilló fuertemente al Arquero su condición de listo, pero él, con toda paciencia, aún se contuvo. Puso su mente en el lugar del blanco, y estimó que el piloto se acercaría todavía más, hasta que su helicóptero se situara en posición conveniente para efectuar el tiro que él quería contra los odiados afganos. Y eso fue lo que hizo. Cuando el Hind se hallaba a sólo mil metros de distancia, el Arquero aspiró profundamente, elevó un poco más su aparato de puntería y susurró una breve oración de venganza. Apretó el disparador casi como si éste hubiera estado de acuerdo.

El lanzador saltó hacia atrás en sus manos y el Stinger se elevó un poco, antes de descender en busca de su blanco. Los ojos del Arquero fueron lo suficientemente penetrantes como para verlo, a pesar de la casi invisible estela de humo que dejaba. Los pequeños timones del Stinger se movían maniobrando unas pocas fracciones de milímetro, obedeciendo las órdenes generadas por su cerebro computarizado, un microchip del tamaño de una estampilla postal. Arriba, en el transporte que describía círculos; un observador vio una diminuta nube de polvo y quiso alcanzar el micrófono para transmitir una advertencia, Pero su mano apenas había tocado el plástico del instrumento cuando el misil hizo impacto.

Penetró directamente en uno de los motores del helicóptero y estalló, La aeronave quedó instantáneamente mutilada. El eje de transmisión del rotor de cola se había cortado y el Hind empezó a girar violentamente hacia la izquierda mientras el piloto intentaba hacer autorrotación para descender con el helicóptero, buscando frenéticamente un lugar plano mientras su artillero transmitía por radio un agudo grito pidiendo rescate. El piloto redujo totalmente la potencia de los motores para disminuir la intensidad de la rotación, clavó los ojos en un lugar despejado del tamaño de una cancha de tenis, cortó los contactos y activó el sistema de extinción de fuego de a bordo. Como la mayoría de los pilotos temía al fuego por sobre todas las otras cosas, aunque muy pronto comprendería su error.

El Arquero vio caer el MI-24 de trompa en un saliente rocoso unos ciento cincuenta metros debajo de su posición. Sorpresivamente, no empezó a incendiarse mientras se desarrollaba. El helicóptero dio varias vueltas sobre la roca y la cola se separó volando hacia adelante por sobre la nariz hasta caer definitivamente. El Arquero corrió cuesta abajo y Abdul lo siguió de cerca. Demoró cinco minutos.

El piloto luchaba con sus arneses, que lo sostenía colgado cabeza abajo. Estaba dolorido, pero sabía que sólo estando vivo podía sentir dolor. El nuevo modelo de helicóptero tenía mejoras en los sistemas de seguridad. Gracias a ellos y a su propia habilidad había podido sobrevivir. No así su artillero, comprobó rápidamente. El hombre de adelante colgaba inmóvil, con el cuello quebrado y los brazos caídos apuntando al suelo. El piloto no tenía tiempo para eso. Su butaca estaba deformada y el techo de la cabina, partido. El esqueleto metálico constituía ahora una prisión para el piloto. La palanca de salida de emergencia se había trabado, los cartuchos explosivos para eyección no estaban en condiciones de actuar. Sacó su pistola de la cartuchera que llevaba en el hombro y empezó a disparar contra los largueros metálicos de la estructura, de a uno por vez. Se preguntaba si el An-26 habría recibido el llamado de emergencia. Se preguntaba también si el helicóptero de rescate de su base estaría ya en camino. Su pequeña radio para rescate estaba en el bolsillo del pantalón, y él la pondría en funcionamiento tan pronto como pudiera salir de su destrozado pájaro. El piloto se cortó profundamente las manos mientras doblaba los largueros metálicos para abrirlos y poder salir. Agradeció de nuevo la suerte de no haber terminado su vida dentro de una columna de humo grasoso mientras soltaba las correas y abandonaba la aeronave saltando al suelo rocoso.

Se había quebrado la pierna izquierda. La punta astillada de un hueso blanco atravesaba el pantalón del traje de vuelo: aunque estaba demasiado profundamente conmocionado para sentirlo, se horrorizó ante la vista de la herida. Guardó la pistola en la cartuchera y arrancó una varilla metálica para usarla como bastón. Tenía que alejarse. Avanzó cojeando hasta el extremo opuesto del saliente y vio un sendero. Estaba a tres kilómetros de sus propias fuerzas. Iba a empezar a descender cuando oyó algo y se dio vuelta. La esperanza se convirtió en horror en un instante, y el piloto comprendió que una muerte en el fuego habría sido una bendición.

El Arquero agradeció a Alá mientras sacaba el cuchillo de su vaina.

No podía quedar mucho de él, pensó Ryan. El casco estaba en su mayor parte intacto por lo menos superficialmente, pero se podía ver la rústica cirugía realizada por los soldadores tan claramente como las costuras hechas en el monstruo de Frankenstein. Una comparación bastante acertada, pensó en silencio. El hombre había hecho esas cosas, pero algún día ellas podrían destruir a sus creadores en el término de una hora.

—Mi Dios, es asombroso lo grandes que parecen desde afuera…

—¿Y tan pequeños por dentro?, preguntó Marko. Había una melancólica tristeza en su voz. No hacía mucho, el capitán Marko Ramius, de la flota Voyenno Morskoi comandaba su buque hasta el interior de ese mismo dique seco. No había estado allí para ver cómo los técnicos de la Armada de los Estados Unidos lo disecaban como los patólogos a un cadáver, retirando los misiles, la planta del reactor, los sonares, las computadoras de a bordo y los equipos de comunicaciones, los periscopios y hasta las cocinas, para análisis en bases diseminadas por todos los Estados Unidos. Su ausencia se había debido a su propio pedido; el odio de Ramius al sistema soviético no se extendía a las naves que el sistema construía. Él había navegado muy bien en ésta, y el Octubre Rojo le había salvado la vida.

Y la de Ryan. Jack se pasó los dedos por la cicatriz del grosor de un cabello que tenía en la frente y se preguntó si alguien habría limpiado alguna vez su sangre de la consola del timonel.

—Me sorprende que no hayas querido sacarlo tú observó a Ramius.

No. —Marko movió negativamente la cabeza—. Solamente quiero decirle adiós. Era un buen buque.

—Muy bueno acordó Jack en voz baja. Miró el agujero a medio reparar que el torpedo del Alfa le había producido en la banda de babor y sacudió la cabeza en silencio. Lo suficientemente bueno como para salvarme el trasero cuando hizo impacto ese torpedo. Los dos hombres observaron en silencio, separados de los marineros e infantes de marina que montaban guardia en el sector desde el pasado diciembre.

El dique seco ya se estaba inundando; el agua sucia del Río Elizabeth entraba a raudales en la caja de cemento armado. Iban a sacar la nave esa noche. Seis rápidos submarinos de ataque norteamericanos estaban ya «saneando» el océano al este de la Base Naval de Norfolk; ostensiblemente formaban parte de un ejército donde también intervendrían unos pocos buques de superficie. Eran las veintiuna de una noche sin luna. El llenado del dique seco demoraría una hora. Una dotación de treinta hombres se encontraba ya a bordo. Pondrían en marcha los motores diesel de la nave y saldrían con ella al mar para realizar su segundo y último viaje, hacia la profunda fosa oceánica al norte de Puerto Rico, donde lo desintegrarían mediante explosivos con detonadores de tiempo; allí la profundidad era de ocho mil trescientos metros.

Ryan y Ramius vieron que el agua cubría los bloques de madera que soportaban el casco, mojando la quilla del buque una vez más después de casi un año. El agua entraba ahora con mayor rapidez, desfigurando las marcas de la línea de flotación pintadas a proa y a popa. Sobre la cubierta del submarino, un puñado de marineros se movía de un lado a otro con sus chalecos salvavidas de brillante color naranja; se preparaban para soltar los catorce cabos de amarre que aseguraban al submarino.

La nave estaba silenciosa. El Octubre Rojo no mostraba signo alguno de

bienvenida al agua. Tal vez sabía el destino que le esperaba, se dijo Ryan. Era un pensamiento tonto… pero él sabía también que durante milenios los marinos asignaron personalidad a las naves que tripulaban.

Finalmente empezó a moverse. El agua levantó el casco de los bloques de madera. Hubo una serie de ruidos sordos —más sentidos que oídos— mientras se desprendía de aquellos flotando lentamente, balanceándose hacia adelante y atrás unos cuantos centímetros por vez.

Pocos minutos después, el motor diesel de la nave se puso en marcha y los tripulantes que sostenían los cabos en cubierta, y los del dique, empezaron a recogerlos. Al mismo tiempo, la lona que cubría el extremo del dique que daba al mar fue retirada hacia abajo, y todos pudieron ver la niebla que cubría el agua afuera. Las condiciones estaban perfectas para la operación. Las condiciones tenían que ser perfectas; la Armada había esperado seis semanas hasta tenerlas: una noche sin luna y la espesa niebla estacional que flotaba sobre la Bahía Chesapeake en esa época del año. Cuando el último cabo quedó suelto, un oficial que se hallaba en lo alto de la torreta del submarino accionó una bocina de mano y lanzó un solo toque.

—¡Salimos! —se le oyó gritar, y los marineros de proa arriaron el pabellón y bajaron la banderola del comandante. Por primera vez Ryan se dio cuenta de que se trataba del pabellón soviético. Sonrió. Era un hermoso detalle. En el extremo posterior de la torreta, otro marinero izó la insignia naval soviética: su brillante estrella roja con el escudo de la Flota del Norte de la Bandera Roja. La Armada, siempre cuidadosa con las tradiciones, estaba rindiendo honores al hombre que se hallaba de pie a su lado.

Ryan y Ramius vieron que el submarino empezaba a moverse con su propia energía; sus dos hélices de bronce giraban suavemente, en sentido inverso al normal, para hacer retroceder a la nave hasta su entrada en el río. Uno de los remolcadores la ayudó a virar para enfrentar el norte. Un minuto después había desaparecido de la vista. A través de las aceitosas aguas del astillero sólo llegaba el persistente rumor de su motor diesel.

Marko se sonó una vez la nariz y parpadeó media docena de veces. Cuando dio la espalda al agua su voz ya era firme.

—Entonces, Ryan, ¿te trajeron aquí desde Inglaterra para esto?

—No, volví hace unas pocas semanas. Una nueva misión.

—¿Puedes decir cuál es? —preguntó Marko.

—Control de armamento. Quieren que yo coordine el aspecto de inteligencia para el equipo de negociación. Tenemos que viajar allí en enero.

—¿Y a Moscú?

—Sí, es una sesión preliminar, para redactar la agenda y realizar algunas cosas técnicas. ¿Y tú?

—Yo estoy trabajando en AUTEC en las Bahamas. Mucho sol y arena. ¿Ves como estoy quemado? —Ramius sonrió—. Vengo a Washington cada dos o tres semanas. Y vuelvo después de unas cinco horas. Estamos trabajando en un nuevo proyecto de eliminación de ruido.

—Otra sonrisa. —Es secreto.

—¡Qué bien! Entonces quiero que vengas a mi casa. Todavía te debo una cena. —Jack le dio una tarjeta—. Aquí está mi número. Llámame unos pocos días antes de venir, y yo arreglaré las cosas con la Agencia. —Ramius y sus oficiales se hallaban bajo un régimen de protección muy estricto por parte de los oficiales de seguridad de la CIA. Lo que resulta realmente asombroso, pensó Jack, era que la historia no se hubiera filtrado. Ninguno de los medios de información había recibido una sola palabra, y si la seguridad era efectivamente tan eficaz, probablemente los rusos tampoco sabían nada sobre el destino de su submarino misilístico Krazny Oktyabr. En esos momentos estaría ya virando hacia el este, pensó Jack, para pasar sobre el túnel de Hampton Roads. Más o menos una hora después empezaría a sumergirse y pondría al sudeste. Sacudió la cabeza.

La pena de Ryan por el destino del submarino quedaba atemperada por el recuerdo del propósito para el que había sido construido. Se acordó de su propia reacción, hacía un año y en la sala de misiles del buque cuando se encontró por primera vez tan cerca de esas cosas horribles. Jack aceptaba el hecho de que las armas nucleares mantenían la paz —si es que podía llamarse realmente paz a las condiciones del mundo— pero, como la mayoría de las personas que pensaban en el tema, deseaba que hubiera existido un medio mejor. Bueno, este era un submarino menos, veintiséis misiles menos, y ciento ochenta y dos ojivas nucleares menos, Estadísticamente, se dijo Ryan, no significaban mucho.

Pero era algo.

A dieciséis mil kilómetros de distancia y dos mil cuatrocientos metros de altura sobre el nivel del mar el problema era el estado del tiempo, totalmente extraño al que correspondía a la estación. El lugar se hallaba en la República Socialista Soviética de Tadzhik, y el viento llegaba desde el sur llevando todavía humedad del Océano Indico, que se precipitaba como una fría y triste llovizna. Pronto vendría el verdadero invierno, que siempre llegaba temprano allí, generalmente sobre los talones del ardiente y sofocante verano, y todo lo que fuera precipitación sería frío y blanco.

Los trabajadores eran en su mayor parte jóvenes, ambiciosos miembros de la Komsomol. Los habían llevado para ayudar a terminar un proyecto de construcción iniciado en 1983. Uno de ellos, candidato a máster en la escuela de física de la Universidad estatal de Moscú, secó la lluvia que le mojaba los ojos y se enderezó para aliviar un tirón muscular en la espalda. Esa no era forma de utilizar a un prometedor joven ingeniero, pensó Morozov. En vez de jugar con ese instrumento de

topógrafo podría haber estado en su laboratorio trabajando en lásers, pero él quería ingresar como miembro activo en el Partido Comunista de la Unión Soviética, y aún más, quería escapar al servicio militar. La combinación de la prórroga en su escuela y su trabajo para la Komsomol había ayudado mucho para el logro de su objetivo.

—¿Y bien? —Morozov se volvió, encontrándose con uno de los ingenieros del proyecto. Era un ingeniero civil que se describía a sí mismo como un hombre que conocía de cemento armado.

—Según leo, la posición es correcta, camarada ingeniero. El hombre mayor se agachó para mirar a través del visor.

—De acuerdo —dijo—. Y esa es la última, alabados sean los dioses.

Ambos hombres dieron un salto al oír el ruido de una explosión distante. Los ingenieros del Ejército Rojo eliminaban un nuevo saliente rocoso, fuera del perímetro cercado. No se necesitaba seis soldados para comprender de qué se trataba todo eso, pensó en silencio Morozov.

—Tiene buenas condiciones para los instrumentos ópticos. Tal vez llegue a ser también ingeniero civil, ¿eh? ¿Para construir cosas útiles para el Estado?

—No, camarada. Yo estudio física de alta energía… especialmente lásers. También éstos son cosas útiles.

El hombre lanzó un gruñido y sacudió la cabeza.

—Entonces quizá vuelva aquí, que Dios lo ayude.

—¿Esto es…?

—Usted no oyó nada de mi —dijo el ingeniero, con un ligero toque de firmeza en su voz.

—Comprendo —replicó Morozov en voz baja. Yo lo sospechaba.

—Yo me cuidaría de hablar de esa sospecha. —Dijo el otro en tono familiar mientras se daba vuelta para mirar otra cosa.

—Este debe de ser un lugar muy bueno para observar las estrellas —comentó Morozov, con la esperanza determinada respuesta.

—Yo no puedo saberlo —replicó el ingeniero civil sonriendo para sus adentros—. No he conocido nunca a un astrónomo.

Morozov también sonrió para sí mismo. Después de todo, había adivinado. Acababan de establecer las posiciones de los seis puntos en los cuales se instalarían los espejos. Estaban equidistantes de un punto central ubicado en un edilicio custodiado por hombres armados con fusiles. Semejante precisión, él lo sabía, sólo tenía dos aplicaciones. Una de ellas era la astronomía, que recogía luz que descendía. La otra aplicación se refería a luz que ascendía. El joven ingeniero se dijo que, era allí a donde él quería llegar. Ese lugar habría de cambiar el mundo.

I. La recepción del partido

Las negociaciones se estaban realizando. Toda clase de negociaciones. Todos lo que estaban allí lo sabían, Todos lo que se encontraban allí eran parte de ellas. Todos las necesitaban. Y, sin embargo, todos ellos en el lugar estaban, de uno u otro modo, dedicados a detenerlas. Para cada una de las personas que conversaban allí, en el Hall ST. George del Gran Palacio del Kremlin, la dualidad era una parte normal de la vida.

Los participantes eran principalmente rusos y norteamericanos y estaban divididos en cuatro grupos.

Primero, los diplomáticos y políticos. Uno podía distinguirlos con bastante facilidad por sus ropas mejores que el término medio y sus posturas erguidas, las sonrisas robóticas siempre listas y la cuidadosa dicción que persistía aun después de los muchos brindis alcohólicos. Eran los principales, lo sabían, y sus actitudes lo proclamaban.

Segundo, los soldados. No habría sido posible realizar negociaciones sobre armamentos sin los hombres que controlaban las armas, las mantenían, las probaban y las acariciaban, mientras en todo momento se decían a ellos mismos que los políticos que controlaban a los hombres nunca darían la orden de disparar. Los soldados, de uniforme, permanecían de pie en pequeños grupos de la misma nacionalidad y arma o fuerza de servicio; cada uno sostenía en la mano una copa a medio llenar y una pequeña servilleta, mientras barrían el salón con ojos inexpresivos como si estuvieran buscando alguna amenaza en un campo de batalla desconocido. Porque de eso se trataba precisamente para ellos, un campo de batalla incruento que habría de definir a los verdaderos, si sus jefes políticos perdían alguna vez el control, la paciencia, o la perspectiva, si perdían lo que hay en el ser humano que trata de evitar el condenable derroche de vidas jóvenes. En cuanto a los hombres, los soldados no confiaban en nadie que no fuera otro de ellos y, en algunos casos, confiaban en sus enemigos de uniformes de diferentes colores más que en sus propios dirigentes de ropas civiles. Por lo menos, uno sabía en qué posición estaba otro soldado. No se podía decir siempre lo mismo de los políticos, aun de los propios. Hablaban unos con otros en voz baja, siempre vigilando para ver quién escuchaba, interrumpiéndose fugazmente para tomar un rápido trago de la copa, acompañándose con otra mirada alrededor del salón. Ellos eran las víctimas, aunque también los victimarios, los perros tal vez, sujetos con correas por aquellos que se consideraban los amos de los acontecimientos.

A los soldados les costaba creer eso, además.

Tercero, los periodistas. También se podía distinguirlos por sus ropas, siempre arrugadas por el incesante hacer y deshacer valijas para avión, demasiado pequeñas para todo lo que llevaban. Carecían del lustre de los políticos y las sonrisas

estereotipadas, que sustituían con las miradas inquisitivas de los niños, mezcladas con el cinismo de los inescrupulosos. La mayoría de ellos sostenía sus copas en la mano izquierda, algunos con un pequeño anotador en vez de la servilleta, mientras escondían a medias un lápiz en la derecha, Circulaban como aves de presa. Alguno encontraba a alguien dispuesto a hablar, Otros lo veían y se acercaban para beber de la misma información. Un observador casual habría podido decir cuánto de interesante tenía la información, según la rapidez con que los periodistas se retiraban en busca de otra fuente. En este sentido, los norteamericanos y otros periodistas occidentales eran diferentes de sus contrapartes soviéticas, quienes en su mayoría se mantenían junto a sus dirigentes como los cortesanos favoritos de otras épocas, tantos para mostrar su lealtad al Partido como para actuar de topes para sus colegas de otras partes del mundo. Pero, en conjunto, ellos constituían el público en esa función teatral.

En cuarto término, el último grupo, e invisible, aquellos a quienes nadie podía identificar fácilmente. Eran los espías y los agentes de contraespionaje que querían darles caza. Se los podría distinguir de los hombres de seguridad, que observaban a todos como sospechosos, pero desde el perímetro del salón; tan invisibles como los camareros que circulaban por uno y otro lado llevando pesadas bandejas de plata con champagne y vodka en copas de cristal obtenidas de la Casa de los Romanov. Algunos de los camareros eran agentes de contraespionaje, naturalmente. Tenían que circular por todo el salón, abriendo bien sus oídos para captar cualquier fragmento de conversación, tal vez una voz demasiado baja o una palabra que no correspondía al ambiento de esa velada. No era tarea fácil. En un ángulo del salón, un cuarteto de cuerdas tocaba música de cámara a la que nadie parecía escuchar, pero también esto es una característica de las recepciones diplomáticas, y haber prescindido de ella no habría pasado inadvertido. Además, estaba el volumen del ruido humano. Había allí mucho más de cien personas, y cada una de ellas estaba hablando por lo menos la mitad del tiempo, Los que se hallaban cerca del cuarteto tenían que hablar en voz bastante alta para que los oyeran por sobre la música. Todo ese ruido resultante estaba contenido en un salón de baile de sesenta metros de largo por veinte de ancho, con piso de parquet y paredes estucadas que hacían retumbar el ruido hasta que alcanzaron un nivel que habría dañado los oídos de un niño pequeño. Los espías aprovechaban su condición de invisibles y el ruido existente para convertirse en los fantasmas de la fiesta.

Pero los espías estaban allí. Todo el mundo lo sabía. Cualquier persona en Moscú podía hablarle a uno sobre los espías. Si alguien se encontraba con un occidental con determinada frecuencia, era prudente informarlo. Si lo hacía sólo una vez y un oficial de la policía de la Milicia de Moscú o un oficial del Ejército caminando con su portafolio pasaba cerca, una cabeza se daría vuelta y seguramente se tomaría nota. Tal

vez superficialmente, tal vez no. Los tiempos habían cambiado desde la época de Stalin, por supuesto, pero Rusia era todavía Rusia, y la desconfianza hacia los extranjeros y sus ideas era mucho más antigua que cualquier ideología.

La mayor parte de las personas que estaban en el salón pensaban en ello sin pensarlo realmente… excepto quienes desempeñaban ese particular papel. Los diplomáticos y los políticos habían practicado cómo cuidar sus palabras, y en esos momentos no estaban demasiado preocupados. Para los periodistas era simplemente divertido, un fabuloso juego que en realidad no era de su incumbencia… aunque todos los periodistas de occidente sabían que él o ella eran *ipso facto* sospechosos de ser agente de espionaje, por parte del gobierno soviético. Los soldados eran quienes pensaban en el asunto más que todos los otros. Conocían la importancia de la inteligencia, la reclamaban, la valoraban, y… despreciaban a quienes la componían por los sinuosos y escurridizos que eran.

—¿Cuáles son los espías?

Naturalmente, había un puñado de personas que no se podía enmarcar en ninguna de las categorías fácilmente identificables… o que calzaban en más de una.

—¿Y cómo encontró Moscú, doctor Ryan? —preguntó un ruso. Jack se volvió abandonando momentáneamente su inspección del hermoso reloj St. George.

Frío y oscuro, me temo —respondió Ryan después de beber un trago de su champagne-Aunque no hemos tenido oportunidad de ver mucho—. Ni la tendrían, hacía unos cuatro días solamente que el grupo norteamericano se encontraba en la Unión Soviética, y regresarían a su país al día siguiente, después de concluir la sesión técnica que precedía a la plenaria.

Es una lástima observó Sergey Golovko.

—Si dijo Jack coincidiendo. —Si toda la arquitectura que tienen ustedes es tan buena como ésta, me habría gustado quedarme unos cuantos días para admirarla. Quien haya sido que construyó esta casa tenía estilo—. Movió la cabeza aprobando ante las brillantes paredes blancas, el techo en forma de domo y los revestimientos de dorado a la hoja. En realidad, le parecía sobrecargado, pero sabía que los rusos, dominados por una tendencia nacional a excederse en muchas cosas, rara vez tenían lo suficiente en cualquier sentido; «tener lo suficiente» significaba tener más que nadie… perfectamente tener más que todos. Ryan pensaba que era una evidencia de un complejo de inferioridad nacional, y se recordó a sí mismo que las personas que se consideran inferiores tienen un patológico deseo de desaprobar sus propias percepciones. Ese factor justamente dominaba todos los aspectos del proceso de control de armamentos, desplazando la simple lógica como base para llegar a un acuerdo.

—Los decadentes Romanov —comentó Golovko—. Todo esto provino del sudor de los campesinos. —Ryan se dio vuelta y rio.

Bueno, por lo menos parte del dinero de sus impuestos se empleó en algo hermoso, inofensivo,… e inmortal. Si usted me lo pregunta, es mejor que comprar horribles armas que serán obsoletas diez años después. Ahí tenemos una idea, Sergey Nikolayevich. Cambiaremos la orientación de nuestra competición político-militar hacia la belleza, en vez del armamento nuclear.

—¿Entonces usted está satisfecho con lo que hemos progresado?

Negocios. Ryan se encogió de hombros y continuó inspeccionando el salón.

—Supongo que hemos establecido la agenda. Ahora, esos personajes que están allá junto al hogar tendrán que resolver los detalles. Observó fijamente una de las enormes arañas de cristal. Se preguntó cuántos años-hombre de esfuerzo se habrían empleado para construirla, y cuánto se habrían divertido para colgar algo que pesaba tanto como un automóvil pequeño.

—¿Y usted está satisfecho con el tema de la posibilidad de verificación?

Eso lo confirma, pensó Ryan con una leve sonrisa. Golovko pertenece al GRU. «Medios Técnicos Nacionales», una denominación que comprendía a los satélites espías y otros métodos para mantener un ojo sobre los países extranjeros era Estados Unidos, competencia de la CIA, pero en la Unión Soviética pertenecía al GRU, el servicio soviético de inteligencia militar. A pesar del acuerdo tentativo de principio por la inspección en el lugar, el principal esfuerzo para verificar el cumplimiento de un acuerdo recaería en los espías satélites. Ese sería el terreno de Golovko.

No era ningún secreto que Jack trabajaba para la CIA. No se necesitaba que lo fuera; él no era un funcionario establecido en el exterior. El hecho de que lo hubieran agregado al grupo de negociación de armamentos era un asunto lógico. Las tareas que estaba cumpliendo en la CIA se relacionaban con el control de ciertos sistemas de armas estratégicas dentro de la Unión Soviética. Para poder firmar cualquier tratado de armamentos, ambas partes tenían que satisfacer primero su propia y enfermiza fijación de que la otra parte no podría hacerla víctima de alguna clase de juego sucio. Jack aconsejó al jefe de los negociadores en ese sentido… cuando el negociador se tomó el trabajo de escucharlo, recordó Jack.

—La posibilidad de verificación replicó después de unos instantes —es un interrogante muy difícil y técnico. Me parece que yo no soy realmente muy versado en el tema. ¿Qué piensa su gente sobre nuestra propuesta de limitar los sistemas con base en tierra?

—Nosotros dependemos más que ustedes de nuestros sistemas con base en tierra —dijo Golovko. Su voz adquirió un tono más cauteloso mientras trataban el meollo de la posición soviética.

—No comprendo por qué ustedes no ponen tanto énfasis en los submarinos como nosotros.

Confiabilidad, como usted lo sabe muy bien.

Oh, diablos. Los submarinos son confiables. Jack le tiró el anzuelo mientras volvía a examinar el reloj. Era magnífico. Un individuo con aspecto de campesino estaba alcanzando una espada a otro hombre, y despidiéndole al marchar a la batalla.

No exactamente una idea nueva, pensó Jack. Algún viejo imbécil dice a un muchachito que salga a hacerse matar.

—Lamento decirlo, pero hemos tenido algunos percances.

—Ah sí, aquel Yankee que desapareció en las Bermudas.

—Y el otro.

—¿Eh? Ryan se dio vuelta. Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no sonreír.

Por favor, doctor Ryan, no insulte mi inteligencia. Usted conoce la historia del *Krazny Oktyabr* tan bien como yo.

—¿Cómo es el nombre? Ah, Sí, el Typhoon que ustedes perdieron frente a las Carolinas. Yo estaba en Londres entonces. Nunca me informaron en detalle sobre él.

Yo creo que los dos episodios ilustran el problema que enfrentamos los soviéticos. No podemos confiar en nuestros submarinos misilísticos tan absolutamente como ustedes confían en los suyos.

—Humm. —Para no hablar de los comandantes, pensó Ryan, cuidando de que su cara no dejara ver nada.

Golovko insistió.

—Pero… ¿Puedo hacerle una pregunta importante?

—Por supuesto, siempre que no espere una respuesta importante —bromeó Ryan.

—¿Objetará su gente de inteligencia el proyecto de propuesta para el tratado?

—Bueno… ¿Cómo puede suponer que yo conozca la respuesta a eso? —Jack hizo una pausa—. ¿Y la de ustedes?

—Nuestros organismos de seguridad del Estado hacen lo que les dicen —aseguró Golovko.

Cierto, se dijo Ryan.

—En nuestro país, si el Presidente decide que a él le gusta un tratado de armamento y piensa que el Senado lo aprobará, no importa lo que piensen la CIA o el Pentágono.

—Pero el complejo militar-industrial de ustedes… Golovko interrumpió a Jack.

—Mi Dios, a ustedes realmente les encanta machacar sobre ese asunto, ¿verdad? Sergey Nikolayevich, usted debería estar mejor informado.

Pero Golovko era un oficial de inteligencia militar, y podría no estarlo, recordó Jack demasiado tarde. El grado en que los Estados Unidos y la Unión Soviética sufrían mutuamente malentendidos era al mismo tiempo divertido y sumamente peligroso. Jack se preguntó si la gente de inteligencia local trataba de obtener la verdad, como lo hacía en la actualidad la CIA, o sólo decía a sus amos lo que éstos querían oír, como lo había hecho muchas veces la CIA en el pasado. Probablemente

lo último, pensó. Las agencias rusas de inteligencia estaban sin duda politizadas, tal como lo estaba antes la CIA. Una cosa buena con respecto al juez Moore era que había trabajado furiosamente para poner fin a eso. Pero el juez no tenía un particular deseo de ser presidente; eso lo hacía distinto de sus contrapartes soviéticas. Un director de la KGB había llegado aquí a la cumbre y por lo menos otro lo había intentado. Eso convertía a la KGB en una institución política, lo que afectaba su objetividad. Jack suspiró sobre su copa. Los problemas entre los dos países no desaparecían si se dejaban a un lado todas las falsas percepciones, pero, por lo menos, las cosas, serían más manejables.

Tal vez, Ryan admitió para sus adentros que ésa podía ser una panacea tan falsa como las otras; después de todo, nunca se lo había intentado.

—¿Puedo hacerle una sugerencia?

—Por cierto —contestó Golovko.

—Dejemos de hablar de trabajo y cuénteme algo sobre este salón mientras yo disfruto de mi champagne. —Eso nos ahorrará mucho tiempo a ambos cuando escribamos mañana nuestros informes sobre los contactos.

—¿No quiere que le traiga un poco de vodka?

—No, gracias, este espumante es muy bueno. ¿De aquí?

—Sí, de Georgia —dijo orgulloso Golokvo—. Creo que es mejor que el francés.

—Me gustaría llevarme a casa unas cuantas botellas —confesó Ryan.

Golokvo lanzó una carcajada, un corto ladrido de diversión y fuerza.

—Yo me encargaré de eso. Bueno. Este palacio fue terminado en 1849, al costo de once millones de rublos, una gran suma en aquella época. Es el último gran palacio que se construyó y, yo creo, el mejor…

Ryan no era el único que recorría el salón, por supuesto. La mayor parte de la delegación norteamericana no lo conocía. Los rusos que estaban aburridos en la recepción los guiaron por todas partes, explicando a medida que avanzaban. Algunas personas de la embajada los seguían de cerca, observando los distintos motivos.

—Entonces, Misha ¿qué piensas de las mujeres norteamericanas? —preguntó el ministro de Defensa Yazov a su ayudante.

—Esas que vienen hacia aquí son bastante atractivas, camarada ministro —observó el coronel.

—Pero tan flacas… ah, sí, sigo olvidando que tu hermosa Helena también era delgada. Era una mujer maravillosa, Misha.

Gracias por recordarlo, Dmitri Timofeyevich.

—¡Hola, coronel! —dijo en ruso una de las señoras norteamericanas.

Ah, sí, señora…

—Foley. Nos conocimos en noviembre, en el partido de hockey. —¿Tú conoces a esta señora?— preguntó el ministro a su ayudante.

—Mi sobrino… no, mi sobrino nieto Mickhail, el nieto de la hermana de Elena, juega en la Liga de hockey juvenil, y me invitó a ver un partido. Y resultó que habían permitido que participara un imperialista en el equipo —replicó él con una ceja levantada.

—¿Su hijo juega bien? —preguntó el mariscal Yasov.

—Es el tercero de la liga en cantidad de tantos marcados —contestó la señora Foley.

—¡Magnífico! Entonces usted debe permanecer en nuestro país, y su hijo podrá jugar para Ejército Central cuando crezca, sonrió Yazov, que tenía cuatro nietos. —¿Qué hace usted aquí?

—Mi esposo trabaja para la embajada. Allí está, guiando a los periodistas por todas partes… pero lo más importante es que yo tenía que venir aquí esta noche. ¡Jamás había visto algo como esto en toda mi vida! —exclamó extasiada. El brillo de sus ojos hablaba de varias copas de algo probablemente champagne, pensó el ministro. Parecía ser del tipo que prefería el champagne, pensó el ministro, pero era suficientemente atractiva y se había preocupado por aprender el idioma razonablemente bien, algo poco usual en los norteamericanos—. Estos pisos son tan bonitos que parece un crimen caminar sobre ellos. No tenemos nada como esto en mi país.

Porque ustedes nunca tuvieron a los zares, lo que fue una suerte enorme —replicó Yazov como buen marxista—. Pero como ruso debo admitir que estoy orgulloso de su sentido artístico.

—No lo he visto en otros partidos, coronel —dijo ella, volviéndose rápidamente hacia Misha.

—Es que no tengo tiempo.

—¡Pero usted nos trae suerte! El equipo ganó aquella noche, y Eddie marcó uno de los goles.

El coronel sonrió.

Nuestro Misha, lo único que pudo hacer fueron dos penales.

—¿Lleva ese nombre por ti? —preguntó el ministro.

—Sí.

—Usted no tenía puesto eso cuando lo vi. —La señora Foley señaló las tres estrellas doradas que tenía en el pecho.

—Tal vez no me quité el abrigo…

—Él siempre las usa —aseguró el mariscal—. Uno siempre lleva puestas sus medallas de Héroe de la Unión Soviética.

—¿Eso es lo mismo que nuestra Medalla de Honor?

Ambas son más o menos equivalentes —contestó Yazov por su ayudante. Misha era inexplicablemente tímido al respecto—. El coronel Filitov es el único hombre

viviente que haya ganado tres en combate.

—¿Cierto? ¿Cómo hace una persona para ganar tres?

—Peleando con los alemanes —dijo lacónicamente el coronel.

—Matando alemanes —corrigió Yazov terminante. Filitov era un simple teniente cuando llegó a ser una de las estrellas más brillantes del Ejército Rojo.

—Misha es uno de los mejores oficiales de tanque que haya existido.

El coronel Filitov se sonrojó perceptiblemente al escuchar eso.

—Cumplí con mi deber, como lo hicieron muchos soldados en aquella guerra.

Mi padre también obtuvo una condecoración en la guerra. Condujo dos misiones para rescatar gente de los campos de prisioneros en las Filipinas. Él no hablaba mucho del tema, pero le dieron un puñado de medallas. ¿Les habla usted a sus hijos sobre esas brillantes estrellas que ganó?

Filitov se quedó rígido por un momento. Yazov volvió a contestar por él.

—Los hijos del coronel Filitov murieron hace algunos años.

—¡Oh! Oh, coronel, cuánto lo siento —dijo la señora Foley, y así era realmente.

—Fue hace mucho tiempo. —Él sonrió—. Recuerdo muy bien a su hijo, de aquel partido, un lindo muchachito. Ame mucho a sus hijos, mi estimada señora, porque no los tendrá para siempre. Si ustedes me disculpan por un momento… —Misha se alejó en dirección al cuarto de baño. La señora Foley miró al ministro, con la angustia reflejada en su bonito rostro.

—Señor, no fue mi intención…

—Usted no podía haberlo sabido. Misha perdió a sus hijos con intervalo de unos pocos años, y luego a su esposa. Yo la conocí cuando era un muchacho joven… una chica encantadora, bailarina del Ballet Kirov. Es muy triste pero nosotros, los rusos, estamos acostumbrados a las grandes tristezas. Pero ya es suficiente. ¿Para qué equipo juega su hijo? —El interés del mariscal Yazov en el hockey estaba aumentando por la bonita cara joven.

Misha encontró el cuarto de baño un minuto después. Estaban separados para rusos y norteamericanos, naturalmente, y el coronel Filitov se halló solo, en el que había sido el toilette privado de un príncipe, o tal vez de alguna amante del zar. Se lavó las manos mirándose en el espejo de marco dorado. Sólo pensaba en una cosa: Otra vez. Otra misión. El coronel Filitov lanzó un suspiro y terminó de asearse. Poco después estaba de nuevo afuera, en la arena.

—Perdón —dijo Ryan. Al darse vuelta había topado ligeramente con un señor de uniforme, bastante mayor. Golovko dijo algo en ruso que Ryan no pudo captar. El oficial respondió unas palabras a Jack que sonaron como una cortesía y siguió caminando—. Ryan lo vio —hacia el ministro de Defensa.

—¿Quién es? —preguntó Jack a su compañero ruso.

—El coronel es el ayudante personal del ministro —respondió Golovko.

—Un poco viejo para ser coronel, ¿no?

—Es un héroe de guerra. No obligamos a semejantes hombres a retirarse.

—Supongo que es bastante justo —contestó Jack, y se volvió para seguir escuchando las explicaciones sobre esa parte del salón. Cuando terminaron con el St. George, Golovko condujo a Jack al salón St. Vladimir adyacente. Expresó su esperanza de que él y Ryan tuvieran su próxima reunión allí. El salón St. Vladimir, explicó estaba reservado para las firmas de los tratados. Los dos oficiales de inteligencia brindaron para que así fuera.

La recepción finalizó después de medianoche. Ryan subió al séptimo automóvil de ceremonial. Nadie habló en el viaje de regreso a la embajada. Todos estaban sintiendo el alcohol, y no se hablaba en los automóviles en Moscú. Era demasiado fácil instalar en ellos elementos de escucha. Dos hombres se durmieron, y Ryan no estuvo lejos de imitarlos. Lo que lo mantenía despierto era la idea de que saldrían en vuelo cinco horas más tarde, y en ese caso quería mantenerse lo suficientemente cansado como para dormir en el avión; una habilidad que había adquirido hacía muy poco tiempo. Se cambió de ropa y bajó al bar de la embajada para tomar café. Sería suficiente que se mantuviera despierto esas horas mientras escribía sus notas.

Las cosas habían marchado asombrosamente bien durante esos cuatro días pasados. Casi demasiado bien. Jack reflexionó que los promedios se logran con momentos en que las cosas andan bien y otros en los que andan mal. Sobre la mesa había un proyecto de tratado. Como todos los últimos proyectos de tratados, la intención de los soviéticos era que consistiera más en una herramienta de negociación que en un documento de negociación. Sus detalles ya estaban en la prensa, y ciertos miembros del Congreso ya decían en la tribuna que era un acuerdo muy justo… ¿y por qué no lo aceptamos directamente?

—¿Por qué no, en realidad?, se preguntó Jack con una sonrisa irónica. La posibilidad de verificación. Esa era una de las razones. La otra… ¿había otra? Una buena pregunta. ¿Por qué habían cambiado tanto ellos su posición? Había evidencias de que el Secretario General Narmonov quería reducir sus gastos militares, pero a pesar de toda la pública impresión en contrario, las armas nucleares no constituían el sector donde podía lograrse eso. El armamento nuclear era barato en comparación con sus efectos; era una forma muy eficaz para matar gente, en relación al costo. Mientras que una ojiva nuclear y su misil eran equipos costosos, significaban un gasto mucho menor que su equivalente —en capacidad de destrucción— en tanques y artillería. ¿Quería realmente Narmonov reducir la amenaza de guerra nuclear? Pero esa amenaza no provenía de las armas; como siempre, se originaba en los políticos y sus errores. ¿Era todo eso un símbolo? Los símbolos, se recordó Jack, eran para Narmonov mucho más fáciles de producir que la sustancia. Si era un símbolo, ¿a quién apuntaba?

Narmonov tenía encanto, y poder… esa es la clase de presencia visceral que venía con el cargo, pero aún más por su personalidad.

—¿Qué clase de hombre era? ¿Detrás de qué andaba? Jack lanzó un bufido. Ese no era su departamento. Otro de la CIA estaba examinando la vulnerabilidad política de Narmonov allí mismo, en Moscú. Su tarea —mucho más fácil— consistía en comprender el aspecto técnico. Más fácil, tal vez, pero todavía no tenía la respuesta a sus propias preguntas.

Golovko ya estaba de regreso en su oficina, escribiendo sus notas penosamente a mano. Ryan, escribió, apoyaría con cierta inquietud la propuesta del proyecto. Como Ryan contaba con la oreja del director, eso probablemente significaba que la CIA resolvería lo mismo. El oficial de inteligencia dejó su lapicera y se frotó los ojos durante un momento. Despertarse después de haber bebido bastante la noche anterior era desagradable, pero tener que permanecer despierto lo suficiente como para sentir los efectos junto con la salida del sol estaba por encima y más allá del deber de un oficial soviético. Se preguntaba en primer lugar porque su gobierno había hecho el ofrecimiento, y por qué los norteamericanos parecían tan ansiosos. Hasta el mismo Ryan, que habría debido estar mejor informado. ¿Qué tenían en mente los norteamericanos?

—¿Quién estaba superando en la táctica a quién? Bueno, esa sí que era una pregunta.

Volvió a Ryan, su objetivo de la noche anterior. Buen progreso para un hombre de su edad; el equivalente a un coronel de la KGB o el GRU, y solamente treinta y cinco años. ¿Qué había hecho para ascender tan rápido? Golovko se encogió de hombros. Probables conexiones; un hecho de la vida tan importante en Washington como en Moscú. Tenía valor… aquel asunto con los terroristas hacía unos cinco años. Era además un hombre de familia, algo que los rusos respetaban más de lo que su contraparte norteamericana hubiera creído. Implicaba estabilidad y eso, a su vez, significaba confiabilidad. Más que todo, pensó Golovko, Ryan era un pensador. ¿Por qué entonces no estaba en oposición a un pacto que beneficiaría más a la Unión Soviética que a los Estados Unidos? ¿Es incorrecta nuestra evaluación?, escribió. ¿Saben algo los norteamericanos que nosotros no sabemos? Esa era una buena pregunta, o, aun mejor: ¿Sabía Ryan algo que Golovko ignoraba? El coronel frunció el entrecejo, luego se recordó a sí mismo lo que sabía él y no Ryan. Eso le arrancó una semisonrisa. Todo era parte del gran juego. Era el más grande de todos los juegos.

—Ustedes deben de haber caminado toda la noche.

El Arquero asintió muy serio y dejó en el suelo la mochila que le había encorvado los hombros durante cinco días. Era casi tan pesada como la que llevaba Abdul. El más joven de los dos hombres estaba cerca del colapso, según pudo ver el oficial de

la CIA. Ambos hallaron unos almohadones para sentarse.

—Sírvanse algo para beber. —El nombre del oficial era Emilio Ortiz. Su ascendencia era lo suficientemente confusa como para que pudiera haber pasado por un nativo de cualquier nación caucásica. Tenía también treinta años, era de mediana estatura y complexión, con los músculos de un nadador; así era como había ganado una beca para una universidad norteamericana, donde llegó a obtener un título en lenguas. En ese aspecto, Ortiz tenía un particular don. Con dos semanas de intercambio en cualquier idioma, dialecto o acento, podía pasar por nativo en cualquier parte del mundo. Era además un hombre comprensivo, respetuoso de las modalidades y costumbres de la gente con quien trabajaba. Por eso, la bebida que les ofreció no era— no podía serlo-alcohólica. Era jugo de manzana.

Ortiz lo observó mientras bebía con toda la delicadeza de un conocedor de vinos en el acto de catar un nuevo bordeaux.

—Las bendiciones de Alá para esta casa dijo el Arquero cuando terminó su primer vaso. Haber esperado hasta beber el jugo de manzana fue lo más cerca que estuvo ese hombre de hacer una broma. Ortiz vio el cansancio dibujado en el rostro, aunque no lo demostraba de ninguna otra manera. A diferencia de su joven ayudante, el Arquero parecía invulnerable a esas normales debilidades humanas. No era así, pero Ortiz comprendió cómo la fuerza que lo impulsaba podía superar a su físico.

Los dos hombres estaban vestidos en forma casi idéntica. Ortiz estudió las ropas del Arquero y se sorprendió por la irónica similitud con la de los indios apaches de Estados Unidos y México. Uno de sus antepasados había sido oficial a las órdenes de Terrazas cuando el Ejército Mejicano aplastó finalmente a Victorio en las Montañas Tres Castillos. También los afganos usaban rústicos pantalones debajo de otra prenda que les cubría desde las falsas costillas hasta las caderas. Ellos también tenían tendencia a ser pequeños y ágiles luchadores. Y ellos también trataban a sus cautivos como ruidosa diversión para sus cuchillos. Ortiz miró el cuchillo del Arquero y se preguntó cómo lo usaría. Pero decidió que no quería saberlo.

—¿Quieren comer algo? —preguntó.

—Eso puede esperar replicó el Arquero, levantando su mochila. El y Abdul habían traído dos camellos cargados, pero para el material importante sería suficiente con su mochila. —Disparé ocho cohetes. Hice blanco en seis aviones, pero uno tenía dos motores y se las arregló para escapar. De los cinco que destruí, dos eran helicópteros, y tres, cazabombarderos. El primer helicóptero que derribé era de la nueva clase de 24 de que tú nos hablaste. Tenías razón. Llevaba realmente nuevos equipos. Aquí hay parte de ellos.

Era irónico, pensó Ortiz, que los equipos más sensibles de las aeronaves militares sobrevivieran a un tratamiento que con seguridad mataría a sus tripulaciones. Mientras él observaba, el Arquero extrajo seis plaquetas con circuitos verdes para el

señalador del láser, que ahora era equipamiento estándar en el Mi-24. El capitán del Ejército de los Estados Unidos, que había permanecido en las sombras con la boca cerrada hasta ese momento, se adelantó ahora para examinarlas. Sus manos temblaron ligeramente cuando las tendió hacia los materiales.

—¿Tienes también el láser? —preguntó el capitán con acento pastoso.

—Estaba muy dañado, pero, sí, lo tengo.

El Arquero se dio vuelta. Abdul estaba roncando. Estuvo a punto de sonreír, hasta que recordó que él también tenía un hijo.

Por su parte, Ortiz se sentía triste. Tener bajo sus órdenes un guerrillero con la educación del Arquero era muy extraño. Probablemente había sido un hábil maestro; pero no pudo volver a enseñar. Ya no podría volver a lo que era antes. La guerra había cambiado la vida del Arquero tan decidida y completamente como la muerte. Qué maldito desperdicio.

—¿Y los nuevos cohetes? —preguntó el Arquero.

Puedo darte diez. Un modelo algo mejorado, con un alcance adicional de quinientos metros. Y también algunos cohetes más, de los de humo.

El Arquero asintió gravemente, y las comisuras de sus labios se movieron en lo que, en otras épocas, pudo haber sido el comienzo de una sonrisa.

—Tal vez ahora pueda atacar sus transportes. Los cohetes de humo dan muy buen resultado, amigo mío. Todas las veces empujan hacia mí a los invasores. Todavía no se han dado cuenta de esa táctica.

No dijo trampa, notó Ortiz. La llamó táctica. Ahora quiere atacar los transportes, quiere matar cien rusos a la vez. Cristo, ¿qué hemos hecho de este hombre? El representante de la CIA sacudió la cabeza. Eso no era de su incumbencia.

—Estás muy fatigado, amigo. Descansa. Podemos comer después. Por favor, honra mi casa durmiendo aquí.

—Es verdad aceptó el Arquero. En menos de dos minutos quedó dormido.

Ortiz y el capitán revisaron los equipos que les habían traído. Entre ellos estaba el manual de mantenimiento del equipo láser del Mi-24, y hojas con códigos radiales, además de otras cosas que ya conocían. Hacia el mediodía tenían todo clasificado y Ortiz empezó a hacer los arreglos para enviarlo a la embajada: desde allí los embarcarían de inmediato en avión hacia California para una evaluación completa.

El VC-137 de la Fuerza Aérea despegó exactamente en horario. Era una versión adaptada del venerable Boeing 707. El prefijo «V» de su designación significaba que había sido preparado para transportar pasajeros VIP, y el interior de la aeronave así lo reflejaba. Jack se echó hacia atrás en el sofá y se abandonó a la fatiga que lo dominaba. Diez minutos después, una mano le sacudió el hombro.

—El jefe te llama dijo otro miembro de la delegación.

—¿Pero es que no duerme nunca?

—Dímelo a mí.

Ernest Allen viajaba en el compartimiento más lujoso del avión, una cabina situada exactamente sobre el larguero principal del ala, con seis sillones giratorios de felpa. Sobre la mesa había una cafetera. Si no bebía un poco de café pronto se pondría incoherente. Y si eso le ocurría, ya no podría volver a dormir. Bueno, el gobierno no le estaba pagando para que durmiera. Ryan se sirvió una taza de café.

—¿Sí, señor?

—¿Podemos hacer las verificaciones? —Allen salteó las introducciones.

—Todavía no lo sé —contestó Jack—. No es solamente un interrogante de Medios Técnicos Nacionales. Verificar la eliminación de tantas plataformas de lanzamiento…

—Nos están dando posibilidad limitada de inspección *in situ* —observó un miembro joven del grupo.

—Estoy al tanto de eso —replicó Jack—. El problema es: ¿significa algo eso? —La otra pregunta es: ¿Por qué han aceptado repentinamente algo que nosotros hemos querido durante más de treinta años…?

—¿Cómo? —preguntó el más joven.

—Los soviéticos han trabajado mucho en sus nuevas plataformas móviles de lanzamiento. ¿Qué pasaría si ellos tuvieran más de las que nosotros sabemos? ¿Usted cree que podemos descubrir unos cuantos cientos de misiles móviles?

—Pero nosotros tenemos radares exploradores de superficie en los nuevos satélites, y…

—Y ellos lo saben, y pueden evitarlo si quieren… espere un momento. Sabemos que nuestros portaaviones pueden evadir los satélites de reconocimiento oceánico por radar, y lo hacen. Si es posible hacerlo con un buque…, ¡maldito sino puede hacerse con un tren! —señaló Jack. Allen escuchaba sin comentarios, dejando que sus subalternos continuaran por él la discusión. Era un astuto zorro viejo, Ernie Allen.

—Entonces, la CIA va a recomendar en contra…, ¡maldito sea, ésta es la concesión más grande que han hecho en la historia!

—Magnífico. Es una gran concesión. Todos los que estamos aquí sabemos eso. Pero antes de aceptarla, quizá deberíamos aseguramos de que no han concedido algo que ahora es irrelevante para el proceso. Hay otras cosas, además.

—Entonces usted se va a oponer…

—Yo no me voy a oponer a nada. Lo que digo es que debemos tomarnos nuestro tiempo y usar las cabezas en vez de dejarnos llevar por la euforia.

—Pero el proyecto de tratado de ellos es… es casi demasiado bueno para ser verdad. —El hombre acababa de probar justamente el punto de vista de Jack, aunque él no lo veía así del todo.

—Doctor Ryan —dijo Allen—, si los detalles técnicos pueden resolverse a su

satisfacción, ¿cómo considera usted el tratado?

—Señor, hablando desde un punto de vista técnico, una reducción de un cincuenta por ciento en ojivas nucleares lanzables no tiene ningún efecto en el equilibrio estratégico. Es…

—¡Eso es una locura! —objetó el joven miembro.

Jack extendió el brazo hacia el hombre, apuntándole con el dedo índice de la mano como si hubiera sido el caño de una pistola.

—Supongamos que en este momento tengo una pistola apuntada a su pecho. Una Browning nueve milímetros. Tiene un cargador de trece proyectiles. Yo acepto retirar siete proyectiles del cargador, pero sigo teniendo un arma cargada, con seis balas, apuntada a su pecho… ¿se siente ahora un poco más seguro? Ryan sonrió, haciendo a un lado su «pistola».

—Personalmente, yo no me sentiría mejor. Es sobre eso que estamos hablando ahora. Si ambas partes reducen a la mitad sus inventarios, quedan todavía cinco mil ojivas nucleares que pueden atacar nuestro país. Piense qué grande es esa cifra. Todo lo que hace este acuerdo es reducir un exceso en la matanza. La diferencia entre cinco mil y diez mil sólo afecta la distancia a que vuelan los escombros. Si empezamos a hablar de reducir el número a mil ojivas nucleares de cada lado, entonces tal vez empiece yo a pensar que avanzamos en algo.

—¿Usted cree que el límite de mil ojivas se puede lograr? —preguntó Allen.

—No, señor. A veces deseo solamente que se pudiera, aunque me han dicho que un límite de mil cabezas nucleares podría tener el efecto de hacer «ganable» una guerra atómica, cualquiera sea el maldito significado que tenga eso. —Jack se encogió de hombros y concluyó—: Señor, si este proyecto pasa, parecerá mejor de lo que en realidad es. Tal vez el valor simbólico del acuerdo tenga peso por sí mismo; ese es un factor a considerar, pero no está dentro de mi competencia. Los ahorros monetarios de ambas partes van a ser reales, pero bastante menores en términos de los gastos militares en total. Ambas partes retienen la mitad de sus actuales arsenales… y eso significa retener la mitad más moderna y efectiva, por supuesto. La última consecuencia se mantiene constante: en una guerra nuclear, ambas partes quedarán igualmente muertas. Yo no veo que este proyecto de tratado reduzca la «amenaza de guerra», cualquier cosa que sea esto. Para conseguirlo, una de dos: o tenemos que eliminar totalmente esas malditas cosas o bien encontrar algo que les impida operar. Si usted me lo pregunta, nosotros tenemos que hacer lo último antes que podamos intentar lo primero. Entonces el mundo se convertirá en un lugar seguro… tal vez.

—Ese es el comienzo de toda una nueva carrera armamentista.

—Señor, hace tanto tiempo que comenzó esa carrera que no es exactamente nueva.

II. Tea Clipper

—Están entrando más fotos de Dushanbe —dijo el teléfono a Ryan.

—Está bien, iré dentro de cinco minutos. —Jack se puso de pie y cruzó el hall hacia la oficina del almirante Greer. Su jefe daba la espalda al deslumbrante manto blanco que cubría las tierras onduladas en el exterior del edificio de la jefatura de la CIA. Todavía seguían barriendo la nieve de la playa de estacionamiento, que hasta en el pasadizo con barandilla que corría junto a los ventanales del séptimo piso tenía casi veinticinco centímetros de espesor.

—¿Qué pasa, Jack? —preguntó el almirante.

—Dushanbe. El tiempo aclaró de golpe. Usted dijo que debíamos avisarle.

Greer miró el monitor de TV en un rincón de su oficina. Estaba junto a la terminal de la computadora, que él se rehusaba a usar… por lo menos cuando alguien podía ver sus intentos de oprimir las teclas con sus dedos índice y, en los días buenos, uno de los pulgares. Podía haber dispuesto que le enviaran a su oficina las fotos del satélite a la hora real «en vivo», pero últimamente no lo había hecho. Jack no sabía por qué.

—Muy bien, vamos allá rápido.

Ryan mantuvo la puerta abierta al subdirector de Inteligencia y luego ambos doblaron a la izquierda hasta el final del corredor de ejecutivos, en el último piso del edificio. Allí estaba el ascensor para autoridades. Una de las ventajas de esto era que no tenían que esperar demasiado.

—¿Se ha recuperado ya del cambio horario con el vuelo en el jet? —preguntó Greer. Había pasado casi un día desde el regreso de Jack.

—Completamente, señor, El vuelo hacia el oeste no me altera mucho. En cambio, el viaje hacia el este todavía me mata. —Mi Dios, que bueno es estar en tierra.

La puerta se abrió y los dos hombres cruzaron el edificio caminando hasta el nuevo anexo, donde se hallaba la Oficina de Análisis de Imágenes. Esta era un departamento privado perteneciente a la Dirección de Inteligencia, separado del Centro Nacional de Inteligencia Fotográfica, un esfuerzo conjunto de la CIA y la Agencia de Inteligencia de Defensa, que servía a toda la comunidad de inteligencia.

La sala de proyecciones habría sido un orgullo para el mismo Hollywood. Había unas treinta butacas en el miniteatro, y una pantalla de casi dos metros cuadrados sobre la pared. Art Grabara, el jefe de la unidad, los estaba esperando.

Llegaron justo a tiempo. Dentro de un minuto tendremos las tomas, levantó el teléfono que lo comunicaba con la cabina de proyección y dijo unas cuantas palabras. La pantalla se iluminó de inmediato. Se llamaba ahora «Imágenes de altura», recordó Jack.

—Hemos tenido suerte. El sistema siberiano de alta presión se desvió

bruscamente hacia el sur y detuvo al frente caliente como una pared de ladrillos. Condiciones de visibilidad perfectas. La temperatura en superficie es de aproximadamente cero grados, ¡y la humedad relativa no puede estar mucho sobre el cero! —informó Graham con una risita. Maniobramos el pájaro para que entrara aprovechando especialmente eso. Está dentro de los tres grados de la vertical, y no creo que Iván haya tenido tiempo de descubrir que este pasaje ya está en camino.

—Ahí está Dushanbe. —Jack contuvo el aliento cuando parte de la República Socialista de Tadzhik entró en el campo visual. La primera toma era de una de las cámaras con objetivo gran angular. El satélite de reconocimiento KB-14 que estaba en órbita tenía un total de once. Hacía sólo tres semanas que el pájaro se hallaba orbitando; era el primero de la generación más moderna de satélites espías. Dushanbe, conocida como Stalinabad pocas décadas antes, ¡eso debe de haber hecho feliz a la gente local!, pensó Ryan— era probablemente una de las antiguas ciudades de caravanas. Afganistán se hallaba a menos de ciento sesenta kilómetros de distancia. La legendaria Samarkanda de Tamerlán no estaba lejos, hacia el noroeste… y quizás Scheerazade hubiera pasado por allí mil años antes. Se preguntó a qué se debía que la historia tuviera esas curiosidades. Los mismos nombres y los mismos lugares parecían presentarse siempre de un siglo a otro.

Pero el actual interés de la CIA por Dushanbe no tenía nada que ver con el comercio de seda.

La imagen cambió al ser tomada por una de las cámaras de alta resolución. Penetró primero en un profundo valle entre montañas, donde se veía un río contenido por la masa de piedra y cemento de una presa hidroeléctrica. Aunque sólo se encontraba a unos cincuenta kilómetros al sudeste de Dushanbe, sus líneas eléctricas no alimentaban esa ciudad de quinientos mil habitantes. Llevaban en cambio a la energía hacia un conjunto de cumbres de montañas que se encontraban casi a la vista de la población.

—Esas parecen bases para otro grupo de torres —observó Ryan.

—Paralelo al primer grupo-Graham estuvo de acuerdo. —Están instalando algunos nuevos generadores en el lugar. Bueno, nosotros ya sabíamos que sólo estaban recibiendo más o menos la mitad de la energía útil de la planta hidroeléctrica.

—¿Cuánto tiempo les llevará recibir el resto en forma continua? —preguntó Greer.

—Tendría que verificarlo con uno de nuestros consultores. No les tomará más que unas pocas semanas el tendido de líneas, y la mitad superior de la central está construida. Supongo que las bases para los nuevos generadores también están hechas. Los que les falta ahora es colocar el nuevo equipamiento. Seis meses, tal vez ocho si tienen mal tiempo.

—¿Tan rápido? —preguntó Jack dudando.

—Han tomado gente de otras dos obras hidroeléctricas. Ambas eran proyectos «Héroe». Ellos nunca han hablado de ésta, pero sacaron mano de obra de dos emprendimientos de alta prioridad para asignarla a éste. Iván sabe cómo enfocar sus esfuerzos cuando quiere. Seis u ocho meses es una apreciación conservadora, doctor pean. Lo pueden hacer más rápido —dijo Grahan.

—¿Qué potencia disponible tendrán cuando terminen?

—No es una estructura tan grande. ¿La potencia pico de salida con los nuevos generadores? Calculo unos mil cien megavatios.

—Esa es mucha energía, y concentrada toda en aquellas cumbres —dijo Ryan casi para sus adentros mientras la cámara cambiaba una vez más de toma.

La montaña denominada «Mozart» por la Agencia tenía considerable altura, pero ese sector era el extremo occidental de la cordillera del Himalaya y, en comparación, resultaba insignificante. Habían construido un camino hasta la cumbre misma, y una franja para helicópteros, en los que transportaban visitantes VIP desde los dos aeropuertos de Dushanbe. Los edificios eran dieciséis en total. Uno de ellos de departamentos, que debía de haber tenido una vista fantástica, aunque era el prototipo de los departamentos rusos, de estilo tan atractivo como el de una caja de fósforos, terminado hacía seis meses. Vivían en él muchos ingenieros y sus familias. Parecía extraño ver ese edificio allí, pero el mensaje del edificio era: Las personas que viven aquí son privilegiadas. Ingenieros y académicos, gente con capacidad suficiente como para que el Estado quisiera atenderlos, a ellos y a sus necesidades. Llevaban los alimentos allá arriba en camiones, por el nuevo camino de montaña o, cuando había mal tiempo, en los helicópteros. Otro de los edificios era un teatro. Un tercero, un hospital. Los programas de televisión entraban vía satélite a una estación terrestre próxima a otro edificio donde había unos pocos comercios. Esa clase de preocupaciones no era común en la Unión Soviética. Estaban limitadas a los altos funcionarios del partido y a las personas que trabajaban en proyectos esenciales de defensa. Ese era un lugar de turismo para práctica de esquí.

Eso también resultaba obvio por la valla perimetral y las torres de guardia, ambas instalaciones recientes. Una de las cosas identificables de los complejos militares rusos eran las torres de guardia; Iván tenía una verdadera fijación por esas construcciones. Había tres vallas, con dos espacios de diez metros entre ellas. El espacio exterior estaba generalmente minado, y el interior patrullado con perros. Las torres se hallaban ubicadas sobre el perímetro interior, con unos cien metros de separación entre ellas. Los soldados que entraban de guardia en las torres estaban alojados en barracas nuevas de cemento, mejores que las habituales.

—¿Puede enfocar uno de los guardias aislado? —preguntó Jack. Graham habló por el teléfono y la imagen cambió. Uno de sus técnicos ya lo estaba haciendo, tanto para probar la calibración de la cámara y las condiciones del aire ambiente como para

satisfacer el pedido de Ryan.

Cuando el zoom de la cámara quedó enfocado, uno de los puntos móviles se convirtió en una forma humana vestida con un largo capote y probablemente un gorro ele piel. Caminaba llevando un perro y tenía un fusil Kalashnikov colgado sobre su hombro derecho. Tanto el hombre como el perro formaban pequeñas nubecillas de vapor al respirar. Ryan se inclinó inconscientemente hacia adelante, como si así pudiera lograr una visión mejor.

—Las paletas de los hombros del uniforme que tiene ese tipo, ¿le parecen verdes? —preguntó a Graham.

El experto en reconocimiento gruñó:

—Ajá. Sí, es de KGB.

—¿Tan cerca de Afganistán? —murmuró el almirante—. Ellos saben que nosotros tenemos gente que opera allí. Pueden apostar que han tomado en serio sus previsiones de seguridad.

—Tienen que haber querido realmente esas cumbres —observó Ryan—. A poco más de cien kilómetros hay varios millones de hombres convencidos de que matar rusos es cumplir con la voluntad de Dios. Este sitio es más importante de lo que pensábamos. No se trata simplemente de una nueva instalación; no con semejantes medidas de seguridad. Si sólo hubiera sido eso, no habrían tenido que hacer las construcciones allí y, ciertamente, no habrían elegido un lugar donde tuvieran que construir nuevas fuentes de energía y arriesgarse con tan alta exposición a un pueblo hostil. Ahora, esto podría parecer una instalación para recuperación y descanso del personal, pero tienen que tener planes mucho más trascendentes para ella.

—¿Cómo qué?

—Para ciar caza a mis satélites, tal vez. —Art Graham pensaba en ellos como propios.

—¿Han hecho algún intento recientemente? —preguntó Jack—. No. No desde que les sacudimos la jaula el pasado abril. Por una vez se impuso el sentido común.

Era una vieja historia. Varias veces en los últimos años, los satélites norteamericanos de reconocimiento y de advertencia temprana habían sufrido interferencias rayos láser o energía de microondas enfocadas sobre los satélites como para perturbar sus receptores pero no lo suficiente como para provocar serios daños. ¿Por qué habían hecho eso los rusos? Ese era el interrogante. ¿Era simplemente un ejercicio para probar nuestra reacción?, ¿para ver si provocaba un descalabro en el Comando Norteamericano de Defensa Aeroespacial. —NORAD— en las montañas de Cheyenne, en Colorado? ¿Un intento para determinar por ellos mismos la sensibilidad de nuestros satélites? ¿Era acaso una demostración, una advertencia de su capacidad para destruir los satélites? ¿O era tan sólo una estúpida falta de cabeza? Era así de difícil adivinar qué estaban pensando los soviéticos.

Por supuesto, ellos invariablemente protestan su inocencia. Cuando un satélite norteamericano quedó temporalmente enceguecido sobre Sary Shagan, dijeron que se había incendiado una tubería de gas natural. El hecho de que la cercana tubería de Chimkent-Pavlodar llevaba normalmente petróleo había escapado a la prensa occidental.

El pasaje del satélite ya había quedado completado. En una sala contigua rebobinaron una veintena de grabaciones de videotape, y ahora podrían ver detenidamente y revisar todo lo que habían cubierto las cámaras.

—Miremos de nuevo a Mozart, y también a Bach, por favor —ordenó Greer.

—Es una ida y vuelta de todos los diablos —observó Jack. Los edificios industriales y residenciales de Mozart se hallaban a sólo un kilómetro más o menos del emplazamiento de Bach, la cumbre siguiente, pero el camino era espantoso. La imagen se congeló en Bach. La fórmula de vallas y torres de guardia se repetía, pero aquí la distancia era de por lo menos doscientos metros. La superficie del suelo parecía ser de roca desnuda. Jack se preguntó cómo harían para plantar minas allí…, o tal vez no lo hacían, pensó. Era evidente que habían nivelado el terreno con topadoras y explosivos hasta lograr la superficie perfecta de una mesa de billar. Desde las torres de guardia aquello debería parecer un polígono de tiro.

—No están jugando, ¿eh? —comentó Greer en voz baja.

—Así que eso es lo que están protegiendo… —dijo Ryan.

Había trece edificios dentro de la valla. En una superficie que tendría quizás el tamaño de dos canchas de fútbol —que también había sido nivelada— había diez pozos en dos grupos. El primero era un grupo de seis dispuestos en forma hexagonal; cada pozo medía unos nueve metros de diámetro. El segundo grupo, de cuatro, estaba cavado formando un diamante y los pozos eran un poco más pequeños, tal vez de unos siete metros. En cada pozo había un pilar de cemento, de unos cuatro metros y medio de diámetro, enclavado en la roca, y cada pozo tenía aproximadamente doce metros de profundidad… no se podía hacer un cálculo demasiado exacto por la imagen que mostraba la pantalla. En lo alto de cada pilar había un domo metálico. Parecían estar hechos con segmentos de forma de media luna.

—Se pueden plegar. ¡Me gustaría saber qué hay debajo de ellos! —exclamó Graham expresando el sentir de todos. Había doscientas personas en Langley que conocían la existencia de Dushanbe, y todos y cada uno de ellos quería saber qué había debajo de esas cúpulas metálicas. Hacía pocos meses que las habían colocado.

—Almirante —dijo Jack—. Necesito acceso a un nuevo compartimiento.

—¿Cuál de ellos?

—Tea Clipper.

—¡No está pidiendo casi nada! —rugió Greer—. Ni siquiera yo tengo acceso a él.

Ryan se echó atrás en su sillón.

Almirante, si lo que están haciendo en Dushanbe es lo mismo que estamos haciendo nosotros en Tea Clipper, ¡por todos los diablos, tenemos que saberlo!, ¿cómo se supone que sepamos qué buscar si no nos dicen cómo es uno de esos lugares?, ¡santo Dios!

—Hace tiempo que vengo diciendo eso —dijo sonriendo el subdirector de Inteligencia—. A la Oficina de iniciativa de Defensa Estratégica. El juez tendrá que ver al Presidente para eso.

—Que vaya al Presidente. ¿Qué dirían si la actividad de aquí está relacionada con la propuesta de armamento que acaban de hacer?

—¿Usted cree que lo está?

—¿Quién puede saberlo? —respondió Jack. Es una coincidencia. Y las condiciones me preocupan.

—Está bien, hablaré con el director.

Dos horas después Ryan regresó en automóvil a su casa. Conducía su Jaguar XJS hacia la avenida George Washington. Era uno de los muchos recuerdos felices de su época de servicios de Inglaterra. Le encantaba sentir ese suave y sedoso motor de doce cilindros, hasta el punto de que había puesto a su vulnerable y viejo Rabbit en semiretiro. Como siempre trataba de hacerlo, Ryan dejó a un lado sus tareas de Washington. Se dedicó a atender a las cinco marchas de su auto y se concentró en el manejo.

—¿Sí, James? —preguntó el director de la Central de inteligencia.

—Ryan piensa que las nuevas actividades en Bach y Mozart pueden estar relacionadas con la situación de armamento. Yo creo que puede tener razón. Quiere tener acceso a Tea Clipper. Le dije que tendrías que ir a ver al Presidente —dijo sonriendo el almirante Greer.

—Está bien, le conseguiré una nota escrita. Con eso, el general Parks se sentirá más feliz. Tienen programado un ejercicio de prueba completo para el fin de semana. Voy a arreglar las cosas para que Jack pueda verlo. —El Juez Moore sonrió soñoliento—. ¿Y tú que piensas?

—Yo pienso que está en lo cierto: Dushanbe y Tea Clipper son esencialmente el mismo proyecto. Hay muchas similitudes gruesas; demasiadas para que sean pura coincidencia. Debemos mejorar nuestra apreciación de situación.

Muy bien. —Moore se volvió para mirar hacia afuera por la ventana. El mundo va a cambiar otra vez. Llevará diez años, o más, pero va a cambiar. Dentro de diez años ya no será problema mío, se dijo Moore. ¡Pero maldito si será problema de Ryan!— Haré que lo lleven allá en avión mañana. Y quizá tengamos suerte con Dushanbe. Foley avisó a CARDENAL que nosotros estábamos muy interesados en el lugar.

—¿CARDENAL? Bien.

—Pero si algo ocurre…

Greer asintió con un movimiento de cabeza.

—Cristo, espero que tenga cuidado —dijo el subdirector.

Desde la muerte de Dmitri Fedorovich, nada ha sido lo mismo en el ministerio de Defensa, escribió con la mano izquierda en su diario el coronel Mikhail Semyonovich Filitov. Era un madrugador, y ahora estaba sentado frente a un antiguo escritorio de roble, de más de cien años, que su esposa había comprado para él poco antes de morir, hacía casi… ¿cuánto? Treinta años, se dijo Misha. Treinta años el próximo febrero. Por un momento sus ojos se cerraron. Treinta años.

Jamás pasaba un sólo día en que él no recordara a su Elena. Sobre el escritorio tenía su retrato; la impresión en sepia se había desvanecido algo con los años; y el marco de plata ya no brillaba como antes. Parecía que él no encontraba nunca tiempo para lustrarlo, y no quería que ninguna criada lo molestara. La fotografía mostraba una joven con piernas largas y delgadas, levantados los brazos por sobre la cabeza, inclinada graciosamente hacia un lado. El rostro redondeado, eslavo, lucía una amplia e invitadora sonrisa, que transmitía a la perfección la alegría que sentía cuando bailaba con la Compañía Kirov.

Misha sonrió también cuando recordó la primera impresión de un joven oficial de blindados, a quien le habían regalado entradas para la función como recompensa por tener los tanques mejor mantenidos de la división: ¿Cómo pueden hacer eso? De pie sobre las puntas de los dedos como si estuvieran sobre zancos con puntas de aguja. Recordaba haber jugado con zancos en su niñez, ¡pero hacerlo con tanta gracia!

Y entonces ella había sonreído al atractivo oficial joven de la primera fila. Por un fugaz momento. Sus ojos se habían encontrado durante un tiempo casi tan breve como el que lleva parpadear, pensó. La sonrisa de la muchacha había tenido un ligero cambio casi imperceptible. Ya no era para el público; por ese instante inmensurable, la sonrisa había sido sólo para él. Una bala en el corazón no hubiera podido causar un efecto más devastador. Misha no recordaba el resto de la función… hasta ese mismo día no podía siquiera recordar el nombre del ballet. Sí recordaba haber permanecido allí sentado retorciéndose hasta el final, mientras su mente se debatía en resolver qué debía hacer después. El teniente Filitov ya había sido señalado como un hombre de futuro, un brillante y joven oficial de tanques para quien la purga brutal de Stalin en el cuerpo de oficiales había brindado la oportunidad de obtener una rápida promoción. Escribía artículos sobre tácticas con tanques, practicaba innovadores ejercicios de combate en el campo y discutía vociferando contra las falsas «lecciones» de España, con la certeza de un hombre nacido para su profesión.

Pero ¿qué hago ahora?, se había preguntado a sí mismo. El Ejército Rojo no le había enseñado cómo abordar a una artista. No era una muchacha de granja, lo suficientemente aburrida por el trabajo en el Kolkhoz como para ofrecerse ella misma

a cualquiera y especialmente a un joven oficial del ejército que podía sacarla de todo aquello. Misha recordaba todavía la vergüenza de su juventud no porque lo hubiera considerado vergonzoso en ese momento, cuando usaba los galones de su uniforme para llevar a la cama a cualquier muchacha que veía.

Pero ni siquiera conozco su nombre, se dijo, ¿qué puedo hacer? Lo que hizo, por supuesto, fue tratar el tema como un ejercicio militar. Tan pronto como terminó la función, se abrió camino hacia el cuarto de baño y se lavó manos y cara, se limpió las uñas con un cortaplumas se humedeció el cabello y lo asentó, inspeccionó su uniforme tan estrictamente como lo hubiera hecho un general, cepillando el polvo y retirando algunas hilachas. Después se alejó un poco del espejo para asegurarse que sus botas relucían como correspondía. Durante esos minutos, no se había dado cuenta de que otros hombres que estaban en el baño lo observaban con sonrisas contenidas a medias, adivinando cuál era el objeto de todo eso ejercicio y deseándole suerte, aunque con un poquito de envidia. Satisfecho con su aspecto, Misha salió del teatro y preguntó al portero dónde estaba la salida de artistas. Eso le costó un rublo. Después de enterarse dio vuelta en las esquina hasta la entrada al escenario, donde encontró otro portero. Este era un viejo de barba cuyo abrigo lucía cintas por servicios prestados en la revolución. Misha había esperado una especial cortesía de parte del portero —de un soldado a otro— pero luego comprendió que el hombre consideraba como sus propias hijas a todas las bailarinas… no eran muchachas fáciles para arrojarlas a los pies de los soldados, por cierto.

Misha pensó en ofrecerle dinero, pero tuvo la sensatez de no tratar al hombre como si hubiera sido un rufián. En cambio, le habló tranquila y razonablemente y con la verdad, diciéndole que estaba chiflado por una de las bailarinas, cuyo nombre ignoraba, y simplemente quería conocerla.

—¿Por qué? —le preguntó fríamente Misha con la voz tímida de un niño pequeño.

—Y usted está enamorado. —La respuesta era brusca, pero un instante después la cara del portero pareció pensativa. ¿Pero no sabe cuál?

—Ella estaba en… en la fila, quiero decir, no era una de las importantes. ¿Cómo le llama a eso…?, voy a recordar su rostro hasta el día que me muera.

—Ya desde entonces lo sabía.

El portero lo examinó de arriba abajo y vio que su uniforme estaba muy correcto y bien presentado, y que tenía la espalda muy derecha. Ese no era uno de esos cerdos jactanciosos de los oficiales de la NKVD, arrogantes y con aliento a vodka. Ese era un soldado, un joven y bien parecido soldado.

—Camarada teniente, usted es hombre con suerte. ¿Sabe por qué? Es afortunado porque yo también fui joven alguna vez, y viejo como soy ahora, todavía recuerdo. Van a empezar a salir dentro de unos diez minutos, más o menos. Espere aquí y no

haga ningún ruido.

Habían demorado treinta minutos. Salieron en grupas de tres o de dos. Misha había visto a los miembros varones de la compañía y pensó que eran… lo que cualquier soldado pensaría de un hombre en un conjunto de ballet. Había sentido resentirse su hombría al ver que se tomaban de las manos con tan bonitas muchachas, pero pudo superarlo. Cuando se abrió la puerta, su vista se enceguеció temporalmente deslumbrada por el resplandor intenso de la luz de un amarillo blanquecino, y estuvo a punto de no reconocerla, tan diferente estaba sin el maquillaje.

Vio el rostro, y trató de decidir si era realmente la muchacha que esperaba; se acercó al objetivo con mayor cautela de lo que hubiera hecho bajo el fuego de armas alemanas.

—Usted estaba en la butaca número doce —dijo ella antes de que él pudiera juntar coraje para hablar. ¡Qué voz tenía!

—Sí, camarada artista —contestó tartamudeando.

—¿Le gustó la función, camarada teniente? Una sonrisa tímida pero a la vez atrayente en cierta forma.

—¡Fue maravillosa! —Naturalmente.

—No es frecuente ver oficiales jóvenes y buenos mozos en la primera fila —observó ella.

—Me dieron la entrada como premio por el desempeño de mi unidad. Soy oficial de tanques —dijo orgullosamente. ¡Me dijo buen mozo!

—¿Tiene nombre el camarada teniente de tanques?

—Soy el teniente Mikhail Semyonovich Filitov.

—Yo soy Elena Ivanova Makarova.

—Hace demasiado frío esta noche para alguien tan delgada, camarada artista. ¿Hay algún restaurante cerca?

—¿Restaurante? —Ella rio—. ¿Viene muy seguido a Moscú?

—Mi división tiene su base a treinta kilómetros de aquí, pero no vengo con frecuencia a la ciudad —había admitido él.

—Camarada teniente, hay muy pocos restaurantes aún en todo Moscú. ¿Puede venir a mi departamento?

—Claro… sí. —Acababa de responder cuando la puerta del escenario se abrió de nuevo.

—Marta —dijo Elena a la muchacha que salía en ese instante—. ¡Tenemos escolta militar para ir a casa!

—Vienen Tania y Resa —dijo Marta.

Misha se sintió realmente aliviado al oírlo. La caminata hasta el departamento les había llevado treinta minutos. El subterráneo de Moscú todavía no estaba terminado, y era mejor caminar que esperar un tranvía a esa hora de la noche.

Era mucho más bonita sin el maquillaje, recordó. El aire frío del invierno daba a sus mejillas todo el color que necesitaban. Su andar era tan ágil y elegante como sólo podían haberlo logrado diez años de entrenamiento intensivo. Se deslizaba a lo largo de la calle como una aparición, mientras él la acompañaba dando alegres saltos sobre sus pesadas botas. Se sentía a sí mismo como un tanque rodando junto a un pura sangre, y tenía cuidado de no acercarse demasiado para no pisarla. Aún no conocía la fuerza que su gracia disimulaba tan bien.

Nunca hasta entonces la noche le había parecido tan hermosa, aunque durante. —¿Cuánto tiempo fue?— Veinte años había gozado de muchas noches como esa, y luego ninguna en los otros últimos treinta. Mi Dios, pensó, el próximo… 14 de julio habríamos cumplido cincuenta años de casados. Mi Dios. Inconscientemente se pasó varias veces un pañuelo por los ojos.

Treinta años, sin embargo, era el lapso que ocupaba su mente. Un pensamiento agitaba su pecho, y los dedos con que apretaba la lapicera estaban pálidos. Todavía lo sorprendía el hecho de que el amor y el odio fueran emociones tan unidas una a otra. Misha volvió a su diario.

Una hora más tarde abandonó el escritorio y caminó hasta el ropero de su dormitorio. Se puso el uniforme de coronel de trepas blindadas. Técnicamente, estaba en situación de retiro, y lo estaba desde antes de que nacieran muchos de los actuales coroneles. Pero su destino en el ministerio ele Defensa tenía sus propias ventajas, y Misha estaba en el estado mayor personal del ministro. Esa era una razón. Las otras tres razones se veían en la chaquetilla de su uniforme, tres estrellas de oro que pendían de cintas de color rojo claro. Filitov era el único soldado en la historia del Ejército Soviético que había ganado tres veces en el campo de batalla la condecoración de Héroe de la Unión Soviética, por valor personal frente al enemigo. Había otros que tenían esas medallas, pero el coronel sabía muy bien que con frecuencia se trataba de recompensas políticas. Se sentía estéticamente ofendido por eso. Esa no era una medalla para ser otorgada por méritos en trabajo de estado mayor, y menos para que un miembro del Partido la entregara a otro como una bonita insignia para la solapa. Héroe de la Unión Soviética era un premio que se debía limitar a hombres como él, que habían arriesgado sus vidas, que se habían desangrado y, con demasiada frecuencia, muerto por la Rodina. Recordaba todo esto cada vez que se ponía su uniforme. Debajo de la camiseta estaban las cicatrices que parecían de plástico, de su última estrella dorada, cuando un proyectil 88 alemán atravesó el blindaje de su tanque, incendiando la munición almacenada; entonces él hizo girar su cañón de 76 mm para efectuar un último disparo que aniquiló a los que operaban aquel cañón alemán, mientras sus ropas ardían. Las heridas le dejaron reducido el movimiento de su brazo derecho en un cincuenta por ciento pero, a pesar de ello, condujo lo que quedaba de su regimiento casi dos días más en el Promontorio Kursk.

Si él se hubiera lanzado fuera del tanque con el resto de sus hombres —o lo hubieran evacuado de la zona de inmediato, como recomendó el cirujano de regimiento— tal vez se habría recuperado por completo pero, no, él sabía que no hubiera podido dejar de disparar para devolver el fuego, y no hubiera podido abandonar a sus hombres en medio de la batalla. Y así disparó con su cañón, y así se quemó. De no ser por eso, Misha podría haber ascendido a general, y tal vez hasta mariscal, pensó. ¿Habría significado eso alguna diferencia? Filitov era un hombre que tenía los pies demasiado bien puestos en la tierra como para abrigar por mucho tiempo esa idea. Debe haber luchado en muchas más campañas, podría haber muerto. Así, en cambio había sido favorecido con más tiempo con Elena que si la situación hubiese sido otra. Ella iba casi todos los días al instituto de los quemados, en Moscú; al principio, horrorizada por la extensión de sus heridas, pero luego se había puesto tan orgullosa de ellas como el mismo Misha. Nadie podría poner en duda que su hombre había cumplido con su deber para con la Rodina.

Pero ahora, él cumplía con su deber para con Elena.

Filitov salió del departamento en dirección al ascensor, llevando un portafolio de cuero en la mano derecha. Era casi para lo único que le servía ese lado de su cuerpo. La Babushka que manejaba el ascensor lo saludó como de costumbre. Eran de la misma edad; ella, viuda de un sargento que había estado en el regimiento de Misha, y que también ganó la estrella de oro, colocada en su pecho por este mismo hombre.

—¿Y su nueva nieta? —preguntó el coronel—. Un ángel —fue la respuesta de ella.

Filitov sonrió, en parte de acuerdo —¿hay alguna criatura fea?— y en parte porque en términos como «ángel» habían sobrevivido a sesenta años de «socialismo científico».

El automóvil lo esperaba. El conductor era un convocado reciente, egresado poco antes de la escuela de sargentos y de la conducción de vehículos. Saludó muy seriamente a su coronel mientras mantenía abierta la puerta con la otra mano.

—Buenos días, camarada coronel.

—Así es, sargento Zhdanov —contestó Filitov. La mayoría de los oficiales sólo habrían emitido poco más que un gruñido, pero Filitov era un soldado combatiente, cuyo éxito en el campo de batalla había sido consecuencia de su devoción hacia el bienestar de sus hombres. Una lección que pocos oficiales comprendieron alguna vez, se recordó a sí mismo. Una lástima.

El interior del automóvil estaba cálido y confortable; quince minutos antes el conductor había encendido el calefactor al máximo. Filitov se sentía cada vez más vulnerable al frío, signo seguro de la edad.

Había estado hospitalizado hacía poco tiempo, otra vez por neumonía, y la tercera en los últimos cinco años. Una de esas veces, lo sabía, sería la última. Filitov apartó

de su mente la idea. Había desafiado demasiadas veces a la muerte para temerla. La vida iba y venía en forma constante. Un breve segundo por vez. Cuando llegara el último segundo, se preguntó, ¿se daría cuenta? ¿Le importaría?

El conductor detuvo el auto en el ministerio de Defensa antes de que el coronel pudiera contestar a esa pregunta.

Ryan estaba seguro de que había trabajado al servicio del gobierno demasiado tiempo. Y podía decir —no exactamente que le gustara volar— que apreciaba por lo menos la conveniencia de viajar en avión. Se hallaba a sólo cuatro horas de Washington, llevado por un Learjet C-21 de la Fuerza Aérea cuyo piloto, una mujer capitán, le había parecido un estudiante de segundo año de la escuela secundaria.

Estás poniéndote viejo, Jack, se dijo. Habían hecho el vuelo desde el aeropuerto hasta la cumbre de la montaña en un helicóptero, proeza nada fácil a esa altura. Ryan no había estado nunca en Nueva México. Las elevadas montañas carecían por completo de árboles, el aire era tan poco denso que lo hacía respirar en forma anormal, pero el cielo estaba tan claro que por un momento se imaginó que era un astronauta que contemplaba estrellas sin destello en esa frígida noche sin nubes.

—¿Café, señor? —preguntó un sargento. Ofreció a Ryan una taza térmica, en la que el líquido caliente desprendía vapor en la semioscuridad, apenas iluminada por el afilado semicírculo de la luna nueva.

—Gracias. —Ryan bebió unos tragos y miró alrededor. Se veían muy pocas luces. Tal vez existiera una zona edificada detrás de la próxima línea de montañas; alcanzaba a ver el resplandor luminoso, como un halo, de Santa Fe, pero no había forma de saber a qué distancia podía estar. Sabía que el suelo rocoso sobre el que estaba de pie se hallaba a más cíe tres mil seiscientos metros de altura sobre el nivel del mar (el terreno más cercano a nivel del mar se encontraba a cientos de kilómetros de distancia), y es imposible apreciar de noche esas magnitudes. Todo aquello era hermoso; en conjunto, excepto el frío. Sus dedos se agarrotaban alrededor de la taza de plástico. Había cometido el error de dejar los guantes en su casa.

—Diecisiete minutos, anunció alguien. —Todos los sistemas listos. Seguidores en automático. AOS dentro de ocho minutos.

—¿AOS? —preguntó Ryan, Se dio cuenta de que su voz sonaba casi graciosa. Hacía tanto frío que también tenía rígidas las mejillas—. Adquisición de Señal explicó el mayor.

—¿Usted vive cerca de aquí?

—A sesenta y cinco kilómetros hacia allá. —Señaló vagamente—. Prácticamente en la casa de al lado, de acuerdo a las distancias habituales aquí. —El acento de Brooklyn con que hablaba el oficial explicaba su comentario.

Él es el que tiene el doctorado de la Universidad Estatal de Nueva York en Stony Brook, recordó Ryan. Con veintinueve años de edad solamente, el mayor no tenía

aspecto de soldado, aún menos el de un oficial jefe. En Suiza lo habrían llamado gnomo, con su estatura que apenas superaba el metro sesenta y cinco, su delgadez cadavérica y su cara angulosa cubierta de acné. En ese momento, sus ojos hundidos estaban clavados en un sector del horizonte, por donde aparecería el trasbordador espacial Discovery. Ryan volvió a pensar en los documentos que había leído en el viaje, y sabía que ese mayor probablemente no sería capaz de decirle de qué color estaban pintadas las paredes de su salón. Vivía en realidad en el Laboratorio Nacional Los Álamos, conocido localmente como la Colina. Había sido número uno de su clase en West Point, y obtenido un doctorado en física de alta energía sólo dos años después. Su tesis para el doctorado fue clasificada como Estrictamente Secreta. Jack la había leído y no se explicaba por qué se habían molestado en clasificarla así; a pesar de que él mismo tenía un título de doctor, el documento de doscientas páginas podría muy bien haber estado escrito en curdo. Ya se hablaba de Alan Gregory como alguien del mismo nivel de Stephen Hawking, de Cambridge, o Freeman Dyson, de Princeton. Salvo que poca gente conocía su nombre. Jack se preguntó si se le habría ocurrido a alguien considerar también eso secreto.

—Mayor Gregory, ¿todo listo? —preguntó un teniente general de la Fuerza Aérea. Jack lo notó relativamente respetuoso. Gregory no era un mayor cualquiera.

—Sí, señor —contestó el mayor con una sonrisa nerviosa, y se secó las manos sudorosas— a pesar de la temperatura de varios grados bajo cero —en los pantalones del uniforme. Era bueno ver que el muchacho tenía emociones.

—¿Es casado? —le preguntó Ryan. El legajo no contenía este dato.

—Comprometido, señor. Ella es doctora en ópticas láser, en la Colina. Vamos a casarnos el 3 de junio —la voz del muchacho parecía tan quebradiza como el cristal.

—Felicitaciones. Mantienen la ciencia en la familia, ¿eh? —bromeó Jack.

—Sí, señor. —El mayor Gregory seguía mirando fijamente el horizonte sudoeste.

—¡AOS! —anunció alguien detrás de ellos—. Tenemos señal. —¡Antiparras!— El grito surgió de los altoparlantes metálicos-Todos deben colocarse los protectores en los ojos.

Jack se sopló las manos antes de sacar del bolsillo las antiparras de plástico. Le habían indicado que las guardara para mantenerlas tibias. Todavía estaban lo suficientemente frías como para sentir la diferencia al ponérselas. Pero una vez colocadas en su sitio, Ryan quedó efectivamente enceguecido. Las estrellas y la Luna habían desaparecido.

—¡En seguimiento! Tenemos contacto permanente. El Discovery ha establecido el enlace. Todos los sistemas en servicio.

—¡Adquisición de blanco! —anunció otra voz—. Inicien secuencia de interrogación… primer blanco aferrado… circuitos de disparo automático capacitados.

No había sonido alguno que indicara lo que había ocurrido. Ryan no vio nada… ¿o sí?, se preguntó a sí mismo. Había habido una fugaz impresión de… ¿qué?, ¿acaso lo imaginé? Junto a él sintió que el mayor soltaba lentamente la respiración contenida.

—Ejercicio terminado dijo el anunciador. Jack se quitó las antiparras.

—¿Eso es todo? —¿Qué acababa de ver? ¿Qué acababan de hacer? ¿Estaba tan desactualizado que ni siquiera después de recibir una explicación comprendió lo que estaba sucediendo ante sus ojos?

—Es casi imposible ver la luz láser —dijo el mayor Gregory—. A esta altura no hay suficiente polvo en suspensión ni humedad en el aire para reflejarlo.

—Entonces, ¿por qué las antiparras?

El joven oficial sonrió mientras se quitaba las suyas.

—Bueno, si un pájaro sobrevuela en el momento inadecuado, el impacto podría ser… bueno, espectacular. Eso podría dañarle algo los ojos.

A trescientos veinte kilómetros de altura sobre sus cabezas, el Discovery continuaba hacia el horizonte. El vehículo espacial iba a permanecer en órbita otros tres días realizando su «misión científica de rutina», fundamentalmente estudios oceanográficos esta vez, según se informó a la prensa; algo secreto, para la Armada. Los periódicos habían estado especulando sobre la misión desde hacía varias semanas. Decían que tenían algo que ver con el seguimiento de submarinos misilísticos desde la órbita. No había mejor forma de guardar un secreto que usar otro «secreto» para ocultar aquél. Cada vez que alguien preguntaba acerca de la misión, un oficial de relaciones públicas de la Armada respondía con un «sin comentarios».

—¿Salió todo bien? —preguntó Jack. Miró hacia lo alto, pero no pudo encontrar el punto luminoso que indicaba el trasbordador espacial de un billón de dólares.

—Tenemos que ver. —El mayor se volvió y caminó hacia el furgón camuflado estacionado a pocos metros. El general de tres estrellas lo siguió, y Ryan hizo lo propio un poco más atrás.

En el interior del furgón, donde la temperatura podía haber sido casi de congelamiento, un suboficial mayor estaba rebobinando un videotape.

—¿Dónde estaban los blancos? —preguntó Jack—. Eso no figuraba en los documentos explicativos.

—Aproximadamente cuarenta y cinco sur, treinta oeste contestó el general. El mayor Gregory se había instalado frente a la pantalla.

—Eso es cerca de las Falklands (Malvinas), ¿no es así? ¿Por qué allá?

—En realidad, más cerca de las Islas Georgias del Sur —replicó el general—. Es un lindo sitio, tranquilo y fuera del paso, y la distancia es más o menos correcta.

Y los soviéticos no tenían ningún medio conocido para reunión de inteligencia dentro de los cinco mil kilómetros de distancia; Ryan lo sabía. El ejercicio de prueba

Tea Clipper había sido calculado en tiempo exactamente para un momento en el que todos los satélites espías soviéticos se encontraran debajo del horizonte visible. Finalmente, la distancia de tiro era exactamente la misma que a los campos de misiles balísticos intercontinentales soviéticos dispuestos a lo largo de las principales líneas ferroviarias este-oeste del país.

—¡Listo! —dijo el suboficial.

La imagen de video no era del todo buena, tomada desde nivel del mar, específicamente desde la cubierta del Observation Island, un buque científico de medición de alcances que regresaba de ciertas pruebas con misiles Trident en el Océano Indico. Junto a la primera pantalla de TV había otra. Esta mostraba imágenes tomadas por el radar de seguimiento de misiles Cobra Judy perteneciente al mismo buque. En ambas pantallas se veían cuatro objetos, separados entre sí y en una línea ligeramente irregular. En la esquina inferior derecha un medidor de tiempo iba cambiando números, con tres dígitos a la derecha del punto decimal.

—¡Impacto! —Uno de los puntos desapareció en una nubecilla de luz verde.

—¡Errado! —En este caso el punto permaneció visible.

—¡Errado! —Jack frunció el entrecejo. Él había esperado en parte ver los rayos de luz surcando el cielo, pero eso sucede sólo en las películas. No había suficiente polvo en el espacio para que se notase la trayectoria del rayo.

—¡Impacto! —Desapareció un segundo punto.

—¡Impacto! —Sólo quedaba uno.

—Errado.

—Errado. —El último no quería morir, pensó Ryan.

—¡Impacto! —Pero murió—. Tiempo total transcurrido, uno punto ocho-cero-seis segundos.

—Cincuenta por ciento —dijo con tranquilidad el mayor Gregory—. Y se corrigió solo.-El joven oficial asintió lentamente con la cabeza. Logró no sonreír, excepto alrededor de los ojos.

—Funcionó bien.

—¿De qué tamaño eran los blancos? —preguntó Ryan.

—Tres metros. Globos esféricos, naturalmente. —Gregory estaba perdiendo rápidamente el control. Parecía un chico a quien la Navidad lo hubiera tomado por sorpresa.

—El mismo diámetro que un SS-18.

—Algo así —contestó el general.

—¿Dónde está el otro espejo?

—Diez mil kilómetros arriba, actualmente sobre la Isla Ascensión. Oficialmente es un satélite meteorológico que nunca entró en su correspondiente órbita. —El general sonrió.

—No sabía que pudieran enviarlo tan lejos.

El mayor Gregory sofocó una risita.

—Nosotros tampoco.

—¿De manera que ustedes enviaron el rayo desde aquí al espejo del trasbordador espacial, desde el Discovery a este otro sobre el ecuador, y desde allí a los blancos?

—Correcto —dijo el general.

—¿Entonces el sistema buscador de blancos está en el otro satélite?

—Sí —contestó el general casi en un gruñido.

Jack hizo algunos números en su cabeza.

—Muy bien, eso significa que ustedes pueden discriminar un blanco de tres metros a… diez mil kilómetros. Yo no sabía que éramos capaces de hacer eso. ¿Cómo lo hacemos?

—Usted no necesita saberlo replicó fríamente el general.

—Hicieron cuatro impactos y cuatro intentos errados; ocho disparos en menos de dos segundos, y el mayor dijo que el sistema de seguimiento de blancos corrigió los tiros errados. Bien, si esos hubieran sido SS-18 lanzados desde las Georgias del Sur, ¿los disparos lo habrían destruido?

—Probablemente no —admitió Gregory—. El complejo de lásers sólo emite cinco megajoules. ¿Usted sabe lo que es un joule?

Estuve repasando mi libro de física del secundario antes de venir. Un joule es la unidad de trabajo en el sistema basado en el metro, el kilogramo y el segundo, ¿no es así? Muy bien, un megajoule es un millón de ellos. En términos que están a mi alcance…

—Un megajoule es a grandes rasgos el equivalente de un cartucho de dinamita. Por lo tanto, acabamos de enviar cinco cartuchos. La energía real transferida es como un kilogramo de explosivos, pero los efectos físicos no son comparables exactamente.

—Lo que usted me está diciendo es que el rayo láser no quema y perfora en realidad el blanco,… ¿es más bien un efecto de shock? —Ryan seguía estirando sus conocimientos técnicos al límite.

—Nosotros lo llamamos «destrucción por impacto» —contestó el general—. Pero, sí… es más o menos así. Toda la energía llega en unos pocos millonésimos de segundo, muchísimo más rápido que cualquier proyectil.

—De manera que todo ese asunto que he oído sobre cómo se puede evitar la destrucción del cuerpo del misil mediante un cuidadoso pulido, o haciéndolo rotar…

El mayor Gregory sofocó otra risita.

—Sí, me gusta eso. Una bailarina de ballet puede hacer cuantas piruetas quiera frente a una escopeta pero no le servirá de mucho. Esto es lo mismo. Lo que ocurre es que la energía tiene que ir a alguna parte, y no puede ser otra que el cuerpo del misil. Ese cuerpo está lleno de líquidos almacenados; casi todos sus misiles están

impulsados por líquidos, ¿verdad? Solamente el efecto hidrostático bastaría para provocar la ruptura de los tanques presurizados y… ¡Boom!, se acabó el misil. —El mayor sonrió como si hubiera estado describiendo una jugarreta contra su profesor de la escuela secundaria.

—Bueno, muy bien. Ahora quiero saber cómo funciona todo esto.

—Mire, doctor Ryan… —empezó a decir el general. Jack lo interrumpió.

—General, estoy autorizado a conocer Tea Clipper. Usted lo sabe, así que, dejémonos de vueltas.

El mayor Gregory captó una señal de cabeza del general.

—Señor, tenemos cinco lásers de un megajoule…

—¿Dónde?

—Usted está de pie justo sobre la parte superior de uno de ellos. Los otros cuatro están enterrados alrededor de la cumbre de esta montaña. La entrega de potencia es por pulso, naturalmente. Cada uno emite una cadena de pulsos de un millón de joules en unos pocos microsegundos…, unos pocos millonésimos de segundo.

—¿Y se recargan en…?

—Punto cero —cuatro— seis segundos. Podemos emitir veinte disparos por segundo, en otras palabras.

—Pero ustedes no dispararon tan rápido.

—No tuvimos necesidad de hacerlo, señor —replicó Gregory—. El factor limitante hasta el presente es el software del seguidor de blancos, o de puntería. Se está trabajando en eso. El propósito de esta prueba era evaluar parte del conjunto software. Sabemos que estos lásers funcionan bien. Hace tres años que los tenemos aquí. Los rayos lásers convergen sobre un espejo, a unos cincuenta metros en esa dirección —señaló— y se convierten en un solo rayo.

—Tienen que estar… me refiero a los rayos, todos exactamente coordinados, ¿verdad?

—Técnicamente se lo llama láser de emisión en fase. Todos los rayos deben estar perfectamente en fase —contestó Gregory.

—¿Cómo diablos consiguen eso? —Ryan hizo una pausa—. No se moleste, de todos modos es muy probable que yo no entienda nada. Muy bien, tenemos el rayo en incidencia sobre el espejo de abajo…

El espejo es la parte principal. Está formado por miles de segmentos, y cada segmento está controlado por un chip piezoeléctrico. A eso se le llama «óptica ajustable». Enviamos un rayo interrogador hacia el espejo. Éste se hallaba en el trasbordador espacial y logramos una lectura sobre la distorsión atmosférica. Se analiza por computadora la forma en que la atmósfera desvía el rayo. Entonces el espejo corrige la distorsión y podemos efectuar el verdadero disparo. El espejo del trasbordador espacial también tiene óptica ajustable. Recibe y enfoca el rayo, y lo

envía hacia el espejo del satélite Flying Cloud. Ese espejo vuelve a enfocar el rayo sobre el blanco y… ¡Zap!

—¿Así de simple? —Ryan sacudió la cabeza. Era tan simple que durante los diecinueve años anteriores se habían gastado cuarenta billones de dólares en investigación básica, en veinte campos separados, nada más que para realizar esa prueba.

—Tuvimos que suprimir algunos pocos detalles pequeños —aclaró Gregory. Esos pequeños detalles requerirían otros cinco años o más, y no sabía, ni le importaba, cuántos billones más. Lo que sí le interesaba era que la meta estaba prácticamente a la vista. Tea Clipper ya no era un proyecto en las nubes. No después de esa prueba del sistema.

—Y usted es el hombre que creó el procedimiento en el sistema de puntería. Descubrió la forma en que el rayo obtuviera su propia información para dirigirse al blanco.

—Algo así contestó el general por el muchacho. —Doctor Ryan, esa parte del sistema tiene una clasificación de secreto tan alta que no seguiremos hablando de ella sin una autorización escrita.

—General, el propósito de mi presencia aquí no es otro que evaluar este programa en relación con los esfuerzos soviéticos en la misma línea. Si usted quiere que mi gente le informe cómo están los rusos en esto, ¡tengo que saber qué diablos debemos buscar!

No obtuvo respuesta. Jack se encogió de hombros y metió la mano dentro de su abrigo. Entregó un sobre al general. El mayor Gregory miraba intrigado.

—Aun así no le gusta —observó Ryan después que el oficial plegó la carta y la hizo a un lado.

—No, señor, no me gusta.

Ryan empleó un tono de voz más frío que las noches de Nueva México.

—General, cuando estuve en el Cuerpo de Infantería de Marina nunca me dijeron que todas las órdenes debían gustarme, sólo se suponía que debía cumplirlas. —Eso estuvo a punto de enfurecer al general, y Jack agregó—: Yo estoy realmente de su lado, general.

—Puede continuar, mayor Gregory —dijo el general Parks después de un instante.

—Yo llamo al algoritmo La danza del abanico —empezó Gregory. El general casi sonrió a pesar de sí mismo. Gregory no podía haber sabido nada sobre Sally Rand.

—¿Eso es todo? —dijo otra vez Ryan cuando el joven terminó, y estimó que todos los expertos en computación en el Proyecto Tea Clipper debían de haberse preguntado la misma cosa: ¡Por qué no pensé en eso! No era de extrañar que todos dijeran de Gregory que era un genio. Había hecho un descubrimiento crucial en la

tecnología láser en Stony Brook, y después otra en diseño software—. ¡Pero eso es muy sencillo!

—Sí, señor, pero llevó más de dos años lograr que funcionara, y una computadora Cray-2 para que lo hiciera funcionar lo suficientemente rápido como para que resultara. Todavía necesitamos un poco más de trabajo, pero después de que analicemos lo que salió mal esta noche, tal vez en otros cuatro o cinco meses tendremos todo resuelto.

—¿El próximo paso, entonces?

—Construir un láser de cinco megajoules. Ya hay otro equipo que está cerca de eso. Entonces vamos a juntar veinte de ellos y podremos emitir un pulso de cien megajoules, veinte veces por segundo, e impactar en cualquier blanco que nos interese. La energía de impacto será entonces del orden de, digamos, veinte o treinta kilogramos de explosivos.

—Y eso destruirá cualquier misil que pueda fabricar quien sea… —Sí, señor— sonrió el mayor Gregory.

—Lo que usted me está diciendo es que la cosa… Tea Clipper está funcionando bien.

—Hemos hecho válida la arquitectura del sistema —corrigió a Ryan el general—. Ha sido un largo camino desde que empezamos a trabajar en este sistema hace cinco años había once obstáculos. Aún quedan tres problemas técnicos. Dentro de cinco años no habrá ninguno. Entonces podremos empezar a construirlo.

Las consecuencias estratégicas… dijo Ryan, y se detuvo ¡Cristo!

—Esto cambiará el mundo estuvo de acuerdo el general.

—Ustedes saben que ellos están trabajando en el mismo tema en Dushanbe.

—Sí, señor —respondió el mayor Gregory—. Y es posible que conozcan algo que nosotros no conocemos.

Ryan asintió. Gregory era lo suficientemente inteligente como para saber que alguien podía serlo más aún, ese chico valía mucho.

—Señores, en mi helicóptero tengo un portafolio. ¿Podrían hacer que alguien me lo trajera? Hay algunas fotos de satélite que tal vez les interesen.

—¿Cuánto tiempo hace que se hicieron estas tomas?, preguntó el general cinco minutos después, cuando terminó de mirar las fotografías.

—Dos días —contestó Jack.

El mayor Gregory las observó durante uno o dos minutos.

—Muy bien, aquí tenemos dos instalaciones ligeramente distintas. Esto se denomina «emisión dispersa». El conjunto hexagonal el que tiene seis columnas —es un transmisor. El edificio que está aquí en el medio probablemente se halla diseñado para alojar seis lásers. Estos pilares son montajes ópticamente estables para espejos. Los rayos láser salen del edificio, reflejan en los espejos, y éstos se hallan

controlados por computadora para concentrar el rayo sobre un blanco.

—¿Qué quiere decir con «ópticamente estables»?

—Tienen que controlar los espejos con un alto grado de exactitud, señor. —Dijo Gregory a Ryan—. Si se los aísla del terreno que los rodea se consigue eliminar vibraciones que pueden originarse por el paso de un hombre que camina cerca, o por un vehículo. Si usted sacude los espejos en un pequeño múltiplo de la frecuencia de la luz láser, arruina el efecto que está tratando de obtener. Aquí empleamos montajes amortiguadores para lograr el factor aislante. Es una técnica desarrollada originalmente para submarinos. ¿De acuerdo? Este otro conjunto con forma de diamante es… ah, por supuesto. Es el receptor.

—¿Qué?

Digamos que usted quiere lograr una imagen realmente buena de algo. Pero, realmente buena. Se usa un láser como luz estroboscópica.

—¿Pero por qué cuatro espejos?

—Es más fácil y barato hacer cuatro espejos pequeños que uno grande —explicó Gregory—. Hummmm. Me pregunto si no estarán tratando de lograr una imagen holográfica. Si pueden realmente mantener en fase su rayo luminoso… teóricamente es posible. Hay un par de cosas que lo hacen difícil, pero a los rusos les gusta la aproximación por fuerza bruta… ¡Maldición! —sus ojos se encendieron—. ¡Esa es una idea fantástica! Tendré que pensar en eso.

—¿Quiere decirme que han construido este lugar nada más que para tomar imágenes de nuestros satélites? —preguntó Ryan.

—No, señor. Ellos pueden usarlo para eso, sin duda. Es un perfecto disfraz. Y un sistema que puede tomar imágenes de un satélite en altura geosincrónica puede ser capaz de aporrear a otro que se encuentre en una órbita terrestre baja. Si usted piensa en estos cuatro espejos como si fueran un telescopio, recuerde que un telescopio puede ser una lente para una cámara, o parte de una mira de puntería de un arma de fuego. Y también podría ser un sistema de puntería de alta eficiencia. ¿Cuánta energía entra en este laboratorio?

Ryan buscó una foto.

—La entrega de energía actual de esta represa es algo así como quinientos megavatios. Pero…

—Están instalando nuevas líneas energía observó Gregory. —¿Cómo es eso?

—La central ele energía tiene dos pisos… se nota desde este ángulo. Parecería que estuvieran activando la mitad superior. Eso les dará una entrega de potencia pico de más o menos mil cien megavatios.

—¿Cuánto entra en este lugar?

—Lo llamamos «Bach». Tal vez cien. El resto va a «Mozart» el poblado que creció sobre la montaña próxima. De modo que están duplicando su disponibilidad de

energía.

—Más que eso, señor —comentó Gregory—. A menos que piensen duplicar el tamaño de esa población, ¿por qué no suponer que el aumento de energía irá destinado a los lásers?

Jack estuvo a punto de ahogarse. ¡Por qué demonios no pensaste en eso! Gruñó para sus adentros.

—Lo que quiero decir… —continuó Gregory—. Lo que quiero decir es que eso significa quinientos megavatios más de energía. Cristo, ¿no serán que han hecho algún nuevo descubrimiento? ¿Es muy difícil averiguar qué está pasando allá?

—Mire bien las fotografías y dígame si le parece fácil infiltrar ese lugar —sugirió Ryan.

—Oh. —Gregory levantó la vista—. Sería bueno saber cuánta energía pueden emitir desde la terminal de sus instrumentos. ¿Cuánto tiempo hace que están allí estas instalaciones, señor?

—Unos cuatro años, y no están terminadas todavía. Mozart es nueva. Hasta hace muy poco alojaban a los trabajadores en estas barracas y servicios de apoyo. Nos enteramos cuando construyeron el edificio de departamentos, al mismo tiempo que la cerca perimetral. Cuando los rusos empiezan a mimar a los trabajadores, uno sabe que el proyecto tiene realmente alta prioridad. Y si tiene vallas y torres de guardia, sabemos que es militar.

—¿Cómo lo encontraron? —preguntó Gregory.

—Accidentalmente. La Agencia estaba actualizando sus datos meteorológicos sobre la Unión Soviética, y uno de los técnicos decidió hacer un análisis computarizado de los mejores lugares que había allá para observación astronómica. Este es uno de ellos. Durante los últimos meses el tiempo ha estado anormalmente nublado, pero en promedio el cielo está tan claro como aquí. Lo mismo ocurre con Sarry Shagan, Semipalatinsk, y otra nueva, Storozhevaya-Ryan extrajo algunas otras fotografías. Gregory las observó.

—Ciertamente están trabajando.

—Buenos días, Misha —dijo el mariscal de la Unión Soviética Dmitri Timofeyevich Yazov.

—Buenos días, camarada ministro de Defensa —respondió el coronel Filitov.

Un sargento ayudó al ministro a quitarse su abrigo mientras otro llevaba una bandeja con servicio de té. Ambos se retiraron cuando Misha abrió su portafolio.

—Y bien, Misha, ¿cómo están mis actividades para el día de hoy?

Yazov sirvió dos tazas de té. Todavía estaba oscuro afuera del edificio del Consejo de Ministros. El perímetro interior de los muros del Kremlin se hallaba iluminado con sus penetrantes lámparas blanco-azuladas, y los centinelas aparecían y desaparecían con los relámpagos de luces.

—El día está completo, Dmitri Timofeyevich —contestó Misha. Yazov no era un hombre como lo había sido Dmitri Ustinov, pero Filitov debía admitir para sí mismo que era capaz de cumplir todo un día de trabajo como debía hacerlo un hombre de uniforme. Al igual que Filitov, el mariscal Yazov había servido en tanques. Aunque no se habían conocido durante la guerra, sabían el uno del otro por sus respectivas reputaciones. La de Misha era mejor como oficial de combate— los puristas decían que, de corazón, era un viejo oficial de caballería, aunque Filitov odiaba cordialmente los caballos —mientras que Dmitri Yazov había ganado muy pronto su prestigio como un brillante oficial de estado mayor y organizador… y un hombre del Partido, por supuesto. Antes que nada, Yazov era un hombre del Partido, de lo contrario jamás habría llegado a la jerarquía de mariscal—. Tenemos una delegación que viene de la estación experimental en la República Socialista Soviética de Tadzhik.

—Ah, Bright Star*. Sí, ese informe debía entregarse hoy, ¿no?

—Académicos —exclamó Misha con un bufido—. No serían capaces de distinguir lo que es una verdadera arma aunque las refregara por el trasero.

—La época de las lanzas y los sables ya paso, Mikhail Semyonovich dijo Yazov con una sonrisa. Si bien no era el intelectual brillante que había sido Ustinov, Yazov tampoco era un tonto como su predecesor, Sergey Sokolov. Su falta de experiencia en materia de ingeniería se hallaba equilibrada por un extraño instinto con respecto a los méritos de los nuevos sistemas de armas, y una rara capacidad de penetración para conocer a la gente dentro del Ejército Soviético. —Estos inventos son una extraordinaria promesa.

—Por supuesto. Yo sólo querría que tuviésemos un verdadero soldado a cargo del proyecto, en vez de estos profesores idealistas. —Pero el general Pokryshkin…

—Él fue piloto de combate. Yo dije un soldado, camarada ministro. Los pilotos de combate apoyarán cualquier cosa que tenga suficientes botones y diales. Además, Pokryshkin ha pasado más tiempo últimamente en universidades que en un avión. Ya ni siquiera lo dejan volar solo. Pokryshkin dejó de ser soldado hace diez años. Ahora es un agente de los brujos. Y está construyendo allá su pequeño imperio propio, pero ese es un tema que dejaremos para otro día.

—¿Quieres que te designe en un nuevo puesto, Misha? —preguntó Yazov astutamente.

—¡Ese no! —rio Filitov, y de inmediato se puso serio—. Lo que estoy tratando de decir, Dmitri Timofeyevich, es que la apreciación de progreso que recibimos de Bright Star está… ¿Cómo podría decirlo…?, está deformada por el hecho de que no tenemos en escena un hombre verdaderamente militar. Alguien que comprenda las peripecias del combate, alguien que sepa qué se supone que debe ser un arma.

El ministro de Defensa asintió pensativo.

—Sí, comprendo tu punto de vista. Ellos piensan en términos de «instrumentos»

antes que de «armas», eso es verdad. Y le preocupa la complejidad del proyecto.

—¿Cuántas partes móviles tiene este nuevo conjunto?

—No tengo idea… miles, creería yo.

—Un instrumento no se convierte en arma hasta que pueda ser eficazmente manejado por un simple soldado… bueno, por lo menos un teniente. ¿Alguna vez alguien ajeno al proyecto ha hecho una apreciación de confiabilidad? —preguntó Filitov.

—No, no que yo recuerde.

Filitov levantó su taza de té.

—Ahí tiene, Dmitri Timofeyevich. ¿No cree que el Politburó se interesará en eso? Hasta ahora han estado dispuestos a financiar el proyecto experimental, por supuesto, pero. —Filitov bebió un trago— ellos vienen aquí a requerir fondos para remontar las instalaciones a situación operativa, y nosotros no tenemos un asesoramiento independiente del proyecto.

—¿Cuál sería tu sugerencia para que tuviésemos ese asesoramiento?

—Obviamente, yo no lo puedo hacer. Soy demasiado viejo y me falta preparación, pero tenemos algunos nuevos coroneles en el ministerio que son brillantes, especialmente en la sección comunicaciones. No son oficiales de combate, hablando estrictamente, pero son soldados, y tienen competencia para inspeccionar esas maravillas electrónicas. Es sólo una sugerencia. —Filitov no insistió mucho. Había plantado la semilla de una idea. Yazov era mucho más fácil de manipular que Ustinov.

—¿Y qué hay de los problemas en la planta de tanques de Chelyabinsk? —preguntó a continuación Yasov.

Ortiz observaba al Arquero que trepaba la montaña a menos de mil metros de distancia. Dos hombres y dos camellos. Probablemente no los tomarían por una fuerza de guerrilleros, como si hubieran sido veinte o más. No era que eso importara mucho, Ortiz lo sabía, pero los soviéticos habían llegado ya al punto en que atacaban casi cualquier cosa que se moviera. Vaya con Dios.

—Me gustaría tomar una cerveza —comentó el capitán. Ortiz se dio vuelta.

—Capitán, lo que me permitió tratar eficazmente con estas personas es que yo vivo en la misma forma que ellos. Observo sus leyes y respeto sus costumbres. Eso significa nada de bebida, nada de cerdo; eso significa que no me enredo con sus mujeres.

—Mierda —bufó el oficial—. Estos salvajes ignorantes… —Ortiz lo interrumpió.

—Capitán, la próxima vez que lo oiga decir eso, o siquiera pensarlo en voz alta, será su último día aquí. Esta gente está trabajando para nosotros. Nos están trayendo materiales que no podemos obtener en ninguna otra parte. Usted deberá, repito, deberá tratarlos con el respeto que ellos merecen. ¿Está claro?

—Sí, señor. —Cristo, este tipo se ha convertido en un negro del desierto.

III. El zorro rojo cansado

Es impresionante… si uno alcanza a comprender lo que están haciendo. —Jack bostezó. Había tomado el mismo transporte de la Fuerza Aérea para regresar a Andrews desde los Álamos, y estaba otra vez atrasado de sueño. Aunque ya eso lo había pasado muchas veces, nunca había podido acostumbrarse—. Ese chico Gregory es inteligente como todos los diablos. No demoró más de dos segundos en identificar la instalación Bach, prácticamente palabra por palabra igual que el informe del Centro Nacional de Inteligencia Fotográfica. —La diferencia consistía en que los fotointerpretadores del Centro habían demorado cuatro meses y necesitado tres informes escritos para dar su veredicto.

—¿Usted cree que él debe integrar el equipo asesor?

—Señor, eso es como preguntar si quiere tener cirujanos en la sala de operaciones. Ah, a propósito, piensa que nosotros debemos infiltrar a alguien dentro de Bach.

—Ryan revoleó los ojos.

El almirante Greer casi deja caer su taza.

—Ese chico debe de haber estado viendo películas ninja.

—Es bueno saber que alguien cree en nosotros —bromeó Jack, y luego se puso serio—. De todos modos, Gregory quiere saber si ellos han logrado algún hallazgo en la potencia de emisión láser… perdón, cree que el nuevo término es «penetración». El sospecha que la mayor parte de la nueva energía de la usina hidroeléctrica irá a Bach.

Los ojos de Greer se entrecerraron.

—Esa es una idea espantosa. ¿Usted cree que tiene razón?

—Tienen un montón de gente muy buena en lásers, señor. Recuerdo que NikoIay Bosov ganó el Premio Nobel, y desde entonces ha estado en la investigación de armas láser, junto con Yevgeniy Velikhov, famoso activista por la paz; y el director del Instituto Láser es el hijo de Dmitri Ustinov, ¡por amor de Dios! La instalación Bach es casi seguramente un conjunto láser poco denso. Aunque necesitamos saber qué clase de lásers… podrían ser químicos, a electrón libre o por gas dinámico. El piensa que serán del tipo de electrón libre, pero eso es sólo una apreciación. Me dio cifras para establecer las ventajas de situar la instalación láser sobre la cumbre de esa montaña, donde se encuentra por sobre casi la mitad de la atmósfera, y sabemos cuánta energía se requiere para hacer algunas de las cosas que ellos quieren hacer. Dijo que intentará efectuar algunos cálculos por computadora para estimar la potencia total de todo el sistema. Las cifras serán más bien conservadoras. Por lo que dijo Gregory, y el establecimiento de las instalaciones residenciales en Mozart, tenemos que suponer que esta planta iniciará pruebas formales y evaluación en un futuro muy cercano, y que será operativa tal vez en un lapso de dos a tres años. Si es así, Iván tal

vez disponga muy pronto de un láser que pueda dejar fuera de servicio uno de nuestros satélites. Probablemente una eliminación no violenta, dice el mayor, que anulará los receptores de las cámaras y las células fotovoltaicas. Pero el paso siguiente…

—Sí… Estamos en una carrera, de acuerdo.

—¿Qué probabilidades hay de que Ritter y la gente de Operaciones puedan descubrir algo dentro de esos edificios del conjunto Bach?

—Supongo que podemos hablar sobre esa posibilidad —dijo Greer sin mucho convencimiento, y cambió de tema—: Parece un poco cansado.

Ryan captó el mensaje: no era necesario que él supiera lo que planeaba Operaciones. Entonces pudo hablar como una persona normal.

—Todos estos viajes de un lado a otro han sido bastante agotadores. Si usted me permite, señor, a partir de ahora me tomaré libre el resto del día.

—Me parece justo. Lo veré mañana. Pero antes… ¿Jack? Recibí un llamado referido a usted, de la Comisión de Valores e Intercambio.

—Oh. —Jack inclinó y sacudió la cabeza—. Me olvidé completamente de eso. Me llamaron justo antes de viajar a Moscú. —¿Qué ocurre?

—En una de las compañías en la que yo tengo acciones están investigando a los directivos por ciertas especulaciones. Yo compré en ese momento, y la Comisión quiere saber por qué decidí comprar justo entonces.

—¿Y? —preguntó Greer. La CIA había tenido suficientes escándalos, y el almirante no quería uno más en su departamento.

—Tuve un indicio de que podía ser una compañía interesante, y cuando lo investigué vi que la compañía estaba volviendo a comprarse a sí misma. De modo que lo que me impulsó a comprar fue exactamente esa circunstancia. Eso es legal, jefe. Tengo todos los documentos en mi casa. Todo lo hago por computadora… bueno, no lo hago más desde que vine a trabajar aquí… Y tengo copias incuestionables de todo. No vulneré ningún reglamento, jefe, y puedo probarlo.

—Vamos a tratar de solucionar eso en los próximos días —sugirió Greer.

—Sí, señor.

Cinco minutos después, Jack estaba en su automóvil. El viaje a su casa en Peregrine Cliff fue más fácil que de costumbre; sólo le tomó cincuenta minutos en vez de los habituales setenta y cinco. Cathy estaba en su trabajo, como siempre, y los chicos en la escuela; Sally en St. Mary’s y Jack en el jardín de infantes. Ryan fue a la cocina y se sirvió un vaso de leche. Cuando lo terminó, subió la escalera a planta alta, se quitó los zapatos pateándolos lejos, y se desplomó sobre la cama sin molestarse siquiera en quitarse los pantalones.

El coronel de Tropas de Comunicaciones Gennady Iosifovich Bondarenko estaba sentado frente a Misha, erguido y orgulloso, como debía serlo un oficial de ese grado

y tan joven. No demostraba estar intimidado en lo más mínimo por el coronel Filitov, quien tenía la edad suficiente para ser su padre y cuyo pasado y antecedentes eran casi una leyenda en el ministerio de Defensa. Así que éste era el viejo caballo guerrero que peleó en casi todas las batallas de tanques en los dos punteros años de la Gran Guerra Patriótica. Vio en sus ojos esa decisión y energía que ni la edad ni el cansancio pudieron borrar nunca, advirtió el defecto en el brazo del coronel y recordó cómo había sucedido. Se decía que el viejo Misha aún visitaba las fábricas de tanques acompañado por algunos de los hombres de su antiguo regimiento para comprobar personalmente si el control de calidad cumplía las normas, y asegurarse de que sus duros ojos azules todavía eran capaces de batir un blanco desde el asiento del artillero. Bondarenko sentía un profundo respeto por el espíritu militar de ese soldado. Y más que nada, estaba orgulloso de llevar el mismo uniforme.

—¿En qué puedo servirlo, camarada coronel? —preguntó a Misha.

—Su legajo dice que usted está muy bien preparado en asuntos electrónicos, Gennady Iosifovich Filitov agitó ligeramente la carpeta del legajo sobre su escritorio.

—Esa es mi especialidad, camarada coronel. —Bondarenko tenía más que una «buena preparación», y ambos lo sabían. Había contribuido a desarrollar los telémetros láser para uso en combate, y hasta hacía muy poco había estado participando en un proyecto para usar lasers en lugar de radios por razones de seguridad en las comunicaciones en el frente.

—Lo que vamos a conversar está clasificado como Estrictamente Secreto. —El joven coronel asintió con una grave expresión, y Filitov continuó—: Desde hace algunos años, el ministerio ha estado financiando un proyecto láser muy especial denominado Bright Star… el nombre mismo es secreto, naturalmente. Su misión primaria es obtener fotografías de alta calidad de los satélites occidentales, aunque, cuando esté totalmente desarrollado, podrá tener capacidad para cegarlos… en el momento en que dicha operación sea políticamente necesaria. El proyecto está dirigido por académicos y un ex piloto de combate; esta clase de instalaciones se encuentra subordinada a las fuerzas aéreas de defensa, desgraciadamente. Yo, personalmente, hubiera preferido que estuviese a cargo de un verdadero soldado, pero… —Misha se interrumpió y gesticuló mirando al cielo raso. Bondarenko sonrió, mostrando que estaba de acuerdo. La política, se comunicaron ambos sin hablar. No es de extrañar que nunca logremos que se haga algo.

—El ministro quiere que usted vuele allá y evalúe el potencial de esa instalación, como arma, particularmente desde un punto de vista de la confiabilidad. Si hemos de llevar esa unidad a situación operativa, sería bueno saber si esa maldita cosa funcionará cuando la necesitemos.

El joven oficial movió la cabeza asintiendo pensativo, mientras su mente volaba. Lo habían elegido para esa misión… mucho más que eso. Dependería del ministro, a

través de su más leal ayudante. Si lo hacía bien, tendría el sello personal del ministro en su legajo. Eso le garantizaría las estrellas de general, un departamento más grande para su familia, una buena educación para sus hijos, muchas de las cosas para las cuales había trabajado todos esos años.

Camarada coronel, ¿supongo que ellos están al tanto de mi llegada?

Misha rio con ironía.

—¿Es así como trabaja ahora el Ejército Rojo? ¡Les avisamos cuándo van a ser inspeccionados! No, Gennady Iosifovich, si hemos de evaluar la confiabilidad, lo hacemos por sorpresa. Aquí tengo una carta para usted, del mariscal Yasov en persona. Será suficiente para permitirle pasar los controles de seguridad…, esos controles se hallan en jurisdicción de nuestros colegas de la KGB —dijo fríamente Misha—. La carta le dará libre acceso a todas las instalaciones. Si tiene alguna dificultad, llámeme de inmediato. Siempre me encontrará en este número. Aunque no esté aquí, mi chofer irá a buscarme.

—¿Con qué grado de detalle debe ser la evaluación requerida, camarada coronel?

—El suficiente como para que un viejo y cansado oficial de tanques, como yo, pueda comprender de qué se trata toda esta brujería —dijo Misha sin la menor muestra de humor—. ¿Usted cree que podrá comprenderlo todo?

De no ser así, se lo informaré a usted, camarada coronel…-Era una respuesta muy buena, notó Misha. Bondarenko llegaría lejos.

—Excelente, Gennady Iosifovich. Prefiero tener un oficial que me diga lo que no sabe antes que otro que intente impresionarme con un montón de *mudnya*. —Bondarenko registró ese mensaje fuerte y claro. Se decía que la alfombra de esta oficina tenía un color rojo herrumbre por la sangre de oficiales que habían querido embaucar a este hombre para adelantársele—. ¿Cuánto tiempo necesita para partir? —¿Es una instalación muy grande?

—Sí. Hay alojados cuatrocientos académicos e ingenieros, y tal vez unos seiscientos hombres de apoyo. Usted podrá tomarse hasta una semana para hacer su evaluación. Aquí es menos importante la rapidez que la exactitud y el detalle.

—Entonces tendré que llevar otro uniforme. Puedo ponerme en camino en dos horas.

—Excelente. Puede retirarse… —Misha abrió una nueva carpeta.

Como ocurría generalmente, Misha trabajó hasta unos pocos minutos más tarde que su ministro. Cerró con llave sus documentos personales en cajas de seguridad e hizo que el resto fuera recogido por un ordenanza que los llevó en su carrito de ruedas hasta el Archivo General, a pocos metros de distancia de su despacho, por el corredor, el mismo ordenanza entregó una nota en la que decía que el coronel Bondarenko había tomado el vuelo 1730 de Aeroflot con destino al Dushanbe, y que ya se había dispuesto transporte terrestre desde el aeropuerto civil hasta Bright Star.

Filitov tomó nota mentalmente para felicitar a Bondarenko por su habilidad. Como miembro de la Inspección General del ministro, él podría haber solicitado un transporte especial y llegado en vuelo directamente al aeropuerto militar de la ciudad, pero sin la menor duda la oficina de seguridad de Bright tendría gente allí para informar la llegada de dicho vuelo. De esta manera, en cambio, un coronel más de Moscú podía confundirse fácilmente con lo que habitualmente eran muchos coroneles en Moscú: muchachos mensajeros. Ese hecho ofendía a Filitov. Un hombre que había trabajado lo suficientemente duro como para alcanzar el grado de comandante de regimiento —que era en realidad el mejor puesto en cualquier ejército— no debía ser un esclavo de estado mayor que preparaba tragos para su general. Pero él estaba seguro de que eso era un hecho en cualquier comando militar superior. Por lo menos Bondarenko tendría una oportunidad de probar sus dientes con aquellos civiles vagos allá en Tadzhikistan. Filitov se puso de pie y buscó su abrigo. Minutos después, con el portafolio en su mano derecha, salió de la oficina. Su secretario, un suboficial mayor, automáticamente llamó a la planta baja para que alistaran el automóvil. Lo estaba esperando cuando salió cruzando la puerta exterior.

Cuarenta minutos después, Filitov se había aligerado de ropas. El televisor estaba encendido, transmitiendo algo lo suficientemente estúpido como para haber sido importado de occidente. Misha se sentó solo, junto a la mesa de la cocina. Había una botella de vodka abierta, de medio litro, junto a su plato de comida de la cena. Misha comió salchichas, pan negro y verduras en vinagre, nada muy diferente a lo que solía comer antiguamente en el campo de operaciones junto a sus hombres, dos generaciones antes. Había descubierto que su estómago toleraba con mayor facilidad las comidas sencillas pero fuertes, antes que las muy elaboradas, algo que desorientó profundamente al personal del hospital durante su último proceso de pulmonía. Después de dos o tres bocados bebía un corto trago de vodka mirando hacia afuera por la ventana, cuyas cortinas estaban entreabiertas. Las luces de la ciudad de Moscú brillaban junto a los innumerables rectángulos amarillentos de las ventanas de los departamentos.

Podía recordar a voluntad los olores. El olor a verde de la buena tierra rusa, el suave perfume también a verde, de la hierba de las praderas, junto a con el hedor penetrante del combustible diesel y, sobre todo, la ácida hediondez del propulsor de los cañones del tanque, que se pegaba a la tela del uniforme de campaña aunque se la lavara infinidad de veces. Para un tanquista, eso era el olor del combate… ese y el otro, aun peor, de los vehículos incendiados y de los tripulantes que se quemaban. Sin mirar, levantó la salchicha y cortó un trozo, llevándolo a la boca en la punta del cuchillo. Seguía mirando hacia afuera por la ventana, pero como si fuera una pantalla de televisión, lo que veía era el amplio y distante horizonte durante la puesta del sol, y columnas de humo que se elevaban a lo largo del perímetro de verde y azul, naranja

y marrón. Después mordió el pan negro, de miga gruesa y sabrosa. Y como siempre en las noches anteriores al día en que cometió la traición, volvieron a visitarlo los fantasmas.

Le dimos una lección, ¿no es cierto, camarada capitán?, preguntaba una voz fatigada.

Pero aun así tuvimos que retirarnos, cabo, oyó la respuesta en su propia voz. Pero, sí, les enseñamos a esos hijos de puta a no jugar con nuestros T-34. Qué bueno es este pan que robaste.

—¿Robaste? Pero, camarada capitán, defender a estos granjeros es un trabajo bastante duro, ¿no es así?

—¿Y un trabajo que produce sed?

Así es, camarada. El cabo lanzó una risita. Desde atrás, le alcanzaron una botella; no era la vodka producida por el Estado, éste era Samogan, el licor ruso contrabandeado que el propio Misha conocía muy bien. Todo ruso verdadero proclamaba amar su sabor, aunque nadie lo tocaría si había vodka a mano. Sin embargo, en ese momento, la bebida que ansiaba era el Samogan, allá lejos sobre el suelo ruso, con los restos de sus tropas de tanques detenidas entre una granja del Estado y la vanguardia de los panzers de Guderian.

Volverán mañana a la mañana, pensó sobriamente el conductor.

Y destruiremos unos cuantos tanques grises más, dijo el cargador.

Y después de eso, Misha no lo dijo en voz alta, nos retiraremos otro diez kilómetros. Diez kilómetros solamente… si tenemos suerte otra vez, y si el comando del regimiento logra controlar las cosas mejor que esta tarde, De cualquier forma, esta granja quedará detrás de las líneas alemanas cuando el sol se ponga mañana. Más terreno perdido.

No era un pensamiento para retenerlo por mucho tiempo. Misha se limpió cuidadosamente las manos antes de desabotonar el bolsillo de su chaquetilla. Era hora de reconfortar su alma.

Realmente delicada, observó el cabo mientras miraba la fotografía por sobre el hombro de su capitán por centésima vez y, como siempre, con envidia. Delicada como el cristal. Y qué hermoso hijo tiene usted. Una suerte, camarada capitán, que él se parezca a su madre. Su esposa es tan menuda, ¿cómo pudo haber tenido un muchacho tan grande como ese sin dañarse?

Sabe Dios, fue su respuesta inconsciente. Era tan extraño que después de unos días de guerra, hasta el más recalcitrante ateo invocara el nombre de Dios. Hasta algunos de los comisarios… ante la silenciosa diversión de las tropas.

Volveré a casa, a ti, había prometido a la fotografía. Volveré a casa a ti. A través de todo el Ejército Alemán, a través de todos los fuegos del infierno, volveré a casa a ti, Elena.

Justo entonces había llegado el correo; algo no muy frecuente en las primeras líneas. Sólo una carta para el capitán Filitov, pero la textura del papel y la delicada escritura le dijeron cuánta importancia tenía. Abrió el sobre con el filo de su cuchillo de combate y extrajo la carta con todo el cuidado que le permitió su impaciencia, para no ensuciar las palabras de su amor con la grasa de su tanque de batalla. Segundos después se levantó de un salto y gritó a las estrellas de un cielo crepuscular.

—¡Seré padre otra vez en la primavera! Debió de haber sido aquella última noche de la licencia, tres semanas antes de que comenzara esta locura brutal…

No me sorprende, observó ligeramente el cabo, después de lo que hicimos hoy a los alemanes. ¡Vaya un hombre que manda nuestras tropas! Nuestro capitán debería ser reproductor con muchas mujeres.

No sea *nekulturny*, cabo Romanov. Soy un hombre casado.

Entonces, ¿tal vez yo podría ocupar el lugar del camarada capitán?, preguntó esperanzado y después bajó otra vez la botella. Por otro hermoso hijo, mi capitán, y por la salud de su bellísima esposa. Había lágrimas de alegría en los ojos del muchacho, junto con la pena que sentía al pensar que sólo con una tremenda suerte podría él alguna vez llegar a ser padre. Pero nunca diría semejante cosa. Romanov era un magnífico soldado, y un buen camarada; estaba listo para comandar su propio tanque.

Y Romanov había obtenido su propio tanque, recordó Misha, mirando fijamente al cielo de Moscú. En Vyasma, lo había colocado en desafío entre el tanque averiado de su jefe y un acometedor Mark IV alemán, salvando la vida de su capitán al mismo tiempo que la suya se extinguía entre las llamas, rojo anaranjadas. Aleksey Il’ych Romanov, cabo del Ejército Rojo, ganó ese día la Orden de la Bandera Roja. Misha se preguntaba sí eso había sido una compensación suficiente para su madre, por su hijo pecoso y de ojos azules.

Ya sólo quedaba una cuarta parte de la botella de vodka y, como muchas veces le había ocurrido, Misha estaba sollozando, solo junto a su mesa.

Tantas muertes.

—¡Esos imbéciles del Alto Mando! Romanov muerto en Vyasma. Ivanenko desaparecido en las afueras de Moscú. El teniente Abashin en Khmkox… Mirka, el apuesto joven poeta, el fino y sensible oficial joven que tuvo el corazón y las pelotas de un león, muerto cuando conducía el quinto contraataque, pero limpiaba a la vez el camino para que Misha sacara lo que quedaba de su regimiento a través del Donets, antes de que cayera el martillo.

Y su Elena, la última de todas las víctimas… Todas ellas matadas no por un enemigo exterior, sino por una brutalidad equivocada e indiferente de su propia Madre Patria…

Misha tomó un último y largo trago de la botella. No, no la Madre Patria. No la

Rodina, jamás la Rodina. Por los hijos de puta inhumanos que…

Se puso de pie y trastabilló hacia el dormitorio, dejando encendidas las luces de la sala de estar. El reloj dio la hora: las diez menos cuarto, y alguna parte distante del cerebro de Misha se sintió reconfortada por el hecho de que tendría nueve horas de sueño para recobrarse del abuso que había infligido al que alguna vez fuera un cuerpo resistente y delgado, que había resistido y aun disfrutado del espantoso esfuerzo de prolongadas operaciones de combate. Pero el desgaste que Misha sentía ahora hacía que el combate le pareciera una vacación, y su subconsciente se regocijaba con la certeza de que todo eso terminaría pronto y, finalmente llegaría el descanso absoluto.

Una media hora más tarde pasó un auto por la calle. Una mujer lo conducía y llevaba en el asiento trasero a su hijo, regresando desde un partido de hockey a su casa. Ella levantó la mirada y notó que las luces de ciertas ventanas se hallaban encendidas, y las cortinas entreabiertas.

El aire era poco denso. Bondarenko se levantó a las 05:00, como lo hacía siempre; se puso su buzo de gimnasia y tomó el ascensor para bajar de su alojamiento de huéspedes en el piso décimo. En un primer momento se sorprendió… los ascensores funcionaban. Eso significaba que los técnicos iban y venían del complejo durante las veinticuatro horas. Bien, pensó el coronel.

Salió caminando, con una toalla envuelta en el cuello, y controló su reloj. Frunció el entrecejo al comenzar. En Moscú, cumplía un recorrido regular matutino, un circuito medido alrededor de varias manzanas de la ciudad. Aquí no podía estar seguro de la distancia, hasta que sus estimados cinco kilómetros terminaran. Bueno —se encogió de hombros— era de esperar. Comenzó en dirección al sur. La vista —pudo apreciarlo— era como para quitar el aliento. El sol estaba a punto de aparecer, más temprano que en Moscú debido a la menor latitud, y las dentadas cumbres de las montañas se destacaban en rojo, como los dientes de un dragón, sonrió para sí mismo. Al menor de sus hijos le gustaba dibujar dragones.

El vuelo de llegada había tenido un final espectacular.

La luna llena iluminaba debajo del avión la llanura desértica de Kara Kun… y de pronto esas tierras yermas y arenosas terminaron como contra una pared construida por los dioses. En menos de tres grados de longitud, el terreno había cambiado, de bajas de unos trescientos metros a una región de picos de cinco mil.

Desde su ventajosa posición pudo ver el resplandor de Dushanbe, unos sesenta kilómetros hacia el noroeste. Dos ríos, el Kafirrdgan y el Surkhandarya, bordeaban la ciudad de medio millón de habitantes y, como hombre que había recorrido casi la mitad del mundo, el coronel Bondarenko se preguntó por qué esa ciudad había crecido allí, qué historia antigua había provocado que surgiera entre los dos ríos de montaña. Ciertamente, parecía un sitio poco hospitalario, pero quizá las largas caravanas de camellos de Bactrian descansaban allí, o tal vez era un cruce de

caminos, o… Suspendió sus estimaciones. Bondarenko sabía que sólo estaba dejando de lado su ejercicio matutino. Se aseguró la máscara de cirugía sobre la boca y la nariz para protegerlas del aire extremadamente frío empezó a hacer sus profundas flexiones de rodillas para aflojarse y después estiró bien las piernas apoyado contra la pared del edificio antes de partir con un paso ligero, de doble tiempo.

De inmediato notó que estaba respirando con mayor dificultad que de costumbre, a través de la máscara de tela que le cubría parte de la cara. La altura, naturalmente. Bueno, eso acortaría en cierta forma su corrida. El edificio de departamentos ya había quedado detrás de él; miró a su derecha, pasando lo que su mapa de las instalaciones indicaba como talleres de óptica y maquinarias.

—¡Alto! —gritó con voz de urgencia.

Bondarenko gruñó para sus adentros. No le gustaba que le interrumpieran ese ejercicio. Especialmente por alguien, según vio, con las hombreras verdes de la KG B. Espías —delincuentes— jugando a los soldados.

—Bueno, ¿qué pasa sargento?

—Sus papeles, por favor, camarada. No lo reconozco.

Afortunadamente, la esposa de Bondarenko había cosido varios bolsillos en el interior del buzo Nike de joggins, que se había ingeniado para obtener en el mercado gris, en Moscú, un regalo de su último cumpleaños. Se mantuvo trotando mientras entregaba su identificación.

—¿Cuándo llegó el camarada coronel? —preguntó el sargento—. ¿Y qué cree que está haciendo tan temprano en la mañana?

—¿Dónde está su oficial?, replicó Bondarenko.

—En el puesto principal de guardia, a cuatrocientos metros en esa dirección —señaló el sargento.

—Entonces acompáñeme, sargento, y hablaremos con él. Un coronel del Ejército Rojo no da explicaciones sobre sí mismo a sargentos. ¡Vamos, usted también necesita ejercicio! —lo desafió y empezó a desplazarse.

El sargento sólo tenía unos veinte años, pero llevaba puesto un pesado capote y cargaba un fusil y un cinturón de municiones. En menos de doscientos metros, Gennady lo oyó resoplar.

—Oiga, camarada coronel —dijo el joven jadeando, un minuto después.

—No debería fumar tanto, sargento observó Bondarenko. —¿Qué diablos está pasando aquí?— preguntó un teniente de la KGB desde detrás de su escritorio.

—Su sargento me desafió. Soy el coronel G.I. Bondarenko, y estoy haciendo mi carrera diaria de la mañana.

—¿Con ropas occidentales?

—¿Qué diablos le importan las ropas que uso cuando hago mis ejercicios? —Idiota, ¿cree que los espías trotan?

—Coronel, soy el oficial de la guardia de seguridad. Yo no lo conozco a usted y mis superiores no me han comunicado su presencia.

Gennady buscó en otro bolsillo y le entregó su pase especial para visitantes, junto con sus papeles de identificación personal.

—Soy representante oficial del ministerio de Defensa. El propósito de mi visita no es de su interés. Estoy aquí con la autorización personal del mariscal de la Unión Soviética D.T. Yazov. Si tiene alguna otra pregunta que hacerme, ¡puede llamarlo directamente a él a ese número!

El teniente de la KGB leyó cuidadosamente los documentos de identificación para asegurarse de que decían lo que le habían expresado.

—Por favor, discúlpeme, camarada coronel, pero tenemos órdenes de tomar muy seriamente nuestras previsiones de seguridad. Además, es fuera de lo común ver un hombre vestido con ropas occidentales corriendo al amanecer.

—Deduzco que resulta fuera de lo común que sus tropas corran en cualquier momento —dijo secamente Bondarenko.

—Apenas hay lugar en esta cumbre de la montaña para un régimen apropiado de entrenamiento físico, camarada coronel.

—¡Ah! ¿Es así? Bondarenko sonrió mientras sacaba una libreta de apuntes y un lápiz. —Usted dice que toman muy seriamente sus deberes de seguridad, pero no cumplen las normas de entrenamiento físico para sus tropas. Gracias por esa pequeña información, camarada teniente. Hablaré de ese tema con su oficial comandante. ¿Puedo irme ahora, camarada teniente?

—Técnicamente, tengo órdenes de hacer acompañar a todos los oficiales visitantes.

—Excelente. Me gusta que me acompañen cuando corro. ¿Sería usted tan amable de venir conmigo, camarada teniente?

El oficial de la KGB estaba atrapado, y él lo sabía. Cinco minutos después resoplaba como un pez fuera del agua.

—¿Cuál es la principal amenaza contra su seguridad? —le preguntó Bondarenko… maliciosamente, ya que no disminuyó la velocidad de su paso.

—La frontera afgana está a cientos once kilómetros en esa dirección —dijo el teniente entre jadeos—. Ocasionalmente han enviado alguna de sus incursiones de bandidos hasta penetrar en territorio de la Unión Soviética, como usted puede haberlo oído.

—¿Hacen contacto con ciudadanos locales?

—Eso no se ha podido comprobar, pero es una preocupación. La población local es musulmana en su mayor parte. —El teniente empezó a toser. Gennady se detuvo.

—Con un aire tan frío, he descubierto que ayuda mucho usar una máscara —dijo —. Calienta un poco el aire antes de respirarlo. Póngase bien derecho y respire

profundamente, camarada teniente. Si toma tan seriamente sus normas de seguridad, usted y sus hombres deberían estar en una apropiada forma física. Yo le aseguro que los afganos lo están. Hace dos inviernos pasé un tiempo con un equipo de Spetznaz que los perseguía por media docena de horribles montañas. Nunca pudimos darles caza. —Pero ellos nos cazaron a nosotros, pensó pero no lo dijo. Bondarenko jamás olvidaría aquella emboscada…

—¿Helicópteros?

—No siempre pueden volar con mal tiempo, mi joven camarada y, en mi caso, estábamos tratando de establecer que nosotros también podíamos pelear en las montañas.

—Bueno, nosotros enviamos patrullas todos los días, por supuesto.

Fue la forma en que lo dijo lo que le molestó a Bondarenko, y el coronel tomó nota mentalmente para comprobar eso.

—¿Qué distancia hemos recorrido?

—Dos kilómetros.

—Realmente la altura hace más difíciles las cosas. Vamos, regresaremos caminando.

El alba era espectacular. La esfera ardiente asomaba sobre una montaña sin nombre hacia el este, y su luz descendía por las laderas vecinas, dando caza a las sombras en la profundidad de los helados valles. Esa instalación no era un objetivo fácil, ni siquiera para los bárbaros inhumanos de los *mujahiddines*. Las torres de guardia estaban bien ubicadas, con despejados campos de fuego que se extendían varios kilómetros. No usaban reflectores por consideración a los civiles que vivían allí, pero los equipos de visión nocturna los sustituían con ventaja, y él estaba seguro de que los hombres de la KGB los usaban. Además —se encogió de hombros— la razón de su viaje allí no era la comprobación de la seguridad del complejo, aunque no dejaba de ser buena excusa para fastidiar a la KGB por los detalles de seguridad.

—¿Puedo preguntarle cómo consiguió sus ropas de ejercicio?, preguntó el oficial de la KGB cuando pudo volver a respirar normalmente.

—¿Está usted cansado, camarada teniente?

—Sí, lo estoy, camarada coronel.

—Yo, personalmente, no interrogo a mi mujer sobre dónde compra sus regalos de cumpleaños para mí. Naturalmente, no soy un *chekist* —Bondarenko hizo unas pocas flexiones profundas de rodillas para mostrar que, sin embargo, ahora estaba mejor.

—Coronel, aunque nuestras obligaciones no son exactamente las mismas, ambos servimos a la Unión Soviética. Yo soy un oficial joven y falto de experiencia, como usted lo ha puesto de manifiesto. Una de las cosas que me inquietan es la innecesaria rivalidad entre el Ejército y la KGB.

Bondarenko se volvió para mirar al teniente.

—Eso estuvo muy bien dicho, camarada teniente. Tal vez cuando tenga las estrellas de general recordará ese sentimiento.

Dejó al teniente de la KGB en el puesto de guardia y caminó vivamente para regresar al edificio de departamentos, mientras la brisa de la mañana amenazaba congelar el sudor que tenía en el cuello. Entró y tomó el ascensor para subir. No fue ninguna sorpresa descubrir que no había agua caliente para ducharse a esa hora de la mañana. El coronel soportó el agua fría, expulsando los últimos vestigios de sueño, se afeitó y vistió antes de caminar a la cafetería para tomar el desayuno.

No tenía que llegar al ministerio hasta las nueve y en el camino había un baño de vapor. Una de las cosas que Filitov había aprendido con los años era que nada podía eliminar las consecuencias de la bebida y aclarar la cabeza mejor que un baño de vapor. Había tenido bastante práctica. Su sargento lo llevaba en el auto a los Baños Sandunovski, en Kuznetskiy Most, a seis cuadras del Kremlin. De todos modos, era su acostumbrada parada de los miércoles por la mañana. No estaba solo, a pesar de ser tan temprano. Un grupo de otras personas probablemente importantes subía los anchos escalones de mármol hasta el segundo piso, donde se hallaban los sectores de primera clase (naturalmente no llamados así ahora), ya que miles de moscovitas compartían con el coronel tanto su enfermedad como su cura. Algunas eran mujeres, y Misha se preguntó si las instalaciones femeninas serían muy distintas de las que él estaba a punto de usar. Era extraño. Había estado visitando ese lugar desde su incorporación al ministerio en 1943 y, sin embargo, jamás logró espiar nada del sector de mujeres. Bueno, ahora ya soy demasiado viejo para eso.

Tenía los ojos inyectados en sangre y le pesaban los párpados mientras se desvestía. Desnudo, tomó una gruesa toalla de baño de la pila que había en el extremo de la sala, y un manojo de ramas de abedul. Filitov aspiró el aire seco y frío del vestuario, antes de abrir la puerta que conducía a las salas de vapor. El que alguna vez fue piso de mármol estaba ahora reemplazado en una gran parte por baldosas color naranja. Todavía recordaba cuando el piso original se hallaba casi intacto.

Dos hombres de unos cincuenta años estaban discutiendo sobre algo, probablemente política. Pudo oír sus ásperas voces por sobre el silbido del vapor que surgía del calentador situado en el centro de la sala. Misha contó otros cinco hombres, sus cabezas inclinadas, cada uno de ellos aguantando los resultados de la borrachera de la noche anterior en malhumorada soledad. Eligió un asiento en la primera fila y se sentó.

—Buenos días, camarada coronel —dijo una voz, desde unos cinco metros de distancia.

—Buenos días, camarada académico —saludó Misha a otro cliente habitual. Tenía las manos fuertemente apretadas sobre su manojos de ramas mientras esperaba que empezara el sudor. No pasó mucho tiempo: la temperatura de la sala estaba cerca

de los sesenta grados centígrados. Respiraba cuidadosamente, como lo hacían todos los que tenían experiencia. Las aspirinas que había tomado con su té de la mañana estaban comenzando a hacer efecto, aunque todavía sentía pesada la cabeza e hinchados los senos frontales. Se golpeó la espalda con las ramas, como para exorcizar los venenos de su cuerpo.

—¿Cómo está el Héroe de Stalingrado esta mañana? —insistió el académico.

—Casi tan bien como el genio del ministerio de Educación. —Esto arrancó una penosa risita. Misha nunca podía recordar su nombre… Ilya Vladimirovich Unacosauotra. ¿Qué clase de idiota podía reír a la mañana siguiente a una borrachera? El hombre bebía por culpa de su mujer, decía. Bebes para liberarte de ella ¿no? Haces alarde de las veces que te has acostado con tu secretaria, cuando yo entregaría mi alma por Poder ver una vez más el rostro de Elena. Y los de mis hijos, se dijo. Mis dos hermosos hijos. Estaba bien recordar esas cosas en semejantes mañanas.

—El Pravda de ayer hablaba de negociaciones sobre armamentos. —Insistió todavía el hombre—. ¿Hay alguna esperanza de progreso?

—No tengo la menor idea. —Contestó Misha.

En ese momento entró un empleado. Un hombre joven, bajo y de unos veinticinco años. Contó las personas que estaban en la sala.

—¿Alguien quiere un trago? —preguntó. Estaba absolutamente prohibido beber en los baños pero, como diría cualquier ruso verdadero, eso sólo hacía que la vodka tuviera mejor sabor.

—¡No! —llegó la respuesta a coro. Nadie estaba interesado en lo más mínimo en el «pelo del perro», observó Misha con cierta sorpresa. Bueno, estaban en la mitad de la semana. En una mañana de sábado habría sido muy distinto.

—Muy bien —dijo el empleado cuando se dirigía a la puerta de salida. Tendrán toallas limpias afuera, y ya han reparado la calefacción de la piscina. La natación también es un buen ejercicio, camaradas. No olviden usar todos los músculos que están cocinando ahora, y se sentirán refrescados para todo el día.

Misha levantó la vista. De modo que éste es el nuevo.

—¿Por qué tienen que mostrar siempre ese maldito buen humor? —preguntó uno de los hombres desde un rincón.

—¡Está de buen humor porque él no es un estúpido viejo borracho! —contestó otro, arrancando algunas risitas.

—Hace cinco años, la vodka no me hacía este efecto. Yo les aseguro que el control de calidad ya no es lo que era antes —continuó el primero.

—¡Tampoco es igual su hígado, camarada!

—Qué cosa terrible es ponerse viejo. —Misha se volvió para ver quién había dicho eso. Era un hombre de apenas cincuenta años, cuyo vientre hinchado tenía

color de pescado muerto, y que fumaba un cigarrillo, también en violación de las normas.

—¡Es mucho más terrible no llegar a viejo, pero ustedes los jóvenes ya se han olvidado de eso! —dijo automáticamente, y se pregunta por qué. Se levantaron algunas cabezas y vieron las cicatrices de quemaduras en el pecho y la espalda. Aun aquellos que no sabían quién era Mikhail Semyonovich Filitov, se dieron cuenta de que se trataba de un hombre con el que no se podía jugar. Permaneció sentado en silencio durante otros diez minutos y luego se retiró.

Cuando abandonaba la sala, el empleado estaba junto a la puerta. El coronel le entregó sus ramas y la toalla, después se dirigió hacia las duchas de agua fría. Diez minutos después era un hombre nuevo, habían desaparecido el malestar y la depresión causados por la vodka, y la tensión había quedado atrás. Se vistió rápidamente y bajó la escalera hasta el auto que lo esperaba. Su sargento notó el cambio en la forma de caminar, y se preguntó qué tendría de curativo eso de asarse como un pedazo de carne de vaca.

El empleado tenía su propia tarea. Cuando volvió a preguntar, pocos minutos después, resultó que dos de las personas que estaban en la sala de vapor habían cambiado de idea. Salió corriendo por la puerta trasera del edificio hasta una pequeña tienda cuyo propietario hacía más dinero vendiendo bebidas «por la izquierda» que con su legítima tintorería. El empleado volvió con una botella de medio litro de «vodka» —no tenía marca alguna; la Stolychnaya, de la mejor calidad, se elaboraba para exportación y para la elite— a poco más del doble del precio de mercado. La imposición de restricciones a la venta de alcohol había abierto una nueva rama —extremadamente lucrativa— en el mercado negro de la ciudad. El empleado también había entregado un pequeño casete con película pasado por su contacto con las ramas de abedul. A su vez, el empleado de los baños se sintió además aliviado. Ese era su único contacto. No sabía el nombre de ese hombre, y había pronunciado la frase en clave con el natural miedo de que esa parte de la red de la CIA en Moscú hubiera sido descubierta por el departamento de contrainteligencia de la KGB, la temida Dirección de la Segunda Jefatura. Su vida ya estaba en peligro, y él lo sabía. Pero tenía que hacer algo. Después de haber pasado aquel año en Afganistán… las cosas que había visto, y las cosas que lo habían obligado hacer. Se preguntó brevemente quién sería ese hombre de las cicatrices, pero en seguida se recordó a sí mismo que la naturaleza e identidad del hombre no eran de su incumbencia.

La tintorería trabajaba principalmente para extranjeros; proveía servicios a periodistas, hombres de negocios y unos pocos diplomáticos, como también a los escasos clientes rusos que querían cuidar las ropas compradas en otros países.

Uno de estos fue a buscar un sobretodo inglés, pagó los tres rublos y se marchó. Era una mujer. Caminó dos cuadras hasta la estación más cercana del subterráneo y

bajó la escalera para tomar uno de los trenes de la línea Zhdanovsko-Krasnopresnenskaya, que estaba marcada en rojo en los mapas de la ciudad. El tren iba repleto de gente, y nadie pudo haberla visto pasar el casete. En realidad, ni ella misma vio el rostro del hombre. Él, a su vez, bajó en la estación siguiente, Pushkinskaya, y cruzó hacia la Estación Gorkovskaya. Diez minutos después hubo una nueva transferencia: esta vez a un norteamericano que estaba en camino a la embajada, un poquito tarde esta mañana, después de haber permanecido demasiado tiempo en una recepción la noche anterior.

Su nombre era Ed Foley; se desempeñaba como agregado de prensa a la embajada, en Ulitsa Chaykovskogo. El y su esposa, Mary Pat, otra agente de la CIA, llevaban en Moscú casi cuatro años, y ambos esperaban con ansias poder abandonar esa gris y triste ciudad de una vez por todas. Tenían dos hijos, a quienes ya hacía mucho tiempo que se les habían negado los hot dogs y los partidos de pelota.

No se trataba de que no hubiesen tenido éxito en su ciclo de permanencia allí. Los rusos sabían que la CIA tenía muchos equipos de marido y mujer en actividad, pero la idea de que los espías pudieran llevar con ellos sus hijos al extranjero era algo que los soviéticos no podían concebir tan fácilmente. Además, era importante el cargo bajo el cual se encubrían. Ed Foley había sido periodista del New York Times antes de ingresar en el Departamento de Estado… porque, como él lo explicaba, en el dinero no había mucha diferencia y un periodista de policiales nunca viajaba más allá de Attica. Su esposa permanecía en su casa con los niños durante la mayor parte del tiempo, aunque, cuando era necesario, actuaba como suplente de maestra en la escuela Anglo-Americana, en el 78 de Leninsky Propsct, y a menudo llevaba a sus hijos a pasear por la nieve. El mayor de los chicos jugaba en el equipo juvenil de hockey, y los funcionarios de la KGB que los vigilaban por todas partes habían escrito en el legajo de la familia que Edward Foley II era un delantero muy bueno para sus siete años.

Una verdadera preocupación del gobierno soviético con respecto a la familia era la inusitada curiosidad de Foley por el delito callejero en la ciudad capital, algo que en el peor de los casos no era más que un débil reflejo de lo que había escrito sobre el tema en Nueva York. Pero eso demostraba hasta cierto punto que era inofensivo. Se lo veía obviamente activo y curioso para ser algún tipo de oficial de inteligencia.

Después de todo, ellos hacían todo lo posible por no llamar la atención.

Foley caminó las últimas pocas cuadras desde la estación del subterráneo. Saludó cortésmente al miliciano guardia en la puerta del severo y decoroso edificio, y luego, adentro, al sargento de infantería de marina, antes de dirigirse a su oficina. No era gran cosa. En los registros sobre la Unión Soviética que obraban en el Departamento de Estado, se describía oficialmente a la embajada como «incómoda y difícil de mantener». Durante la última remodelación del edificio habían improvisado la oficina

de Foley de un antiguo depósito y un armario para escobas, quedando un cubículo marginalmente útil de unos tres metros cuadrados. Sin embargo, el armario de las escobas era su cuarto oscuro privado, y por eso hacía más de veinte años que la CIA mantenía a uno de sus agentes en esa particular habitación, aunque Foley fue el primer jefe de estación de la CIA que ocupó ese lugar.

De sólo treinta y tres años, alto pero muy delgado, Foley era un irlandés de Queens, cuya inteligencia hacía juego con una parsimonia casi imposible y una «cara de póquer» que lo había hecho progresar en Holy Cross. Reclutado por la CIA en el último año, pasó cuatro años en el Times para establecer su propia «leyenda» personal. Lo recordaban allá como un periodista apto, aunque algo perezoso, que resultó ser una especie de copia de un trabajador, pero que nunca llegaría realmente a ninguna parte. Su jefe no había puesto el menor reparo en perderlo para el servicio del gobierno, ya que su salida dejó lugar para un joven de la Escuela de Periodismo de Columbia, con gran empuje y verdadero olfato para lo que estaba ocurriendo. El actual corresponsal del Times en Moscú lo describió ante sus propios colegas y contactos como un hombre más bien tímido y opaco, y al hacerlo, proporcionó a Foley la mejor recomendación en el negocio del espionaje:

—¿Él? No es lo suficientemente astuto para ser espía. Por ésta y varias otras razones se confió a Foley la misión de dirigir y coordinar con el agente que más tiempo había trabajado para la CIA y el más productivo, el coronel Mikhail Semyonovich Filitov, cuyo nombre clave era CARDENAL. El nombre en sí mismo, naturalmente, era secreto hasta el punto que sólo cinco personas de la Agencia sabían que significaba más que un hombre de la Iglesia, de capelo rojo y con rango diplomático principesco.

La información original de CARDENAL estaba clasificada como Inteligencia Especial-Supersecreto y había sólo seis funcionarios, en todo el gobierno de los Estados Unidos, autorizados en grado. Todos los meses cambiaban la palabra clave para la propia información.

Ese mes, la clave era SATIN, y para acceder a ella sólo había otros veinte autorizados. Aun bajo ese título, invariablemente efectuaban deformaciones y alteraban sutilmente la información antes de que saliera de la fraternidad.

Foley sacó del bolsillo el rollito de película y se encerró con llave en el cuarto oscuro. Era capaz de realizar el proceso de revelado ebrio medio dormido. En realidad, algunas veces lo había hecho. En menos de seis minutos el trabajo estaba terminado y se dedicó a limpiar todo. Su ex jefe, en el Times de Nueva York, se habría sorprendido al comprobar su pulcritud y esmero en Moscú.

Foley siguió procedimientos que no se habían cambiado en los últimos treinta años. Observó los seis cuadros expuestos mediante una lente de aumento del tipo de las usadas para inspeccionar diapositivas de treinta y cinco milímetros. Memorizó

cada cuadro en pocos segundos, y empezó a escribir una traducción en su máquina portátil personal. Era manual. Su cinta de tela, muy usada, se hallaba lo suficientemente raída como para que no sirviera a nadie, especialmente a la KGB. Como les ocurre a muchos periodistas, Foley no sabía escribir bien a máquina. Sus páginas estaban llenas de tachaduras y correcciones. El papel, tratado químicamente, no permitía borrar. Terminar la trascripción le llevó casi dos horas. Cuando llegó al final, controló por última vez la película para tener la certeza de que no había olvidado nada ni había cometido serios errores gramaticales. Satisfecho, aunque con un temblor que nunca pudo superar, arrugó la película hasta convertirla en una bolita y la colocó sobre un cenicero de metal, donde un fósforo de madera redujo a cenizas la única prueba directa de la existencia de CARDENAL. Después fumó un cigarro para disimular el olor característico del celuloide al quemarse. Dobló las páginas escritas a máquina y las guardó en un bolsillo, luego subió la escalera hasta la sala de comunicaciones de la embajada. Allí redactó un inocente despacho a la Casilla 4108, Departamento de Estado, Washington: «Con referencia al suyo del 29 de diciembre. Informe de gastos enviado vía valija diplomática. Foley. Final». Como agregado de prensa, Foley tuvo que hacerse cargo de muchas cuentas de bar de anteriores colegas que lo despreciaban, aunque él nunca se molestó en retribuirles; así debió hacer muchos informes de gastos para los consumidores de té y bizcochitos de «Foggy Botton», y lo divertía mucho que sus hermanos de prensa trabajaran tanto para mantener encubierta su verdadera función.

Después se puso en contacto con el hombre correo de la embajada. Aunque poco conocido, éste era un aspecto de la vida en el cargo de Moscú que no había cambiado desde la década de 1930. Siempre hubo un hombre correo para sacar la valija, aunque ahora tenía también otras obligaciones. El courier era una de las cuatro personas de la embajada que sabía para qué agencia del gobierno trabajaba realmente Foley. Era un suboficial mayor retirado del Ejército, que tenía una Cruz por Servicio Distinguido y cuatro Corazones Púrpura por acciones en vuelo, en los campos de batalla de Vietnam. Cuando sonreía a la gente lo hacía a la manera rusa, con los labios, pero casi nunca con los ojos.

—¿Tienes ganas de volar a casa esta noche?

Los ojos del hombre se iluminaron.

—¿Con el partido que hay este domingo? Está bromeando. ¿Paso por su oficina a eso de las cuatro?

—Perfecto. —Foley cerró la puerta y volvió a su oficina. El hombre correo se reservó un pasaje en el vuelo de las 17:40 de British Airways a Heathrow.

La diferencia de husos horarios entre Washington y Moscú garantizaba virtualmente que los mensajes de Foley llegaran a Washington D.C. temprano a la mañana. A las seis, un empleado de la CIA entró en la sala de correspondencia del

Departamento de Estado y extrajo los formularios de mensajes de aproximadamente una docena de casillas, después continuó en automóvil a Langley. El hombre había sido un agente de categoría superior, de la Dirección de Operaciones, que debió ser retirado de funciones en el exterior debido a un ataque sufrido en Budapest, donde un matón callejero le había fracturado el cráneo y sufrido por ello cinco años de cárcel. Si hubieran sabido, pensaba la gente, le habrían dado unta medalla. Entregó los mensajes en las correspondientes oficinas y luego volvió a la suya.

El formulario de mensaje estaba sobre el escritorio de Bob Ritter cuando llegó a su trabajo a las siete y veinticinco. Ritter era el subdirector de Operaciones de la Agencia. Su jurisdicción, técnicamente se llamaba Dirección de Operaciones, incluía a todos los funcionarios destacados por la CIA en el exterior, a todos los ciudadanos extranjeros que ellos reclutaban y empleaban como otros tantos agentes. El mensaje de Moscú —como de costumbre había más de uno, pero éste era el más importante— pasó de inmediato a su carpeta personal, y se preparó para la reunión de las 08:00, en la que daban las novedades diariamente los funcionarios de la guardia nocturna.

—Está abierta. —Allá en Moscú, Foley levantó la vista cuando oyó el llamado en la puerta. El courier entró.

—El avión sale dentro de una hora. Tengo que apresurarme.

Foley buscó en su escritorio y sacó lo que parecía una costosa cigarrera de plata. Se la entregó, y el hombre la tomó cuidadosamente antes de introducirla en el bolsillo sobre el pecho. En el interior estaban las páginas escritas a máquina, prolijamente dobladas, junto con una carga pirotécnica diminuta. Si alguien abría la cigarrera en la forma en que no debía, o la sometían a una súbita aceleración. Como si la dejaran caer en un piso duro la carga estallaría destruyendo el papel delgado que había en su interior. También podía quemar el traje del hombre correo, lo que explicaba su cuidado para manipularla.

—Tengo que estar de regreso el martes a la mañana. ¿Necesita algo de allá, señor Foley?

—Oí decir que ha salido un nuevo libro Far Side… —El hombre se rio.

—Muy bien, voy a averiguar. Podrá pagarme cuando vuelva. —Feliz viaje, Augie.

Uno de los conductores de la embajada llevó a Augie Giannini a Sheremetyevo, el aeropuerto, a treinta kilómetros de Moscú, donde el pasaporte diplomático del courier le permitió pasar caminando el puesto de control de seguridad, y directamente al avión de British Airways que saldría con destino al Aeropuerto Ilcathrow. Viajaba en la clase económica, sobre el lado derecho del avión. La valija diplomática tenía el asiento de la ventanilla, y Giannini ocupaba el del medio. Los vuelos que salían de Moscú difícilmente iban completos; y el asiento de su izquierda también iba vacío. El Boeing comenzó el carreteo a la hora prevista. El comandante anunció el tiempo de

vuelo al destino, y el cuatrimotor inició el despegue en la pista. En el momento en el que abandonó el suelo soviético, como ocurría a menudo, los ciento cincuenta pasajeros aplaudieron. Era algo que siempre divertía al courier. Giannini sacó del bolsillo un libro en edición rústica y comenzó a leer. No podía beber durante el vuelo, naturalmente, ni dormir, y decidió esperar para cenar en el siguiente vuelo. No obstante, la azafata consiguió hacerle tomar una taza de café.

Tres horas más tarde, el 747 aterrizó en Heathrow. De nuevo pudo pasar los controles con toda facilidad. Era un hombre que vivía en el aire más tiempo que muchos pilotos comerciales y tenía acceso a las salas de espera de primera clase todavía existentes de los aeropuertos del mundo. Allí esperó durante una hora otro 747 al Aeropuerto Internacional Dulles, de Washington.

Sobre el Atlántico, el courier disfrutó de una cena Pan Am y de una película que no había visto, algo que raramente ocurría. Cuando terminó de leer su libro, el avión se disponía a aterrizar en Dulles. El hombre se pasó la mano por la cara y trató de recordar qué hora debía de ser en Washington. Quince minutos después subió a un indefinido Ford del gobierno que tomó hacia el sudeste. Se acomodó en el asiento delantero, quería tener más lugar para las piernas.

—¿Cómo estuvo el vuelo? —preguntó el chofer.

—Lo mismo de siempre: aburrido. —Por otra parte, era mejor que las misiones anteriores que cumplía en la Central Highlands. El gobierno estaba pagándole veinte mil dólares al año para sentarse en los aviones y leer libros, y eso, sumado a su sueldo de retiro del ejército, le proporcionaba una vida bastante cómoda. Nunca se molestó en preguntarse que estaba llevando en la valija diplomática, o en el estuche metálico que tenía en el bolsillo. De cualquier manera, suponía que todo eso era una pérdida de tiempo. El mundo no cambiaba mucho.

—¿Trajo la cigarrera? —preguntó el hombre que viajaba atrás.

—Sí. —Giannini la sacó del bolsillo interior y la alcanzó con ambas manos. El funcionario de la CIA que ocupaba el asiento trasero la tomó, también empleando las dos manos, y la introdujo en una caja acolchada interiormente. El funcionario era un instructor de la Oficina de Servicios Técnicos de la CIA, parte de la Dirección de Ciencia y Tecnología. Era una repartición que cubría muchos aspectos burocráticos Este hombre, en particular, era un experto en trampas cazabobos y mecanismos explosivos en general. En Langley tomó el ascensor hasta la oficina de Ritter y abrió la cigarrera sobre el escritorio, después se dirigió a su propia oficina sin mirar el contenido.

Ritter se acercó a su máquina Xerox personal y tomó varias copias de las páginas de papel liviano, al que en seguida se quemó. No era tanto una medida de seguridad específica sino más bien una simple precaución. Ritter no quería tener en su oficina personal esas páginas de material altamente inflamable. Empezó a leer aun antes de

que todas las copias estuvieran hechas. Como era habitual, su cabeza inició movimientos a izquierda y derecha al final del primer párrafo, El subdirector de Operaciones se arrimó al escritorio y apretó el botón para comunicarse con la oficina del director.

—¿Está ocupado? El avión ya llegó.

—Venga enseguida —contestó de inmediato el juez Arthur Moore. Nada era más importante que una información de CARDENAL.

Ritter encontró en el camino al almirante Greer, y los dos se unieron al director de la Central de Inteligencia en su amplio despacho.

—A este tipo hay que adorarlo —dijo Ritter mientras alcanzaba los papeles—. Convenció a Yazov para que enviara un coronel a Bach para efectuar una «valoración confiable» de todo el sistema. Este coronel Bondarenko tendrá que informar sobre cómo funciona todo, en términos comunes para que el ministro pueda comprenderlos e informar a su vez al Politburó. Naturalmente, puso a Misha a cargo del asunto, de modo que el informe pasara primero por su escritorio.

—Ese chico que conoció Ryan… Gregory, creo, quería que nosotros metiéramos un hombre en Dushanbe —recordó Greer con una risita—. Ryan le contestó que era imposible.

—Qué bien —comentó Ritter—. Todo el mundo sabe cómo es de complicada la Dirección de Operaciones. —Toda la CIA se enorgullecía con perversidad ante el hecho de que sólo sus fracasos eran noticia. La Dirección de Operaciones, en particular, ansiaba el reconocimiento público de que la prensa constantemente los juzgaba. Los errores de la KGB nunca merecieron la atención que dedicaban a los de la CIA, y la imagen pública, tan a menudo reforzada, era ampliamente creída aun dentro de la comunidad rusa de inteligencia. Rara vez pensó alguien que las filtraciones pudieran producirse con toda intención.

—Me gustaría —comentó sobriamente el juez Moore—, que alguien pudiera explicarle a Misha que existen espías viejos y espías audaces, pero hay muy pocos viejos y audaces.

—Es un hombre muy cuidadoso, jefe —señaló Ritter.

—Sí, ya lo sé. —El director de la Central de Inteligencia miró las páginas:

Desde la muerte de Dmitri Federovich, el ministerio de Defensa no es el mismo, leyó el DCI. A veces me pregunto si el mariscal Yazov toma suficientemente en serio estos nuevos desarrollos tecnológicos pero ¿a quién puedo yo informar mis dudas? ¿Me creería la KGB? Tengo que poner en orden mis ideas. Sí, debo organizar mis pensamientos antes de hacer cualquier acusación. ¿Pero puedo vulnerar reglas de seguridad…?

—¿Pero qué otra solución tengo? Si no puedo documentar mis dudas, ¿quién me tomará con seriedad? Es algo duro tener que vulnerar una importante norma de

seguridad, pero para poner a salvo al Estado es necesario pasar por encima de esas normas. Debe hacerse.

Así como los poemas épicos de Homero comenzaban con una invocación a las Musas, también los mensajes de CARDENAL empezaban invariablemente de esa manera. La idea había surgido en los últimos años de la década de 1960. Los mensajes de CARDENAL comenzaban como fotografías de su diario personal. Los rusos tienen la inveterada costumbre de llevar diarios. Cada vez que iniciaba uno de ellos, lo hacía como un *cri du coeur* eslavo, sus preocupaciones personales sobre las decisiones políticas tomadas en el ministerio de Defensa. A veces expresaba sus inquietudes con respecto a la seguridad de un proyecto específico, o el rendimiento de un nuevo tanque o avión. En cada caso, los méritos técnicos de un artefacto mecánico, o una decisión política, eran examinados largamente, pero siempre el enfoque del documento parecía ser un problema burocrático dentro del ministerio. Si alguna vez registraban el departamento Filitov, encontrarían fácilmente su diario, de ninguna manera escondido como era de suponer lo haría un espía y, si bien él estaba vulnerando decididamente algunas normas de seguridad, y con absoluta certeza sería castigado por hacerlo, quedaría por lo menos una posibilidad de que Misha pudiera defenderse con éxito. Por lo menos, esa era la idea.

Cuando tenga el informe de Bondarenko, dentro de una o dos semanas, tal vez pueda convencer al ministro de que este proyecto es de importancia realmente vital para la Madre Patria, terminaba.

—Bueno, parece que han descubierto algo sobre la potencia de emisión de lásers —dijo Ritter.

—«Penetración» es el término actual corrigió Greer. —Por lo menos, eso es lo que me dice Jack. Estas no son muy buenas noticias, señores.

—Su habitual buen ojo para los detalles, James —dijo Ritter—. Mi Dios, ¿qué pasará si ellos llegaran primero?

—No es el fin del mundo. Recuerden que demorarán diez para desplegar el sistema aun antes de que el concepto tenga validez, y ni siquiera se han acercado a eso todavía —señaló el DCI.-No se está cayendo el cielo. Esto hasta podría obrar en nuestro beneficio, ¿es así, James?

—Si Misha puede enviarnos una buena descripción de su descubrimiento, sí. En casi todas las áreas estamos mucho más adelantados que ellos —replicó el subdirector—. Ryan necesitará esto para su informe.

—¡Él no está autorizado para esto! —objetó Ritter.

—Ya ha conocido antes detalles de información. Delta —hizo notar Geer.

—Una vez, una sola vez, y había una buena razón para ello y lo hizo tremendamente bien para un aficionado. James, aquí no hay nada que él pueda usar, excepto que tenemos motivos para sospechar que Iván ha logrado una…

¿penetración?, hallazgo en cuanto a potencia, y ese chico Gregory ya lo sospechaba. Díganle a Ryan que hemos confirmado la sospecha a través de otra fuente. Juez, usted puede oír personalmente al Presidente que ha surgido algo, pero tendrá que esperar unas pocas semanas. No deberíamos ir más lejos de eso por fin tiempo.

—Tiene sentido para mí —asintió el juez con la cabeza. Geer aceptó el punto de vista sin discutir.

Todos sentían la tentación de exteriorizar la opinión de que ésa era la misión más importante de CARDENAL, pero hacerlo habría resultado demasiado dramático para cualquiera de los tres altos funcionarios y, además, CARDENAL había proporcionado a la CIA mucha información importante a través de los años. Foley agregaba al final una nota informando que Ryan había tropezado literalmente con CARDENAL después que Mary Pat le diera su nueva misión… y justo frente al mariscal Yazov. El juez Moore sacudió la cabeza. Que pareja, esos Foley. Y qué notable que Ryan hubiera, en cierto modo, hecho contacto con el coronel Filitov. Moore volvió a sacudir la cabeza. Era un mundo de locos.

IV. Estrellas brillantes y buques rápidos

Jack no se molestó en preguntar qué «fuente» había confirmado las sospechas del mayor Gregory. Las operaciones de campo eran algo que él se esforzaba exitosamente por el momento en mantener a distancia. Lo que importaba era que la información estaba clasificada como Clase-1 en cuanto a confiabilidad. El nuevo sistema de clasificación de la CIA usaba los números 1-5 en vez de letra A-E; seguramente el resultado de seis meses de duro trabajo por parte de algún subayudante educado en la Escuela de Comercio de Harvard.

—¿Y qué hay de la información técnica específica?

—Le avisaré cuando llegue —contestó Greer.

Tengo dos meses antes de exponer, jefe señaló Ryan. Las fechas término no podían tomarse en broma. Y esto era especialmente cierto cuando el documento se estaba preparando para los ojos del Presidente.

—Creo recordar haber leído eso en uno u otro lugar, Jack —comentó secamente el almirante. La gente de ACAD me está llamando todos los días por el maldito asunto también. Creo que lo que vamos a hacer es enviarlo a usted que se lo explique personalmente.

Ryan frunció el entrecejo. El propósito principal de su Apreciación Nacional Especial de Inteligencia era contribuir a establecer una base para la próxima sesión de negociación de armamentos. La Agencia de Control de Armas y Desarme también necesitaba lo mismo, para saber qué exigir y cuánto podían conceder dentro de la seguridad. Eso era un peso adicional considerable sobre sus hombros pero, como Greer se complacía en decírselo, Ryan realizaba su mejor trabajo bajo presión. Jack se preguntaba si no debería hacer las cosas mal, alguna vez, aunque más no fuera para modificar esa idea.

—¿Cuándo tendré que ir allí?

—Aún no lo he decidido.

—¿Podré tener dos días de aviso previo?

—Lo veremos.

El mayor Gregory estaba ese día en su casa. Esto era bastante fuera de lo común; y aún más, estaba tomándose un día libre. Pero no por su propia decisión. Su general había resuelto que tanto trabajo sin la menor distracción estaba empezando a cobrar su tributo en el joven técnico. No se le había ocurrido que Gregory también podía trabajar en su casa.

—¿No piensas parar nunca? —preguntó Candi.

—Y bueno… ¿qué se supone que hagamos en vez de esto? —Sonrió desde el teclado de su computadora.

El complejo habitacional se llamaba Mountain View. No tenía la menor sombra

de originalidad. En esa parte del país, la única forma de no ver las montañas era cerrar los ojos. Gregory tenía su propia computadora personal —una muy poderosa Hewlett Packard provista por el proyecto— y ocasionalmente escribía allí parte de sus «claves». Tenía que tener mucho cuidado con respecto a la clasificación de seguridad de su trabajo, naturalmente, aunque a menudo bromeaba diciendo que ni él mismo estaba autorizado a conocer lo que estaba haciendo. Esa situación no era desconocida entre las autoridades del gobierno.

La doctora Candace Long era más alta que su prometido, con su estatura de casi un metro sesenta y cinco, esbelta y de cabello oscuro y corto. Tenía los dientes un poco salidos porque nunca había querido sufrir con la ortodoncia, y sus anteojos eran aún más gruesos que los de Alan.

Era delgada porque, como muchos académicos, estaba tan cautivada con su trabajo que frecuentemente se olvidaba de comer. Se habían conocido en un seminario para candidatos al doctorado en la Universidad de Columbia. Ella era experta en física óptica, específicamente en espejos de óptica adaptable, un campo que había elegido para completar el hobby de toda su vida: la astronomía. Viviendo en las tierras altas de Nueva México, podía efectuar sus propias observaciones con un telescopio Meade, de cinco mil dólares y, ocasionalmente, utilizar los instrumentos del Proyecto para explorar el cielo; porque, señalaba ella, era la única forma efectiva de calibrarlos. Tenía realmente muy poco interés en la obsesión de Alan referida a la defensa contra misiles balísticos, pero estaba segura de que los instrumentos que ellos desarrollaban hallarían toda clase de aplicaciones «reales» en su propio campo de interés.

Ninguno de los dos tenía puesta mucha ropa en ese momento. Ambos se caracterizaban alegremente a ellos mismos como «bichos raros» y, como ocurría a menudo, en los dos se habían despertado sentimientos de mutua atracción… sentimientos que sus más agraciados compañeros de estudios nunca habrían creído posible.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó ella.

—Trabajo en los disparos que erramos. Creo que el problema está en el código de control del espejo.

—¿Cómo? —Se trataba de su espejo. ¿Estás seguro de que se trata del software?

—Sí —asintió Alan con un movimiento de cabeza—. En la oficina tengo las lecturas del Flying Cloud. Se había logrado un enfoque muy bueno, pero sobre un sitio equivocado.

—¿Cuánto tiempo llevará solucionarlo?

—Un par de semanas. —Arrugó el entrecejo observando la pantalla y después la apagó—. Que se vaya al diablo. Si el general se entera de que estoy haciendo esto, es posible que no me deje cruzar más la puerta.

—Yo siempre te lo digo. Cerró sus manos sobre el cuello de él. Alan se echó hacia atrás, apoyando la cabeza entre los pechos de Candi. Era más bien bonitos, pensó él. Para Alan Gregory había sido un notable descubrimiento comprobar qué lindas eran las chicas. Había tenido esporádicas citas en la escuela secundaria, pero la mayor parte de su vida, primero en West Point, luego en Stony Brook, había sido una existencia monástica, dedicada a estudios, modelos y laboratorios. Cuando conoció a Candi, su interés inicial se había manifestado por sus ideas para configurar espejos pero, tomando café en la Unión de Estudiantes, notó por primera vez, en una forma casi clínica, que ella era… bueno, atractiva, además de ser muy eficiente en física óptica. El hecho de que las cosas que frecuentemente trataban en la cama sólo habrían podido ser comprendidas por menos del uno por ciento de la población era irrelevante. Para ellos era tan interesantes como las cosas que hacían en la cama… o casi tanto. Allí había mucho que experimentar también, y como buenos científicos compraban libros de texto —así los llamaban— para explorar todas las posibilidades. Como cualquier nuevo campo de estudio, lo encontraban excitante.

Gregory levantó los brazos para tomar la cabeza de la doctora Long, y atrajo hacia él su cara.

—No tengo más ganas de trabajar por un rato.

—¿No es lindo tener un día libre?

—Tal vez pueda conseguir uno la semana que viene…

Boris Filipovich Morozov bajó del ómnibus una hora después de la puesta de sol. El y otros catorce jóvenes ingenieros y técnicos recientemente asignados a Bright Star aunque ellos ni siquiera sabían el nombre del Proyecto todavía se habían encontrado en el aeropuerto de Dushanbe con personal de la KGB, que controló escrupulosamente con sus papeles de identidad y fotografías y, en el viaje de ómnibus, un capitán de la KGB les había dado una conferencia sobre seguridad lo suficientemente seria como para lograr la atención de todos. No podían hablar de su trabajo con nadie ajeno a su estación; no podían escribir sobre lo que estaban haciendo, y no podían decir a nadie dónde estaban. Su dirección postal era una casilla de correos en Novosibirsk, a más de mil quinientos kilómetros de distancia. El capitán no necesitaba decir que sus cartas iban a ser leídas por los oficiales de seguridad de la base. Morozov tomó nota mentalmente de no cerrar sus sobres. Su familia podía preocuparse si notaban que habían abierto y vuelto a cerrar los sobres. Además, no tenía nada que ocultar. Había tardado cuatro meses para obtener la clasificación de seguridad para ese puesto. Los funcionarios de la KGB en Moscú, que habían controlado sus antecedentes, no encontraron nada que mereciera la menor observación, y hasta las seis entrevistas por las que tuvo que pasar, finalizaron exitosamente.

El capitán de la KGB terminó su conferencia con un tema algo más amable,

describiendo las actividades sociales y deportivas en la base, y el momento y lugar en que se realizaban las reuniones bisemanales, a las que Morozov tenía toda la intención de asistir, siempre y cuando su trabajo se lo permitiera. El alojamiento, continuó el capitán, todavía era un problema. Colocarían a Morozovy a los otros recién llegados en el dormitorio general, las barracas originales levantadas por los grupos de construcción que habían efectuado la instalación haciendo volar con explosivos la roca viva. No iban a estar amontonados, dijo, y las barracas tenían una sala de juegos, biblioteca y hasta un telescopio en el techo para observaciones astronómicas: acababa de formarse un pequeño club astronómico. Había ómnibus todas las horas hacia la principal instalación residencial, donde tendrían un cine, cafetería y un bar con cerveza. Había exactamente treinta y una muchachas solteras en la base, concluyó el capitán, pero una de ellas estaba comprometida con él, «¡y cualquiera que se meta con ella será fusilado!». Eso provocó carcajadas. No era frecuente encontrar un oficial de la KGB que tuviera sentido del humor.

Estaba oscuro cuando el ómnibus atravesó los portones para entrar en la base, y todos a bordo llegaban cansados. Morozov no se sintió terriblemente defraudado por el alojamiento. Todas las camas eran dobles, en dos niveles. Le asignaron una de las de arriba, en un rincón. En las paredes había carteles que exigían silencio en la zona dedicada al sueño, ya que allí los trabajadores cumplían tres turnos durante las veinticuatro horas. El joven ingeniero se sintió feliz al poder cambiarse de ropa e irse a dormir. Había sido destinado a la Sección de Aplicaciones Direccionales por un mes, para orientación en el Proyecto, después de lo cual le darían un puesto permanente. Se preguntaba qué significaría «aplicaciones direccionales» cuando se quedó dormido.

Lo mejor de los furgones era que mucha gente los tenía, y que el observador casual no podía ver quién estaba dentro, pensaba Jack mientras uno de ellos, blanco, entraba por el acceso de su automóvil. El conductor era de la CIA, por supuesto, como también lo era el hombre del asiento derecho. Descendió del vehículo y exploró visualmente el lugar durante unos instantes, antes de abrir la puerta corrediza. Apareció una cara familiar.

—Hola, Marko —dijo Ryan.

—Bueno, ¡ésta es casa de espía! —dijo aparatosamente el capitán de navío de la Marina Soviética (retirado). Marko Aleksandrovich Ramius. Su inglés había mejorado, pero como muchos emigrados rusos, a menudo olvidaba el artículo en sus frases—. No, ¡casa de timonel!

Jack sonrió y sacudió la cabeza.

—Marko, no podemos hablar de eso.

—¿Tu familia no sabe?

—Nadie sabe. Pero puedes quedarte tranquilo. Mi familia no está aquí.

—Comprendo. —Marko Ramius siguió a Jack al interior de la casa. En su pasaporte, la tarjeta de Seguridad Social y la licencia de conductor de Virginia, él figuraba como Mark Ramsey. Una muestra más de la originalidad de la CIA, aunque tenía perfecto sentido; era deseable que la gente recordara sus nombres. Jack notó que estaba un poco más delgado, ahora que comía alimentos que contenían menos hidratos de carbono. Y quemado por el sol. Cuando se conocieron, en el compartimiento de escape de proa del Octubre Rojo, Marko—. ¡Mark! —tenía la piel pálida blanquecina de un oficial submarinista. Ahora parecía una propaganda del Club Mediterranée.

—Pareces cansado —observó «Mark Ramsey».

—Me hacen volar de un lado a otro. ¿Te gustan las Bahamas? —Has visto como estoy quemado, ¿sí? Arena blanca, sol, calor todos los días. Como Cuba, cuando estuve allá; gente más agradable.

—AUTEC, ¿correcto? —preguntó Jack.

—Sí, pero no puedo hablar de esto —contestó Marko. Ambos cruzaron sus miradas. AUTEC (Centro de Pruebas y Evaluaciones subacuáticas del Atlántico) era el área de pruebas de submarinos de la Armada, donde hombres y buques intervenían en ejercicios a los que llamaban miniguerras. Desde luego, lo que allí ocurría era estrictamente secreto. La Armada protegía celosamente las operaciones de sus submarinos. Y Marko trabajaba con ellos desarrollando tácticas, cumpliendo sin duda el papel de un comandante soviético en los juegos de guerra, conferencias y clases. A Ramius lo habían conocido en la Armada Soviética como el «Maestro». Las cosas importantes no cambian nunca.

—¿Y te gusta?

—Esto no digo a nadie, pero ellos me dejan ser comandante de un submarino norteamericano durante una semana… el verdadero comandante, él me deja hacer todo, ¿sí? ¡Yo hundo un portaaviones!, ¡sí! Yo hundo Forrestal. Estarían orgullosos de mí en la Flota Norte de la Bandera Roja, ¿sí?

Jack lanzó una carcajada.

—¿Y qué opinó de eso nuestra Armada?

—Comandante de submarino y yo ponemos muy borrachos. Comandante Forrestal enojado, pero… buen perdedor, ¿sí? Estuvo con nosotros una semana después y hablamos de ejercicio. Aprendió algo, mejor para nosotros todos. Ramius hizo una pausa. —¿Dónde está familia?

—Cathy ha ido a visitar a su padre. Joe y yo no congeniamos mucho.

—¿Porqué tú eres espía? —preguntó Mark/Marko.

—Razones personales. ¿Quiere un trago?

—Cerveza es buena —contestó. Ramius miró alrededor mientras Jack iba a la cocina. El techo de la casa se levantaba en forma de catedral unos cinco metros,

calculó, sobre un alfombrado flamante y de buen gusto. Todo lo que se veía en la casa revelaba el dinero empleado en ella. Ramius tenía el entrecejo fruncido cuando Ryan volvió.

Ryan, yo no soy tonto —dijo con seriedad—. CIA no paga tanto como para esto.

—¿Sabes algo sobre la Bolsa? —preguntó Ryan con una sonrisa.

—Sí, algo de mi dinero está invertido allí. —Todos los oficiales del Octubre Rojo tenían ahorrado tanto dinero como para no necesitar volver a trabajar.

—Bueno, yo gané mucho dinero allí, y entonces decidí dejar eso y dedicarme a otra cosa.

Esa era una idea completamente nueva para el capitán Ramius.

—¿No eres…? ¿Cuál es la palabra? ¿Codicioso? ¿No tienes más codicia?

—¿Cuánto dinero necesita un hombre? —preguntó Ryan en tono retórico. El capitán asintió pensativo.

—Bueno, tengo que hacerte algunas preguntas.

—Ah, la profesión —rio Marko—. ¡Eso no te has olvidado!

—En tu interrogatorio, mencionaste que habías dirigido un ejercicio en el que disparabas un misil, y luego te dispararon un misil a ti.

—Sí, hace años… fue en 1981… abril, sí, fue el 20 de abril de 1981. Yo era comandante de submarino misilístico clase Delta, y disparamos dos cohetes desde Mar Blanco, uno hacia Mar Okhotsk, otro a Shary Sagan. Probábamos cohetes de submarinos, por supuesto, pero también radar de defensa de misiles y sistema contrabatería… ellos simularon disparar misil a mi submarino.

—Dijiste que fracasó.

Marko asintió con un movimiento de cabeza.

—Los cohetes de submarino vuelan perfectamente. El radar de Sary Shagan funciona, pero demasiado lento para interceptar… fue problema de computadora, dicen. Dicen conseguir nueva computadora, último que oigo. Tercera parte de prueba casi funciona.

—La parte de contrafuego. Es la primera vez que oímos eso —comentó Ryan—. ¿Cómo efectuaron exactamente el ejercicio?

—Ellos no disparan cohete de tierra, por supuesto —dijo Marko. Mantenía un dedo en alto—. Hacen esto, y tú comprendes naturaleza de prueba, ¿sí? Los soviéticos no son estúpidos como ustedes piensan, por supuesto tú sabes que toda la frontera soviética está cubierta con valla de radares. Estos ven lanzamiento de cohete y computan dónde está submarino… muy fácil de hacer. Entonces llaman a la jefatura de Fuerza de Cohetes Estratégicos. Fuerza de Cohetes Estratégicos tiene en alerta regimiento de viejos cohetes para esto. Estaban listos para disparar en respuesta tres minutos después detectar mi misil con radar —se interrumpió unos instantes. ¿Ustedes no tienen esto en Estados Unidos?

—No. No que yo sepa. Pero nuestros nuevos misiles disparan desde distancias mucho mayores.

—Es verdad, pero todavía buena cosa para los soviéticos, ¿comprendes?

—¿Cómo es de confiable el sistema?

Eso provocó un encogimiento de hombros.

—No es mucho. Problema es cómo están alertas lo hombres. En tiempo de… ¿cómo dicen ustedes?… tiempo de crisis, ¿sí? En tiempo de crisis todo el mundo está alerta, y sistema puede funcionar a veces. Pero cada vez que sistema funciona, muchas, muchas bombas no estallan en Unión Soviética. Aunque fuera de una podría salvar cientos de miles ciudadanos. Esto es importante para liderazgo soviético. Cientos de miles más esclavos disponibles cuando guerra termine —agregó para demostrar su disgusto con respecto al gobierno de su patria anterior—. ¿No tienen nada como esto en Estados Unidos?

—No que yo conozca —dijo con sinceridad Ryan.

Ramius sacudió la cabeza.

—A nosotros nos dicen que ustedes tienen. Cuando disparamos nuestros cohetes, después nos sumergimos a mucha profundidad y corremos a velocidad máxima, línea recta, cualquier dirección.

—En este momento estoy tratando de descubrir cuánto es el interés del gobierno soviético por copiar nuestras investigaciones sobre Iniciativa de Defensa Estratégica.

—¿Interés? —exclamó Ramius bufando—. Veinte millones rusos murieron en Gran Guerra Patriótica. ¿Crees que quieren eso vuelva a pasar? Yo te digo, soviéticos son más inteligentes con respecto a eso que norteamericanos… tuvimos lección más dura, y aprendimos mejor. Algún día te cuento sobre mi ciudad después de guerra, destrucción de todo. Sí, tuvimos muy buena lección para proteger Rodina.

Esa es la otra cosa que debemos recordar sobre los rusos, se recordó a sí mismo Jack. No era tanto que tuvieran una memoria anormalmente larga; había en su historia cosas que nadie olvidaría. Esperar que los soviéticos olvidaran sus pérdidas en la Segunda Guerra Mundial era inútil como pedir a los judíos que olvidaran el Holocausto, e igualmente irrazonable.

Entonces, hace poco más de tres años, los rusos realizaron un importante ejercicio de defensa antibalística contra misiles balísticos lanzados desde submarinos. El radar de detección y seguimiento funcionó bien, pero el sistema falló debido a un problema con la computadora.

Eso era importante, pero…

—El motivo por el cual la computadora no funcionó lo suficientemente bien…

—Eso es todo que sé. Todo que puedo decir es que fue prueba honesta.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Jack.

—Nuestras primeras… sí, nuestras órdenes originales eran disparar desde

ubicación conocida. Pero cambiaron órdenes cuando submarino zarpó. Sólo para comandante, secreto, nuevas órdenes firmadas por ayudante ministro de Defensa. Era coronel Ejército Rojo, creo. No recuerdo nombre. Orden de ministro, pero firma coronel, ¿sí? Quería que la prueba fuera… ¿cómo dicen ustedes?

—¿Espontánea?

—¡Sí! No espontánea. Verdadera prueba debe ser sorpresa. Entonces mis ordenes me enviaron a diferente lugar y dicen debo disparar en momento distinto. Tenemos a bordo general para control y cuando ve nuevas órdenes se enfurece. Muy, muy enojado, pero ¿qué clase de prueba es sin sorpresa? Submarinos misilísticos norteamericanos no llaman por teléfono y dicen a rusos día que ellos disparan. Uno, o está listo o no está listo —comentó Ramius.

—No sabíamos que usted iba a venir —dijo secamente el general Pokryshkin.

El coronel Bondarenko tuvo cuidado de mantener impasible su rostro. A pesar de tener órdenes escritas del ministro de Defensa, y a pesar de pertenecer a otra fuerza completamente distinta, estaba tratando con un general que tenía sus propios protectores en el Comité Central. Pero también el general tenía que andar con pie de plomo. Bondarenko llevaba puesto su uniforme más nuevo y mejor confeccionado, completado con varias filas de condecoraciones, que incluían dos por valor en Afganistán, y el distintivo especial que usaban los oficiales pertenecientes al estado mayor del ministro de Defensa.

—Camarada general, lamento los inconvenientes que le he causado, pero es que tengo realmente mis órdenes.

—Desde luego —contestó Pokryshkin con una amplia sonrisa. Indicó una bandeja de plata—: ¿té?

—Gracias.

El general sirvió personalmente dos tazas, en vez de llamar a una ordenanza.

—¿Esa que lleva es la Orden de la Bandera Roja? ¿Afganistán?

—Sí, camarada general. Estuve algún tiempo allá.

—¿Y cómo la ganó?

—Yo estaba agregado a una unidad Spetznaz como observador especial. Íbamos siguiendo el rastro a un pequeño grupo de bandidos. Desgraciadamente, eran más astutos de lo que creía el comandante de la unidad, y permitió que lo siguiésemos hasta una emboscada, Mataron o hirieron a la mitad de nuestro grupo, incluyendo al comandante. —Que se ganó su muerte, pensó Bondarenko—. Yo asumí el comando y solicité refuerzos. Los bandidos se retiraron antes de que pudieran llegar las nuevas fuerzas; pero dejaron atrás ocho cadáveres.

—¿Cómo fue un experto en comunicaciones…?

—Me presenté como voluntario. Estábamos teniendo dificultades con las comunicaciones tácticas, y decidí personalmente la situación a mi cargo. Yo no soy

un verdadero soldado combatiente, camarada general, pero hay algunas cosas que uno debe ver en persona. Esa es otra preocupación que tengo con este puesto, Estamos peligrosamente cerca de la frontera con Afganistán, y su seguridad parece… no descuidada, pero tal vez excesivamente cómoda.

Pokryshkin asintió mostrando que compartía la inquietud.

—Las fuerzas de seguridad son de la KGB, como sin duda usted lo habrá notado. Dependen de mí, pero no están estrictamente bajo mis órdenes. Para advertencia temprana sobre posibles amenazas tengo un acuerdo con la Aviación Frontal. La escuela de reconocimiento aéreo actúa en estos valles que nos rodean para efectuar su entrenamiento. Un condiscípulo mío en Frunze ha dispuesto la cobertura de toda esta zona. Si alguien se aproxima a nuestra instalación desde Afganistán… es un largo camino, y nosotros lo sabremos antes de que lleguen aquí.

Bondarenko aprobó esto y 1o registró mentalmente. Representante de brujos o no, Pokryshkin no había olvidado todo, como les ocurría a demasiados generales.

—Y bien, Gennady Iosifovich, ¿qué está buscando usted exactamente? —preguntó el general. La atmósfera era ya un poco menos tensa, ahora que ambos hombres habían definido su profesionalismo.

—El ministro quiere una apreciación sobre la efectividad y confiabilidad de sus sistemas.

—¿Conoce usted lásers? —preguntó Pokryshkin levantando una ceja.

—Estoy familiarizado con todo lo referido a su aplicación. Estuve en el equipo del académico Goremykin, que desarrolló los nuevos sistemas de comunicaciones por lásers.

—¿Ah sí? Aquí tenemos algunos de ellos.

—No lo sabía —dijo Bondarenko.

—Sí. Los usamos en nuestras torres de guardia, y para enlazar nuestros laboratorios con los talleres. Es más fácil que tirar líneas telefónicas, y es más seguro. El invento de ustedes ha demostrado ser realmente muy útil, Gennady Iosifovich. Bien. Usted conoce nuestra misión aquí, naturalmente.

—Sí, camarada general. ¿Les falta mucho tiempo para alcanzar su meta?

—Tendremos una importante prueba del sistema dentro de tres días.

—¡Qué bien! —Bondarenko se sintió sorprendido al saberlo.

—Sólo ayer recibimos autorización para realizarla. Quizás el ministro no ha sido completamente informado. ¿Puede usted quedarse para verla?

—No me lo perdería.

—Excelente. —El general Pokryshkin se puso de pie—. Venga, vamos a ver a mis brujos.

El cielo estaba claro y azul, ese azul intenso que resulta de encontrarse por encima de casi toda la atmósfera. Bondarenko se sorprendió al ver que el general

conducía personalmente un UAZ-469, el equivalente soviético del jeep.

—No necesita preguntarlo, coronel. Conduzco personalmente porque aquí arriba no tenemos lugar para personal innecesario, y… bueno, yo fui piloto de combate. ¿Por qué habría de confiar mi vida a un chico imberbe que apenas sabe cambiar las marchas?

—¿Le gusta nuestros caminos?

Absolutamente no, habría respondido Bondarenko, pero calló, mientras el general descendía velozmente una cuesta. El camino apenas tenía unos cinco metros de ancho, y del lado del pasajero del vehículo se abría un impresionante precipicio.

—¡Debería probar esto cuando hay hielo! —rio el general—. Ultimamente hemos tenido suerte con el tiempo. El pasado otoño no tuvimos más que lluvias durante dos semanas. No es normal aquí; los monzones llevan generalmente toda el agua sobre la India, pero el invierno ha sido agradable y seco, con días claros. —Efectuó un cambio de marchas al llegar al punto más bajo. En dirección opuesta venía un camión, y Bondarenko hizo todo lo que pudo para no encogerse cuando los neumáticos del lado derecho del jeep mordieron las piedras del borde del camino. Pokryshkin se estaba divirtiendo bastante con él, pero era de esperar. El camión pasó rápidamente con menos de un metro de separación, y el general volvió al centro de la carretera de pavimento negro. Volvió a efectuar un cambio de marchas cuando llegaron a una subida.

—Aquí ni siquiera tenemos espacio para una buena oficina…, por lo menos para mí —comentó Pokryshkin—. Los académicos tienen prioridad, por supuesto.

Bondarenko sólo había visto una de las torres de guardia esa mientras corría alrededor del edificio residencial, y cuando el jeep trepó los últimos metros, apareció la zona de pruebas de Bright Star.

Había tres puestos de control de seguridad. El general Pokryshkin se detuvo y mostró su pase en cada uno de ellos.

—¿Las torres de guardia? —preguntó Bondarenko.

—Tengo hombres allí durante las veinticuatro horas. Es duro para los chekisti. Tuve que instalar estufas eléctricas en las torres. —El general lanzó una risita—. Aquí hay más energía eléctrica que la que podríamos consumir. Antes teníamos además perros que corrían entre las vallas, pero tuvimos que suprimirlos. Hace dos semanas varios murieron congelados. Yo no creía que eso fuera a dar buen resultado. Todavía hay unos pocos, pero caminan de un lado a otro junto a los guardias. Tan pronto como pueda voy a deshacerme de ellos.

—Pero…

—Son más bocas que alimentar —explicó Pokryshkin—. Cuando empiece a nevar tendremos que traer los alimentos por helicóptero. Para mantener bien a los perros hay que darles carne. ¿Se imagina usted cómo influye en la moral de la planta

tener perros que comen carne, mientras nuestros científicos no reciben lo suficiente? Los perros no valen la pena. El comandante de la KGB está de acuerdo. El mismo ya está tratando de conseguir permiso para sacarlos de aquí. Tenemos visores nocturnos en todas las torres. Podemos ver un intruso mucho antes que un perro lo oiga o lo olfatee.

—¿Qué efectivos tiene su fuerza de guardia?

—Una compañía de fusileros reforzada. Ciento dieciséis oficiales y tropa, comandados por un teniente coronel. Hay por lo menos veinte guardias de turno en todo momento. La mitad aquí, el resto en la otra montaña. En este mismo lugar, dos hombres en cada torre permanentemente, y otros cuatro patrullando; además, por supuesto, de los que se hallan en los puestos de control para vehículos. La zona está segura, coronel. Una compañía completa de fusileros con armas pesadas en la cumbre de esa montaña. Para efectuar una comprobación, durante el pasado mes de octubre ordenamos que un equipo Spetznaz realizara un ejercicio de ataque. Los árbitros los declararon muertos a todos antes de que llegaran a menos de cuatrocientos metros de nuestro perímetro. En realidad, uno de ellos casi muere de verdad. Un teniente jovencito estuvo a punto de caer de la montaña. —Pokryshkin se volvió—. ¿Satisfecho?

—Sí, camarada general. Por favor dispénseme por mi modalidad, quizás excesivamente precavida.

Usted no ganó esas bonitas cintas por ser un cobarde —observó el general—. Yo siempre estoy abierto a las nuevas ideas. Si usted tiene algo que decir, mi puerta nunca está cerrada.

Bondarenko decidió que el general Pokryshkin iba a gustarle. Estaba lo suficientemente lejos de Moscú para no actuar como un asno solícito y, a diferencia de muchos generales, era evidente que no veía un halo en el espejo cuando se afeitaba. Después de todo, tal vez había una verdadera esperanza en esa instalación. Filitov estaría complacido.

—Es como sentirse ratón, con un halcón en el cielo —observó Abdul.

—Entonces, hagamos lo que hacen los ratones —replicó el Arquero sin inmutarse —. Permanezcamos en las sombras.

Miró hacia arriba para ver el An-26. Volaba a cinco mil metros sobre sus cabezas, y el aullido de sus motores a turbina apenas le llegaba. Demasiado lejos para un misil, desgraciadamente. Otros misiles mujahiddines habían derribado aviones Antonov, pero no Arquero. De esa manera se podían matar hasta cuarenta rusos. Y los soviéticos estaban dispuestos a usar los transportes convertidos para reconocimiento sobre tierra. Eso hacía la vida más dura para las guerrillas.

Los dos iban siguiendo un estrecho sendero por la ladera de una de las montañas, y el sol aún no los había alcanzado; aunque la mayor parte del valle estaba

completamente iluminada bajo ese cielo de invierno sin nubes. Junto a un pequeño río se veían las ruinas de una pequeña población bombardeada. Tal vez unas doscientas personas habían vivido allí alguna vez, hasta que llegaron los bombarderos de altura. Alcanzó a ver los cráteres, dispuestos en filas alternadas, de dos o tres kilómetros de longitud. Las bombas parecían haber recorrido el valle, y los que no habían resultado muertos se habían marchado a Pakistán, dejando atrás solamente el vacío. No había comida para compartir con los luchadores por la libertad, ni hospitalidad, ni siquiera una mezquita donde poder orar. Una parte del Arquero todavía se preguntaba por qué la guerra tenía que ser tan cruel. Una cosa era el hombre peleando contra otro hombre; había honor en eso, a veces tanto como para poderlo compartir con un enemigo digno. Pero los rusos no peleaban de esa manera. Y los llaman salvajes…

—¡Habían desaparecido tantas cosas! Lo que él mismo había sido antes, las esperanzas que alguna vez tuvo para el futuro; toda su vida anterior se alejaba cada vez más con el paso de cada día. Parecía que ahora sólo pensaba en todo aquello cuando dormía… y al despertar, los sueños de una vida pacífica y satisfecha se desvanecían entre sus manos como la bruma de la mañana. Pero hasta esos sueños se iban perdiendo. Aún podía ver el rostro de su mujer, el de su hija y los de sus hijos, pero ahora eran como fotografías, chatos, sin vida, crueles recuerdos de tiempos que no volverían. Pero al menos daban sentido a su vida. Cuando sentía piedad por sus víctimas, cuando se preguntaba si Alá realmente aprobaría lo que hacía —esas cosas que al principio le daban náuseas— podía cerrar por un momento los ojos y recordarse a sí mismo por qué, los alaridos de los rusos agonizantes eran tan dulces a sus oídos como los apasionados llamados de su esposa.

—Se aleja —dijo Abdul.

El Arquero se volvió para mirar. El sol provocó un destello en el timón vertical cuando pasó sobre la montaña del otro lado. Aunque él hubiese estado en la cumbre de esa montaña, el An-26 volaba a demasiada altura. Los rusos no eran tontos. No pasaban más bajo que lo necesario. Si él quería realmente derribar uno de ésos, tendría que situarse más cerca de un aeródromo… o quizá descubrir una nueva táctica. No era mala la idea. El Arquero empezó a ordenar el problema en su mente mientras seguía caminando por el interminable sendero rocoso.

—¿Funcionará bien? —preguntó Morozov.

—Ese es el propósito de la prueba, ver si funciona —le explicó pacientemente el ingeniero jefe. Recordaba que también él había sido joven e impaciente. Morozov tenía un verdadero futuro. Lo demostraban muy claramente sus documentos de la universidad. Hijo de un obrero de un fábrica en Kiev, su inteligencia y espíritu de trabajo le habían hecho ganar una beca en la más prestigiosa escuela de la Unión Soviética, donde luego había ganado también los más altos honores…, suficientes

para dispensarlo del servicio militar, algo bastante poco común en quien no tiene conexiones políticas.

—Y este es el nuevo recubrimiento óptico… —Morozov miró el espejo desde una distancia de pocos centímetros. Ambos hombres tenían puestas sus ropas de trabajo, con máscaras y guantes para que no pudieran dañar la superficie reflectora del espejo número cuatro.

—Como has adivinado, ese es uno de los elementos de la prueba. —El ingeniero se volvió—. ¡Listo!

—Despejen —gritó un técnico.

Descendieron por una escalerilla fijada al costado de la columna, luego cruzaron la separación hasta el anillo de cemento que rodeaba el hueco.

—Bastante profundo —observó el joven.

—Sí, tenemos que determinar la efectividad de nuestras medidas aislantes de la vibración. —El ingeniero jefe estaba preocupado por eso. Oyó el motor de un jeep y se volvió para ver: el comandante de la base llevaba a otro hombre hacia el edificio del láser. Otro visitante de Moscú, aventuró. ¿Cómo es posible que terminemos nuestro trabajo con todos estos sirvientes del Partido rondando sobre nuestras espaldas?

—¿Has conocido al general Pokryshkin? —preguntó a Morozov.

—No, ¿qué clase de hombre es?

—He conocido peores. Como la mayoría de las personas, cree que los lásers son la parte más importante. Lección número uno, Boris Filipovich: la parte importante son los espejos… y las computadoras. Los lásers son inútiles a menos que podamos enfocar su energía en un punto específico en el espacio.

Esa lección indicó a Morozov qué parte del proyecto estaba bajo la autoridad de ese hombre, pero el nuevo ingeniero, recién recibido, ya conocía la verdadera lección: el sistema total tenía que funcionar perfectamente. Cualquier segmento defectuoso convertiría el hardware más costoso de la Unión Soviética en una colección de curiosos juguetes.

V. El ojo de la serpiente. La fría faz del dragón

El Boeing 767 convertido tenía dos nombres. Conocido originalmente como el Agregado Óptico Aéreo, lo llamaban ahora Cobra Belle, que, por lo menos, sonaba mejor. La aeronave era poco más que una plataforma para un telescopio infrarrojo tan grande como pudo construirse para que entrara en ese avión, de fuselaje ancho. Aunque en cierta forma los ingenieros habían hecho una pequeña trampa, por cierto, incorporando al fuselaje una desgarbada joroba inmediatamente detrás de la cabina de comando, y que se extendía hasta la mitad del avión; así el 767 parecía en realidad una serpiente que acababa de tragar algo bastante grande como para quedársele atascado.

Lo que era aún más notable con respecto a la aeronave, sin embargo, eran las inscripciones que tenía en su timón vertical: U.S. ARMY (Ejército de los Estados Unidos). Ese detalle, que enfurecía a la Fuerza Aérea, era resultante de una poco común visión de futuro y de obstinación por parte del Ejército, que desde la década de 1970 no había dejado nunca de efectuar investigación en materia de defensa contra misiles balísticos, y cuyo «taller de hobbies» (como se conocía a esas dependencias) había inventado los sensores infrarrojos en el AOA.

Pero ahora formaba parte de la Fuerza Aérea, cuyo nombre clave total era Cobra. Trabajaba en coordinación con el radar Cobra Dane, en Shemya, y a menudo volaba junto a otro avión denominado Cobra Ball —un 707 convertido— ya que Cobra era el nombre de toda la familia de sistemas destinados a realizar el seguimiento de los misiles soviéticos. La gente del Ejército, con aire de suficiencia, estaba satisfecha por la circunstancia de que la Fuerza Aérea necesitara su ayuda, aunque alerta ante los continuos esfuerzos e intentos que realizaba para robarle su programa.

La tripulación de vuelo recorrió con parsimonia la lista de chequeo; tenían tiempo de sobra. Eran hombres de la Boeing. Hasta entonces, el Ejército había resistido exitosamente los intentos de la Fuerza Aérea para colocar en la cabina de pilotaje a su propia gente. El copiloto, ex miembro de la Fuerza Aérea, pasaba el dedo a lo largo del papel con la lista de cosas por hacer, mencionándolas con una voz que no mostraba ni entusiasmo ni aburrimiento, mientras el piloto y el ingeniero de vuelo apretaban los botones, controlaban los medidores y, en general, alistaban su avión para un vuelo seguro.

La peor parte de la misión era el estado del tiempo sobre la superficie. Shernya, una de las Aleutianas occidentales, es una pequeña isla, de unos seis kilómetros y medio de largo por tres de ancho, cuyo punto más alto está a setenta metros apenas por sobre el nivel del mar gris pizarra. Lo que para las Aleutianas era una situación meteorológica normal habría bastado para cerrar los más famosos aeropuertos, y lo que ellos llamaban allá mal tiempo hacía que los tripulantes del Boeing desearan estar

en el infierno. En la base estaban convencidos de que la única razón por la cual los rusos hacían sus pruebas de misiles balísticos intercontinentales hacia el Mar de Okhotsk, era la intención de que los norteamericanos responsables de controlarlos pasaran una vida tan miserable como fuera posible. Hoy el tiempo estaba bastante decente. Casi se podía ver el extremo opuesto de la pista, donde las luces azules aparecían rodeadas por pequeños globos de niebla. Como la mayoría de los aviadores, el piloto prefería la luz del día, pero en invierno eso era allí una excepción. Tuvo en cuenta los puntos a favor: se suponía que había un techo de unos cuatrocientos metros y todavía no estaba lloviendo. Los vientos cruzados también era un problema, aunque el viento jamás soplaba desde donde uno quería, o más correctamente, los que habían diseñado y construido la pista jamás pensaron o supieron que el viento era un factor a tener en cuenta para pilotear aviones.

Torre Shemya, aquí Charlie Bravo. Autorización rodaje.

—Charlie Bravo, autorizado a iniciar rodaje. El viento está de los dos cinco —cero a quince nudos. La torre no necesitaba decir que Cobra Belle era el número uno en la cola. Por el momento, el 767 era la única aeronave en la base. Se lo suponía en California para prueba de equipos, pero lo habían enviado allí con urgencia sólo veinticuatro horas antes.

—Comprendido. Charlie Bravo inicia rodaje. Diez minutos después el Boeing estaba despegando, para comenzar lo que se esperaba fuera una misión más de rutina.

Veinte minutos más tarde, el AOA alcanzó la altura de crucero de trece mil quinientos metros. El vuelo se desarrollaba con la misma suavidad que conocen todos los pasajeros de líneas aéreas, pero, en vez de beber sus primeros tragos y hacer sus pedidos para la cena, los hombres que viajaban a bordo de esta aeronave ya habían soltado sus cinturones y empezado a trabajar.

Había instrumentos de que debían ser activados, computadoras para reciclar, informes de datos a introducir, y enlaces verbales que controlar. El avión estaba equipado con todos los sistemas de comunicaciones conocidos por el hombre, y habría tenido un psiquiatra a bordo si ese programa del departamento de Defensa —había uno— hubiera progresado tanto como se esperaba originalmente. El hombre que dirigía el programa era un artillero con título de máster en astronomía, de la Universidad de Texas. Su último comando había sido el de una batería de misiles Patriot en Alemania, Mientras muchos hombres miraban los aviones y deseaban volar en ellos, su interés había sido siempre dispararles hasta hacerlos desaparecer del cielo. Sentía más o menos lo mismo con respecto a los misiles balísticos, y había contribuido a desarrollar la modificación que permitió al misil Patriot derribar otros misiles además de los aviones soviéticos. Eso le había dado también cierta familiarización con el instrumental empleado para efectuar el seguimiento de misiles en vuelo.

El libro de misión que el comandante tenía en sus manos era un impreso recibido por facsimilado desde Washington, de la jefatura de la Agencia de Inteligencia de Defensa (AID). Allí le decían que cuatro horas y dieciséis minutos más tarde los soviéticos iban a efectuar un disparo de prueba del SS-25 ICBM, misil balístico intercontinental. El libro no decía cómo había obtenido esa información la AID, aunque el coronel sabía que no era por haberlo leído en el Izvestia. La misión del Cobra Belle consistía en detectar el lanzamiento, interceptar todas las transmisiones de telemetría de los instrumentos de prueba del misil y, lo más importante, tomar fotografías en vuelo de las cabezas de guerra. Más tarde se analizaría la información recogida para determinar el rendimiento del misil y, en particular, la precisión del lanzamiento de su cabeza de guerra, asunto del mayor interés para Washington.

Como comandante de la misión, el coronel no tenía mucho qué hacer. Su tablero de control era un panel de luces de colores que mostraban la situación de diversos sistemas de a bordo. Dado que el AOA era un elemento bastante nuevo en el inventario, todo lo que el avión contenía funcionaba razonablemente bien. Sólo había una pequeña deficiencia en el enlace para la alimentación de datos de apoyo, pero uno de los técnicos ya estaba trabajando para superar el problema mientras el coronel bebía su café. Era para él un verdadero esfuerzo mostrarse interesado mientras no tenía nada que hacer en particular, pero si dejaba ver que se aburría habría dado un pésimo ejemplo a sus subordinados. Buscó en el bolsillo con cierre de cremallera que tenía su traje de vuelo en una de las mangas, y sacó un caramelo. Eran más saludables que los cigarrillos que había fumado desde teniente, aunque no tan buenos para sus dientes, según le señalaba el dentista de la base. El coronel chupó el caramelo durante cinco minutos, hasta que decidió que tenía que hacer algo. Se desprendió las correas que lo sujetaban a su asiento de comandante y caminó hacia adelante hasta la cabina de pilotaje.

—Buenos días, muchachos Eran las 0004 —Lima, o 12.04 A.M. hora local.

—Buenos días, coronel —respondió el piloto por su tripulación ¿funciona todo bien allá atrás, señor?

—Hasta ahora. ¿Cómo está el tiempo en la zona de patrullaje?

—Cielo cubierto ocho octavos, de tres mil quinientos a cuatro mil quinientos metros —contestó la navegadora, mostrando una fotografía de satélite—. El viento, de los tres-dos-cinco grados, a treinta nudos. Nuestros sistemas de navegación están controlados con la marcación de Shemya —agregó la muchacha. Generalmente el 767 opera con una tripulación de dos oficiales de vuelo 007 de la Línea Aérea Coreana, todos los vuelos que se realizaban sobre el Pacífico occidental cuidaban especialmente su navegación. Y esto era doblemente cierto con el Cobra Belle; los soviéticos odiaban las plataformas de búsqueda de información. Nunca se acercaron a menos de ochenta kilómetros del territorio soviético, ni entraron tampoco en la Zona

Rusa de Identificación de Defensa Aérea, aunque los soviéticos habían enviado dos veces aviones de combate para hacer saber al AOA que realmente se ocupaban de custodiar.

—Bueno, no necesitaremos acercarnos mucho —observó el coronel. Se inclinó entre el piloto y el copiloto para mirar hacia fuera por las ventanillas. Ambos motores turbo— fan funcionaban perfectamente. Él habría preferido un cuatrimotor para el prolongado vuelo sobre el agua, pero no había sido decisión suya. La navegadora levantó una ceja ante el interés del coronel, y recibió una palmadita en un hombro a manera de disculpas. Era hora de retirarse de allí.

—¿Cuánto tiempo hasta la zona de observación?

—Tres horas, diecisiete minutos, señor; tres horas treinta y nueve minutos hasta el punto de órbita.

—Creo que tengo tiempo de dormir un rato —dijo el coronel mientras se dirigía a la puerta. La cerró y continuó hacia atrás, pasando junto al montaje del telescopio hasta la cabina principal. ¿Por qué sería que todos los tripulantes que estaban haciendo ese vuelo eran tan condenadamente jóvenes? Ellos creen probablemente que necesito dormir; no comprenden que me muero de aburrimiento.

Adelante, el piloto y el copiloto cruzaron miradas. Este viejo cagón no nos tiene confianza para volar el maldito avión, ¿cierto? Se acomodaron en sus asientos dejando que sus ojos exploraran en busca de las luces parpadeantes de algún otro avión, mientras el piloto automático controlaba la aeronave.

En la sala de control, Morozov estaba vestido como los otros científicos, con un guardapolvo blanco de laboratorio, adornado con el pase de seguridad. Todavía continuaba transitando la etapa de orientación, y su asignación al equipo de Control de espejos era probablemente temporaria, pero ya empezaba a apreciar qué importante era esa parte del programa. En Moscú había aprendido cómo funcionaban los lásers y efectuado ciertos trabajos de laboratorio impresionantes con modelos experimentales, pero nunca había comprendido verdaderamente que cuando la energía surgía por el extremo del instrumento, la tarea apenas había comenzado. Además, Bright Star ya había logrado su importante descubrimiento relativo a la potencia del láser.

—Reciclaje —oyó la voz del ingeniero jefe en sus auriculares. Estaba probando la calibración del sistema, apuntando sus espejos a una estrella distante. Ni siquiera importaba cuál estrella. Elegían una al azar en cada prueba.

—Trabaja como un telescopio de todos los diablos, ¿no? —comentó el ingeniero jefe mirando su pantalla de TV.

—Usted estaba preocupado por la estabilidad del sistema. ¿Por qué?

—Como puedes imaginarte, necesitamos un grado muy alto de exactitud. En realidad nunca hemos probado el sistema completo. Podemos apuntar a las estrellas

con relativa facilidad, pero… —Se encogió de hombros—. Este todavía es un programa muy joven, mi amigo. Igual que tú.

—¿Por qué no usa el radar para elegir un satélite y apunta sobre él?

—¡Esa sí que es una buena pregunta! —dijo sonriendo el hombre mayor—. Yo mismo me la he hecho. Tiene alguna relación con el acuerdo de armamentos, o algo así. Por el momento, según nos dicen, es suficiente con que nos den las coordinadas de nuestros blancos vía comunicaciones comunes. No tenemos que obtenerlas nosotros. ¡Tonterías! —concluyó.

Morozov se echó hacia atrás en la silla para mirar alrededor. En el otro lado de la sala, los hombres del equipo de control del láser se movían activamente de un lado a otro y, detrás de ellos, un grupo de soldados de uniforme susurraban unos a otros. Controló el reloj de pared… faltaban sesenta y tres minutos para que se iniciara el ejercicio de prueba. De a uno, los técnicos iban desfilando por el cuarto de baño. Él no sentía necesidad, ni tampoco el jefe de sección, quien finalmente se declaró satisfecho con su sistema, y colocó todo en situación de espera.

A treinta y cinco mil seiscientos kilómetros sobre el Océano Indico, un satélite del Programa de Apoyo de Defensa Norteamericana se mantenía estacionario en órbita geosincrónica sobre un punto fijo del océano. Su gran telescopio Schmidt, de foco Cassegrain, estaba permanentemente apuntado a la Unión Soviética, y su misión consistía en proporcionar la primera advertencia de que se habían lanzado misiles rusos a los Estados Unidos. La información llegaba a su país de origen vía Alice Springs, en Australia. En los Estados Unidos la recibían diversas instalaciones. Las condiciones de visibilidad eran excelentes por el momento. Casi todo el hemisferio visible de la Tierra se encontraba en la oscuridad, y la superficie terrestre fría, casi helada, mostraba fácilmente la más pequeña fuente de calor con definida imagen.

Los técnicos que monitoreaban el sistema del Programa de Apoyo de Defensa, en Sunnyvale, California, se divertían por rutina contando las instalaciones industriales. En Kazan estaba la Planta de Aceros Lenin, y en las afueras de Moscú la gran destilería, y…

—¡Atención! —anunció un sargento—. Tenemos una fuente de energía en Plesetsk. Parece un lanzamiento desde la instalación de pruebas de ICBM.

El mayor que estaba de turno esa noche llamó de inmediato por teléfono al «Crystal Palace», asiento del Comando de Defensa Aeroespacial Norteamericano (NORAD), debajo de Monte Cheyenne, en Colorado, para asegurarse de que ellos también estaban recibiendo la información del satélite. Desde luego, la recibían.

—Ese es el lanzamiento del misil del que nos hablaron —se dijo.

Mientras observaban, la brillante imagen de los gases de escape encendidos que surgían del misil empezó a virar hacia un rumbo general este; el ICBM describía un arco para entrar en la trayectoria de vuelo balística que daba su nombre al misil. El

mayor tenía memorizadas las características de todos los misiles soviéticos. Si ese era un SS-25, la primera etapa debía separarse aproximadamente… ahora.

La pantalla se iluminó con intenso brillo ante sus ojos cuando apareció una bola de fuego de más de quinientos metros de diámetro. La cámara en órbita hizo el equivalente mecánico de un parpadeo, cambiando su sensibilidad al quedar deslumbrados sus sensores por la repentina explosión de energía calórica. Tres segundos después ya estuvo en condiciones de efectuar el seguimiento de la nube de fragmentos calientes que caían describiendo curvas hacia la Tierra.

—Parece que éste estalló —observó innecesariamente el sargento—. Tendrás que volver al tablero de dibujo, Iván…

Todavía no han resuelto el problema de la segunda etapa agregó el mayor. Se preguntó fugazmente cuál sería el problema, aunque no le importaba demasiado. Los soviéticos habían apresurado la producción del – 25, comenzando ya a desplegarlos sobre plataformas ferroviarias para movilidad, pero aún tenían problemas con ese pájaro impulsado por combustible sólido. El mayor se alegraba. No era necesaria una falta de confiabilidad en alto grado en los misiles para que su empleo fuera algo muy dudoso. Y esa inseguridad era todavía la mejor garantía de paz.

Crystal Palace, consideramos un fracaso esa prueba, a los cincuenta y siete segundos del lanzamiento. ¿Está en vuelo el Cobra Belle para monitorear la prueba?

—Afirmativo —respondió el oficial que recibía la comunicación, y agregó—: Les avisaremos que terminó todo.

—Correcto. Buenas noches, Jeff.

Diez minutos después, a bordo del Cobra Belle, el comandante de la misión informó haber comprendido el mensaje y cortó la comunicación en ese canal radial. Miró su reloj y lanzó un suspiro. No tenía ganas de volver a Shemya todavía. El capitán a cargo del hardware de la misión sugirió que podían aprovechar el tiempo para calibrar instrumentos. El coronel lo pensó y asintió aprobando. El avión y la tripulación eran nuevos y todos necesitaban práctica. Colocaron el sistema de la cámara en la posición MTI. Una computadora que registraba a todas las fuentes de energía que encontraba el telescopio empezó a buscar solamente los blancos en movimientos. Los técnicos que vigilaban las pantallas observaban cómo el Indicador de Blancos Móviles eliminaba rápidamente las estrellas y comenzaba a encontrar algunos pocos satélites en órbitas de baja altura y fragmentos de restos espaciales que seguían orbitando. El sistema de la cámara tenía la sensibilidad suficiente como para detectar el calor de un cuerpo humano a una distancia de mil seiscientos kilómetros, y pronto efectuó su elección de blancos. La cámara se fijó en ellos uno por uno y pasó sus imágenes fotográficos a código digital sobre cinta de computadora. Aunque sólo se trataba de un ejercicio de práctica, esa información se transmitiría automáticamente al NORAD, donde serviría para poner al día el registro de objetos

en órbita.

—El descubrimiento para emisión de potencia que ustedes han logrado es estupendo —dijo con calma el coronel Bondarenko.

—Sí —coincidió el general Pokryshkin—. Y es asombroso cómo se produjo, ¿verdad? Uno de mis brujos notó algo y lo comunicó a otro, quien lo pasó a otro y el tercero comentó algo que siguió el camino inverso hasta el primero, y así sucesivamente. Aquí tenemos los mejores cerebros del país, y sin embargo el proceso del descubrimiento parece tan científico como golpearse el dedo del pie contra una silla. Esa es la parte extraña. Pero es lo que lo hace tan emocionante. Gennady Iosifovich, Esto es lo más emocionante que he hecho desde que me gradué de piloto. Este lugar habrá de cambiar el mundo. Después de treinta años de trabajo, es posible que hayamos descubierto la base de un sistema para proteger la Rodina contra los misiles enemigos.

Bondarenko pensó que eso era un entusiasmo demasiado grande pero la prueba habría de demostrar cuánto tenía de exageración. Sin embargo, Pokryshkin era un genio dirigiendo los esfuerzos de científicos e ingenieros, muchos de los cuales tenían egos tan grandes como tanques de batalla, aunque mucho más frágiles. Cuando tenía que ser severo, lo era. Cuando tenía que halagar, halagaba. Se comportaba, por momentos, como padre, tío o hermano de todos ellos. Hacía falta un hombre con un gran corazón de ruso para hacer eso. El coronel suponía que el hecho de haber comandado pilotos de combate había sido un buen entrenamiento para esa tarea, y Pokryshkin seguramente se había destacado como un comandante de regimiento brillante. Era difícil lograr el equilibrio entre la presión y el aliento, pero ese hombre lo conseguía con la misma facilidad con que respiraba. Bondarenko observaba muy de cerca cómo lo hacía. Había lecciones allí que él podría utilizar en su propia carrera.

La sala de control se hallaba separada del edificio de lásers propiamente dicho, y era demasiado pequeña para los hombres y equipos ubicados en ella. Había más de cien ingenieros —sesenta doctorados en física— y aun aquellos llamados técnicos podrían haber enseñado ciencias en cualquier universidad de la Unión Soviética. Estaban sentados frente a sus consolas o se movían alrededor de ellas. La mayoría fumaba, y el sistema de aire acondicionado, necesario para enfriar las computadoras, luchaba constantemente para mantener el aire claro. Por todas partes había indicadores digitales. Muchos de ellos señalaban la hora: la del Meridiano de Greenwich, por lo cual se hacía el seguimiento de los satélites; la hora local y, naturalmente, la hora de Moscú. Otros indicadores mostraban las coordinadas exactas del satélite-blanco, el Cosmos 1810, cuya designación satelitaria internacional era 1986 —102A. Lo habían lanzado desde el cosmódromo de Tyuratam el 26 de diciembre de 1986, y estaba todavía en el espacio porque una falla había impedido

sacarlo de órbita con su película. La telemetría indicaba que sus sistemas eléctricos todavía estaban funcionando, aunque su órbita iba decayendo lentamente, con un perigeo— en ese momento —de ciento ochenta kilómetros, el punto más bajo de su órbita. Ahora se estaba acercando al perigeo, directamente sobre Bright Star.

—¡Aumentando potencia! —anunció el ingeniero jefe por los intercomunicadores —. Prueba final del sistema.

—Cámaras de seguimiento alineadas —informó uno de los técnicos. Los altoparlantes de las paredes llenaron la sala con su voz—: Flujo Criogénico normal. Controles de seguimiento de los espejos en posición automática —informó el ingeniero que estaba sentado cerca de Morozov. El joven ingeniero ya se hallaba en el borde de su sillón giratorio, con los ojos clavados en una pantalla de televisión que todavía estaba en blanco.

—Secuenciador de computadora en automático —dijo un tercero.

Bondarenko bebió un trago de té, tratando de calmarse, sin conseguirlo. Siempre había deseado estar presente en un lanzamiento de un cohete espacial, pero nunca había podido lograrlo. Esta era una cosa similar. La emoción era abrumadora. Alrededor, todos los hombres y las máquinas se habían unido en una sola entidad orientada hacia un fin común; uno tras otro anunciaban que tanto él como su equipo estaban listos. Finalmente:

Todos los sistemas láser al máximo de potencia y alineados.

—Estamos listos para disparar —concluyó la letanía el jefe de ingenieros. Todos los ojos se volvieron hacia el lado derecho del edificio, donde el grupo de las cámaras se seguimiento tenía apuntados sus instrumentos sobre un sector del horizonte, hacia el noroeste. Apareció un punto blanco que ascendía dentro de la cúpula negra del cielo nocturno…

—¡Blanco captado!

Junto a Morozov el ingeniero levantó las manos del tablero de control, para asegurarse de no tocar inadvertidamente algún botón. La luz indicadora de «automático» parpadeaba encendiéndose y apagándose.

A doscientos metros de distancia, los seis espejos dispuestos alrededor del edificio láser se torcieron y giraron al mismo tiempo, colocándose casi verticales con respecto al terreno, mientras se enfocaban hacia un blanco que acababa de aparecer apenas sobre el dentado horizonte montañoso. En el monte cercano, los cuatro espejos del complejo de imágenes hicieron lo mismo. Afuera, empezaron a sonar las bocinas de alarma, y las luces rotatorias indicadoras de peligro advirtieron a todos los que se encontraban al aire libre que dieran la espalda al edificio láser.

Junto a la pantalla de TV próxima a la consola del ingeniero jefe había una fotografía del Cosmos 1810. Como seguridad final para no cometer errores, él y todos los demás debían efectuar una identificación visual positiva de su blanco.

—Ese es el Cosmos 1810 —estaba diciendo el capitán al coronel a bordo del Cobra Belle—. Es un pájaro de reconocimiento que no ha funcionado bien. Tiene que haber tenido fallas en los motores de reingreso… no descendió cuando recibió la orden de hacerlo. Está en órbita decadente; posiblemente se mantenga aún otros cuatro meses. El satélite todavía está enviando información de telemetría de rutina. Nada importante, que nosotros sepamos. Sólo sigue indicando a Iván que aun está allá arriba.

—Los paneles solares deben de estar trabajando hasta ahora —observó el coronel. El calor provenía de energía interior.

—Sí. Me pregunto por qué simplemente no lo apagaron… De todos modos, la temperatura a bordo es de… este… quince grados Celsius, más o menos. Con un buen ambiente frío de fondo como para detectarlo por contraste. A la luz del sol tal vez no habríamos podido tomar la diferencia entre el calor solar y el de a bordo.

Los espejos de la instalación transmisora láser efectuaban lentamente el seguimiento, pero el movimiento se captaba en las seis pantallas de televisión que los monitoreaban. Un láser de baja potencia se reflejaba en un espejo, surgiendo al espacio para encontrar el blanco… Además de apuntar todo el sistema, daba una imagen de alta resolución en la consola de comando. La identidad del blanco quedó ahora confirmada. El ingeniero jefe hizo girar la llave que «capacitó» integralmente el sistema. Bright Star se hallaba ahora totalmente independizado de las manos humanas, sólo controlado por el complejo de computadoras principales de la instalación.

El blanco ya está fijado observó Morozov a su jefe.

El ingeniero asintió confirmando. Su indicador de distancia caía rápidamente a medida que el satélite se acercaba a ellos, siguiendo un arco hacia su destrucción a casi treinta mil kilómetros por hora. La imagen que tenían era la de una mancha borrosa de forma oblonga, blanca por el calor interior contra un cielo de intenso frío. Estaba exactamente en el centro del retículo de puntería, como un óvalo blanco en la mira de un arma de fuego.

Nadie oyó nada, por supuesto. El edificio láser se hallaba completamente aislado para temperatura y sonido. Ni vieron nada desde el nivel del suelo, Pero, al observar las pantallas de televisión en el edificio de control, cien hombres apretaron con fuerza los puños en el mismo instante.

—¡Diablos! —exclamó el capitán. La imagen del Cosmos 1810 se puso de pronto tan brillante como el sol. La computadora ajustó instantáneamente su sensibilidad, pero durante unos segundos dejó de registrar el súbito cambio de temperatura del blanco.

—¿Qué diablos le dio…? ¡Señor!, eso no puede ser calor interior. El capitán pulsó una orden en su teclado y obtuvo una indicación digital de la temperatura aparente

del satélite. La radiación infrarroja es una función de cuarta potencia. El calor irradiado por un objeto es el cuadrado del cuadrado de su temperatura. —Señor, la temperatura del blanco pasó de quince grados Celsius a… aparentemente unos mil ochocientos Celsius en menos de dos segundos. Todavía está subiendo… espere, no, está cayendo… no, está subiendo de nuevo, El régimen de subida es irregular, casi como… Ahora está cayendo. ¿Qué diablos fue eso?

A su izquierda, el coronel empezó a apretar botones en su consola de comunicaciones, activando un enlace cifrado por satélite con el Monte Cheyenne. Cuando habló, lo hizo con el tono de virtual resignación que reservan los soldados profesionales tan sólo para las peores pesadillas. El coronel sabía exactamente lo que acababa de ver.

—Crystal Palace, aquí Cobra Belle. Quede atento para recibir un mensaje superurgente.

Quedo atento.

—Tenemos un evento de alta energía. Repito, estamos detectando un evento de alta energía. Cobra Belle declara un *Dropshot*. Acuse recibo. —Se volvió hacia el capitán. Su rostro estaba pálido.

En la comandancia del NORAD, el antiguo oficial de guardia tuvo que registrar rápidamente su memoria para recordar qué era un *Dropshot*. Dos segundos después pronunció un «¡Cristo!» en el pequeño micrófono integrado a los auriculares, Luego dijo:

Cobra Belle, comprendido su último mensaje. Comprendido su *Dropshot*. Quede atento mientras tomamos medidas aquí. Cristo repitió, y se volvió hacia su segundo: Transmita una Alerta de *Dropshot* al NMCC y dígales que estén atentos para nueva información. Busque al coronel Welch y comuníquele que venga.

El oficial de guardia que estaba a su lado levantó un teléfono y marcó el código para su jefe máximo, el Comandante en Jefe del Comando de Defensa Aeroespacial Norteamericano, CINC-NORAD.

—Sí —dijo en el teléfono una voz con tono malhumorado.

General, habla el coronel Henriksen. Cobra Belle ha declarado una alerta Dropshot. Dicen que acaban de ver un evento de alta energía.

—¿Informó al NMCC?*

—Sí, señor, y hemos llamado también a Dough Welch para que venga.

—¿Tienen ya los datos de ellos?

—Estará todo listo cuando usted llegue aquí.

—Muy bien, coronel. Voy hacia allá. Manden un avión a Shemya para que traiga aquí a ese tipo del ejército.

A bordo del Cobra Belle, el coronel estaba hablando ahora con su oficial de comunicaciones; le ordenaba que enviaran todo lo que tenían, por enlace digital, al

NORAD y Sunnyvale. Antes de cinco minutos se cumplió su orden. Luego, el comandante de la misión indicó a los pilotos que regresaran a Shemya. Todavía tenían combustible suficiente para otras dos horas de patrullaje, pero él supuso que esa noche ya no pasaría nada más. Lo sucedido hasta ese momento ya era bastante. El coronel acababa de tener el privilegio de presenciar algo que pocos hombres habían visto en la historia de la humanidad. Acababa de ver cambiar el mundo y, a diferencia de la mayoría de los hombres, comprendía lo que eso significaba. Era un honor, se dijo, que habría preferido no tener nunca.

—Capitán, ellos han llegado primero. —Mi Dios.

Jack Ryan estaba a punto de salir de la autopista 1-495 por una de las rampas del cruce, cuando sonó el teléfono de su automóvil.

—¿Sí?

—Lo necesitamos aquí de vuelta.

—Está bien. —La comunicación se cortó. Jack tomó la salida y continuó la curva para entrar por otra de las rampas y regresar por el Beltway de Washington en dirección a la CIA. Nunca fallaba. Se había tomado la tarde libre para reunirse con la gente de la Comisión de Valores. Había resultado que los funcionarios de la compañía estaban ya liberados de toda sospecha, y eso también lo dejaba a él liberado. Pensó más temprano que podía dar por cumplido su día de trabajo y volver a su casa. Ryan gruñó protestando mientras regresaba a Virginia, preguntándose cuál sería la crisis de hoy.

El mayor Gregory y tres miembros de su grupo de software se hallaban de pie junto a un pizarrón, diagramando detalles de sus conclusiones sobre el programa de control de espejos, cuando un sargento entró en la sala.

—Mayor, lo llaman por teléfono.

—Estoy ocupado. ¿No pueden esperar?

—Es el general Parks, señor.

—La Voz del Amo —gruñó Al Gregory. Arrojó la tiza al hombre que tenía más cerca y salió de la sala. Un minuto después estaba en el teléfono.

—Ha salido un helicóptero para ir a buscarlo —dijo el general sin ningún formulismo.

—Señor, estamos tratando de deducir…

—En Kirtland lo estará esperando un Lear. No hay tiempo suficiente para que venga por línea comercial. No necesitará equipaje. ¡Póngase en movimiento, mayor!

—Sí señor.

—¿Qué salió mal? —preguntó Morozov. El ingeniero observaba su consola, con un gesto de enojo en su rostro.

_Dispersión térmica. ¡Maldito sea! Creí que habíamos superado eso.

En el extremo opuesto de la sala, el sistema del láser de baja potencia estaba

tomando otra imagen del blanco. La imagen monocolor parecía una fotografía de primer plano en blanco y negro, sólo que las partes que habrían sido negras se veían en cambio marrones. Los técnicos de televisión compusieron una imagen con pantalla dividida, para comparar antes y después.

—No hay agujeros —observó agriamente Pokryshkin.

—¿Y qué? —dijo Bondarenko sorprendido—. ¡Mi Dios, hombre, ustedes fundieron esa cosa! Ahora parece que la hubieran sumergido en una vasija de acero derretido. Yasí era, ciertamente. Las que habían sido superficies lisas estaban ahora onduladas por el intenso calor que aún seguía irradiando. Las células solares dispuestas en el cuerpo del satélite —diseñadas para absorber energía lumínica— parecían estar completamente quemadas. En una inspección más detenida, comprobaron que todo el cuerpo del satélite se hallaba deformado como consecuencia de la energía que lo había atacado.

Pokryshkin asintió, pero su expresión no había cambiado.

—Se suponía que debíamos perforar un orificio a través del satélite. Si hubiéramos podido hacer eso, parecería como si algún trozo de basura espacial hubiese chocado con él. Esa es la clase de concentración de energía que estamos buscando.

—¡Pero ahora ustedes pueden destruir cualquier satélite norteamericano que se les ocurra!

—No se construyó Bright Star para destruir satélites, coronel. Eso ya lo podemos hacer con bastante facilidad.

Entonces Bondarenko recibió el mensaje. En realidad, habían construido Bright Star para ese propósito específico, pero el descubrimiento sobre potencia —que había justificado el presupuesto para la instalación— excedió las expectativas cuatro veces más, y Pokryshkin quería dar dos saltos de inmediato, para demostrar la capacidad antisatélite y un sistema que se podía adaptar para la defensa contra misiles balísticos. Era un hombre ambicioso, aunque no en el sentido acostumbrado.

Bondarenko hizo a un lado sus apreciaciones y pensó en lo que había visto. ¿Qué había andado mal? Tiene que haber sido dispersión térmica. A medida que los rayos láser iban cortando el aire, habían transferido a la atmósfera una fracción de su potencia en forma de calor. Eso había agitado el aire alterando la trayectoria óptica, moviendo el rayo en dirección al blanco y fuera de él y, además, dilatando el rayo hasta darle una sección mayor que el diámetro deseado.

—¡Pero a pesar de eso, había sido todavía lo bastante poderoso como Para fundir metal a ciento ochenta kilómetros de distancia!, se dijo el coronel. Eso no era ningún fracaso. Era un salto gigantesco hacia una tecnología completamente nueva.

—¿Algún daño al sistema? —preguntó el general al director del proyecto.

Ninguno, de lo contrario no habríamos recibido la imagen de seguimiento. Al

parecer nuestras medidas de compensación atmosférica han bastado para el rayo de imagen pero no para la transmisión de alta potencia. Éxito a medias, camarada general.

—Sí. —Pokryshkin se frotó los ojos por unos instantes y habló con mayor firmeza—: Camaradas, esta noche hemos demostrado un gran progreso, poro aún queda más trabajo por hacer.

—Y esa es mí responsabilidad —dijo el vecino de Morozov¡Vamos a resolverlo a este hijo de puta!

—¿Necesita otro hombre para su equipo?

Es en parte espejos y en parte computadoras. ¿Cuánto sabes de eso?

Es usted quien debe decidirlo. ¿Cuándo empezamos?

Mañana. La gente de telemetría necesitará doce horas para organizar sus datos. Yo voy a alcanzar el próximo ómnibus para volver casa y tomarme un trago. Mi familia seguirá afuera otra semana. ¿Quieres venir conmigo?

—¿Qué crees que fue eso? —preguntó Abdul.

Acababan de llega r a la cumbre de una montaña cuando apareció el meteoro. Por lo menos, había parecido la ardiente trayectoria de un meteoro que cruzaba el cielo. Eso al principio. Pero la delgada línea dorada había permanecido allá arriba, y en realidad había subido aún más…, muy rápidamente, pero todavía perceptible.

Una delgada línea dorada, pensó el Arquero. Hasta el aire se había encendido. ¿Qué podría haber causado ese efecto en el aire? Por un momento olvidó quien era y donde estaba, recordando sus épocas de la universidad. El calor producía ese efecto en el aire. Solamente el calor, cuando caía un meteoro, la fricción provocada por su paso… pero esta línea no podía haber sido un meteoro. Aunque el sector ascendente hubiera sido una ilusión y él no estaba seguro de eso; los ojos pueden mostrar cosas falsas. La línea dorada se había mantenido visible por lo menos durante cinco segundos. Tal vez más, reflexionó el Arquero. La mente tampoco puede medir el tiempo. Huuummm. Se sentó bruscamente y sacó su anotador. Se lo había dado el hombre de la CIA, recomendándole que mantuviera un diario de todo lo que ocurría. Una cosa útil par a hacer; él nunca lo había pensado, escribió la fecha, la hora, el lugar, y la dirección aproximada. Pocos días después tendría que viajar a Pakistán, y tal vez al hombre de la CIA eso le pareciera interesante.

VI. Una, pero por tierra

Estaba oscuro cuando llegó. El chofer de Gregory salió de George Washington Parkway hacia la entrada de Mall del Pentágono. El hombre de guardia levantó la barrera, permitiendo que el anónimo Ford del gobierno —el Pentágono estaba comprando Fords ase año— continuara subiendo por la rampa, siguiera la curva alrededor del montón de autos estacionados, y dejara al mayor junto a la escalera, detrás de un ómnibus de servicio. Gregory conocía bastante bien la rutina: mostrar el pase al guardia, pasar a través del detector de metales, después seguir el corredor lleno de banderas de los estados, pasar la cafetería y bajar la rampa hasta la galería de tiendas iluminada y decorada al estilo de una mazmorra del siglo XII. Justamente, Gregory había jugado a Mazmorras y Dragones en la escuela secundaria, y su primera visita al lúgubre edificio poligonal lo había convencido de que la inspiración del autor había salido de ese mismo lugar.

La Oficina de Iniciativa de Defensa Estratégica estaba debajo de la explanada de tiendas del Pentágono (su entrada exactamente debajo de la pastelería) en un espacio de unos trescientos metros de largo que antiguamente había sido lugar de detención de ómnibus y taxis y antes del advenimiento de los auto y bombas, lo que convenció a la comunidad de defensa de la nación de que los automóviles no eran una cosa ya tan deseable como para tenerla debajo del ala E del Pentágono. Esa parte del edificio, por lo tanto, era la más nueva y de mayor seguridad como oficina, para el programa militar más nuevo y menos seguro de la nación. Allí, Gregory sacó otro pase. Lo mostró a las cuatro personas que estaban en el puesto de seguridad, y luego lo sostuvo contra el panel de la pared que interrogaba en forma magnética su codificación y decidía si el mayor podía ingresar. Pasó a una sala de espera a la que daba una puerta doble de cristal. Sonrió al recepcionista al pasar por ella, y luego a la secretaria del general Parks. Ella le devolvió el saludo con un movimiento de cabeza, aunque se hallaba molesta por tener que estar allí tan tarde, y se notaba su mal humor.

También lo tenía el teniente general Bill Parks. En su espacioso despacho había un escritorio, una mesa baja para café y conversaciones confidenciales, y otra mesa, más alta y larga, para conferencias. Las paredes estaban cubiertas con fotografías enmarcadas de diversas actividades espaciales y numerosos modelos de vehículos espaciales reales e imaginarios… y armas. Parks era por lo general un hombre agradable. Antiguo piloto de pruebas, había cumplido una carrera tan exitosa que cualquiera podría pensar que se trataba de una persona extravertida y amigable. En cambio, Parks era un hombre casi monacal, con una sonrisa que parecía a la vez atractivamente tímida y serenamente intensa. Sus numerosas cintas de condecoraciones no adornaban la camisa de mangas cortas, sólo llevaba una miniatura de su breva de piloto del cuerpo de comando. No necesitaba impresionar a

la gente con lo que había hecho. Lo lograba simplemente con lo que era. Parks era una de las personas más brillantes del gobierno, sin duda alguna estaba entre los diez mejores, y tal vez fuera número uno. Gregory vio que el general tenía compañía esa noche.

—Nos encontramos de nuevo, mayor —dijo Ryan, volviéndose. Tenía en sus manos una carpeta de anillos, de una doscientas páginas, que estaba revisando por la mitad.

Gregory tomó la posición militar —por Parks— y se presentó de —acuerdo— a —lo— ordenado, señor.

—¿Cómo estuvo el vuelo?

—Muy bueno. Señor, ¿la máquina de gaseosas está siempre en el mismo lugar? Estoy un poco sediento.

Parks sonrió durante medio segundo.

—Sí, puede ir. Nuestra urgencia no es para tanto.

—Cómo se hace querer este chico… dijo el general cuando la puerta se hubo cerrado a sus espaldas.

Me pregunto si su mamá sabe qué está haciendo después de la escuela —bromeó Ryan sonriendo; luego se puso serio—. Él no ha visto nada de esto todavía, ¿no?

—No, no hemos tenido tiempo, y el coronel del Cobra Belle no llegará aquí hasta dentro de cinco horas.

Jack asintió. Era por eso que las únicas personas de la CIA que estaban en ese lugar eran él y Art Graham, de la unidad de satélites. Todos los demás podrían disfrutar de una noche decente de sueño mientras ellos preparaban la reunión ilustrativa completa para la mañana siguiente. Parks podría haberse excluido personalmente y dejar que el trabajo lo hicieran sus científicos superiores, pero no era esa clase de hombres. Cuanto más conocía Ryan a Parks, más simpatizaba con él. Parks cumplía en exceso con los requisitos de un verdadero líder. Era un hombre que tenía una opinión formada, y en este caso era con esa opinión con la que Ryan coincidía. Se trataba de una prominente autoridad de uniforme, que odiaba las armas nucleares. Eso no era terriblemente insólito: la gente de uniforme tiene tendencia a ser ordenada y metódica, y las armas nucleares son causantes de un mundo sumamente desordenado y confuso. Muchos soldados, marinos y aviadores se habían tragado sus opiniones y conformado sus carreras alrededor de armas que esperaban no fueran usadas nunca. Parks había pasado los últimos diez años de su carrera tratando de encontrar una forma de eliminarlas. A Jack le gustaba la gente que trataba de nadar contra la corriente. El valor moral era un atributo menos frecuente que el físico, un hecho que tenía tanta validez para la profesión militar como para cualquier otra.

Gregory reapareció con una lata de Coca-Cola de la máquina próxima a la puerta.

No le gustaba el café. Pero ya era hora de trabajar.

—¿Qué ocurre, señor?

—Tenemos un videotape de Cobra Belle. Estaba en el aire para monitorear una prueba de un ICBM soviético. El misil estalló —era un SS-25, pero el comandante de la misión decidió permanecer en vuelo y jugar con sus aparatitos. Esto es lo que vio —. El general tomó el control remoto de la videograbadora y apretó el botón para ponerla en funcionamiento.

—Ese es el Cosmos 1810 —dijo Art Graham, mostrando una fotografía—. Es un pájaro de reconocimiento que tuvo fallas.

—Imagen infrarroja en la TV, ¿correcto? —preguntó Gregory tomando un trago de su Coca—. ¡Mi Dios!

Lo que había sido un simple punto luminoso se expandió como si hubiera sido la explosión de una estrella en una película de ciencia ficción. Pero eso no era ciencia ficción. La imagen cambió mientras el sistema de captación computadorizado luchaba para adecuarse a la expansión violenta de energía. Al pie de la pantalla apareció un display digital, mostrando la temperatura aparente del candente satélite. En pocos segundos la imagen perdió nitidez, y otra vez la computadora tuvo que ajustarse para mantener el seguimiento del Cosmos.

Hubo un segundo o dos de estáticas sobre la pantalla, después empezó a formarse una nueva imagen.

—Esto es noventa minutos después. El satélite pasó sobre Hawaii unas pocas órbitas más tarde —dijo Graham—. Allá tenemos cámaras para controlar los satélites rusos. Mire la toma que le mostré.

—«Antes» y «Después», ¿correcto? —Los ojos de Gregory saltaban de una imagen a otra—. Los paneles solares han desaparecido… uuáauu. ¿De qué está hecho el cuerpo del satélite?

—Aluminio, en su mayor parte —contestó Graham—. Los rusos se inclinan a hacerlos más resistentes que nosotros. Tal vez la estructura interior esté construida en acero, aunque es más probable que usen titanio o magnesio.

—Eso nos da una cifra, para el extremo más alto, de transferencia de energía —dijo Gregory—. Destruyeron el satélite. Lo calentaron lo suficiente como para freír las células solares hasta hacerlas desaparecer, y probablemente bastante como para destruir todos los circuitos eléctricos interiores. ¿A qué altura estaba?

—Ciento ochenta kilómetros.

—¿Sary Shagan o ese nuevo sitio que me enseñó el señor Ryan?

—Dushanbe —dijo Jack—. El nuevo.

—Pero las nuevas líneas de energía aún no están terminadas.

—¡Sí…! —dijo Graham—. Pueden duplicar, por lo menos, la potencia que acabamos de ver demostrada. O al menos piensan que pueden. —Su voz era la de un

hombre que termina de enterarse de que un miembro de su familia tiene una enfermedad incurable.

—¿Puedo ver otra vez la primera secuencia? —preguntó Gregory. Era casi una orden. Jack observó que el general Parks la cumplió de inmediato.

Continuaron durante otros quince minutos. Gregory se mantenía de pie a menos de un metro del monitor de televisión, bebiendo su Coca y mirando fijamente la pantalla. En los tres últimos minutos, avanzaron la imagen cuadro por cuadro, y el joven mayor tomó notas sobre cada uno. Finalmente se declaró conforme.

—Puedo darle una cifra de potencia en media hora pero, por el momento, creo que tienen algunos problemas.

—Dispersión —dijo el general Parks.

—Y dificultades para apuntar, señor, Por lo menos, eso parece, también. Necesito cierto tiempo para trabajar, y una buena calculadora. Dejé la mía en mi laboratorio admitió tímidamente. Tenía un estuche vacío en el cinturón, junto a su pequeño receptor de llamados. Graham le entregó una costosa Hewlett. —Packard programable.

—¿Qué hay de la potencia?, preguntó Ryan.

—Necesito algún tiempo para darle una buena cifra respondió Gregory como si hablara a un alumno no muy brillante. —Por ahora, como mínimo ocho veces lo que podemos hacer nosotros. Necesito un lugar tranquilo para trabajar. ¿Puedo usar la cafetería?— Preguntó a Parks. El general asintió y Gregory se fue.

—Ocho veces… —remarcó Art Graham—. Cristo, podrían estar en capacidad para convertir en humo los pájaros del Programa de Apoyo de Defensa. No tengo la menor duda de que esos malditos pueden destruir cualquier satélite de comunicaciones que se les antoje. Bueno, hay formas de protegerlos…

Ryan se sentía un poco fuera de la cuestión. Se había formado profesionalmente en historia y economía, y todavía no había terminado de asimilar el lenguaje de las ciencias físicas.

—Tres años —suspiró el general Parks mientras se servía café. Por lo menos tres años delante de nosotros.

—Pero solamente en emisión de potencia —adujo Graham.

Jack paseaba su mirada de uno a otro, comprendiendo el significado de lo que los afligía, pero no la sustancia. Gregory volvió veinte minutos después.

—He calculado su emisión de potencia pico en una magnitud comprendida entre veinticinco y treinta millones de vatios anunció. —Si suponemos que hay seis lásers en el complejo de transmisión, eso es,… bueno, eso es bastante, ¿no? Es sólo cuestión de reunir un número suficiente de ellos y dirigirlos a un solo blanco.

—Esa es la mala noticia. La buena es que decididamente tienen problemas de dispersión, Solamente emitieron potencia pico sobre el blanco durante los pocos

primeros milésimos de segundo. Luego se les empezó a producir la dispersión. Su emisión promedio de potencia estuvo entre los siete y nueve megavatios. Y parece que tuvieron un problema de puntería por encima de la dispersión. O las columnas de montaje no están suficientemente amortiguadas, o no han podido corregir las pequeñas variaciones causadas por la rotación de la Tierra. O tal vez ambas cosas. Cualquiera sea la verdadera razón, tienen problema para apuntar con una precisión mayor de tres segundos de arco. Eso significa que sólo podrán lograr una exactitud de más o menos doscientos cuarenta metros para un satélite geoestacionario. Por supuesto, esos blancos son bastante estacionarios, y el factor movimiento puede influir en una y otra forma.

—¿Cómo es eso? —preguntó Ryan.

—Bueno, por un lado, si usted va a atacar un blanco móvil y los pájaros situados en órbita baja sobre la Tierra se mueven a través del cielo con mucha velocidad…, algo así como ocho mil metros por segundo, hay mil cuatrocientos metros por grado de arco; de modo que estamos apuntando a un blanco que se mueve a unos cinco grados por segundo. ¿Está bien hasta ahora? La dispersión térmica significa que el láser está entregando gran parte de su energía a la atmósfera. Si usted está haciendo un rápido seguimiento a través del ciclo, continuamente tiene que perforar un nuevo agujero en el aire. Pero la dispersión demora en intensificarse… y eso lo ayuda a usted. Por otro lado, si usted tiene problemas de vibraciones, cada vez que cambia su punto de puntería agrega una nueva variable a su geometría de seguimiento, y eso empeora mucho más las cosas. Disparar contra un blanco aceptablemente estacionario, como un satélite de comunicaciones, simplifica su problema de puntería, pero continúa emitiendo con dispersión térmica hasta que pierde casi toda su energía en el aire. ¿Comprende lo que quiero decir?

Ryan emitió un gruñido a manera de aceptación, aunque su mente había quedado otra vez fuera de sus límites. Apenas comprendía el lenguaje que estaba empleando el muchacho, y la información que Gregory trataba de comunicar se hallaba en un campo que él sencillamente no entendía. Graham intervino bruscamente.

—¿Me está diciendo que no tenemos que preocuparnos por esto?

—¡No, señor!, si usted cuenta con la potencia, siempre puede llegar a resolver cómo dirigirla. Diablos, nosotros ya hemos conseguido eso. Esa es la parte fácil.

—Como se lo anticipé —dijo el ingeniero a Morazov—, el problema no consiste en lograr que los lásers tengan la potencia… esa es la parte fácil. Lo más difícil es colocar toda la energía en el blanco.

—¿Su computadora no puede corregir… eso?

—Tiene que ser una combinación de cosas. Hoy vamos a revisar toda esa información. ¿Lo principal? Probablemente la programación para la compensación atmosférica. Habíamos pensado que podíamos ajustar el proceso de puntería para

eliminar la dispersión… bueno, pero no fue así. En la prueba de ayer se aplicaron tres años de trabajo teórico. Mi proyecto. Y no dio resultado.

Miró fijamente al horizonte y frunció el entrecejo. La operación de su hijo enfermo no había sido del todo exitosa pero, decían los doctores, todavía había esperanzas.

—¿De modo que el aumento de potencia láser surgió de esto? —preguntó Bondarenko.

—Sí. Dos de nuestros investigadores más jóvenes —él tiene sólo treinta dos y ella veintiocho— descubrieron una forma de aumentar el diámetro de la cavidad de estimulación del láser. Pero lo que todavía tenemos que hacer es conseguir un mejor control de los imanes de estimulación dijo Pokryshkin.

El coronel asintió. La meta fundamental con respecto al láser de electrón libre —yen la que ambos bandos estaban trabajando— consistía en que se pudiera «sintonizar» en forma semejante a una radio, eligiendo la frecuencia luminosa que uno deseara transmitir… al menos esa era la teoría. En la práctica, la emisión en la más elevada potencia se hallaba siempre dentro de aproximadamente la misma gama de frecuencias… que no era la conveniente. Si el día anterior hubieran logrado ajustar una frecuencia ligeramente distinta —que penetrara la atmósfera con mayor eficiencia— la dispersión térmica se podría haber reducido en un cincuenta por ciento más o menos. Pero eso significaba controlar mejor los imanes superconductores. Se llamaban wigglers porque inducían un campo magnético oscilante a través de los electrones cargados en la cavidad de estimulación del láser. Desgraciadamente, el descubrimiento que permitió agrandar la cavidad había producido también un inesperado efecto en la capacidad de control del flujo del campo magnético. Hasta ese momento no había una explicación teórica de ese efecto, y los investigadores principales pensaban que existía un problema insignificante, pero aún no descubierto, en el diseño de los imanes. Los ingenieros más antiguos, por supuesto, decían que había algún error en la explicación de los teóricos sobre lo que estaba ocurriendo, porque ellos sabían que los imanes trabajaban correctamente. Las discusiones que se producían en las salas de conferencias ya eran elevadas de tono, aunque todavía cordiales. Una cantidad de personas sumamente brillantes estaban luchando juntos en busca de la Verdad… en esa especie científica que no dependía d la opinión humana.

La mente de Bondarenko daba vueltas ante los detalles, aunque no dejaba de tomar sus notas. Creyó conocer algo de lásers; después de todo, había ayudado a diseñar una aplicación completamente nueva para ellos. Pero al contemplar el trabajo que se estaba realizándose allí, se consideró a sí mismo una criatura dando sus primeros pasos dentro de un laboratorio universitario y maravillándose ante las luces bonitas. El descubrimiento principal, escribió, residía en el diseño de la cavidad de estimulación del láser. Eso permitió el enorme aumento en la potencia de emisión, y

se había logrado junto a una mesa de cafetería, donde un ingeniero y una física habían tropezado juntos con una fracción de Verdad. El coronel sonrió para sí mismo. La palabra exacta que usaban era Pravda. «Verdad» era la traducción precisa, y los dos jóvenes académicos habían llegado a ella con tanta sencillez… Por cierto, era una palabra que había cobrado valor en Bright Star, y Bondarenko se preguntó hasta donde significaría o no una broma en algún sentido: «¿Pero eso es *pravilno*?», preguntaban sobre un hecho cualquiera: «¿Es verdadero?».

Bueno, se dijo, una cosa era suficientemente verdadera. Esas dos personas que se habían reunido para hablar de su vida amorosa Bondarenko ya conocía la historia en sus mínimos detalles. Junto a la mesa de una cafetería, combinando sus conocimientos lograron dar un colosal salto adelante en cuanto a potencia láser. El resto llegaría a su tiempo, pensó Bondarenko. Siempre era así.

—Parecería entonces que su principal problema está en el control de computación, tanto del campo de flujo magnético como del acomodamiento de los espejos.

—Correcto, coronel asintió PokryshkinYnecesitamos algunos fondos adicionales, y apoyo, para corregir esas dificultades. Debe decir, en Moscú, que el trabajo más importante ya está hecho, y se ha demostrado que funciona.

—Camarada general, con esta información usted se ha ganado toda mi confianza.

—No, camarada coronel. ¡Es simplemente que usted posee la necesaria inteligencia para percibir la verdad! —Ambos hombres rieron mientras estrechaban sus manos. Bondarenko no podía esperar más para el vuelo de regreso a Moscú. Hacía ya mucho tiempo que un oficial soviético había dejado de sentir miedo ante la necesidad de llevar malas noticias, pero ser portador de buenas noticias era siempre conveniente para la propia carrera.

—Bueno, ellos no pueden estar usando ópticas adaptables dijo el general Parks. —Lo que quiero saber es de dónde salieron sus recubrimientos ópticos.

—Esta es la segunda vez que oigo mencionar eso. —Ryan se puso de pie y caminó alrededor de la mesa para activar la circulación—, ¿qué tiene de importante el espejo? Es un espejo de cristal, ¿no?

—No de cristal… no resiste la energía. Actualmente estamos usando cobre o molibdeno aclaró Gregory. Un espejo de cristal tiene su superficie reflectante atrás, en esta clase de espejo, la superficie reflectante está adelante. En la parte posterior tiene un sistema de refrigeración.

—¿Ah, sí? —Debiste haber estudiado más sobre ciencias, Jack.

—La luz no se refleja desde el metal desnudo —añadió Graham—. A Jack le parecía que era el único ignorante en la sala… Y, por supuesto, había sido elegido para escribir la Apreciación Especial de Inteligencia Nacional. Se refleja desde un recubrimiento, o capa, óptica. En algunas aplicaciones realmente precisas —un

telescopio astronómico, por ejemplo lo que hay en la cara del espejo parece una capa de gasolina sobre un lodazal.

—¿Entonces para qué usar metal?, objetó Jack.

—Se emplea el metal para mantener la superficie reflectante tan fría como sea posible. En realidad, estamos tratando de reemplazarlo. Proyecto ADAMANT: Desarrollo Acelerado de Materiales Avanzados y Nuevas Tecnologías. Esperamos que el próximo espejo esté construido con diamante, respondió el mayor.

—Diamante artificial obtenido del Carbono 12 puro, un isótopo del carbono ordinario, que es perfecto para nosotros. El problema es la absorción de energía —continuó Gregory—, si la superficie retiene demasiada cantidad de luz, la energía calórica puede destruir el recubrimiento eliminándolo del cristal, entonces el espejo se desintegra. Yo he visto romperse un espejo de medio metro cierta vez. Sonó como si Dios hubiera castañeteado sus dedos. Con diamante C-12 tenemos un material que es casi un superconductor de calor. Permite aumentar la potencia en densidad, y un espejo de menor tamaño. General Electric acaba de descubrir cómo obtener diamantes con calidad de gemas, partiendo del Carbono —12. Candi ya está trabajando para ver cómo podemos construir un espejo en la misma forma.

Ryan observó sus treinta páginas de anotaciones, luego se restregó los ojos.

—Mayor, con el permiso del general, usted vendrá a Langley conmigo. Quiero que explique todo esto a nuestra gente de Ciencia y Tecnología y que vea lo que tenemos sobre el proyecto soviético. ¿Está de acuerdo, señor? —preguntó Jack a Parks. El general asintió Ryan y Gregory salieron juntos. Resultó que también hacía falta un pase para salir de allí. Los guardias habían cambiado los turnos, pero miraron a cada uno con la misma seriedad. Al llegar a la playa de estacionamiento, el mayor vio el auto de Jack y pensó que era un «bote bárbaro». ¿Todavía dicen eso?, se preguntó Jack.

—¿Cómo hace un infante de marina para ingresar a trabajar en la Agencia? —preguntó Gregory mientras admiraba el cuero del tapizado. ¿Y de dónde saca el dinero para mantener esto?

—Me invitaron. Antes de eso, enseñaba historia en Annapolis. Nada como ser el famoso Sir John Ryan. Bueno, no creo que me tengan en las listas de los libros de texto sobre lásers…

—¿A qué escuelas asistió?

—En el Boston College obtuve el título de bachelor, y el doctorado casi allí mismo, del otro lado del río, en Georgetown.

—Usted no dijo que fuera doctor —observó— el mayor. Ryan se rio al oírlo.

—En un campo distinto, compañero. Tengo graves problemas para comprender de qué diablos están tratando ustedes, pero me han impuesto la tarea de explicar todo lo que eso significa a…, bueno, a la gente que interviene en las negociaciones sobre

armamentos. He estado trabajando con ellos, desde el aspecto inteligencia, durante los últimos seis meses. —Esto último motivó un gruñido.

—Esa pandilla quiere dejarme sin trabajo. Quieren ponerse de acuerdo para terminar con todo.

—Ellos también tienen su trabajo —admitió Jack. Yo necesito su ayuda para convencerlos de que su tarea es importante—. Los rusos piensan que es importante.

—Sí… bueno, eso acabamos de verlo, ¿no es cierto?

Bondarenko descendió del avión y tuvo una agradable sorpresa al encontrarse con un automóvil oficial que lo estaba esperando. El general Pokryshkin lo había ordenado para él. Como el día de trabajo había terminado, el coronel instruyó al chofer para que lo llevara a su casa. Al día siguiente escribía su informe y 1o presentaría al coronel Filitov, y tal vez más tarde tendría que explicarlo al propio ministro en persona. Mientras bebía una copa de vodka se preguntó si Pokryshkin no lo habría manipulado lo suficiente como para crear una falsa impresión. No lo suficiente, se dijo. El general había hecho un buen trabajo para venderle tanto su programa como su propia persona, pero eso no era simple *pokazhuka*. Ellos no habían falseado la prueba, mostrando en cambio su honestidad al detallarle los problemas. Todo lo que pedían era lo que realmente necesitaban. No, Pokryshkin era un hombre que tenía una misión, y que estaba dispuesto a poner su carrera… bueno, si no detrás de aquélla, por lo menos en un mismo nivel; y eso era todo lo que razonablemente se podía pedir, si estaba construyendo su propio imperio, era un imperio digno de ser construido.

La forma en que se hizo el traspaso fue a la vez original y de rutina. La galería comercial era absolutamente común: un paseo techado, con noventa y tres negocios, además de un grupito de tres locales de cine con pantallas pequeñas. Había seis zapaterías y tres joyerías. A tono con el ambiente del Oeste habían instalado también una tienda de artículos deportivos, que tenía una pared llena de rifles de caza Winchester Modelo 70, algo que no es frecuente encontrar en el Este. Tres locales para ropa de hombre y otros siete para mujeres estaban distribuidos en la explanada. Uno de estos últimos se hallaba junto al comercio de armas.

Esto convenía a la propietaria de Eve’s Leaves, dado que la armería tenía un elaborado sistema de alarma contra robos, y eso, unido al personal de seguridad propio de la galería, la permitía mantener una existencia considerable de modelos exclusivos para mujeres, sin necesidad de pagar cifras exorbitantes por un seguro. El negocio había comenzado con éxito relativo —las modas de París, Roma y Nueva York no entran fácilmente más allá del río Mississipi, excepto tal vez a lo largo de la costa del Pacífico— pero gran parte de la comunidad académica provenía de ambas costas, y se aferraba a sus gustos. Ann Klein II no había necesitado exponerse mucho en los country clubs para convertirse en una mujer admirada y deseada, aun en las

Montañas Rocosas.

Ann entró en la tienda con paso ligero. Era una clienta fácil de conformar, como lo sabía la dueña. Una número seis perfecta, se ponía la ropa sólo para ver cómo le quedaba. Nunca necesitaba arreglos, lo que hacía la vida más fácil para todos y permitía a la propietaria hacerle descuentos del cinco por ciento en todo lo que compraba. Además de no tener problemas de medidas, también gastaba allí mucho dinero, nunca menos de doscientos dólares por vez. Concurría regularmente, cada seis semanas más o menos. La propietaria no sabía a qué se dedicaba, aunque actuaba y tenía aspecto de doctora. Tan precisa, tan cuidadosa con todo. Extrañamente, siempre pagaba en efectivo. Otra razón para obtener los descuentos que le hacían, ya que las compañías de tarjetas de crédito cobran un porcentaje de los precios de venta, en retribución por la garantía de pago. Esto significaba que el cinco por ciento finalmente era recuperado por la dueña. Era una lástima, pensaba ella que todas sus clientas no procedieran igual. Ann tenía unos ojos castaños y soñadores; también era castaño el cabello largo hasta los hombros y ligeramente ondulado. Esbelta, delgada y de espléndida figura. Otra cosa extraña era que parecía no usar nunca perfume de ninguna clase; eso era lo que hacía pensar a la propietaria que se trataba de una doctora. Eso, y los horarios en que llegaba: nunca cuando estaba lleno, como si ella fuera absolutamente su propia jefa. Tenía que ser así, y la «doctora» hacía su parte impresionando a la propietaria. En cada movimiento de Ann se podía ver su determinación.

Eligió un conjunto de blusa y falda y se dirigió al probador, en la parte posterior de la tienda. Aunque la propietaria no se había dado cuenta, Ann siempre usaba el mismo probador. Una vez allí, abrió el cierre de cremallera de su falda, desabotonó la blusa, pero antes de ponerse el nuevo conjunto, pasó la mano por debajo del simple saliente de madera que servía de asiento y retiró un casete de microfilm colocado allí la noche anterior con una cinta adhesiva. Lo metió en su bolso. Después se vistió y salió a contemplarse en los espejos.

—¿Cómo pueden usar esta porquería las mujeres norteamericanas?, preguntó Tania Bisyarina a su sonriente imagen en el espejo. Era capitana en la Dirección S de la Primera Jefatura (también conocida como la «Extranjera») de la Dirección de la KGB; ella dependía de la Dirección T, que supervisa el espionaje científico y trabaja en cooperación con el Comité del Estado para Ciencia y Tecnología. Al igual que Edward Foley, «dirigía» a una sola agente. El nombre clave de esa agente era Livia.

El precio del conjunto era de doscientos setenta y tres dólares, y la capitana Bisyarina pagó en efectivo. Se dijo que no debería olvidar ponerse ese conjunto la próxima vez que volviera, aunque le pareciera una basura.

—Hasta pronto, Ann —le dijo la dueña de la tienda. Sólo la conocían por ese nombre en Santa Fe. La capitana se dio vuelta y saludó con la mano. A pesar de toda

su estupidez, la propietaria era una mujer bastante agradable. Como cualquier buen oficial de inteligencia, la capitana se mostraba y actuaba en forma completamente normal. En esa zona, eso significaba vestirse de un modo que pasaba por estar relativamente de moda, conducir un automóvil decente pero no llamativo, vivir guardando un estilo que denotaba bienestar, pero no riqueza. En ese sentido, Estados Unidos era un blanco fácil. Si alguien llevaba un estilo de vida correcto, a nadie le preocupaba de dónde venía. Cruzar la frontera había sido casi un ejercicio casi cómico. Todo el tiempo que había pasado poniendo en forma sus documentos y antecedentes de acuerdo a su falsa personalidad… y todo lo que había hecho la patrulla de frontera fue usar un perro que olfateara el auto en busca de drogas— ella había entrado por la frontera de México, en El Paso —para saludarla agitando los brazos con una sonrisa al final de todo. Y para eso— sonreía para sí misma todavía ahora, ocho meses después realmente pasó unos nervios temibles.

Demoró unos cuarenta minutos para llegar en el auto a su casa, después de verificar, como de costumbre, que nadie la seguía. Una vez allí, reveló la película e hizo sus copias; no exactamente en la misma forma en que lo hacía Foley, pero bastante parecida. En este caso, tenía fotografías de verdaderos documentos del gobierno. Colocó la película revelada en un pequeño proyector y enfocó el cuadro sobre la pared blanca de su dormitorio. Bisyarina tenía educación técnica, una de las razones por las que desempeñaba su misión actual, y sabía algo sobre cómo evaluar lo que acababa de recibir. Estuvo segura de que haría felices a sus superiores.

A la mañana siguiente efectuó a su vez el siguiente pase, y las fotografías viajaron a través de la frontera hacia México en un camión con remolque perteneciente a una empresa de transportes a larga distancia, con base en Austin. Llevaba maquinaria para perforación de pozos de petróleo. Al terminar el día, las fotos estarían en la Embajada Soviética en Ciudad de México, Y un día después, en Cuba, desde donde las enviarían a Moscú en un vuelo directo de Aeroflot.

VII. Catalizadores

—Entonces, coronel, ¿cuál es su apreciación?, preguntó Filitov.

Camarada, Bright Star puede ser el programa más importante de la Unión Soviética —respondió Bondarenko con firme convicción. Y le entregó más de cuarenta páginas escritas a mano—. Este es el primer borrador de mi informe. Lo hice en el avión, Hoy haré escribir una copia a máquina como corresponde, pero pensé que usted…

—Pensó correctamente. Entiendo que realizaron una prueba…

—Hace treinta y seis horas. Yo vi la prueba, y me permitieron inspeccionar la mayor parte del equipamiento, tanto antes como después. Me impresionaron profundamente, la instalación y la gente que la dirige. Si se me permite, el general Pokryshkin es un oficial sobresaliente, y el hombre perfecto para el puesto. No es, decididamente, un hombre que trabaja por su carrera; sino más bien un oficial progresista de la mejor clase. Manejar a los académicos en lo alto de aquella montaña no es tarea fácil…

Misha emitió un gruñido para marcar su acuerdo.

Sé bastante sobre los académicos. ¿Está usted diciéndome que los ha organizado como una unidad militar?

—No, camarada coronel, pero Pokryshkin ha logrado tenerlos relativamente felices y productivos al mismo tiempo. En Bright Star existe un sentido de… un sentido de misión que raramente se encuentra, aun en el cuerpo de oficiales. No estoy diciendo esto con ligereza, Mikhail Semyonovich. Quedé sumamente impresionado por todos los aspectos de la operación. Tal vez sea lo mismo que en las bases espaciales. He oído algo de eso, pero como no estuve nunca en ellas no puedo hacer la comparación.

—¿Y los sistemas propiamente dichos?

Bright Star no es todavía un arma. Todavía persisten algunas dificultades técnicas. Pokryshkin las identificó y me las explicó detalladamente. Por el momento, esto no es más que un programa experimental, pero ya han logrado los descubrimientos más importantes. Dentro de unos años será un arma de enorme potencial.

—¿Y qué hay de su costo? —preguntó Misha. Lo que provocó un encogimiento de hombros.

—Es imposible estimarlo. Será costoso, pero la parte más cara del programa, la fase de investigación y desarrollo, está cumplida en su mayor parte. Los costos reales de ingeniería y producción serán menores de lo que puede esperarse…, es decir, para el arma en sí misma. Yo no puedo valorizar los costos de los equipos de apoyo, los radares y los satélites de exploración. En realidad, eso no fue parte de la explicación que me corresponde. Además, como los soldados de todo el mundo, pensaba en

términos de misión, no de costo.

—¿Y la confiabilidad del sistema?

—Eso será un problema, pero manejable. Los lásers individuales son complejos y difíciles de mantener. Por otra parte, si se construyeran más de los que necesita la instalación actual, podemos alternarlos fácilmente con un programa regular de mantenimiento, y siempre tener en servicio el número que hace falta. En realidad, este es el método propuesto por el ingeniero jefe del proyecto.

—¿De manera que han resuelto entonces el problema de la emisión de potencia?

—Mi borrador del informe describe eso en términos comunes y en general. Mi documento final será más específico.

Misha se permitió una sonrisa.

—¿De manera que hasta yo pueda comprenderlo?

—Camarada coronel —replicó seriamente Bondarenko—. Yo sé que usted entiende más de asuntos técnicos de lo que confiesa. Los aspectos importantes del descubrimiento para aumento de potencia son en realidad bastante simples… es decir, en teoría. Los detalles precisos de ingeniería son más bien complejos, pero se pueden deducir fácilmente partiendo de la modificación del diseño de la cavidad láser, Como con la primera bomba atómica, una vez que se describe la teoría la parte de ingeniería puede resolverse.

—Excelente. ¿Puede terminar su informe para mañana?

—Sí, camarada coronel.

Misha se puso de pie, Bondarenko lo imitó.

—Esta tarde voy a leer su informe preliminar. Tráigame el informe completo mañana y yo lo voy a digerir durante el fin de semana. La semana que viene lo expondremos al ministro.

Los caminos de Alá son ciertamente misteriosos, pensó el Arquero. Tanto como había anhelado destruir un avión de transporte soviético, todo lo que tenía que hacer ahora era regresar a su casa, la ciudad ribereña de Ghazni. Había salido de Pakistán sólo una semana antes. Durante los últimos siete días, una tormenta local había impedido que los aviones rusos volaran, permitiéndole un buen descanso. Cuando llegó con su dotación completa de misiles se encontró con que el jefe de la guerrilla planeaba un ataque contra el aeropuerto vecino a la ciudad. El tiempo invernal era duro para todos, y los infieles dejaron los puestos de seguridad exteriores a los soldados afganos al servicio del gobierno traidor de Kabul. Lo que ellos no sabían, sin embargo, era que el mayor comandante del batallón a cargo de la guardia perimetral trabajaba para los *mujahiddines* locales. Cuando llegara el momento, el cerco perimetral se abriría, permitiendo que trescientos guerrilleros atacaran directamente el campamento soviético.

Sería un ataque muy importante. Los luchadores por la libertad estaban

organizados en tres compañías de cien hombres cada una. Las tres serían empeñadas en el ataque; el jefe comprendía la utilidad de las reservas tácticas, pero tenía que cubrir demasiado frente con efectivos insuficientes. Era un riesgo, pero tanto él como sus hombres estaban corriendo riesgos desde 1980. ¿Qué importaba uno más? Como siempre, el cabecilla iba a ocupar el puesto de mayor peligro, y el Arquero permanecería cerca. Se dirigían al aeropuerto y sus odiados aviones a favor del viento. Los soviéticos intentarían despegar con sus aviones al primer signo de alarma, tanto para sustraerlos al ataque como para que cooperaran en la defensa. El Arquero inspeccionó a través de sus binoculares cuatro helicópteros Mi-24, con su correspondiente armamento colgado debajo de sus pequeñas alas. Los *mujahiddines* no tenían más que un mortero para dispararles en tierra, motivo por el cual el Arquero habría de mantenerse ligeramente detrás de la primera ola de asalto, para proporcionarle apoyo. No había tiempo para instalar su trampa habitual, pero de noche no tendría mayor importancia.

Unos cien metros al frente, el cabecilla se encontró con el mayor del Ejército Afgano en el sitio convenido. Se abrazaron y glorificaron el nombre de Alá. El hijo pródigo había retornado al redil islámico. El mayor informó que dos de sus comandantes de compañía estaban listos para actuar de acuerdo con lo planeado, pero el comandante de la Tercera Compañía permanecía leal a los soviéticos. Dentro de pocos minutos, un sargento de confianza iba a matar a ese oficial, permitiendo que ese sector pudiera usarse para la retirada. Alrededor de ellos, los hombres esperaban en el viento helado. Cuando el sargento hubiera cumplido su misión, dispararía una bengala.

El capitán soviético y el teniente afgano eran amigos, algo que, en sus momentos de reflexión, sorprendía a ambos. Contribuía a ello que el oficial soviético había hecho un verdadero esfuerzo para ser respetuoso de las costumbres de los pobladores locales, y que su contraparte afgana creía que el marxismo-leninismo era el camino del futuro.

Cualquier cosa tenía que ser mejor que las rivalidades tribales y las «vendettas» que caracterizaban a ese país, que no había conocido la felicidad en toda la historia que se recordaba. Detectado muy pronto como prometedor candidato a la conversión ideológica, lo habían llevado en avión a la Unión Soviética para mostrarle qué bien andaban allá las cosas —comparando con Afganistán—, especialmente los servicios de salud pública. El padre del teniente había muerto hacía quince años como consecuencia de una infección provocada por la rotura de un brazo, y como no había gozado de los favores del jefe tribal, su hijo único no pudo tener nunca una juventud feliz.

Los dos hombres se hallaban juntos, observando un mapa y decidiendo las actividades de patrullaje para la semana siguiente. Debían, mantener patrullada la

zona para evitar que los bandidos *mujahiddines* se acercaran. Ese día, las patrullas estaban a cargo de la Segunda Compañía.

Un sargento entró en el puesto de comando con un formulario del mensaje. Su cara no mostró la sorpresa al encontrar allí dos oficial en vez de uno. Alcanzó el mensaje al teniente afgano con la mano izquierda. En la palma de la derecha tenía la empuñadura de un puñal, escondido en posición vertical dentro de la abolsada manga de su chaquetilla estilo ruso. Trató de mantenerse impasible cuando el capitán ruso lo miró fijamente, y sólo observó al oficial de cuya muerte era responsable. Finalmente el ruso se dio vuelta para mirar hacia afuera por la pequeña abertura para las armas defensivas del puesto de comando. Casi al mismo tiempo el oficial afgano arrojó el mensaje sobre la mesa de mapas y se dispuso a formular su respuesta.

El ruso se dio vuelta bruscamente. Algo lo había alertado, y tuvo la certeza de que alguna cosa andaba mal, aun antes de tener tiempo para saber qué. Vio que el brazo del sargento se levantaba en un rápido movimiento dirigido a la garganta de su amigo. El capitán soviético se agachó en busca de su fusil, al tiempo que el teniente se echaba hacia atrás para esquivar la primera embestida. Lo hizo con éxito gracias a que el cuchillo del sargento se enganchó en la manga excesivamente larga de su chaquetilla. Maldiciendo, el suboficial lo liberó y lanzó otra vez hacia adelante, alcanzando a su blanco con un corte el abdomen. El teniente gritó pero consiguió aferrar la muñeca del sargento, antes de que el cuchillo penetrara hasta sus órganos vitales. Las caras de los dos hombres se enfrentaron lo suficientemente cerca para que ambos pudieran sentir el aliento del otro. Una de las caras estaba demasiado conmocionada para mostrar miedo, la otra demasiado enfurecida. Por último, el teniente salvo su vida por esa manga excesivamente larga de una chaquetilla, y el soviético quitó el seguro de su fusil y disparó diez veces al cuerpo del asesino. El sargento cayó sin un ruido. El teniente se llevó a los ojos una mano ensangrentada. El capitán grito la alarma.

El tableteo metálico característico del fusil Kalashnikov llegó a través de los cuatrocientos metros de distancia hasta donde se encontraban esperando los *mujahiddines*. El mismo pensamiento acometió las mentes de todos ellos: el plan había fracasado. Desgraciadamente no habían planificado alternativa alguna. Hacia la izquierda, las posiciones de la Tercera Compañía se encendieron repentinamente con los relámpagos de las armas de fuego. Disparaban a la nada —no había guerrilleros en ese lugar—, pero el ruido no podía menos que alertar las posiciones rusas, trescientos metros más adelante. De cualquier manera, el cabecilla ordenó a sus hombres que avanzaran lo mismo, apoyados por casi doscientos soldados del Ejército Afgano, para quienes el cambio de bando había llegado como un alivio. Los hombre; adicionales no significaron tanta diferencia como podía haberse esperado. Estos nuevos *mujahiddines* no tenían más armas pesadas que unas pocas ametralladoras, y

el único mortero del cabecilla demoraba mucho en colocarse en posición.

El Arquero profirió una maldición cuando vio que las luces del aeródromo se apagaban, a tres kilómetros de distancia. Las reemplazaron los puntos luminosos de linternas que se agitaban: eran los tripulantes que corrían a sus aviones. Momentos después, los paracaídas con bengalas convirtieron la noche en día. El fuerte viento del sudeste las alejó rápidamente, pero seguían apareciendo otras. No podía hacer otra cosa que activar su lanzador. Alcanzó a ver a los helicópteros… y el único transporte An-26. Con la mano izquierda el Arquero levantó sus binoculares y vio que el avión bimotor, de ala alta, estaba allí estacionado como un pájaro durmiendo en su nido sin protección. Un grupo de personas corría también hacia él. Giró los anteojos otra vez hacia la zona de los helicópteros.

Un helicóptero Mi-24 despegó primero, luchando contra el aire enrarecido y enfrentando el viento para ganar altura, cuando ya las granadas del mortero comenzaban a caer dentro de los límites aeródromo. Una granada de fósforo cayó a pocos metros de otro Hind. Su abrasador relámpago blanco encendió el combustible del Mi – 24, y los tripulantes saltaron afuera, uno de ellos en llamas. Apenas se habían alejado cuando la aeronave estalló, destruyendo con ella un segundo Hind. El último despegó un instante después, se balanceó hacia atrás y desapareció en la oscuridad de la noche, con sus luces de posición apagadas. Ambos volverían el Arquero estaba seguro de ello. Pero habían logrado destruir dos en tierra, y eso era mejor de lo esperado.

Como pudo ver, todo lo demás seguía mal. Las granadas del mortero caían delante de las tropas atacantes. Vio relámpagos de armas y explosivos. Por encima de los ruidos llegaban los otros sonidos del campo de batalla: los gritos de combate de los guerreros y los clamores de los heridos. A esa distancia era difícil distinguir rusos de afganos, pero eso no era de su incumbencia.

El Arquero no necesitó decir a Abdul que explorara el cielo en busca de helicópteros. Intentó emplear el lanzador de misiles para detectar el invisible calor de sus motores. No encontró nada, y volvió a dirigir la vista a la única aeronave que todavía podía ver. Algunas granadas de mortero estaban cayendo ahora cerca del An-26, pero sus tripulantes ya habían puesto en marcha los motores. Instantes después vio algún movimiento lateral. El Arquero apreció la intensidad del viento y calculó que el avión intentaría despegar enfrentándolo, y virar luego a la izquierda, que era el sector más seguro del perímetro. No le resultaría fácil trepar en ese aire poco denso, y cuando el piloto hiciera el viraje sacrificaría la sustentación de las alas tratando de lograr velocidad lo antes posible. El Arquero dio a Abdul un golpecito en el hombro y empezó a correr hacia la izquierda. Corrió unos cien metros, se detuvo y volvió a mirar buscando el transporte soviética. Ahora ya se movía en medio de negras nubes de polvo, y aceleraba dando saltos sobre el terreno desparejo y helado.

El Arquero se puso de pie para que el misil quedara mejor apuntado hacia el blanco, e inmediatamente el buscador empezó a chirriar al detectar los motores calientes en esa noche fría y sin luna.

—¡V-Uno! —gritó el copiloto sobre los ruidos de la batalla y de los motores. Sus ojos estaban clavados en los instrumentos, mientras el piloto mantenía derecho el avión—. V–Uno. —«¡Rotación!».

El piloto llevó hacia atrás el comando. La nariz se levantó y el Antonov 26, con un último salto, abandonó la pista de tierra dura. El copiloto instantáneamente retrajo el tren de aterrizaje para reducir la resistencia al avance y permitir que la aeronave aumentara la velocidad. El piloto inició una suave viraje a la derecha para evitar lo que parecía ser la mayor concentración de fuego en tierra. Después de eludirla, volvería hacia el norte, en dirección a Kabul y la seguridad. Detrás de él, el navegador no miraba sus cartas. Estaba ocupado, en cambio, lanzando bengalas con paracaídas cada cinco segundos. No eran para ayudar a las tropas de superficie, aunque lograban además ese efecto. Las arrojaba para engañar a los misiles lanzados desde tierra. El manual decía que se debía arrojar una cada cinco segundos.

El Arquero midió cuidadosamente el tiempo entre una y otra bengala. Alcanzaba a oír el cambio en el tono del buscador cuando caían libres desde la escotilla de carga del avión y se encendían. Necesitaba fijar la puntería en el motor izquierdo del avión y efectuar el disparo en el momento exacto, si quería dar en el blanco. Mentalmente había medido ya el punto del máximo acercamiento unos novecientos metros y, momentos antes de alcanzarlo, el avión eyectó otra bengala. Un segundo después, el buscador volvió a su tono normal de adquisición, y el Arquero apretó el disparador.

Como siempre, fue casi un alivio sexual lo que sintió cuando el tubo del lanzador dio un salto en sus manos. Alrededor, los ruidos de la batalla desaparecieron cuando se concentró en el punto de fuego amarillo que se alejaba velozmente.

El navegador terminaba de lanzar otra bengala cuando el Stinger hizo impacto en el motor del lado izquierdo. Su primer pensamiento fue de indignación: ¡el manual estaba equivocado! El ingeniero de vuelo no pensaba nada semejante. Automáticamente oprimió la llave de «detención de emergencia» de la turbina número uno. Ese mecanismo cerraba el flujo de combustible, cortaba toda energía eléctrica, ponía en bandera la hélice y activaba el extintor de incendio. El piloto empujó el pedal del timón de dirección para compensar la tendencia del avión a desviarse a la izquierda provocada por la pérdida de potencia de ese lado, y llevó el comando adelante para parar la nariz. Era un recurso peligroso, pero tenía que decidir entre velocidad o altura, y resolvió que necesitaba velocidad más que nada. El mecánico informó que el tanque de combustible del lado izquierdo estaba perforado, pero sólo debían volar cien metros hasta Kabul. Fue peor lo que siguió:

—¡Luz de alarma de fuego en el número uno!

—¡Extintor!

—¡Ya lo hice! ¡Está vacío!

El piloto resistió la tentación de mirar. Se hallaban a sólo cien metros sobre el terreno y no podía permitir que nada interfiriera en su concentración. Su visión periférica captó un resplandor de llama anaranjada, pero no se distrajo. Sus ojos pasaban del horizonte al velocímetro, al altímetro, y otra vez al primero.

—Perdemos altura —informó el copiloto.

Diez grados más de flap ordenó el piloto. Apreció que tenía ahora suficiente velocidad como para arriesgar eso. El copiloto estiró el brazo para bajar el flap diez grados más, y con ello condenó al avión y a sus pasajeros.

La explosión del misil había dañado los conductos de líquido hidráulico hacia el flap del lado izquierdo. El aumento de presión necesaria para cambiar la posición causó la rotura de los dos conductos, Y el flap del ala izquierda se retrajo totalmente sin ninguna advertencia. La pérdida de sustentación en el lado izquierdo estuvo a punto de provocar la inversión del avión, pero el piloto pudo nivelarlo. A partir de ese momento fueron demasiadas las cosas que comenzaron a andar mal. La aeronave empezó a hundirse y el piloto gritó pidiendo más potencia, aunque sabía que el motor derecho ya estaba en llamas. Rezó pidiendo que en la proximidad del suelo pudiera salvar el avión, pero ya era casi imposible mantenerlo derecho, y comprendió que se estaban hundiendo demasiado rápido en el aire poco denso. Tenía que poner el avión en tierra. A último momento, el piloto encendió los faros de aterrizaje buscando un espacio nivelado. Solamente vio un conjunto de rocas, y usó el último vestigio de control para apuntar su avión entre las dos rocas más grandes. Un segundo antes de que la aeronave golpeara en tierra, lanzó una maldición; no fue un grito desesperado, era un terrible grito de furia.

Por un momento, el Arquero pensó que el avión podría escapar, El fogonazo del misil era inconfundible, pero durante varios segundos no pasó nada. Después apareció la estela de fuego indicadora de que su blanco estaba fatalmente herido. Pasaron otros treinta segundos y se oyó una explosión en tierra, a unos diez kilómetros de distancia y no lejos de la ruta que habían planeado para escape. Podría ver su obra antes del amanecer. Pero en ese momento tuvo que darse vuelta al oír el ruido característico de un helicóptero sobre su cabeza.

Abdul ya había descartado el tubo de lanzamiento usado y conectado el nuevo a la unidad de adquisición y guía. Lo hizo con una velocidad que habría puesto orgulloso al soldado mejor entrenado. Entregó al Arquero el lanzador listo y ambos exploraron el cielo en busca de otro blanco.

Aunque él no lo sabía, el ataque a Ghazni estaba fracasando. El comandante soviético había reaccionado instantáneamente al oír disparos de armas de fuego —la Tercera Compañía del Ejército Afgano seguía disparando al vacío, y el oficial

soviético era incapaz de corregir la situación— y en dos febriles minutos pudo colocar a sus hombres en posición. Ahora los afganos enfrentaban un batallón completamente alertado y formado por tropas regulares, apoyado por armas pesadas y atrincherado en sitios protegidos. El intenso fuego de las ametralladoras paralizó el ataque a doscientos metros de las posiciones soviéticas. El cabecilla afgano y el mayor desertor intentaron mejorar la situación con actitudes ejemplares. En casi toda la primera línea se oyó un feroz grito de combate, pero el cabecilla se había colocado directamente en la trayectoria de la munición trazante de una ametralladora. Los proyectiles lo atravesaron de lado a lado durante casi un segundo, antes de arrojarlo a un costado, como el juguete de un niño. La pérdida de su líder —como ocurre generalmente con las tropas primitivas— rompió el corazón del ataque. Corrió la voz entre todos los hombres casi antes de que los líderes de unidades recibieran el llamado por la radio. De inmediato, los *mujahiddines* interrumpieron el combate, disparando salvajemente sus armas mientras se retiraban. El comandante soviético reconoció el movimiento por lo que realmente era, pero no los persiguió. Para eso tenía los helicópteros.

El Arquero supo que algo andaba mal cuando los morteros rusos empezaron a desplegar bengalas en un lugar distinto. Un helicóptero ya estaba disparando cohetes y ametralladoras a los guerrilleros, pero no pudo captarlo con su lanzador. Después Oyó gritos de sus camaradas. No los temerarios alaridos del avance, estos eran los gritos de advertencia de los hombres en retirada. Trató de calmarse y se concentró en su arma. Ahora necesitarían realmente sus servicios. El Arquero ordenó a Abdul que conectara la unidad buscadora de repuesto a otro tubo lanzador. En menos de un minuto el adolescente había terminado de hacerlo.

—¡Allá! —dijo Abdul—. A la derecha.

—Lo veo. Aparecían en el cielo varias líneas cortadas de trazos de fuego. Un Hind estaba disparando cohetes. Apuntó el lanzador y oyó la señal de adquisición. No conocía la distancia —no se puede apreciarla de noche— pero tenía que arriesgar. FI Arquero esperó hasta que el sonido se estabilizó completamente y disparó su segundo Stinger en esa noche.

El piloto del Hind lo vio. Estaba haciendo vuelo estacionarias unos cien metros arriba de varias bengalas encendidas que colgaban de sus paracaídas. El piloto empujó a fondo el control colectivo y picó entre aquéllas. Dio resultado. El misil se desorientó y voló directamente hacia una de las bengalas, errando al helicóptero por treinta metros apenas. El piloto hizo pivotear su aeronave inmediatamente y ordenó al artillero que disparara una salva de, diez cohetes hacia el sitio de donde se había elevado el misil.

El Arquero se echó a tierra detrás de la roca que le servía como apoyo. Todos los cohetes cayeron en un radio de cien metros. De modo que esa vez se trataba de un

hombre contra otro hombre… y ese piloto era inteligente. Tomó el segundo lanzador. El Arquero rezaba regularmente pidiendo una situación como esa.

Pero el helicóptero se había ido. ¿Dónde estaría?

El piloto se había lanzado a favor del viento, con la intención de usarlo, como le habían enseñado, para que no se oyera el ruido de su rotor. Pidió que lanzaran bengalas sobre este ladea del perímetro, y obtuvo una respuesta casi instantánea. Los soviéticos querían a todos los operadores de misiles que pudieran capturar. Mientras el otro helicóptero golpeaba a los *mujahidinnes* que se retiraban, éste iba a perseguir al responsable del lanzamiento del misil SAM que los apoyaba. A pesar del peligro que significaba era una misión que el piloto ansiaba. Los lanzadores de misiles eran sus enemigos personales. Se mantuvo alejarlo del alcance del Stinger, que conocía perfectamente, y esperó que las bengalas iluminaran el terreno.

El Arquero estaba usando otra vez su buscador para encontrar el helicóptero. No era una forma eficiente de hacerlo, pero el Mi-24 debía de estar en alguna parte de un arco que su conocimiento de las tácticas soviéticas podía predecir fácilmente. Dos veces registró señales auditivas, pero las perdió porque el helicóptero bailaba a derecha e izquierda y cambiaba de altura en un esfuerzo consciente para imposibilitar la tarea del Arquero. Es realmente un enemigo hábil, se dijo el guerrillero. Su muerte sería por demás satisfactoria. En lo alto, las bengalas tachonaban el cielo, pero él sabía que esas luces parpadeantes daban pobres condiciones de visibilidad mientras se mantuviera quieto.

—Veo movimiento informó el artillero del Hind. —A las diez del reloj.

—No hay nada allí —dijo el piloto. Llevó a la derecha los controles y se deslizó horizontalmente mientras sus ojos revisaban el terreno. Los soviéticos habían capturado varios Stinger norteamericanos y, después de probarlos exhaustivamente, determinaron su velocidad, alcance y sensibilidad. El piloto calculó que se encontraría por lo menos unos trescientos metros más allá de su alcance y, si le disparaban, aprovecharía la trayectoria del misil para ubicar su blanco; entonces se lanzaría contra él antes de que su operador pudiera disparar de nuevo.

—Coloca un cohete de humo dijo el Arquero.

Abdul sólo tenía uno de ellos. Era un pequeño aparatito con aletas, de plástico, poco más que un juguete. Lo habían desarrollado para entrenar a los pilotos de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos, para simular las sensaciones —el terror— de ver que les disparaban misiles. Con un costo de seis dólares, todo lo que podían hacer era volar en una línea más o menos recta durante unos pocos segundos, dejando una estela de humo. Los habían provisto a los *mujahiddines* tan sólo como un medio de asustar a los pilotos soviéticos cuando sus SAM se agotaran, pero el Arquero pudo encontrar un empleo mejor para ellos. Abdul corrió unos cien metros y lo instaló sobre el sencillo lanzador de alambres de acero. Después volvió corriendo al lado de

su amo, arrastrando el cable de lanzamiento detrás de él.

—Bueno, ruso, ¿dónde estás? —preguntó el Arquero a la noche.

—A nuestro frente… algo se movió, estoy seguro —dijo el astillero.

—Vamos a ver. —El piloto activó sus propios controles y disparó dos cohetes. Chocaron contra el suelo a dos kilómetros de distancia, bien a la derecha del Arquero.

—¡Ahora! —gritó el Arquero. Había visto la posición desde la cual el ruso había efectuado el lanzamiento, y su buscador ya estaba apuntado al sitio preciso. El receptor infrarrojo empezó a crepitar.

El piloto se encogió cuando vio la llama móvil de un cohete, pero antes de que pudiera maniobrar resultó claro que el misil le iba a errar. Lo habían lanzado desde un punto muy cercano al que él había disparado antes.

—¡Te tengo! —gritó. El artillero empezó a ametrallar furiosamente el punto.

El Arquero vio la munición trazadora y oyó el ruido de los proyectiles que rebotaban en el suelo a su derecha. El tipo era bueno. Su puntería casi perfecta, pero al disparar sus propias armas estaba proporcionado al Arquero un blanco a apuntar perfecto. Y así lanzó el tercer Stinger.

—¡Son dos! —gritó el artillero por el intercomunicador.

El piloto ya estaba picando y deslizando, pero esta vez no tenía bengalas alrededor. El Stinger estalló contra una de las palas del rotor, y el helicóptero cayó como una piedra. El piloto se las arregló para disimular la velocidad caída, pero lo mismo golpeó el suelo con fuerza. Milagrosamente no hubo fuego. Un momento después aparecieron hombres armados junto a su ventanilla. Uno de ellos, pudo ver el piloto, era un capitán ruso.

—¿Está bien, camarada?

—Mi espalda, jadeó el piloto.

El Arquero ya se estaba moviendo. Por esa noche ya había probado lo suficiente el favor de Alá. Los dos hombres dejaron atrás los tubos vacíos de los lanzadores y corrieron para unirse al resto de los guerrilleros en retirada. Si las tropas soviéticas los hubiesen perseguido, podrían haberlos capturado. Pero su comandante los mantuvo en sus posiciones, y el único helicóptero sobreviviente se contentó con patrullar alrededor del campamento. Media hora después, el Arquero supo que el cabecilla principal había muerto. Por la mañana habrían de llegar aviones soviéticos para darles caza en campo abierto, y los guerrilleros tenían que alcanzar rápidamente el terreno rocoso. Pero había una cosa más por hacer. El Arquero llevó consigo a Abdul y tres hombres más para buscar el transporte que él había derribado. El precio de los misiles Stinger era la inspección de todo avión derribado, en busca de elementos que podían interesar a la CIA.

El coronel Filitov terminó las anotaciones en su diario. Como lo había señalado Bondarenko, su conocimiento sobre asuntos técnicos era mucho mejor de lo que se

podía suponer por sus credenciales académicas. Después de más de cuarenta años en los más altos niveles del ministerio de Defensa, Misha se había convertido en autodidacta en una cantidad de campos técnicos, desde los trajes para protección de gases a equipos criptográficos para comunicaciones y a… lásers. Esto significaba que, aunque a veces no comprendiera la teoría tan claramente como lo hubiera deseado, era capaz de describir el equipo de trabajo tan bien como los ingenieros que lo armaban. Había demorado cuatro horas para transcribir todo en su diario. Esa información tenía que salir. Lo que todo esto implicaba era demasiado aterrador.

El problema del sistema de defensa estratégica era simplemente que ninguna arma había sido nunca «ofensiva» o «defensiva» por sí misma. La naturaleza de cualquier arma, como la belleza de cualquier mujer, residía en el ojo del espectador —o la dirección a la cual estaba apuntada— y, a lo largo de la historia, el éxito en el arte de la guerra estaba determinado por el adecuado equilibrio entre los elementos ofensivos y defensivos.

La estrategia nuclear soviética, pensó Misha, tenía mucho más sentido que la de Occidente. Los estrategas rusos no consideraban impensable la guerra nuclear. Les habían enseñado a ser pragmáticos: el problema, aunque complejo, tenía realmente una solución… aunque no era perfecta; a diferencia de muchos pensadores occidentales, reconocían que vivían en un mundo imperfecto. La estrategia soviética, desde la Crisis de los Misiles Cubanos en 1962 —el hecho había costado la vida al reclutador de Filitov, el coronel Oleg Penkovskiy— estaba basada sobre una simple frase: «Limitación de daños». El problema no consistía en destruir al enemigo con armas nucleares. Con ellas, se trataba de no destruir tanto que no quedara nada con que negociar la fase de «terminación de la guerra». El problema que ocupaba las mentes soviéticas era impedir que las armas nucleares del enemigo destruyeran la Unión Soviética. Con veinte millones de muertos en cada una de las dos guerras mundiales, los rusos habían probado suficiente destrucción como para no querer más.

No se consideraba fácil esa tarea, pero la razón de su necesidad era tanto política como técnica. El marxismo-leninismo trata la historia como un proceso: no una mera colección de hechos pasados, sino una expresión científica de la evolución social del hombre, que culminará —debe culminar— en el reconocimiento colectivo de toda la humanidad de que el marxismo-leninismo es la forma ideal para toda la sociedad humana. Un marxista convencido, por lo tanto, creía en el interior ascendiente de su credo con tanta seguridad como los cristianos, los judíos y los musulmanes creían en la vida después de la muerte. Y así como las comunidades religiosas han mostrado a lo largo de la historia una decidida voluntad para diseminar la buena nueva mediante el fuego y la espada, igual era el deber del marxista para que su ideología se convirtiera en realidad tan rápido como fuera posible.

Aquí la dificultad, desde luego, residía en que no todos en el mundo tenían esa

visión marxista de la historia. La doctrina comunista explicaba esto atribuyéndolo a las fuerzas reaccionarias del imperialismo, capitalismo, la burguesía y el resto de su conjunto de enemigos cuya resistencia era previsible… pero cuyas tácticas no lo eran. Al igual que esos jugadores que han «arreglado» su mesa de juego, los comunistas «sabían» que iban a ganar, pero como el jugador, en sus momentos oscuros admitían de mala gana que la suerte —o más científicamente las imprevistas probabilidades— podían alterar su ecuación. Como a las democracias occidentales les faltaba una apropiada perspectiva científica y una característica colectiva común y distintiva, resultaban completamente impredecibles.

Era por eso —más que por cualquier otra razón— que el Este temía a Occidente. Desde que Lenin asumió el control de y le diera un nuevo nombre —la Unión Soviética, el gobierno comunista había invertido billones en espiar a Occidente. Como todas las funciones de inteligencia, su propósito principal era predecir qué haría y que podía hacer Occidente.

Pero, a pesar de innumerables éxitos tácticos, el problema fundamental subsistía: una y otra vez el gobierno soviético había interpretado gravemente mal las acciones e intenciones de Occidente y, en la edad nuclear, la mala interpretación, la imprevisión o la incertidumbre podían significar que un líder desequilibrado norteamericano y en menor medida, inglés o francés, estaba en condiciones de decidir sencillamente el fin de la Unión Soviética y la postergación por generaciones del Socialismo Mundial. (Para un ruso, lo primero era más grave, ya que ningún ruso étnico quería ver el mundo llevado al socialismo bajo el liderazgo chino). El arsenal nuclear occidental era la mayor amenaza contra el marxismo-leninismo; contrarrestar ese arsenal era la tarea fundamental de los militares soviéticos. Pero, a diferencia de Occidente, los soviéticos no veían que imposibilitar su empleo significara simplemente imposibilitar la guerra. Como los soviéticos consideraban a Occidente políticamente impredecible, sentían que no podían depender de la disuasión. Necesitaban contar con la capacidad para eliminar, o al menos, reducir, el arsenal nuclear occidental en caso de que una crisis amenazara con ir más allá de simples palabras.

Su arsenal nuclear estaba calculado precisamente con esa misión. Destruir ciudades y sus millones de habitantes sería siempre un simple ejercicio. Destruir los misiles que poseían sus países no lo era. Para destruir los misiles norteamericanos habían tenido que desarrollar varias generaciones de cohetes —exactos y muy costosos— como el SS 18, cuya única misión era reducir los escuadrones norteamericanos de misiles Minuteman a candente polvo, junto con los submarinos y bases de bombardeos. Todo, excepto los últimos, se encontraba muy distante de los centros poblados; consecuentemente, un ataque dirigido a desarmar Occidente podía realizarse sin que resultara necesariamente un holocausto mundial. Al mismo tiempo, los norteamericanos no tenían cabezas nucleares realmente exactas y en número

suficiente para montar la misma amenaza contra la fuerza soviética de misiles. Los rusos, por lo tanto, llevaban ventaja en cuanto a un potencial ataque «contrafuerza»… apuntado contra armas antes que contra personas.

La deficiencia era de índole naval. Más de la mitad de las cabezas nucleares norteamericanas estaban desplegadas en submarinos nucleares. La Armada de los Estados Unidos creía que sus submarinos misilísticos no habían sido nunca detectados por su contraparte soviética. Eso no era correcto. Los habían detectado exactamente tres veces en veintisiete años, aunque nunca pudieron seguirlos más que por cuatro horas. A pesar de toda una generación de trabajo en la Armada Soviética, nadie pronosticaba que una misión como esa podría ser lograda alguna vez. Los norteamericanos admitían que ellos no podían detectar y perseguir sus propios submarinos misilísticos. Por otra parte, los norteamericanos podían ubicar y seguir a los submarinos soviéticos misilísticos, y por esa razón los soviéticos nunca habían colocado en el mar más que una fracción de sus cabezas nucleares y, hasta muy recientemente, ninguno de los dos bandos podía basar en los submarinos armas «contrafuerza» exactas.

Pero el juego estaba cambiando una vez más. Los norteamericanos habían fabricado otro milagro técnico. Sus armas para lanzamiento desde submarinos pronto serían los misiles Trident D-5, con capacidad destructora de blancos especiales. Esto amenazaba la estrategia soviética con una imagen espejo de su propio potencial; aunque un elemento crucial del sistema eran los satélites de Determinación de Posición Global (GPS), sin los cuales los submarinos norteamericanos no podrían determinar sus propias posiciones con la precisión necesaria para que sus armas destruyeran blancos seleccionados. La retorcida lógica del equilibrio nuclear estaba otra vez volviéndose contra sí misma… como debía hacerlo al menos una vez por generación.

Desde mucho tiempo atrás se había reconocido que los misiles eran armas ofensivas con una misión defensiva; que la capacidad para destruir al oponente era la fórmula clásica para satisfacer a la vez dos propósitos: impedir la guerra y lograr los propios objetivos en paz. Sin embargo, el hecho de que dicho poder, acumulado por ambos bandos, había transformado la fórmula históricamente puesta a prueba de la intimidación unilateral en disuasión bilateral, tornaba ahora inaceptable esa solución.

Disuasión Nuclear: impedir la guerra por la amenaza de holocausto mutuo. En substancia, ambos bandos decían al otro: Si tú matas nuestros indefensos civiles, nosotros mataremos a los tuyos. La defensa no era ya la protección de la propia sociedad, sino la amenaza de una violencia sin sentido contra otro. Misha hizo una mueca de disgusto. Ninguna tribu de salvajes había formulado alguna vez semejante idea… hasta los bárbaros menos civilizados habían progresado demasiado para una cosa así, pero eso era exactamente lo que los pueblos más avanzados del mundo

habían decidido… o en lo que habían caído. Aunque podía decirse que la disuasión daba resultado, significaba que la Unión Soviética y Occidente —vivían bajo una amenaza que tenía más de un gatillo. Nadie consideraba satisfactoria la situación, pero los soviéticos habían realizado lo que consideraban mejor— dentro de un mal negocio —diseñando un arsenal estratégico capaz de desarmar extensivamente al otro bando si lo exigía una crisis mundial. Al lograr la capacidad para eliminar una gran parte del arsenal norteamericano, ellos tenían la ventaja de dictar cómo se desarrollaría una guerra nuclear: en términos clásicos ese era el primer paso hacia la victoria y, desde el punto de vista soviético, la negación occidental en el sentido de que fuera posible una «victoria» en una guerra nuclear, era el primer paso hacia la derrota de Occidente. Los teóricos de ambos bandos habían reconocido siempre la naturaleza nada satisfactoria del asunto nuclear integral, sin embargo, y trabajaban silenciosamente para enfrentarlo de otras maneras.

Ya en la década de 1950, tanto los Estados Unidos como la Unión Soviética habían iniciado investigaciones en la defensa contra misiles balísticos, la Segunda en Sary Shagan, al sudoeste de Siberia. Un sistema soviético practicable estuvo a punto de desplegarse en los últimos años de la década de 1960, pero el advenimiento de los MIRV había invalidado totalmente el trabajo de quince años perversamente para ambas partes. La lucha por la preeminencia entre los sistemas ofensivos y defensivos siempre se volcaba en favor de los primeros.

Pero no por mucho tiempo las armas láser y otros sistemas de proyección de alta energía, unidos a la capacidad de las computadoras, constituían un gigantesco salto hacia el reino de una nueva estrategia. Una defensa factible, decía el informe de Bondarenko al coronel Filitov, era ahora una posibilidad real. ¿Y qué significaba eso?

Significaba que la ecuación nuclear estaba destinada a volver al equilibrio clásico de ofensiva y defensa; que ambos elementos podían formar parte ahora de una sola estrategia. Los soldados profesionales pensaban de ello que era, en lo abstracto, un sistema más satisfactorio —¿qué hombre desea considerarse a sí mismo como uno de los asesinos más grandes de la historia?— pero ahora las posibilidades tácticas estaban levantando sus feas cabezas. Ventaja y desventaja; movimiento y contra-movimiento. Un sistema de defensa estratégico norteamericano podía negar toda la posición nuclear soviética. Si los norteamericanos podían impedir que los SS-18 eliminaran sus misiles con base en tierra, aquel primer golpe de desarme, del cual dependían los soviéticos para limitar los daños contra su Rodina, ya no era posible. Y eso quería decir que todos los miles de millones sepultados en la producción de misiles balísticos habían quedado ahora tan derrochados como si hubieran tirado el dinero al mar.

Pero aún había más. Así como el *scutum* del legionario romano aparecía ante los ojos de su oponente bárbaro como un arma que le permitía apuñalar con impunidad,

del mismo modo hoy, la Iniciativa de Defensa Estratégica se podía ver como un escudo que habilitaría a un enemigo para lanzar primero su golpe inicial de desarme, para luego emplear esas mismas defensas con el fin de reducir —o aun eliminar— el efecto del golpe de represalia resultante.

Este panorama, desde luego, era simplista. Ningún sistema sería nunca infalible… y aunque el sistema funcionara bien, Misha lo adivinaba, los líderes políticos hallarían una forma de usarlo para su mayor desventaja; siempre era posible contar con los políticos para eso. Un esquema de defensa estratégica practicable causaría el efecto de agregar un nuevo factor de incertidumbre a la ecuación. No era probable que algún país pudiera destruir todas las cabezas nucleares que le lanzaban, y la muerte de —aunque sólo fueran— veinte millones de ciudadanos era una cosa demasiado horrible de contemplar, aun para el liderazgo soviético. Pero hasta un sistema rudimentario de Iniciativa de Defensa Estratégica podía destruir suficientes cabezas nucleares como para invalidar toda la idea de «contrafuerza».

Si los soviéticos llegaran a tener primero semejante sistema, el exiguo arsenal «contrafuerza» norteamericano podría ser contrarrestado más fácilmente que el soviético, y la situación estratégica para la cual los soviéticos habían trabajado durante treinta años se mantendría en su lugar. El gobierno soviético tendría lo mejor de ambos mundos, una fuerza mucho mayor de misiles de precisión para eliminar las cabezas nucleares norteamericanas, y un escudo para destruir en su casi totalidad el golpe de represalia contra sus campos de misiles de reserva… y podrían neutralizar los sistemas norteamericanos con base en el mar mediante la eliminación de sus satélites de navegación GPS. Sin ellos, podrían lo mismo destruir ciudades, pero habrían perdido irremediablemente la capacidad para atacar los silos de misiles.

La perspectiva que concebía el coronel Mikhail Semyonovich Filitov era la apreciación de situación estándar de los soviéticos. Se producía alguna crisis (la favorita era la del Medio Oriente, ya que nadie podía predecir qué ocurriría allí), y mientras Moscú actuaba para estabilizar las cosas, Occidente interfería —torpe y estúpidamente, por supuesto— y comenzaba a declarar en forma abierta a la prensa sobre una confrontación nuclear. Los órganos de inteligencia comunicarían urgentemente a Moscú que el golpe nuclear era una posibilidad real. Los regimientos de la Fuerza de Cohetes Estratégicos SS – 18 entrarían secretamente en alerta roja, al igual que las nuevas armas láser con base en tierra. Mientras los «cabezas huecas» del ministerio de Relaciones Exteriores —ninguna fuerza militar está enamorada de sus colegas diplomáticos se esforzaban en arreglar las cosas, Occidente adoptaría posiciones e intimidaría, atacando tal vez una fuerza naval soviética para demostrar su resolución, y movilizando seguramente los ejércitos de la OTAN con la amenaza de invadir Europa Oriental. El pánico se produciría fatalmente en todo el mundo. Cuando el tono de la retórica occidental alcanzara su culminación, se impartirían

órdenes a la fuerza de misiles, y se lanzarían trescientos SS 18, destinando tres cabezas nucleares a cada uno de los silos de los Minuteman norteamericanos. Armas menores atacarían las bases de submarinos y bombarderos para limitar bajas colaterales tanto como fuera posible; los soviéticos no deseaban exacerbar la situación más de lo necesario.

Simultáneamente, los lásers inutilizarían tantos satélites norteamericanos de navegación y reconocimiento como pudieran, pero dejarían intactos los satélites de comunicaciones: un juego calculado para demostrar «buena» voluntad. Los norteamericanos no podrían responder el ataque antes de recibir el golpe de las cabezas nucleares soviéticas. (Misha se preocupaba al respecto, pero las informaciones de la KGB o del GRU decían que existían serias grietas en el sistema norteamericano de comando y control, además de los factores psicológicos en juego). Probablemente, los norteamericanos mantendrían en reserva sus armas submarinas y lanzarían sus Minuteman sobrevivientes contra los silos de los misiles soviéticos, pero se esperaba que no más de doscientas y trescientas cabezas nucleares sobrevivieran al primer ataque; de todos modos, muchas de ellas caerían en silos vacíos, y el sistema de defensa destruiría la mayor parte de las armas que llegaran.

Al final de la primera hora, los norteamericanos se darían cuenta de que la utilidad de los misiles de sus submarinos había quedado tremendamente reducida. Se enviarían constantemente mensajes cuidadosamente preparados vía Línea Roja Moscú-Washington: NO PODEMOS PERMITIR QUE ESTO CONTINÚE. Y, probablemente, los norteamericanos se detendrían a pensar. Esa era la parte importante: lograr que la gente se detuviera y pensara. Un hombre puede atacar ciudades obedeciendo a un impulso, o en un estado de cólera, pero no después de una sobria reflexión.

A Filitov no le preocupaba que alguno de los lados considerara sus sistemas de defensa como una base lógica para un ataque. Sin embargo, en una crisis, la existencia de aquéllos podía mitigar el miedo que impedía su lanzamiento… si la otra parte no tenía defensas. Ambas partes, por lo tanto, tenían que tenerlas. Eso haría mucho menos probable un primer golpe, y eso convertiría al mundo en un sitio más seguro. Los sistemas defensivos no podían ser detenidos ahora. Habría sido lo mismo que pretender detener la marea. El viejo soldado se sintió complacido por el hecho de que los cohetes intercontinentales, tan destructivos para la ética del guerrero, se pudieran finalmente neutralizar; que la muerte en la guerra volviera a los hombres de armas y al campo de batalla, adonde pertenecía…

Bueno, pensó, estás cansado, y es demasiado tarde para esa clase de pensamientos profundos. Terminaría su informe con los datos del informe final de Bondarenko, lo fotografiaría y llevaría la película a su contacto.

VIII. Transferencia de documento

Ya estaba casi amaneciendo cuando el Arquero encontró los restos del avión. Había llevado diez hombres con él, además de Abdul. Tendrían que moverse rápido. Los rusos llegarían tan pronto como el sol apareciera por sobre las montañas. Desde un montículo, hizo un reconocimiento de la máquina derribada. En el impacto inicial se habían desprendido ambas alas, y el fuselaje había seguido deslizándose, subiendo una suave cuesta hasta que se partió y solamente quedó reconocible la cola. No tenía forma de saber que un brillante piloto había dejado su vida para lograr ese resultado. Llevar el avión hasta el suelo prácticamente sin comandos había sido casi un milagro. El Arquero hizo una señal a sus hombres y se acercó rápidamente hasta la parte mayor de los restos. Les ordenó que buscaran armas, y luego cualquier clase de documentos. El y Abdul se arrimaron a lo que quedaba de la cola.

Como siempre, la escena de la caída era una contradicción. Alguno de los cadáveres estaban destrozados mientras otros parecían superficialmente intactos; habían muerto a consecuencia de golpes o heridas internas. Esos cuerpos tenían un aspecto extrañamente pacífico; estaban rígidos, pero no congelados todavía, a pesar de la baja temperatura. Contó seis, en el sector posterior de la aeronave. Vio que todos ellos eran rusos y tenían uniforme. Uno llevaba el de capitán de la KG B y estaba aún sujeto al asiento por el cinturón de seguridad. Tenía un Poco de espuma rosada alrededor de los labios. Seguramente habría vivido cierto tiempo después de la caída y escupido sangre, pensó el Arquero, empujó el cuerpo con el pie y vio que el hombre tenía un Portafolio sujeto con una anilla metálica a su mano izquierda. Eso era Prometedor. El Arquero se agachó para ver si podía quitar la anilla con facilidad, pero no tuvo esa suerte. Se encogió de hombros y sacó su cuchillo. Tendría que seccionar la mano del cuerpo. Agarró la mano con fuerza, la torció y empezó…

… pero la mano dio un tirón y el hombre lanzó un penetrante chillido que impulsó al Arquero a ponerse de pie de un salto. ¿Estaba vivo?, se inclinó para acercarse a la cara del hombre, que en ese momento volvió a escupir sangre. Ahora había abierto muy grandes sus ojos azules, que reflejaron el dolor y la conmoción. Se movieron sus labios, pero no alcanzó a pronunciar nada inteligible.

—Controla bien si hay algunos otros con vida —ordenó el Arquero a su ayudante. Se volvió hacia el oficial de la KGB y le habló en pashtu—; Hola, ruso. —Agitó su cuchillo a poco centímetros de los ojos del hombre.

El capitán empezó a toser otra vez. Ahora estaba completamente despierto, y visiblemente dolorido. El Arquero lo registró buscando armas. Mientras se movían sus manos, el cuerpo se retorcía en agonía. Por lo menos, costillas rotas, aunque sus miembros parecían intactos. Habló con dificultad unas palabras.

El Arquero sabía algo de ruso, pero no pudo comprenderle. No debió haber

dudado: el mensaje que el oficial estaba tratando de transmitir era obvio, aunque el Arquero demoró casi medio minuto en darse cuenta, el mensaje que el oficial estaba tratando de transmitir era obvio, aunque el Arquero demoró casi medio minuto en darse cuenta.

—No me mate…

Después de comprenderlo, continuó el registro. Tomó la billetera del capitán y revisó el contenido. Algunas fotografías lo detuvieron. El hombre era casado. Su mujer era baja, de cabello oscuro y cara redonda. No era bonita, pero tenía una hermosa sonrisa. Era la sonrisa que una mujer reserva para el hombre que ama, y le iluminaba el rostro en una forma que el propio Arquero había conocido alguna vez. Pero lo que captó su atención fueron las dos fotos siguientes. El hombre tenía un hijo. La primera fotografía, tomada cuando el chico tenía probablemente unos dos años, lo mostraba con su pelo en desorden y una sonrisa traviesa. Es imposible odiar a un niño, ni siquiera al hijo ruso de un oficial de la KGB. La fotografía siguiente del mismo chico era tan distinta que resultaba difícil relacionar a las dos. Su cabello había desaparecido, y tenía la piel de la cara tirante… y transparente como las hojas de un viejo Corán. La criatura se estaba muriendo. ¿Tres años ahora, quizás cuatro?, se preguntó el Arquero. Un niño moribundo cuyo rostro tenía una sonrisa de valor, de dolor… y de amor. ¿Porqué tiene que mostrar Alá su cólera en los pequeños? Dio vuelta la foto frente a la cara del oficial.

—¿Tu hijo? —le preguntó en ruso.

—Muerto. Cáncer. —Explicó el hombre, pero vio que ese bandido no le entendía. Enfermedad. Larga enfermedad.-Eso le salvo la vida. Se asombró al ver que el bandido envainaba el cuchillo, pero estaba demasiado dolorido para reaccionar de manera visible.

No. Yo no voy a cargar otra muerte sobre esta mujer. La decisión asombró también al Arquero. Fue como si la voz de Alá en Persona le hubiera recordado que, entre las virtudes humanas, solamente la fe está antes que la piedad. Eso no habría bastado únicamente —sus amigos guerrilleros no se dejarían convencer por un versículo de las Escrituras— pero después el Arquero encontró un llavero en uno de los bolsillos del pantalón del hombre. Usó una de las llaves para abrir la anilla y la otra para el portafolio, Estaba lleno de carpetas; cada una de ellas marcada con cinta de varios colores, y sellada con alguna versión de SECRETO. Esa era un palabra en ruso que él conocía.

—Mi amigo —dijo el Arquero en pashtu. Vas a ir a visitar a un amigo mío. Si vives lo suficiente— agregó.

—¿Es muy grave eso? —preguntó, el Presidente.

—Potencialmente muy grave respondió el juez Moore. Quiero traer aquí algunas personas para que se lo expliquen.

—¿No tiene usted a Ryan haciendo la apreciación?

—El será uno de ellos. Otro es ese mayor Gregory, de quien usted ha oído hablar.

El Presidente abrió el calendario de su escritorio.

—Puedes darles cuarenta y cinco minutos. Vengan a las 11:00.

—Estaremos allí, señor. —Moore colgó el teléfono. Luego llamó a su secretaria —. Que venga el doctor Ryan.

Ryan cruzó la puerta un minuto más tarde. Ni siquiera tuvo tiempo de sentarse.

—Vamos a ir a ver al Hombre a las 11:00. ¿Tiene listo su material?

—Yo no soy el que debe hablar de los aspectos físicos, pero creo que Gregory puede manejar eso. En este momento está hablando con el almirante y con el señor Ritter. ¿El general Parks viene también?, preguntó Jack.

—Sí.

—Muy bien. ¿Cuántas ayudas visuales quiere que lleve? El juez Moore pensó el tema unos instantes.

—No queremos marcarlo. Un par de tomas generales y un buen diagrama. Usted realmente cree que es importante, ¿no?

—No es una amenaza inmediata para nosotros por más que lo imaginemos, pero sí un desarrollo que no queremos de ninguna manera. El efecto sobre las conversaciones de control de armamento es difícil de medir. No creo que exista una conexión dir…

—No la hay, estamos seguro de eso. —El director de la Central de Inteligencia hizo una pausa para dar lugar a una mueca… Bueno, creemos que estamos seguros.

—Señor, hay cierta información sobre este asunto flotando en el ambiente que yo no he visto todavía.

Moore sonrió con expresión benigna.

—¿Y cómo sabe usted eso, hijo?

—Pasé la mayor parte del último viernes revisando viejos archivos sobre el programa soviético de defensa de misiles. En 1981 realizaron un importante ejercicio de prueba desde las instalaciones de Sary Shagan. Sabemos muchas cosas sobre esa prueba. Por ejemplo, que los parámetros de la misión fueron cambiados desde el ministerio de Defensa. Aquellas órdenes estaban selladas en Moscú, y las entregaron en persona al comandante del submarino misilístico que disparó los pájaros: Marko Ramius. Él me relató la otra cara de la historia. Con eso y algunos otros elementos que encontré, llego a la conclusión de que tenemos un hombre dentro de aquel lugar, y muy arriba.

—¿Qué otros elementos?

Jack vaciló por un instante, pero decidió seguir adelante con las suposiciones.

—Cuando desertó el Octubre Rojo, usted me mostró un informe que había llegado desde muy adentro, también desde el ministerio de Defensa; el nombre

código del expediente era WILLOW, según recuerdo. Yo he visto solamente otra carpeta con ese nombre, sobre un tema completamente distinto, pero también relacionado con la defensa. Eso me hace pensar que existe una fuente con un nombre clave que cambia en un ciclo muy rápido. Usted sólo haría eso con una fuente sumamente delicada, y si se trata de algo para lo cual no estoy autorizado… bueno, no puedo menos que pensar que es algo celosamente guardado. Hace apenas dos semanas, usted me dijo que la apreciación de Gregory sobre Dushanbe estaba confirmada por otras fuentes, señor. —Jack sonrió. Usted me paga para establecer conexiones, juez. A mino me importa que me mantengan aparte con respecto a cosas que no necesito saber, pero estoy empezando a pensar que está sucediendo algo que es parte de lo que yo intento hacer. Si usted quiere que yo asesore al Presidente, señor, debería entrar allí con la información correcta.

—Siéntese, doctor Ryan. —Moore no se molestó en preguntar si Jack había hablado de esto con alguien más. ¿Había llegado la hora de sumar un nuevo miembro a la fraternidad? Después de un momento, dirigió Jack su particular e insinuante sonrisa.

Usted lo ha conocido. El juez siguió hablando durante un par de minutos. Jack se echó hacia atrás en el sillón y cerró los ojos. Después de pensarlo unos instantes pudo ver de nuevo aquella cara.

—Mi Dios. Y él nos está dando la información… ¿Pero podremos utilizarla?

—Él nos ha conseguido antes información técnica. Y la hemos empleado en su mayor parte.

—¿Decimos esto al Presidente? —preguntó Jack.

—No. Por propia idea de él, no nuestra. Hace algún tiempo nos dijo que no quería los detalles de las operaciones encubiertas, solamente los resultados. Es como la mayoría de los políticos… hablan demasiado. Pero por lo menos es inteligente como para darse cuenta de ello. Hemos perdido algunos agentes porque los presidentes hablaron demasiado. Para no mencionar a algunos miembros del Congreso. ¿Y cuándo esperamos que entre este informe?

Pronto. Quizás esta semana, o tal vez demore tres…

—Y si esto da resultado, podremos tomar lo que saben ellos y sumarlo a lo que sabemos nosotros… —Ryan miró por la ventana las ramas desnudas de los árboles. Desde que vine aquí, juez, me he preguntado a mí mismo, por lo menos una vez por día: ¿qué es más notable en este lugar, las cosas que sabemos o las que no sabemos?

Moore asintió con un movimiento de cabeza.

—Así es el juego, doctor Ryan. Reúna todas sus notas para la exposición. Pero ninguna referencia a nuestro amigo. Yo manejaré eso; si es que tengo que hacerlo Jack volvió a su oficina sacudiendo la cabeza. Varias veces había sospechado que él estaba autorizado para conocer algunas cosas que el Presidente no había visto nunca.

Ahora estaba seguro. Se preguntó si era una buena idea y tuvo que admitir que no lo sabía. Lo que seguía ocupando su cerebro era la importancia de ese agente y su información. Había precedentes: Aquel brillante agente Richard Sorge, en 1914 en Japón, cuyas advertencias a Stalin no fueron creídas. Oleg Penkovskiy, que había entregado a Occidente información sobre los militares soviéticos, evitando así, quizás, una guerra nuclear durante la Crisis de los Misiles en Cuba. Y ahora otro. No reflexionó sobre el hecho de que sólo él, en la CIA, había visto la cara del agente, aunque no conocía su nombre verdadero ni su nombre-clave. Nunca se le ocurrió que el Juez Moore no conocía la cara de CARDENAL; durante años había evitado mirar la fotografía por razones que nunca hubiera podido explicar, ni siquiera a sus subdirectores.

Sonó el teléfono, y una mano salió de debajo de una manta para tomarlo:

—Hola.

—Buenos días, Candi —dijo Al Gregory, en Langley.

A tres mil doscientos kilómetros ele distancia, la doctora Candace Long se dio vuelta en la cama y miró el reloj.

—¿Estás en el aeropuerto?

—Todavía en Washington, querida. Si tengo suerte, volveré hoy, más tarde —sonaba cansado.

—Bueno, ¿pero qué está pasando? —preguntó ella.

—Alguien hizo una prueba, y yo tengo que explicar lo que significa a ciertas personas.

—Está bien. Avísame cuándo vas a llegar. Yo iré a buscarte. —Candi Long estaba todavía demasiado dormida para darse cuenta de que su prometido había quebrado una regla de seguridad al responder a su pregunta.

Por supuesto. Te quiero.

—Yo también, amor. —Colgó el teléfono y volvió a mirar la hora.

Tenía tiempo para dormir un rato más. Pensó que iría a su trabajo en el auto de una amiga. Al había dejado el suyo en el laboratorio antes de viajar al Este, y ella lo usaría para ir a buscarlo.

Ryan tuvo que llevar otra vez al mayor Gregory. Moore invitó al general Parks para que lo acompañara en el auto oficial de la Agencia.

—Ya se lo pregunté antes: ¿qué probabilidades hay de que podamos descubrir qué está haciendo Iván en Dushanbe?

Jack dudó antes de contestar, después razonó que Gregory iba a escucharlo todo en la Oficina Oval.

—Tenemos fuentes de información que están trabajando para descubrir qué hicieron para aumentar la potencia de emisión.

—Me encantaría saber cómo hacen eso ustedes —comentó el joven mayor.

—No. Confíe en lo que le diga. —Ryan apartó la vista del tránsito por un momento—. Si usted conociera cosas como esa y cometiera un desliz, podría matar gente… Ya ha ocurrido antes. Los rusos son muy duros con los espías. Todavía flota en el ambiente una historia sobre uno de ellos que fue cremado… lo metieron en un crematorio, pero vivo.

—¡Oh, vamos! Nadie es tan…

—Mayor, alguno de estos días usted debería salir de su laboratorio para comprobar qué repugnante puede ser el mundo realmente. Hace cinco años, hubo gente que quiso matar a mi mujer y a mi hijo. Tuvieron que volar casi cinco mil metros para hacerlo, pero vinieron de todos modos.

—¡Ah, cierto! Usted es el tipo…

—Ya es una vieja historia, mayor. —Jack estaba cansado de relatarla.

—¿Cómo es eso, señor? Me refiero… usted ha estado realmente en combate, la cosa verdadera, quiero decir…

—No es ninguna diversión. Ryan casi se ríe de sí mismo por enfocarlo de esa manera. —Lo único que uno tiene que hacer es actuar, eso es todo. O lo hace bien, o pierde. Y si tiene suerte no siente pánico hasta que todo ha pasado.

—Allá en el laboratorio usted dijo que había sido infante de marina… —Eso me ayudó un poco. Al menos, alguien se molestó en enseñarme algo sobre todo eso, hace mucho tiempo—. En la época en que estabas en la escuela secundaria, más o menos, pensó Jack sin decirlo. Y ya era suficiente sobre el tema. ¿Estuvo alguna vez con el Presidente?

No, señor.

—Me llamo Jack, ¿de acuerdo? Es un tipo macanudo; escucha con atención y hace buenas preguntas. No deje que lo engañe su apariencia soñolienta. Creo que lo hace para distraer a los políticos.

—¿Y son fáciles de engañar? —preguntó Gregory, provocando la risa de Jack.

—Algunos de ellos. El director del grupo de control de armamentos va a estar allí también. El Tío Ernie, Ernest Allen, es un viejo diplomático de carrera, de Dartmouth y Yale; es inteligente.

—El piensa que debemos negociar arrojando por la borda mi trabajo. ¿Por qué lo conserva el Presidente?

—Ernie sabe cómo tratar con los rusos, y es un profesional. No permite que las opiniones personales interfieran en su trabajo. Honestamente, yo no sé qué piensa sobre el tema. Es lo mismo que ocurre con los médicos. Un cirujano no está obligado a que le guste personalmente su paciente. Sólo tiene que poner en buenas condiciones lo que esté mal. Y el señor Allen… bueno, él sabe cómo superar toda la mierda que significaban las negociaciones. Usted nunca ha aprendido nada sobre eso, ¿no?

—Jack sacudió la cabeza mientras seguía mirando el tránsito. —Todo el mundo

piensa que es muy interesante, pero no es así. Yo nunca he visto nada más aburrido. Las dos partes dicen exactamente lo mismo durante horas; se repiten ellos mismos cada quince o veinte minutos, todo el día, todos los días. Entonces, después de una semana, más o menos, una de las partes— o la otra —hacen un pequeño cambio en su posición, y siguen repitiéndolo así durante horas. La otra parte consulta con su capital y hace, a su vez, una pequeña variación y sigue repitiendo lo mismo. Y así continúan durante semanas, meses, y a veces años. Pero el Tío Ernie es bueno para eso. Y lo encuentra apasionante. Yo personalmente, después de una semana, estaría dispuesto a iniciar una guerra, nada más que para terminar con el proceso de negociación—. Otra vez rio: —No crea que lo digo en serio. Es tan emocionante como mirar secarse la pintura, tedioso como el diablo, pero es importante, y se requiere una clase especial de inteligencia para realizarlo. Ernie es un viejo hijo de puta, seco cascarrabias, pero sabe cómo lograr que la misión se cumpla.

—El general Parks dice que quiere terminar con nuestro trabajo.

—Diablos, mayor, puede preguntárselo a él. A mí no me importaría averiguarlo yo mismo.

Jack dobló para salir de la Avenida Pennsylvania, siguiendo el auto de la CIA. Cinco minutos después, él y Gregory estaban sentados en la sala de recepción del ala oeste, debajo de una reproducción del famoso cuadro de Washington al cruzar el Delaware, mientras el juez hablaba con el asesor de seguridad nacional del Presidente, Jeffrey Pelt. El Presidente se hallaba finalizado una sesión con el secretario de Comercio. Finalmente, un agente del Servicio Secreto los llamó y los condujo a lo largo de los corredores.

Como sucede con los estudios de TV, la Oficina Oval es más pequeña de lo que la mayoría de las personas esperan. Indicaron a Jack y Gregory un pequeño sofá junto a la pared norte. Ninguno de los dos se sentó todavía: el Presidente estaba de pie junto a su escritorio. Ryan notó que Gregory se había puesto ahora un poco pálido, y recordó su propia experiencia la primera vez que fue hasta allí. Hasta los propios ocupantes de la Casa Blanca admiten ocasionalmente que se sienten intimidados por esa sala y el poder que ella contiene.

—¡Hola, Jack, otra vez! —El Presidente caminó con largos pasos para darle una mano. Yusted debe de ser el famoso mayor Gregory.

—Sí, señor… _ Gregory casi se ahogó al oír eso, y tuvo que aclararse la garganta. Quiero decir, sí, señor Presidente.

—Tranquilícese, y tome asiento. ¿Quiere un poco de café? Señaló la bandeja que había en una esquina de su escritorio. Los ojos de Gregory casi salen de sus órbitas cuando vio que el Presidente le servía una taza. Ryan hizo lo posible para evitar una sonrisa. El hombre que había hecho de nuevo «imperial» a la presidencia —cualquiera fuese el significado de eso—, era un genio para conseguir que las personas

se aflojaran. O que parecieran aflojarse, se corrigió Jack. La maniobra del café a veces las ponía más nerviosas, y tal vez aquello no fuera impensado. —Mayor, he oído grandes cosas sobre usted y su trabajo. El general dice que usted es la más brillante de sus estrellas—. Parks se movió inquieto en su sillón al oír eso. El Presidente se sentó junto a Jeff Pelt. —Bueno, empecemos.

Ryan abrió su portafolios y puso una fotografía sobre la mesa baja. Después agregó un diagrama.

—Señor Presidente, ésta es una toma desde satélite de lo que nosotros llamamos los emplazamientos Bach y Mozart. Se encuentran en lo alto de una montaña, al sudeste de la ciudad de Dushanbe, en la República Socialista Soviética de Tadzhik, a unos ciento quince kilómetros de la frontera afgana. La montaña tiene aproximadamente dos mil trescientos metros de altura. Los hemos tenido bajo vigilancia desde hace dos años. Esto es —sacó otra fotografía—. Sary Shagan. Los rusos han estado haciendo allí trabajos de defensa contra misiles balísticos durante los últimos treinta años. Esta instalación, aquí, se cree que está destinada a prueba de armas láser. Pensamos que los rusos han logrado un descubrimiento importante en este lugar, con respecto a la potencia de emisión, hace unos dos años. Entonces trasladaron esas actividades a Bach para mejor aprovechamiento. La semana pasada efectuaron lo que fue probablemente una prueba de máxima potencia.

—Este complejo, aquí en Bach, es un trasmisor láser.

—¿Y con él destruyeron un satélite? —preguntó Jeff Pelt.

—Sí, señor —contestó el mayor Gregory—. Lo «redujeron a escoria», como decimos en el laboratorio. Le enviaron tanta energía como para fundir parte del metal y destruir totalmente las células de energía solar, sin dejar ninguna.

—¿Nosotros no podemos hacer eso todavía? —preguntó a Gregory el Presidente.

—No, señor. No podemos poner tanta potencia en el extremo frontal.

—¿Cómo es que se hallan más adelante que nosotros? Estamos invirtiendo mucho dinero en lásers, ¿no es así, general?

Parks se sentía incómodo por los recientes desarrollos, pero su voz sonó desapasionada.

—También lo hacen los rusos, señor Presidente. Han conseguido algunos pocos saltos adelante gracias a sus experiencias en fusión. Han estado invirtiendo en investigación de física de alta energía durante años, como parte de un esfuerzo para tener reactores de fusión nuclear. Hace unos quince años unieron esas investigaciones al programa de defensa contra misiles. Si se invierte tanto tiempo y esfuerzo en la investigación básica, es de esperar un rendimiento, y ellos lo han obtenido, y en alto grado. Inventaron el RFO —cuadripolo de radiofrecuencia— que nosotros usamos en nuestros experimentos con el rayo de partícula-neutra. Inventaron el dispositivo de contención —magnética Tokamak, que nosotros copiamos en Princeton, e inventaron

el Girotrón. Esos son tres importantes descubrimientos en la física de alta energía que han llegado a nuestras propias investigaciones para Iniciativa de Defensa Estratégica, y es seguro que ellos han efectuado las mismas aplicaciones.

—Muy bien, ¿qué sabemos sobre esa prueba que han realizado? Otra vez fue el turno de Gregory.

—Señor, sabemos que se originó en Dushanbe porque los únicos otros emplazamientos de lásers de alta energía —en Sary Shagan y Semipalatinsk— se encontraban debajo del horizonte visible… quiero decir, ellos no podían ver el satélite desde allí. Sabemos que no se trataba de un láser infrarrojo porque los sensores del avión Cobra Belle habrían captado el rayo. Si yo tuviera que arriesgar, señor, diría que el sistema emplea el láser de electrón libre…

—Es así —acotó el juez Moore—. Ya hemos confirmado eso.

—Es el mismo sobre el que estamos trabajando en Tea Clipper. Parece que ofrece el mejor potencial para aplicación en armas.

—¿Puedo preguntar por qué, mayor? —interrogó el Presidente.

—Rendimiento en potencia, señor. La efectiva estimulación del láser se produce en una corriente de electrones libres —eso significa que no están formando parte de los átomos como es normal, señor— en el vacío. Se utiliza un acelerador lineal para producir una corriente de electrones y se los dispara en el interior de la cavidad, que contiene un láser de baja energía brillando a lo largo de su eje. De esa manera se pueden usar electroimanes para provocar oscilaciones en los electrones en sentido transversal a su recorrido. Así se obtiene un halo de luz que coincide con la frecuencia de oscilación de los imanes de estimulación, y eso significa que se puede graduar la frecuencia como se sintoniza una radio. Alterando la energía del rayo se puede elegir exactamente la frecuencia de luz que se genera. Entonces es posible reciclar los electrones otra vez al acelerador lineal y volver a dispararlos al interior de la cavidad de estimulación. Como los electrones ya se encuentran en un estado de alta energía, se gana así una gran cantidad de eficacia en potencia. El límite, señor, reside en que teóricamente se puede emitir al exterior el cuarenta por ciento de la energía que se dispara al interior. Y si se puede obtener ese rendimiento es posible destruir cualquier cosa que esté a la vista… cuando hablamos de niveles de alta energía, señor, lo estamos haciendo en términos relativos. Comparada con la potencia eléctrica que emplea este país para cocinar, la magnitud necesaria para un sistema de defensa láser es despreciable. El problema consiste en lograr que funcione realmente. Todavía no lo hemos resuelto.

—¿Por qué no? —El Presidente se mostraba interesado, y se había inclinado ligeramente hacia adelante en su sillón.

—Todavía estamos estudiando cómo hacer que el láser funcione, señor. El problema fundamental reside en la cavidad de estimulación; allí es donde la energía

surge de los electrones y se convierte en un rayo de luz. Aún no hemos podido construir una cavidad de amplitud suficiente. Si la cavidad es demasiado estrecha, se produce tal densidad de alta potencia que se funden los recubrimientos ópticos, tanto en la misma cavidad como en los espejos que se usan para apuntar el rayo.

—Pero ellos han resuelto el problema. ¿Cómo cree usted que lo han logrado?

—Yo sé lo que estamos tratando de hacer. Cuando se les extrae energía para el rayo láser, los electrones pierden parte de su carga, ¿verdad? Eso significa que se debe disminuir gradualmente el campo magnético que los contiene… pero recordemos que, al mismo tiempo, hay que continuar también la acción de los imanes de estimulación dentro del campo. Todavía no hemos podido resolver eso. Probablemente ellos sí, y no es difícil que lo hayan hecho partiendo de sus investigaciones en cuanto a potencia de fusión. Todas las ideas para obtener energía de la fusión controlada están relacionadas con el uso de un campo magnético para contener una masa de plasma de alta energía… en principio, lo mismo que nosotros estamos tratando de hacer con los electrones libres. La mayor parte de la investigación básica en ese campo viene de Rusia, señor. Están adelante de nosotros porque han invertido más tiempo y dinero en el lugar más importante.

—Muy bien, gracias, mayor. —El Presidente se volvió hacia el juez Moore: Arthur, ¿qué piensa la CIA?

—Bueno, no podemos estar en desacuerdo con el mayor Gregory… él acaba de pasar un día explicando todo esto a nuestra gente de Ciencia y Tecnología. Hemos confirmado que los soviéticos tienen efectivamente seis lásers de electrones libres en ese lugar. Han logrado un descubrimiento en cuanto a potencia de emisión, y estamos tratando de averiguar con exactitud en qué consistió ese descubrimiento.

—¿Pueden hacer eso? —preguntó el general Parks.

—Dije que estamos tratando, general. Si tenemos mucha suerte, recibiremos una respuesta hacia fin de mes.

—Muy bien, sabemos que pueden construir un láser muy poderoso —dijo el Presidente-La siguiente pregunta: ¿es un arma?

—Probablemente no, señor Presidente —contestó el general Parks—. Al menos, no por ahora. Todavía tienen un problema con la dispersión térmica, porque no han podido copiar nuestras ópticas ajustables. Han conseguido un montón de tecnología de Occidente pero, hasta ahora, no tienen eso. Hasta que no lo consigan, no pueden usar el láser basado en tierra como lo hemos hecho nosotros, es decir, usando espejos en órbita para reflejar el rayo hasta un blanco distante. Pero lo que ellos ya tienen puede probablemente hacer un gran daño a un satélite en órbita terrestre baja. Existen formas de proteger a los satélites contra eso, naturalmente, pero se trata del viejo enfrentamiento entre blindajes más resistentes y cabezas de guerra más penetrantes. Al final, generalmente triunfa la cabeza de guerra.

—Motivo por el cual nosotros deberíamos negociar la eliminación de las armas. —Ernie Allen habló por primera vez. El general Parks lo miró con visible irritación —. Señor Presidente, nosotros estamos obteniendo ahora una muestra, sólo una muestra, de la peligrosidad y capacidad desestabilizadora que pueden tener estas armas. Si consideramos simplemente a ese lugar Dushanbe como un arma antisatélite, observen las implicaciones que tiene para verificación del cumplimiento del tratado de armamento, y en general para reunión de inteligencia. Si no tratamos de detener ahora estas cosas, todo lo que lograremos será el caos.

—Usted no puede detener el progreso observó el general Parks.

—¿Progreso? —rugió Allen—. Diablos, tenemos sobre la mesa un proyecto de tratado para reducir las armas a la mitad. Eso es progreso, general. En la prueba que hicieron ustedes hace poco sobre el Atlántico Sur erraron la mitad de los disparos… yo puedo lograr que se eliminen tanto misiles como usted.

Ryan pensó que el general se iba a levantar de su sillón al oír eso Pero, en cambio, adoptó su disfraz intelectual:

—Señor Allen, esa fue la primera prueba de un sistema experimental, y la mitad de los disparos batieron efectivamente sus blancos. En realidad, se eliminaron todos los blancos en menos de un segundo. El mayor Gregory, aquí presente, podrá resolver ese problema de puntería para el verano próximo… ¿verdad, hijo?

—¡Sí, señor! —exclamó Gregory con decisión. Lo único que tenemos que hacer es volver a trabajar un poco la codificación.

`Muy bien. Si la gente del juez Moore nos puede decir qué han lecho los rusos para aumentar la potencia de sus lásers, nosotros ya tenemos probado y evaluado en su mayor parte el resto de la arquitectura del sistema. En dos o tres años tendremos todo completo… y entonces podremos empezar a pensar seriamente en el despliegue.

—¿Y si los soviéticos empiezan a destruirles sus espejos en el espacio? —preguntó secamente Allen—. Podrán tener el mejor sistema láser en tierra que se haya construido en la historia, pero no logrará mucho más que defender Nuevo México.

—Primero tendrán que encontrarlos, y ese es un problema mucho más difícil de lo que usted cree. Podemos colocarlos a alturas increíbles, entre quinientos y mil seiscientos kilómetros. Podemos usar tecnología Stealth para que sean difíciles de localizar por los radares… no se puede hacer eso con la mayor parte de los satélites, pero sí con estos. Los espejos van a ser relativamente pequeños y livianos. Eso significa que podemos desplegarlos en cantidad. ¿Se da cuenta usted de qué grande es el espacio y que allá arriba están orbitando miles de restos inservibles? Jamás podrían atacarlos a todos —concluyó Parks con seguridad.

—Jack, usted ha estado junto a los rusos. ¿Qué piensa? —preguntó a Ryan el Presidente.

—Señor Presidente, la fuerza principal contra la cual estamos luchando es la fijación soviética por la defensa de su territorio… y quiero enfatizar que quieren defenderlo contra cualquier ataque. Han invertido treinta años de trabajo y una montaña de dinero en este campo, porque están convencidos de que vale la pena hacerlo. En la época de la administración Johnson, Kosygin dijo: «La defensa es moral, el ataque es inmoral». Esa es la forma de pensar rusa, señor, no sólo comunista. Si he de ser honesto, considero que es muy difícil discrepar con ese argumento. Si entramos en una nueva fase en la competición, por lo menos deberá ser defensiva en vez de ofensiva. Es más bien difícil matar un millón de civiles con un láser —comentó Jack.

—Pero cambiará todo el equilibrio de poder —objetó Ernest Allen.

—El equilibrio de poder puede ser aceptablemente estable, pero sigue siendo una locura en sus fundamentos —dijo Ryan.

—Funciona. Mantiene la paz. —Señor Allen, la paz que tenemos es de continuas crisis. Usted dice que podemos reducir los inventarios a la mitad… otra vez, ¿y que? Se podrían cortar los inventarios soviéticos en sus dos terceras partes, y todavía les dejaríamos suficientes cabezas de guerra como para convertir a los Estados Unidos en un crematorio. Ocurre lo mismo con nuestro inventario. Como dije cuando volví de Moscú, el acuerdo de reducción que está puesto ahora en la mesa es sólo un barniz. No provee el más mínimo grado de seguridad adicional. Es un símbolos tal vez importante, pero con muy poco de substancia.

—Bueno… no sé —observó el general Parks—. Si se reduce a la mitad mi cantidad de blancos, yo no me opondría mucho.

El comentario le hizo ganar una malévola mirada de Allen.

—Si podemos descubrir qué están haciendo distinto los rusos, ¿cómo nos encontraríamos nosotros? —preguntó a continuación el presidente.

—¿Sí la CIA nos provee información que podernos usar? ¿Mayor? —Parks se volvió hacia Gregory.

—En este caso tendremos un sistema de armas que podremos hacer funcionar en tres años, y desplegarlo unos cinco o diez años después —respondió el mayor.

—Usted está seguro —dijo el Presidente.

—Tan seguro como puedo estarlo, señor. Al igual que con el Programa Apollo, señor, no es tanto un problema de inventar una nueva ciencia sino simplemente encontrar cómo diseñar una tecnología que ya tenemos. Es sólo cuestión de resolver algunos detalles menores.

—Usted es un joven muy seguro de sí mismo, mayor —comentó Allen con tono académico.

—Sí, señor, lo soy. Pienso que podemos hacerlo. Señor Allen, nuestro objetivo no es tan distinto del de ustedes. Ustedes quieren deshacerse de las armas nucleares, y

nosotros también. Tal vez podamos ayudarlos, señor.

—¡Booing!, pensó Ryan escondiendo rápidamente una sonrisa. Se oyeron en la puerta unos discretos golpecitos. El Presidente miró su reloj.

—Tengo que interrumpir esto. Debo ir a tratar ciertos programas antidroga durante un almuerzo con el Fiscal General. Gracias por su tiempo. —Dio una última mirada a la fotografía de Dushanbe y se puso de pie. Todos los demás lo imitaron. Después salieron en fila por la puerta lateral, disimulada en la pared cubierta de estuco blanco.

—Buen comienzo, muchacho —dijo Ryan a Gregory en voz baja.

Candi Long subió al auto frente a su casa. Lo conducía una amiga, a quien había conocido en Columbia, la doctora Beatrice Taussig, otra especialista en física óptica. Su amistad databa de la época de estudiantes. Era mucho más llamativa que Candi. Manejaba un auto deportivo Nissan 3002, y tenía un montón de boletas por infracciones de tránsito para ofrecer como prueba. El auto hacía juego con su ropa, el estilo de su peinado y su desenfadada personalidad, que hacía dar vuelta a los hombres como una llave de luz.

—Buenos días, Bea. —Candi Long se deslizó al interior del automóvil y se ajustó el cinturón de seguridad antes de cerrar la puerta, cuando conducía Bea, había que ajustarse siempre el cinturón… aunque ella parecía no molestarse nunca en hacerlo.

—¿Una noche difícil, Candi? —Esa mañana tenía puesto un austero traje sastre de lana, no demasiado masculino, completado con un pañuelo de seda al cuello. Long nunca pudo comprenderlo. Si tenía que pasar todo el día cubierta con un ordinario guardapolvo blanco de laboratorio, a quién le importaba un comino qué llevaba puesto debajo… excepto a Al, por supuesto, pero a él le interesaba lo que había debajo de lo que había debajo, pensó con una sonrisa.

—Duermo mejor cuando él está aquí.

—¿Adónde fue? —preguntó Taussig.

—A Washington. —Bostezó. El sol, en ascenso, proyectaba sombras sobre el camino al frente.

—¿Para qué? —Bea hizo un cambio de marcha y aceleró para subir la rampa hacia la autopista. Candi sintió la presión del cinturón al desplazarse bruscamente hacia un costado. ¿Por qué su amiga tendría que conducir de esa manera? Ese no era el Gran Premio de Mónaco.

—Dijo que alguien había hecho una prueba, y él tenía que explicársela a no sé quién o quiénes.

—Mmm… —Beatrice miró el espejo y dejó el auto en tercera velocidad mientras buscaba un hueco en medio del tránsito de esa hora pico. Con la mayor destreza ajustó su velocidad y metió el auto en un espacio apenas tres metros mayor que su Z Sport. La respuesta a su maniobra fue un furioso bocinazo del auto que iba atrás. Ella

se limitó a sonreír. Con una parte de su cerebro no ocupada en el tránsito razonó sobre el hecho de que, cualquiera fuese la prueba que Al estaba explicando, no era norteamericana. Y no había demasiada gente haciendo pruebas de que ese particular fenómeno enano tuviera que explicar. Bea no podía entender qué había visto Candi en el Al Gregory. El amor es ciego, se dijo a sí misma, además de sordo y mudo… y probablemente estúpido. La pobre y simple Candi Long… podría haber tenido mejor suerte. Si ella hubiera podido compartir la habitación con Candi en la escuela… si hubiera alguna forma de hacerle saber…— ¿Cuándo va a volver Al?

—Quizás esa noche. Me va a avisar. Iré a buscarlo en su auto. Lo dejó en el laboratorio.

—Tendrás que poner una toalla en el asiento antes de sentarte bromeó Bea. Gregory tenía un Chevy Citation. El auto perfecto para un payaso, pensó. Estaba lleno de envoltorios de celofán de Hostess Twinkies, y lo lavaba una vez al año, fuera o no necesario, Se pregunto cómo sería en la cama, pero hizo a un lado la idea. No a la mañana, no cuando apenas acababa de despertarse. Pensar en su amiga… mezclada con eso, le hizo poner la piel de gallina. Candi era tan ingenua, tan inocente…, ¡tan tonta!, con respecto a algunas cosas. Bueno, tal vez algún día se despertara. Aún había esperanzas. —¿Cómo anda el trabajo con tu espejo de diamante?

—¿ADAMANT? Tienes que darnos un año más, entonces lo sabremos. Cómo me gustaría que tú hubieras seguido trabajando con mi grupo dijo la doctora Long.

Entiendo más todo lo que sea administrativo —contestó Bea con absoluta honestidad—. Además, yo sé que no soy tan inteligente como tú.

—Pero más bonita respondió Candi con aire pensativo. Bca se volvió para mirar a su amiga. Sí, todavía había esperanza.

Misha recibió el informe terminado alrededor de las dieciséis. Se había demorado —le explicó Bondarenko— porque todas las secretarias autorizadas para trabajar con documentación secreta al máximo grado estaban ocupadas con otro material. Eran cuarenta y una páginas, incluyendo los diagramas. El joven coronel era tan bueno como cuando hablaba, aprecio Filitov. Había traducido toda la incomprensible jerga técnica a un idioma claro y simple. Misha había pasado toda la semana anterior leyendo cuanto texto pudo encontrar en los archivos referido a lásers. Si bien no comprendía realmente los principios de operación con la necesaria claridad, pudo confiar a su memoria los detalles de ingeniería. Lo hacía sentirse como un loro. Podía repetir las palabras sin la comprensión absoluta de su significado. Bueno, con eso era suficiente.

Leyó lentamente memorizando a medida que avanzaba. A pesar de su voz de campesino y sus rudas palabras, tenía una agudeza cerebral mucho mayor de lo que creía Bondarenko. Que finalmente no necesitó, tal como resultaron las cosas. La parte importante del descubrimiento parecía bastante sencilla: no era cuestión de aumentar

el tamaño de la cavidad de estimulación, sino de adaptar su forma al campo magnético. Teniendo la forma apropiada, el tamaño podía aumentarse casi a voluntad… y el nuevo factor limitativo pasó a ser una parte del conjunto superconductor del control del pulso magnético. Misha suspiró. Occidente lo había logrado una vez más. La Unión Soviética no tenía los materiales apropiados. De modo que, como siempre, la KGB los había obtenido de Occidente; esta vez enviados a través de Checoslovaquia, vía Suecia. ¿No aprenderían nunca?

El informe concluía con que el otro problema restante se hallaba en los sistemas ópticos y de computación. Tendré que ver qué están haciendo al respecto nuestros órganos de inteligencia, se dijo Filitov. Finalmente, pasó veinte minutos revisando el diagrama del nuevo láser. Cuando llegó al punto en que podía cerrar los ojos y recordar hasta el más mínimo detalle, guardó otra vez el informe en su carpeta. Controló su reloj y apretó el botón para llamar a su secretario. El suboficial mayor apareció en la puerta pocos segundos después.

—¿Sí, camarada coronel?

—Lleva esto a Archivo Central, Sección 5, de máxima seguridad. Ah ¿y dónde está la bolsa de incineración de hoy?

—Yo la tengo, camarada.

Tráemela. —El hombre volvió a la secretaría y regresó en seguida con la bolsa de lienzo que se llevaba diariamente al cuarto de destrucción de documentos. Misha la tomó y empezó a llenarla de papeles—. Puedes retirarte. Yo la llevaré cuando salga.

—Gracias, camarada coronel.

—Tú trabajas bastante duro, Yuri Il’ych. Buenas noches. —Cuando la puerta se cerró detrás de su secretario, Misha sacó algunas páginas adicionales, documentos que no se habían originado en el ministerio. Cada semana, más o menos, él se hacía cargo personalmente de la bolsa de incineración. El suboficial encargado de las tareas de oficina de Filitov suponía que eso se debía a la bondad de su coronel, y tal vez porque había también algunos papeles particularmente delicados que se debían destruir. De cualquier manera, era una costumbre practicada desde antes de su designación como secretario del coronel, y los servicios de seguridad lo veían como algo de rutina. Tres minutos después, ya en camino hacia su auto, Misha entró en el cuarto de destrucción de documentos. Un joven sargento saludó al coronel como podría haberlo hecho con su abuelo, levantó la tapa del incinerador y la mantuvo abierta. Observó al Héroe de Stalingrado mientras apoyaba en el suelo su portafolio y usaba su brazo rígido para abrir la bolsa y el brazo bueno para levantarla, volcando tal vez un kilogramo de documentos secretos en el incinerador que funcionaba en el subsuelo del ministerio.

No tenía forma de saber que estaba ayudando a un hombre en el acto de destruir pruebas de alta traición. El coronel firmó en el registro la constancia de haber

quemado los documentos de su sección. Con una amistosa inclinación de cabeza, Misha dejó la bolsa de incineración en su gancho y salió por la puerta hacia el automóvil oficial que lo esperaba.

Esa noche volverían los fantasmas. Misha lo sabía. Y al día siguiente tornaría otra vez su baño de vapor y otro fragmento de información iniciaría su viaje hacia Occidente. En el camino a su departamento, el conductor se detuvo frente a un negocio de comestibles especial, que sólo estaba abierto para la elite. Allí las colas eran cortas. Misha compró salchichas, pan negro y una botella de medio litro de vodka Stolychnaya. En un gesto de camaradería, compró otra para su chofer. Cualquier joven soldado prefería la vodka antes que dinero.

Quince minutos más tarde, ya en su departamento, Misha sacó su diario de un cajón y, ante todo, reprodujo el diagrama agregado al informe de Bondarenko. De tanto en tanto dedicaba unos segundos a contemplar el retrato enmarcado de su esposa. En su mayor parte, el informe oficial coincidía exactamente con el manuscrito; el sólo tuvo que agregar diez nuevas páginas, entre las cuales insertó cuidadosamente las fórmulas críticas. Los informes de CARDENAL eran siempre modelos de brevedad y claridad, algo que era el resultado de una vida entera de escribir directivas operacionales. Cuando termino se puso un par de guantes y se dirigió a la cocina. Adherida magnéticamente al panel de acero de la parte posterior de su heladera fabricada en Alemania Occidental, había una pequeña cámara. Misha la manejó fácilmente a pesar de los guantes. Demoró solamente un minuto en fotografiar las nuevas páginas del diario, después, rebobinó la película y extrajo el pequeño rollo. Lo guardó en un bolsillo y volvió a colocar la cámara en su sitio antes de quitarse los guantes. Después de eso, reguló en cierta forma la abertura de las cortinas de las ventanas. Misha era particularmente cuidadoso. Un detenido examen de la puerta de su departamento pondría en evidencia algunas rayas y marcas en la cerradura, señales indudables de que un experto la había forzado para abrirla. En realidad, cualquiera podía hacer esas marcas. Cuando le confirmaran que su informe había llegado a Washington —señales de desgaste de neumáticos junto a un sector predeterminado del cordón de la acera— el coronel arrancaría las páginas del diario, las llevaría al ministerio en el bolsillo y luego las metería en la bolsa de incineración para volcarlas por último, personalmente, por la boca del incinerador. Misha había supervisado la instalación del sistema de destrucción de documentos hacía ya veinte años.

Cuando hubo completado su tarea, el coronel Mikhail Samyonovich Filitov volvió a mirar el retrato de Elena y preguntó si había hecho lo correcto. Pero Elena simplemente sonrió como siempre lo hacía. Todos estos años, pensó, y todavía te remuerde la conciencia. Sacudió la cabeza. Después, siguió la parte final del ritual. Comió salchichas y pan negro mientras acudían a visitarlo sus camaradas de la Gran

Guerra Patriótica muertos años atrás, pero no podía cobrar ánimo para preguntar a quienes habían muerto por su país si él estaba justificado para traicionarlo. Pensaba que ellos lo comprenderían aun mejor que su Elena, pero tenía miedo de comprobarlo. El medio litro de vodka tampoco le daba respuesta. Pero al menos drogaba su cerebro hasta la insensibilidad. Caminó inseguro hasta la cama poco después de las veintidós, dejando las luces encendidas.

Pocos minutos después de las veintidós pasó un automóvil por el ancho bulevar frente al edificio de departamentos, y un par de ojos azules observó las ventanas del coronel. Esta vez era Ed Foley. Notó la forma en que estaban graduadas las cortinas. En el camino hacia su propio departamento, un nuevo mensaje encubierto era transmitido. Un obrero sanitario de Moscú se encargaba de colocar un conjunto de señales. Eran detalles discretos, por ejemplo, una marca de liza en un poste de alumbrado, y cada uno de ellos habría de indicar a un integrante de la secreta cadena que debía encontrarse en el puesto asignado. Otro miembro del personal de la estación de la CIA en Moscú controlaba las señales al amanecer, y si algo andaba mal, el propio Foley podía hacer abortar todo.

Aunque el trabajo era sumamente tenso, Ed Foley consideraba divertidos muchos de sus aspectos. Por un lado, los propios rusos le habían facilitado al asignar a CARDENAL un departamento ubicado sobre una calle de intenso tránsito. Por otro, el desastre resultante de la remodelación del nuevo edificio de la embajada, le impedía ocupar con su familia algunas de las viviendas anexas, y gracias a esa circunstancia, Foley o su esposa estaban obligados a pasar todas las noches con su auto por ese bulevar. Además, se alegraban mucho por el hecho de que su hijo jugara en el equipo de hockey de ellos. Eso era algo que echaría de menos cuando se fuera de Moscú, se dijo Foley mientras descendía del auto. Ahora prefería el hockey de la liga juvenil antes que el béisbol. Bueno, siempre tendría el fútbol europeo. No quería que su hijo jugara fútbol norteamericano. Demasiados muchachos se lesionaban, y él no sería nunca lo suficientemente grande. Pero todo eso se refería al futuro, y todavía tenía el presente como para preocuparse.

Debía tener cuidado al hablar en voz alta en su departamento. Se suponía que en todas las habitaciones de todas las viviendas ocupadas por norteamericanos habían instalado dispositivos de escucha pero, con los años, Ed y Mary Pat se divertían también con eso. Después de entrar y colgar su abrigo, dio un beso a su mujer y le tocó cariñosamente la oreja al mismo tiempo. Ella sofocó una risita en reconocimiento, aunque ambos estaban bastante cansados de la tensión que provocaban las actividades de ambos. Sólo unos pocos meses más.

—¿Y cómo estuvo la recepción? —preguntó ella… a propósito para los micrófonos.

—La misma mierda de siempre —fue la respuesta que quedó grabada.

IX. Oportunidades

Beatrice Taussig no había hecho ningún informe, aunque consideraba significativo el desliz involuntario de Candi. Si bien su clasificación de seguridad le permitía conocer casi todo lo que ocurría en la Laboratorio Nacional de los Atamos, nadie le había hablado de ninguna prueba sin fecha determinada, y, aunque algunos trabajos sobre Iniciativa de Defensa Estratégica se desarrollaban en Europa y Japón, ninguno de ellos necesitaba de Al Gregory como intérprete. En consecuencia, sólo podía ser ruso; y si habían enviado al enano ridículo en avión a Washington —además, ella recordaba que había dejado su auto en el laboratorio, es decir que le habían mandado también un helicóptero—, tenía que tratarse de algo muy grande. A ella no le gustaba Gregory, pero no había motivos para que dudara de la calidad de su cerebro. Se preguntó qué clase de prueba sería, pero ella no estaba autorizada para conocer qué estaban buscando los rusos, y su curiosidad debía respetar la disciplina. Tenía que ser así. Lo que quería hacer era peligroso.

Pero formaba parte de la diversión, ¿verdad? Sonrió para sí misma.

—Todavía faltan tres. —Detrás de los afganos, los rusos se hallaban examinando los restos del An-26. El hombre que hablaba era un mayor de la KGB. Nunca había visto un avión caído en tierra, y sólo gracias al aire fresco que sentía en la cara pudo evitar la pérdida de todo su desayuno.

—¿Y su hombre? —El capitán de infantería del Ejército Soviético— hasta hacía muy poco asesor de batallón del Ejército Afgano títere —miró alrededor para asegurarse de que sus tropas estaban vigilando adecuadamente el perímetro. Su estómago se mantenía calmo hasta cierto punto. El hecho de haber visto cómo casi degollaban a su amigo ante sus ojos había sido la conmoción más intensa de su vida, y se preguntaba ahora si su camarada afgano podría ser salvado por la operación de emergencia.

—Todavía desaparecido, creo. —El fuselaje de la aeronave se había partido en varias secciones. Los pasajeros que ocupaban el sector anterior quedaron bañados en combustible cuando el avión chocó contra el suelo, y se habían quemado hasta resultar irreconocibles. Aun así, los soldados juntaron los restos y lograron reconstituir casi todos los cuerpos. Menos tres. Y los expertos forenses tendrían que determinar quién había muerto, con seguridad, y quién aún desaparecido. Normalmente, no se preocupaban tanto por las víctimas de un accidente de línea aérea. Técnicamente, el An-26 había pertenecido a Aeroflot y no a la Fuerza Aérea Soviética— pero en ese caso estaban haciendo un esfuerzo fuera de lo común. El capitán desaparecido formaba parte del Noveno Directorio «Guardias» de la KGB; era un oficial administrativo que se encontraba realizando una recorrida por la región, controlando las actividades de personal y de seguridad en ciertas zonas sensibles, sus

documentos de viaje incluían algunos papeles sumamente delicados pero, lo que era aún más importante, tenía un íntimo conocimiento de numeroso personal y actividades de la KGB. Los papeles podían haberse destruido —encontraron varios portafolios reducidos a cenizas—, pero hasta que no se confirmara la muerte del capitán habría algunas personas muy inquietas y nerviosas en el Centro Moscú.

—Dejó una familia… bueno, una viuda. Su hijo murió el mes pasado, me han dicho. Cierta clase de cáncer —comentó en voz baja el mayor de la KGB.

—Espero que ustedes se ocupen debidamente de la viuda —respondió el capitán.

—Sí, tenemos un departamento que maneja esas cosas. ¿Habrán podido llevárselo?

—Bueno, sabemos que estuvieron aquí. Siempre saquean los sitios donde hay restos, buscando armas. ¿Documentos? —El capitán se encogió de hombros—. Estamos peleando contra salvajes ignorantes, camarada mayor. Dudo de que tengan mucho interés en documentos de ninguna clase. Pueden haber reconocido por el uniforme que se trataba de un oficial de la KGB, y se lo han llevado para mutilar el cuerpo. Usted no podría creer lo que hacen a los cautivos.

—Bárbaros —murmuró el hombre de la KGB—. Derribar un avión de línea aérea desarmado. —Miró alrededor. Tropas afganas «leales»— era un adjetivo optimista, pensaba él —estaban colocando los cadáveres y restos separados en bolsas de goma que llevarían de regreso a Ghazni en helicóptero y luego transportarían a Moscú para su identificación—. ¿Y si se llevaron el cadáver de mi hombre?

—Nunca lo encontraremos. Bueno… hay cierta posibilidad, aunque no muy buena. Cada vez que veamos un buitre volando en círculos enviaremos un helicóptero, pero… —El capitán sacudió la cabeza—. Lo más probable es que usted ya tenga el cadáver, camarada mayor. Sólo llevará algún tiempo confirmarlo.

—Pobre infeliz, un hombre de escritorio. Ni siquiera estaba en su territorio, pero el hombre que habían designado para que viniera se encuentra en el hospital con problemas en la vesícula, y él se hizo cargo de la tarea sin perjuicio de las suyas propias.

—¿Cuál es su territorio asignado?

—La República Socialista Soviética de Tadzhik. Supongo que quiso el trabajo extra para apartar de su mente los problemas.

—¿Cómo te sientes, ruso? —preguntó el Arquero a su prisionero. No tenían muchas posibilidades en cuanto a atención médica. El equipo de médicos más cercano, formado por doctores y enfermeras franceses, se hallaba en una cueva próxima a Hasan Khel. Sus propios heridos, aptos para caminar, se dirigían hacia allá ahora. Los de mayor gravedad… bueno, ¿qué podían hacer? Tenían cierta cantidad de calmantes, morfina en ampollas, fabricada en Suiza, e inyectaron a los moribundos para aliviar sus dolores. En algunos casos, la morfina los ayudó a morir, pero los que

mostraron signos de recuperación eran transportados en camillas hacia el sudeste, en dirección a la frontera paquistaní. Los que sobrevivieran al viaje de casi cien kilómetros iban a recibir atención en algo que pasaba por ser un verdadero hospital, cerca del aeródromo clausurado de Miran Shah. El Arquero conducía a sus hombres. Había discutido y convencido a sus camaradas de que el ruso valía más vivo que muerto, porque los *Americanstani* les darían mucho por un miembro de la policía política rusa y sus documentos. Solamente el líder tribal podría haber destruido sus argumentos, pero había muerto. Lo habían enterrado tan apresuradamente como lo permitía su fe, pero ahora estaba en el Paraíso. Y el Arquero quedó como el más antiguo y confiable guerrero entre todos ellos.

—¿Quién hubiera podido decir, teniendo en cuanta la dureza de sus ojos y sus frías palabras, que por primera vez en tres años hubo piedad en su corazón?, hasta él mismo se sentía confundido. ¿Por qué habían entrado en su cabeza esos pensamientos? ¿Era acaso la voluntad de Alá? Tenía que ser; pensó. ¿Quién más pudo impedirme que matara a un ruso?

—Duele contestó finalmente el ruso. Pero la piedad del Arquero no llegaba hasta ese límite. La morfina que llevaban los *Mujahidines* era solamente para uso de ellos mismos. Después de echar un vistazo para asegurarse de que nadie lo veía, pasó al ruso las fotografías de su familia. Por un fugaz instante sus ojos se ablandaron. El oficial de la KGB lo miró con una sorpresa que superó al dolor. Tomó las fotos con su mano buena y las apretó contra el pecho. Se vio gratitud en su rostro, gratitud y perplejidad. El hombre pensó en su hijo muerto y analizó su propio destino. Lo peor que podía ocurrir, resolvió en medio de sus terribles dolores, era que se reuniría con su hijo, dondequiera que estuviese. Los afganos no podían dañarlo más de lo que ya estaba, en cuerpo y alma. El capitán había llegado al punto en que el dolor se había hecho como una droga, tan familiar que el sufrimiento era tolerable, casi confortable. Había oído decir que eso era posible, pero no lo había creído hasta ahora.

Sus procesos mentales todavía no funcionaban del todo bien. En su estado de semipenumbra se preguntaba por qué no lo habían matado. En Moscú había oído suficientes relatos sobre cómo trataban los afganos a sus cautivos… ¿y fue por eso que aceptaste voluntariosamente esa misión además de la tuya propia?, comenzó a preguntarse ahora cuál sería su destino, y cómo había contribuido él a buscarlo.

No puedes morir Valeriy Mikhailovich, debes vivir. Tienes una esposa, y ella ya ha sufrido lo suficiente, se dijo. Ya ha tenido que pasar por… El pensamiento se interrumpió espontáneamente. El capitán guardó las fotos en el bolsillo del pecho y se dejó arrastrar a la inconsciencia que parecía atraerlo, mientras su cuerpo luchaba por superar sus heridas. No se despertó cuando lo ataron a una tabla que colocaron sobre una litera. El Arquero ordenó iniciar la marcha.

Misha despertó con los ruidos de la batalla que reverberaban en su cabeza.

Todavía estaba oscuro afuera —aún faltaba un buen rato para que saliera el sol— y su primer movimiento consciente fue dirigirse al cuarto de baño, donde se mojó la cara con agua fría y tomó tres aspirinas. Hizo algunas arcadas sobre el inodoro, pero lo único que despidió fue un poco de bilis amarilla. Se levantó en dirección al espejo; quería ver cómo había obrado la traición sobre un Héroe de la Unión Soviética. Ya no podía detenerse y no lo haría, —por supuesto, pero… pero mira lo que te está haciendo, Misha. Aquellos ojos que alguna vez fueron claros y azules, estaban ahora inyectados en sangre y sin vida; la piel, antes rosada y casi rojiza, gris como la de un cadáver, y además floja y abolsada. La sombra de la barba en sus mejillas contribuía a desfigurar un rostro en que otras épocas había tenido hermosos y distinguidos rasgos. Estiró el brazo derecho y, como siempre, el tejido de la cicatriz apareció rígido como plástico. Se lavó la boca y salió caminando penosamente hacia la cocina para hacer un poco de café.

Por lo menos, aún le quedaba cierta cantidad, también comprado en una tienda de comestibles reservada a los miembros de la nomenklatura, y una máquina fabricada en Occidente para prepararlo. Pensó en comer algo, pero decidió beber solamente el café. En todo caso, podría completarlo luego con un poco de pan en la oficina. El café estuvo listo en tres minutos. Bebió rápidamente una taza, aunque estaba demasiado caliente. Luego llamó por teléfono para ordenar su automóvil oficial. Quería que lo buscaran temprano y, aunque no dijo que iría a visitar los baños esa mañana, el sargento que recibió la llamada en el servicio de transporte sabía cuál era la razón.

Veinte minutos después Misha apareció por la puerta del frente de su edificio. Ya tenía húmedos los ojos, y los entrecerró con un gesto de contrariedad para mirar hacia el lado donde soplaba el frío viento del noroeste, que parecía tratar de barrerlo nuevamente al interior del edificio. El sargento pensó en tender una mano y ayudar a su coronel, pero Filitov inclinó ligeramente el cuerpo para luchar contra la invisible fuerza de la naturaleza que lo impulsaba hacia atrás y logró entrar en el automóvil como siempre lo había hecho, como si estuviera abordando a su viejo T-34 para el combate.

—¿Los baños, camarada coronel? —preguntó el conductor después de ocupar el asiento delantero.

—¿Vendiste la vodka que te regalé?

—Bueno, sí, camarada coronel —contestó el muchacho.

—Hiciste bien, eso es más saludable que beberlo. A los baños.

Rápido —dijo el coronel con simulada gravedad—, y tal vez pueda seguir con vida.

—Si los alemanes no pudieron matarlo, mi coronel, dudo de que unas cuantas gotas de buena vodka rusa lo hagan —comentó alegremente el sargento.

Misha se permitió una breve risotada, aceptando de buen humor el relámpago que

sintió en la cabeza. Ese chofer hasta era parecido a su cabo Romanov.

—¿Te gustaría ser oficial algún día?

—Gracias, camarada coronel, pero quiero volver a la universidad para estudiar. Mi padre es ingeniero químico y tengo planes para seguirlo.

—Entonces, sargento, tu padre es un hombre de suerte. Vamos ya.

El auto llegó a los baños en diez minutos. El sargento esperó a que descendiera su coronel y luego estacionó en los lugares reservados, desde donde pudiera ver las puertas. Encendió un cigarrillo y abrió un libro. Ese trabajo era bueno, mucho mejor que andar arrastrándose de un lado a otro en el barro con una compañía de fusileros motorizados. Miró el reloj. El viejo Misha no volvería hasta una hora después. Pobre viejo desgraciado, pensó, estar tan solo. Qué miserable que un héroe deba llegar a esto.

Adentro, todos los pasos eran tan rutinarios que Misha podría haberlos dado dormido. Después de desvestirse buscó sus toallas y zapatillas y las ramas de abedul, y se dirigió a la sala de vapor. Había llegado más temprano que de costumbre. La mayor parte de los clientes habituales aún no habían aparecido. Tanto mejor. Aumentó el flujo de agua sobre los ladrillos refractarios y se sentó a esperar que cesaran los latidos que sentía en la cabeza. Otros tres hombres estaban diseminados en la sala. Reconoció a dos de ellos, pero no eran de su amistad, y ninguno de los dos parecía tener ganas de conversar. Eso era conveniente para Misha. El simple acto de mover la mandíbula le provocaba dolor, y las aspirinas demoraban su efecto ese día.

Quince minutos después comenzó a brotar el sudor de su blanco cuerpo. Levantó la vista y vio al empleado, oyendo en seguida el acostumbrado ofrecimiento para tomar un trago. Nadie aceptó y el comentario sobre la piscina parecían palabras muy apropiadas para un hombre en ese trabajo, pero lo que significaba exactamente cada expresión era: Todo seguro. Estoy listo para la transferencia. A manera de respuesta, Misha secó el sudor de la frente con un gesto algo exagerado, común en los hombres de edad. Listo. El empleado abandonó la sala. Lentamente, Misha comenzó a contar hasta trescientos. Cuando llegaba a doscientos cincuenta y siete, uno de los clientes alcohólicos se puso de pie y salió. Misha lo notó, pero no se preocupó por ello. Tenía sobrada experiencia. Cuando llegó a trescientos se levantó bruscamente y salió de la sala sin decir una palabra.

El aire estaba mucho más frío en el vestuario, y pudo ver que el otro hombre aún no se había marchado, estaba conversando con el empleado de una cosa u otra. Misha esperó pacientemente que el empleado lo viera. Al advertirlo, el joven se dirigió a él, y el coronel se adelantó unos pocos pasos, Misha dio un traspié en una baldosa floja y estuvo a punto de caer. Estiró hacia adelante su brazo sano. El empleado lo tomó, o casi lo hace. Las varas de abedul cayeron al suelo.

El joven las recogió rápidamente y ayudó a Misha a afirmarse sobre sus pies.

Segundos después le dio una toalla limpia para la ducha y lo invitó a dirigirse a ella.

—¿Se encuentra bien, camarada? —preguntó el otro hombre desde el extremo opuesto al vestuario.

—Sí, gracias. Mis viejas rodillas, y estos pisos viejos. Tendrían que ocuparse del estado del piso.

—Por cierto que sí. Venga, podemos tomar juntos la ducha —dijo el hombre. Tenía unos cuarenta años y su aspecto era por demás común, excepto sus ojos inyectados en sangre. Otro bebedor, pensó Misha en seguida—. ¿Entonces usted estuvo en la guerra?

—Tanquista. Recibí un impacto del impacto del último cañón alemán… pero yo también le di a él; en Kursk Bulge.

—Mi padre estuvo allá. Prestaba servicios en el Séptimo Ejército de Infantería, a órdenes de Konev.

—Yo estaba del otro lado: en el Segundo de Tanques, con Konstantin Rokossovskiy. Mi última campaña.

—Ya veo por qué, camarada…

—Filitov, Mikhail Semyonovich, coronel del arma de tanques.

—Yo soy Klementi Vladimirovich Vatutin, pero no soy ningún héroe. Es un placer conocerlo, camarada.

—Para un viejo, es bueno recibir una muestra de respeto.

El padre de Vatutin había actuado en la campaña de Kursk, pero como oficial político. Se había retirado con el grado de coronel de la NKVD, y su hijo había seguido sus pasos, ingresando en la agencia que luego recibió la denominación de KGB.

Veinte minutos después, el coronel partió hacia su oficina el empleado de los baños había salido por la puerta trasera y entrado por la de la tintorería y limpieza a seco. El encargado se hallaba aceitando una bomba de presión cuando lo llamaron. Por una cuestión de simple seguridad, el hombre que recibió de sus manos el casete no debía conocer su nombre ni donde trabajaba. Guardó la película en el bolsillo, le entregó tres botellas de medio litro de licor y volvió a su tarea de aceitar la bomba; los latidos de su corazón se habían acelerado como siempre ocurría en esos días. En su fuero íntimo le hacía mucha gracia que el trabajo asignado para encubrirlo como «agente» de la CIA —ciudadano soviético que cumplía tareas para la agencia de inteligencia norteamericana— rindiera tanto en su propio beneficio económico. El tráfico de alcohol por debajo del mostrador le significaba obtener en pago rublos «certificados» que se podían usar para comprar artículos occidentales y mercaderías de primera calidad en las tiendas de moneda fuerte. Puso eso en la balanza para contrarrestar la tensión de su trabajo, mientras se lavaba las manos para quitarse el aceite de máquina. Hace seis meses que formaba parte de esa línea de contactos y,

aunque él no lo sabía, su participación en la línea pronto tendría fin. Lo seguirán usando para pasar información, pero no para CARDENAL. El hombre de los baños buscaría muy pronto otro empleo, y esa cadena de agentes sin nombre sería disuelta… e imposible de investigar aun para los implacables funcionarios de contrainteligencia del Segundo Directorio General de la KGB.

Quince minutos después apareció una clienta habitual con uno de sus abrigos ingleses. Era un Aquascutum, con forro desmontable con cremallera. Como siempre, la mujer dijo algo referido al cuidado que le pedía con la prenda y que usara el procedimiento de limpieza más suave que fuera posible. Como siempre también, él asintió recordándole que su tintorería era la mejor de la Unión Soviética. Pero no tenía formularios impresos, y escribió a mano tres recibos con papel carbónico. Pinchó el original al abrigo con un alfiler; guardó una de las copias en una pequeña caja, y la tercera… pero antes revisó los bolsillos.

—Camarada, aquí ha dejado algo de dinero. Se lo agradezco, pero no me hace falta. —Se lo entregó junto con el recibo. Y algo más.

Era tan fácil. Nunca nadie revisaba los bolsillos, igual que en Occidente.

—Ah, usted es ciertamente un hombre honrado-dijo la dama con un extraño formalismo, común en la Unión Soviética. —Buenos días, camarada. Hasta pronto.

—Buenos días —respondió el hombre—. ¡El que sigue!

La mujer —su nombre era Svetlana— salió en dirección a la estación del subterráneo, como de costumbre. Su cálculo de tiempo le permitía una lenta caminata en caso de problemas en cualquiera de 1as dos puntas de sus contactos. Las calles de Moscú estaban invariablemente colmadas de gente, seria y apresurada. Muchos miraron el abrigo que llevaba puesto sin ocultar un fugaz sentimiento de envidia. Tenía una amplia colección de ropas inglesas porque había viajado muchas veces a Occidente como parte de su trabajo en GOSPLAN, el ministerio soviético de Planeamiento Económico. Y fue en Inglaterra donde el Servicio Secreto de Inteligencia británico logró reclutarla. La usaban en la cadena de CARDENAL porque la CIA no tenía muchos agentes disponibles en Rusia, pero siempre le daban tareas a cumplir únicamente en el centro de la cadena, nunca en alguna de las punta. Los informes propios que ella proporcionaba a Occidente eran de carácter económico y de bajo nivel, y sus ocasionales servicios como integrante de la cadena eran en realidad mucho más útiles que la información de la que ella estaba tan orgullosa. Los funcionarios de quienes dependía nunca se lo dijeron, por supuesto; todo espía cree siempre que entrega la información más importante que alguna vez haya salido. Eso hacía el juego por demás interesante, y, sin perjuicio de otras motivaciones posibles (ideológicas o de cualquier naturaleza), los espías consideraban que el suyo era el más grande de todos los juegos, ya que, invariablemente, debían superar en inteligencia y astucia a los más formidables recursos de sus propios países. En

realidad, Svetlana disfrutaba su permanente situación entre la vida y la muerte, aunque ella misma no sabía por qué. Creía también que la encumbrada posición de su padre —miembro titular del Comité Central— podía protegerla de cualquier cosa. Después de todo, su influencia le permitía viajar dos o tres veces por año a Europa Occidental, ¿verdad?

Su padre era un hombre fastuoso, pero Svetlana era su única hija, la madre de su única nieta, y el centro de su universo.

Entró en la estación Kunetskiy Most a tiempo para ver partir un tren. La exactitud del tiempo era siempre la parte más difícil. En las horas punta, los trenes del subterráneo de Moscú corrían con una separación de apenas treinta segundos. Svetlana controló su reloj: una vez más había regulado perfectamente su llegada. Su contacto vendría en el próximo tren. Caminó a lo largo de la plataforma hasta el punto exacto correspondiente a la primera puerta del segundo vagón, asegurándose de que sería la primera en subir. Sus ropas la ayudaban A menudo la confundían con una extranjera, y los moscovitas trataban a los extranjeros con una deferencia sólo comparable a la que recibe la realeza… o a los enfermos graves. No tuvo que esperar mucho. Pronto oyó el retumbar del tren que se acercaba, Las cabezas se volvieron, como siempre lo hacían, para ver las luces del primer coche, y el rechinar de los frenos llenó la abovedada estación con un ruido agudo y penetrante. Se abrió la puerta y salió un tropel de gente. Después subió Svetlana y dio unos pocos pasos hacia la parte posterior del coche. Se tomó de la barra de seguridad que corría de un extremo a otro —todos los asientos estaban ocupados y ningún hombre le ofreció el suyo— y se colocó mirando hacia adelante en el momento en que el tren arrancaba otra vez. Su mano izquierda, sin guante, estaba metida en el bolsillo de su abrigo.

Ella no había visto nunca la cara de su contacto en ese tren, pero sabía que él había visto la suya. Quienquiera que fuese, apreciaba muy bien la delgada figura de Svetlana. Ella se daba cuenta por su señal. En medio de la gente apretujada, una mano oculta por un ejemplar del Izvestia le rozaba la nalga izquierda y se detenía para darle un suave pellizco. Eso era nuevo, y ella debía contener el impulso de darse vuelta para verle la cara. ¿Sería un buen amante? No le vendría mal tener otro. Su anterior marido era tan… pero, no. Era mejor de esa manera, más poético, más ruso; que un hombre cuya cara ella nunca había visto, la encontrara hermosa y deseable. Svetlana apretó el rollito de película entre el pulgar y el dedo índice, esperando que en los próximos dos minutos el tren se detuviera en Pushkinskaya. Tenía los ojos cerrados y un milímetro de sonrisa se formó en sus labios mientras hacía conjeturas sobre la identidad y atributos de ese contacto cuya mano la acariciaba. Su jefe se habría horrorizado, pero ella no dio otra señal exterior.

El tren aminoró la velocidad. Las personas se levantaron de sus asientos, y los que estaban de pie comenzaron a moverse esperándose para descender. Svetlana sacó

la mano del bolsillo. El rollito estaba resbaloso, por humedad o por una substancia aceitosa de la tintorería que ella no pudo saber. La mano se apartó de su cadera por fin, con un perezoso movimiento de suave presión y se levantó para recibir el pequeño cilindro de metal en el momento en que la cara de ella girara a la derecha.

Inmediatamente detrás de ella, una mujer de edad avanzada dio un traspié y empujó involuntariamente al contacto. La mano del hombre golpeó el rollo en la de Svetlana. Por un momento ella no se dio cuenta, pero en el instante en que el tren se detuvo, el hombre estaba en cuatro patas buscando para tomarlo. Ella miró hacia abajo y su sorpresa fue mayor que su horror al verle la nuca. El hombre se estaba quedando calvo, y el escaso pelo que cubría sus orejas era gris… ¡un viejo! En pocos segundos logró recoger el rollito y ponerse rápidamente. Viejo pero ágil, pensó ella, alcanzando a verle parte de la mandíbula. Su perfil denotaba firmeza… sí, seguramente sería un buen amante y, quizás, paciente; los mejores de todos. El hombre se escabulló del tren, y ella apartó sus pensamientos. Svetlana no se dio cuenta de que un hombre que estaba sentado en el lado izquierdo del coche se había levantado apresuradamente y se adelantaba contra la corriente de los que entraban, saliendo por la puerta un segundo antes de que se cerrara.

Su nombre era Boris, y trabajaba en la jefatura de la KGB como guardia nocturno. En ese momento volvía a su casa a dormir. Por lo general, acostumbraba a leer el periódico de deportes, el Sovietskiv Sport, pero ese día había olvidado comprarlo en el kiosco del edificio de la jefatura, y accidentalmente alcanzó a ver sobre el piso negro y sucio del coche subterráneo algo que sólo podía ser un rollito de película, pero demasiado pequeño para una cámara común. No había visto el intento de pasarlo, y no sabía a quién se le había caído. Supuso que habría sido a ese hombre cincuentón, y notó la particular rapidez con que el hombre lo había recobrado. Una vez fuera del coche, comprendió que debía de haberse tratado de un pase, pero todo lo había tomado por sorpresa y él no había reaccionado como correspondía; fue sorprendido y estaba demasiado cansado después de una larga noche de guardia.

Antiguo jefe en inteligencia, había operado en España, hasta que un grave ataque al corazón lo invalidó, motivando su regreso al país y reduciéndolo a esa tarea nocturna detrás de un escritorio en su sección. Tenía el grado de mayor. Se sentía merecedor de la jerarquía de coronel por el trabajo que había realizado, pero no eran esos los pensamientos que ocupaban su mente en esos instantes. Sus ojos exploraron la plataforma en busca del hombre canoso de traje marrón. ¡Allá! Avanzó en esa dirección y, mientras caminaba siguiendo al hombre sintió una suave puntada en el lado izquierdo del pecho. No le prestó atención. Hacía ya varios años que había dejado de fumar, y el médico de la KGB opinaba que se encontraba perfectamente bien. Llegó hasta unos cinco metros del hombre y no se acercó más. Era el momento de tener paciencia. Lo siguió cuando cruzó en dirección a la estación Gor’Kovskaya,

y hasta la plataforma. Allí las cosas se pusieron difíciles. La plataforma estaba atestada de personas que viajaban a sus oficinas, y perdió el contacto visual con su presa. El mayor de la KGB era un hombre bajo y tenía dificultad en medio del gentío. ¿Podía atreverse a acercarse? Eso requeriría abrirse paso con decisión… pero a la vez llamaría la atención de muchos sobre su persona. Peligroso.

Lo habían entrenado para ese tipo de cosas, naturalmente, pero ya hacía más de veinte años; frenéticamente estrujó su cerebro en busca de procedimientos. Conocía el trabajo en la calle, sabía cómo identificar y librarse de un seguidor, pero él era un hombre del primer Directorio, y las técnicas especializadas de vigilancia y seguimiento usadas por los hurones del Segundo Directorio no formaban parte de su repertorio. ¿Qué hago ahora?, se preguntó con fastidio. ¡Qué oportunidad tenía! Los hombres del Primer Directorio odiaban por supuesto a sus contrapartes del Segundo, y atrapar a uno de esos en… pero ¿y si hubiera allí un hombre del «Dos»? ¿No sería que estaba observando un ejercicio de entrenamiento? ¿No estaría él siendo objeto de maldiciones de un hombre del «Dos» que estaba cumpliendo su tarea específica con ese contacto? ¿Y si entraba en desgracia por ese entrometimiento? ¿Qué hago ahora? Miró alrededor, con la esperanza de identificar al hombre de contrainteligencia que pudiera estar trabajando con el contacto. No podía esperar distinguir cuál era de todas las caras que veía, pero podía recibir una señal para que se hiciera a un lado. Pensó si recordaba cuáles eran. Nada. ¿Qué hago ahora? Estaba sudando en esa fría estación de subterráneo, y el dolor en el pecho iba en aumento, para agregar otro factor a su problema. Había un sistema de líneas telefónicas secretas instalado en todos los sectores del subterráneo de Moscú. Todos los miembros de la KGB sabían cómo usarlo, pero razonó que no tenía tiempo para encontrar el sistema y activarlo.

Estaba obligado a seguir al hombre. Tenía que correr el riesgo. Si resultaba una decisión equivocada, bueno, era un experimentado oficial de campo en todo su derecho, y había buscado la señal de retirarse. La gente del «Dos» tal vez lo criticara duramente, pero sabía que podía confiar en sus supervisores del Primer Directorio para protegerlo. Una vez tomada la decisión, el dolor del pecho desapareció. Pero aún quedaba el problema de ver al hombre. El mayor de la KGB comenzó a avanzar entre el gentío, ganándose muchos gruñidos de protesta, hasta que finalmente encontró el camino bloqueado por un grupo de obreros que conversaban animadamente. Estiró el cuello buscando a su presa… ¡Sí!, todavía estaba allá de pie, mirando hacia su derecha… El ruido del tren que se aproximaba llegó como un alivio.

El mayor se quedó quieto, tratando de no mirar con demasiada insistencia a su blanco. Oyó el silbido de las puertas al abrirse, oyó el repentino cambio en los ruidos a medida que la gente descendía, y luego el arrastrar de pies de todos los que pugnaban por subir al coche.

—¡Estaba lleno! Su hombre se hallaba adentro, pero las puertas parecían no

admitir más cuerpos. El mayor de la KGB corrió hacia la puerta posterior y se abrió camino bruscamente hasta entrar un segundo antes de que se cerrara. Pensó, con un escalofrío, que podía haberse puesto demasiado en evidencia, pero ya no podía hacer nada al respecto. Cuando el tren empezó a moverse, también él comenzó a desplazarse hacia adelante. Tanto los que estaban sentados como los que se hallaban de pie advirtieron ese movimiento contra la corriente. A medida que iba avanzando y mirando, una mano acomodó la posición de un sombrero. Tres o cuatro periódicos se sacudieron… cualquiera de esas señales podía ser una advertencia para el contacto.

Y una de ellos lo era. En Foley había apartado la mirada después de acomodarse los anteojos con la mano derecha, que tenía puesto un guante y sostenía el otro. El hombre contacto se dio vuelta hacia adelante e inició sus procedimientos de escape. Foley empezó a hacer los suyos. El contacto debería deshacerse de la película, primero exponiéndola para velarla; para eso iba a tomarla de un extremo sacándola del cilindro metálico, y luego la arrojaría al tacho de basura más cercano. Ya había ocurrido antes dos veces —él lo sabía— y en ambos casos el contacto había escapado limpiamente. Se les ha enseñado a hacerlo, se dijo Foley. Saben cómo hacerlo. Habría que advertir al CARDENAL, y se haría otra película, y… pero eso no había pasado nunca durante una guardia de Foley, y necesitó de toda su disciplina para mantener su rostro impasible. El contacto permaneció inmóvil. De todos modos, debía bajarse en la estación siguiente. No había hecho nada anormal, nada que no pareciera absolutamente natural. Diría que había encontrado esa pequeña cosita con la ¿era película, camarada? —cosa salida, en el piso del coche, y pensó que era simplemente basura para tirar. El hombre estaba tratando de sacar la película del rollito dentro de su bolsillo. Cualquiera que lo hubiese preparado, siempre debía dejar afuera unos pocos milímetros, de manera que fuera posible extraerla del todo; por lo menos, eso era lo que habían dicho. Pero el rollo estaba resbaloso y él no podía apretar bien el extremo opuesto. El tren se detuvo y el contacto descendió. No sabía quién lo estaba siguiendo. Lo único que sabían era que le habían hecho la señal de abandonar todo, y esa señal le decía también que debía destruir lo que llevaba, en la forma prevista… pero nunca había tenido que hacerlo antes. Trató de no mirar alrededor y salió de la estación con la misma rapidez que el resto de los pasajeros. Por su parte, Foley ni siquiera miró hacia afuera por la ventanilla. Fue un esfuerzo casi inhumano, pero logró hacerlo, temiendo sobre todo que pudiera poner en peligro a su contacto.

Él estaba parado, solo, en uno de los escalones de la escalera mecánica. Pocos segundos más estaría en la calle. Buscaría un callejón donde exponer la película y una boca de tormenta donde arrojarla, junto con el cigarrillo que acababa de encender. Un suave movimiento de la mano y… aunque lo detuvieran, no habría prueba alguna, y su explicación, grabada en el cerebro y repetida allí todos los días, era lo suficientemente buena como para hacer dudar a la KGB. Ahora su carrera como espía

había terminado. Él lo sabía, y se sorprendió al sentir la ola de alivio que lo envolvió como un baño tibio y agradable.

El aire fue un frío recordatorio de la realidad, pero ya estaba levantándose el sol y el cielo tenía una claridad maravillosa. Dobló a la derecha y continuó caminando. Había un callejón a media cuadra de distancia, y una rejilla de boca de tormenta que podría usar. Habría terminado el cigarrillo justo cuando llegara allí; otra cosa que había practicado. Ahora, si pudiera sacar la película del rollo y exponerla a la luz del sol… Maldición. Se quitó el otro guante y frotó ambas manos. Luego usó las uñas para sacar la película. ¡Sí! Arrugó completamente la película, volvió a guardar el rollito en el bolsillo, y…

—Camarada. —La voz sonó con firmeza para un hombre de su edad, pensó el contacto. En sus ojos marrones brillaba la decisión, y la mano que se metió en su bolsillo lo hizo con energía. El hombre mantuvo la otra en su propio bolsillo—. Quiero ver qué tiene en la mano.

—¿Quién es usted? —preguntó el contacto con tono fanfarrón.

—¿Qué es esto?

La mano derecha se movía nerviosamente dentro del bolsillo.

Yo soy el hombre que lo va a matar, aquí en la calle, a menos que vea lo que tiene en la mano. Soy el mayor Boris Churbanov. Churbanov pensó que eso pronto sería inexacto. Por la expresión en la cara del hombre, supo que tenía ganado su ascenso.

Foley llegó a su oficina diez minutos después. Envió a uno de sus hombres —en realidad, una mujer— a la calle para que buscara la señal de que la película había sido eliminada exitosamente; y no perdía la esperanza de haber cometido una estupidez, reaccionando exageradamente por un pasajero común que se esforzaba demasiado en llegar a su trabajo. Pero… pero había algo en esa cara que decía: profesional. Foley no sabía bien qué, pero había estado allí. Puso ambas manos abiertas sobre su escritorio y se quedó mirándolas durante varios minutos.

—¿Qué hice mal?, se preguntó. Lo habían entrenado para hacer eso, para analizar sus actos paso a paso, buscando fallas, equivocaciones…, ¿lo habrían seguido?, lo hacían a menudo, naturalmente, como a todos los norteamericanos miembros del personal de la embajada. Quien lo seguía a él habitualmente era un hombre al que llamaba «George». Pero George no estaba allí con demasiada frecuencia. Los rusos no sabían quién era Foley. Estaba seguro de eso. Ese pensamiento se le atravesó, en el servicio de inteligencia, tener la certeza de algo era el camino más seguro hacia el desastre. Por eso él jamás había quebrantado las reglas del oficio; por eso no se había desviado nunca de las enseñanzas recibidas en Camp Peary, sobre el río York, en Virginia, practicadas luego en todo el mundo.

Bueno. El paso siguiente que tenía que dar estaba predeterminado. Se dirigió a la sala de comunicaciones y envió un télex a Foggy Bottom. Pero dirigido hacia el

número de una casilla de correos cuyo tráfico no era nunca de rutina. Un minuto después de recibido, un miembro de la guardia nocturna de Langley fue en auto al Departamento de Estado para recogerlo. Las palabras del mensaje eran inocentes pero no así su significado: PROBLEMAS EN LA LINEA CARDENAL. SEGUIRA INFORME COMPLETO.

No llevaron al hombre a Dzerzhinskiy Square. La jefatura de la KGB, usada durante tanto tiempo como prisión —una mazmorra para todo lo que sucedía allí— era ahora exclusivamente edificio de oficinas ya que, en cumplimiento de la Ley de Parkinson, la agencia se había expandido hasta absorber todo su espacio disponible. Los interrogatorios se efectuaban ahora en la Prisión de Lefortovo, a una cuadra del cine Sputnik. Allí había espacio de sobra.

Se hallaba sentado solo en una habitación, con una mesa y tres sillas. El hombre contacto no había pensado en ningún momento en resistir, y ni siquiera ahora se daba cuenta de que si hubiera escapado corriendo, o luchado con el hombre que lo arrestaba, tal vez estaría aún libre. No había sido el temor de que el mayor Churbanov tuviera un arma, no la tenía sino simplemente el hecho de que los rusos, por falta de libertad, a menudo desconocen los conceptos necesarios para la resistencia activa. Él había visto terminar su vida. Y lo acepto, El contacto era un hombre miedoso, pero sólo temía lo que tenía que ser. Es imposible luchar contra el destino, se decía.

—Bueno, Churbanov, ¿qué tenemos aquí? —El interrogador era un capitán del segundo Directorio General, de unos treinta años. Haga revelar esto—. Entregó el rollo. —Yo creo que este hombre es integrante de una cadena de espionaje.

—Churbanov describió lo que había visto y lo que había hecho. No dijo que había vuelto a introducir la película en el rollo. —Fue por casualidad que lo descubrí.

—Concluyó.

—No creí que ustedes, los del «Uno», supieran hacerlo, camarada mayor. ¡Muy bien!

—Temí haberme interpuesto en una de las operaciones de ustedes, y…

—En estos momentos ya lo sabría. Será necesario que prepare un informe completo. Acompañe a este sargento; él lo llevará a una dactilógrafa. Además, tengo que citar un equipo de especialistas en interrogatorios. Eso llevará algunas horas. Tal vez quiera avisarle a su esposa.

—La película —insistió Churbanov.

—Sí, voy a llevarla personalmente al laboratorio. Si usted acompaña al sargento, nos reuniremos dentro de diez minutos.

El laboratorio se encontraba en el ala opuesta de la prisión. El Segundo Directorio tenía allí una pequeña instalación, ya que gran parte de su trabajo se centraba en Lefortovo. El capitán encontró a los técnicos del laboratorio entre una y otra tarea, de modo que el proceso de revelado se inició de inmediato. Mientras esperaba, llamó a

su coronel. Todavía no había forma de evaluar lo que había descubierto este hombre del «Uno», pero casi con seguridad se trataba de un caso de espionaje, y todos éstos recibían un tratamiento para asuntos de la mayor importancia. El capitán sacudió la cabeza. Semejante oficial de campo, viejo caballo de guerra, topándose con una cosa así… —Terminado— dijo el técnico cuando volvió. Había revelado la película y hecho una copia ampliada, todavía húmeda por el proceso.

Devolvió también el milito, en un pequeño sobre de papel madera.

—Esta película ha estado expuesta y vuelta a enrollar. Pude salvar parte de un cuadro. Es interesante, pero no tengo idea de qué es en realidad.

—¿Y qué hay del resto?

No se puede hacer nada. Una vez que la película se expone a la luz del sol, queda irremediablemente perdida.

El capitán observó atentamente la ampliación mientras el técnico decía algo más. Era fundamentalmente un diagrama, con algún título escrito en letras de imprenta. En la parte superior del diagrama, las letras decían: COMPLEJO BRIGHT STAR # 1, y otro de los títulos era CONJUNTO LASER. El capitán lanzó una maldición y abandonó el laboratorio a la carrera.

El mayor Churbanov estaba tomando té con el grupo de interrogación cuando regresó el capitán. La escena era de evidente camaradería. Y el ambiente de cordialidad iba a acentuarse.

—Camarada mayor, usted puede haber descubierto algo de extrema importancia —dijo el capitán.

—Yo sirvo a la Unión Soviética contestó simplemente Churbanov. Era la respuesta perfecta, la que recomendaba el Partido. Tal vez lograra saltar el grado de teniente coronel y ser ascendido directamente a coronel…

—Déjeme ver —dijo el jefe de los interrogadores. Era un coronel, y examinó la fotografía con todo cuidado—. ¿Esto es todo? —El resto fue destruido.

El coronel lanzó un gruñido. Eso iba a crear un problema, aunque no demasiado grave. El diagrama sería suficiente para identificar la instalación, de cualquier naturaleza que fuera. La impresión parecía ser obra de una persona joven, probablemente una mujer, por su prolijidad. El coronel se detuvo y miró hacia afuera por la ventana durante unos segundos.

—Esto tiene que llegar a la superioridad, y rápidamente. Lo que se describe aquí es… bueno, yo nunca he oído hablar de eso, pero debe ser un asunto sumamente secreto. Ustedes, camaradas, comiencen el informe. Yo voy a hacer varias llamadas. Usted, capitán, lleve el rollo al laboratorio para que busquen impresiones digitales y…

—Camarada, yo lo toqué con mis manos desnudas —dijo Churbanov con aire avergonzado.

—No tiene nada por qué disculparse, camarada mayor; su vigilancia ha sido más que ejemplar —contestó generosamente el coronel—. De todos modos, busquen impresiones digitales.

—¿Y el espía? —preguntó el capitán—. ¿Por qué no lo interrogamos?

—Necesitamos un hombre de experiencia. Yo sólo conozco a uno. —El coronel se puso de pie—. También lo llamaré.

Lo observaban varios pares de ojos, lo medían, estudiaban su rostro, calculaban su decisión, su inteligencia. El hombre contacto se hallaba todavía solo en la sala de interrogatorios. Habían quitado los cor dones de sus zapatos, por supuesto, y su cinturón; los cigarrillos y cualquier otra cosa que pudiera usarse como arma contra sí mismo, o para tranquilizarlo. No tenía forma de medir el tiempo, y la falta de nicotina lo había puesto nervioso aún más de lo que naturalmente podría, haber estado. Miró toda la sala alrededor y vio un espejo, que permitía ver desde el otro lado aunque él no lo sabía. La sala estaba construida totalmente a prueba de sonido, y eso hasta le impedía una medida de tiempo sobre la base del ruido de pasos en el corredor exterior. Aparte de los ruidos que hizo varias veces su estómago, él no produjo ningún otro. Finalmente se abrió la puerta.

El hombre que entró tenía unos cuarenta años y estaba bien vestido con ropas civiles. Llevaba unas pocas hojas de papel. Caminó hasta el extremo opuesto de la mesa, y no miró al contacto hasta que estuvo sentado. Cuando le dirigió la vista, parecía haber desinterés en sus ojos, como un hombre en el zoológico que observa una criatura de tierras lejanas. El contacto intentó sostenerle la mirada impasible, pero no pudo. El interrogador supo al instante que ése iba a ser fácil. Después de quince años, siempre se daba cuenta.

—Usted puede elegir —dijo después de uno o dos minutos. Su tono de voz no era duro, sino flemático—. O hacerlo muy fácil para usted, o muy duro. Ha cometido traición contra la Madre Patria. No necesito decirle qué les pasa a los traidores. Si quiere vivir, tendrá que decirme ahora, hoy, todo lo que sabe. Si no lo hace, lo descubriremos de cualquier manera, y usted morirá. Si nos lo dice hoy, se le permitirá vivir.

—Ustedes me matarán de todos modos —observó el contacto.

—Eso no es verdad. Si usted colabora hoy, lo sentenciarán, como máximo, a una larga condena en un campo de trabajos forzados de régimen estricto. Hasta es posible que lo usemos para descubrir otros espías. De ser así, lo enviarán a un campo de régimen moderado y por un período más corto. Pero para que sea así, usted debe cooperar hoy. Le explicaré. Si usted se vuelve de inmediato a su vida normal, la gente para quien usted trabaja puede ignorar que lo hemos arrestado. Por lo tanto, continuarán usándolo y eso nos permitirá aprovecharlo a usted para capturarlos en el acto de espiar contra la Unión Soviética. En el juicio contra ellos, usted atestiguará

para acusarlos, lo que permitirá que el Estado se muestre piadoso. Mostrar esa piedad en público también es beneficioso para el Estado. Pero para que ocurra todo esto, para salvar su vida, y para expiar por sus crímenes usted debe cooperar hoy —la voz hizo una breve pausa, y continuó con mayor suavidad.

—Camarada, para mí no es ningún placer provocar dolor a la gente, pero mi trabajo me obliga hacerlo. Daré las órdenes sin la menor vacilación. Usted no puede resistir lo que le haremos. Nadie puede. No importa cuánto de valiente puede tener usted, su cuerpo tiene sus límites. También el mío. También el de cualquier otra persona. Es solo cuestión de tiempo. Y el tiempo es importante para nosotros solamente durante las pocas próximas horas, como usted podrá verlo. Después de eso, tenemos a nuestra disposición todo el tiempo que queramos. Un hombre, con un martillo, puede partir la más dura de las piedras. Ahórrese el dolor, camarada. Salve su vida —concluyó la voz, y los ojos que tenían al mismo tiempo una extraña tristeza y determinación miraron fijamente a los del hombre contacto.

El interrogador vio que había ganado. Siempre es posible notarlo a los ojos. Los desafiantes, los hombres duros, no apartaban la mirada. Podían mantenerla fija dirigida a los otros o, con mayor frecuencia, clavados en un punto en la pared a espaldas del interrogador, pero los que eran realmente duros se mantenían fijos en un solo lugar y de allí extraían sus fuerzas. No era el caso de éste. Sus ojos saltaban de un lado a otro de la sala, buscando fuerzas sin encontrarlas. Bueno, él había confiado en que sería fácil. Tal vez un gesto más…

—¿Quiere fumar? —El interrogador sacó un paquete y dejó un cigarrillo sobre la mesa.

El contacto lo tomó, y el papel blanco del cigarrillo fue su bandera de rendición.

X. Estimación de daños

—¿Qué es lo que sabemos?, —preguntó el juez Moore.

Aún no había amanecido en Langley, eran pocos minutos después de las seis, y la vista hacia afuera por las ventanas hacía juego con la tristeza que sentían el director y sus dos principales subordinados.

—Alguien estaba vigilando al contacto número cuatro —dijo Ritter. El subdirector de Operaciones buscó entre los papeles que tenía en la mano—. Descubrió al que lo seguía justo antes de que hicieran el pase, e hizo señas al tipo para que desistiera. El hombre que lo seguía probablemente no le vio la cara, y partió en persecución del contacto. Foley dice que parecía torpe… eso es bastante extraño, pero obedece a su instinto, y Ed es muy bueno en eso. Envió un hombre a la calle para buscar la señal de nuestro agente confirmando que se había deshecho de la película, pero no la encontró. Tenemos que suponer que lo han atrapado, y debemos suponer también que ellos tienen la película en sus manos, hasta que podamos probar lo contrario. Foley ha cortado la cadena. Se notificará a CARDENAL para que no vuelva a usar nunca más al hombre que recoge su información. Voy a decir a Ed que emplee la señal de información perdida, no la de emergencia.

—¿Por qué? —preguntó el almirante Greer. El juez Moore respondió:

—La información que tenía en camino es muy importante, James.

—Le damos la señal CIA terminar con todo, puede ser que él… diablos, le hemos dicho que si ocurre eso debe destruir cuanta cosa pueda ser comprometedora. ¿Qué sucedería si no puede reconstruir la información? Nosotros la necesitamos.

—Además, Iván tiene que trabajar mucho para volver atrás hasta el reloj. —Continuó Ritter—. Yo quiero que Foley consiga que se reconstruya la información y se la vuelva a sacar, y entonces… entonces, quiero desactivar a CARDENAL de una vez y para siempre. Ya ha cumplido lo que tenía que hacer. Después que consigamos la información, le enviaremos la señal de emergencia y, si tenemos suerte, lo atemorizará lo suficiente como para que podamos lograr que se retire.

—¿Cómo quiere hacerlo?, preguntó Moore.

—Por la vía húmeda, allá arriba en el norte. —Contestó el subdirector de Operaciones.

—¿Opiniones, James?, preguntó Moore al subdirector de Inteligencia.

—Tiene sentido. Tomarse un poco de tiempo para que todo se tranquilice. Diez a catorce días.

—Entonces, hagámoslo hoy. Llama al Pentágono y formula el pedido. Asegúrate de que nos den uno bueno.

—De acuerdo asintió Greer, luego sonrió. Yo sé cuál voy a pedir.

—Tan pronto cómo sepamos cuál será, enviaré allá a mi hombre. Usaremos al

señor Clark. —Dijo Ritter. Todas las cabezas asintieron. Clark era casi una leyenda en el Directorio de Operaciones. Si había alguien capaz de hacer una cosa, era él.

—Muy bien, saquen el mensaje para Foley. —Indicó el juez—. Yo tendré que explicárselo al Presidente. No se sentía muy feliz por tener que hacerlo.

—Nadie dura para siempre. CARDENAL ha superado tres veces los peligros. —Dijo Ritter—. No se olvide de decirle eso también. Sí. Muy bien, caballeros, manos a la obra.

El almirante Greer se dirigió de inmediato a su oficina. Faltaban pocos minutos para las 07:00 y llamó al Pentágono, OP 02, la oficina del jefe adjunto de Operaciones Navales (Guerra Submarina). Después de identificarse, formuló su primera pregunta: ¿Qué está haciendo el Dallas?

El comandante Mancuso también estaba ya en su trabajo. Cinco horas más tarde iba a comenzar su última misión en el USS Dallas. Zarparía con la marea. Hacia popa, los ingenieros y mecánicos ya estaban poniendo a punto el reactor nuclear. Mientras su oficial ejecutivo se encargaba de las tareas prácticas, el comandante releía una vez más las órdenes de la misión. Tendría que navegar «hacia el norte» por última vez. En la Armada de los Estados Unidos y en la Real, «hacia el norte» significaba el Mar de Barents, el patio trasero de la Armada Soviética. Una vez allá, realizaría lo que la Marina llamaba oficialmente investigación oceanográfica que, para el caso del Dallas, quería decir pasar todo el tiempo posible rastreando los submarinos misilísticos soviéticos. No era tarea fácil, pero Mancuso era un experto en eso y había logrado, en realidad, observar más de cerca a un submarino ruso de esas características que ningún otro comandante norteamericano de submarinos. No podía hablar de eso con nadie, por supuesto, ni siquiera con algún comandante compañero. Su segunda Medalla por Servicios Distinguidos, ganada en esa misión, era secreta y él no podía usarla; aunque su otorgamiento constaba en la sección confidencial de su legajo personal, el motivo real no figuraba. Pero aquello ya había quedado atrás, y Mancuso era un hombre que siempre miraba hacia adelante. Si debía hacer un despliegue final, no estaba mal que fuera hada el norte. Sonó su teléfono.

Aquí el comandante respondió.

Bart, Mike Williamson dijo el comandante del Grupo Dos de Submarinos. Necesito que venga. Ahora mismo.

—Allá voy, señor. —Mancuso colgó sorprendido. En un minuto estaba en lo alto de la escalerilla, abandonando el submarino y caminando por el muelle asfaltado a orillas de Támesis, donde el auto del almirante lo esperaba. Cuatro minutos después llegaba a la oficina del Grupo Dos.

—Un cambio en las órdenes. —Le anunció el contraalmirante Williamson en cuanto se hubo cerrado la puerta.

—¿Qué pasa?

—Navegará a alta velocidad hasta Faslane. Allá lo estarán esperando algunas personas. Eso es todo lo que sé, pero las órdenes se originaron en OP-02 y llegaron a través del Comando de Submarinos del Atlántico en poco más de treinta segundos. —Williamson no necesitaba decir nada más. Tenía que ser algo de tremenda importancia. Las cosas importantes le caían al Dallas con mucha frecuencia. En realidad, le caían a Mancuso, pero, bueno, él era el Dallas.

—Mi departamento de sonar todavía está un poco débil. —Dijo el comandante—. Tengo algunos chicos jóvenes muy buenos, pero mi nuevo suboficial encargado está en el hospital. Si esto va a ser particularmente peliagudo…

—¿Qué necesita?, preguntó el almirante Williamson, y obtuvo la respuesta.

—Muy bien, me voy a poner a trabajar en eso. Usted tiene cinco días hasta Escocia, y yo puedo solucionar algo desde aquí. A darle con todo, Bart.

—Comprendido, señor. Se enteraría de lo que estaba ocurriendo cuando llegara a Faslane.

—¿Cómo estás, ruso?, preguntó el Arquero.

Estaba mejor. Durante los dos días anteriores tuvo la seguridad de que iba a morir. Ahora ya no estaba tan seguro. Falsa esperanza era algo que no había tenido nunca antes. Churkin se preguntaba ahora si podría haber realmente un futuro en su vida, y si había algo que pudiera tener que temer. Temor, él había olvidado eso. Había enfrentado la muerte dos veces en un brevísimo tiempo. La primera, cuando cayó en un avión incendiado, chocando contra el suelo y viendo ya el instante en que terminaba su vida; después, al despertar de la muerte para encontrarse con un bandido afgano encima de él con un cuchillo; allí había visto la muerte por segunda vez, aunque luego el hombre se detuvo y se alejó. ¿Por qué? Este bandido, el de los ojos extraños, a la vez duros y blandos, despiadados y compasivos, quería que él viviera. ¿Por qué? Churkin tenía ahora la energía y el tiempo necesarios para hacerse la pregunta, pero eso no le daba una respuesta.

Se sentía transportado en algo. Churkin comprendió que estaba acostado sobre una superficie metálica. ¿Un camión? No, había otra superficie lisa sobre su cabeza, también de acero. ¿Dónde estoy? Afuera debía de estar oscuro. No entraba ninguna luz a través de los agujeros pera disparar las armas en los costados del…, ¡estaba en un carro blindado de transporte de personal! ¿De dónde sacaron los bandidos uno de éstos? ¿Adónde iban a…,? ¡Iban a llevarlo a Pakistán! Podían entregarlo a los… ¿norteamericanos? Y sus esperanzas cambiaron una vez más para convertirse en desesperación. Tosió de nuevo, y de su boca surgió un chorro de sangre.

Por su parte, el Arquero se sentía afortunado. Su grupo se había encontrado con otro, que llevaba dos carros de infantería BTP. 60 soviéticos a Pakistán, y se mostraron complacidos en cargar con los heridos de su grupo, El Arquero era famoso, y no les vendría mal llevar con ellos un operador de SAM para que los protegiera si

aparecían helicópteros soviéticos. Pero había poco peligro de que sucediera eso. Las noches eran largas, el tiempo había empeorado, y ellos avanzaban a casi quince kilómetros por hora en los terrenos llanos, y a no manes de cinco en los rocosos. Debían llegar a la frontera en una hora, y este sector se hallaba en poder de los *Mujahiddines*. Los guerrilleros estaban empezando a aflojarse. Pronto tendrían una semana de relativa paz; y los norteamericanos siempre pagaban generosamente la «ferretería» soviética. Este tenía dispositivos de visión nocturna, que el conductor estaba usando para buscar el camino de ascenso en la montaña. A cambio de eso podían esperar cohetes, granadas de mortero, unas pocas ametralladoras y provisiones de sanidad.

Las cosas andaban bien para los *mujahiddines*. Había rumores de que los rusos podían llegar a retirarse. Sus tropas ya no deseaban empeñarse en combate cercano con los afganos. En general, los rusos usaban la infantería para lograr el contacto, después llamaban a la artillería y al apoyo aéreo. Excepto con algunos feroces grupos de paracaidistas y los odiados Spetznaz, los afganos tenían la impresión de que habían conseguido ascendencia moral en el campo de batalla, debido, por supuesto, a su santa causa. Algunos de sus líderes hablaban ya de la victoria, y el rumor había llegado a los combatientes individuales. También ellos tenían ahora esperanzas de algo más que continuar la guerra santa.

Los dos carros de infantería llegaron a la frontera a medianoche. Desde allí, la marcha era más fácil. El camino que descendía hacia Pakistán estaba ahora custodiado por sus propias fuerzas. Los conductores de los vehículos pudieron aumentar la velocidad y hasta disfrutar de lo que estaban haciendo. Tres horas después llegaron a Miran Shah. El Arquero descendió primero, llevando con él al prisionero ruso y a sus heridos.

Encontró a Emilio Ortiz, que lo esperaba con una lata de jugo de manzanas. Los ojos de Ortiz casi se salen le sus órbitas cuando vio que el hombre que llevaba el Arquero era un ruso.

—Amigo mío, ¿qué me has traído?

—Está malherido, pero esto es lo que él es. —El Arquero le mostró una de las hombreras con el grado y luego el portafolio. Yesto es lo que llevaba.

—¡Hijo de puta!, estalló Ortiz en inglés. Vio las costras de sangre junto a la boca del hombre y comprendió que su condición física no era prometedora, pero… ¡qué captura era esta! Demoraron un minuto más siguiendo los heridos hasta el hospital de campaña antes de que el oficial de inteligencia se hiciera la pregunta siguiente: ¿Qué diablos hacemos ahora con él?

También allí el equipo médico estaba compuesto principalmente por franceses, con una simbólica presencia de italianos y unos pocos suecos. Ortiz conocía a la mayoría de ellos, y sospechaba que algunos dependían de la DGSE, la agencia

francesa de inteligencia exterior. Sin embargo, lo que importaba era que había allí entre ellos algunos médicos y enfermeras muy buenos. Los afganos lo sabían también, y los protegían como podían haber protegido a Alá en persona. El cirujano de guardia resolvió poner al ruso en tercer turno en su plan de operaciones. Una enfermera le suministró medicamentos y el Arquero dejó a Abdul para que vigilara. No había traído al ruso desde semejante distancia para que allí lo mataran. Se alejó para conversar con Ortiz.

—Supe lo que ocurrió en Ghazni —dijo el hombre de la CIA.

—Fue la voluntad de Dios. Este ruso… perdió un hijo. No pude… tal vez ya había matado bastante por un día. —El Arquero dejó escapar un largo suspiro—. ¿Será útil?

—Estos lo son Ortiz ya estaba revisando los documentos. —Amigo mío. Tú no sabes lo que has hecho. Bueno, ¿empezamos a hablar sobre las dos últimas semanas?

La sesión duró hasta el amanecer. El Arquero sacó su diario y fue relatando todo lo que había hecho, deteniéndose solamente cuando Ortiz cambiaba la cinta en el grabador.

—Esa luz que viste en el cielo.

—Sí… parecía muy extraña —dijo el Arquero, frotándose los ojos. El hombre que trajiste iba hacia allá. Aquí está el diagrama de la base.

—¿Dónde está, exactamente… y qué es?

Yo no lo sé, pero está a unos cien kilómetros solamente de la frontera afgana. Puedo mostrarte en el mapa. ¿Cuánto tiempo vas a quedarte de este lado?

—Quizás una semana —contestó el Arquero.

—Tengo que informar esto a mis superiores. Es posible que quieran verte. Amigo mío, tu recompensa será muy grande. Escribe una lista de lo que necesitas. Una larga lista.

—¿Y el ruso?

—Hablaremos también con él. Si vive.

El hombre correo caminaba por Lazovskiy Pereulok, esperando a su contacto. Sus esperanzas eran a la vez muchas y pocas. Creyó realmente a su interrogador y, ya entrada la tarde, había tomado la tiza que acostumbraba usar y hecho la marca apropiada en el lugar estipulado. Sabía lo que había hecho cinco horas más tarde que lo esperado, pero confiaba en que su controlador no lo tendría en cuanta, dentro del proceso de evasión. No había hecho la marca falsa, la que habría de alertar al oficial de la CIA en el sentido de que lo habían atrapado. No, ahora estaba metido en un juego demasiado peligroso. Por lo tanto, seguía caminando por esa sombría vereda, esperando que apareciera la persona para el encuentro clandestino.

Lo que él no sabía era que esa persona estaba sentada en su oficina en la Embajada de los Estados Unidos, y no pensaba dirigirse a esa parte de Moscú por

varias semanas. No había planes para reunirse con el hombre correo durante por lo menos ese lapso. La línea CARDENAL ya no existía. Y, por parte de la CIA, podría no haber existido nunca.

—Creo que estamos perdiendo el tiempo —dijo el interrogador. El y otro funcionario antiguo del Segundo Directorio se hallaban sentados junto a la ventana de un departamento. En la otra ventana se encontraba otro hombre del «Dos», con una cámara. Ambos se habían enterado esa mañana de lo que era Bright Star, y el general que comandaba el Segundo Directorio General había asignado a este caso la más alta prioridad posible. Una filtración de proporciones colosales se había descubierto gracias a ese caduco caballo de guerra del «Uno».

—¿Usted cree que le mintió?

No. Fue fácil de quebrar y… no, no fue demasiado fácil. Pero él se quebró —dijo confidencialmente el interrogador—. Creo que fallamos al no traerlo de vuelta a la calle con suficiente rapidez. Creo que ellos ya lo saben, y pienso que tienen que haber terminado con la línea.

—Pero lo que salió mal… quiero decir desde el punto de vista de ellos, pudo haber sido rutina.

—Da. —El interrogador asintió con un movimiento de cabeza. Pero sabemos que la información es tremendamente importante. Así, también, debe de ser su fuente. En consecuencia habrán tomado medidas extraordinarias para protegerla. Ahora no podemos hacer las cosas de manera fácil.

—¿Lo hacemos volver, entonces?

—Sí.

Un auto se acercó al hombre. Lo vieron subir, antes de que ambos se dirigieran a su propio vehículo.

En treinta minutos estaban todos de regreso en la Prisión de Lefortovo. La cara del interrogador tenía una expresión de tristeza.

—Dígame, ¿por qué es que tengo la impresión de que usted me mintió? —preguntó el hombre.

—¡Pero yo no le he mentido! Hice todo lo que se suponía que debía hacer. Tal vez llegué tarde, pero yo se lo dije.

—Y la señal que dejó, ¿fue la que les indicaría que nosotros lo habíamos atrapado?

—¡No! —El hombre contacto estaba al borde del pánico—. Ya le expliqué todo eso también.

—El problema —usted lo sabe— es que nosotros no conocemos la diferencia entre una marca de tiza y la otra. Si usted está actuando con astucia, puede habernos engañado. —El interrogador se inclinó hacia adelante—. Camarada, usted puede engañarnos. Cualquiera puede… por un tiempo. Pero no por mucho tiempo. —Hizo

una pausa para dejar que la afirmación permaneciera en el aire durante un minuto. Era tan fácil interrogar a los débiles. Darles esperanza, luego quitársela; volver a alentarlos, y nuevamente angustiarlos. Jugar con su estado de ánimo hacia arriba y abajo, hasta que ellos ya no distinguían cuál era cuál y… al perder la capacidad de medida de sus propios sentimientos, esos sentimientos pasaban a poder del interrogador para usarlos a voluntad.

Empecemos de nuevo. La mujer con quien usted se encontró en el tren… ¿Quién es?

—No conozco su nombre. Tiene algo más de treinta años, pero parece más joven. Cabello rubio, delgada y bonita. Siempre está bien vestida, como una extranjera, pero no es extranjera…

—Vestida como una extranjera… ¿Cómo?

—Generalmente usa un abrigo occidental. Es fácil saberlo por el corte y el paño. Ella es bonita, como le dije, y…

—Continúe —dijo el interrogador.

—La señal consiste en que yo le ponga la mano en el trasero. Creo que a ella le gusta. A menudo ella hace presión hacia atrás, contra mi mano.

El interrogador no había oído antes ese detalle, pero inmediatamente consideró que era verdad. Los detalles de ese tipo no eran nunca inventados, y en este caso se ajustaba a la descripción anterior. Esa mujer-contacto era una aventurera. No una verdadera profesional, no si reaccionaba así. Y esa circunstancia probablemente —casi seguramente— la definía como rusa.

—¿Cuántas veces se ha encontrado con ella en esa forma?

—Solamente cinco. Nunca el mismo día de la semana, y tampoco siguiendo un orden regular, pero siempre en el segundo coche del mismo tren.

—¿Y el hombre a quien usted se lo pasa?

—Nunca le veo la cara, no toda, quiero decir. Está siempre de pie con la mano en la barra, y mueve la cabeza para que el brazo se interponga entre su cara y yo. Se la he visto en parte, pero no toda. Es extranjero, creo, pero no sé de qué nacionalidad.

—¡Cinco veces, y usted nunca le ha visto la cara! —estalló la voz, y un puño golpeó con fuerza en la mesa—. ¿Usted me toma por tonto?

El contacto se encogió, luego habló rápidamente.

—Usa anteojos, hechos en Occidente, estoy seguro. Generalmente lleva puesto un sombrero. Además, tiene un periódico doblado, Izvestia, siempre Izvestia. Entre eso y su brazo, no se puede verle más que una cuarta parte de la cara. Su señal de proceder es doblar ligeramente el periódico, como sí continuara leyendo un artículo, después se da vuelta para ocultar la cara.

—¿Cómo se hace el pase? ¡Otra vez!

—Cuando el tren se detiene, él se adelanta como preparándose para descender en

la estación siguiente. Yo tengo la cosa en la mano, y él la toma desde atrás cuando yo empiezo a moverme para bajar.

—Entonces, usted conoce la cara de la mujer, pero ella no conoce la suya. El conoce su cara, pero usted no conoce la de él… —El mismo método que éste usa para recoger el objeto. Es una buena técnica de campo, pero ¿por qué la emplean dos veces en la misma línea? La KG B la usaba también naturalmente, pero era más difícil que otros métodos, especialmente en ese horario en que el subterráneo corría atestado de gente apurada. Estaba empezando a pensar que el medio más común de transferir información, el dejar-y— recoger, no se usaba en esa línea. Eso también era muy curioso. Debían de haber practicado por lo menos una vez ese método, si no la KGB podría desenmascarar la línea hacia atrás… tal vez…

Ya estaban tratando de identificar la fuente de filtración, desde luego, pero tenían que ser cuidadosos. Existía siempre la posibilidad de que el espía (¿o la espía?) fuera justamente un oficial de seguridad. Era ciertamente el puesto ideal para un agente de inteligencia, ya que, con su trabajo, tenía acceso a todo, y además un conocimiento previo de cualquier operación de contrainteligencia que se estuviese realizando. Había ocurrido antes… la investigación de una filtración había alertado al espía, hecho que no se descubría hasta muchos años después que la investigación había terminado. La otra cosa realmente extraña era que el único cuadro fotográfico en poder de ellos no era la toma de un diagrama original, sino más bien la de uno dibujado a mano…

Escritura a mano… ¿era esa la razón por la que no hacían el «dejar y recoger»? De esa manera era posible identificar al espía, ¿no es así? Qué estúpida manera de… Pero todo esto no tenía nada de estúpido, ¿verdad? No, y tampoco había nada accidental. Si bien las técnicas en esta línea eran extrañas, también eran profesionales. Había otro nivel para esto, algo que el interrogador aún no tenía.

—Creo que mañana usted y yo vamos a hacer un paseo en subterráneo.

El coronel Filitov se despertó sin dolor de cabeza, lo que ya de por sí constituía un placer suficiente. La rutina de su mañana «normal» no era terriblemente distinta de las otras, pero sin el dolor ni el viaje a los baños. Después de vestirse, controló el diario que guardaba en el cajón del escritorio, pensando que podría destruirlo con el procedimiento acostumbrado. Tenía ya un nuevo diario en blanco, que iniciaría cuando este otro estuviera destruido. Habían existido indicios de un nuevo desarrollo en el asunto de los lásers el día anterior, además de un documento sobre sistemas de misiles, que él podría ver la semana siguiente.

Al subir al auto se acomodó en el asiento, más concentrado que de costumbre, y fue mirando hacia afuera por la ventanilla durante el viaje hasta la oficina. Había una cantidad de camiones en la calle, aunque era temprano, y uno de ellos se interpuso ocultando de su vista cierto sector del cordón de una vereda. Esa era su señal de

«información perdida». Se sintió algo fastidiado al no poder ver si estaba, pero sus informes difícilmente se perdían, por lo que no se molestó demasiado. La señal de «transferencia exitosa» estaba en otro lugar, y siempre era fácil verla. El coronel Filitov volvió a acomodarse en el asiento, mirando atentamente por la ventanilla a medida que se acercaba al sitio… allá. Volvió la cabeza revisando el lugar con la vista, buscando la marca… pero no estaba. Raro. ¿Habrían puesto la otra marca? Tendría que controlarlo en el viaje de regreso a su casa esa noche. En los años que llevaba trabajando para la CIA, se habían perdido algunos de sus informes, de una forma u otra, y no habían puesto la señal de peligro, ni no había recibido la llamada telefónica preguntando por Sergey, que le indicaría que debía abandonar su departamento de inmediato. De manera que, probablemente no había ningún peligro. Sólo algún molesto inconveniente. Y bien. El coronel se aflojó y empezó a pensar en el día que lo esperaba en el ministerio.

Esta vez el subterráneo corría completamente controlado. Más de cien hombres del Segundo Directorio estaban distribuidos en el distrito, la mayoría vestidos como moscovitas comunes, algunos como obreros. Estos últimos estaban operando las líneas telefónicas «negras» instaladas a lo largo de todo el sistema, con paneles electrónicos de servicio. El interrogador y su prisionero viajaban yendo y viniendo en los trenes de las líneas «púrpura» y «verde», buscando una mujer bien vestida, con un abrigo occidental. Millones de personas viajaban en el subterráneo todos los días, pero los oficiales de contrainteligencia tenían confianza. El tiempo trabajaba a favor de ellos, y el perfil del blanco… una aventurera. Probablemente no tenía la disciplina suficiente para separar su rutina diaria de sus actividades encubiertas. Cosas como esa han ocurrido antes. Como profesión de fe —compartida con sus contrapartes de todo el mundo— los oficiales de seguridad sostenían que las personas que espían en sus propios países tienen defectos en algunos aspectos fundamentales. A pesar de toda su astucia, tarde o temprano esos traidores contribuyen a su propia destrucción.

Y tenían razón, por lo menos en ese caso. Svetlana llegó a la plataforma de la estación con un bulto envuelto en papel marrón. El contacto reconoció su cabello ante todo. El peinado era común, pero había algo en la forma en que ella mantenía erguida la cabeza, algo intangible, que decidió al hombre y la señaló. Pero le hicieron bajar la mano bruscamente. La mujer se dio vuelta y el coronel de la KGB pudo verle el rostro. El interrogador vio que estaba tranquila, más que los otros viajeros, que exhibían la rígida apatía de los moscovitas. Su primera impresión fue la de alguien que disfrutaba de la vida. Eso habría de cambiar.

Habló por una pequeña radio y cuando la mujer subió al próximo tren, ya tenía compañía. El hombre del «Dos» que subió con ella usaba un audífono de radio, semejante al que usaban algunas personas para oír mejor. Detrás de ellos, en la estación, los hombres que trabajaban en el circuito telefónico alertaron a todos los

agentes a lo largo de la línea. Cuando ella descendió, todo un grupo de seguidores estaba listo. La siguieron por la larga escalera hasta la calle. Ya había allí un auto, y otros oficiales comenzaron su rutina de vigilancia. Por lo menos dos de los hombres tenían contacto visual con la mujer, y la tarea de seguimiento cercano iba rotando rápidamente entre los miembros del grupo, a medida que más y más hombres se agregaban a la caza. La siguieron durante todo el camino hasta el edificio del GOSPLAN, sobre Marksa Prospekt, frente al hotel Moscow. Ella no se dio cuenta en ningún momento de que la seguían, y no intentó en consecuencia fijarse si lo hacían. En menos de media hora revelaron veinte fotografías; las mostraron al prisionero, y él la identificó positivamente.

Después de eso, el procedimiento fue más cauteloso. Un guardia del edificio dio su nombre a un oficial de la KGB, quien le advirtió que no debían mencionar la averiguación a nadie. Hacia la hora del almuerzo, y en posesión de su nombre, establecieron la identidad en forma completa, y el interrogador —que conducía ahora todos los aspectos del caso— se sintió horrorizado al saber que Svetlana Vaneyeva era la hija de un miembro titular del Comité Central. Eso sería una complicación. Rápidamente, el coronel reunió otro conjunto de fotografías y volvió a examinar a su prisionero, pero una vez más éste eligió a la misma mujer entre un grupo de seis. Un miembro de la familia de un hombre del Comité Central no era alguien para… pero ellos tenían la identificación, y tenían un caso muy importante. Vatutin fue a conferenciar con el titular de su Directorio.

Lo que ocurrió a continuación fue curioso. Aunque Occidente considera a la KGB todopoderosa, siempre ha estado subordinada al aparato del Partido; aun la KGB necesitaba permiso para ocuparse de un miembro de la familia de un funcionario tan importante. El jefe del segundo Directorio subió a entrevistarse con el presidente de la KGB. Volvió treinta minutos después.

—Pueden agarrarla.

—El secretario del Comité Central…

—No ha sido informado —dijo el general.

—Pero…

—Aquí tiene sus órdenes. —Vatutin tomó el papel escrito a mano, firmado por el presidente de la KGB en persona.

—¿Camarada Vaneyeva?

Ella levantó la vista y vio un hombre vestido con ropas civiles. —GOSPLAN era una agencia civil, por supuesto— que la miraba fijamente en una forma extraña.

—¿Qué puedo hacer por usted?

—Soy el capitán Klementi Vladimirovich Vatutin, de la Milicia de Moscú. Desearía que me acompañara. —El interrogador miró atentamente en busca de una reacción, pero no vio ninguna.

—¿Para qué? —preguntó ella.

—Es posible que usted pueda ayudarnos a identificar a alguien. No puedo decirle nada más, aquí —dijo el hombre con tono de disculpa.

—¿Llevará mucho tiempo?

Probablemente unas pocas horas. Podemos hacer que alguien la lleve después en automóvil a su casa.

—Muy bien. Por el momento no tengo nada urgente sobre el escritorio Se levantó sin pronunciar otra palabra. Su mirada a Vatutin traicionaba un cierto sentido de superioridad. La Milicia de Moscú no era una organización que miraban con respeto los ciudadanos locales, y el simple grado de capitán para un hombre de su edad le hablaba mucho sobre su carrera. En un minuto se puso el abrigo y tomó el bulto acomodándolo debajo del brazo; ambos salieron del edificio. Por lo menos, el capitán era Kulturny, observó ella, mientras Vatutin sostenía la puerta para que pasara. Svetlana dedujo de eso que el capitán sabía quién era ella… o, más exactamente, quién era su padre.

Los esperaba un automóvil que partió de inmediato. Ella se sorprendió al ver el recorrido, pero sólo cuando pasaron Khokhlovskaya Square estuvo segura.

—¿No vamos al ministerio de Justicia? —preguntó.

—No, vamos a Lefortovo —replicó Vatutin sin miramientos.

—Pero…

—Es que ya no quise alarmarla en la oficina. En realidad, yo soy el coronel Vatutin, del Segundo Directorio General. —Al oír eso Vaneyeva tuvo una reacción, pero recobró su compostura al instante.

—¿Y entonces, en que puedo yo ayudarlo?

Era buena, comprobó Vatutin. Esa mujer sería un desafío. El coronel era leal al Partido, pero no necesariamente a sus autoridades.

Era un hombre que odiaba la corrupción casi tanto como la traición.

—Un pequeño asunto… sin duda podrá volver a su casa a cenar. —Mi hija…

—Alguien de mi personal irá a buscarla. Si las cosas demoran un poco, su padre no se molestará al verla, ¿no?

Ella sonrió al oírlo.

—No, a mi padre le encanta malcriarla.

—De todos modos, es muy probable que no demoremos tanto dijo Vatutin, mirando hacia afuera por la ventanilla. El auto atravesó los portones y entró en la prisión. Él la ayudó a bajar, y luego un sargento les mantuvo abierta la puerta. Darles esperanza y luego quitársela. La tomó suavemente del brazo.

—Mi oficina está en esa dirección. Entiendo que usted viaja a menudo a Occidente.

—Es parte de mi trabajo. —Ahora estaba en guardia, aunque no más que

cualquier otra persona en ese lugar.

—Sí, lo sé. Su oficina tiene que ver con textiles. —Vatutin abrió su puerta y le hizo seña de que entrara.

—¡Esa es! —exclamó una voz. Svetlana Vaneyeva se detuvo paralizada. Vatutin le tomó otra vez el brazo y la dirigió hacia una silla.

—Por favor, siéntese.

—¡Qué es esto! —exclamó ella, finalmente alarmada.

—Este hombre fue sorprendido cuando llevaba copias de documentos secretos del Estado. Nos ha dicho que fue usted quien se las dio —dijo Vatutin mientras se sentaba del otro lado del escritorio.

Vaneyeva se volvió y miró fijamente al hombre contacto.

—¡Yo nunca he visto esa cara en mi vida! ¡Nunca!

—Sí —respondió secamente Vatutin—. Eso lo sé.

—Qué… —Svetlana buscaba palabras—. Pero esto no tiene sentido.

A usted la han preparado muy bien. Nuestro amigo dice que su señal para pasarle la información consistía en que le pasaba la mano por el trasero.

Ella se volvió para hacerle frente al acusador.

—¡Govnoed! ¡Esta cosa dijo eso! Este farfulló por unos segundos —este sujeto despreciable. ¡Basura!

—¿Entonces usted niega el cargo? —preguntó Vatutin. Quebrar a esa mujer iba a ser realmente un placer.

—¡Por supuesto! Soy tuna leal ciudadana soviética. Soy miembro del Partido. Mi padre…

—Sí, ya se quién es su padre.

—Él se va a enterar de esto, coronel Vatutin, y si usted me amenaza…

Nosotros no la amenazamos, camarada Vaneyeva; le pedimos información. ¿Por qué estaba usted ayer en el subterráneo? Yo sé que usted tiene su propio automóvil.

—Yo viajo habitualmente en el subterráneo. Es más sencillo que manejar el auto, y tenía que detenerme en el camino. Levantó del suelo su paquete. Aquí tiene. Dejé el abrigo para que lo limpiaran. No se puede estacionar el auto, entrar y luego continuar viaje. Por eso tomo el subterráneo. Lo mismo hice hoy, cuando lo recogí. Pueden comprobarlo en la tintorería.

—¿Y usted no le pasó esto a nuestro amigo? —Vatutin le mostró el rollo de película.

—Ni siquiera sé qué es eso.

—Desde luego. —El coronel Vatutin sacudió la cabeza. Muy bien, así será. Apretó un botón del intercomunicador. Un momento después se abrió una puerta lateral de la oficina. Entraron tres personas. Vatutin les hizo una seña indicando a Svetlana.

—Prepárenla.

La reacción de ella no fue tanto de pánico como de incredulidad. Svetlana Vaneyeva trató de incorporarse de un salto, pero un par de hombres la aferraron por los hombros y la mantuvieron pegada a la silla. El tercero le arremangó la manga del vestido y le clavó una aguja en el brazo antes de que tuviera la presencia de ánimo necesaria para gritar.

—Ustedes no pueden —exclamó—, no pueden…

—Ah, es que sí podemos —dijo Vatutin suspirando¿Cuánto tiempo?

Eso la mantendrá tranquila por dos horas por lo menos —respondió el médico. El y sus dos enfermeros la levantaron de la silla. Vatutin salió detrás del escritorio y recogió el paquete—. Estará lista para usted en cuanto termine el examen médico, pero puedo anticiparle que no habrá problemas. Su carpeta médica está completamente limpia.

—Excelente. Bajaré después de comer algo. Hizo un gesto señalando al otro prisionero. —Pueden llevárselo. Creo que hemos terminado con él.

—Camarada, yo… —empezó a decir el contacto, pero Vatutin lo interrumpió inmediatamente.

—No se atreva a usar esa palabra otra vez. —La suavidad con que pronunció la reprimenda acentuó terriblemente su dureza.

El coronel Bondarenko era ahora jefe de la oficina armas lásers del ministerio. Había sido una resolución del ministro de Defensa Yazov, naturalmente, por recomendación del coronel Filitov.

—Y bien, coronel, ¿qué noticias nos trae? —preguntó Yazov.

—Nuestros colegas de la KGB nos han entregado planos parciales del espejo norteamericano de óptica ajustable. —Le alcanzó dos copias separadas de los diagramas.

—¿Y nosotros solos no podemos hacer esto? —preguntó Filitov.

—El diseño es realmente muy ingenioso y, según dice el informe… en estos momentos tienen en la mesa de dibujo un modelo aún más avanzado. La buena noticia es que requiere menos actuadores…

—¿Qué es eso? —preguntó Yazov.

—Los actuadores son los mecanismos que alteran los contornos del espejo. Al disminuir su número también se reducen los requerimientos del sistema de computación que opera el montaje del espejo. El que tienen ahora —este espejo que está aquí— requiere los servicios de una supercomputadora extremadamente poderosa, que nosotros todavía no podemos copiar en la Unión Soviética. El nuevo espejo está diseñado para que requiera solamente un cuarto del poder de esa computadora. Esto permite que se utilice una computadora mucho más pequeña para operar el espejo y, además, un programa control más simple. —Bondarenko se

inclinó hacia adelante—. Camarada ministro, como lo indicaba en mi primer informe, una de las principales dificultades con Bright Star es el sistema de computación. Aunque tuviésemos la capacidad para construir un espejo como éste, hasta ahora no disponemos del hardware ni del software para operarlo con la máxima eficiencia. Creo que podríamos hacerlo si tuviéramos este nuevo espejo.

—¿Pero todavía no tenemos los planos del nuevo espejo? —preguntó Yazov.

—Correcto. La KGB está trabajando en eso.

—Todavía no podemos ni siquiera copiar esos «actuadores» —se quejó Filitov—. Hace ya varios meses que tenemos los diagramas y las especificaciones y ningún gerente de fábrica nos ha entregado todavía…

—Tiempo y fondos, camarada coronel —replicó Bondarenko. Ya estaba aprendiendo a expresarse con optimismo en esa atmósfera tan particular.

—Financiación —gruñó Yazov—. Siempre la financiación. Podemos construir un tanque vulnerable…, con fondos suficientes. Cada proyecto personal de cada académico de la Unión nos daría la mejor de las armas… si sólo pudiésemos proporcionarle fondos suficientes. Desgraciadamente, no alcanza para todos ellos. —¡Hay una forma en la que nos hemos igualado a Occidente!

—Camarada ministro —dijo Bondarenko—. He sido un soldado profesional durante veinte años. He servido en los estados mayores de batallones y divisiones, y he visto el combate de cerca. Siempre he servido al Ejército Rojo, sólo al Ejército Rojo. Bright Star pertenece a otra fuerza armada. A pesar de eso, debo decirle que, si es necesario, habría que negar fondos para tanques, aviones y buques, a fin de poder completar finalmente Bright Star. Tenemos suficientes armas convencionales como para detener cualquier ataque de la OTAN, pero no tenemos nada para evitar que los misiles de Occidente arrasen nuestro país. —Se echó hacia atrás—. Por favor, perdóneme por expresar mi opinión con tanta vehemencia.

—Le estamos pagando para que piense —observó Filitov—. Camarada ministro, yo estoy completamente de acuerdo con este joven.

—Mikhail Semyonovich, ¿por qué tengo la sensación de que esto es un golpe de palacio por parte de mis coroneles? —Yazov aventuró una sonrisa nada frecuente y se volvió hacia el hombre más joven—. Bondarenko, dentro de estas paredes yo espero que usted me diga lo que piensa. Y si puede persuadir a este viejo oficial de caballería de que su proyecto de ciencia ficción es valioso, lo pensaré seriamente. ¿Usted dice que deberíamos asignar a este programa categoría de urgente?

—Camarada ministro, así deberíamos considerarlo. Subsisten algunas investigaciones básicas, y yo pienso que la prioridad de su financiación tiene que ser aumentada extraordinariamente. —Bondarenko se detuvo justo a tiempo con respecto a lo que Yazov sugería. Se trataba de una decisión política, y no estaba dentro de las atribuciones de un simple coronel arriesgar su cuello en ella. CARDENAL llegó a la

conclusión de que realmente había subestimado a ese joven y brillante coronel.

—Pulsaciones en aumento —dijo el médico, casi tres horas después—. Hora cero, paciente consciente. —Un grabador de cinta registró sus palabras.

Ella no sabía cuál era el punto en que terminaba el sueño y comenzaba la conciencia. Para la mayoría de las personas se trata de una línea borrosa, especialmente cuando no interviene un despertador o un primer rayo de luz de sol. Ella no recibía señal alguna. El primer sentimiento consciente de Svetlana Vaneyeva fue de perplejidad. ¿Dónde estoy?, se preguntó después de unos quince minutos. El persistente efecto de los barbitúricos estaba cediendo, pero nada reemplazaba la cómoda relajación que había sido dormir sin sueños. Estaba… ¿flotando?

Trató de moverse, pero… ¿no podía? Se hallaba en un reposo absoluto, cada centímetro cuadrado de su cuerpo tenía un apoyo uniforme, de manera que no había un sólo músculo en tensión ni contraído, Jamás en su vida había experimentado una sensación de relajamiento tan maravillosa. ¿Dónde estoy?

No podía ver nada, pero no, eso tampoco era cierto. No era todo negro, sino… gris… como una nube nocturna que reflejara las luces de Moscú, indefinida, pero con cierta textura.

No podía oír nada, ni el rumor del tránsito ni los ruidos mecánicos del agua corriente o alguna puerta que se golpeara…

Giró la cabeza, pero la visión siguió siendo la misma, un espacio vacío y gris, como el interior de una nube, o un copo de algodón, o…

Inspiró profundamente. El aire no tenía olor, ni gusto, no era seco ni húmedo, ni siquiera con una temperatura que ella pudiera estimar. Habló… pero increíblemente no oyó nada. ¿Dónde estoy?

Svetlana empezó a examinar el mundo más cuidadosamente. Le llevó media hora de cuidadosa experimentación. Conservaba el control de sus emociones; se decía insistentemente que debía mantener la calma, aflojarse. Tenía que ser un sueño. No podía estar ocurriendo nada adverso, funesto, no a ella. El verdadero miedo todavía no había comenzado, pero ella podía sentir ya que se acercaba. Apeló a su determinación y luchó para mantenerlo alejado. Explora el ambiente. Sus ojos barrieron a izquierda y derecha. Sólo había luz suficiente como para negarle la oscuridad absoluta. Sus brazos estaban allí, pero parecían encontrarse lejos de los lados de su cuerpo, y ella no podía moverlos hacia adentro, aunque lo intentó durante lo que le pareció eran horas. Otro tanto sucedía con sus piernas. Trató de cerrar la mano derecha en un puño… pero no pudo lograr siquiera que sus dedos se tocaran uno con otro.

Ahora estaba respirando con mayor rapidez. Era todo lo que tenía. Podía sentir el aire que entraba y salía, y podía sentir el movimiento del pecho, pero nada más. Cerrar los ojos le permitía elegir entre la negra nada o la gris, pero eso era todo.

—¡Dónde estoy!

Movimiento, se dijo, más movimiento. Se dio vuelta sobre sí mismo buscando resistencia, buscando alguna sensación táctil fuera de su propio cuerpo. No descubrió nada, solamente la misma lenta y fluida resistencia… y para cualquier lado que se diera vuelta, la sensación de flotar era la misma. Parecía no tener valor —ella no lo captaba— la gravedad. No sentía fuerzas que la llevaran hacia arriba o hacia abajo, a la izquierda o a la derecha. Era todo lo mismo. Gritó tan fuerte como pudo, aunque sólo fuera para oír algo real y cercano, sólo para estar segura de que por lo menos se tenía a sí misma por compañía. Todo lo que oyó fue el eco distante que se desvanecía, de una extraña.

Comenzó decididamente el pánico.

—Tiempo doce minutos… quince segundos —dijo el médico para el grabador. La cabina de control se encontraba a cinco metros de altura sobre el nivel del tanque—. Aceleración del pulso, ahora ciento cuarenta, respiración cuarenta y dos, comienza reacción de ansiedad aguda. —Se volvió hacia Vatutin. Antes que lo normal. Cuanto más inteligente es el sujeto…

—Mayor es la necesidad de estímulo sensorial, sí —dijo Vatutin malhumorado, había leído las explicaciones sobre ese procedimiento, pero era escéptico. Eso era completamente nuevo, y requería cierta ayuda por parte de un experto que él no había necesitado nunca en toda su carrera.

—El ritmo cardíaco parece haber llegado a un pico de ciento setenta y siete; no hay serias irregularidades.

—¿Cómo hace para enmudecer sus palabras? —preguntó Valutin al médico.

—Es algo nuevo. Usamos un dispositivo electrónico para duplicar su voz y repetirla exactamente fuera de fase. Eso neutraliza sus sonidos casi completamente; es como si estuviera gritando en un ambiente de vacío perfecto. Se necesitaron dos años para lograrlo. Sonrió. Al igual que Vatutin, disfrutaba con ese trabajo; allí tenía la oportunidad de hacer valer años de esfuerzo, de provocar un vuelco en la política institucional con algo nuevo y mejor, que llevaba su propio nombre.

Svetlana flotaba en el borde de la hiperventilación, pero el médico reguló la mezcla de gas que entraba en ella. Debía mantener una atenta vigilancia sobre los signos vitales de la mujer. Esa técnica de interrogación no dejaba marcas en el cuerpo, ninguna cicatriz, ninguna evidencia de tortura… en realidad, no era de ninguna manera una tortura. Al menos, no física. El único inconveniente de la privación sensorial, sin embargo, era que el terror que provocaba podía conducir a la taquicardia… y eso podía matar al sujeto.

—Así está mejor —dijo, mirando el indicador del instrumental El ritmo cardíaco se ha estabilizado en ciento treinta y ocho, un ritmo sinusoidal acelerado pero dentro de lo normal. El sujeto está agitado pero estable.

El pánico no ayudó. Aunque estaba todavía frenética, el cuerpo de Svetlana se alejaba del peligro de dañarse a sí mismo. Ella luchó para afirmar el control y nuevamente sintió que volvía a invadirla una extraña calma.

—¿Estoy viva o muerta? Buscó en todos sus recuerdos, todas sus experiencias, pero no encontró nada… aunque…

Había un ruido.

—¿Qué es?

Dom —dom, don— dom… ¿Qué era eso?

—¡Era un corazón!, ¡sí!

Aún tenía los ojos abiertos, buscando en aquel vacío el origen ruido. Había algo allí afuera; si pudiera encontrarlo… Registró su cerebro buscando una forma. Tengo que llegar a eso. Tengo que agarrarlo.

Pero estaba atrapada dentro de algo que ella ni siquiera podía describir. Empezó a moverse de nuevo. Y de nuevo se encontró con que no tenía nada que agarrar, nada que tocar.

Apenas estaba empezando a darse cuenta de lo sola que estaba. Sus sentidos pedían a gritos una referencia, un estímulo, ¡algo! Los centros sensoriales de su cerebro buscaban sustento, y sólo encontraban vacío.

—¿Y si estuviera muerta? —se preguntó.

—¿Es esto lo que pasa cuando uno muere?… ¿la Nada…? Y luego un pensamiento más angustioso:

—¿Es esto el infierno?

Pero había algo. Aquel sonido. Se concentró en él, sólo para descubrir que, cuanto más se esforzaba para escuchar, más difícil se re hacía oír. Era como tratar de aferrar una nube de humo, estaba allí cerca pero ella no intentó…, ¡y sin embargo tenía que agarrarla!

Y entonces lo intentó. Cerró con fuerza los ojos y encontró toda su voluntad en ese ruido constante de un corazón humano. Todo lo que consiguió fue borrar el sonido de sus propios sentidos. Se fue desvaneciendo gradualmente hasta que sólo era su imaginación la que lo oía y luego, ella también se cansó.

Svetlana gimió, o pensó que lo había hecho. No oyó casi nada ¿Cómo era posible que ella hablara y no lo oyera?

—¿Estoy muerta? La pregunta tenía una urgencia que exigía una respuesta, pero la respuesta podía ser demasiado terrible para aceptarla. Tenía que haber algo… ¿pero se atrevería? ¡Sí!

Svetlana Vaneyeva se mordió la lengua tan fuerte como pudo. En seguida sintió el gusto salado de la sangre.

—¡Estoy viva! —se dijo. Gozó ante esa certeza por lo que le pareció un largo tiempo. Pero hasta los tiempos más largos tienen un fin:

—¿Pero dónde estoy? Estoy enterrada… ¿viva? ¡ENTERRADA VIVA!

—El ritmo cardíaco aumenta de nuevo. Parece la iniciación del período secundario de ansiedad. —Observó el médico para el grabador. Realmente era un lástima, pensó. Él había ayudado a prepararle. Una mujer muy atractiva, con un vientre de piel tersa y suave sólo alterada por las marcas características de la maternidad. Después le habían aceitado el cuerpo y colocado el traje especial de goma, fabricado con goma nomex de la mejor calidad; tan suave que apenas se sentía mientras estaba seco. Y cuando se lo llenaba de agua, costaba creer que estuviera puesto. El agua del tanque tenía una fórmula especial también, con un alto contenido de sal, de manera que la flotación era neutral. Las vueltas que había dado alrededor del tanque habían invertido la posición del cuerpo. Estaba ahora cabeza abajo y ella no lo sabía. El único problema real era que los tubos de aire pudieran enredarse con los movimientos, pero había en el interior de tanque un par de hombres-rana para impedirlo, cuidando siempre de no tocarla o que la tocaran los tubos. En realidad, los hombres— rana eran los que tenían el trabajo más fatigoso de la unidad.

El médico dirigió a Vatutin una mirada de suficiencia. Eran años de trabajo los que se habían invertido en ese sector estrictamente secreto del ala de interrogatorios de Lefortovo. El tanque —de diez metros de ancho y cinco de profundidad—, el agua especialmente salada, los trajes de diseño particular, los años —hombre de experimentaciones para respaldar el trabajo teórico, todo eso para idear un medio de interrogación que era, en muchos sentidos, mejor que los anticuados métodos usados por la KGB desde la época de la revolución. Excepto lo ocurrido con aquel único sujeto que murió de un ataque al corazón provocado por la ansiedad… Los signos vitales cambiaron otra vez.

—Ahí está. Parece que entramos en la segunda etapa. Tiempo una hora seis minutos. —Se volvió hacia Vatutin—. Esta es generalmente la fase larga. Será interesante ver cuánto tarda con este sujeto.

Vatutin tuvo la impresión de que el médico era un niño que disfrutaba con un complicado y cruel juguete; a pesar de lo mucho que quería enterarse de lo que sabía esa mujer, una parte de él estaba horrorizada con lo que veía. Se preguntó si no sería por miedo a que algún día pudieran usarlo con él…

Svetlana había perdido completamente sus fuerzas. Los estremecimientos causados por todas esas horas de terrores dejaron exhaustos sus miembros. La respiración se convirtió ahora en jadeos débiles, como los de las mujeres que tratan de contener la urgencia de dar a luz. Hasta su mismo cuerpo la había abandonado, y la mente parecía querer escapar de sus confines para explorar por sí misma. Tenía la sensación de que se separaba de la inútil bolsa de carne, que su espíritu, alma, o lo que fuera, estaba solo ahora, solo y libre. Pero la libertad no era un infortunio menor que el que había sufrido antes.

Ahora pudo moverse libremente, pudo ver el espacio que la rodeaba, pero estaba todo vacío. Se movió como si nadara o volara en un espacio tridimensional, cuyos límites no podía distinguir. Sintió que sus brazos y piernas se movían sin esfuerzo, pero cuando miró para ver sus miembros se encontró con que se hallaban fuera de su campo visual. Ella podía sentir que se movían, pero… no estaban allí. La parte de su mente que se mantenía racional le dijo que todo eso era una ilusión, que estaba nadando hacia su propia destrucción… aunque hasta eso era preferible a estar sola, ¿verdad?

Ese esfuerzo duró una eternidad. La parte más gratificante fue la ausencia de fatiga en sus invisibles miembros. Svetlana calló sus recelos y se deleitó con la libertad, con el hecho de poder ver el espacio que la rodeaba. Aceleró sus movimientos. Imaginó que el espacio que tenía al frente era más brillante que el que dejaba atrás. Si hubiera una luz ella la encontraría, y esa luz marcaría toda la diferencia. Parte de ella recordó las alegrías de cuando nadaba en su niñez, algo que había dejado de practicar desde hacía… quince años, ¿no? Era la campeona de la escuela de natación bajo el agua, podía retener la respiración mucho más que las otras. Los recuerdos la volvieron otra vez a su juventud, se sintió joven y ágil y más bonita y mejor vestida que todas las otras. Sus rostro adoptó una sonrisa angelical, y olvidó las advertencia de los jirones remanentes de su intelecto.

Siguió nadando durante días, le pareció, durante semanas, hacia el espacio más brillante que tenía al frente. Demoró unos cuantos días en darse cuenta de que el espacio no se hacía más brillante, pero ella ignoró esa última advertencia de su conciencia. Nadó con más fuerzas, hasta que sintió fatiga por primera vez. Svetlana Vaneyeva tampoco prestó atención a eso. Tenía que usar su libertad según su conveniencia. Tenía que descubrir dónde estaba o, mejor aún, encontrar una forma de salir de ese lugar. Ese horrible lugar.

Su mente volvió a moverse una vez más, separándose de su cuerpo y, cuando alcanzó suficiente altura, miró hacia atrás y abajo a la figura distante que seguía nadando. Ni siquiera desde su gran altura podía distinguir los bordes de ese mundo inmenso y amorfo, pero alcanzaba a ver la diminuta figura debajo de ella, nadando sola en ese vacío, moviendo en un ritmo inútil sus espectrales miembros… avanzando hacia la nada.

El grito que surgió del altoparlante de la pared casi hizo saltar de su silla a Vatutin. Quizá los alemanes habían oído algo así alguna vea, el grito de las víctimas de los campos de exterminio, cuando se cerraban las puertas y empezaban a esparcirse los cristales de gas. Pero esto era peor. Él había visto torturas, había visto ejecuciones. Había oído gritos de furia, dolor y desesperación, pero no había oído nunca el grito de un alma condenada a algo peor que el infierno.

—Bueno… eso tiene que haber sido el comienzo de la tercera etapa.

—¿Qué?

—Es que explicó el médico, —el animal humano es un animal social. Nuestro ser y nuestros sentidos están diseñados para recoger información que nos permita reaccionar tanto con respecto a nuestro ambiente como con respecto a nuestros congéneres. Si apartamos la compañía humana, si apartamos todo estímulo sensorial, y la mente queda absolutamente sola consigo misma, tenemos amplia información para saber qué sucede. Esos idiotas occidentales que navegan solos alrededor del mundo, por ejemplo. Es sorprendente la cantidad de los que se vuelven locos, muchos desaparecen, probablemente suicidios. Aun aquellos que sobreviven, aquellos que usan sus radios diariamente, a veces necesitan médicos que los controlen y les adviertan contra los peligros psicológicos de semejante soledad. Y ellos pueden ver el agua que los rodea. Pueden ver sus embarcaciones. Pueden sentir el movimiento de las olas. Si se les quitara todo eso…— el médico sacudió la cabeza, podrían durar tal vez tres días. Como usted puede ver, nosotros les quitamos todo.

—¿Y cuál es el mayor tiempo que han durado allí?

—Dieciocho horas… un voluntario, un joven oficial de campo del Primer Directorio. El único problema es que el sujeto no tiene forma de saber qué le está pasando. Eso altera el efecto. De todos modos se quiebran, pero no de manera tan absoluta.

Vatutin respiró profundamente. Eran las primeras buenas noticias que tenía allí.

—Y este sujeto, ¿cuánto tiempo más?

El médico se limitó a mirar su reloj y sonrió. Vatutin quería odiarlo, pero reconocía que ese médico estaba haciendo simplemente lo que él había practicado durante años, con mayor rapidez y sin daños visibles que pudieran poner en un aprieto al Estado en los juicios públicos que la KGB tenía que aguantar ahora. De modo que existía aún el beneficio agregado que ni siquiera el médico había esperado cuando comenzó a desarrollar el programa…

—Y entonces… ¿qué es esta tercera etapa?

Svetlana los vio nadar alrededor de su forma. Trató de advertírselo, pero eso habría significado volver a su interior, y no se atrevió. No era tanto una cosa que ella pudiera ver, pero había figuras, figuras de rapiña que iban y venían en el espacio que rodeaba su propio cuerpo. Una de ellas se acercó, pero volvió a alejarse en seguida. Después se acercó otra vez. Ella hizo lo mismo, pero algo la tiró hacia atrás, al interior de ese cuerpo que pronto habría de extinguirse. Llegó a él justo a tiempo. Mientras indicaba a sus miembros que nadaran más rápido, llegó desde atrás. Las fauces se abrieron y rodearon todo su cuerpo, luego se cerraron lentamente alrededor de ella. Lo último que vio fue la luz hacia la cual ella había estado nadando… aquella luz —ella finalmente lo supo— que nunca había estado allí. Comprendió que su protesta era en vano, pero estalló desde sus labios.

—¡No! —Svetlana no lo oyó, desde luego.

Ahora ella volvía, condenada a regresar a su verdadero e inútil cuerpo, volvía otra vez a la masa gris que tenía delante de los ojos y a esos miembros que sólo podía mover sin propósito alguno. De algún manera comprendió que su imaginación había tratado de protegerla, de liberarla… y había fallado completamente. Pero no podía apagar su imaginación, y ahora sus esfuerzos se hacían destructivos. Lloró sin emitir sonidos. El miedo que sintió ahora era peor que el simple pánico. Por lo menos, el pánico era un escape, una negación de lo que ella enfrentaba, una retirada a su interior. Pero ya no había un interior de ella misma que pudiera encontrar. Lo había visto morir, había estado allí cuando sucedió. Svetlana no tenía ahora presente, y ciertamente tampoco futuro. Todo lo que tenía ahora era un pasado, y su imaginación eligió tan sólo las peores partes de él…

—Sí, ahora estamos en la etapa final —dijo el médico. Levantó teléfono y ordenó una taza de té—. Esto fue más fácil de lo que esperaba. Encaja en el prototipo mejor de lo que pensé.

—Pero ella no ha dicho nada todavía —objetó Vatutin—. Lo hará.

Svetlana veía pasar todos los pecados de su vida. Eso la ayudó a comprender qué estaba pasando. Eso era el infierno, cuya existencia la negaba el Estado, y ella estaba recibiendo su castigo. Tenía que ser Y ella ayudó. Tenía que hacerlo. Tenía que volver a verlo todo y comprender qué había hecho. Tenía que participar en el juicio con su propia mente. Su llanto no cesaba. Sus lágrimas corrieron durante días, mientras se veía a sí misma haciendo cosas que jamás debió haber hecho. Cada transgresión de su vida apareció ante sus ojos con los más mínimos detalles. Especialmente aquellas de los dos últimos años… De alguna manera ella sabía que esas faltas eran las que la habían llevado allí. Svetlana contempló todas las veces que había traicionado a la Madre Patria. Los primeros y tímidos flirteos en Londres, los encuentros clandestinos con hombres serios, las advertencias para que no fuera frívola, y además, las veces que había usado su importancia para cruzar como Pedro por su casa los controles aduaneros, haciendo toda clase de juegos y disfrutando mientras cometía sus más atroces delitos. Los gemidos empezaron a hacerse reconocibles. Sin saberlo, repitió una y otra vez:

—Lo siento…

—Ahora viene la parte más difícil. —El médico se colocó los auriculares. Tuvo que hacer algunos ajustes en el tablero de control—. Svetlana… —susurró por el micrófono.

Al principio, ella no lo oyó, y pasó algún tiempo antes de que sus sentidos pudieran decirle que algo la estaba llamando.

Svetlana… la llamaba la voz, ¿o era su imaginación?

—¿Di?, vuelta la cabeza tratando de ver qué era eso.

Svetlana… susurró de nuevo. Contuvo el aliento durante todo el tiempo que pudo y ordenó a su cuerpo que permaneciera inmóvil, pero una vez más la traicionó, Su corazón galopaba y la sangre que latía en sus oídos borraba el sonido. Dejó escapar un gemido desesperado, preguntándose si habría imaginado aquella voz, preguntándose si sería solamente que todo iba poniéndose peor… ¿o podía haber alguna esperanza?

Svetlana… Apenas un poco más que un susurro, lo suficiente como para experimentar una ligera sensación de alegría. Pero la voz era tan triste, tan decepcionada. Svetlana, ¿qué has hecho?

—Yo no hice nada, no hice nada… —farfulló, aunque aún no pudo oír su propia voz, como si gritara desde la tumba. Sólo recogió una vez más el silencio. Después de un tiempo que le pareció una hora, Svetlana gritó—: ¡Por favor, por favor vuelva a mí!

Svetlana, repitió finalmente la voz, ¿qué has hecho?

—Lo siento… —dijo ella con una voz ahogada en lágrimas.

—¿Qué has hecho? —preguntó de nuevo la voz—. ¿Qué sabes de la película?

—¡Sí! —contestó ella, y en pocos minutos lo dijo todo.

—Tiempo once horas, cuarenta y un minutos. El ejercicio ha terminado. —El médico apagó el grabador. Después, encendió y apagó varias veces las luces de la sala del tanque. Unos de los hombres rana dio la señal de comprendido y clavó una aguja en el brazo del sujeto Vaneyeva. En cuanto su cuerpo quedó totalmente fláccido, la sacaron del tanque. El médico abandonó la cabina de control y bajó a revisarla.

Cuando llegó junto a Svetlana, ella estaba acostada en una camilla; ya le había quitado el traje de goma. El médico se sentó junto al cuerpo inconsciente y le sostuvo la mano mientras un técnico le inyectaba un suave estimulante. Era una mujer hermosa, pensó el médico. La respiración comenzaba a regularizarse. Hizo señas al técnico para que saliera de la sala y quedaron los dos solos.

—Hola, Svetlana dijo con su voz más suave. Los ojos azules se abrieron y ella pudo ver las luces del cielo raso, y las paredes. Después, volvió la cabeza en dirección a él.

El médico tuvo conciencia de que estaba dándose un gusto, pero había trabajado muchas horas durante la noche y el día siguiente en ese caso que era probablemente la aplicación más importante de su programa hasta la fecha. La mujer desnuda se incorporó bruscamente la camilla y se lanzó a sus brazos hasta casi estrangularlo al estrecharlo con todas sus fuerzas. No porque fuera particularmente buen mozo —el médico lo sabía— sino porque se trataba simplemente d un ser humano, y ella quería tocar uno. Todavía tenía el cuerpo resbaloso por el aceite, y sus lágrimas cayeron sobre el guardapolvo blanca de laboratorio. Ella jamás volvería a cometer otra falta

contra el Estado, no después de eso. Era una tremenda pena que tuviera que ir a campo de trabajo. Qué pérdida grande, pensó mientras la examinaba. Tal vez él pudiera hacer algo al respecto. Diez minutos después vinieron a aplicarle un sedante y la dejó dormir.

—Le di una droga que se llama Versed. Es un producto nuevo, de Occidente, un amnésico.

—¿Por qué eso? —preguntó Vatutin.

—Estoy dándole otra opción, camarada coronel. Cuando ella se despierte —ahora a la mañana, un poco más tarde— será muy poco lo que recuerde. El Versed actúa como la scopolamina, pero es más efectivo. No recordará ningún detalle en firme, y muy poco más de lo que le ocurrió. Le parecerá que todo ha sido un espantoso sueño. El Versed es también un hipnótico. Por ejemplo, yo puedo volver ahora a ella y hacerle una sugerencia de que no recordará nada, pero que nunca deberá traicionar de nuevo al Estado. Existe un ochenta por ciento de probabilidades, aproximadamente, de que jamás violará ninguna de las dos sugerencias.

—¡Usted está bromeando!

—Camarada, uno de los efectos de esta técnica es que ella se ha condenado a sí misma con mayor severidad que la que podría haberle aplicado el Estado. Ahora siente más remordimientos por sus actos que frente a un pelotón de fusilamiento. Seguramente usted habrá leído 1984. Pudo haber sido un sueño cuando Orwell lo escribió, pero con la moderna tecnología podemos hacerlo. Todo el secreto consiste en no quebrar a la persona desde afuera, sino hacerlo desde adentro.

—¿Quiere decir que ahora podemos usarla…?

XI. Procedimientos

—No va a poder superarlo. —Ortiz había conseguido al médico de la embajada, un cirujano del ejército cuya verdadera responsabilidad era asistir en el tratamiento de los afganos heridos. Los pulmones de Churkin estaban demasiado dañados para combatir la neumonía que se había incubado durante el viaje—. Probablemente no pasará del día de hoy. Lo siento, está demasiado mal. Un día antes quizás habríamos podido salvarlo, pero… —El médico sacudió la cabeza.

—Me gustaría traerle un sacerdote, aunque probablemente sea una pérdida de tiempo.

—¿Puede hablar?

—No mucho. Inténtelo. No le hará mucho más daño que el que ya tiene. Seguirá consciente durante unas pocas horas más, después se irá quedando gradualmente.

—Gracias por el intento, doctor —dijo Ortiz. Estuvo a punto de suspirar aliviado, pero lo vergonzoso de semejante gesto lo detuvo. ¿Qué hubieran hecho con él si seguía vivo? ¿Devolverlo? ¿Retenerlo? ¿Negociarlo?, se preguntaba. No sabía por qué el Arquero lo había llevado allí, después de todo—. Bueno —se dijo y entró en la habitación.

Salió dos horas después y se dirigió en automóvil a la embajada, donde la cantina servía cerveza. Ortiz hizo su informe a Langley y luego, durante las cinco horas siguientes permaneció sentado solo junto a una mesa de un rincón —que sólo abandonaba de tanto en tanto para buscar más bebida— donde, fastidiado y taciturno, se dedicó a emborracharse malhumoradamente.

Ed Foley no podía darse ese lujo. Habían pasado tres días desde la desaparición de uno de sus hombres-correo. Otro de sus contactos, después de abandonar su escritorio en GOSPLAN, había regresado dos días más tarde. Finalmente, esa misma mañana, su hombre de la tintorería había dado parte de enfermo. Foley envió una advertencia al muchacho de los baños, pero no sabía si la había recibido o no. Eso no era meramente un problema en su línea CARDENAL, era un desastre. El principal objeto de usar a Svetlana Vaneyeva residía en su supuesta inmunidad ante las más enérgicas medidas de la KGB, y durante varios días había tenido que depender de la resistencia de ella para poner su gente en movimiento. Las órdenes de advertencia para la evasión de CARDENAL ya habían llegado, pero todavía aguardaban su entrega. No tenía sentido asustar al hombre antes de que todo, estuviera listo. Después, sería un asunto fácil para el coronel Filitov encontrar una excusa para visitar la jefatura del Distrito Militar de Leningrado —algo que hacía cada seis meses aproximadamente— y sacarlo al exterior.

Si eso funciona, se recordó a sí mismo Foley. Solamente lo había hecho dos veces —que él supiera— y así como antes había andado todo bien… no había certeza

posible, ¿no es así? Decididamente no. Ya era hora de dejar todo eso. El y su esposa necesitaban unas vacaciones, algún tiempo alejados de esas actividades. Su próxima asignación iba a ser supuestamente con el personal de instructores en «la Granja», sobre el Río York. Pero estos pensamientos no lo ayudaban con los problemas que tenía en esos momentos.

Se preguntaba si debería alertar a CARDENAL de cualquier manera, advertirle que tuviera más cuidado… pero de esa manera podía destruir la información que Langley estaba clamando por recibir, información que era de fundamental importancia. Esa era la regla, una regla que Filitov conocía y comprendía, supuestamente tan bien como Foley. Pero los espías eran algo más que objetos que proveían información, ¿no es cierto?

Los oficiales de campo, como Foley y su mujer, debían pretendidamente considerarlos como activos valiosos, pero prescindibles; con el objeto de distanciarlos de sus agentes, para que los trataran bondadosamente siempre que fuera posible, pero despiadadamente cuando fuera necesario. Realmente, tratarlos como hijos, con una mezcla de indulgencia y disciplina. Pero no eran hijos. CARDENAL era mayor que su propio padre, y había sido agente cuando Foley estaba en segundo grado ¿Podía él dejar de mostrar lealtad hacia Filitov? Desde luego que no. Tenía que protegerlo. ¿Pero cómo?

A menudo las operaciones de contraespionaje no eran otra cosa que trabajo policial y, como consecuencia de esto, el coronel Vatutin sabía tanto sobre investigación como los mejores hombres de la Milicia de Moscú. Svetlana le había dado al encargado de la tintorería. Y después de dos días de vigilancia superficial, decidió detener al hombre para interrogarlo. No usaron el tanque con él. El coronel todavía no confiaba en esa técnica y, además, no había necesidad de ser suaves en ese caso. A Vatutin le molestaba que Vaneyeva tuviera ahora una oportunidad de permanecer en libertad… en libertad después de haber trabajado para los enemigos del Estado. Alguien quería usarla como prenda de negociación para ciertas cosas con el Comité Central; pero eso no era de incumbencia del coronel. Ahora, el tintorero le había dado la descripción de otro miembro de esa interminable cadena.

—¡Y Vatutin se sintió irritado al pensar que conocía al muchacho! El tintorero no había demorado mucho para hablarle de su sospecha de que trabajaba en los baños, y la descripción coincidía con el empleado a quien él mismo había hablado. Respondiendo a su falta de profesionalismo, Vatutin se enfureció por el hecho de haberse encontrado aquella mañana con un traidor y no haberlo reconocido por…

—¿Cuál era el nombre de aquel coronel?, se preguntó de repente. ¿El que había tropezado? Filitov… ¿Misha Filitov? ¿El ayudante personal del ministro de Defensa Yazov?

—¡Tengo que haber estado realmente bajo los efectos de la borrachera para no

hacer la conexión! Filitov de Stalingrado, el oficial de tanques que había matado alemanes mientras se quemaba dentro de su tanque destruido. Alikhail Filitov, tres veces Héroe de la Unión Soviética… Tenía que ser el mismo. Podría ser él el…

Imposible, se dijo a sí mismo.

Pero nada era imposible. Si algo sabía él, era justamente eso. Aclaró su mente y consideró fríamente las posibilidades. Lo bueno, en medio de todo, era que todas las personas importantes en la Unión Soviética tenían un legajo en Plaza Dzerzhinskiy N 2. Era muy sencillo obtener el de Filitov.

Quince minutos después pudo comprobar que el legajo era bastante voluminoso y se dio cuenta de que, en realidad, sabía muy poco sobre ese hombre. Como con la mayoría de los héroes de guerra, las hazañas cumplidas en pocos minutos se habían ampliado hasta cubrir toda una vida. Pero ninguna vida era tan simple. Vatutin empezó a leer el documento.

Era muy poco lo que tenía que ver con su desempeño en la guerra, aunque se lo citaba en forma completa, incluyendo el otorgamiento de todas sus medallas. Como ayudante personal de tres ministros de Defensa seguidos, Misha había tenido que pasar rigurosas pruebas de seguridad, algunas de las cuales Filitov conocía, pero otras no. Esos Papeles estaban también en orden, por supuesto. Continuó revisando el cuerpo siguiente del legajo.

Vatutin quedó sorprendido al ver que Filitov había estado envuelto en el tristemente famoso caso de Penkovskiy. Oleg Penkovskiy había sido oficial del GRU, el comando soviético de inteligencia militar. Reclutado por los británicos y más tarde «dirigido» en forma conjunta por el SIS (Servicio Secreto de Inteligencia Británico) y la CIA, había traicionado a su país lo más gravemente posible. Su penúltima traición había consistido en informar a Occidente el estado de alistamiento —o falta de él— de las Fuerzas de Cohetes Estratégicos durante la Crisis Cubana de los Misiles; esa información había permitido al presidente Kennedy forzar a Khrushev para que retirara los misiles que tan temerariamente había instalado en aquella miserable isla. Pero la retorcida lealtad de Penkovskiy hacia los extranjeros lo había obligado a correr demasiados riesgos para entregar esa información, y un espía sólo puede exponerse a determinada cantidad de riesgos. Ya había estado bajo sospecha, siempre se puede saber cuando el otro bando se está poniendo un poquito demasiado astuto, pero… Filitov fue el primero en presentar una verdadera acusación…

—¿Fue Filitov el que acusó a Penkovskiy? Vatutin se quedó asombrado. En esos momento la investigación había estado bastante avanzada. La vigilancia continua había mostrado a Penkovskiy haciendo cosas extrañas, que incluían por lo menos un posible pase de documentación, pero… Vatutin sacudió la cabeza. Las coincidencias que se encuentran en este negocio. El viejo Misha había acudido al oficial jefe de seguridad para informarle sobre una curiosa conversación que había tenido con su

amigo del GRU, que podría haber sido inocente, según dijo él, pero que le hizo retorcer sus antenas en una forma extraña, por lo que se había visto obligado a denunciarlo. Obedeciendo a instrucciones de la KGB, le efectuó un seguimiento, y la nueva conversación ya no fue tan inocente. Para entonces, el caso Penkovskiy ya estaba confirmado, y la prueba adicional ya no se necesitaba realmente, aunque llevó bastante tranquilidad a todos los que habían estado envueltos…

Era una extraña coincidencia, pensó Vatutin, pero difícilmente bastaba para que recayeran sospechas sobre el hombre. La sección personal del legajo decía que era viudo. Había allí una foto de su esposa, y Vatutin se tomó un tiempo en admirarla. También había una fotografía de la boda, y el hombre del Segundo Directorio General sonrió al ver que el viejo guerrero ciertamente había sido joven alguna vez… ¡y un pícaro buen mozo hijo de puta! En la página siguiente encontró información sobre dos hijos… ambos muertos. Eso le llamó la atención. Uno de ellos nacido inmediatamente antes de la guerra, el otro, poco después de haber empezado. Pero no habían muerto por causa de la guerra… ¿Qué, entonces? Siguió revisando las páginas.

El mayor murió en Hungría. Con motivo de su confiabilidad política lo habían sacado de la academia militar, junto con otros cadetes, para enviarlos a cooperar en el aplastamiento de la contrarrevolución de 1956. Tripulaba un tanque —siguiendo las huellas de su padre-cuando su vehículo fue destruido y él murió. Bueno, los soldados corren sus riesgos. Por cierto que su padre también lo había hecho. El segundo— también tanquista, comprobó Vatutin —murió al estallarla recámara del cañón de su T-55. El deficiente control de calidad en la fábrica— la ruina de la industria soviética —había matado a toda la tripulación… ¿y cuándo había muerto su esposa? En el siguiente mes de julio. El corazón destrozado, probablemente, cualquiera hubiese sido la explicación médica. El legajo mostraba que ambos hijos habían sido modelos de hombría de la juventud soviética. Todos los sueños y esperanzas que habían muerto con ellos, pensó Vatutin, y después… perder también a la esposa.

Lo siento, Misha. Supongo que gastaste toda la buena suerte de tu familia contra los alemanes, y los otros tres tuvieron que pagar la cuenta… Qué triste, que un hombre que ha hecho tanto haya tenido que…

—¿Haya tenido una razón para traicionar a la Rodina? Vatutin levantó la vista y miró hacia afuera por la ventana de su oficina. Desde allí se veía la plaza; los automóviles doblaban alrededor de la estatua de Feliks Dzerzhinskiy. «Feliks de Hierro», el fundador de la Cheka. Polaco y judío de nacimiento, con su extraña y pequeña barba y su implacable mentalidad, Dzerzhinskiy había logrado rechazar los primeros intentos de Occidente para penetrar y subvertir la Unión Soviética. Estaba dando la espalda al edificio, y decía que Feliks estaba condenado a perpetuo aislamiento allí afuera, como había estado aislada Svetlana Vaneyeva,…

Ah, Feliks, ¿qué me aconsejas ahora? Vatutin conocía muy bien la respuesta. Feliks habría hecho arrestar a Misha Filitov para interrogarlo sin piedad. En aquel entonces, la más mínima posibilidad de sospecha era suficiente, ¿y quién sabe cuántos habían sido los hombres y mujeres inocentes torturados y matados sin razón alguna? Ahora las cosas eran distintas. Ahora, hasta la misma KGB tenía que cumplir ciertas reglas. No se podía simplemente secuestrar gente en la calle y torturarla a gusto. Y eso era mejor, pensó Vatutin. La KGB era una organización profesional. Ahora tenían que trabajar más duro para cumplir su misión, y para eso se requerían oficiales mejor instruidos, y mejores desempeños… Sonó su teléfono.

—Coronel Vatutin.

—Venga aquí arriba. Dentro de diez minutos vamos a hacer una exposición ante el presidente. —La comunicación se cortó.

La jefatura general de la KGB está en un antiguo edificio, construido aproximadamente a principios de siglo para servir de sede central a la Compañía de Seguros Rossiva; los muros exteriores eran de granito color óxido, y el interior era el reflejo de la época en que había sido levantado, con elevados cielos rasos y enormes puertas. Sin embargo, los largos y alfombrados corredores del edificio no estaban demasiado bien iluminados, pues se suponía que a nadie podrían interesarle las caras de las personas que caminaban por ellos. Había muchos uniformes a la vista. Esos oficiales eran miembros del Tercer Directorio, el que vigilaba constantemente a los servicios armados. Algo que distinguía al edificio era su silencio. Los que caminaban de un lado a otro lo hacían con caras serias y bocas cerradas, para que no pudieran, inadvertidamente, dejar escapar alguno del millón de secretos que guardaba el edificio.

El despacho del presidente también daba frente a la plaza, aunque con una vista mucho mejor que el de Vatutin. Un secretario se levantó de su silla junto a un escritorio y acompañó a los dos visitantes hasta que pasaron frente al par de guardias de seguridad que estaban siempre de pie en los ángulos de la sala recepción. Vatutin aspiró profundamente cuando atravesó las puertas abiertas.

Nikolay Gerasimov estaba en su cuarto año como presidente del Comité de Seguridad del Estado. No era un espía de profesión, sino un hombre del Partido, que había pasado quince años en la burocracia del PLUS antes de que lo nombraran en un puesto de nivel medio en el Quinto Directorio General de la KGB, cuya misión consistía en la supresión del disenso interior. Su delicado manejo de esa misión le había hecho ganar continuas promociones hasta que finalmente llegó al cargo de Primer Vicepresidente, hacía ya diez años. Allí había conocido las actividades de inteligencia exterior, desde el punto de vista administrativo, y su desempeño fue lo suficientemente bueno como para ganarse el respeto de los oficiales de campo profesionales, por su notable instinto. Pero, ante todo y fundamentalmente, era un

hombre del Partido, y eso explicaba su ascenso a la presidencia. A los cincuenta y tres años, era considerablemente joven para ese puesto, y parecía aún más joven. Su rostro juvenil nunca había sido marcado por el disgusto del fracaso, y su mirada —que evidenciaba seguridad en sí mismo— miraba al futuro confiando en nuevas promociones. Para un hombre que ya ocupaba un asiento tanto en el Politburó como el Consejo de Defensa, una nueva promoción significaba que él se consideraba candidato al puesto más alto de todos: Secretario general del Partido Comunista de la Unión Soviética. Siendo el hombre que mandaba «la espada y el escudo» del Partido (eso era ciertamente el lema oficial de la KGB), sabía todo lo que había que saber sobre los otros candidatos. Aunque nunca expresada abiertamente, su ambición corría de boca en boca por todo el edificio, y muchos brillantes oficiales jóvenes de la KGB trabajaban diariamente para unir sus propios destinos al de esa estrella en ascenso. Un hombre atrayente, juzgó Vatutin. En ese momento, se apartó de su escritorio e hizo seña a sus visitantes para que ocuparan los sillones enfrentados al inmenso escritorio de roble. Vatutin era un hombre que sabía controlar sus pensamientos y emociones; era también demasiado honesto para dejarse impresionar por encantos exteriores.

—Coronel Vatutin —dijo Gerasimov consultando un expediente—, he leído el informe de su actual investigación. Excelente trabajó. ¿Puede ponerme ahora al día?

—Sí, camarada presidente. En estos momentos estamos buscando a cierto Eduard Vassilyevich Altunin. Es un empleado de los baños Sandunovski. El interrogatorio al tintorero nos reveló que él es el paso siguiente en la cadena de contactos. Desgraciadamente desapareció hace treinta y seis horas, pero creo que lo atraparemos hacia el fin de semana.

—Yo mismo he ido a esos baños —comentó Gerasimov con ironía. A la que Vatutin añadió la suya.

—Yo todavía voy, camarada presidente. Y he visto personalmente a ese joven. Reconocí la fotografía en el expediente que estamos formando. Era cabo en una compañía de munición en Afganistán. Su legajo del ejército menciona que objetó ciertas armas que se estaban usando allá… las que emplearnos para desalentar a los civiles de continuar ayudando a los bandidos. Vatutin se refería a las bombas preparadas en forma de juguetes, para que fueran recogidas por los niños. —El oficial político de su unidad escribió un informe, pero la primera advertencia verbal lo hizo callar, y terminó su tiempo de servicio sin otros incidentes. El informe fue suficiente para negarle un puesto en una fábrica, y ha andado flotando de uno a otro empleo, siempre de baja categoría. Sus compañeros de trabajo lo describen como un hombre común, pero muy callado. Exactamente lo que debe ser un espía, naturalmente. Nunca ha hablado de sus «problemas» en Afganistán, ni siquiera mientras bebía. Tenemos bajo vigilancia su departamento, al igual que los de los miembros de su familia y de los amigos. Si no lo detenemos muy rápido, sabremos que es un espía.

Pero lo encontraremos, y yo hablaré con él personalmente. Gerasimov asintió pensativo.

—Veo que han usado la nueva técnica de interrogación con esta mujer Vaneyeva. ¿Qué le pareció?

—Interesante. Por cierto, en este caso funcionó muy bien, pero debo decir que tengo mis reparos con respecto a ponerla a ella de nuevo en la calle.

—Fue una decisión mía, por si nadie se lo dijo —aclaró Geramisov sin miramientos—. Dada la delicadeza de este caso, y la recomendación del médico, creo que bien vale la pena aceptar el juego por el momento. ¿No está usted de acuerdo en que no deberíamos llamar mucho la atención sobre este caso? Los cargos contra ella permanecen en pie.

Ah, y tú los puedes usar contra su padre, ¿no es cierto? La desgracia de ella es la de él también. ¿Y qué padre querría ver a su única hija en el GULAG? No hay nada como un pequeño chantaje, ¿verdad, camarada presidente?

—El caso es ciertamente delicado, y es probable que lo sea más aun —replicó cautelosamente Vatutin—. Continúe.

—Aquella vez que vi a este individuo Altunin, estaba de pie junto al coronel Mikhail Semyonovich Filitov.

—¿Misha Filitov, el ayudante de Yazov?

—El mismo, camarada presidente. Esta mañana estuve revisando su legajo.

—¿Y? Esta pregunta provino del jefe directo de Vatutin.

—No hay nada que yo pueda señalar. Nunca supe que había estado relacionado con el caso Penkovskiy… Vatutin se detuvo y, su cara reflejó algo.

—Hay algo que lo inquieta, coronel observó Gerasimov.

—¿Qué es?

—La intervención de Filitov en el asunto Penkovskiy se produjo poco después de la muerte de su segundo hijo y de su esposa. —Vatutin se encogió de hombros después de un instante. Una extraña coincidencia.

—¿No fue Filitov el primer testigo contra él? —preguntó el titular del Segundo Directorio. Había trabajado personalmente en ambos aspectos del caso. Vatutin asintió.

—Así es, pero lo hizo cuando nosotros ya teníamos al espía en vigilancia. —Hizo otra pausa. Como dije antes, una extraña coincidencia. Ahora, nosotros estamos buscando un contacto sospechoso que pasaba información de defensa. Yo lo vi de pie junto un alto fa cionario del ministerio de Defensa, que estuvo envuelto en otro caso similar hace casi treinta años. Por otra parte, Filitov fue el hombre que primero denunció a Penkovskiy, y es un distinguido héroe de guerra—. Era la primera vez que había encadenado juntos todos sus pensamientos.

—¿Ha existido alguna vez algún indicio de sospecha contra Filitov? —preguntó

el presidente.

—No. Su carrera difícilmente podría ser la más impresionante. Filitov fue el único ayudante que permaneció con el fallecido ministro Ustinov durante toda su carrera, y allí se ha quedado desde entonces. Se desempeña como inspector personal del ministro.

—Lo sé —dijo Gerasimov—. Aquí tengo un requerimiento firmado por Yazov de nuestro expediente sobre los trabajos norteamericanos en materia de Iniciativa de Defensa Estratégica. Cuando le hablé por el tema, el ministro me dijo que los coroneles Filitov y Bondarenko están reuniendo información para exponer el asunto en forma completa ante el Politburó. La palabra clave de ese cuadro fotográfico que ustedes recuperaron era Bright Star, ¿no es así?

—Sí, camarada presidente.

—Vatutin, ahora tenemos tres coincidencias —observó Gerasimov ¿Su recomendación?

La repuesta era bastante simple.

—Deberíamos poner bajo vigilancia a Filitov. Y probablemente también a este individuo Bondarenko.

—Con mucho cuidado, pero con la máxima eficiencia. —Gerasimov cerró el expediente—. Este es un informe muy bueno, y parecería que su instinto de investigador sigue tan agudo como siempre, coronel. Deberá mantenerme informado sobre este caso. Desde ahora, espero verlo tres veces por semana hasta que esté todo terminado. General —dijo al jefe del «Dos», quiero que este hombre reciba todo el apoyo que necesite. Puede solicitar recursos de cualquier parte del Comité. Si encuentra objeciones, por favor hágamelas saber. Podemos tener la certeza de que hay una filtración en el nivel más alto del ministerio de Defensa. Otra cosa: este caso es secreto, exclusivamente para mi conocimiento y el de ustedes. Nadie… repito, nadie debe saber esto. ¿Quién puede decir dónde han logrado poner sus agentes los norteamericanos? Vatutin, si usted soluciona este caso, tendrá las estrellas de general para este verano. Pero— levantó un dedo —creo que debería dejar de beber hasta que haya concluido con esto. Necesitamos que tenga la cabeza clara.

Si, camarada presidente.

Cuando Vatutin y su jefe salieron, el corredor que pasaba junto a la oficina del presidente estaba casi vacío.

—¿Y qué hay de Vaneyeva? —preguntó el coronel *sotto voce*—. Se trata de su padre, por supuesto. El secretario General Narmonov anunciará la semana que viene su elección para el Politburó —comentó el general en voz baja y neutral.

Y a nadie le hará daño tener otro amigo de la KG B en la corte, pensó Vatutin. ¿Podría ser que Gerasimov esté haciendo alguna clase de maniobra?

—Recuerde lo que le dijo sobre la bebida —dijo después el general. He oído decir

que últimamente le está dando mucho a la botella. Para el caso de que nadie se lo haya dicho, en esta están de acuerdo el presidente y el secretario general.

—Sí, camarada general —respondió Vatutin. Por supuesto, probablemente es lo único en que están de acuerdo. Como cualquier buen ruso, Vatutin pensaba que la vodka era tanto parte de la vida como el aire. Se le ocurrió pensar que gracias a la borrachera de la noche anterior había ido aquella mañana a los baños de vapor, lo que le permitió advertir la crucial coincidencia, pero se abstuvo de señalar la ironía de todo aquello. De regreso en su oficina, pocos minutos después, Vatutin tomó un anotador y empezó a planificar la vigilancia sobre dos coroneles del Ejército Soviético.

Gregory tomó vuelos comerciales regulares para regresar a su casa, cambiando de avión en Kansas City, con una espera de dos horas. Durmió durante la mayor parte del viaje, y atravesó directamente la terminal sin tener que preocuparse por equipaje alguno. Su prometida lo estaba esperando.

—¿Cómo te fue en Washington? —preguntó ella después del acostumbrado beso de bienvenida a casa.

—Siempre lo mismo. Me hicieron correr por todas partes. Por visto, piensan que los científicos nunca duermen. —Le tomó la mano mientras salían caminando hacia el auto.

—¿Y qué pasó? —preguntó ella cuando estuvieron afuera.

—Los rusos hicieron una prueba muy importante. —Se detuvo para mirar alrededor. Era una violación técnica de seguridad… pero Candi era parte del grupo, ¿no?— Destruyeron un satélite con los lásers basados en tierra, en Dushanbe. Lo que quedó parece un modelo plástico puesto en el horno.

—Eso es malo —observó la doctora Long.

—Por supuesto que lo es —coincidió el doctor Gregory—. Pero tienen problemas ópticos. Dispersión y oscilación, ambas cosas. Con seguridad no tienen allá nadie como tú para construir espejos. Pero deben tener algunos tipos buenos para el extremo superior del láser.

—¿Tan buenos?

—Lo suficientemente buenos como para estar haciendo algo que nosotros todavía no hemos resuelto. —Al dejó escapar un gruñido cuando llegaron a su Chevy. Maneja tú, yo todavía estoy un poco atontado.

—¿Lo resolveremos? —preguntó Candi mientras quitaba la llave a la puerta.

—Tarde o temprano. —No podía seguir más allá que eso… prometida o no prometida.

Candi subió al auto y estiró el brazo para destrabar la puerta del lado derecho. En cuanto Al se sentó, abrió la guantera y sacó una Twinkie. Siempre tenía una reserva. Estaba un poco vieja, pero no le importó. A veces Candi se preguntaba si su amor por

ella no resultaba del hecho de que su sobrenombre le recordaba las golosinas.

—¿Cómo anda el trabajo en el nuevo espejo? —preguntó él después de partir la Twinkie.

—Marv tiene una nueva idea que estamos probando. Cree que debemos hacer el revestimiento más delgado, en vez de engrosarlo. Vamos a probarlo la semana que viene.

—Marv es bastante original para ser un tipo viejo —observó AL. El doctor Marv Greene tenía cuarenta y dos años.

Candi rio.

—Su secretaria también piensa que lo es.

—Debería tener bastante juicio como para no mezclarse con alguien con quien trabaja —dijo seriamente Gregory. Después hizo una mueca.

—Sí, mi amor. —Ella se dio vuelta para mirarlo, y ambos rieron.

—¿Estás muy cansado?

—Dormí durante el vuelo.

—¡Qué bueno!

Antes de rodearla con su brazo, Gregory arrugó el celofán que envolvía la Twinkie y lo dejó caer al piso, donde se sumó a otros treinta. Al volaba con mucha frecuencia, pero Candi tenía un remedio seguro para el jet lag.

—¿Y bien, Jack? —preguntó el almirante Greer.

—Estoy preocupado —admitió Ryan. Fue por pura suerte y no otra cosa que pudimos ver esa prueba. El momento que eligieron era perfecto. Todos nuestros satélites de reconocimiento estaban debajo del horizonte óptico. Ellos suponían que no nos daríamos cuenta, lo que no es de sorprender, porque es una violación técnica del tratado antimisiles balísticos. Bueno, probablemente—. Jack se encogió de hombros. —Depende de cómo se lea el tratado. Aquí entra aquello de la interpretación «estricta» o «relativa», que fue motivo de discusión. Si nosotros hiciéramos algo como eso, el Senado se volvería loco.

—A ellos no les gustaría conocer la prueba que usted vio. —Muy poca gente sabía hasta dónde había llegado el progreso de Tea Clipper. El programa era «negro». Más secreto que ultrasecreto; los programas «negros» simplemente no existían.

—Puede ser. Pero nosotros estábamos probando el sistema de puntería, no una verdadera arma.

—Y los soviéticos estaban probando el sistema para ver si lo era… —bromeó Greer y sacudió la cabeza—. Es como hablar de metafísica, ¿no? ¿Cuántos lásers pueden bailar sobre la cabeza de un alfiler?

—Estoy seguro de que Ernie Allen podría darnos una opinión sobre eso —dijo Jack sonriendo. No estaba de acuerdo con Allen, pero no tenía más remedio que aceptarlo—. Espero que nuestro amigo en Moscú pueda enviarnos información.

XII. Éxito y fracaso

Uno de los problemas que tiene la vigilancia de cualquier individuo es que antes de establecer qué recursos se necesitan para la operación hay que conocer perfectamente cómo pasa —él o ella— un día ordinario de su vida. Cuanto más solitaria sea la persona o su actividad, más difícil es, generalmente, mantener un ojo disimulado sobre ella. Por ejemplo, los oficiales de la KGB que debían efectuar la vigilancia del coronel Bondarenko ya habían llegado a odiarlo profundamente. Su costumbre de trotar todas las mañanas era una actividad ideal para un espía, pensaban ellos. Trotaba de un lado a otro, absolutamente solo, por calles de la ciudad que estaban en su mayor parte vacías… lo suficientemente vacías como para que cualquiera que anduviese a esas horas por allí fuera para él indudablemente un conocido, aunque fuera de vista; y, al estar tan vacías, él podría notar de inmediato cualquier cosa fuera de lo habitual. Mientras el coronel corría por los sectores residenciales de esa parte de Moscú, los tres agentes designados para mantener los ojos sobre él perdieron contacto visual no menos de cinco veces. Los escasos árboles de los cuales detrás habrían podido ocultarse estaban sin hojas, y los edificios de departamentos se levantaban como lápidas sobre el terreno llano y abierto. En cualquiera de esas cinco veces, Bondarenko habría podido detenerse para recoger algo dejado por otra persona, o para dejar algo él mismo. Era más que una frustración, y había que agregar a eso el hecho de que ese coronel del Ejército Soviético tenía un legajo de servicios tan inmaculado como un campo cubierto de nieve recién caída: exactamente la pantalla que cualquier espía desearía tener.

Volvieron a verlo cuando doblaba la esquina para regresar a su casa, con sus piernas en vigoroso movimiento y su respiración materializada detrás de él en el aire con pequeñas nubes de vapor. El hombre a cargo de esa parte del caso decidió que se necesitarían por lo menos seis oficiales del «Dos» para vigilar al sujeto en sus corridas mañaneras. Y tendrían que encontrarse allí una hora antes de su esperada salida a correr, soportando el frío seco y penetrante del amanecer en Moscú. La gente del Segundo Directorio general pensaba que nunca se la consideraba lo suficiente, en función de las duras tareas que cumplía.

A varios kilómetros de distancia, otro grupo de tres estaba completamente satisfecho con su tarea. En este caso, habían conseguido un departamento en el octavo piso del edificio situado frente al del sujeto; el diplomático que vivía allí se hallaba en el exterior. Habían enfocado un par de cámaras con teleobjetivo sobre las ventanas de Misha, y éste no era un hombre que se molestara en bajar las cortinas o, por lo menos, graduarlas en forma apropiada. Lo vieron cumplir todas las actividades de rutina en la mañana de un hombre que ha bebido demasiado durante la noche anterior, algo bastante conocido por los hombres del «Dos» que observaban desde la

vereda de enfrente con la comodidad de una buena calefacción.

Misha tenía la antigüedad suficiente en el ministerio de Defensa: como para disponer de un automóvil con su chofer. Fue algo muy fácil asignar otro puesto al sargento y sustituirlo con un jovencito recién egresado de la escuela de contrainteligencia de la KGB. El dispositivo colocado en su teléfono grabó el pedido de que lo fueran a buscar temprano.

Ed Foley volvió a su departamento más temprano que de costumbre. Ese día lo llevaba su esposa conduciendo el auto, con los chica en la parte de atrás. En el expediente soviético sobre los Foley había una divertida constancia de que ella se quedaba con el auto casi todos los días para llevar a los niños a uno u otro lado, y hacer generalmente sociedad con las esposas de otros diplomáticos occidentales. Un marido soviético siempre conservaría el automóvil para su propio uso. Al menos —observaron— no lo estaba obligando hoy a tomar el subterráneo; bastante decente. El hombre de la milicia que se encontraba en la entrada del complejo diplomático —era en realidad de la KGB, como todos lo sabían— anotó la hora de salida y los ocupantes del auto. Estaba ligeramente fuera de lo habitual, y el guardia del portón miró alrededor para ver si el seguidor de Foley, de la KGB, se hallaba hoy allí. No estaba. Los norteamericanos «importantes» tenían una vigilancia mucho más regular.

Ed Foley llevaba puesto un gorro de piel estilo ruso, y su sobre todo se veía lo suficientemente viejo y gastado como para no parecer demasiado extranjero. Desentonaba un poco una bufanda de lana que le protegía el cuello y ocultaba la corbata rayada. Los oficiales rusos de seguridad que lo conocían de vista notaron que, como con la mayoría de los extranjeros, el clima local era el gran igualador. Quien vivía en Rusia durante un invierno pronto empezaba a vestirse y a actuar como un ruso, hasta el punto de caminar con la mirada dirigida ligeramente hacia abajo.

Primero dejaron a los niños en la escuela. Mary Pat Foley conducía bien, sus ojos iban y venían del espejo cada t res o cuatro segundos. Manejar allí no era tan malo, comparando con las ciudades de Estados Unidos. Aunque los conductores rusos podían hacer las cosas más extraordinarias, las calles no estaban congestionadas, y como ella había aprendido a conducir en la ciudad de Nueva York, estaba capacitada para desenvolverse bien en casi todos los casos. Al igual que todas las personas del mundo que viajan diariamente de un lado a otro, ella se había hecho una ruta que tomaba diversos atajos para evitar los pocos cuellos de botella del tránsito. Con eso ganaba algunos minutos, a costa de uno o dos litros más de bencina.

Inmediatamente después de doblar en una esquina, acercó el auto al cordón de la vereda y su marido descendió. Cuando él cerró la portezuela de un golpe, ella ya había iniciado otra vez la marcha. Él se dirigió, no demasiado rápido, hacia la puerta de entrada del edificio de departamentos. Esta vez, el corazón de Ed Foley latía con mayor intensidad. Sólo había hecho eso una vez anteriormente, y no le gustaba nada.

Ya en el interior, pasó de largo frente a los ascensores y subió a los saltos los ocho pisos por la escalera, controlando su reloj.

No sabía cómo podía hacerlo su mujer. Lastimaba su ego machista admitir que ella conducía con mucha mayor precisión que él, y era capaz de poner el auto en cualquier punto que quisiera con una exactitud de cinco segundos, más o menos. Él tenía dos minutos para llegar al octavo piso. Lo hizo, y le sobraron algunos segundos. Abrió la puerta de la salida de incendio y exploró con ojos ansiosos el corredor. Eran cosas maravillosas esos corredores. Especialmente los rectos y desnudos en los altos edificios de departamentos. No había dónde pudiera esconderse alguien en acecho con una cámara, tenían un grupo de ascensores en el medio, y escaleras de incendio en ambos extremos. Caminó vivamente pasando otra vez frente a los ascensores y dirigiéndose al extremo opuesto. Ahora podía medir el tiempo por los latidos de su corazón. Unos veinte metros más adelante se abrió una puerta y salió un hombre que vestía uniforme. Se dio vuelta para cerrar con llave la puerta de su departamento, después levantó un portafolio y caminó en dirección a Foley. Cualquiera que estuviese allí accidentalmente podría haber pensado lo extraño que era que ninguno de los dos hombres intentara esquivar al otro.

Todo pasó en un instante. La mano de Foley rozó la de CARDENAL, tomando el casete de película y entregándole un pequeño rollito de papel. Creyó ver una mirada de irritación en los ojos del agente, pero nada más que eso, ni siquiera un «Por favor, discúlpeme, camarada», y el oficial continuó su camino hacia los ascensores. Foley continuó directamente a la escalera de incendio. Se tomó su tiempo para bajar.

El coronel Filitov salió del edificio a la hora prevista. El sargento que mantenía abierta la puerta de su auto notó que movía la boca como trabajando en algo, tal vez una cascarita de pan calzada entre los dientes.

—Buenos días, camarada coronel.

—¿Dónde está Zhdanov? —preguntó Filitov mientras subía—. Dio parte de enfermo. Creo que es el apéndice. —El corazón hizo un gruñido.

—Bueno, vamos. Quiero tomar un baño de vapor esta mañana.

Foley salió por la puerta posterior del edificio un minuto después y caminó pasando frente a otros edificios de departamentos para llegar hasta la calle siguiente. Estaba llegando al cordón de la vera cuando su mujer arrimó el auto y él subió casi sin que el vehículo detuviera. Ambos respiraron profundamente mientras ella conducía el auto hacia la embajada.

—¿Qué vas a hacer hoy?, preguntó Mary Pat, controlando con sus ojos el espejo.

Lo de siempre fue la resignada respuesta.

Misha ya estaba en la sala de vapor. Notó la ausencia del empleado y la presencia de unas pocas caras desconocidas. Eso explicaba el parte especial de esa mañana. Su expresión no mostró nada en particular mientras intercambiaba algunas palabras

amistosas con los clientes habituales. Era una lástima que se le hubiera terminado la película. Además, tenía la advertencia de Foley. Si estaba otra vez bajo vigilancia… bueno, cada tantos años, uno u otro oficial de seguridad sufría la misma obsesión y volvía a controlar a todos en el ministerio.

La CIA se había enterado y decidió romper la cadena de contactos. Fue divertido, pensó, ver aquella mirada en la cara de ese joven en el corredor. Quedaba tan poca gente que supiera cómo era el combate. La gente se asustaba con tanta facilidad. El combate enseñaba al hombre qué debía temer y qué ignorar, se dijo Filitov.

En el vestuario, un hombre del «Dos» estaba revisando las ropas de Filitov. En el auto, hacían lo mismo con su portafolio. En ambos casos la tarea se cumplía rápida y eficazmente.

Vatutin en persona supervisó el registro del departamento de Filitov. Era un trabajo para expertos, que tenían colocados guantes de cirugía y que invirtieron la mayor parte de su tiempo en busca de «indicios reveladores». Podía ser una simple hojita de papel, una cáscara de pan, hasta un cabello humano puesto en determinado sitio, cuya desaparición indicaría al hombre que vivía en el departamento que alguien había estado allí. Tomaron numerosas fotografías y salieron corriendo a revelarlas; y luego los encargados del registro empezaron a trabajar. Encontraron el diario casi de inmediato. Vatutin se agachó para mirar el sencillo libro abierto en el cajón del escritorio, para asegurarse de que su posición no estaba secretamente marcada. Después de uno o dos minutos, lo levantó y comenzó a leer.

El coronel Vatutin estaba de mal humor. No había dormido bien la noche anterior. Como la mayor parte de las personas que beben mucho, necesitaba unos cuantos tragos para dormir, y la excitación del caso agregada a la falta de un sedante apropiado le había provocado una noche de nervios terribles, de revolverse en la cama; se le veía en la cara, y su gesto bastaba para advertir a su gente que mantuvieran la boca cerrada.

Cámara dijo secamente. Se acercó un hombre y empezó a fotografiar las páginas del diario a medida que Vatutin las iba pasando.

—Alguien ha tratado de forzar la cerradura —informó un mayor—. Hay marcas alrededor del ojo de la llave. Si la desarmamos creo que también veremos marcas en los fijadores. Aquí ha entrado alguien probablemente.

—Yo tengo lo que buscaban —dijo Vatutin malhumorado. En todo el departamento las cabezas se dieron vuelta. El hombre que estaba revisando la heladera hizo saltar el panel anterior, miró lo que había debajo y luego volvió a instalar el panel en su lugar, después de la interrupción. ¡Este hombre lleva un maldito diario! ¿Ya nadie lee los manuales de seguridad?

Ahora lo comprendía. El coronel Filitov usaba diarios personales para esbozar los informes oficiales. De alguna manera, alguien se había enterado de eso y se metió en

el departamento para obtener copias de…

—¿Pero hasta dónde es probable eso?, se preguntó Vatutin. Casi tan probable como que un hombre escriba sus memorias de documentos oficiales cuando podría copiarlos tan fácilmente en el escritorio en el ministerio de Defensa.

El registro demoró dos horas, y el grupo salió de uno o dos hombres, después de volver a colocar todo exactamente como lo habían encontrado.

Cuando estuvo de vuelta en su oficina, Vatutin leyó completo el diario fotografiado. El fragmento de película capturada coincidía exactamente con una de las páginas al comienzo del diario de Filitov. Pasó una hora revisando las fotografías de las páginas. La información en sí misma era realmente impresionante. Filitov describía el proyecto. Bright Star con lujo de detalles. En realidad, las explicaciones del Viejo coronel eran mejores que las que él recibió como parte de la directiva de investigación. Allí estaban volcados detalles de las observaciones del coronel Bondarenko sobre la seguridad de las instalaciones y unas pocas quejas sobre las prioridades asignadas en el ministerio. Era evidente que ambos coroneles sentían gran entusiasmo por Bright Star, y Vatutin ya coincidía con ellos. Pero el ministro Yazov leyó no estaba aún seguro. Quejándose sobre problemas de asignación de fondos… bueno, esa era una vieja historia, ¿verdad?

Estaba claro que Filitov había violado las normas de seguridad a tener registros de documentos altamente secretos en su casa. Eso era ya de por sí un asunto suficientemente grave como para que cualquier burócrata novato o de nivel medio perdiera su trabajo, pero Filitov el a un hombre tan antiguo como el propio ministro, y Vatutin sabía demasiado bien que la gente antigua y de categoría consideraba las normas de seguridad como incomodidades que podían dejarse a un lado por Interés del Estado, del que se consideraban árbitros en última instancia. Se preguntó si sería lo mismo en todas partes. De una cosa estaba seguro: antes de que él, o cualquier otro de la KGB, pudiera acusar de cualquier cosa Filitov, se necesitaba algo más serio que esto. Aunque Misha fuera agente de los extranjeros… ¿Por qué estoy buscando formas de negarlo?, se preguntó sorprendido, Se trasladó mentalmente de vuelta al departamento del hombre, y recordó las fotografías que había en las paredes. Debían de ser un centenar por lo menos: Misha de pie en la torreta de su T34, observando con los binoculares; Misha con sus hombres sobre la nieve en las afueras de Stalingrado; Misha y 1os tripulantes de su tanque señalando los agujeros en el blindaje lateral de un tanque alemán… y Misha en una cama de hospital, con Stalin en persona en el acto de pinchar en la almohada su tercera medalla de Héroe de la Unión Soviética, acompañado por su encantadora esposa y sus dos hijos. Eran todos recuerdos de un patriota y un héroe.

En las viejas épocas eso no habría importado, se recordó a sí mismo Vatutin. En esos días sospechábamos de todos.

Cualquiera pudo haber hecho esas marcas en la cerradura de la puerta. Él se había apresurado a suponer que se trataba del prófugo empleado de los baños. Habiendo sido técnico en municiones, probablemente sabía como hacerlo. ¿Y si eso fuera una coincidencia?

Pero si Misha era espía, ¿por qué no fotografiaba él mismo los documentos oficiales? En su condición de ayudante del ministro de Defensa, podía ordenar que le llevaran cualquier documento que quisiera, y entrar de contrabando una cámara de espía al ministerio era un juego de niños.

Si hubiéramos conseguido la película con un cuadro de alguno esos documentos, Misha ya estaría en la Prisión de Lefortovo…

—¿Y si ha actuado así con toda astucia? ¿Si él quiere hacernos creer que alguien está robando material de su diario? Puedo llevar ahora mismo al ministro lo que tengo, pero no podemos acusarlo de más que haber violado las normas de seguridad en el domicilio ¿Y si él responde que estaba trabajando en su casa, y admite haber quebrantado las reglas, y el ministro defiende a su ayudante?… ¿defendería el ministro a Filitov?

Sí, Vatutin estaba seguro de eso. Por un lado, Misha era un ayudante de confianza y un distinguido soldado profesional. Por otro, el ejército siempre estaría dispuesto a cerrar filas para defender a uno de los suyos contra la KGB. Esos hijos de puta nos odian más que a Occidente. El Ejército Soviético no había olvidado nunca aquellos últimos años de la década de 1930, cuando Stalin usó a la agencia de seguridad para asesinar a casi todos los oficiales uniformados antiguos, y después, como consecuencia directa, estuvo a punto de perder Moscú frente al Ejército Alemán. No, si vamos a ellos con esto solamente, rechazarán nuestras pruebas y lanzarán su propia investigación con el GRU.

¿Cuántas irregularidades irán a aparecer en este caso?, se preguntó el coronel Vatutin.

A pocos kilómetros de distancia, Foley estaba preguntándose casi lo mismo en su diminuto cuartito. Había revelado la película y la estaba leyendo. Notó irritado que a CARDENAL se le había terminado la película y no pudo por lo tanto reproducir todo el documento. Sin embargo, la parte que tenía frente a él demostraba que la KGB tenía un agente dentro de un proyecto norteamericano llamado Tea Clipper. Evidentemente, Filitov apreció que esto era de interés más inmediato para los norteamericanos que los trabajos se su propia gente y, al leer la información, Foley estuvo tentado de coincidir con él. Bueno. Entregaría más rollos de película a CARDENAL, conseguiría sacar el documento completo y luego le comunicaría que ya era tiempo de que se retirara. La evasión estaba prevista para unos diez días después.

Tiempo de sobra, se dijo, a pesar de la extraña sensación nerviosa en la nuca, que

le estaba diciendo otra cosa.

Para mí próxima operación, ¿cómo hacemos llegar la nueva película a CARDENAL? Destruida la cadena de contactos usada hasta ese momento, llevaría varias semanas establecer otra, y él no quería arriesgar otra vez un encuentro directo.

Finalmente eso tenía que ocurrir, él lo sabía. Todo había funcionado maravillosamente durante el tiempo que tuvo a ese agente bajo su responsabilidad, pero tarde o temprano algo sucedía. Un hecho fortuito, se dijo. A veces los dados caían mal. Cuando llegó a ese cargo y conoció la historia operacional de CARDENAL, se maravilló de que el hombre hubiera durado tanto, y de que hubiese rechazado por lo menos tres ofrecimientos de evasión. ¿Durante cuánto tiempo puede forzar su suerte un hombre? Este viejo bastardo debe de haber pensado que era invencible. A todos aquellos que han de destruir, los dioses Primero los hacen orgullosos, pensó Foley.

Dejó a un lado sus pensamientos y continuó con sus tareas del día.

Hacia el anochecer, el hombre correo partía hacia el oeste con un nuevo informe de CARDENAL.

—Está en camino —dijo Ritter al director de la Central de Inteligencia.

—Gracias a Dios —sonrió el juez Moore—. Ahora debemos concentrarnos en sacarlo zumbando de allá.

—Están dando las instrucciones a Clark. Mañana viajará a Inglaterra, y se encontrará con el submarino un día después.

—Ese es otro que ha abusado demasiado de su suerte —comentó el juez.

—Lo mejor que tenemos —comentó Ritter.

—No es suficiente para moverse —dijo Vatutin al presidente después de explicarle los resultados de su búsqueda y vigilancia—. Voy a asignar más gente a la operación. También hemos puesto dispositivos de escucha en el departamento de Filitov…

—¿Y ese otro coronel?

—¿Bondarenko? No hemos podido entrar allí. Su esposa no trabaja y permanece en la casa todo el día. Hoy supimos que el hombre corre unos cuantos kilómetros todas las mañanas, y también hemos asignado algunos hombres más a este caso. La única información que tenemos por ahora es un legajo completamente limpio —en realidad ejemplar y una considerable ambición. Ahora es representante del ministro para Bright Star y, como usted puede ver en las páginas del diario, un entusiasta partidario del proyecto.

—¿Qué opinión tiene usted sobre él? —Las preguntas del presidente surgían con voz cortante pero no amenazadora.

—Hasta ahora, no hay nada que nos lleve a sospechar algo. Fue condecorado por servicios en Afganistán; tomó el comando de un grupo Spetznaz que habían

emboscado y rechazó en combate un decidido ataque de los bandidos. Cuando estuvo en el complejo Bright Star reprendió por falta de rigor a la fuerza de guardia de la KGB, pero en su informe oficial al ministro explicó por qué, y es difícil negar sus razones.

—¿Están haciendo algo al respecto? —preguntó Gerasimov.

El oficial que enviamos a tratar el asunto se mató en un avión derribado en Afganistán. Pronto mandaremos otro oficial, me han informado.

—¿El empleado de los baños?

—Todavía lo estamos buscando. Pero no hay resultados. Está todo cubierto: aeropuertos, estaciones ferroviarias, todo. Si tenemos novedades se lo informaré de inmediato.

—Muy bien. Puede retirarse, coronel. —Gerasimov volvió a los papeles que tenía sobre el escritorio.

El presidente del Comité de Seguridad del Estado se permitió una sonrisa después que Vatutin se marchó. Estaba asombrado ante lo bien que andaban las cosas. El golpe maestro era el asunto Vaneyeva. Una red de espionaje no se descubría con frecuencia en Moscú, y cuando se lo lograba, las felicitaciones llegaban siempre mezcladas con un: ¿porqué demoró tanto? Eso no iba a ocurrir esta vez. De ninguna manera; no cuando el padre de Vaneyeva estaba a punto de ser nombrado en el Politburó. Y el secretario Narmonov pensaba que sería leal hacia el hombre que había dispuesto su promoción. Narmonov… con todos sus sueños de reducción se armamentos, de aflojar la garra del Partido sobre la vida de la nación, de «liberalizar» lo que había sido legado al Partido… Gerasimov iba a cambiar todo eso.

Sería fácil, por supuesto. Gerasimov tenía solamente tres aliados firmes en el Politburó, pero entre ellos estaba Alexandrov, el ideólogo a quien el secretario no había podido retirar cuando dejó de serle fiel. Y ahora tenía otro, uno completamente desconocido para el camarada secretario general. Por otra parte, Narmonov tenía el ejército detrás de él.

Eso era un legado de Mathias Rust, el adolescente alemán que aterrorizó con su Cessna alquilado en medio de la Plaza Roja. Narmonov era un operador sagaz. Rust había volado entrando en la Unión Soviética en el Día de los Guardias de Frontera, una coincidencia que él no pudo explicar… ¡Y Narmonov había negado a la KGB la oportunidad de interrogar apropiadamente al muy patán! Gerasimov aún rezongaba por eso. El jovencito había efectuado su vuelo en el único día del año en que se podía tener la seguridad de que la enorme fuerza de guardias de frontera de la KGB estaría gloriosamente borracha. Eso le permitió cruzar el Golfo de Finlandia sin ser detectado. Después, el comando de Defensa Aérea, Voyska PVO, también fracasó en la detención, y el chico aterrizó justo frente a San Basilio.

El secretario general Narmonov actuó con celeridad; despidió al jefe del comando

de Defensa Aérea y al ministro de Defensa Sokolov, después de una borrascosa sesión del Politburó, en la que Gerasimov no había podido levantar objeción alguna, ante el riesgo de poner en peligro su propio puesto. El nuevo ministro de Defensa, D.T. Yazov, era el hombre del secretario, un don nadie que estaba muy abajo en la lista numérica de los oficiales más antiguos; un hombre que, habiendo fracasado para ganarse la posición, dependía del secretario para mantenerse en ella. Eso había cubierto el flanco más vulnerable de Narmonov. La complicación que se sumaba ahora era que Yazov todavía estaba aprendiendo sus responsabilidades y, obviamente, dependía de hombres viejos, como Filitov, para que se las enseñaran.

Y Vatutin cree que esto es simplemente un caso de contraespionaje, gruñó Gerasimov para sus adentros.

Los procedimientos de seguridad que giraban alrededor de la información de CARDENAL impedían a Foley que la enviara en la forma habitual. Ni siquiera podía usar los mensajes cifrados en claves para una sola vez, que eran teóricamente indescifrables. De manera que la cubierta del último informe tendría que advertir a la fraternidad que la información que se despachaba no era exactamente lo que estaban esperando.

Esa noticia levantó a Bob Ritter de su sillón. Hizo sus fotocopias y destruyó los originales antes de dirigirse a la oficina del juez Moore. Greer y Ryan ya se hallaban allí.

—Se le terminó la película —dijo el subdirector de Operaciones tan pronto como la puerta se cerró.

—¿Qué? —exclamó Moore.

—Ha entrado algo nuevo. Parece que nuestros colegas de la KGB tienen un agente dentro de Tea Clipper, que acaba de darles la mayor parte del trabajo de diseño de nuevo dispositivo del maldito espejo, y CARDENAL decidió que eso era más importante. No le quedaba película suficiente para todo, de modo que dio prioridad a lo que está buscando la KGB. Tenemos solamente la mitad de las características de su sistema láser.

—La mitad podría ser suficiente —observó Ryan, motivando que Ritter frunciera el entrecejo. No se sentía feliz en lo más mínimo por el hecho de que Ryan formara parte ahora del grupo.

—Explica los efectos del cambio de diseño, pero no dice nada del cambio en sí mismo.

—¿Podemos identificar la fuente de la filtración de nuestro lado? —preguntó el almirante Greer.

—Tal vez. Es alguien que entiende realmente de espejos. Parks deberá ocuparse de esto muy rápido. Ryan, usted ha estado personalmente allá. ¿Qué le parece?

—La prueba que yo presencié convalidó el rendimiento del espejo y del Software

que lo maneja. Si los rusos pueden duplicarlo… bueno, nosotros sabemos que ellos tienen solucionada la parte del láser, ¿no es así? —Hizo una pausa—. Señores, esto es de temer. Si los rusos llegaran primero, quedarían destruidos todos los criterios del control de armamentos, y estaríamos frente a una situación estratégica en deterioro. Quiero decir… que pasarían varios años antes de que el problema se manifestara, pero…

—Bueno, si nuestro hombre puede conseguir otro maldito rollo de película —dijo el subdirector de Operaciones— podemos ponernos a trabajar en eso. La buena noticia es que ese tipo Bondarenko, que Misha eligió para que dirija el departamento láser en el ministerio informará regularmente a nuestro hombre sobre todo lo que está ocurriendo. La mala noticia…

—Bueno, no es necesario que tratemos eso ahora —dijo el juez Moore. Ryan no necesitaba conocer nada al respecto, dijo con sus ojos a Ritter, quien asintió instantáneamente para mostrar su acuerdo.

—Jack, ¿usted dijo que tenía algo más?

—El lunes habrá un nuevo nombramiento en el Politburó: Ilya Arkadyevich Vaneyev. Edad, sesenta y tres, viudo. Una hija, Svetlana, que trabaja en GOSPLAN; está divorciada y tiene una hija. Vaneyev es un tipo bastante derecho, honesto de acuerdo con sus pautas, poco afecto a los manejos de ropa sucia que nosotros conocemos. Ha sido promovido desde un puesto en el Comité Central. Es el tipo que se hizo cargo de las responsabilidades que tenía Narmonov en materia de agricultura, y le fue bastante bien. La creencia general es que será el hombre de Narmonov. Eso le permite contar con cuatro miembros del Politburó con derecho a voto, uno más que el grupo de Alexandrov, y… —se interrumpió al ver las expresiones de preocupación de las otras tres personas que estaban en la oficina. ¿Algo malo?

—La hija de él. Está en la lista de personal que trabaja para Sir Basil —le informó el juez Moore.

—Cancelen el contrato —repuso Ryan—. Sería bueno tener una fuente como esa, pero semejante escándalo ahora pondría en peligro a Narmonov. Háganla retirar. Podrán reactivarla dentro de unos años. Tal vez, pero en estos momentos tienen que sacarla sin perdida de tiempo.

—Podría no ser tan fácil —dijo Ritter, y en seguida cambió de tema. ¿Cómo anda el trabajo de evaluación?

—Quedó terminado ayer.

—Se expondrá ante el Presidente y unas pocas personas más, pero va a ser estrictamente secreto.

—Perfecto. Puedo hacerlo imprimir esta tarde. ¿Si no hay otra cosa…? —No la había. Ryan abandonó el salón. Moore esperó que la puerta se cerrara antes de hablar.

—Todavía no se lo he dicho a nadie, pero el Presidente está preocupado otra vez

por la posición política de Narmonov. Ernie Allen teme que el último cambio en la posición de la Unión Soviética esté indicado un debilitamiento en el apoyo que tiene Narmonov en su país, y ha convencido al jefe de que éste es un momento malo para insistir en algunos asuntos. La consecuencia de eso es que, si ayudamos a escapar a CARDENAL… bueno, podría tener un efecto político no deseado.

—Si atrapan a Misha, el efecto político para nosotros será el mismo —señaló Ritter—. Y no hablemos del efecto más bien perjudicial que tendrá sobre nuestro hombre. Arthur, ellos están tras él. Es posible que ya tengan a la hija de Vaneyev…

—Ella volvió a trabajar en GOSPLAN —dijo el director de Inteligencia.

—Sí, y el hombre de los baños ha desaparecido. Ellos la atraparon y lograron quebrarla —insistió el subdirector de Operaciones—, tenemos que sacarlo de una vez por todas. No podemos dejarlo flameando en el viento, Arthur. Estamos en deuda con este hombre.

—No puede autorizar la extracción sin aprobación del Presidente.

—¡Entonces consígala! —exclamó Ritter, a punto de estallar—. Al diablo con los políticos… en este caso, al diablo con los políticos. Hay un aspecto práctico en esto, Arthur. Si dejamos caer un hombre como este, y no levantamos un dedo para protegerlo, saldrá todo a relucir… ¡Los rusos harán una miniserie de TV con todo esto! A la larga, nos costará más que esa basura política temporaria.

—Un momento —dijo Greer. Si pudieron quebrar a la hija de ese tipo del Partido, ¿cómo es que ha vuelto a su trabajo?

—¿Política? —murmuró Moore—. ¿Ustedes creen que la KGB no es capaz de dañar a la familia de este tipo?

—¡Correcto!, —vociferó el subdirector de Operaciones—, Kherasirnov está en la fracción opositora, ¿y puede haber dejado pasar la oportunidad de quitarle un asiento en el Politburó a un hombre de Narmonov? Huele a política, es cierto, pero no es exactamente eso. Es muy probable que ahora Alexandrov tenga al tipo nuevo en el bolsillo, y Narmonov no lo sepa.

—Entonces, ¿usted cree que ellos han conseguido quebrar a mujer, pero la han dejado salir para tener una ventaja sobre el padre?, preguntó Moore. Tiene sentido. Aunque no hay pruebas.

—Alexandrov es demasiado viejo para aspirar al puesto y, de todos modos, los ideólogos parecería que nunca ocupan el puesto más alto, es más divertido jugar de cerebro gris. Gerasimov es su muchachito rubio, en cambio, y sabemos que tiene la ambición suficiente como para hacerse coronar Nicolás Tercero.

—Bob, usted acaba de dar otra razón para no mover el bote justo en este momento. —Greer bebió un trago de café. A mí tampoco; me gusta la idea de dejar a Filitov en actividad. ¿Qué probabilidad hay de que suspenda por un tiempo sus trabajos? Es decir, considerando cómo están las cosas, podría tener argumentos para

desvirtuar; cualquier cosa que presentaran contra él.

—No, James, —Ritter sacudió con énfasis la cabeza—. No podemos dejar que suspenda su actividad, porque necesitamos el resto de su informe, ¿no es así? Y si él corre el riesgo de sacarlo a pesar de estar vigilado, nosotros no podernos dejarlo librado a su propia suerte. No es justo. Recuerden todo lo que ha hecho este hombre por nosotros durante muchos años. —Ritter continuó discutiendo varios minutos, demostrando la lealtad incondicional hacia su gente, que él había aprendido cuando era joven oficial de campo. Aunque a menudo era necesario tratar a los agentes como niños, alentarlos, apoyarlos y a veces reprenderlos, se convertían en algo así como los propios hijos, y había que luchar contra cualquier cosa que los pusiera en peligro. El juez Moore puso término a la discusión.

—Comprendemos bien sus puntos de vista, Bob, pero lo mismo tengo que ver al Presidente. Esto ya no es más una simple operación de campo.

Ritter se mantuvo firme en sus ideas.

Somos nosotros los que instalamos a nuestros agentes.

—De acuerdo, pero no haremos nada hasta no lograrla aprobación.

Como siempre ocurría en esa época del año, el tiempo en Faslane estaba espantoso. Un viento de treinta nudos castigaba las costas de Escocia con nieve y nevisca cuando el Dallas salió a la superficie. Mancuso tomó su puesto en lo alto de la torreta y observó las montañas rocosas en el horizonte. Acababa de completar una corrida de alta velocidad, navegando en el Atlántico en un promedio de treinta y un nudos, casi el máximo que aceptaba exigir a su buque por un período de tiempo prolongado, Además, debió terminar la travesía sumergido mucho más cerca de las costas de lo que hubiera preferido. Bueno, le pagaban para cumplir las órdenes, no para que le gustaran.

Las olas tenían casi cinco metros, y su submarino se balanceaba con ellas, avanzando ahora a doce nudos. El mar entraba por encima de la proa esférica y salpicaba hasta muy arriba al estrellarse contra la cara frontal de la torreta. Ni siquiera ayudaba mucho el equipo completo para el mal tiempo. En pocos minutos quedó empapado y estaba temblando. Un remolcador de la Armada Real se acercó para tomar posición cerca de la banda de babor del Dallas y comenzar a dirigirlo hacia el interior del brazo de mar, mientras Mancuso trataba de adaptarse al balanceo. Uno de sus secretos profesionales que mejor había logrado ocultar era un ligero y ocasional síntoma de mareo. Su ubicación en la torreta lo ayudó bastante, pero los que se encontraban en el interior del casco cilíndrico del submarino se lamentaban ahora de haber comido con demasiada abundancia pocas horas antes.

Unos minutos más tarde entraban en aguas abrigadas, comenzando a describir la trayectoria en S para llegar a la base que apoyaba a los submarinos nucleares británicos y norteamericanos. Una vez allí el viento ayudó hasta el muelle al

voluminoso casco gris pizarra del submarino. Ya había gente esperando allí, dentro de algunos pocos automóviles. Empezaron a lanzar los cabos desde tierra y los tripulantes del submarino los aseguraron. En cuanto colocaron la planchada, Mancuso descendió a su camarote.

Su primer visitante fue un capitán de fragata. Había esperado que fuera un submarinista, pero éste no tenía distintivos de servicio. Seguramente sería un tipo de inteligencia.

—¿Cómo estuvo la travesía comandante? —preguntó el capitán.

—¡Tranquilo! Bueno, vamos, ¡dígalo de una vez!

—Zarpará dentro de tres horas. Aquí están las órdenes para su misión. —Le entregó un sobre de papel madera con sellos de lacre y una nota adherida al frente, que decía a Mancuso cuándo podía abrirlo. Aunque era algo muy frecuente en las películas, le ocurría a él por primera vez en su vida de comandante. Lo normal era que pudiera hablar de la misión con la gente que se la ordenaba. Pero esta vez no. Mancuso firmó el recibo y guardó ambas cosas con llave en su caja fuerte, bajo la mirada atenta del oficial, y lo autorizó a retirarse.

—Mierda —fue el comentario del comandante para sí mismo. Ahora podían subir a bordo las personas que debían reunirse con él.

Eran dos hombres, ambos con ropas de civil. El primero bajó por la escotilla de carga de torpedos con la naturalidad de un verdadero marino. Mancuso vio muy pronto el porqué.

—¡Hola, jefe!

—¡Jonesy! ¿Qué diablos asta haciendo aquí?

—El almirante Williamson me dio a elegir: me convocaban para servicio activo temporario o venía a bordo como civil representante técnico. Yo preferí ser representante técnico. La paga es mayor. —Jones bajó la voz. Aquí está el señor Clark. No habla mucho.

Y no lo hizo. Mancuso le asignó una de las literas en el camarote del ingeniero. Cuando le bajaron su equipaje por la escotilla, el señor Clark entró en el camarote, cerró la puerta a sus espaldas, y eso fue todo.

—¿Dónde quiere que amontone mis cosas?, preguntó Jones.

—Hay una litera vacía en el depósito de los suboficiales —contestó Mancuso.

—Magnífico. Total los suboficiales comen mejor.

—¿Cómo va esa escuela?

—Me falta un semestre para el máster. Ya estoy recibiendo ofertas de algunos contratistas. Y me he comprometido. —Jones sacó la billetera y mostró una foto al comandante.

—Se llama Kim, y trabaja en la biblioteca.

—Felicitaciones, señor Jones.

—Gracias, jefe. El almirante dijo que usted me necesitaba realmente. Kim comprende. Su padre está en el Ejército. Y bien, ¿de qué se trata? Alguna clase de operación especial, y usted no podía cumplirla sin mí, ¿no es cierto? —«Operaciones especiales» era un eufemismo que cubría toda clase de cosas, la mayoría de las cuales eran peligrosas.

—No lo sé. Todavía no me lo han dicho.

Bueno, un viaje más «hacia el norte» no estaría demasiado mal —observó Jones —. Si he de ser honesto, ya casi los estaba echando de menos.

Mancuso no pensaba que fueran a ir hacia allá, pero se abstuvo de decirlo. Jones se dirigió a popa para instalarse. Mancuso fue hacia el camarote del ingeniero.

—¿Señor Clark?

—Sí, señor. —Había colgado su chaqueta, revelando que llevaba puesta una camisa de mangas cortas. El hombre tenía algo más de cuarenta años, apreció Mancuso. Ante una primera inspección no mostraba nada especial; tal vez un metro ochenta y tres, y delgado, pero luego Mancuso notó que no exhibía el rollo normal de la mediana edad en la cintura, y sus hombros eran más anchos de lo que parecían en relación a su altura. La segunda mirada a uno de sus brazos agregó otro detalle al rompecabezas. Algo escondido debajo del vello negro del antebrazo había un tatuaje, una foca roja, parecía con una amplia y descarada sonrisa.

—Conocí un tipo que tenía un tatuaje como ese. Era un oficial… ahora está con el Grupo-Seis.

—Hace muchos años, comandante. No estoy autorizado a hablar sobre eso, señor.

—¿De qué se trata todo esto?

—Señor, las órdenes para su misión se podrán…

—Ya lo sé. —Mancuso sonrió al interrumpirlo—. Tendré que esperar.

Tienen que ver con una recuperación. Mi Dios. Mancuso asintió impasible.

—¿Necesitará apoyo adicional?

—No, señor. Yo solo daré el golpe. Yo y mi equipo.

—Está bien. Lo veremos en detalle después que zarpemos. Usted comerá en la cámara de oficiales. Bajando la escalerilla, unos pocos metros hacia popa, sobre la banda de estribor. Otra cosa: ¿hay algún problema de tiempo?

No debería haberlo, a menos que usted no quiera esperar. Parte de esto está todavía en el aire… y eso es todo lo que puedo decir por ahora, comandante. Lo siento, pero yo también tengo mis órdenes.

Tiene razón. Tome la litera de arriba. Duerma un poco si lo necesita.

—Gracias, señor. —Clark miró al comandante mientras se retiraba, pero no sonrió hasta que la puerta se cerró. No había estado nunca en un submarino clase de Los Angeles. La mayor parte de las misiones de inteligencia se realizaban en los Sturgeons, más pequeños y maniobrables. Siempre dormía en el mismo lugar, la litera

superior del camarote del ingeniero, única cama sobrante en el buque. Tenía el problema de siempre para acomodar su equipo, pero «Clark» lo había hecho suficientes veces como para conocer todos los trucos. Cuando terminó esa tarea, trepó a la litera. Estaba cansado por el vuelo y necesitaba aflojarse durante unas pocas horas. La litera era siempre la misma, estrecha y apretada contra el casco curvo del submarino. Era como estar en un ataúd con la tapa a medio cerrar.

Hay que admirar a los norteamericanos por su ingenio —comentó Morozov. Habían transcurrido varias semanas de trabajo duro en Dushanbe. Inmediatamente después de la prueba— más precisamente, inmediatamente después que se hubieron marchado los visitantes de Moscú, —descongelaron y desarmaron dos de los seis lásers para mantenimiento, y se encontraron con que sus ópticas estaban muy quemadas. Eso significaba que, después de todo, aún persistía el problema con el recubrimiento óptico. Si bien podía tratarse de control de calidad, su jefe de sección remitió el problema a otro grupo de ingenieros. Lo que tenían ahora era mucho más emocionante. Ahí estaba el diseño del espejo norteamericano, del que habían oído hablar durante años.

—La idea partió de un astrónomo. Quería encontrar una forma de tomar fotografías estelares que no estuvieran afectadas por el «centelleo». Nadie se molestó en decirle que eso era imposible, de modo que él continuó adelante y lo consiguió. Yo conocía la idea en general, pero no los detalles. Tiene razón, joven. Esto es muy ingenioso. Demasiado ingenioso para nosotros. —El hombre gruñó brevemente mientras iba pasando las hojas hasta la página con las especificaciones de computación—. Nosotros no tenemos nada que pueda igualar este rendimiento. Con sólo construir los actuadores… No sé si podemos hacer siquiera eso.

—Los norteamericanos están construyendo el telescopio…

—Sí, en Hawaii. Lo sé. Pero el de Hawaii está muy atrás de éste, técnicamente hablando. Los norteamericanos han hecho un descubrimiento que todavía no ha llegado a la comunidad científica general.

Fíjese en la fecha del diagrama. Es posible que ya tengan este mismo en operación. —Sacudió la cabeza—. Están más adelantados que nosotros.

—Tiene que irse.

—Sí. gracias por la protección que me han dado durante todo este tiempo, —la gratitud de Eduard Vassilyevich Altunin era genuina. Había tenido un lugar donde dormir, y varias comidas calientes para alimentarse mientras hacía sus planes.

O intentaba hacerlos. No podía ni siquiera apreciar las desventajas con que trabajaba. En Occidente habría podido obtener fácilmente nuevas ropas, una peluca para disfrazar su propio pelo, hasta un estuche de maquillaje teatral con instrucciones para alterar sus rasgos faciales. En Occidente habría podido esconderse en el asiento trasero de un automóvil y viajar así más de trescientos kilómetros en menos de cuatro

horas. En Moscú no tenía ninguna de esas opciones. Para esa fecha, la KGB ya habría registrado su departamento, y determinado qué ropas llevaba puestas. Ya conocerían su cara y el color de su pelo. Lo único que ellos evidentemente no conocían era su pequeño círculo de amigos del servicio militar en Afganistán. No había hablado nunca a nadie sobre ellos.

Le ofrecieron un abrigo distinto, pero no le quedaba bien, y no quería poner más en peligro a esa gente. Él ya tenía preparada su historia pantalla: se había escondido con un grupo de delincuentes a pocas cuadras de distancia. Un hecho sobre Moscú, poco conocido en Occidente, era la situación delictiva. Decididamente mala y en vías de empeorar. Aunque Moscú no era todavía comparable a las ciudades norteamericanas de población similar, había distritos a los que las personas prudentes no concurrían solas de noche. Pero como los extranjeros no visitaban con frecuencia dichas zonas, y como los delincuentes callejeros difícilmente molestaban a los extranjeros —de haberlo hecho habrían sufrido una vigorosa respuesta de la Milicia de Moscú—, la historia se iba conociendo muy lentamente.

Caminó hasta Trofimovo, una sombría calle cerca del río. Altunin se maravillaba de su propia estupidez. Se había dicho siempre que, si necesitaba escapar de la ciudad, lo haría en una barcaza de carga. Su padre había trabajado toda su vida en ellas, y Eduard conocía lugares para esconderse que nadie podría encontrar… pero el río estaba congelado, por lo tanto no había movimiento de barcazas. ¡Y él no había pensado en eso! Altunin se sentía enfurecido consigo mismo.

Ahora ya no tenía sentido pensar más en eso, se dijo. Tenía que haber otra forma. Sabía que la planta de automóviles Moskvich se hallaba a sólo un kilómetro de distancia, y los trenes corrían durante todo el año. Trataría de subirse a uno que fuera hacia el sur, tal vez escondido en un vagón de carga lleno de repuestos para autos. Con suerte, podría llegar a la Georgia Soviética, donde nadie inspeccionaría tan detenidamente sus nuevos papeles. En la Unión Soviética, la gente podía desaparecer. Después de todo, era un país de doscientos ochenta millones de habitantes, pensó. La gente perdía o dañaba continuamente sus documentos. Se preguntó cuántos de estos pensamientos eran realistas, y cuántos producto simplemente de sus intentos para darse coraje.

Pero ahora no podía detenerse. Todo había comenzado en Afganistán, y se preguntaba también si alguna vez terminaría.

Al principio había podido apartarlo de su mente. Siendo cabo en una compañía de municiones, trabajó con lo que los soviéticos militares llamaban con eufemismo «dispositivos antiterroristas». Los distribuían por aire, o más a menudo, por soldados soviéticos que completaban una barrida en alguna población. Algunos eran las típicas muñecas rusas matryoshka, una figura envuelta en alegres pañuelos de colores vivos con un trasero regordete; o un camión; o una pluma fuente. Los adultos aprendieron

pronto, pero los niños estaban condenados, tanto por la curiosidad como por su incapacidad para aprender de los errores de los demás. Pronto comprendieron que los niños siempre recogerían cualquier cosa, y redujeron la cantidad de muñecas bomba distribuidas. Pero una cosa se mantuvo constante: al levantarlas del suelo, estallaban cien gramos de explosivo. Su tarea había consistido en armar las bombas y enseñar a los soldados cómo debían usarlas apropiadamente.

Altunin no había pensado mucho en eso al principio. Era su trabajo, y las órdenes para cumplirlo venían de muy arriba; los rusos no están inclinados por temperamento, ni condicionados por la educación, a cuestionar las órdenes que llegan desde muy arriba. Además, había sido un trabajo fácil y seguro. No había tenido que cargar un fusil y avanzar caminando por territorio de bandidos. Los únicos peligros para él estaban en los bazares de Kabul, y siempre había tenido cuidado de caminar en grupos de cinco o más. Pero en una de esas recorridas había visto a una criatura pequeña niño o niña, no lo supo cuya mano derecha estaba convertida en una garra, y cuya madre miró fijamente a sus camaradas y a él en una forma que jamás podría olvidar. Había conocido historias sobre cómo los bandidos afganos se deleitaban desollando a los pilotos soviéticos que capturaban vivos, y cómo a menudo eran sus mujeres las que se ocupaban totalmente del asunto. Había pensado que eso era una clara evidencia de la barbarie de ese pueblo primitivo… pero un niño no era primitivo. Lo decía el mismo marxismo. Si se toma cualquier niño y se lo educa apropiadamente en una escuela enseñándole liderazgo, se obtendrá un comunista para toda la vida. Pero no con aquel niño. Él lo recordaba, aquel frío día de noviembre, dos años atrás. La herida estaba completamente cicatrizada, y el niño estaba sonriendo, demasiado joven para comprender que su invalidez iba a durarle para toda la vida. Pero la madre lo sabía, y sabía cómo y por qué habían castigado a su hijo por haber… nacido. Y después de eso, el trabajo fácil y seguro del explosivo al mecanismo, veía una pequeña y regordeta mano de un niño. Empezó a verlas en sueños. Ni la bebida ni siquiera un experimento con hashish consiguieron borrar las imágenes. Tampoco lo ayudó hablar con sus compañeros técnicos… pero le hizo ganar la colérica atención del *zampolit* de su compañía. Lo que tenía que hacer era una cosa dura, le explicó el oficial político, pero necesaria para impedir mayores pérdidas de vidas. Quejarse de eso no iba a cambiar las cosas, a menos que el cabo Altunin quisiera una transferencia a una compañía de fusileros, donde podría ver por sí mismo por qué eran necesarias esas medidas tan drásticas.

Ahora él sabía que debió haber aceptado el ofrecimiento, y se odiaba a sí mismo por la cobardía que se lo había impedido. El servicio en una compañía de línea podría haberle devuelto su propia imagen, podría haber… podría haber hecho un montón de cosas, se decía Altunin, pero él no había hecho la elección, y esa diferencia no se había producido.

Al final, todo lo que había ganado para sí era una carta del *zampolit* que viajaría con él por el resto de su vida.

Y entonces trató de expiar aquel error. Pensó que tal vez ya lo había hecho… y ahora, si tenía suerte, podría desaparecer y, hasta podría olvidar los juguetes que había preparado para la maligna misión que tenían. En esa noche fría y nublada, ese era el único pensamiento positivo que ocupaba su mente.

Caminó hacia el norte, sin pisar las veredas de tierra, manteniéndose, en las sombras, lejos de las luces de las calles. Los obreros que habían cumplido su turno regresaban a sus casas desde la planta Moskvich e hicieron las calles más agradables y concurridas, pero cuando él llegó a la playa de cara del ferrocarril, frente a la planta, todo el movimiento de gente había terminado. Empezó a nevar intensamente reduciendo la visibilidad a unos cien metros y formando pequeños globos alrededor de cada uno de los faroles que iluminaban los vagones de carga detenidos, Parecía que se estaba formando un tren; probablemente hacia el sur, se dijo. Locomotoras de maniobras iban y venían arrastrando vagones cerrados de un lado a otro. Pasó unos cuantos minutos acurrucado junto a un vagón, sabía lo que estaba ocurriendo. Mientras observaba aumentó la intensidad del viento, y Altunin buscó un lugar para ver mejor. Había algunos vagones cerrados a unos cincuenta metros, desde los cuales tendría una vista más clara, En uno de ellos la puerta estaba abierta, y tendría que inspeccionar el mecanismo de cierre si quería luego meterse en otro.

Caminó hacia el vagón con la cabeza gacha para proteger la cara del viento. Lo único que podía oír además del crujir de la nieve bajo sus botas, eran los silbatos de señales de las locomotoras que se movían. Era un sonido amistoso, pensó, el sonido que iba a cambiar su vida, el que tal vez le abriera el camino hacia la libertad.

Quedó sorprendido al ver que había gente en el vagón. Eran tres personas. Dos de ellos sostenían cajas de cartón con partes de auto. Las manos del tercero estaban vacías, hasta que buscó en el bolsillo y sacó un cuchillo.

Altunin empezó a decir algo. No le importaba si estaban robando repuestos para venderlos en el mercado negro. No le importaba en lo más mínimo, pero antes de que pudiera hablar, el tercer hombre saltó sobre él, Altunin quedó aturdido cuando su cabeza golpeó contra una vía de acero. Estaba aún consciente, pero no pudo moverse por un segundo, demasiado sorprendido, hasta para tener miedo. El tercer hombre se volvió y dijo algo. Altunin no pudo comprender qué le habían contestado, pero supo que la respuesta fue rápida y cortante.

Todavía estaba tratando de entender lo que sucedía cuando su asaltante se dio vuelta y le hizo un profundo tajo en la garganta. Ni siquiera sintió dolor. Quiso explicar que a él no… le interesaba… no le importaba… sólo quería… Uno de ellos se situó de pie sobre él, con cartones en los brazos, y se veía claramente que tenía miedo, y Altunin pensó que eso era muy extraño, porque el que iba a morir era él…

Dos horas después, una locomotora de maniobras no pudo frenar a tiempo cuando su maquinista notó una forma extraña, cubierta de nieve, sobre la vía. Cuando vio qué era lo que había aplastado llamó a gritos al jefe de la playa.

XIII. Consejos

—Hermoso trabajo —comentó Vatutin—. Esos hijos de puta. —Han quebrado la norma, se dijo. La norma no estaba escrita pero era sin embargo muy real: la CIA no mataba soviéticos en la Unión Soviética; la KGB no mataba norteamericanos, ni desertores soviéticos, en los Estados Unidos. Hasta ese momento, según sabía Vatutin, ninguno de los dos lados había quebrantado esa regla, al menos, nunca en forma tan obvia. El acuerdo tenía sentido: la misión de las agencias de inteligencia consistía en reunir inteligencia; si los oficiales cíe la KGB y de la CIA pasaban su tiempo matando gente— con la inevitable venganza y contravenganza el trabajo primario dejaría de cumplirse. De manera que, la actividad de inteligencia era una actividad civilizada y previsible. En los países del tercer mundo se aplicaban reglas diferentes, por supuesto, pero en Estados Unidos y la Unión Soviética, la norma se cumplía puntualmente.

Es decir, hasta ahora…, ¡a menos que supongan que voy a creer que este pobre y triste hijo de puta fue asesinado por ladrones de partes de coches! Vatutin se preguntaba si la CIA podría haber contratado el trabajo con una banda de criminales… Él sospechaba que los norteamericanos usaban criminales soviéticos para algunas cosas demasiado impresionantes para sus propias y delicadas manos. Eso no sería una violación técnica de las reglas, ¿verdad? Se preguntó si los hombres del Primer Directorio usarían alguna vez un truco similar…

Por el momento, todo lo que él sabía era que el paso siguiente en la cadena de correos estaba muerto a sus pies, y con él también había muerto su única esperanza de asociar el microfilm al espía para Estados Unidos en el ministerio de Defensa. Vatutin se corrigió a sí mismo: sabía también que tendría que informar esto al presidente en las próximas seis horas. Necesitaba un trago. Vatutin sacudió la cabeza y miró hacia abajo a lo que quedaba de su sospechoso. La nieve estaba cayendo tan rápidamente que ya no se podía ver la sangre.

—¿Se dan cuenta? Si sólo hubieran sido un poco más hábiles al poner su cuerpo en las vías, podríamos haber pensado que era realmente un accidente —observó otro oficial de la KGB. A pesar del horrible efecto causado sobre el cuerpo por las ruedas de la locomotora, estaba claro que había cortado la garganta de Altunin con mano experta y un cuchillo de hoja afilada, El médico consultado informó que la muerte no podía haber demorado más de un minuto. No había señales de lucha. Las manos de la víctima—. ¡Del traidor! —no estaban lastimadas ni cortadas. No había peleado haciendo frente a quien le quitaba la vida. Conclusión: él conocía probablemente a su asesino.

—¿Podría haber sido un norteamericano?

—Ante todo —dijo Vatutin—, quiero saber si algún norteamericano no se

encontraba fuera de su departamento entre las 18:00 y las 23:00. —Se dio vuelta—. ¡Doctor!

—¿Sí, coronel?

—Repítame la hora de la muerte.

—A juzgar por la temperatura de las partes más grandes, entre las 21:00 y medianoche. Más bien más temprano que más tarde, creo pero el frío y la cubierta de nieve complican las cosas. —Para no mencionar el estado de los restos, pensó pero no lo dijo. Vatutin se volvió hacia su ayudante principal:

—Sobre cualquiera que haya estado fuera de su vivienda, quiero saber quién, donde, cuándo, y por qué.

—¿Aumentamos la vigilancia a todos los extranjeros?, preguntó el hombre en voz alta.

Tendré que ver al presidente para eso, pero lo estoy pensando.

Quiero que usted hable con el jefe investigador de la Milicia. Esto se debe clasificar como de máximo secreto. No queremos una turba de policías revoltosos que compliquen más este asunto.

—Comprendido, camarada coronel. De todos modos, a ellos sólo les interesaría recuperar las partes del coche —observó agriamente el hombre. ¡Esta cuestión de la perestroika está convirtiendo a todos en capitalistas!

Vatutin se acercó caminando al conductor de la locomotora.

—Hace frío, ¿no? —El hombre recibió el mensaje.

—Sí, camarada. ¿Tal vez quiera algo para quitárselo?

—Sería muy amable de su parte, camarada maquinista.

—Es un placer, camarada coronel. —Sacó a relucir una pequeña botella. Cuando vio al principio que el hombre era un coronel de la KGB, se consideró condenado. Pero parecía bastante decente. Sus colegas actuaban con un frío profesionalismo, las preguntas habían sido razonables, y el maquinista recuperó casi su tranquilidad… hasta que se dio cuenta de que podrían castigarlo por tener una botella en su trabajo. Observó cómo el coronel tomaba un largo trago y luego le alcanzaba la botella para devolvérsela.

—Spasibo —dijo el hombre de la KGB, y se alejó entre la nieve.

Vatutin estaba esperando en la antesala del presidente cuando éste llegó. Había oído decir que Gerasimov era un hombre muy trabajador, siempre en su escritorio a las siete y treinta. Era cierto. Cruzó la puerta a las siete y veinticinco e hizo una seña al hombre del «Dos» para que entrara en su oficina detrás de él.

—¿Y bien?

—Anoche mataron a Altunin en la playa de maniobras del ferrocarril frente a la Fábrica de Autos Moskvich. Lo degollaron y dejaron el cuerpo sobre las vías; una locomotora le pasó por encima.

—¿Está seguro de que es él? —preguntó Gerasimov frunciendo el entrecejo.

Sí, fue identificado positivamente. Yo mismo reconocí la cara.

Lo encontraron cerca de un vagón al que habían forzado las puertas para entrar, y faltaban algunas partes del coche.

—¡Ah! ¿Entonces se encontró con una pandilla del mercado negro y ellos lo mataron convenientemente?

—Así se ha intentado hacerlo aparecer, camarada presidente —asintió Vatutin con la cabeza—. A mí me parece poco convincente la coincidencia, pero no hay evidencias físicas para contradecirlo. Nuestras investigaciones continúan. Ahora estamos controlando para ver si alguno de los camaradas de Altunin del servicio militar vive en la zona, pero no tengo demasiadas esperanzas por ese lado.

Gerasimov llamó para pedir té, su secretario apareció en un instante, y Vatutin comprendió que eso era parte de la rutina de la mañana. El presidente estaba tomando las cosas con más calma de lo que había temido el coronel. Hombre del Partido o no, actuaba como un profesional.

—Entonces, hasta este momento, tenemos tres correos de documentación que ya han confesado, y uno más positivamente identificado, pero desgraciadamente muerto. El muerto fue visto en apartada proximidad física con el más antiguo ayudante del ministro de Defensa, y uno de los que están vivos ha identificado a su contacto como extranjero, pero no puede identificar positivamente su cara. Sintetizando, tenemos el medio de esta cadena, pero ninguno de los dos extremos.

—Así es, camarada presidente. La vigilancia de los dos coroneles del ministerio continúa. Yo propongo que aumentemos la vigilancia de la comunidad de la embajada norteamericana.

Gerasimov asintió con un movimiento de cabeza.

—Aprobado. Ya es la hora de recibir mis informes de la mañana. Sigan trabajando para aclarar el caso. Tiene mejor aspecto ahora que ha dejado de tomar, Vatutin.

—Me siento mejor, camarada presidente —admitió él.

—Bien. Gerasimov se puso de pie y su visitante hizo lo mismo.

—¿Usted cree realmente que nuestros colegas de la CIA mataron a su propio hombre?

—La muerte de Altunin era muy conveniente para ellos. Comprendo que esto sería una violación de nuestro… acuerdo en ese sentido, pero…

—Pero nos estamos acercando probablemente a un espía situado en las más altas esferas, y sin la menor duda, ellos están muy interesados en protegerlo. Sí, lo comprendo. Siga adelante, Vatutin —dijo otra vez Gerasimov.

Foley también estaba ya en su oficina. Tenía sobre el escritorio tres rollitos de película para CARDENAL. El siguiente problema consistía en entregarle esas

malditas cosas. La actividad de espionaje era un conjunto de contradicciones entrelazadas. Algunas de sus partes eran diabólicamente duras. Algunas implicaban esa suerte de peligro que lo hacían desear haber permanecido en el New York Times. Pero otras eran tan simples que las podría haber hecho cumplir con alguno de sus hijos. Esa misma idea se le había ocurrido muchas veces…, no tanto como para haberla pensado en serio, pero en esos momentos en que tenía la mente afectada por algunas pocas copas, había meditado en el sentido de que Eddie podría tomar un trozo de tiza y hacer una determinada marca en cierto lugar. De tanto en tanto, el personal de la embajada podría caminar por las calles de Moscú haciendo cosas que se apartaban ligeramente de lo normal. En verano, llevarían flores en el ojal y se las quitarían sin razón aparente… y los oficiales de la KGB que los estuvieran observando explorarían ansiosamente las veredas buscando al personal a quien le habían hecho la «señal», Durante todo el año, algunos recorrerían la ciudad tomando fotografías de escenas comunes de la calle. En realidad, apenas necesitaban que se lo dijeran. Algunos de los miembros de la embajada sólo necesitaban actuar con la natural excentricidad norteamericana para volver locos a los rusos. Para un oficial de contraespionaje, cualquier cosa podía ser una señal secreta: una visera parasol de un automóvil vuelta hacia abajo en un vehículo estacionado, un paquete dejado en el asiento delantero, la dirección en que estaban apuntadas las ruedas. El efecto neto de todas esas medidas, algunas deliberadas, otras no, tenía corriendo a los hombres del «Dos» por toda la ciudad, persiguiendo cosas que simplemente no existían. Era algo que los norteamericanos hacían mejor que los rusos, demasiado regimentados para actuar en forma verdaderamente improvisada. Eso era algo que hacía la vida terriblemente miserable a los contraespías del Segundo Directorio General.

Pero ellos eran miles, y los norteamericanos de la embajada contando los dependientes sólo setecientos.

Y Foley todavía tenía que entregar la película. Se preguntó por qué CARDENAL se negaba siempre a usar el método de recoger algo dejado anteriormente. Era la perfecta solución para eso. Consistía prácticamente en usar un objeto que parecía una piedra ordinaria, o alguna otra cosa común e inofensiva, ahuecada para que contuviera lo que se quería transferir. En Moscú se empleaban preferentemente los ladrillos, ya que la ciudad estaba edificada casi totalmente con ladrillos, y se perdían muchos a causa de la uniformemente mala calidad de la mano de obra, pero la variedad de dichos objetos era interminable.

Por otra parte, la variedad de formas de hacer la pasada para recogerlos era limitada, y dependía de que se esperase el momento exacto… como quien tira de un extremo del huesito de la suerte.

Bueno, la Agencia no le había dado ese trabajo porque fuera fácil. Él no podía arriesgarse otra vez personalmente. Quizá su mujer podría hacer la transferencia…

—Entonces, ¿dónde está la filtración?, preguntó Parks a su jefe de seguridad.

—Podría ser cualquiera entre cien personas, más o menos —contestó el hombre.

—Qué buena noticia —comentó secamente Pete Wexton. Era un inspector de la oficina de contrainteligencia del FBI—. Solamente cien.

—Podría ser alguno de los científicos, o la secretaria de alguien, o uno del departamento de presupuesto… eso está en el propio programa. Hay otros veinte o más aquí, en la zona de Washington, que han profundizado en el tema de Tea Clipper lo suficiente como para conocerlo, pero son todas personas de elevada jerarquía. El jefe de seguridad de la oficina para la iniciativa de Defensa Estratégica era un capitán de la Marina que acostumbraba usar ropas civiles, —es más probable que la persona que buscamos se encuentre en el Oeste.

—Y la mayoría de ellos son del tipo científico, casi todos menores de cuarenta. —Weston cerró los ojos. Que viven dentro de las computadoras y piensan que el mundo no es más que un juego de video. El problema con los científicos, especialmente los jóvenes, era simplemente que vivían en un mundo muy diferente del que entendía y apreciaba la comunidad de seguridad. Para ellos, el progreso dependía de la libre transferencia de ideas e información. Eran gente que se entusiasmaba con las cosas nuevas, y hablaban de ellas entre todos, buscando inconscientemente una especie de sinergia que hiciera brotar las ideas como raíces en el desordenado jardín del laboratorio. Para un oficial de seguridad, el mundo ideal era aquel en que nadie hablase a nadie. El problema de esto, naturalmente, era que semejante mundo difícilmente hacía algo que mereciera guardarse con seguridad. Resultaba casi imposible encontrar el equilibrio, y la gente de seguridad quedaba siempre atrapada exactamente en el medio odiada por todos.

—¿Qué hay de la seguridad interna en los documentos del proyecto? —preguntó Wexton.

—¿Se refiere a trampas canario?

—¿Qué diablos es eso?, preguntó el general Parks.

Todos esos papeles se escriben en procesadores de palabras.

Se emplea la máquina para hacer alteraciones sutiles en cada copia de los documentos importantes. En esa forma se puede rastrear a todas, e identificar cuál de ellas es la que se filtra hacia el otro bando —explicó el capitán—. No hemos hecho mucho en ese sentido. Requiere mucho tiempo de dedicación.

—La CIA tiene una subrutina de computación que lo hace automáticamente. La llaman Spookscribe, o algo parecido. La guardan con mucho celo, pero usted podría conseguirla si la pide.

—Han sido amables en hablarnos de ella —se quejó Parks.

—¿Serviría en este caso?

—No por el momento, pero hay que jugar todas las cartas que uno tiene —

observó el capitán a su jefe—. Yo he oído hablar del programa, pero no se puede usar con documentos científicos. La forma de lenguaje que ellos usan es demasiado exacta. Cualquier cosa más que insertar una coma… bueno, puede retorcer todo lo que están tratando de decir.

—Suponiendo en primer lugar que alguien comprenda el significado. —Dijo Wexton lamentándose con una sacudida de cabeza—. Bueno, aunque con toda seguridad los rusos pueden. —Ya estaba pensando en los recursos que este caso iba a requerir… posiblemente cientos de agentes. Estarían en evidencia. La comunidad en cuestión era demasiado pequeña para absorber una afluencia grande de gente sin que nadie lo notara.

La otra cosa que evidentemente debía hacerse era restringir el acceso a la información sobre las experimentaciones con espejos, pero en esa forma se corría el riesgo de alertar al espía. Wexon se preguntaba por qué no se habría dedicado a cosas más sencillas como los secuestros y el crimen organizado de la mafia. Pero había recibido las explicaciones sobre Tea Clipper de Parks en persona. Era un trabajo importante, y él era el mejor hombre para hacerlo. Wexton estaba seguro de una cosa: el director Jacobs así lo había dicho personalmente.

Bondarenko lo notó primero. Tuvo una extraña sensación unos días antes, mientras efectuaba su corrida diaria. Era algo que él siempre había tenido, pero aquellos tres meses en Afganistán hicieron imprescindible ese latente sexto sentido, y lo había desarrollado en toda su capacidad. Ciertos ojos lo vigilaban. ¿De quién?, se preguntaba. Eran buenos. Estaba seguro de eso. También sospechaba que eran cinco o más hombres. Eso significaba que eran rusos… probablemente. No con certeza. El coronel Bondarenko llevaba corrido kilómetro y decidió hacer un pequeño experimento. Alteró su ruta de siempre; dobló a la derecha donde normalmente solía doblar a la izquierda. Iba a pasar frente al nuevo edificio de departamentos, cuyas ventanas del primer piso estaban todavía sin pintura. Sonrió para sí mismo, pero inconscientemente llevó la mano derecha a la cadera buscando su automática de servicio. La sonrisa terminó cuando se dio cuenta de lo que había hecho su mano, y sintió la mordiente decepción de que no tenía medios para defenderse, que no fueran sus manos desnudas. Bondarenko sabía hacer eso bastante bien, pero una pistola tiene un alcance mucho mayor que los brazos o las piernas. No era miedo ni algo parecido, pero Bondarenko era un soldado, acostumbrado a conocer los limites y las reglas de su propio mundo.

Giró la cabeza de un lado a otro, mirando los reflejos de las ventanas. Detrás de él, a unos cien metros, un hombre mantenía una mano junto a la cara, como si hablara por una pequeña radio_ Interesante. Bondarenko dio una vuelta y corrió hacia atrás unos cuantos metros, pero en el momento en que su cabeza terminaba de girar, la mano del hombre estaba caída a un lado y él caminaba normalmente, desinteresado al

parecer del oficial que corría. El coronel Bondarenko volvió a dar la vuelta y reanudó su ritmo normal. Ahora su sonrisa era tensa, con labios apretados. Lo había confirmado. ¿Pero qué había confirmado? Bondarenko se prometió a sí mismo que iba a saberlo una hora después de llegar a su oficina.

Treinta minutos más larde, en su casa, tomó una ducha y se vistió. Luego leyó su periódico de la mañana. —Krasnaya Znesda, «Estrella Roja», el diario militar soviético— mientras bebía un jarro de té. La radio estaba encendida y su mujer preparaba a los niños para la escuela. Bondarenko no oía ni a una ni a los otros; sus ojos recorrían ligeramente el periódico sin que su cerebro dejara de agitarse. ¿Quiénes son?

—¿Porqué me están vigilando? ¿Estoy bajo sospecha? Si es así, ¿sospecha de qué?

—Buenos días, Gennady Iosifovich —dijo Misha al entrar en su oficina.

—Buenos días, camarada coronel —respondió Bondarenko.

—Puede llamarme Misha. Si usted sigue así, pronto tendrá un grado mayor que este viejo esqueleto, ¿qué ocurre?

—Me están vigilando. Esta mañana, cuando hice mi corrida, hubo gente que me seguía.

—¿Cómo? —Misha se volvió. ¿Está seguro?

—Usted sabe cómo uno se da cuenta cuando lo están vigilando. ¡Estoy seguro de que usted lo sabe, Misha! —dijo el joven coronel.

Pero estaba equivocado. Filitov no había advertido nada fuera de lo común, nada que incitara sus instintos hasta ese momento. Entonces recordó repentinamente que el empleado de los baños aún no había regresado. ¿Podría ser que la señal fuera por algo más que un control de seguridad de rutina? El rostro de Filitov cambió por un instante pero pudo dominarlo de inmediato.

—¿Entonces usted también ha notado algo? —preguntó Bondarenko.

—¡Bah! —Hizo un gesto con la mano y adoptó una mirada irónica—. Déjelos que miren y busquen; sólo encontrarán que este viejo es más aburrido que la vida sexual de Alexandrov.

La referencia al principal ideólogo del Politburó ya se había hecho popular en el ministerio de Defensa. ¿Sería una señal, se preguntó Misha, de que el secretario general Narmonov estaba planeando deshacerse de él?

Comieron siguiendo la costumbre afgana: todos tomaban con las manos los alimentos de un mismo plato. Ortiz había hecho preparar un virtual banquete para el almuerzo. El Arquero tenía el sitio de honor, con Ortiz a su derecha para que actuara como intérprete. También estaban allí cuatro personas de jerarquía de la CIA. Él pensaba que se excedían aunque, por lo visto, el lugar desde donde habían puesto aquella luz en el cielo tenía que haber sido muy importante. Ortiz inició la

conversación con las acostumbradas frases ceremoniales. —Esto es demasiado honor para mí contestó el Arquero—. De ninguna manera —dijo uno de los visitantes de la CIA, a través de Ortiz—. Conocemos muy bien su coraje y habilidad, y también los conocen los soldados. Nos avergüenza no poder darle más que la pobre ayuda que permite nuestro gobierno.

—Es nuestra tierra la que debemos recuperar —respondió el Arquero con dignidad—. Con la ayuda de Alá volverá a ser nuestra. Está bien que los creyentes luchen juntos contra los impíos, pero somos nosotros los que debemos cumplir la tarea, no ustedes.

No lo sabe, pensó Ortiz. No sabe que está siendo usado. —Entonces— continuó el Arquero, —¿por qué han viajado ustedes alrededor del mundo para hablar con este humilde guerrero?

—Queremos hablar con usted sobre aquella luz que vio en el cielo.

La cara del Arquero cambió. Quedó sorprendido al oír eso. Había esperado que le preguntaran si sus misiles funcionaban bien.

—Era una luz… sí, una extraña luz. Como un meteoro, pero parecía ir hacia arriba en vez de hacia abajo. —Describió en detalle lo que había visto, informándoles la hora, dónde había estado él, la dirección de la luz, y la forma en que había cortado a través del cielo.

—¿Vio usted si chocó contra algo? ¿Vio alguna otra cosa en el cielo?

—¿Chocar? No comprendo. Era una luz.

Tomó la palabra otro de los visitantes.

—Me han dicho que usted era profesor de matemáticas. ¿Sabe qué es un láser y para qué se usa?

Su rostro volvió a cambiar con el nuevo pensamiento.

Sí, leí sobre ellos cuando estuve en la universidad. Yo… —el Arquero bebió de un vaso de jugo—. Yo sé muy poco sobre lásers. Proyectan un rayo de luz, y lo usan principalmente para mediciones y topografía, Nunca he visto uno, sólo he leído sobre ellos.

—Lo que usted vio era una prueba de un arma láser.

—¿Qué propósito tiene?

—No lo sabemos. La prueba que usted vio usó el sistema láser para destruir un satélite en órbita. Eso significa…

—Conozco algo de satélites. ¿Se puede usar un láser con ese propósito?

—Nuestro país está trabajando en cosas similares, pero parecería que los rusos están más adelantados que nosotros.

El Arquero se sintió otra vez sorprendido. ¿Acaso no eran los Estados Unidos los líderes del mundo en cosas técnicas? ¿No era una prueba de eso el Stinger? ¿Por qué habían volado esos hombres casi veinte mil kilómetros, simplemente porque él había

visto una luz en el cielo?

—¿Ustedes temen a ese láser?

—Tenemos gran interés —replicó el hombre mayor—. Algunos de los documentos que usted encontró nos proporcionaron información sobre ese lugar, que nosotros no teníamos, y por ese motivo estamos doblemente en deuda con usted.

—Yo también tengo interés ahora. ¿Ustedes tienen los documentos?

—¿Emilio? —El hombre de la CIA hizo una señal a Ortiz, quien mostró un mapa y un diagrama.

—Este complejo ha estado en construcción desde 1983. Nos sorprendió que los rusos construyeran instalaciones tan importantes, tan cerca de la frontera con Afganistán.

—En 1983 ellos todavía pensaban que iban a ganar —comentó el Arquero misteriosamente. La idea de que ellos lo habían sentido así era considerada como un insulto. Observó la posición en el mapa, la cumbre de una montaña casi rodeada por una gran curva del Río Vakhsh. Vio de inmediato por qué estaba allí. La usina hidroeléctrica de Nurek se hallaba a pocos kilómetros de distancia. El Arquero sabía más de lo que mostraba. Sabía qué eran los lásers, y algo sobre la forma en que operaban. Sabía que su luz era peligrosa, que podía enceguecer…

—¿Había destruido un satélite? A cientos de kilómetros de altura en el espacio; más alto que lo que podían volar los aviones… qué podría hacer a las personas en tierra…, quizá lo habían construido tan próximo a su país por otra razón…

—¿Entonces usted solamente vio la luz? ¿No ha oído historias sobre dicho lugar, ni sobre extrañas luces en el cielo?

El Arquero sacudió la cabeza.

—No, sólo aquella vez. —Vio que los visitantes intercambiaban miradas decepcionadas.

—Bueno, eso no importa. Tengo autorización para ofrecerle el reconocimiento de mi gobierno. Vendrán tres camiones llenos de armas para su banda. Si hay alguna otra cosa que necesite, trataremos de conseguírsela.

El Arquero hizo un sobrio movimiento de cabeza. Había esperado una gran recompensa por la entrega del oficial soviético, luego sufrió la decepción de su muerte. Pero esos hombres no lo habían visitado por eso. Todo se refería a los documentos y a la luz… ¿era tan importante ese lugar que consideraban trivial la muerte del ruso? ¿Le temían realmente tanto los norteamericanos?

Y si ellos le tenían miedo. ¿Cómo debía sentirse él?

—No, Arthur, no me gusta —dijo dubitativamente el Presidente, El juez Moore insistió en su ataque.

—Señor Presidente, estamos al tanto de las dificultades política de Narmonov. La desaparición de nuestro agente no tendrá un efecto mayor que su arresto por la KGB,

posiblemente menos. Después de todo, la KGB no puede armar mucho escándalo si han dejado que se les escape —señaló el director de Inteligencia.

—Aun así, es un riesgo demasiado grande —opinó Jeffrey Pelt Tenemos una oportunidad histórica con Narmonov. Él quiere realmente hacer cambios fundamentales en su sistema… diablos, fue la gente de ustedes la que hizo el asesoramiento.

Ya tuvimos antes esta oportunidad y la desperdiciamos, pensó Mima re, durante la administración de Kennedv. Pero Ktrushchev cayó, y tuvimos veinte anos de peones del Partido. Ahora podría haber otra oportunidad. Ustedes temen que nunca volvamos a tener una coyuntura tan buena como ésta. Bueno, es tala forma de verlo, admitió para sus adentros.

—Jeff, su posición no se verá más afectada si extraemos a nuestro hombre que si lo capturan…

—Si ellos conocen sus actividades, ¿por qué no lo han arrestado ya? —preguntó Pelt—. ¿No será que la actitud de ustedes es exagerada?

—Este hombre ha estado trabajando para nosotros desde hace más de treinta años…, ¡treinta años! Usted conoce los riesgos que ha corrido por nosotros, y la información que hemos obtenido de él. ¿Puede apreciar la frustración que ha sentido cada vez que hemos ignorado su consejo? ¿Puede imaginar lo que es vivir con una sentencia de muerte durante treinta años? Si abandonamos a ese hombre, ¿qué clase de moral tiene nuestro país?, terminó Moore con prudente de terminación. El Presidente era un hombre al que siempre se podía influir con argumentos basados en principios.

—¿Y si en el proceso provocamos la caída de Narmonov? —preguntó Pelt. ¿Qué ocurriría si la camarilla de Alexandrov se encaramase en el poder, y volviéramos a las viejas épocas… más tensiones, más carreras de armamentos? ¿Cómo explicamos al pueblo norteamericano que sacrificamos esta oportunidad por la vida de un hombre?

—Por un lado, ellos nunca lo sabrían, a no ser que alguien lo deje filtrar —replicó fríamente el director de Inteligencia—. Los rusos no lo harían público, y usted lo sabe. Por otra parte, ¿cómo explicaríamos que hemos dejado tirado a ese hombre como un Kleenex usado?

—Ellos tampoco sabrían eso, a menos que alguien lo dejara filtrar —contestó Pelt en un tono igualmente frío.

El Presidente se movió inquieto. Su primer impulso había sido mantener en espera la operación extracción. ¿Cómo podría él explicar cualquier decisión? Ya fuera por un acto de comisión o uno de omisión, estaban discutiendo la mejor forma de impedir que algo desfavorable sucediera al principal enemigo de los Estados Unidos. Pero ni siquiera puedes decir eso en publico, reflexionó el Presidente. Si dices en voz alta que los rusos son nuestros enemigos, los periódicos te lanzarían un ataque. Los

soviéticos tienen miles de ojivas nucleares apuntadas contra nosotros, pero no podemos arriesgamos a ofender su sensibilidad…

Recordó sus dos encuentros cara a cara con el hombre. Andrey Il'ych Narmonov, secretario general del Partido Comunista de la Unión Soviética… Más joven que él, pensó el Presidente. Sus conversaciones iniciales habían sido cautelosas, cada uno de ellos tanteaba al otro, ambos buscando debilidades y posiciones comunes, ventajas y compromisos. Un hombre que tenía una misión, un hombre que probable y realmente quería cambiar las cosas, pensó el Presidente…

—¿Pero es bueno eso? ¿Qué pasaría si él descentralizara efectivamente su economía, introdujera fuerzas de mercado, les diera un poco de libertad, no mucha, por supuesto, pero lo suficiente para poner en marcha las cosas? Mucha gente le estaba advirtiendo sobre esa posibilidad: imaginen un país con la voluntad política de los soviéticos, respaldado por una economía que podía producir bienes de calidad, tanto en el sector civil como en el militar. ¿Haría que el pueblo ruso volviera a creer en su sistema?, ¿reviviría el sentido de misión que habían tenido en la década de 1930? Podríamos quedar enfrentados a un enemigo más peligroso que nunca.

Por otra parte, le habían dicho que no existe una cosa como «un poco de libertad»… se le podía preguntar a Duvalier, de Haití; a Marcos, de las Filipinas; o al fantasma del Shah Mohammed Reza Pallvi.

La inercia de los hechos podía sacar a la Unión Soviética de las oscuras épocas y hacerla entrar en la era de pensamiento político del siglo XX. Podría tomar una generación, tal vez dos, pero ¿qué sucedería si el país comenzara a evolucionar realmente hacia algo que se aproximara a un estado liberal? Había otra lección de la historia: las democracias liberales no se hacen la guerra unas a otras.

Vaya una elección la que tengo, pensó el Presidente. Puedo hacer que me recuerden como el idiota regresivo que volvió a instalar la Guerra Fría en toda su sombría majestad… o como la Pollyanna, que esperaba que el leopardo cambiara sus manchas, hasta que se encontró con que había desarrollado colmillos más grandes y afilados. Cristo, se dijo mientras miraba fijamente a sus dos interlocutores, no estoy pensando para nada en el éxito, solamente en las consecuencias del fracaso.

Ese es un aspecto en el que Estados Unidos y Rusia han corrido paralelos en su historia… nuestros gobiernos de posguerra nunca han alcanzado las expectativas de nuestro pueblo. ¿No es así? Yo soy el Presidente, se supone que debo saber qué es lo correcto. Es por eso que el pueblo me eligió. Es para eso que me está pagando. Mi Dios, si supieran qué farsantes somos todos. No estamos hablando acerca de cómo triunfar. Estamos hablando sobre quién dejará filtrar el motivo del fracaso en la política. Aquí mismo, en la Oficina Oval estamos discutiendo quién recibirá las acusaciones si algo que aún no hemos decidido no funciona bien.

—¿Quién conoce todo este asunto?

—El almirante Greer, Bob Ritter y yo, de la CIA dijo el juez Moore haciendo un ademán. —Algunos pocos miembros del personal de campo conocen la operación propuesta— tuvimos que enviarles señal de atención pero no saben nada sobre las derivaciones políticas, y nunca lo sabrán. No necesitan saberlo. Aparte de eso, sólo nosotros tres, en la Agencia, tenemos el cuadro completo. Si se suma usted, señor, y el doctor Pelt, somos en total cinco.

—¡Y ya estamos hablando de filtraciones!, ¡maldito sea! —El Presidente profirió el juramento con sorprendente énfasis—. ¡Cómo llegamos a estar tan embarullados en esto!

Todos se calmaron, no había nada como un juramento presidencial para tranquilizar a la gente, Miró a Moore y a Pelt, su principal consejero en inteligencia, y su asesor en materia de Seguridad Nacional. Uno de ellos estaba pidiendo por la vida de un hombre que había servido fielmente y bien a los Estados Unidos con riesgo para su vida; el otro miraba larga y fríamente la realpolitik, y veía una histórica oportunidad, más importante que cualquier vida humana aislada.

—Arthur, usted dice que este agente y ni siquiera deseo conocer su nombre nos ha estado proporcionando información críticamente importante durante treinta años, hasta este proyecto láser, incluido, que los rusos tienen operando; usted dice que probablemente se encuentra en peligro y ha llegado el momento de correr el riesgo de sacarlo de allá; que tenemos una obligación moral de hacerlo.

Sí, señor Presidente.

—Y usted, Jeff, dice que el momento es malo, que la revelación de una filtración en nivel tan alto de su gobierno puede hacer peligrar políticamente a Narmonov; podría derribarlo de su posición de liderazgo y que lo reemplazaran por otro gobierno menos atractivo para nosotros.

—Sí, señor Presidente.

—¿Y si este hombre muere porque nosotros no lo ayudamos?

—Perderíamos información muy importante —dijo Moore Y podría no significar diferencias tangibles en cuanto a su efecto sobre Narmonov. Y estaríamos traicionando la confianza de un hombre que nos ha servido fielmente y bien durante treinta años.

—Jeff, ¿usted podría sobrellevar eso? —preguntó el Presidente a su asesor de Seguridad Nacional.

—Sí, señor, puedo sobrellevarlo. No me gusta, pero puedo sobrellevarlo. Con Narmonov ya hemos obtenido un acuerdo sobre armas nucleares intermedias, y tenemos posibilidad de lograr uno sobre fuerzas estratégicas.

Esto es como ser juez. Aquí tengo dos abogados que creen firmemente en sus posiciones. Me pregunto si sus principios serían tan firmes si estuvieran en mi sillón, si tuvieran que tomar la decisión.

Pero ellos no se habían postulado para Presidente.

Este agente ha estado sirviendo a los Estados Unidos desde que yo era un joven fiscal que se ocupaba de las putas en los tribunales.

Narmonov puede ser la mejor oportunidad que hemos tenido para lograr la paz mundial desde Dios sabe cuándo.

El Presidente se puso de pie y caminó hacia las ventanas, detrás de su escritorio. Eran de cristales muy gruesos, para protegerlo contra personas armadas. Pero no podían protegerlo de los deberes de su cargo. Miró el césped hacia el sur, pero no encontró respuestas. Se volvió nuevamente.

—Yo no sé. Arthur, puede ubicar sus medios en posición, pero quiero su palabra de que nada sucederá sin mi autorización. No debe haber errores ni iniciativas ni acción alguna sin que yo lo diga. Voy a necesitar tiempo para esto. Tenemos tiempo, ¿no?

—Sí, señor. Pasarán varios días más antes de que tengamos las piezas en su lugar.

—Le comunicaré cuando tome la decisión. —Estrechó las manos a ambos hombres y los observó partir. El Presidente disponía de otros cinco minutos antes de su siguiente compromiso, y usó el tiempo para visitar el cuarto de baño anexo a su oficina. Se preguntó si habría algún simbolismo subyacente en el acto de lavarse las manos, ¿o simplemente quería una excusa para mirarse en el espejo? ¡Y se supone que tú eres el hombre que tiene todas las malditas respuestas!, le dijo la imagen. ¡Ni siquiera sabes para qué viniste al cuarto de baño! El Presidente sonrió ante la idea. Era gracioso, gracioso en cierta forma que pocos hombres comprenderían alguna vez.

—Entonces, ¿qué diablos le digo a Foley? —preguntó bruscamente Ritter, veinte minutos después.

—Cálmese, Bob advirtió Moore. —Él lo está pensando. No necesitamos una decisión inmediata, y un «puede ser» suena terriblemente como un «no».

—Lo siento, Arthur. Es sólo que… maldito sea, ya he tratado antes de hacerlo venir. No podemos dejar que ese hombre se hunda.

—Estoy seguro de que no va a tomar una decisión final hasta que me dé la oportunidad de hablar otra vez con él. Por el momento, dígale a Foley que continúe con la misión. Y quiero una apreciación actualizada sobre la vulnerabilidad política de Narmonov. Tengo la impresión de que Alexandrov puede estar en camino de irse… es demasiado viejo para hacerse cargo después del hombre actual; el Politburó no estaría de acuerdo en reemplazar a un hombre joven con uno viejo; no después del desfile de la muerte que tuvieron hace varios años. ¿Quién queda entonces?

—Gerasimov —dijo Ritter de inmediato. Puede haber otros dos candidatos, pero él es el más ambicioso. Es implacable, pero muy, muy escurridizo. A la burocracia del Partido le gusta por el buen trabajo que hizo con los disidentes. Y si él quiere hacer una jugada, tendrá que ser muy pronto. Si el acuerdo de armamentos se

aprueba, Narmonov ganará mucho prestigio, y el golpe político que traerá aparejado. Si Alexandrov no tiene cuidado, perderá absolutamente el bote, lo echarán, y Narmonov podrá quedar tranquilo en su sillón por muchos años.

—Pero eso demorará por lo menos cinco años para concretarse —observó el almirante Greer, hablando por primera vez—. Tal vez él no disponga de cinco años. Nosotros tenemos en cambio esos indicadores de que Alexandrov puede estar camino a su casa. Si eso es más que un rumor, podría obligarlo a forzar la mano.

El juez Moore levantó la vista hacia el cielo raso.

—Cuánto más fácil sería ocuparse de esos hijos de puta si tuvieran una forma previsible de hacer las cosas. Por supuesto, nosotros la tenemos, y ellos no pueden prever qué haremos.

—Arriba el ánimo, Arthur —dijo Greer—. Si el mundo tuviera sentido, todos nosotros tendríamos que buscar un trabajo honesto.

XIV. Cambios

El pasaje a través del Kattegat es un asunto difícil para un submarino, y doblemente arduo cuando es necesario hacerlo en forma secreta. El agua no tiene mucha profundidad allí, demasiado poca para navegar sumergido. Los canales pueden ser engañosos a la luz del día. Y mucho más lo son de noche; peor aún sin contar con un piloto. Como el pasaje de Dallas debía ser secreto, disponer de un piloto era algo que ni se podía pensar.

Mancuso se hallaba en el puente. Abajo, su navegador sudaba frente a la mesa de la carta mientras un suboficial principal operaba el periscopio y cantaba las marcaciones con respecto a diversos puntos notables en tierra. Ni siquiera podían usar el radar como ayuda de navegación, pero el periscopio tenía un amplificador de luz difusa, que no alcanzaba a convertir la noche en día, pero por lo menos lograba que esa noche sin estrellas pareciera casi una penumbra. El tiempo era un regalo, con nubes bajas y una nevisca que restringía la visibilidad lo suficientemente como para que la forma baja y oscura del submarino clase 688 resultara difícil de distinguir desde tierra. La Armada Danesa conocía el pasaje del submarino, y había enviado algunas embarcaciones pequeñas para rechazar posibles fisgones. No hubo ninguno, pero, aparte de eso, el Dallas debía valerse por sí mismo.

—¡Buque a babor por la proa! —gritó un vigía.

—Lo tengo —contestó de inmediato Mancuso. Sostenía una pistola de luz amplificada y dirigida, y vio el buque portacontenedores de mediano tonelaje. El destino, pensó, hizo que fuera una nave del Bloque Oriental. En menos de un minuto quedó ploteado el rumbo y la velocidad del buque en aproximación, con un CPA de setecientos metros. El comandante lanzó e impartió sus órdenes.

El Dallas llevaba encendidas sus luces de navegación; los daneses habían insistido en ello. La luz ámbar rotativa en lo alto del mástil lo identificaba positivamente como un submarino. A popa, un marinero arrió rápidamente la bandera de los Estados Unidos y la reemplazó con una danesa.

—Todos deben parecer escandinavos —dijo Mancuso irónicamente.

—Lá, lá, Kept’n —contestó bromeando en la oscuridad un oficial joven. A él le iba a resultar particularmente difícil: era negro.

—La marcación sobre nuestro amigo cambia lentamente. No está alterando su rumbo, me parece, señor. Mire…

—Sí, las veo. —Dos de las embarcaciones danesas corrían velozmente para interponerse entre el Dallas y el buque portacontenedores. Mancuso pensó que eso iba a ayudar. De noche, todos los gatos son pardos, y un submarino en superficie parece… un submarino en superficie, una forma negra con una torreta vertical.

—Creo que es polaco —observó el teniente—. Sí, ahora veo la chimenea. Maersk

Line.

Las dos naves se acercaban a una velocidad resultante de ochocientos metros por minuto. Mancuso volvió a observar, apuntando su linterna de largo alcance al puente del buque. No vio ninguna actividad particular. Bueno, eran las tres de la mañana. Los ocupantes del puente estaban cumpliendo una difícil tarea de navegación y, probablemente, su interés en el submarino era el mismo y sólo ese que tenía Mancuso en el mercante de ellos: por favor, no me choques idiota. Sorprendentemente rápido, se encontró con que todo había pasado, y ahora estaba observando la luz de la popa. Mancuso pensó que de haber tenido las luces encendidas había sido una buena idea. Si hubiera venido navegando sin luces y los hubiesen detectado de golpe, habrían llamado mucho más la atención.

Una hora más tarde se hallaban ya en el propio Mar Báltico, con un rumbo de cero —seis— cinco, aprovechando las aguas más profundas que pudieron encontrar mientras el Dallas se dirigía hacia el este. Mancuso llevó al navegador a su camarote y juntos plotearon la mejor aproximación a la costa soviética y el sitio más seguro cerca de ella. Después de elegirlo, se unió a ellos el señor Clark, y los tres juntos trataron la parte más delicada de la misión.

En un mundo ideal, pensaba Vatutin con ironía, habrían llevado sus preocupaciones al ministro de Defensa, y él habría cooperado sin restricciones con la investigación de la KGB. Pero el mundo no era ideal Además de las esperadas rivalidades entre instituciones, Yazov estaba en el bolsillo del secretario general, y sabía de las diferencias de opinión entre Gerasimov y Narmonov. No, el ministro de Defensa se haría cargo totalmente de la investigación mediante sus propios medios de seguridad, o emplearía su poder político para cerrar definitivamente el caso, a menos que la KG B hiciera caer en desgracia al propio Yazov por tener un traidor como ayudante, poniendo así en peligro a Narmonov.

Si Narmonov caía, en el mejor de los casos el ministro de Defensa volvería a ser el jefe personal del Ejército Soviético, o, lo que era más probable, pasaría a retiro en silenciosa humillación después de la remoción de su patrón. Y aunque el secretario general lograra sobrevivir a la crisis, Yazov se convertiría en el chivo expiatorio, tal como recientemente lo había sido Sokolov, ¿qué alternativa tenía Yazov?

El ministro de Defensa era un hombre que tenía también una misión. Bajo la pantalla de la iniciativa de «reestructuración» del secretario general, Yazov esperaba usar sus conocimientos de los cuerpos de oficiales para reformar el Ejército Soviético con la supuesta intención de profesionalizar a toda la comunidad militar. Narmonov decía que quería salvar la economía soviética, pero una autoridad reconocida como Alexandrov —exponente máximo del marxismo-leninismo—, decía que estaba destruyendo la pureza del propio Partido. Yazov deseaba reconstruir la institución militar desde el suelo hacia arriba. Eso tendría también el efecto, pensaba Vatutin, de

conseguir que el ejército fuera decididamente leal a la persona de Narmonov.

Y eso preocupaba a Vatutin. Históricamente, el Partido había usado a la KGB para mantener bajo el control a los militares. Después de todo, los militares tenían las armas, y si alguna vez despertaban para cobrar conciencia de su poder, y sentían el aflojamiento del control del Partido… era una idea demasiado penosa para convivir con ella. Un ejército exclusivamente leal al secretario general, más que al propio Partido, era para Vatutin aún más penoso, ya que eso cambiaría la relación que tenía la KGB con la sociedad soviética como un todo. No habría control entonces sobre el secretario general. Con los militares detrás de él, podía doblegar la KGB a voluntad y usarla para «reestructurar» íntegramente el Partido. Tendría el poder de un nuevo Stalin.

—¿Cómo fue que empecé a pensar en todo esto?, se preguntó Vatutin. Sola un oficial de contrainteligencia, no un teórico del Partido. El coronel Vatutin no había analizado nunca detenidamente los Grandes Temas de su país. Había confiado siempre en que sus superiores manejarían las decisiones mayores y le permitirían a él ocuparse de los detalles menores. Nada más. Al haber conquistado la confianza del presidente Gerasimov, estaba ahora inextricablemente aliado al hombre. ¡Había sucedido con tanta facilidad!

Casi podía decirse de la noche a la mañana… para conseguirlas estrellas de general tienen que fijarse en ti, pensó con una irónica sonrisa.

Tu siempre quisiste que lo hicieran. Y bien, Klementi Vladimirovich, ya han reparado en ti, por cierto. ¡Y ahora mira dónde estás!

Justo en medio de una lucha de poder entre el presidente de KGB y el mismísimo Secretario General.

En realidad, era casi gracioso, se dijo. Pero sabía que no lo iba ser tanto si Gerasimov erraba sus cálculos. Aunque la máxima de todas las ironías era que, si el presidente de la KGB caía, las influencias liberales ya instaladas por Narmonov protegerían a Vatutin, que después de todo, estaba simplemente cumpliendo el trabajo que le habían asignado sus legítimos superiores. No pensaba que fueran a ponerlo en prisión, y mucho menos fusilarlo. Como alguna vez había ocurrido. Su progreso habría llegado al fin. Se encontraría degradado, dirigiendo la oficina regional de la KGB en Osmk, o en la posición menos agradable que pudieran descubrir, y jamás volvería al centro de Moscú.

Eso no sería tan malo, pensó. Por otra parte, si Gerasimov tenía éxito… ¿jefe del «Dos», quizás? Y eso sí que no sería nada malo.

Y tú creías realmente que podías avanzar en tu carrera sin meterte en «política». Pero eso ya no era una opción. Si intentaba salir, caería en desgracia. Vatutin estaba atrapado y lo sabía. La única forma de salir era cumplir su trabajo con la mejor de sus capacidades.

Las meditaciones terminaron y volvió a sus informes. El coronel Bondarenko estaba totalmente limpio, pensó, había examinado y vuelto a examinar sus antecedentes, y no había nada que indicara que el hombre fuera otra cosa que un patriota y un oficial que se hallaba por encima del término medio normal. Es Filitov, pensó Vatutin. Si bien superficialmente parecía una locura, ese héroe condecorado era un traidor.

—¿Pero cómo diablos probamos esto? ¿Cómo lo investigamos apropiadamente, por lo menos, sin la cooperación del ministro de Defensa? Esa era la otra dificultad. Si él fallaba en su investigación, Gerasimov no vería con buenos ojos la continuación de su carrera; pero la investigación estaba entorpecida por factores políticos impuestos por el presidente. Vatutin recordaba aquella vez en que estuvo a punto de ascender a mayor, y se daba cuenta de lo poco afortunado que fue cuando la junta de promociones cambió de idea.

Extrañamente, no se le ocurrió que todos sus problemas eran la resultante de tener un presidente de la KGB con ambiciones políticas. Vatutin citó a sus oficiales más antiguos. Llegaron en pocos minutos.

—¿Hay progresos con Filitov? —preguntó.

—Nuestra mejor gente lo está vigilando —contestó un oficial de nivel medio—. Seis de ellos durante las veinticuatro horas. Hacemos rotar los turnos para que no vea las mismas caras con mucha frecuencia. Ahora tenemos vigilancia por televisión continua en todo el edificio de departamentos, y media docena de personas controlan las cintas todas las noches. Hemos intensificado la cobertura sobre los norteamericanos y británicos sospechosos de espías, y de sus comunidades diplomáticas en general. Estamos tensionando a nuestros hombres y arriesgando la contra-detención, pero no hay forma de evitarlo.

Lo único nuevo que tengo para informar es que, ocasionalmente, Filitov habla en sueños… habla a alguien llamado Romanov, parece. Las palabras se oyen demasiado distorsionadas para comprenderlas, pero tengo trabajando en ello a un patólogo especialista en vocalización, y tal vez consigamos algo. De todos modos, Filitov no puede tirarse un pedo sin que nosotros lo sepamos. Lo único que no podemos hacer es mantener contacto visual continuo sin acercar demasiado a nuestra gente. Todos los días, cuando da vuelta en una esquina o entra en un negocio, queda fuera de nuestra vista durante cinco a quince segundos, lo suficiente para pasar algo subrepticiamente o dejarlo en algún sitio. No hay nada que yo pueda hacer para evitarlo, a menos que usted quiera que nos arriesguemos alertándolo.

Vatutin asintió con un movimiento de cabeza. Hasta la mejor de las vigilancias tenía sus limitaciones.

—¡Ah! Hay una cosa extraña —dijo el mayor—. Sólo ayer supe sobre ella. Una vez por semana, más o menos, Filitov lleva personalmente al incinerador la bolsa de

documentos para quemar. Ya se ha hecho una cosa de rutina en tal forma que el hombre a cargo del cuarto de destrucción olvidó decírnoslo hasta anoche. Es un muchacho, y vino personalmente a informarlo, después de hora y con ropas civiles.

Un chico inteligente. Resulta que Filitov se ocupó de la instalación del sistema hace varios años. Yo mismo controlé los planos; nada fuera de lo común. Una instalación completamente normal, como la que tenemos aquí. Y eso es todo. Para cualquier propósito práctico, lo único insólito con respecto al sujeto es que ya debería estar retirado.

—¿Qué hay de la investigación sobre Altunin? —preguntó después Vatutin.

Otro oficial abrió su libreta de anotaciones.

—No tenemos idea de dónde estuvo antes de que lo mataran. Tal vez estuviera escondido solo en alguna parte, tal vez estuviera protegido por amigos a quienes no hemos podido identificar. No pudimos establecer ninguna correlación entre su muerte y el movimiento de extranjeros. No llevaba con él nada que pudiera inculparlo, excepto algunos documentos falsos que parecían hechos por aficionados, pero lo suficientemente buenos para pasar, probablemente, en las repúblicas más alejadas. Si fue asesinado por la CIA, el trabajo quedó muy bien completado. No dejaron cabos sueltos. Ninguno.

—¿Sus opiniones?

—El caso Altunin es un callejón sin salida —respondió el mayor. Todavía hay una media docena de cosas que tenemos que averiguar, pero ninguna de ellas promete en lo más mínimo algún descubrimiento importante—. Hizo una breve pausa. —Camarada…— Continúe.

—Yo creo que esto fue una coincidencia. Pienso que Altunin fue victima de un simple crimen; que trató de subir a un vagón al que no debía, en un momento en que no debía. No tengo ninguna prueba en ese sentido, pero eso es lo que a mí me parece.

Vatutin lo pensó. Hacía falta un gran coraje moral para que un oficial del Segundo Directorio General dijera que no estaba trabajando en un caso de contraespionaje.

—¿Qué grado de seguridad tiene?

—No estaremos nunca seguros, camarada coronel, pero, si la CIA hubiera cometido el asesinato, no se habrían deshecho del cadáver, o, si estuviesen tratando de usar su muerte para proteger un espía de nivel más alto, ¿por qué no dejar pruebas como para implicarlo en caso completamente separado? No dejaron atrás falsas banderas, aunque ese habría sido el sitio más indicado para hacerlo.

—Sí, nosotros habríamos hecho eso. Un buen argumento. Des dos modos, continúen atando cabos.

—Por supuesto, camarada coronel. Cuatro a seis días, creo.

—¿Alguna otra cosa? —preguntó Vatutin. Las cabezas se movieron negativamente. Muy bien, regresen a sus secciones, camaradas.

Lo haría durante el partido de hockey, pensó Mary Pat Foley, CARDENAL estaría allí, alertado por un llamado telefónico a número equivocado, hecho desde un teléfono público. Ella haría el pase personalmente. Tenía en su bolso tres rollitos de película, y sería suficiente un simple apretón de manos. Su hijo jugaba en ese equipo de la Liga Juvenil, lo mismo que el sobrino nieto de Filitov, y ella asistía a todos los partidos. Sería de extrañar que no fuera, y los rusos con fiaban en que la gente se ajustaba siempre a sus rutinas. La estaban siguiendo, y ella lo sabía. Era evidente que los rusos habían incrementado la vigilancia, pero los que la seguían, según advirtió, no eran muy buenos o, de lo contrario, no habrían usado siempre la misma persona para hacerlo, y Mary Pat se daba cuenta cuando veía la misma cara más de una vez en el día.

Mary Patricia Kaminsky Foley tenía antepasados de diversos orígenes, como todo típico norteamericano, aunque algunos aspectos de esa mezcla no figuraban en sus documentos. Su abuelo había sido caballerizo del rey en la Casa de los Romanov; había enseñado a cabalgar al príncipe heredero Aleksey; hazaña nada fácil, ya que el joven padecía de hemofilia y se necesitaba extremo cuidado. Ese fue el logro mayor en una vida nada distinguida en otros aspectos, Como oficial del ejército había sido un fracaso, aunque sus amigos de la corte le aseguraron promociones hasta coronel. Todo lo que consiguió fue la total destrucción de su regimiento en los Bosques de Tannenberg, Y su captura por parte de los alemanes… aunque pudo sobrevivir hasta después de 1920. Al enterarse de que su esposa había muerto en el tumulto revolucionario que siguió a la Primera Guerra Mundial, decide no regresar nunca más a Rusia —él siempre la llamó Rusia—, y finalmente viajó a los Estados Unidos, donde se instaló en los suburbios de Nueva York, y volvió a casarse cuando estableció un pequeño negocio.

Había vivido hasta la avanzada edad de noventa y siete años, sobreviviendo inclusive a la segunda esposa, veinte años menor que él; y Mary Pat nunca pudo olvidar sus confusas historias. Cuando ingresó en la universidad y obtuvo luego su título en Historia, comprendió mejor las cosas, naturalmente. Supo que los Romanov habían sido incurablemente ineptos, y su corte corrupta al extremo. Pero algo que ella jamás olvidó fue la forma en que lloraba su abuelo cuando relataba cómo Aleksey, un joven decidido y valiente, y toda su familia, habían sido asesinados como perros por los bolcheviques. Esa particular historia, repetida cientos de veces, causó a Mary Pat una impresión sobre la Unión Soviética que ni el tiempo ni la instrucción académica ni el realismo político podrían borrar jamás. Sus sentimientos hacia el gobierno que regía la tierra de su abuelo estaban completamente enmarcados por el asesinato de Nicolás II, su esposa y sus cinco hijos. El intelecto, se decía a sí misma en sus momentos de reflexión, tenía muy poco que hacer ante la forma en que las personas sentían.

Trabajar en Moscú, trabajar contra aquel mismo gobierno, era la emoción más grande de su vida. Le gustaba aún más que a su marido, a quien había conocido siendo estudiante en Columbia. Ed se había unido a la CIA porque ella había decidido desde muy joven ingresar en ésta. Su marido era bueno en el oficio, Mary Pat lo sabía, con brillantes instintos y habilidades administrativas, pero le faltaba la pasión que ella ponía en la tarea. A él le faltaban también los genes. Ella había aprendido el idioma ruso en las rodillas de su abuelo —el ruso más rico y elegante, que los soviéticos habían rebajado hasta el actual patois—, pero lo que era más importante, ella comprendía a las personas de una manera que ninguna cantidad de libros hubiera podido enseñarle. Comprendía la tristeza racial que impregna el carácter ruso, y esa contradictoria franqueza privada, la exposición total del yo y del alma sólo para los amigos íntimos, y negada en la actitud pública del moscovita. Como resultado de su talento, Mary Pat había reclutado cinco agentes muy bien ubicados, sólo uno menos que el récord de todos los tiempos. En el Directorio de Operaciones de la CIA la llamaban ocasionalmente la «Supermujer», apelativo que a ella no le importaba. Después de todo, Mary Pat era madre de dos hijos, y tenía en el vientre las arrugas de la piel para probarlo. Sonrió al mirarse en el espejo. Lo has hecho todo, muchacha. Su abuelo estaría orgulloso.

Y lo que era aun mejor: nadie tenía la menor sospecha de lo que ella hacía realmente. Terminó de acomodarse la ropa. En Moscú se suponía que las mujeres occidentales cuidaban más su forma de vestirse que los hombres. Sus arreglos siempre tenían una pizca de exceso. La imagen que proyectaba al público estaba cuidadosamente concebida y exquisitamente ejecutada. Educada, pero superficial, bonita pero hasta cierto punto; una buena madre, pero poco más, rápida para demostrar sus emociones occidentales pero sin que hubiera que tomarla muy seriamente. Corriendo de un lado a otro como lo hacía, enseñando ocasionalmente en la escuela de los chicos como maestra sustituta, asistiendo a diversas actividades sociales, y recorriendo todo incansablemente como turista perpetua, Mary Pat encajaba a la perfección en la idea soviética preconcebida de una mujercita norteamericana cabeza hueca. Una sonrisa más frente al espejo: Si estos hijos de puta supieran…

Timmy ya la esperaba con impaciencia, agitando arriba y abajo su palo de hockey sobre la alfombra color pardo del living. Ed había encendido el televisor. Besó de despedida a su mujer y deseó suerte a Timmy en su partido; el mayor de los Foley había sido «Hincha» de los Rangers antes de aprender a leer.

Era un poco triste, pensó Mary en el ascensor. Eddie había hecho algunos buenos amigos allí, aunque era un error formar amistades demasiado estrechas con la gente de Moscú. Uno podía olvidar que ellos eran el enemigo. La preocupaba la circunstancia de que Eddie estaba recibiendo el mismo adoctrinamiento que le habían

dado a ella, pero desde una dirección equivocada. Bueno, eso era fácil de remediar, se dijo. Guardada en su casa tenía una fotografía del zarevitz Aleksey, autografiada para su maestro preferido. Todo lo que ella tendría que hacer sería explicarle cómo había muerto.

El viaje en auto hasta la cancha fue el de rutina, con un Eddie cuyo nerviosismo iba en aumento a medida que se acercaba la hora del encuentro. Estaba empatado en el tercer puesto como goleador de e liga, y Eddie quería demostrar a Iván Quien quiera que fuese lo que un norteamericanos eran capaces de hacer.

Era sorprendente ver la cantidad de vehículos que había en la playa de estacionamiento, aunque el sitio no era muy grande y el coche sobre hielo es, de las actividades permitidas en la Unión Soviética. El que más se aproxima a la religión. Ese partido iba a decidir el desempate de los equipos en el campeonato de la liga, y la concurrencia de espectadores era enorme. Eso venía bien a Mary Pat. No había alcanzado a poner el freno de estacionamiento cuando ya Eddie abrió rápidamente la puerta, bajó con su bolso y esperó impacientemente que ella cerrara el auto con llave. Apenas pudo caminar lo suficientemente despacio como para que su madre pudiera acompañarlo, y finalmente corrió hasta el vestuario mientras ella se acercaba al campo de juego.

Tenía un sitio reservado, naturalmente. Aunque no le gustaba estar en público demasiado cerca de los extranjeros, en un partido de hockey las reglas eran diferentes. Algunos padres de los muchachos la saludaron y ella les respondió agitando el brazo, con una sonrisa un poquito demasiado amplia. Controló su reloj.

—Hace dos años que no veo un partido de la liga juvenil —dijo Yazov cuando bajaban del auto oficial.

—Yo tampoco vengo mucho, pero mi cuñada me ha dicho que éste es importante, y el pequeño Misha me pidió que viniera —sonrió Filitov—. Ellos creen que les doy suerte… tal vez usted también, camarada mariscal.

—Es bueno hacer algo que sea un poco diferente-comentó Yazov con fingida gravedad. —Esa maldita oficina todavía estará allá mañana. Yo solía jugar al hockey cuando era muchacho, ¿sabes?

—No, no lo sabía. ¿Y era bueno?

—Jugaba en la defensa, y los otros muchachos se quejaban de que era demasiado duro para controlar. —El ministro de Defensa se rio y luego hizo señas a su personal de seguridad para que se distribuyera convenientemente.

—Allá donde yo vivía no teníamos pista marcada, y la verdad es que era muy torpe de chico. Los tanques fueron perfectos para mí… están hechos para que uno destruya cosas con ellos —rio Misha.

—¿Y es bueno este equipo?

—Me gusta más la liga juvenil que la de los mayores —contestó el coronel

Filitov—. Es más…, más exuberante. Supongo que disfruto con sólo ver que los chicos se divierten.

—Es cierto.

No había muchos asientos alrededor de la pista, y además, ¿qué verdadero hincha de hockey quería sentarse? El coronel Filitov y el mariscal Yazov encontraron un lugar conveniente cerca de los padres de los jugadores. Sus capotes del Ejército Soviético y las brillantes hombreras garantizaban a ambos una buena vista y un espacio libre y abierto para respirar. Los cuatro hombres de seguridad se movían de un lado a otro, tratando de no demostrar en forma obvia su interés en el juego. No estaban demasiado preocupados, ya que la concurrencia al partido había sido un impulso del momento por parte del ministro.

El encuentro resultó emocionante desde el principio. El centro delantero del otro equipo se movía como una ardilla, llevando el puck con hábiles pases y patinando a la perfección. El equipo local —el del norteamericano y el sobrino nieto de Misha— debió replegarse hacia su propia zona durante casi todo el primer tiempo, pero el pequeño Misha era un defensor agresivo, y el chico norteamericano robó un pase y llevó el disco a todo lo largo de la pista, aunque su tiro quedó frustrado por la vistosa intervención de un arquero que salvó la situación. Se oyeron gritos de admiración de los partidarios de ambos equipos. Si bien el pueblo ruso es tan apasionado como cualquier otro en el mundo en favor o en contra de uno de los equipos, siempre se ha caracterizado por un generoso espíritu deportivo. El primer tiempo terminó cero a cero.

—Qué lástima —comentó Misha mientras todos se apresuraban en dirección a los cuartos de baño.

—Fue un avance precioso, pero la atajada también fue maravillosa —dijo Yazov —. Voy a tener que preguntarles el nombre de ese chico para Ejército Central. Misha, gracias por invitarme a venir. Había olvidado qué emocionante puede ser un partido escolar.

—¿De qué estarán hablando? —preguntó el más antiguo de los oficiales de la KGB. El y otros dos hombres estaban arriba, en los tablones de la tribuna, ocultos por los reflectores que iluminaban la pista.

—A lo mejor sólo son hinchas de hockey —contestó el hombre que tenía la cámara—. Mierda, parece que nos estamos perdiendo un partido formidable. Mira a esos guardias de seguridad…, los malditos idiotas están mirando el hielo. Si yo quisiera matar a Yazov…

—No sería una idea tan mala, según he oído decir —observó el tercer hombre—. El presidente…

—Eso no es de nuestra incumbencia —intervino rápidamente el más antiguo, poniendo fin a la conversación.

—¡Vamos, Ediieee! —gritó Mary Pat cuando comenzó el segundo tiempo. Su hijo miró hacia arriba, algo azorado. Su mamá siempre entusiasmaba demasiado en estas cosas, pensó.

—¿Quién fue esa? —preguntó Misha, a cinco metros de distancia. Allá, aquella flaquita… nosotros la conocemos, ¿recuerdas?, dijo Yazov.

—Bueno, es realmente entusiasta —contestó Filitov mientras observaba la acción que se desplazaba hacia el otro extremo. Por favor, camarada ministro, hágalo usted… Y su deseo se cumplió—. Vamos allá a saludarla. —La gente les hizo lugar, y Yazov se instaló a la izquierda de Mary Pat.

—¿La señora Foley, creo?

Ella se volvió hacia él y sonrió fugazmente antes de girar otra la cabeza para seguir viendo el partido.

—Hola, general…

—En realidad, mi grado es mariscal. ¿Su hijo es el número doce? —Sí. ¿Y vio usted cómo el arquero le quitó ese tanto?

—Fue una buena atajada —dijo Yazov.

—¡Pero podría habérsela hecho a otro! —dijo ella mientras el equipo contrario empezaba a avanzar hacia el campo de Eddie.

—¿Son como usted todas las admiradoras de hockey norteamericanas? —preguntó Misha.

Ella se volvió otra vez, y su voz dejó entrever cierta turbación. ¿Es terrible, verdad? Los padres tendríamos que actuar…

—¿Cómo padres? —rio Yazov.

—Estoy convirtiéndome en una mamá de la pequeña liga —admitió Mary Pat. Después tuvo que explicar qué era eso.

—Es suficiente que hayamos enseñado a su hijo para que sea un buen delantero de hockey.

—Sí, tal vez llegue a estar en el equipo olímpico dentro de unos pocos años —respondió ella con una pícara sonrisa. Yazov rio. Ella quedó sorprendida. Se suponía que Yazov era un hijo de puta serio y cerrado.

—¿Quién es la mujer?

—Norteamericana. Su marido es el agregado de prensa. Su hijo está en el equipo. Tenemos el legajo de los dos. Nada en especial. Bastante bonita. No sabía que a Yazov le gustaran las mujeres.

—¿Piensas que quiere reclutarla? —sugirió el fotógrafo, tomando una instantánea.

—No me parecería mal.

El partido se había estabilizado inesperadamente en una lucha defensiva que se mantenía alrededor del centro de la pista.

A los muchachos les faltaba la astucia necesaria para el pase preciso, que caracterizaba al hockey soviético, y ambos equipos estaban entrenados para que no jugaran un partido que exigiera extremado esfuerzo físico. Aunque tuvieran los elementos protectores, eran todavía niños cuyos huesos en crecimiento no debían sufrir abusos. Era una sección que los rusos podían enseñar a los norteamericanos, pensó Mary Pat. Ellos siempre habían protegido mucho a su juventud. La vida para los adultos era lo suficientemente difícil, y siempre habían querido escudar de eso a sus niños.

Finalmente, en el tercer período, las cosas se soltaron. Se detuvo un tiro al arco, y el disco rebotó hacia la pista. El centro lo tomó y se volvió, avanzando rápidamente hacia el arco opuesto, con Eddie a unos seis metros a su derecha. El centro hizo el pase un segundo antes de ser interceptado, y Eddie se desplazó hacia una esquina, imposibilitado de disparar él contra el arco, y bloqueado a su vez por un defensor.

—¡Al centro!, gritó su madre. Él no la oyó, pero no lo necesitaba. El centro delantero ya estaba en posición, y Eddie le hizo el pase. El muchacho detuvo el disco con su patín, se acomodó hacia atrás y envió un fulminante tiro que pasó entre las piernas del arquero. Detalló la luz detrás del arco, y los palos fueron lanzados al aire.

—Hermoso pase al centro —dijo Yazov con genuina admiración. Y continuó en tono de broma—. Usted comprenderá que su hijo posee ahora secretos de Estado, y no podemos permitirle que abandone el país.

Los ojos de Mary Pat se abrieron muy grandes en momentánea alarma, convenciendo a Yazov de que era realmente una típica mujercita norteamericana cabeza hueca, aunque casi con seguridad debía ser muy buena en la cama. ¡Qué lástima que nunca lo sabré!

—¿Está bromeando?, preguntó ella suavemente. Ambos soldados lanzaron una carcajada.

—Por supuesto que el camarada ministro está bromeando —dijo Misha después de un momento.

—¡Eso me pareció! —respondió ella sin convencerse demasiado, antes de volver su atención al partido. ¡Bueno, hagamos otro!

Varias cabezas se volvieron brevemente, divertidas. Siempre era bueno tener a esa norteamericana en los partidos para reírse. A los rusos les parecía que la exuberancia norteamericana era motivo de alegre entretenimiento.

—Bueno, si ella es espía, me comeré esta cámara.

—Piense en lo que acaba de decir, camarada —susurró el oficia a cargo. El tono divertido de su voz murió en un instante. Piensa en que acaba de decir, se dijo sí mismo. Su marido, Edward Foley, es considerado como un imbécil por la prensa norteamericana, sin la inteligencia necesaria para ser un buen periodista; por cierto no lo suficientemente bueno para estar entre el personal del New York Times. El

problema era que, si bien esa era la clase de pantalla con la que soñaban todos los verdaderos oficiales de inteligencia, era también la que compartían naturalmente todos los imbéciles del servicio de gobierno que actuaban por todas las naciones del mundo. El mismo sabía que su primo era un cretino, y ese hombre trabajaba para el ministerio de Relaciones Exteriores.

—¿Estás seguro que tienes película suficiente?

La oportunidad para Eddie llegó cuando faltaban cuarenta segundos. Un defensor rechazó un tiro y el disco volvió deslizándose hasta el centro del campo de juego. El centro delantero lo envió hacia la derecha y se inició el contraataque. El otro equipo había estado a punto de lograr un tanto y su arquero estaba completamente adelantado y fuera de posición cuando Eddie recibió el pase y avanzó desde la izquierda. Edward Foley II se dio vuelta rápidamente y disparó desde atrás de la espalda del arquero. El disco golpeó en el poste con un sonido metálico, pero cruzó decididamente la línea del gol.

—¡Gol! —Mary Pat lanzó un fuerte grito, y empezó a saltar congo una criatura. Rodeó a Yazov con sus brazos ante la consternación de los guardias de seguridad. La diversión del ministro de Defensa se atemperó un tanto al recordar que al día siguiente tendría que escribir un informe de contacto por ese motivo. Bueno, tenía a Misha como testigo de que no habían hablado nada inconveniente. Después, ella agarró a Filitov.

—¡Le dije que usted nos traía suerte!

—Mi Dios, ¿todos los fanáticos de hockey norteamericanos son así? —preguntó Misha, apartándose. La mano de ella había tocado la suya durante una casi imaginaria fracción de segundo, y los tres rollitos de película quedaron en el interior del guante. Él los sintió allí, y se asombró ante la habilidad con que el pase se había realizado. ¿Sería una prestidigitadora profesional?

—¿Por qué ustedes los rusos están siempre tan serios? ¿No saben divertirse?

—Tal vez deberíamos tener más norteamericanos alrededor —concedió Yazov—. ¡Diablos! Quisiera que mi mujer fuera tan alegre como ésta. Usted tiene un magnífico hijo, y si él juega contra nosotros en las Olimpiadas, lo perdonaré. —Se ganó una resplandeciente sonrisa.

—Es muy lindo lo que usted ha dicho. —Espero que él los mande de vuelta a Moskva con patadas en sus culos comunistas. Si había algo que no podía soportar era que pretendieran favorecerla—. ¡Eddie marcó otros dos puntos esta noche, y ese Iván Nosecuánto no hizo ninguno!

—¿Es usted realmente tan competitiva, hasta con los juegos de los chicos? —preguntó Yazov.

Mary Pat cometió un pequeño desliz, tan rápido que su cerebro no pudo controlar la respuesta automática:

—Muéstreme un buen perdedor, y yo le mostraré un perdedor. —Hizo una pausa y en seguida corrigió su error—: Eso lo dijo Vince Lombardi, un famoso entrenador norteamericano. Discúlpenme, ustedes pensarán que soy nekulturny. Tienen razón, esto no es más que un juego para niños. —Les mostró una amplia sonrisa. ¡En su cara!

—¿Vio algo?

—Una mujer tonta que se entusiasma en exceso —contestó el fotógrafo.

—¿Cuánto tardará en revelar su película? Dos horas.

—Empiece a moverse —dijo el hombre más antiguo.

—¿Usted vio algo? —preguntó a su jefe el hombre que quedaba.

—No, creo que no. La hemos vigilado durante casi dos horas; actúa como una típica madre norteamericana que se entusiasma demasiado en un encuentro deportivo, pero ocurre que justamente atrae la atención del ministro de Defensa y del sospechoso principal de un caso de traición. Creo que eso es suficiente, camarada, ¿usted no? Qué juego estupendo es éste…

Dos horas después, habían dispuesto sobre el escritorio del oficial más de mil fotografías en blanco y negro. La cámara japonesa utilizada imprimía una referencia de tiempo en el borde inferior, y el fotógrafo de la KGB era tan bueno como cualquier periodista profesional. Había estado tomando fotografías casi continuamente, deteniéndose sólo para reemplazar los rollos medida súper en la cámara, que corría automáticamente la película, Al principio había pensado usar una cámara portátil de TV, pero la desechó luego porque la resolución no era tan buena, ni tampoco la velocidad. Una buena cámara fotográfica seguía siendo lo mejor para captar algo pequeño y rápido, aunque no se podían leer los labios en sus tomas, como era posible hacerlo en un videotape.

Emplearon unos pocos segundos en cada cuadro; el oficial usaba una lupa para examinar los sujetos que le interesaban. Cuando la señora Foley entró en la secuencia de las fotos, necesitó unos segundos más, El hombre examinó detenidamente sus ropas, sus joyas y su rostro. La sonrisa era particularmente estúpida, como la de las propagandas comerciales en la televisión occidental, y él recordaba haber oído sus gritos a pesar del gentío. ¿Por qué serían tan condenadamente bochincheros los norteamericanos?

Pero muy bien vestida, admitió para sí. Como la mayoría de las mujeres norteamericanas en un ambiente de Moscú, se destacaba igual que un faisán en un corral… sintió cierta irritación al pensarlo. Finalmente, ¿qué importaba que los norteamericanos gastaran más dinero en ropas? ¿Qué le importaban las ropas a nadie? A través de mis binoculares, daba la impresión de tener el cerebro de un pajarito… pero no en estas fotos, ¿por qué?

Eran sus ojos, pensó. En la inmovilidad de las tomas, los ojos despedían chispas y

tenían algo distinto de lo que él había visto en persona. ¿Por qué era eso?

En las fotografías, sus ojos —azules, recordaba él— estaban siempre enfocados en algo. La cara, notó, tenía unos pómulos vagamente eslavos. Él sabía que Foley era un nombre irlandés, y suponía que los antepasados de ella también eran irlandeses. Que los Estados Unidos era un país de inmigrantes, y que los inmigrantes entrecruzan sus orígenes étnicos cuando se casan, eran conceptos desconocidos para los rusos. Si a esta mujer se le agregaban unos kilos y se le cambiaba el peinado y la ropa, podría haber sido una cara más de las que se veían en Moscú… o Leningrado. Era más probable en este último, pensó. Parecía más una persona nacida en Leningrado. Su rostro proclamaba esa ligera arrogancia que se advierte en los naturales de esa ciudad.

Me pregunto de dónde son realmente sus antepasados.

Siguió revisando las fotos, y recordó que los Foley nunca habían sido objeto de esta clase de exámenes. Los legajos de ambos eran relativamente delgados. El «Dos» los consideraba como nulidades. Algo le decía que eso era un error, pero esa voz en el fondo de su cerebro aún no era suficientemente fuerte. Se acercaba a las últimas fotografías y miró el reloj. ¡Las tres de la maldita mañana!, gruñó, y buscó una nueva taza de té.

Bueno, esto debe de haber sido el segundo gol. Ella aparecía saltando como una gacela. Hermosas piernas, vio por primera vez. Como habían comentado sus colegas en la tribuna, probablemente sería muy buena en la cama. Faltaban solamente unos pocos cuadros más para llegar al final del partido y… sí, ahí estaba ella, abrazando a Yazov —¡viejo sátiro aprovechado!— y luego haciendo otro tanto con Filitov…

Quedó paralizado. La fotografía había captado algo que él no había visto a través de los binoculares. Mientras abrazaba a Filitov, los ojos de ella estaban clavados en uno de los cuatro guardias de seguridad, el único que no miraba el juego. Su mano, la mano izquierda, no estaba ceñida a la espalda de Filitov, sino caída junto a la mano derecha de él, oculta a la vista. Volvió unas cuantas fotos hacia atrás. Inmediatamente antes de los abrazos, la mano de ella estaba dentro del bolsillo de su tapado. Cuando abrazaba al ministro de Defensa, la tenía cerrada en un puño. Después de Filitov, la mano estaba otra vez abierta, y los ojos seguían fijos en el guardia de seguridad, con una sonrisa que era muy rusa por cierto, que se limitaba a los labios… pero en la foto siguiente, la mujer había vuelto a su propia personalidad normal. En ese momento el oficial estuvo seguro.

—Hijo de puta —murmuró para sí mismo.

—¿Cuánto tiempo hace que los Foley están aquí? Buscó en su cansada memoria pero no pudo encontrar nada. Más de dos años, por lo menos… y nosotros no lo sabíamos, ni siquiera sospechábamos… ¿y si fuera ella solamente? Vaya con la idea… ¿y si la espía fuera ella y el marido no? Rechazó de plano la posibilidad, y estaba acertado, pero por una razón equivocada. Tomó el teléfono y llamó a Vatutin a

su casa.

—Sí —contestó la voz después de sólo medio timbrazo.

—Tengo algo de interés —dijo simplemente el oficial.

—Envíe un auto.

Veinticinco minutos después, Vatutin estaba allí, irritado y sin afeitar. El mayor se limitó a exponer la serie crucial de fotografías.

—Nunca sospechamos de ella —dijo, mientras el coronel examinaba las tomas a través de una lente de aumento.

—Un buen disfraz —observó Vatutin amargado. Hacía sólo una hora que dormía cuando sonó el teléfono. Todavía estaba aprendiendo a dormirse sin haber tomado previamente algunos tragos… tratando de aprender, se corrigió. El coronel levantó la vista.

—¿Puede creerlo? ¡Justo frente al ministro de Defensa y en las narices de cuatro guardias de seguridad!, ¡qué pelotas tiene esta mujer! ¿Quién la vigila habitualmente?

El mayor le entregó el legajo. Vatutin fue pasando las hojas hasta que encontró lo que buscaba.

—¡Ese viejo inútil! No sería capaz de seguir a un chico a la escuela sin que lo arrestaran por pervertido. Mírelo…, ¡hace veintitrés años que es teniente!

—Hay setecientos norteamericanos agregados a la embajada, camarada coronel —observó el mayor—. Tenemos tan pocos oficiales realmente buenos…

—Y todos ellos vigilando a quien no haría falta. —Vatutin caminó hacia la ventana—. ¡Basta! Y a su marido también —agregó.

—Esa será mi recomendación, camarada coronel. Parecería que ambos trabajan para la CIA.

—Ella le pasó algo a Filitov.

—Probablemente… un mensaje, tal vez otra cosa.

Vatutin se sentó y se frotó los ojos.

—Buen trabajo, camarada mayor.

Ya había amanecido en la frontera entre Pakistán y Afganistán. El Arquero se estaba preparando para volver a su guerra. Sus hombres habían empacado las nuevas armas mientras su líder —ese era ahora el nuevo concepto, se dijo el Arquero—, revisaba los planes para las próximas semanas. Entre las cosas recibidas de Ortiz había un juego completo de mapas tácticos. Estaban hechos con satélites fotográficos, y actualizados para mostrar los puntos fuertes soviéticos y las zonas de actividad de intenso patrullaje. Ahora tenía una radio de largo alcance, con la cual podía sintonizar los pronósticos meteorológicos… incluyendo los rusos. El viaje no comenzaría hasta caída la noche.

Miró alrededor. Algunos de sus hombres habían enviado allí a sus familias por seguridad. El campo de refugiados estaba colmado de gente y ruidoso, pero era un

lugar mucho más feliz que las villas y pueblos desiertos arrasados por las bombas de los rusos. Allí había niños, pudo ver el Arquero y los niños se sentían felices dondequiera estuviesen con ellos sus padres, alimentos y amigos. Los niños ya jugaban con armas de juguete… y los mayorcitos con otras que no eran precisamente de juguete. Él lo aceptaba con cierto remordimiento, que iba disminuyendo en cada viaje. Las pérdidas entre los mujahiddines exigían reemplazos, y los más jóvenes eran los más valientes. Si la libertad reclamaba sus muertes… bueno, sus muertes obedecían a una causa santa, y Alá era benéfico con todos los que morían por Él. El mundo era ciertamente un triste lugar, pero aquí por lo menos, los hombres podían encontrar tiempo para divertirse y descansar. Observó a uno de sus fusileros que ayudaba a su primogénito a caminar. El bebé no podía hacerlo solo, pero a cada torpe pasito levantaba la vista para mirar la sonriente y barbada cara de su padre, a quien sólo había visto dos veces desde su nacimiento. El nuevo jefe de la banda recordaba haber hecho lo mismo con su hijo… a quien ahora estaban enseñando a andar por diferentes caminos…

El Arquero volvió a su propio trabajo. Ya no podía ser operador de misiles, pero había entrenado bien a Abdul. Ahora el Arquero conduciría a sus hombres. Era un derecho ganado, y, mejor aún, sus hombres lo creían afortunado. Eso sería bueno para la moral. Aunque nunca en su vida había leído libros sobre teoría militar, el Arquero presentía que conocía suficientemente bien sus lecciones.

No hubo alarma…, ni la más mínima. La cabeza del Arquero giró violentamente al oír el ruido crepitante de las granadas de cañón que estallaban, y luego vio las figuras como dardos de los Fencers, a cien metros de altura apenas. Todavía no había alcanzado a empuñar su fusil cuando vio las bombas que caían libres de los eyectores. Sus formas negras se bamboleaban un poco hasta que los pequeños timones las estabilizaban y las narices apuntaban hacia abajo en lenta trayectoria. Después llegó el ruido de los motores de los bombarderos soviéticos Su-24 de ataque, y el Arquero se dio vuelta para seguirlos con la vista mientras apoyaba el fusil en el hombro, pero eran demasiado rápidos. No se podía hacer otra cosa que lanzarse a tierra, y hasta parecía que todo estaba sucediendo muy, muy lentamente. Estaba casi flotando en el aire, hasta que el suelo subió de mala gana a su encuentro. Tenía vuelta la espalda hacia las bombas, pero sabía que estaban allí, apuntadas a tierra. Levantó un instante la vista y distinguió gente que corría, y a su fusilero tratando de cubrir con su cuerpo al pequeño hijo. El Arquero giró la cabeza para mirar hacia arriba y quedó horrorizado al ver que una de las bombas parecía dirigirse hacia él, un círculo negro que se destacaba contra el cielo claro de la mañana. No había tiempo siquiera para pronunciar el nombre de Alá: la bomba pasó sobre su cabeza y la tierra tembló.

Quedó ensordecido y atontado por la explosión, y se tambaleó inseguro al incorporarse. Le pareció extraño ver y presentir que había ruido, y no poder oírlo.

Solamente por instinto quitó el seguro del fusil y miró alrededor buscando el próximo avión. ¡Ahí venía! El fusil apuntó hacia arriba y se disparó como si lo hubiera hecho solo, pero no hubo diferencia alguna. El Fencer siguiente dejó caer su carga unos cien metros más adelante y se alejó velozmente dejando atrás una estela de humo negro. No hubo más.

Lentamente fue recuperando el oído; los ruidos le parecían distantes, como los de un sueño. Pero eso no era ningún sueño. El sitio donde había estado su hombre con el bebé era ahora un pozo en la tierra. No había señales de su luchador por la libertad ni de su hijo, y ni siquiera la certeza de que ambos se hallaban dignamente de pie ante su Dios pudo contener la terrible cólera que le recorrió todo el cuerpo le hizo hervir la sangre. Recordó aquel momento en que tuvo piedad por el ruso, y hasta la relativa pena que sintió por su muerte. Nunca más. Jamás volvería a mostrar piedad ante un infiel. Sus manos apretaron el fusil hasta quedar blancas como tiza.

Demasiado tarde, un caza paquistaní F-16 cruzó el cielo, pero los rusos ya estaban del otro lado de la frontera y, un minuto después, el F-16 voló en círculos sobre el campamento antes de poner rumbo de regreso a su base.

—¿Estás bien? —Era Ortiz. Tenía un tajo en la cara, ocasionado tal vez por un fragmento, y su voz se oía lejana.

No hubo respuesta verbal. El Arquero hizo gestos con el fusil mientras miraba a una mujer que acababa de perder a su marido y profería alaridos por su familia. Los dos hombres empezaron a buscar juntos algún herido que aún pudiera salvarse. Afortunadamente, la sección médica del campamento no había sufrido daños. El Arquero y el oficial de la CIA llevaron allí a media docena de hombres, encontrándose con un médico francés que blasfemaba con la fluidez un hombre acostumbrado a esas cosas; tenía las manos ensangrentadas por su trabajo.

En el viaje siguiente encontraron a Abdul. El muchacho tenía Stinger levantado en posición y armado. Lloró al confesar que había estado dormido. El Arquero le dio unas palmadas en el hombro y le dijo que no era su culpa. Se suponía que existía un acuerdo entre lo soviéticos y los paquistaníes que prohibía ataques en la zona de la frontera. Vaya con los acuerdos. Apareció un grupo francés de noticiarios de televisión, y Ortiz llevó al Arquero a un sitio donde nadie pudiera verlos.

—Seis —dijo el Arquero. No mencionó las bajas de los no combatientes.

—Haber hecho esto es un signo de debilidad, amigo mío —contestó Ortiz.

—¡Atacar un lugar donde hay mujeres y niños es una abominación de Dios!

—¿Han perdido abastecimientos? —Para los rusos, ese era un campamento de la guerrilla, naturalmente, pero Ortiz no se molestó en expresar el punto de vista de ellos. Había estado allí demasiado tiempo como para ser objetivo con respecto a temas como ese.

Sólo unos pocos fusiles. El resto ya está fuera del campamento. Ortiz no tenía

nada más que decir. Se le habían acabado las frases de consuelo. Su pesadilla era que su operación para apoyar a los afganos estaba surtiendo el mismo efecto que los intentos anteriores para ayudar a la gente de Hmong en Laos. Habían peleado valientemente contra sus enemigos vietnamitas, pero resultaron exterminados a pesar de toda la asistencia occidental. El oficial de la CIA pensó que esa situación era diferente y, desde un punto de vista objetivo, consideró que eso era cierto. Pero era un nuevo desgarrón, para lo que le quedaba de su alma, observar cómo abandonaba el campamento esa gente, armada hasta los dientes, y contar luego la cantidad que regresaba.

—¿Estaban realmente los Estados Unidos ayudando a los afganos a redimir sus propia tierra?, ¿o simplemente los estábamos alentando para que mataran tantos rusos como fuera posible, antes de que también a ellos los barrieran?

—¿Cuál es la política correcta?, se preguntó. Ortiz admitió no saberlo.

Ni sabía tampoco que el Arquero acababa de tomar una decisión política propia. Aquella cara joven vieja se volvió hacia el oeste, luego hacia el norte, y se dijo que la voluntad de Alá no estaba más restringida por fronteras que la voluntad de sus enemigos.

XV. Culminación

—Todo lo que tenemos que hacer ahora es armar la trampa —dijo Vatutin a su presidente. El tono de su voz era flemático, su rostro permanecía impasible y hacía gestos señalando las pruebas dispuestas sobre el escritorio de Gerasimov.

—¡Excelente trabajo, coronel! —El presidente de la KGB se permitió una sonrisa. Vatutin pudo ver que había en ella más que la satisfacción de cerrar un difícil y delicado caso.

—¿Su próxima jugada?

—Teniendo en cuenta el particular status del sujeto, pienso que deberíamos intentar comprometerlo en el momento de la transferencia de documentos. Parecería que la CIA sabe que hemos roto la cadena de contactos desde Filitov hasta ellos. Han dado el insólito paso de usar uno de sus propios oficiales para hacer esta transferencia… y no nos equivoquemos, ese fue un acto de desesperación, a pesar de la habilidad con que fue realizado. Me gustaría poner en descubierto a los Foley al mismo tiempo. Ambos deben de estar sumamente orgullosos por habernos engañado durante tanto tiempo. Atraparlos in fraganti destruiría ese orgullo y constituiría un tremendo golpe psicológico para la CIA en general.

—Aprobado —asintió Gerasimov—. Es usted quien dirige el caso coronel. Tómese todo el tiempo que quiera. —Ambos sabían que eso significaba menos de una semana.

—Gracias, camarada presidente. —Vatutin regresó de inmediato a su oficina, donde impartió directivas a los jefes de sección.

Los micrófonos eran muy sensibles. Como la mayoría de las personas cuando duermen, Filitov se movía inquieto y se daba vuelta varias veces en la cama, excepto cuando soñaba, y los grabadores de cinta abierta captaban los roces de sábanas y mantas y los apenas inteligibles murmullos. Finalmente llegó un nuevo ruido, y el hombre que tenía puestos los auriculares hizo gestos a sus camaradas. Sonó como una vela que se llena de viento, y significaba que el sujeto estaba apartando las cobijas para salir de la cama.

Después llegó la tos. El viejo tenía problemas pulmonares, decía su legajo médico. Era particularmente vulnerable a los resfríos e infecciones respiratorias. Evidentemente su enfermedad avanzaba. Después, se sonó la nariz, y los hombres de la KGB sonrieron unos a otros. Se oyó como el silbato de una locomotora.

—Lo tengo —dijo el hombre que operaba la cámara de TV—. Se dirige al cuarto de baño. —La serie siguiente de sonidos era de esperar. Había dos cámaras de televisión, cuyas poderosas lentes estaban enfocadas sobre las dos ventanas del departamento. Gracias a alguno; arreglos especiales, podían ver el interior del departamento a pesar de los reflejos de la luz de la mañana.

—¿Sabes? No es agradable hacer esto a nadie —observó uno de los técnicos—. Si alguien viera una cinta cualquiera de nosotros inmediatamente después de despertarnos, simplemente nos moriríamos de vergüenza.

—Este se va a morir por otra causa respondió asintiendo fríamente el jefe. Era uno de los problemas que tenían las investigaciones. Empezaba a producirse una identificación demasiado íntima con el sujeto, y era necesario recordarse periódicamente lo repugnantes que eran los traidores. ¿Dónde te equivocaste?, se preguntó el mayor.

—¡Un hombre con tus antecedentes de guerra! Quiso imaginar cómo manejarían el caso. ¿Un juicio público? ¿Podrían atreverse a hacerlo público con un héroe de guerra tan famoso? —Eso, se dijo, era un problema político.

La puerta se abrió y se cerró enseguida, indicando que Filitov había recogido su ejemplar de Red Star, que llevaba diariamente un mensajero del ministerio de Defensa. Oyeron el borboteo de la máquina de café e intercambiaron una mirada…, ¡el canalla traidor tomaba buen café todas la mañanas!

Ahora estaba a la vista, sentado junto a la pequeña mesa de la cocina y leyendo el periódico. El hombre hacía anotaciones, pudieron ver, garabateando en una libreta o marcando en el periódico mismo. Cuando el café estuvo listo, se levantó para sacar leche del pequeño refrigerador. La olió antes de echarla en la taza, para asegurarse de que no estaba mala. Tenía manteca suficiente para untarla con generosidad en el pan negro que, como ellos sabían, era su desayuno habitual.

—Todavía come como un soldado dijo el camarógrafo.

—Y era un buen soldado en su época —observó otro oficial—. Viejo estúpido, ¿cómo pudiste hacerlo?

Poco después terminó el desayuno y vieron a Filitov cuando entraba en el cuarto de baño, donde se lavó y afeitó. Volvieron a verlo cuando se vestía. Buscó un cepillo para lustrar sus botas. Siempre usaba botas, algo poco común en los oficiales del ministerio. Pero también eran poco comunes las tres estrellas doradas en la chaquetilla de su uniforme. Se ubicó frente al espejo y se inspeccionó. Guardó el periódico en el portafolio y caminó hacia la puerta. El último ruido que oyeron fue el que hizo la llave al cerrar la puerta del departamento. El mayor tomó el teléfono.

—El sujeto ha salido. Nada extraño esta mañana. Grupo de seguimiento en posición.

—Muy bien —respondió Vatutin, y colgó.

Uno de los camarógrafos ajustó las lentes para registrar la salida de Filitov del edificio. Recibió el saludo del conductor, subió al automóvil, y desapareció siguiendo la calle. Todos estuvieron de acuerdo en que había sido una mañana absolutamente normal. Ahora debían prepararse a ser pacientes.

Hacia el oeste, las montañas estaban cubiertas de nubes, y caía una fina llovizna.

El Arquero aún no había partido. Debía rezar oraciones y consolar a mucha gente. Ortiz había salido para hacerse curar la cara con uno de los médicos franceses, mientras su amigo revisaba los papeles del oficial de la CIA.

Eso lo hacía sentirse culpable, pero el Arquero se dijo a sí mismo que sólo estaba mirando para buscar datos que él mismo le había entregado. Ortiz tomaba notas constantemente y, el Arquero lo sabía; tenía verdadera afición por los mapas. El mapa que él quería ver se encontraba en el sitio esperado, con una serie de diagramas tomados con un sujetador. Los copió a mano, rápida y prolijamente, antes de guardar todo como estaba.

—Ustedes son tan formales… dijo Bea Taussig riendo.

—Sería una lástima arruinar esa imagen —replicó Al, con una sonrisa que ocultaba el desagrado que sentía por su invitada. Nunca pudo comprender por qué a Candi le gustaba esa… cualquier maldita cosa que ella fuese. Gregory no sabía por qué le hacía sonar ciertas campanitas en el fondo de su cabeza. No era el hecho de que ella no sintiera la menor simpatía por él… a Gregory no le importaba un comino en un sentido ni en otro. Su familia y su prometida lo amaban, y sus compañeros de trabajo lo respetaban. Eso era suficiente, Si él no respondía a la idea de alguien sobre lo que debía ser un oficial del ejército, a la mierda. Pero había algo en Bea que…

—Bueno, hablemos de negocios —dijo divertida su invitada—. Tengo gente en Washington que me pregunta cuándo…

—Alguien debería decirles a esos burócratas que no se trabaja con cosas como ésta como quien enciende y apaga la luz —gruño Candi.

Seis semanas, máximo —sonrió Al—. Quizá menos.

—¿Cuándo? —preguntó Candi.

—Pronto. Todavía no hemos podido probarlo en el simulador, pero parece que anda bien. Fue idea de Bob. Estaba casi en término de su misión, y con eso se logró mejorar el software mucho mejor que con lo que yo estaba intentando. No tenemos que usar tanta IA como yo creía.

—¿Cómo? —Se había pensado que el uso de la IA—. Inteligencia Artificial —iba a ser crucial para el rendimiento del espejo y la discriminación del blanco.

—Sí, estábamos exagerando la solución del problema con ingeniería, tratando de usar la razón en lugar del instinto. No necesitamos decirle a la computadora cómo resolver todo. Podemos reducir en un veinte por ciento la carga ordenada colocando opciones preestablecidas en el programa. Resulta más fácil y rápido que pedir a la computadora juicios sobre un menú.

—¿Y qué pasa con las anomalías? —preguntó Taussig.

—De eso se trata justamente. Las rutinas IA estaban realmente demorando las cosas más de lo que habíamos pensado. Estábamos tratando de hacer el asunto tan flexible que tenía problemas para hacer cualquier cosa. El rendimiento esperado del

láser es suficientemente bueno como para tomar la opción de disparo con mayor rapidez que la capacidad del programa IA para decidir que se lo apunte… entonces, ¿por qué no tomar el disparo? Si no encaja en el perfil, lo haremos de todos modos.

—Las especulaciones de ustedes sobre el láser han cambiado —observó Bea.

—Bueno, no puedo hablar de eso.

Otra sonrisita del enano despreciable. Taussig se esforzó para devolverla. ¡Yo sé algo que tú no sabes!, ¿no es eso? Con sólo mirarlo se le erizaba la piel, pero lo peor era la forma en que Candi lo miraba, ¡como si fuera Paul Newman o algo parecido! Pálido, amarillento, hasta medio enclenque… y ella ama esa cosa. Bea no sabía si reírse o llorar.

—Hasta nosotros, los repudiables administrativos, tenemos que ser capaces de planificar anticipadamente dijo Taussig.

—Lo siento, Bea. Tú conoces las normas de seguridad.

—Que nos hacen maravillar de que podamos lograr algo. —Candi sacudió la cabeza—. Si las cosas se ponen peores, Al y yo no podremos hablarnos más uno a otro… —sonrió lascivamente a su amor.

—Me duele la cabeza —dijo Al riendo.

—Bea, ¿tú le crees a este tipo? —preguntó Candi.

—Nunca lo he hecho —contestó Bea, echándose hacia atrás.

—¿Cuándo vas a salir con el doctor Rabb? Hace seis meses que anda desesperado detrás de ti.

—Espero que nunca me alcance. —Su mirada a Candi ocultó sus sentimientos a la perfección. Bea pensó también que la información sobre programación que ella había transmitido quedaba ahora sin valor alguno. ¡Maldito sea el enano repulsivo por haberla cambiado!

—Eso es algo. El problema es: ¿qué? —Jones apretó la tecla de su micrófono—. Control, aquí sonar, tenemos un contacto con marcación cero-nueve-ocho. Designación del contacto Sierra. —Cuatro.

—¿Está seguro de que es un contacto? —preguntó el joven suboficial.

—¿Ve esto? —Jones deslizó el dedo sobre la pantalla. El display, ¡cascada!, estaba completamente desfigurado por el ruido ambiental—. Recuerde que está buscando señales definidas. Esta línea no es casual. —Pulsó algunas teclas ordenando una alteración del display. La computadora comenzó a procesar una serie de bandas de frecuencias separadas. Antes del minuto la imagen quedó clara. Por lo menos así lo pensaba el señor Jones, notó el joven sonarista. La incidencia de luz en la pantalla tenía una forma irregular, se ensanchaba y se estrechaba, cubriendo unos cinco grados de marcación. Jones miró fijamente la pantalla durante unos minutos más, y luego volvió a hablar.

—Control, aquí sonar, clasifico blanco Sierra. —Cuatro como uno fragata clase

Krivak, con marcación cero-nueve-seis. Parece que sus hélices giran para unos quince nudos, más o menos—. Jones se volvió hacia el muchacho. Recordó su propio primer viaje. Este chico de diecinueve años ni siquiera tenía todavía sus insignias de delfines. —¿Ve esto? Es la «firma» de alta frecuencia de sus máquinas a turbina; es inconfundible y por lo general se la puede oír desde muy lejos, porque el Krivak no tiene buena aislación para el ruido.

Mancuso entró en el compartimiento. El Dallas era un 688 en su «primer vuelo», y no tenía acceso directo desde la sala de control al sonar, como lo tuvieron los posteriores. En cambio, había que adelantarse y pasar alrededor de un agujero en el piso que conducía abajo. Probablemente lo cambiarían en los primeros trabajos de mantenimiento. El comandante señaló con su jarro de café en dirección a la pantalla.

—¿Dónde está el Krivak?

—Aquí exactamente, con marcación constante todavía. Tenemos buenas aguas alrededor de nosotros. Probablemente está bastante lejos.

El comandante sonrió. Jones siempre estaba tratando de adivinar la distancia. Lo que parecía diabólico era que, en los dos años que había estado a bordo como miembro de la dotación a las órdenes de Mancuso, habían sido muchas más las veces que acertaba que las otras. Hacia popa, en la sala de control, el grupo de seguimiento para control de fuego ploteaba la posición del blanco con respecto al rumbo conocido del Dallas, para determinar rumbo y distancia de la fragata soviética.

No había mucha actividad en la superficie. Los otros tres contactos de sonar recibidos correspondían a buques mercantes de una sola hélice. Aunque ese día el tiempo estaba decente, el Mar Báltico —un lago supermedida para la forma de pensar de Mancuso— era muy pocas veces un lugar agradable durante el invierno. Los informes de inteligencia decían que la mayoría de los buques enemigos se hallaban en puerto para reparaciones. Eran buenas noticias. Y, mejores aún, no había demasiado hielo. Una estación realmente fría podía congelar totalmente las aguas, dificultando mucho la misión que tenían.

Hasta ese momento, sólo el otro visitante, Clark, sabía cuál era esa misión.

—Señor, tenemos una posición de Sierra-Cuatro —informó un teniente desde control.

Jones dobló un trozo de papel y lo entregó a Mancuso.

—Estoy esperando.

—Distancia treinta y seis mil, rumbo aproximado dos-nueve-cero.

Mancuso desdobló el papel y lanzó una carcajada.

—Jones, ¡todavía sigues siendo un maldito brujo! —Se lo devolvió y salió hacía popa para ordenar el cambio de rumbo del submarino; quería evitar al Krivak.

El sonarista que estaba junto a Jones tomó la nota y la leyó en voz alta.

—¿Cómo lo supo? Uno no está obligado a ser capaz de hacer eso.

—Práctica, hijo, práctica… —contestó Jones con el mejor acento de imitación de W. C. Fields. Notó que el submarino cambiaba el rumbo. No era lo acostumbrado en el Mancuso que él recordaba. En los viejos tiempos, el jefe se habría acercado para tomar unas cuantas fotos a través del periscopio, habría dirigido algunos cálculos de solución de tiro para torpedos y, en general, hubiera tratado al buque soviético como un blanco real en una guerra real. Esta vez, estaban ampliando la distancia a la fragata rusa, huyendo cautelosamente. Jones no creía que Mancuso hubiera cambiado tanto, y empezó a preguntarse qué diablos sería esa nueva misión.

No había visto mucho al señor Clark. Se pasaba casi todo el tiempo a popa, en la sala de máquinas, donde se encontraba el centro de ajuste de maniobra del buque, reino absoluto de la monotonía, apretado entre dos máquinas. Los tripulantes ya estaban murmurando que el hombre no hablaba mucho. Se limitaba a sonreír y saludar con un movimiento de cabeza, y continuaba por su lado. Uno de los suboficiales vio el tatuaje en el antebrazo de Clark y empezó a susurrar algo sobre el significado de la foca roja, que representaba a los verdaderos SEALs. El Dallas nunca había tenido a uno de ellos a bordo, aunque otros submarinos sí; y los relatos, contados en voz baja —excepto los exabruptos que interrumpían con un ¡a la mierda! — habían circulado en toda la comunidad de submarinistas pero nada más. Si había algo que los submarinistas sabían hacer bien, era guardar secretos.

Jones se puso de pie y caminó hacia popa. Supuso que había dado bastantes lecciones en un día, y su condición de representante técnico civil le permitía ir de un lado a otro a voluntad. Notó que el Dallas continuaba navegando tranquilamente, con rumbo general este, a nueve nudos. Una mirada a la carta le indicó dónde estaban, y la forma en que el navegador daba golpecitos con su lápiz le informó hasta dónde iban a navegar. Jones empezó a pensar seriamente mientras bajaba por una Coca. Después de todo, había vuelto para algo bastante peliagudo.

—¿Sí, señor Presidente? —El juez Moore contestó el teléfono con la tensión reflejada en su rostro. ¿Hora de decisión?

—Aquel asunto del que hablamos aquí el otro día…

—Sí, señor. —Moore miró el teléfono. Además del tubo que tenía en la mano, el sistema de «seguridad» del teléfono era un cubo de treinta centímetros ingeniosamente escondido en su escritorio. Tomaba las palabras, las descomponía en impulsos digitales, los mezclaba hasta imposibilitar que se los reconociera, y los enviaba a otra caja similar que volvía a armar todo. Un aspecto lateral interesante era que hacía sumamente claras las conversaciones, ya que es sistema de codificación eliminaba todo ruido extraño en la línea.

—Pueden proceder. No podemos… bueno, anoche decidí que no podemos abandonarlo simplemente. —Esa debía de ser su primera llamada en la mañana, y su satisfacción emocional también se transmitió. Moore se preguntó si habría estado sin

dormir por la vida del agente sin cara. Probablemente sí. El Presidente era de esa clase de hombres. También era de los que mantenían su decisión una vez adoptada, pensó Moore. Pelt intentaría cambiarla durante todo el día, pero el presidente la había comunicado a las 08:00 de la mañana y tendría que mantenerse firme al respecto.

—Gracias, señor Presidente. Pondré las cosas en marcha. —Dos minutos después, Moore tuvo en su oficina a Bob Ritter:

—¡La extracción de CARDENAL está aprobada!

—Me alegra haber votado en favor del hombre —dijo Ritter mientras golpeaba una mano contra la otra—. Dentro de diez días lo tendremos en una linda casa de seguridad. ¡Santo Dios, sus informes verbales llevarán años! —Luego hizo una pausa para recuperar la sobriedad—. Es una lástima que perdamos sus servicios, pero se lo debemos. Además, Mary Pat ha reclutado para nosotros una nueva pareja. Anoche hizo la transferencia de la película. No tengo detalles, pero pienso que fue algo peludo.

—Ella siempre fue un poquito demasiado…

—Más que un poquito, Arthur, pero todos los oficiales de campo tienen algo de cowboy en ellos. —Los dos nativos de Texas intercambiaron miradas—. Aun los que son de Nueva York.

—Vaya equipo… Con esos genes, habrá que preguntarse cómo irán a ser sus hijos —observó Moore sonriendo—. Bob, consiguió lo que quería. Adelante con todo.

—Sí, señor. —Ritter salió de la oficina para enviar su mensaje; Luego informó al almirante Greer.

El télex salió vía satélite y llegó a Moscú sólo quince minutos después: ORDENES DE VIAJE APROBADAS. CONSERVE TOTALIDAD RECIBOS PARA REINTEGROS DE RUTINA.

Ed Foley llevó a su oficina el mensaje descifrado. Bueno, quienquiera haya sido el burócrata que sentía frío en los pies, por nosotros, finalmente encontró sus medias, pensó. Gracias a Dios.

—¡Solamente falta una transferencia! Pasaremos el mensaje al mismo tiempo, y Misha tomará un vuelo a Leningrado; después, bastará seguir el plan. Una cosa buena con respecto a CARDENAL era que había practicado su escape por lo menos una vez al año. Su vieja unidad de tanques estaba asignada ahora al Distrito Militar de Leningrado, y los rusos comprendían esa clase de sentimientos. Durante muchos años Misha se había preocupado también para que su regimiento fuera el primero en recibir nuevos equipos y en asumir nuevas tácticas. Después de su muerte, lo designarían los Guardias de Filitov… o por lo menos eso era lo que planeaba hacer el Ejército Soviético. Era una lástima, pensó Foley que tuvieran que cambiar de planes. Por otra parte, quizá la CIA resolviera hacer alguna otra clase de recordatorio en homenaje a ese hombre…

Pero todavía quedaba una transferencia más por hacer, y no iba a ser fácil. Un paso por vez, se dijo. Primero tenemos que alertarlo.

Media hora más tarde, un indefinido miembro del personal de la embajada abandonó el edificio. En determinado momento iba a encontrarse parado en determinado lugar. La «señal» sería recibida por alguien a quien difícilmente estarían vigilando los del «Dos». Una vez captado el mensaje, esa persona hizo además otra cosa. Él no sabía el motivo, solamente dónde y cómo debía hacer la marca. Consideraba todo eso como una gran frustración. Se suponía que el trabajo de espía debía ser emocionante, ¿no?

—Allí está nuestro amigo. —Vatutin viajaba en el automóvil; quería ver en persona que las cosas estaban funcionando adecuadamente. Filitov subió a su auto y el chofer arrancó. El vehículo de Vatutin lo siguió medio kilómetro, después lo dejó, pero cuando otro automóvil se hizo cargo, corrió hacia una calle paralela para continuar a la misma velocidad.

Seguía por radio el desarrollo de la operación. Las transmisiones eran breves y prácticas, a medida que los seis autos rozaban en el seguimiento. Generalmente iba uno adelante del vehículo vigilado, y otro detrás. El auto de Filitov se detuvo frente a un almacén de comestibles que vendía al personal jerárquico del ministerio de Defensa. Vatutin tenía un hombre allí dentro —sabían que Filitov se detenía dos o tres veces por semana— para ver qué compraba y con quién hablaba.

Vatutin pudo comprobar que las cosas iban saliendo a la perfección, como era de esperar después de haber explicado a todo el mundo que el presidente tenía especial interés en ese caso. Su chofer se apresuró para adelantarse a la presa, depositando al coronel frente al departamento de Filitov, del otro lado de la calle. Vatutin entró y subió al departamento que habían tomado.

—Justo a tiempo —dijo el oficial jefe cuando Vatutin entró por la puerta.

El hombre del «Dos» miró discretamente por la ventana y vio que el auto de Filitov se detenía. El que lo seguía pasó sin disminuir la velocidad, mientras el coronel del ejército entraba en su edificio.

—El sujeto acaba de entrar en el edificio —dijo un especialista en comunicaciones. Adentro, una mujer que llevaba una canasta llena de manzanas subiría en el ascensor junto con Filitov. Arriba, en el piso del coronel, una pareja cuyos componentes eran lo suficientemente jóvenes como para parecer adolescentes pasaría caminando frente al ascensor en el momento en que bajara Filitov, y seguirían a lo largo del corredor hablando con susurros más altos que lo debido, para que se oyeran sus juramentos de amor eterno. Los micrófonos de vigilancia llegaron a captarlos cuando Filitov abrió la puerta.

—Lo tengo —dijo el camarógrafo.

—No nos acerquemos a las ventanas —dijo innecesariamente Vatutin. Los

hombres que tenían binoculares se mantenían bien alejados de ellas, y como las luces del departamento estaban apagadas— habían quitado las lamparitas de los aparatos —nadie habría podido decir que las habitaciones estaban ocupadas.

Una cosa que les gustaba de ese hombre era su aversión a bajar las cortinas. Lo siguieron cuando entraba en el dormitorio, donde lo vieron cambiarse de ropas y ponerse pantuflas. Volvió a la cocina y se preparó una comida sencilla. Observaron cuando abría una botella de vodka de medio litro. Se sentó y se puso a mirar hacia afuera por la ventana.

—Un hombre viejo y solitario —comentó un oficial—. ¿Ustedes suponen que es consecuencia de lo que hizo?

—De una forma u otra, lo sabremos.

—¿A qué se debe que el Estado pueda traicionarnos?, preguntó Misha al cabo Romanov dos horas más tarde.

Porque somos soldados, supongo. Misha notó que el cabo estaba evadiendo la pregunta y el tema. ¿Sabía qué estaba tratando de preguntarle su capitán?

—¿Pero si nosotros traicionamos al Estado…?

Entonces morimos, camarada capitán. Eso es muy simple. Nos ganamos el odio y el desprecio de trabajadores y campesinos, y morimos. A través del tiempo, Romanov miró fijamente a los ojos de su oficial. Ahora el cabo hizo su propia pregunta. Le faltó voluntad para formularla, pero sus ojos parecieron proclamar:

—¿Qué ha hecho, mi capitán?

Del otro lado de la calle, el hombre que tenía el equipo de grabación oyó algunos sollozos, y se preguntó cuál sería la causa.

—¿Qué estás haciendo, querida? —preguntó Ed Foley, y los micrófonos lo registraron.

—Estoy empezando a hacer listas para cuando nos vayamos. ¡Hay que acordarse de tantas cosas! Será mejor que empiece desde ahora.

Foley se agachó por sobre su hombro. Mary Pat tenía un anotador y un lápiz, pero estaba escribiendo sobre una hoja de plástico con un marcador. Era de esa clase de ayuda memorias que se adherían a los refrigeradores y se podían borrar con paño húmedo.

YO LO HARÉ, había escrito. TENGO UN TRUCO PERFECTO. Mary Pat sonrió y levantó una fotografía del equipo de hockey de Eddie. Todos los jugadores la habían firmado y, en la parte superior, en un ruso garabateado, Eddie había puesto, siguiendo las indicaciones de su madre: «Al hombre que nos trae suerte. Gracias. Eddie Foley».

Su marido frunció el entrecejo. Era típico en su mujer usar la aproximación audaz, y sabía que ella había utilizado su pantalla con habilidad consumada. Pero… sacudió la cabeza. ¿Pero qué? El único hombre en la cadena de CARDENAL que

podía identificarlo nunca le había visto la cara. Tal vez a él le faltaran los bríos de su esposa, pero era más circunspecto. Presentía que era mejor que ella para contrarrestar la vigilancia. Comprendía la pasión de Mary Pat por el trabajo, y su habilidad para actuar, pero… maldito sea, a veces ella era demasiado audaz. Muy bien… ¿y por qué no se lo dices?, se preguntó.

Sabía lo que ocurriría: ella iba a mostrarse práctica. No había tiempo de establecer otra serie de contactos. Ambos sabían que su pantalla era sólida, que nadie había estado siquiera cerca de sospechar de ella.

Pero…, ¡maldito sea!, ¡este trabajo es una serie continua de infernales! PERO ESTA BIEN, ¡CUIDATE MUY BIEN DE TU BONITO TRASERO! Escribió sobre la hoja plástica. Los ojos de ella despedían chispas cuando lo borró. Luego escribió su respuesta:

—¡VAMOS A DARLE UN BUEN TRABAJO A LOS MICRÓFONOS!

Ed casi se ahogó tratando de contener la risa. Todas las veces, antes de su trabajo, pensó. No era que tuviese objeciones. Pero le parecía un poco extraño.

Diez minutos después, en una habitación del subsuelo del edificio de departamentos, un par de rusos especialistas en dispositivos electrónicos espías escuchaba con extasiada atención los ruidos originados en el dormitorio de los Foley.

Mary Pat se despertó como de costumbre a las 06:15. Todavía estaba oscuro afuera, y ella se preguntó cuánto del carácter de su abuelo se debía al frío y la oscuridad de los inviernos rusos… y cuánto del de ella. Como la mayoría de los norteamericanos asignados a Moscú, odiaba mortalmente la idea de los dispositivos de escucha en sus paredes. Ocasionalmente se desquitaba de ellos con perversidad, como lo había hecho la noche anterior; pero pensaba además si los soviéticos no los habrían puesto también en el cuarto de baño. Los creía capaces de hacerlo, pensaba, mientras se miraba en el espejo. El primer punto del orden del día era tomarse la temperatura. Ambos querían tener otro hijo, y hacía ya unos meses que trabajaban para eso, dedicándole mucho más tiempo que a la TV rusa. Profesionalmente, el embarazo constituía un magnífico recurso para encubrirla. Después de tres minutos anotó la temperatura en una tarjeta que guardaba en el botiquín. Probablemente todavía no, pensó. Quizá dentro de unos cuantos días más. De todos modos, arrojó los restos de un pequeño equipo para Prueba de Embarazo en las Primeras Semanas, en el cesto de basura.

Después, tenía que despertar a los niños. Empezó a preparar el desayuno y, mientras tanto, sacudió a todos para despabilarlos. La vida en un departamento con un solo cuarto de baño imponía un rígido cumplimiento de los horarios. Surgieron los acostumbrados gruñidos de Ed, y los habituales gemidos y quejidos de los niños.

Mi Dios, qué bueno será, volverá casa, se dijo. Si bien la apasionaba el desafío de trabajar en las fauces del dragón, vivir allí no era exactamente divertido para los

chicos. A Eddie le encantaba su hockey, pero estaba perdiendo una infancia normal en ese lugar frío y árido. Bueno, eso iba a cambiar muy pronto. Cargarían a todos a bordo del clipper de Pan Am y volarían a casa, dejando atrás a Moscú… si no para siempre, por lo menos por cinco años. La vida en la región costera de Virginia. Navegar a vela en la bahía Chesapeake ¡Inviernos templados!

Aquí hay que envolver en ropa a los chicos como Nanook del Norte, ¡maldito sea!, pensó. Tengo que estar siempre peleando contra los resfríos.

Llevó el desayuno a la mesa justo cuando Ed desocupaba el cuarto de baño, permitiendo que ella se lavara y vistiera. De acuerdo con la rutina, él tomaba el desayuno y después se vestía, mientras su mujer apuraba a los niños.

En el cuarto de baño, Mary Pat oyó el televisor recién encendido, y se rio frente al espejo. A Eddie le gustaba ver el programa de ejercicios de la mañana —la mujer que aparecía en la pantalla parecía un obrero portuario, y él la llamaba ¡la Mujerhooombre!— Su hijo añoraba las mañanas en Estados Unidos con sus programas favoritos, y recordaba las canciones de presentación. Eddie echaría un poco de menos a sus amigos rusos, pensó, pero el chico era norteamericano y nada podría cambiar nunca eso. A las 07:15 todos estaban vestidos y listos para salir. Mary Pat se puso debajo del brazo un envoltorio.

—¿Día de lavado, no? —preguntó Ed a su esposa.

—Volveré a tiempo para dejarla entrar —le aseguró Mary Pat.

—Muy bien. —Ed abrió la puerta y precedió la procesión hasta el ascensor. Como siempre, su familia era la primera en ponerse en movimiento por las mañanas, Eddie se adelantó corriendo y apretó el botón del ascensor. Llegó justo cuando la familia enfrentaba la puerta. Eddie subió de un salto al interior, gozando con la elasticidad de los cables del ascensor soviético, a su madre le parecía siempre que la maldita cosa iba a caerse hasta el subsuelo, pero a su hijo le parecía divertido que el ascensor cediera unos cuantos centímetros. Tres minutos después subieron al automóvil. Esa mañana Ed se sentó al volante. Cuando salían, los chicos saludaron con los brazos al miliciano que era en realidad de la KGB— quien les contestó en igual forma con una sonrisa. Tan pronto como el auto dobló entrando en la calle, el hombre levantó el teléfono que tenía en la garita.

Ed mantenía la vista en el espejo retrovisor, y su mujer ya había acomodado el lateral, de manera que ella también podía ver hacia atrás. Los niños empezaron a pelear en el asiento trasero, pero sus padres los ignoraron.

—Parece un lindo día —dijo él en voz baja. Nadie nos sigue.

—¡Ajá! —De acuerdo. Tenían que cuidarse de lo que decían delante de los niños, por supuesto. Eddie era capaz de repetir cualquier cosa que ellos dijeran, con la misma facilidad que tenía para recordar las canciones de los dibujos animados. Además, existía siempre la posibilidad de que hubieran colocado micrófonos también

en el auto.

Fueron primero hasta la escuela; Mary Pat entró con los niños. Eddie y Katie parecían teddy bears con sus pesadas ropas de invierno. Su madre no parecía muy feliz cuando volvió a salir.

—Nikki Wagner avisó que está enferma. Quieren que yo me haga cargo de su clase esta tarde —dijo a su marido cuando subió al auto. Ed lanzó un gruñido. En realidad, era perfecto. Puso en movimiento el Volkswagen y volvió a tomar Leninsky Prospekt. Empezaba el juego.

A partir de ese momento controlaron los espejos con toda su atención.

Vatutin esperaba que ellos no hubieran pensado nunca en eso. Las calles de Moscú estaban siempre llenas de camiones volcadores que se trasladaban de una obra en construcción a otra. Las cabinas elevadas de los vehículos daban una excelente visibilidad, y las idas y venidas y maniobras de camiones similares parecían mucho menos siniestras que las de automóviles sin marcas. Ese día había en la calle nueve de esos vehículos trabajando para él, y los oficiales que los conducían se comunicaban por medio de radios militares con transmisión en código.

El coronel Vatutin se encontraba en persona en un departamento contiguo al de Filitov. La familia que vivía allí se había mudado dos días antes al Hotel Moscow. Vatutin había visto los videos de su sujeto mientras bebía hasta la insensibilidad, y aprovechó la oportunidad para hacer entrar otros tres oficiales del «Dos». Ellos llevaron sus propios micrófonos que se adherían a la pared divisoria entre los dos departamentos, y pudieron escuchar atentamente los movimientos del coronel durante sus trajines de la mañana. Algo le estaba diciendo que ese era el día.

Es la bebida, se dijo, mientras tomaba un té. La idea le causó una mueca divertida. Tal vez fuera que hace falta un bebedor para comprender a otro. Estaba seguro de que Filitov se había estado preparando para algo, y recordó también que, aquella vez que vio al coronel con el empleado traidor en los baños, había entrado en la sala de vapor bajo los efectos de la borrachera de la noche anterior…, igual que yo. Todo coincidía, decidió. Filitov era un héroe venido a menos, pero seguía siendo un héroe. No podía haber sido fácil para él cometer la traición, y probablemente necesitaba la bebida para poder dormir ante una conciencia perturbada. Vatutin se sintió complacido al pensar que la gente sentía de esa manera, que la traición seguía siendo algo muy duro.

—Vienen hacia aquí —informó un hombre de comunicaciones por la radio.

—Justo aquí —dijo Vatutin a sus subordinados—. Todo sucederá a menos de cien metros de donde estamos.

Mary Pat repasó lo que tenía que hacer. Cuando le entregara la fotografía envuelta podría recuperar la película, que deslizaría dentro de su guante. Después haría la señal. Se pasaría por la frente el dorso de su mano enguantada, como si estuviese

secándose la transpiración, y luego se rascaría una ceja. Esa era la señal de peligro o evasión. Confiaba en que él prestaría atención. Aunque ella no había hecho nunca la señal, Ed había ofrecido una vez el escape, aunque fue rechazado.

Era algo que ella había comprendido mejor que su marido —después de todo, su trabajo en la CIA se basaba más en la pasión que en la razón—, pero suficiente significaba suficiente. Ese hombre había estado enviando información a Occidente cuando ella todavía jugaba con muñecas.

Allí estaba el edificio. Ed arrimó el auto a la acera, saltando un poco sobre los baches, mientras la mano de ella tomaba el paquete. Cuando Mary Pat giró la manija de la puerta, su marido le dio unas palmaditas en la pierna. Buena suerte, nena.

Foleyeva a acaba de bajar del auto y se dirige a la entrada lateral, anunció la radio. Vatutin sonrió al oír la rusificación del nombre extranjero. Pensó sacar del cinturón la automática de servicio, pero resolvió no hacerlo. Sería mejor tener las manos libres, y un arma podía dispararse accidentalmente. Ese no era el momento para accidentes.

—¿Alguna idea? —preguntó.

—Si fuera yo, intentaría un pase rozando las manos propuso uno de sus hombres.

Vatutin asintió aprobando. Lo preocupaba que no hubieran podido instalar vigilancia con cámaras en el propio corredor, pero resultó imposible por razones técnicas. Ese era el problema con los casos realmente sensibles. Los más inteligentes eran los más cautelosos. No se podía correr el riesgo de alertados, y él estaba seguro de que los norteamericanos ya estaban alertados. Lo suficientemente alertados, razonó, como para haber matado a uno de sus agentes en aquella playa ferroviaria.

Afortunadamente, la mayoría de los departamentos de Moscú, tenían ahora mirillas instaladas en sus puertas. Vatutin se encontró que estaba agradecido al incremento de robos en viviendas, porque sus técnicos habían podido así reemplazar la lente normal con otra que les permitía ver la mayor parte del corredor. Él, personalmente, tomó ese puesto de observación.

Tendríamos que haber colocado micrófonos en el hueco de la escalera, pensó. Tomaré nota de eso para la próxima vez. No todos los espías enemigos utilizan el ascensor.

Mary Pat no tenía un estado atlético tan bueno como su marido. Se detuvo en el descanso de la escalera, mirando por el hueco arriba y abajo y escuchando atentamente cualquier posible ruido, mientras los latidos de su corazón empezaban a desacelerarse. Miró su reloj digital. Era la hora.

Abrió la puerta de la salida de incendio y caminó directamente por el medio del corredor.

Bueno, Misha. Espero te hayas acordado de poner en hora tu reloj.

Esta es la última vez, coronel. Por amor de Dios, ¿aceptarás ahora la señal de

evasión, y tal vez llegues a la Granja para dar tus informes, y mi hijo pueda conocer un verdadero héroe ruso…?

Mi Dios, quisiera que mi abuelo pudiera verme ahora…

Nunca había estado en ese lugar, nunca había hecho un pase en ese edificio. Pero lo conocía de memoria después de pasarse veinte minutos estudiando los diagramas. La puerta de CARDENAL era…, ¡esa!

—¡Tiempo! Su corazón salteó un latido cuando vio la puerta abierta, a unos diez metros de distancia.

—¡Qué profesional! Pero lo que sucedió después fue tan frío como una daga hecha de hielo.

Los ojos de Vatutin se agrandaron horrorizados al oír el ruido. La cerradura de la puerta del departamento había sido instalada, por la típica mano de obra rusa, aproximadamente medio milímetro fuera de línea. Cuando él quiso abrirla suavemente, preparándose para salir de un salto de la habitación, produjo un audible click.

Mary Pat Foley apenas varió su paso. Su entrenamiento se adueñó de su cuerpo como un programa de computadora. Había una mirilla en la puerta que pasó de la oscuridad a la luz.

Había alguien allí.

Ese alguien se había movido.

Ese alguien estaba abriendo la puerta.

Dio un medio paso a su derecha y se pasó por la frente el dorso de la mano enguantada. No estaba simulando secarse la transpiración.

Misha vio la señal y se detuvo helado, con una curiosa mirada en el rostro que empezaba a cambiar de la sorpresa a la diversión, hasta que oyó el ruido de la puerta que se abría violentamente.

Supo al instante que ese hombre que salía no era su vecino.

—¡Están arrestados! —gritó Vatutin, y entonces vio que la mujer norteamericana y el hombre ruso permanecían de pie con un metro de separación, y que ambos tenían las manos caídas junto a sus cuerpos, fue una suerte para él que los hombres del «Dos» que estaban a sus espaldas no pudieran ver la expresión de su cara.

—¿Perdone usted? —dijo la mujer en excelente ruso.

—¡Alto! —tronó Filitov con ira solamente posible en un soldado profesional después de una noche de borrachera.

—Usted. —Vatutin señaló a la señora Foley—, allá contra la pared.

—Yo soy una ciudadana norteamericana, y usted de ningún modo puede…

—Usted es una espía norteamericana —dijo un capitán, y la empujó contra la pared.

—¿Qué? —La voz de ella contenía pánico y alarma; aquí no hay el más mínimo

profesionalismo, pensó el capitán, pero luego su mente casi se obstruye ante la observación—. ¿De qué está hablando? ¿Qué es esto? ¿Quiénes son ustedes? Yluego empezó a gritar: —¡Policía… alguien llame a la policía! ¡Me están atacando! ¡Alguien que me ayude, por favor!

Vatutin la ignoró. Ya había aferrado la mano de Filitov y, cuando otro oficial empujó al coronel contra la pared, le arrebató el rollito de película. Por una fracción de segundo —que le pareció que duraba horas—, lo había invadido el horrible pensamiento de que había arruinado todo, que ella no era realmente de la CIA. Con la película en sus manos, tragó y miró a Filitov a los ojos.

—Queda arrestado por traición, camarada coronel. —Su voz enfatizó las dos últimas palabras—. Llévenselo.

Se volvió para mirar a la mujer. Los ojos de ella estaban desmesuradamente abiertos por el miedo y el ultraje. Cuatro personas habían asomado ya sus cabezas por las puertas de sus departamentos, y miraban lo que sucedía en el corredor.

—Soy el coronel Vatutin, del Comité de Seguridad del Estado. Acabamos de hacer un arresto. Cierren sus puertas y ocúpense de lo suyo. —Notó que el cumplimiento de su orden requirió menos de cinco segundos. Rusia era todavía Rusia.

—Buenos días, señora Foley —dijo después. Advirtió la lucha de la mujer para controlarse.

—¿Quién es usted… y qué es todo esto?

—La Unión Soviética no puede aceptar de buen grado que sus huéspedes roben secretos de Estado. Seguramente le enseñaron eso en Washington… perdón, en Langley.

La voz de Mary Pat temblaba cuando habló.

—Mi esposo es miembro acreditado de la Embajada de los Estados Unidos en su país. Quiero ponerme en contacto con mi embajada de inmediato. Yo no sé nada de toda esa sarta de cosas que está diciendo, pero lo qué sí sé es que, si usted provoca que pierda su hijo la esposa embarazada de un diplomático, ¡tendrá un incidente internacional lo suficientemente grande como para que se ocupen de él los noticiarios de televisión! Yo no hablé con ese hombre. No lo toqué, ni él me tocó a mí… y usted lo sabe, señor. Ya me habían prevenido en Washington que a los payasos rusos les encanta molestar a los norteamericanos con sus malditos y estúpidos jueguitos de espías.

Vatutin recibió impasible todo el discurso, aunque la palabra «embarazada» logró captar su especial atención. Por los informes de la mujer que les limpiaba el departamento dos veces por semana, él sabía que Foleyeva se había estado haciendo pruebas. Y si… habría al respecto un incidente mucho mayor de lo que él quería. Otra vez, el dragón político levantó la cabeza. El presidente Gerasimov tendría que decidir

sobre esto.

—Mi esposo me está esperando.

—Le diremos que usted ha sido detenida. Se le pedirá que conteste algunas preguntas. No será maltratada.

Mary Pat ya sabía eso. Solamente su orgullo podía enmudecer el horror que sentía por lo que había pasado. Ella había actuado maravillosamente, y lo sabía. Como parte de la comunidad diplomática estaba fundamentalmente segura. Podrían demorarla un día, quizá dos, pero cualquier maltrato grave daría por resultado que desde Washington enviaran de vuelta a su casa a media docena de rusos. Además, ella no se hallaba realmente embarazada.

Todo eso estaba más allá de la cuestión. No derramó lágrimas, ni demostró otra emoción que la naturalmente esperada, sólo aquello que debía mostrar de acuerdo al entrenamiento que había recibido. Lo que importaba era que su agente más importante estaba acabado, y con él se había perdido información de gran importancia. Quería llorar, necesitaba llorar, pero no iba a dar esa satisfacción a los hijos de puta. El llanto surgiría en el vuelo de regreso a casa.

XVI. Valoración de daños

—Habla mucho de este hombre el hecho de que lo primero que hizo fue ir a la embajada y enviar el télex —comentó por fin Ritter—. El embajador entregó su nota de protesta al ministro de Relaciones Exteriores antes de que hicieran público el arresto «por conducta incompatible con el estado diplomático».

—Vaya un consuelo —comentó tristemente.

—Debemos recuperarla en un día, o menos —continuó Ritter—. Ellos ya han cumplido su tiempo, y van a tomar el próximo vuelo de Pan Am para volver.

Ryan se movió inquieto en su sillón. ¿Y qué pasará con CARDENAL?, se preguntó. Cristo, me hablan de este superagente, y una semana después… Estoy seguro como todos los diablos de que ellos no tienen allá una Suprema Corte que les haga difícil ejecutar a la gente.

—¿Hay alguna posibilidad de que podamos canjear a CARDENAL? —preguntó Jack.

—Está bromeando, muchacho. —Ritter se levantó de su sillón y caminó hacia la ventana. A las 03:00 de la mañana, la playa de estacionamiento de la CIA estaba casi vacía; sólo unos pocos autos aislados entre las pilas de nieve amontonada—. Ni siquiera tenemos alguien de suficiente importancia como para negociar una atenuación de la condena. No hay ninguna maldita forma de que lo dejen en libertad, aunque les entregásemos un jefe de estación… que no tenemos.

—De modo que está muerto y la información se pierde con él.

—Eso mismo es lo que le está diciendo coincidió el juez Moore.

—¿Ayuda de los aliados? —preguntó Ryan—. Sir Basil podría tener algo imprevisto que nos ayudara.

—Ryan, no hay nada que podamos hacer para salvar al hombre. —Ritter se dio vuelta para descargar su ira en el primer blanco que encontrase—. Está muerto… claro, todavía está respirando, pero lo mismo está muerto. A partir de ahora, un mes, o dos, o tal vez tres, harán el anuncio y nosotros lo confirmaremos por otras fuentes, y entonces descorcharemos una botella y tomaremos unos tragos a su memoria.

—¿Y qué hay de Dallas? —preguntó Greer.

—¿Qué? —Ryan se volvió.

—Usted no necesita saber nada de eso —dijo Ritter, agradecido ahora por haber encontrado el blanco—. Hay que devolverlo a la Armada.

—Está bien —asintió Greer. Es probable que esto tenga algunas consecuencias graves—. El juez Moore lanzó una triste mirada al almirante. Ahora tendría que ir a ver al Presidente.

—¿Qué opina de esto, Ryan?

—¿Sobre las conversaciones de control de armamento? —Jack se encogió de

hombros—. Depende de cómo lo manejen. Tienen una amplia gama de opciones, y cualquiera que le diga que puede predecir cuál van a elegir es un mentiroso.

—No hay nada como la opinión de un experto —observó Ritter. Sir Basil cree que Gerasimov quiere hacer una jugada contra la cumbre. Es concebible que pueda usar esto con ese fin— dijo Ryan con toda frialdad, —pero yo creo que Narmonov tiene demasiada fuerza política ahora que cuenta con ese cuarto hombre en el Politburó, de manera que puede elegir: continuar avanzando hacia el acuerdo y demostrar al Partido qué fuerte se encuentra dando un paso hacía adelante en busca de la paz, o, si presiente una mayor vulnerabilidad política que la que yo aprecio, puede consolidar su influencia sobre el Partido atacándonos como los incorregibles enemigos del socialismo. Si existe una forma de realizar una apreciación de probabilidades sobre esa elección, que sea algo más que una simple conjetura, yo no la he visto aún.

—Póngase a trabajar en eso —ordenó el juez Moore—. El Presidente querrá tener algo lo suficientemente sólido de que agarrarse, antes de que Ernie Allen empiece a hablar de poner otra vez sobre la mesa la Iniciativa de Defensa Estratégica.

—Sí, señor. —Jack se puso de pie—. Juez, ¿debemos esperar que los soviéticos den publicidad al arresto de CARDENAL?

—Esa sí que es una pregunta —dijo Ritter.

Ryan dio unos pasos en dirección a la puerta y se detuvo.

—Un momento —dijo.

—¿Qué pasa? —preguntó Ritter.

—Usted dijo que el embajador entregó su protesta antes de que su ministro de Relaciones Exteriores dijera algo, ¿no es así?

—Sí, Foley se movió realmente rápido para ganarles.

—Con todo el debido respeto al señor Foley, nadie es así de rápido —observó Ryan—. Ellos debieron de haber tenido el comunicado de prensa ya impreso antes de hacer la captura.

—¿Entonces? —preguntó el almirante Greer.

Jack dio unos pasos en dirección a los otros tres.

—Entonces, el ministro de Relaciones Exteriores es un hombre de Narmonov, ¿verdad? Y también lo es Yazov en el ministerio de Defensa. Ellos no sabían —dijo Ryan—. Quedaron tan sorprendidos como nosotros.

—No es posible —objetó Ritter. Ellos no hacen cosas como esa.

—Es una presunción de su parte, señor. —Jack se mantuvo firme—. ¿Tiene alguna prueba para respaldar esa afirmación?

Greer sonrió.

—Ninguna que conozcamos en este momento.

—Por todos los diablos, James, yo sé que él está…

—Continúe, doctor Ryan —dijo el juez Moore.

—Si esos dos ministros no sabían lo que estaba ocurriendo, hay un nuevo factor que entra a jugar en este caso, ¿verdad? Jack se sentó en el respaldo de una butaca. —Muy bien, yo comprendo que puedan eliminar a Yazov—. CARDENAL era su ayudante más antiguo, —pero ¿por qué van a echar al ministro de Relaciones Exteriores? En esta clase de cosas hay que moverse rápido, cazar los periódicos con la noticia del día… sin la menor duda nadie quiere que el otro bando se entere primero.

—¿Bob? —preguntó el director de Inteligencia.

Al subdirector de Operaciones nunca le había gustado mucho Ryan, pensaba que había llegado demasiado lejos demasiado pronto, pero, a pesar de eso, Bob Ritter era un hombre honesto. Se echó hacia atrás y bebió un trago de café.

—El muchacho puede tener razón. Tendremos que confirmar algunos detalles, pero si se confirman… entonces estamos frente a una operación política, tanto como a un simple caso del «Dos».

—¿James?

El subdirector de Inteligencia asintió coincidiendo.

—Astuta.

—Es posible que no estemos hablando solamente de perder una buena fuente —continuó Jack, haciendo sus especulaciones a medida que hablaba—. La KGB puede estar usando esto con fines políticos. Lo que no veo es su base de poder. La facción de Alexandrov tiene tres miembros sólidos. Narmonov ahora tiene cuatro, contando a ese tipo nuevo, Vaneyev…

—¡Mierda! —Esta vez fue Ritter—. Cuando atraparon a su hija y la dejaron ir, nosotros pensamos que, o no habían podido hacerla confesar —diablos, dicen que su aspecto es muy bueno—, o su padre era demasiado importante para ellos como para…

—¿Chantaje? —Ahora fue el turno del juez Moore—. Tiene razón, Bob. Y Narmonov no lo sabe. Hay que atribuir todo a Gerasimov; ese hijo de puta sabe hacer algunas jugadas maravillosas… Si todo esto es verdad, ellos sobrepasan en número a Narmonov, y él no lo sabe. —Hizo una pausa y frunció el entrecejo—. Estamos especulando como una sarta de aficionados.

—Bueno, pero nos pone en presencia de un escenario infernal. —Ryan estuvo a punto de sonreír, hasta que llegó a la conclusión lógica—: Es posible que hayamos provocado la caída del primer gobierno soviético que en los últimos treinta años, quería liberalizar su propio país. —¿Qué serán capaces de hacer con eso los periódicos?, se preguntó Jack. Y tú sabes muy bien que esto va a trascender. Una cosa así es demasiado jugosa para que pueda mantenerse en secreto durante mucho tiempo…

—Sabemos lo que ha estado haciendo, y sabemos desde cuándo lo está haciendo. Aquí está la prueba. —Arrojó las fotografías sobre la mesa.

Bonitas fotos —dijo Mary Pat—. ¿Dónde está el hombre de mi embajada?

—No estamos obligados a dejar que nadie hable con usted. Podemos retenerla aquí todo el tiempo que se nos ocurra. Años, si es necesario —agregó amenazador.

—Mire, señor, yo soy norteamericana, ¿de acuerdo? Mi esposo es diplomático. Tiene inmunidad diplomática, y yo también. Sólo porque usted cree que soy una estúpida ama de casa norteamericana piensa que puede tenerme de un lado para otro y asustarme para que firme esa idiota y maldita confesión de que soy alguna clase de imbécil espía. Bueno, no lo soy, y no la firmaré, y mi gobierno me protegerá. Así que, por lo que a mí respecta, puede agarrar esa confesión, ponerle un poco de mostaza y comérsela. Dios sabe que aquí la comida es tan mala que usted puede aprovechar la fibra para su dieta —advirtió Mary Pat—. ¿Y usted dice que arrestaron también a ese viejito encantador al que le llevaba la fotografía? Bueno, yo creo que ustedes están locos.

—Sabemos que se ha encontrado con él muchas veces.

—Dos. Lo vi también en un partido del año pasado… no, perdón, hace pocas semanas lo encontré en una recepción diplomática. Son tres veces, pero sólo importa el hockey. Es por eso que le llevé la fotografía. Los chicos del equipo dicen que les trae buena suerte… pregúntenles; todos ellos firmaron la fotografía, ¿no es así? Las dos veces que él asistió ganamos partidos importantes y mi hijo hizo un par de goles. ¿Y ustedes creen que es un espía porque fue a ver un partido de hockey de la liga juvenil? Mi Dios, deben de pensar que hay espías norteamericanos debajo de todas las camas.

En realidad, estaba casi divertida. La trataban cautelosamente. Nada como una amenaza de embarazo, se dijo Mary Pat, mientras volvía a quebrar otra norma de todos los tiempos en la actividad de espionaje: No diga nada. Siguió lanzando una torrente de palabras, como lo habría hecho cualquier ciudadano privado que hubiera sufrido un atropello —con el escudo de la inmunidad diplomática, desde luego— referidas a la manifiesta estupidez de los rusos. Observaba atentamente a su interrogador buscando una reacción. Si había algo que los rusos odiaban era ser mirados desde arriba, especialmente por los norteamericanos, con respecto a los cuales tenían un acentuado complejo de inferioridad.

—Yo pensaba que los hombres de seguridad de la embajada eran un tormento —dijo malhumorada después de un momento—. No hagan esto, no hagan lo otro, tengan cuidado al fotografiar cualquier cosa. Yo no estaba tomando una fotografía, ¡le estaba dando una fotografía! Y los chicos que aparecen en ella son chicos rusos… Excepto Eddie. —Se dio vuelta mirando el espejo. Mary Pat se preguntó si los rusos habrían pensado en ese detalle ellos mismos o si habrían copiado la idea de las

películas policiales norteamericanas.

—Quien haya sido el que la entrenó conocía muy bien su oficio —comentó Vatutin, mirando a través del espejo desde la habitación contigua—. Ella sabe que estamos aquí, pero no lo dice. ¿Cuándo la vamos a dejar salir?

—Esta tarde, al anochecer —contestó el jefe del Segundo Directorio General—. No vale la pena mantenerla aquí. Su marido ya está en el departamento preparando todo para irse. Usted debió haber esperado unos segundos más —agregó el general.

—Lo sé. —No tenía sentido explicarle el defecto de la cerradura de la puerta. La KGB no aceptaba excusas, ni siquiera de un coronel. Además ya estaba superando; lo sabía tanto Vatutin como su jefe. Habían capturado a Filitov… no exactamente in fraganti, pero lo mismo estaba atrapado. Ese era el objetivo del caso, por lo menos en lo que a ellos concernía, ambos hombres conocían la otra parte del asunto, pero ninguno de ellos la mencionaba para nada. Era el mejor modo de acción para los dos.

—¡Dónde está mi hombre! —reclamó Yazov perentoriamente.

—Está en la prisión de Lefortovo, naturalmente —contestó Gerasimov.

—Quiero verlo. De inmediato. El ministro de Defensa no se había detenido siquiera para quitarse la gorra. Se mantenía de pie con su capote hasta los tobillos y sus mejillas todavía rosadas por el aire frío de febrero… o tal vez por cólera, pensó Gerasimov. Podría ser tal vez por miedo…

—Este no es un lugar para poner exigencias, Dmitri Timofeyevich. Yo también soy miembro del Politburó. Yo también ocupo un sillón en el Consejo de Defensa. Y puede ser que usted se encuentre implicado en esta investigación. —Los dedos de Gerasimov jugaban con el expediente que tenía sobre el escritorio.

La cara de Yazov cambió al oírlo. Se puso pálido, y no por miedo, decididamente. Gerasimov se sorprendió al ver que el viejo soldado no perdía el control, pero el mariscal hizo un supremo esfuerzo habló como lo hubiera hecho a un soldado recluta.

—¡Muéstreme su pruebas aquí y ahora si tiene las pelotas para hacerlo!

—Muy bien, —el presidente de la KGB abrió la carpeta y saca una serie de fotografías, entregándoselas.

—¿Usted me tuvo a mí bajo vigilancia?

—No, hemos estado observando a Filitov. Ocurrió simplemente que usted estaba allí.

Yazov arrojó las fotos devolviéndoselas con desprecio.

—¿Y qué? Habían invitado a Misha a un partido de hockey. Y. lo acompañé. Fue un buen partido. Hay un chico norteamericano en el equipo… yo conocí a su madre en alguna recepción… ah, sí, fue el George Hall cuando finalizaron las negociaciones con Estados Unidos. Ella estaba en aquel partido y nos saludamos. Es una mujer divertida, tal vez un poco cabeza hueca en cierto sentido. A la mañana siguiente llené un informe de contacto. Y Misha hizo lo mismo.

Si ella es tan cabeza hueca, ¿por qué se molestó en llenarlo?, inquirió Gerasimov.

—Porque es norteamericana y su marido es diplomático en algún cargo, y yo fui suficientemente tonto como para permitirle que me tocara, como puede ver. El informe de contacto está en carpeta. Le enviaré una copia del mío, y del de Filitov. Ahora Yazov hablaba con más confianza, Gerasimov lo había subestimado un poco.

Ella es agente de la CIA norteamericana.

—Entonces tengo confianza en que el socialismo se impondrá. Nikolay Borissovich. Nunca pensé que usted empleara semejantes imbéciles… es decir, nunca hasta hoy.

El ministro de Defensa Yazov logró calmarse. Aunque era nuevo en la escena de Moscú —hasta hacía muy poco tiempo había sido mandante del Distrito Militar del Lejano Este, donde Normanov lo había descubierto— sabía de qué se trataba la verdadera lucha que estaba teniendo lugar allí. No podía creer, no creía, que Filitov fuera un traidor… no podía creerlo por los antecedentes del hombre; no podía creerlo porque el escándalo iba a destruir una de las carreras más cuidadosamente planeadas en el Ejército Soviético. La suya.

—Si usted tiene verdaderas pruebas contra mi hombre, quiero que mi propia gente de seguridad las revise. Usted, Nikolay Borissovich está haciendo un juego político con mi ministerio. No voy a permitir interferencias de la KGB en la forma en que conduzco mi ejército. Esta tarde vendrá alguien del GRU. Usted deberá cooperar con él, o yo llevare esto personalmente al Politburó.

Gerasimov no mostró la menor reacción cuando el ministro de Defensa abandonó la habitación, pero se dio cuenta de que acababa de cometer un error. Se había pasado en su jugada… no, se dijo, la jugaste un día antes de lo debido. Esperabas que Yazov se derrumbara, que se doblara ante la presión, que aceptara una propuesta aún no formulada.

Y todo porque ese estúpido de Vatutin no había obtenido pruebas positivas. ¿Por qué no pudo esperar unos segundo más?

Bueno, lo único que debemos hacer es conseguir una confesión completa de Filitov.

El cargo oficial de Colin McClintock estaba en la oficina comercial de la Embajada de Su Majestad Británica, del otro lado del Río Moscow con respecto al Kremlin, ubicación anterior a la fecha de la revolución y que había molestado a la dirigencia soviética desde la época de Stalin. Pero él también era uno de los jugadores en cl Gran Juego. En realidad, era el oficial de inteligencia que había «dirigido» a Svetlana Vaneyeva y la había cedido a la CIA para el cumplimiento de un propósito que no le habían explicado nunca, pero para lo cual recibía órdenes directamente de London’s Century Hause, el cuartel general del SIS. En aquel momento estaba conduciendo a un grupo de hombres de negocios británicos para que conocieran

GOSPLAN, presentándolos a algunos de los burócratas con quienes deberían negociar los contratos para cualquier cosa que esperaran vender a los bárbaros locales, según pensaba McClintock. Era un «Isleño» de Whalsay, frente a las costas de Escocia, y consideraba a cualquiera que fuese de más al sur de Aberdcen como un bárbaro, pero, de todos modos, trabajaba para el Servicio Secreto de Inteligencia. Cuando hablaba en inglés usaba un acento cantado y empleaba algunas palabras que sólo se oían en el norte de Escocia; su ruso era apenas comprensible, pero podía hacer variar los acentos en un sentido u otro como quien pulsa una llave de luz. Y para sus oídos no había acentos difíciles. La gente siempre cree que si una persona tiene problemas para hablar un idioma también los tendrá al escucharlo. Era una impresión que Mac Clintock cultivaba sin cesar.

Había conocido a Svetlana de esa manera, informando a Londres que era una posible candidata para que la reclutaran. Un experimentado oficial del SIS había logrado concretarlo en el comedor del segundo piso de Langan's Brasserie, en Stratton Strect. Desde entonces, McClintock sólo la había visto en función de su actividad, y solamente con otros súbditos británicos y rodeados de rusos. En Moscú había oficiales del SIS que se ocupaban de sus informaciones por el sistema de dejar y recoger, aunque en realidad, el responsable de sus operaciones seguía siendo él. Los datos que ella entregaba eran decepcionantes, aunque ocasionalmente útiles en el aspecto comercial. Hay tendencia a tomar de los agentes de inteligencia lo que se reciba, y ella también solía informar sobre habladurías y chismes internos que recogía de su padre.

Pero algo malo había sucedido con Svetlana Vaneyeva. La CIA informó que había desaparecido de su oficina, regresando más tarde, probablemente después de ser interrogada en Lefortovo. Para Mac Clintock eso no tenía sentido. Cuando metían a alguien en Lefortovo, lo tenían más que uno o dos días. Algo muy extraño había sucedido, y llevaba una semana esperando encontrar la forma de saber exactamente qué podría haber ocurrido. Ahora, los mensajes que ella dejaba no los recogía nadie, por supuesto. Nadie del SIS volvería a acercarse siquiera a ellos, excepto para ver si alguien los había tocado, y eso desde considerable distancia.

Pero ahora, sin embargo, tenía una oportunidad, al llevar a su delegación comercial al salón donde funcionaba la sección textil de la agencia de planeamiento. Ella levantó la vista y vio a los extranjeros que se desplazaban. McClintock le hizo la acostumbrada señal de interrogación. No sabía que respuesta iba a obtener, ni lo que realmente significaría la respuesta. Debía suponer que la habían hecho confesar y que estaría totalmente comprometida, pero de alguna manera tenía que reaccionar. Hizo la señal: se pasó ambas manos por el pelo, con la misma naturalidad que si se hubiera respirado, como eran todas esas señales, su respuesta debía de ser abrir un cajón del escritorio y sacar un lápiz o una lapicera. El primero era la señal de «todo bien», la

segunda constituía una advertencia. Svetlana no hizo ninguna de las dos señales; simplemente volvió su vista al documento que estaba leyendo. El joven oficial de inteligencia quedó sorprendido, casi al punto de quedarse mirándola, pero recordó quién era y dónde estaba y se dio vuelta, buscando otras caras en el salón mientras movía nerviosamente las manos, con gestos que podían haber significado cualquier cosa para quien estuviera observando.

Pero hubo algo que le causó profunda impresión: la mirada de la mujer. Esa expresión que antes había sido llena de vida era ahora absolutamente inanimada; tan carente de emoción como cualquier otra cara en las calles de Moscú. La persona que había sido la hija privilegiada de un alto funcionario del Partido era completamente distinta ahora. No se trataba de una actuación. Estaba seguro de eso; ella no tenía habilidad para hacerlo.

La hicieron confesar, se dijo McClintock. La hicieron confesar y la dejaron ir. No tenía indicio alguno de por qué la habrían dejado ir, pero eso no era de su incumbencia. Una hora más tarde, llevó de regreso a los hombres de negocios a su hotel y volvió a su oficina. El informe que despachó a Londres sólo tenía tres páginas. No se imaginaba la tormenta que iba a desencadenar. Ni sabía que otro oficial del SIS había enviado otro informe, el mismo día, en la misma valija diplomática.

—Hola, Arthur —dijo la voz en el teléfono.

—Buenos días —perdón— buenas tardes, Basil. ¿Cómo está el tiempo en Londres?

—Frío, húmedo, y espantoso. Pensé que podría cruzar el charco hasta tu lado y tomar un poco de sol.

—Asegúrate de hacer una parada en la tienda.

—He planeado hacerlo. ¿Por la mañana, a primera hora?

—En mi calendario siempre tengo lugar para ti.

—Entonces te veré mañana.

—Magnífico. Te espero. —El Juez Moore colgó el teléfono.

Vaya un día que hemos tenido, pensó el director de la Central de Inteligencia. Primero perdemos a Cardenal, ahora, Sir Basil Charleston quiere venir con algo que no puede decirme a través del sistema telefónico más seguro que alguna vez hayamos tenido. Todavía no era mediodía, y ya llevaba nueve horas en la oficina. ¿Qué otra maldita cosa estará pasando?

—¿Y a esto le llama prueba? —El general Yevgeniy lgnat’yev estaba a cargo de la oficina de contraespionaje del GRU, el organismo de inteligencia propio del Ejército Soviético—. Para estos ojos viejos y cansados parecería como que su gente ha pisado una delgada capa de hielo mientras buscaba un pez.

Vatutin estaba asombrado y furioso ante el hecho de que el presidente de la KGB

hubiera enviado a ese hombre a su oficina para revisar su caso.

—Si usted puede encontrar una explicación plausible para la película, la cámara y el diario, tal vez quiera ser tan amable de compartirla conmigo, camarada.

—Usted dice que tomó la película de las manos de él, no de las de la mujer. —Fue una afirmación, no una pregunta—. Un error de mi parte, por el que no tengo excusa —dijo Vatutin con dignidad, lo que resultó extraño y chocante a ambos hombres—. ¿Y la cámara?

—La encontramos magnéticamente adherida al interior del panel de servicio de su heladera.

—No la encontraron la primera vez que registraron su departamento, ya veo. Y no había en ella impresiones digitales. Y sus registros virtuales de Filitov no muestran que la haya usado. Entonces, si él me dice que usted planeó colocarle tanto la cámara como la película, ¿cómo se supone que pueda convencer al ministro de que él es el que está mintiendo?

Vatutin quedó sorprendido ante el tono de la pregunta.

—Después de todo, ¿usted cree que es un espía?

—Y lo que yo crea no tiene importancia. Pienso que la existencia del diario es causa de preocupación, pero usted no podría creer las violaciones de seguridad con que tengo que vérmelas, especialmente en los niveles más altos. Cuanto más importante llega a ser la gente, menos importancia da a las reglas. Usted sabe quién es Filitov. Es más que un simple héroe, camarada. Es famoso en toda la Unión Soviética… el Viejo Misha, el Héroe de Stalingrado. Luchó en Minsk, en Vyasma, en las afueras de Moscú cuando detuvimos a los fascistas, el desastre de Kharkov, después la batalla de retirada hacia Stalingrado. Luego el contraataque…

—He leído su legajo —dijo neutralmente Vatutin.

—Es un símbolo para todo el ejército. Usted no puede ejecutar un símbolo basándose en evidencias tan equívocas como éstas, Vatutin. Todo lo que tiene son estas tomas fotográficas, sin ninguna prueba objetiva de que fue él quien las hizo.

—Todavía no lo hemos interrogado.

—¿Y usted cree que eso va a ser fácil? —Ignat'yev hizo un expresivo gesto con sus ojos y su carcajada fue un áspero ladrido—. ¿Usted sabe lo fuerte que es este hombre? ¡Este hombre mató alemanes mientras él se quemaba!, ¡este hombre enfrentó la muerte miles de veces y se cagó en ella!

—Yo puedo sacarle lo que quiero. —Insistió tranquilo Vatutin.

—¿Tortura, no?, ¿está loco? No se olvide que la División de Infantería motorizada de los Guardias Tamanes está acantonada a pocos kilómetros de aquí. ¿Usted cree que el Ejército Rojo se va a quedar sentado tranquilo mientras usted tortura a uno de sus héroes? Stalin está muerto, camarada coronel, y también Beria.

—Podemos extraerle la información sin provocarle daños físicos —dijo Vatutin.

Era uno de los secretos de la KGB más celosamente guardados.

—¡Basura!

—En ese caso, general, ¿qué recomienda usted?, preguntó Vatutin, aunque conocía la respuesta.

—Deje que yo me haga cargo del caso. Nos encargaremos de que nunca más vuelva a traicionar la Rodina, puede estar seguro de eso —prometió Ignat'yev.

—Y salvar de la vergüenza al ejército, naturalmente.

—Salvaremos de la vergüenza a todos, y no menos a usted, camarada coronel, por emputecer esta así llamada investigación.

Bueno, esto es más o menos lo que yo esperaba. Algunas fanfarronadas y unas pocas amenazas, mezcladas con un poquito de benevo1encia y camaradería. Vatutin vio que tenía una salida, pero que la seguridad que eso le prometía también le significaba el final de su ascenso. El mensaje manuscrito del presidente lo había dejado bien aclarado. Estaba atrapado entre dos enemigos, y aunque todavía podía ganar la aprobación de uno de ellos, la meta mayor constituía el riesgo mayor.

Él podía retirarse del verdadero objetivo de la investigación, y quedarse como coronel por el resto de su vida, o podía hacer lo que esperaba cuando todo comenzó —sin ningún objetivo político, recordó Vatutin fríamente— y arriesgarse a caer en desgracia. Paradójicamente, la decisión fue fácil. Vatutin era un hombre del «Dos»…

—Este caso es mío. El presidente me ha encargado que lo dirija, y yo voy a dirigirlo a mi manera. Gracias por sus consejos, camarada general.

Ignat'yev reconoció la rectitud del hombre y de su afirmación. No era frecuente encontrarse frente a la integridad y, en cierta forma vaga y distante, lo apenó no poder felicitar a quien demostraba ser poseedor de la menos común de las cualidades. Pero la lealtad al Ejército soviético estaba antes.

—Como usted quiera. Espero que se me mantenga informado de todas sus actividades. —Ignat'yev se retiró sin pronunciar otra palabra.

Vatutin permaneció sentado en su escritorio durante unos minutos evaluando su propia posición, Después ordenó que le enviaran su automóvil. Veinte minutos más tarde llegaba a Lefortovo.

—Imposible —le dijo el médico aun antes de que le hubiera formulado la pregunta.

—¿Qué?

—Usted quiere poner a este hombre en el tanque de privación sensorial, ¿no es así?

—Por supuesto.

—Probablemente lo mataría. No creo que usted quiera eso, y no tengo la menor duda: no quiero arriesgar mi proyecto en algo así. —Se trata de mi caso, y yo voy a dirigirlo…

—Camarada coronel, el hombre en cuestión tiene más de setenta años. Aquí tengo sus antecedentes médicos. Presenta todos los síntomas de una moderada enfermedad cardiovascular —normal a su edad, desde luego— y una historia de problemas respiratorios. El comienzo del primer período de ansiedad le haría estallar el corazón como un globo. Casi puedo garantizarlo.

—Qué quiere decir… estallar el corazón…

—Discúlpeme; es difícil explicarlo en términos médicos a un lego, sus arterias coronarias están recubiertas interiormente por depósitos en moderadas proporciones. Nos ocurre a todos nosotros; se originan en los alimentos que comemos. Sus arterias están más obstruidas que las suyas o las mías debido a su edad y, también por causa de su edad, son menos flexibles que las de las personas más jóvenes. Si su ritmo cardíaco se acelerase demasiado, los depósitos en las arterias podrían desprenderse y causar un bloqueo total. Eso es un ataque al corazón, coronel, el bloqueo de una arteria coronaria. Parte del músculo corazón muere, el corazón se detiene por completo o se inicia la arritmia; en cualquiera de los dos casos, cesa de bombear sangre, y la totalidad del cuerpo del paciente muere. ¿Está claro? El uso del tan que producirá casi con certeza un ataque al corazón en el sujeto, y ese ataque, también casi con certeza será fatal. De no haber ataque al corazón, existe la probabilidad menor de un infarto masivo… o puede suceder ambas cosas. No, camarada coronel, no podemos usar el tanque con este hombre. No creo que usted quiera matarlo antes de sacarle su información.

—¿Y con otras medidas físicas? —Vatutin preguntó en voz baja. Mi Dios, ¿qué pasará si no puedo…?

—Si usted está seguro de que es culpable, puede fusilarlo de inmediato y terminar con él —respondió el médico—. Pero cualquier maltrato físico es probable que mate al paciente.

Y todo por la maldita cerradura de una puerta, se dijo Vatutin.

Era un cohete horrible, de esa clase de cosas que podría dibujar un niño, o construir una fábrica de fuegos artificiales, aunque en ambos casos lo habrían puesto en el lugar correspondiente: la panza del avión, y no sobre el fuselaje. Pero allí estaba, como podía verse a pesar de la oscuridad, gracias a las luces de los bordes de la pista.

El avión era la famosa aeronave de reconocimiento Mach-tres de Lockheed, el SR-71 Blackbird. Lo habían traído en vuelo desde la Base de la Fuerza Aérea de Kadena, en el oeste del Pacífico, hacía dos días. Comenzó el despegue en la pista de la Base de la Fuerza Aérea Nellis, en Nevada, con el doble chorro de fuego de los posquemadores de sus turbinas. El combustible que perdían los tanques del SR-71 —el Blackbird perdía mucho— entraba en ignición por el calor, dando un espectáculo para entretenimiento de los hombres que estaban en la torre de vuelo. El piloto llevó

hacia atrás el comando en el momento oportuno para la rotación y la nariz del Blackbird se levantó. Debía mantener atrás el comando durante más tiempo de lo normal, poniendo el avión en un marcado ángulo ascendente de cuarenta y cinco grados, con los posquemadores a pleno. En un momento, lo único que quedaba en tierra era un atronador recuerdo. Lo último que se vio fueron los dos puntos de fuego de las turbinas, que pronto desaparecieron entre las nubes a tres mil metros de altura.

El Blackbird continuó ascendiendo. Los controladores de tráfico aéreo en Las Vegas observaron el blip en sus pantallas, vieron que apenas se movía lateralmente aunque la indicación de altura estaba cambiando con la misma rapidez que los discos de las máquinas tragamonedas en el edificio del aeropuerto. Intercambiaron miradas. —Perro bravo de la Fuerza Aérea— y volvieron a su trabajo.

El Blackbird ya estaba pasando los dieciocho mil metros, y puso vuelo nivelado tomando rumbo sudeste hacia el Polígono de Misiles de White Sands. El piloto controló el combustible, tenía de sobra, y se aflojó un poco, después de la estimulante trepada. Los ingenieros habían tenido razón. La instalación del misil sobre el dorso de la aeronave no la había afectado en lo más mínimo. Durante los días en que comenzó a volar el Blackbird, el propósito del montaje dorsal había sido superado por los hechos. Diseñado para instalar un pequeño avión teleguiado, de un solo motor, para reconocimiento fotográfico, lo habían retirado luego de casi todos los SR-71, excepto éste, por razones que no resultaban del todos claras según el libro de mantenimiento del avión. El avioncito comandado a distancia tenía por objeto sobrevolar sitios a los que el Blackbird no podía ir, aunque posteriormente se comprobó que no era necesario, al descubrir que no existía lugar al que no pudiera llegar con toda seguridad el propio SR-71. El piloto lo demostró en forma regular en los vuelos desde Kadena. El único límite que tenía el avión era el combustible, y ese día no influía para nada.

—Juliet Whiskey, aquí control. ¿Me recibe? Cambio dijo el sargento en el micrófono acoplado al soporte de los auriculares.

—Control, aquí Juliet Whiskey. Todos los sistemas en servicio. Listos para el perfil.

—Comprendido. Inicie secuencia de lanzamiento a mi señal. Cinco, cuatro, tres, dos, uno: ¡Ya!

A ciento sesenta kilómetros de distancia, el piloto conectó otra vez los posquemadores y llevó atrás el comando. El Blackbird respondió con la misma nobleza de siempre; pareció pasarse sobre la cola e inició una nueva perforación del cielo impulsado por casi cien mil libras de empuje. Los ojos del piloto estaban clavados en los instrumentos: el indicador del altímetro daba vueltas como un reloj enloquecido. La velocidad era ahora de dos mil ochenta kilómetros por hora y en aumento, mientras el SR 71 mostraba su desprecio por la gravedad.

—Separación en veinte segundos —dijo al piloto el operador de sistemas, que ocupaba el asiento trasero. El Blackbird ya estaba pasando por los treinta mil metros de altura. El nivel a alcanzar era treinta y seis mil. Los comandos empezaban a ponerse gomosos. Allí arriba, la densidad del aire no era suficiente para controlar apropiadamente la aeronave, y el piloto debía tener más cuidado que nunca. Observó que la velocidad llegaba a los tres mil kilómetros por hora algunos segundos antes de tiempo, y entonces:

—Prepararse para la separación… ¡lanzado!!, ¡lanzado! —gritó el hombre de atrás. El piloto dejó caer la nariz del avión e inició un suave viraje a la izquierda que lo llevaría hasta Nueva México, antes de poner rumbo de regreso a Nellis. Esto era mucho más fácil que volar a lo largo de la frontera soviética y, ocasionalmente, cruzada… El piloto se preguntó si tendría tiempo de llegar a Las Vegas a ver un show después de aterrizar.

El misil blanco siguió subiendo durante unos segundos más, aunque sorprendentemente no encendió su motor cohete. Era un simple objeto balístico, que viajaba obedeciendo las leyes de la física. Sus grandes timones le proporcionaban suficiente resistencia como para mantenerlo apuntado en la dirección apropiada, mientras la gravedad comenzaba ya a reclamar el objeto como suyo. El cohete se inclinó a casi cuarenta mil metros de altura, rotó sobre sí mismo y, como de mala gana, apuntó la nariz hacia la Tierra.

Entonces se encendió el motor. Alimentado por combustible sólido, funcionó durante cuatro segundos solamente, pero eso bastó para acelerar su cabeza cónica a una velocidad que habría aterrorizado al piloto del Blackbird.

—Ahora —dijo un oficial del ejército. El radar de defensa de punto pasó de la posición preparado a la de activo. Inmediatamente captó el blanco que se aproximaba. El cohete blanco forzaba su descenso a través de la atmósfera a la misma velocidad, aproximada, que la cabeza de guerra de un ICBM. El oficial no necesitaba dar nuevas órdenes. El sistema estaba automatizado totalmente. A doscientos metros de distancia, una explosión desprendió una cubierta plástica de la perforación de cemento practicada en una superficie de yeso, y un FLAGE surgió hacia el cielo. El objeto parecía más una lanza que un cohete, y era casi tan simple como aquélla. Un radar de onda milimétrica seguía el blanco entrante y la información se procesaba a través de una minicomputadora a bordo del cohete. Lo más notable de esto era que todos los componentes se habían sacado de las estanterías correspondientes a armamentos de alta tecnología ya existentes.

Afuera, los hombres observaban desde detrás de un angosto refugio de tierra que los protegía. Vieron la luminosa estela ascendente amarilla y oyeron rugir el motor cohete de combustible sólido, después… nada durante varios segundos.

El FLAGE se dirigía a su blanco, maniobrando en pocas fracciones de grados,

mediante sus diminutos cohetes de control de actitud. La cubierta de la nariz se desprendió bruscamente, y lo que se desplegó podría haber recordado a un desconocedor el armazón desnudo de una sombrilla o paraguas, de unos diez metros de diámetro más o menos…

Parecía un cohete del 4 de Julio, pero sin el ruido. Algunos pocos lanzaron gritos de entusiasmo. Aunque tanto el blanco como el FLAGE eran completamente inertes, la energía de la colisión convirtió el metal y la cerámica en vapor incandescente.

—Cuatro por cuatro —dijo Gregory. Trató de no bostezar. Ya había visto antes fuegos artificiales.

Usted no va a tener todos los impulsores, mayor —regañó el general Parks al joven—. Seguimos necesitando los sistemas intermedios y los de defensa terminal.

—Sí, señor, pero no me necesitan aquí. Esto funciona.

Para las tres primeras pruebas, el cohete blanco se había lanzado desde un caza Phantom, y la gente de Washington sostenía que en la serie de pruebas se había subestimado la dificultad de interceptar cabezas de guerra en aproximación. La idea de usar el SR 71 como plataforma de lanzamiento había sido de Parks. Si el cohete blanco se disparaba desde una altura mayor y con una velocidad inicial más elevada, tendrían un vehículo de reentrada mucho más rápida. En la práctica, la prueba hizo que las cosas fueran un poquito más difíciles de lo esperado, pero al FLAGE no le había importado un comino. Parks estaba algo preocupado por el software para guiado del misil, pero, como Gregory lo hizo notar, había funcionado bien.

—Al —dijo Parks—. Estoy empezando a pensar que todo este programa va a andar muy bien.

—Seguro. ¿Por qué no? —Si esos inútiles de la Agencia fueran capaces de conseguirnos los planos del láser ruso…

CARDENAL estaba sentado solo en una celda desnuda, de un metro y medio de ancho por dos metros y medio de largo. Arriba había una simple lamparita de luz, y abajo un camastro de madera y un balde. No tenía ninguna ventana, excepto el agujero que servía de mirilla hacia adentro, en la herrumbrada puerta de hierro. Las paredes eran de cemento, y no se oía ruido alguno. No podía oír los pasos del guardia del corredor, ni siquiera el ruido del tránsito en la calle frente a la prisión. Le habían quitado la chaquetilla del uniforme, el cinturón y sus lustradas botas; en lugar de éstas le habían dado unas zapatillas ordinarias. La celda se hallaba en el subsuelo. Eso era todo lo que sabía, y el aire húmedo lo confirmaba. Hacía frío.

Pero el frío del ambiente no era tanto como el de su corazón. La enormidad de su crimen se le presentó como nunca. El coronel Mikhail Semyonovich Filitov, tres veces Héroe de la Unión Soviética, estaba ahora solo con su traición. Pensaba en la inmensa y magnífica tierra donde vivía, cuyos horizontes distantes y vistas infinitas se hallaban pobladas por sus compatriotas rusos. Los había servido toda su vida con

orgullo y honor, y con su propia sangre, como lo proclamaban las cicatrices de su cuerpo. Recordó a los hombres con quienes había actuado, de los cuales tantos habían muerto bajo su mando. Y cómo habían muerto, insultando desafiantes a los tanques y cañones alemanes mientras se quemaban vivos en los T-34, retirándose sólo cuando se veían forzados a hacerlo, prefiriendo atacar aunque supieran que iban al fracaso. Recordó haber conducido sus tropas en cientos de combates; el frenético entusiasmo que acompañaba el rugir de los motores diesel; el hedor de las nubes de humo; la decisión, aun hasta la muerte, a la que había burlado tantas veces.

Y él había traicionado todo eso.

—¿Qué van a decir mis hombres de mí, ahora? Miró fijamente la desnuda pared de cemento frente a su camastro.

—¿Qué diría Romanov?

Creo que ambos necesitamos un trago, mi capitán, replicó la voz inesperadamente. Solamente Romanov podía ser serio y divertido al mismo tiempo. Esos pensamientos se analizan con mayor facilidad si se los acompaña con vodka o Sanlogan.

—¿Y tú sabes por qué?, preguntó Misha.

Nunca nos ha dicho por qué, mi capitán. Y entonces Misha lo hizo. No le llevó más que unos pocos segundos.

Sus dos hijos y su esposa. Dígame, camarada capitán, ¿para qué morimos nosotros?

Misha no lo sabía. Ni siquiera durante el combate lo había sabido. Él era un soldado, y cuando el país de un soldado sufre una invasión, el soldado pelea para rechazar al enemigo. Tanto más fácil cuando el enemigo es tan brutal como lo eran los alemanes…

Luchamos por la Unión Soviética, cabo.

—¿Fue así, realmente? Yo creo recordar haber luchado por la Madre Rusia, pero ante todo recuerdo haber luchado por usted, camarada capitán.

Pero…

Un soldado lucha por sus camaradas, mi capitán. Yo luché por mi familia. Usted y nuestras tropas, ellos eran mi única familia. Supongo que usted también luchó por su familia, la grande y la pequeña. Yo siempre le envidié eso, mi capitán, y estaba orgulloso porque me consideraba parte de las dos, en la forma en que usted lo hizo.

Pero yo te maté. No debía haber…

Todos tenemos nuestro destino, camarada capitán. El mío era morir joven en Vyasma, sin esposa, sin hijos, pero aún así, no morí sin una familia.

Yo te vengué, Romanov. Destruí el Mark-IV que te mató.

Lo sé. Usted vengó a todos los muertos de su familia. ¿Por qué cree que lo amábamos? ¿Por qué cree que morimos por usted? ¿Tú lo comprendes?, preguntó

Misha sorprendido.

Los obreros y campesinos tal vez no, pero sus hombres lo comprenderán. Ahora nosotros comprendemos el destino, usted no puede. ¿Pero qué haré?

Los capitanes no hacen semejantes preguntas a los cabos. Romanov rio. Usted tenía todas las respuestas a nuestras preguntas.

Filitov levantó la cabeza al oír el ruido del picaporte en la puerta de su celda.

Vatutin esperaba encontrar un hombre destrozado. El aislamiento de la celda, el prisionero despojado de su identidad y solo con sus miedos y sus crímenes, siempre causaban el efecto buscado. Pero mientras miraba a ese hombre cansado, viejo y mutilado, vio que los ojos y la boca cambiaban.

Gracias, Romanov.

—Buenos días, Sir Basil —dijo Ryan, levantando las maletas del hombre.

—¡Hola, Jack! No sabía que lo estaban usando para esperar invitados.

—Depende de quien sea el que hay que esperar; el auto está por este lado. —Hizo una indicación. Se hallaba estacionado a cincuenta metros.

—Constance les envía sus cariños. ¿Cómo está la familia? —preguntó Sir Basil Charleston.

—Muy bien, gracias. ¿Cómo está Londres?

—Seguramente no habrá olvidado ya nuestros inviernos.

—No —rio Jack mientras abría la puerta—. También recuerdo la cerveza. —Un momento después las dos puertas estaban cerradas y trabadas.

—Todas las semanas hay novedades —dijo Jack—. ¿Cómo están de mal las cosas?

—¿Cómo están de mal? Eso es lo que vine a averiguar aquí. Está ocurriendo algo muy extraño. A su gente le salió mal una operación, ¿no?

—Puedo decir que sí a eso, pero el resto tendrá que salir del juez. Lo siento; ya no estoy autorizado más que para una parte de todo eso.

—Recientemente, podría apostar.

—Sí. —Ryan hizo un cambio de marcha para tomar la curva que salía del camino del aeropuerto.

—Entonces, veamos si todavía es capaz de deducir como antes, Sir John.

Jack sonrió mientras cambiaba de carril para pasar un camión.

—Yo estaba haciendo la apreciación de inteligencia sobre las negociaciones de armamentos cuando vine a dar con esto. Ahora debo dedicarme a estudiar la vulnerabilidad política de Narmonov. A menos que yo esté equivocado, ese es el motivo por el cual usted ha venido.

Y a menos que yo esté demasiado fuera de onda, la operación de ustedes ha desatado algo verdaderamente grave.

—¿Vaneyev?

—Correcto.

—Cristo. —Ryan dobló suavemente—. Espero que usted tenga algunas ideas, porque estoy seguro como todos los diablos de que nosotros no las tenemos. —Puso el auto a ciento veinte kilómetros por hora. Quince minutos después, llegó a Langley. Estacionaron en el garaje del subsuelo y tomaron el ascensor VIP hasta el séptimo piso.

—Hola, Arthur. No es frecuente que tenga un caballero chofer para ir de un lado a otro, ni siquiera en Londres. —El jefe del SIS se sentó en un sillón, mientras Ryan citaba a los jefes de departamento de Moore.

—Hola, Bas —dijo Greer cuando entró. Ritter sólo saludó con un ademán. Había sido su operación la que desató la crisis. Ryan tomó la silla menos confortable de las disponibles.

—Quiero saber exactamente qué fue lo que salió mal —empezó simplemente Charleston, sin esperar siquiera que sirvieran café.

Arrestaron a un agente. Un agente muy bien colocado.

—¿Es por eso que los Foley parten hoy en vuelo? —Sonrió Charleston—. Yo no sabía quiénes eran, pero cuando dos personas resultan eyectadas de tan delicioso país, generalmente suponemos…

—Todavía no sabemos qué salió mal —dijo Ritter—. Ellos deberían estar aterrizando en Frankfurt justo en este momento, y después pasarán otras diez horas antes de que tengamos sus informes aquí. Estaban trabajando un agente que…

—Que era ayudante de Yazov, el coronel Filitov. Hasta ahí lo hemos deducido. ¿Cuánto tiempo hacía que lo tenían?

—Fue uno de sus hombres el que lo reclutó para nosotros replicó Moore. —También era coronel.

—¿No querrás decir… Oleg Penkovskiy…? ¡Santo cielo! —esta vez Charleston quedó realmente sorprendido. Ryan se dio cuenta. No pasaba a menudo.

—¿Tanto tiempo?

—Tanto tiempo —dijo Ritter—. Pero los números nos alcanzaron.

Y la mujer Vaneyeva que nosotros les pasamos para que actuara en el servicio de correo fue parte de eso…

—Correcto. Ella nunca llegó a ninguna de las dos puntas de la cadena, a propósito. Sabemos que probablemente la atraparon, pero ha vuelto a su trabajo. Todavía no la hemos examinado, pero…

—Nosotros sí, Bob. Nuestro hombre allá nos ha informado que ella está… cambiada en cierta forma. Dice que es difícil describirlo pero imposible no advertirlo. Como los viejos cuentos sobre lavado de cerebro, Orwell y todo eso. Notó que ella estaba libre —o lo que allá pasa por ser eso— y lo relacionó con su padre. Entonces supimos de algo grande en el ministerio de Defensa… que ese viejo ayudante de

Yazov había sido arrestado. —Charleston hizo un pausa para revolver el café—. Tenemos una fuente dentro del Kremlin que guardamos muy celosamente. Hemos sabido que el presidente Gerasimov pasó varias horas con Alexandrov la semana pasada, y bajo circunstancias bastante singulares. Esta misma fuente nos ha prevenido en el sentido de que Alexandrov tiene una considerable urgencia para enviar a vía muerta este asunto de la perestroika.

—Bueno, está claro, ¿no es así? —preguntó retóricamente Charleston. Estaba perfectamente claro para todos. Gerasimov ha sobornado a un miembro del Politburó que se consideraba leal a Narmonov; ha comprometido— como mínimo —el apoyo del ministro de Defensa; y ha estado empleando abundante tiempo con el hombre que quiere echar a Narmonov. Me temo que la operación de ustedes ha puesto en marcha algo que puede tener consecuencias terriblemente desagradables.

—Hay aún más —dijo el director de Inteligencia—. Nuestro agente nos estaba consiguiendo material sobre las investigaciones soviéticas en materia de Iniciativa de Defensa Estratégica. Iván podría haber hecho un importante descubrimiento.

—Maravilloso —comentó Charleston—. Una vuelta a las viejas épocas malas, pero esta vez, la nueva versión del «desequilibrio misilístico» es en potencia, completamente real. ¿Estoy en lo cierto? Yo soy horriblemente viejo para cambiar mis políticas. Es una pena. ¿Ustedes saben, naturalmente, que tienen una filtración en su programa?

—¿Qué? —preguntó Moore con cara de póquer.

—Gerasimov le dijo eso a Alexandrov. Sin detalles, desgraciadamente, excepto que la KGB lo considera de enorme importancia.

—Hemos tenido algunas advertencias. Se está investigando —dijo Moore.

—Bueno, los asuntos técnicos pueden arreglarse solos. Generalmente ocurre así. La cuestión política, en cambio, ha creado cierto malestar con la Primera Ministra. Ya se producen bastantes problemas cuando derribamos un gobierno que queremos derribar, pero hacerlo por accidente…

—Nos disgustan las consecuencias tanto como a ustedes, Basil —observó Greer —. Pero no es mucho lo que podemos hacer desde aquí.

—Pueden aceptar sus términos para el tratado —sugirió Charleston—. Entonces, nuestro amigo Narmonov vería su posición lo suficientemente fortalecida como para mandar al diablo a Alexandrov. Esa, en todo caso, es la posición no oficial —del gobierno de su Majestad.

Y ese es el verdadero propósito de su visita a nosotros, Sir Basil, pensó Ryan. Había llegado la hora de decir algo:

—Significa poner restricciones nada razonables a nuestras investigaciones sobre Iniciativa de Defensa Estratégica y reducir nuestro inventario de cabezas de guerra, sabiendo que los rusos están avanzando rápidamente en su propio programa. Yo no

creo que ese acuerdo sea muy bueno.

—¿Y lo es acaso un gobierno presidido por Gerasimov?

—¿Y si al final llegásemos lo mismo a ese resultado, justamente? —preguntó Ryan—. Mi apreciación ya está escrita. Y recomiendo no efectuar concesiones adicionales.

—Siempre se puede cambiar un documento escrito —señaló, Charleston.

—Señor, yo tengo una norma. Si algo sale con mi nombre al frente, dice lo que yo pienso, no lo que alguna otra persona me indica que piense —contestó Ryan.

—Recuerden por favor, señores, que soy un amigo. Lo que probablemente pueda suceder al gobierno soviético sería un retroceso para Occidente mucho mayor que una restricción temporaria de uno de sus programas de defensa.

—El presidente no lo tomará con mucho entusiasmo dijo Greer. Podría verse obligado a hacerlo —replicó Moore.

—Tiene que haber otra forma —observó Ryan.

—No. A menos que se pudiera hacer caer a Gerasimov.-Esta vez fue Ritter. —No podemos ofrecer ninguna ayuda directa a Narmonov. Aunque pudiésemos suponer que reciba una advertencia de nosotros— lo que probablemente no ocurriría — estaríamos corriendo un riesgo todavía mayor al envolvernos en la política interna de ellos. Si el resto de Politburó llega a captar un simple olorcillo de eso… supongo que podría iniciar una pequeña guerra.

—¿Y si nosotros pudiésemos? —preguntó Ryan.

—¿Si pudiésemos qué? —preguntó a su vez Ritter.

XVII. Conspiración

La propietaria de la casa de modas notó que «Ann» volvía a Eve's Leaves antes de lo esperado. Con su habitual sonrisa eligió un vestido de los que estaban en el perchero y se dirigió con él al cuarto de vestir. Sólo un minuto después salió para colocarse frente a los espejos y mirarse de cuerpo entero. Aceptó los cumplidos de siempre sobre qué bien se la veía, aunque esta vea lo hizo sin demostrar mayor entusiasmo. Pagó en efectivo como de costumbre y se marchó con una nueva y atractiva sonrisa.

Afuera, en la playa de estacionamiento, las cosas fueron un poco distintas. La capitana Bisyarina rompió con las reglas de juego, abrió la cápsula y leyó el contenido. Lanzó un breve pero sucio insulto. El mensaje no era más que una simple hojita de anotador. Bisyarina encendió un cigarrillo con un encendedor de gas y luego quemó el papelito en el cenicero de su automóvil.

—¡Todo aquel trabajo perdido! Y ya estaba en Moscú, ya lo estaban analizando. Se sintió como una tonta. Y era doblemente fastidioso por el hecho de que su agente había actuado con total honestidad al entregarle lo que pensó que era material altamente secreto y, al saber luego que ya no tenía vigencia, se lo había informada sin pérdida de tiempo. Ni siquiera tendría la satisfacción de transmitirle una pequeña parte de la reprimenda que ella recibiría seguramente por hacer perder el tiempo al Centro de Moscú.

Bueno, ellos me advinieron sobre esto. Puede haber sido la primera vez, pero no será la última. Condujo el auto hasta su casa y redactó su propio mensaje.

Los Ryan no se destacaban por su asidua concurrencia a los frecuentes cócteles del círculo de Washington, pero había unos cuantos que no podían evitar. Esa recepción tenía por objeto recaudar fondos para el Hospital de Niños, y la esposa de Jack era muy amiga de la jefa de cirugía. La gran atracción de la velada era la presencia de un famoso músico de jazz. El hombre debía al hospital la vida de su pequeña nieta, y ahora estaba pagando esa deuda con una importante función a beneficio, en el Centro Kennedy. La recepción tenía el propósito de dar una oportunidad a la elite de Washington para conocerlo «en forma personal y de cerca» y escuchar su saxo en la mayor privacidad. En realidad, como ocurría con la mayoría de las fiestas de cierto nivel, la verdadera intención era que los miembros de la elite se vieran y fueran vistos unos a otros, confirmando su importancia. Como en cualquier otra parte del mundo, la elite sentía la necesidad de pagar por ese privilegio. Jack comprendía el fenómeno, pero lo consideraba bastante estúpido. Hacia las 23:00, la elite de Washington había demostrado que podía conversar tan tontamente sobre cosas tan simples, y ponerse tan borracha como cualquier otro grupo de personas. Cathy se había autolimitado a una sola copa de vino blanco, en cambio

Jack, por haber ganado esa noche el sorteo, podía beber cuanto quisiera, y ella tendría que conducir. Él se estaba dando el gusto, a pesar de algunas miradas de advertencia de su esposa, y se hallaba envuelto en una dulce y filosófica sensación de placer que lo hizo pensar si no habría excedido un poco en su actuación. _ aunque se suponía que nadie debía advertir que se trataba de una actuación… Sólo pedía a Dios que todo saliera esa noche de acuerdo con lo planeado.

La parte divertida era la forma en que abordaban a Ryan. Su posición en la Agencia había sido siempre algo superficial. Las palabras iniciales en la conversación eran más o menos así: «¿cómo andan las cosas en Langley?», por lo general en un tono afectado y conspirativo. La respuesta de Jack, diciendo que la CIA no era nada más que otra burocracia gubernamental; un gran edificio que contenía toneladas de papeles en circulación, sorprendía a la mayor parte de los curiosos. Se pensaba que la CIA tenía miles de misteriosos oficiales de campo activos. La verdadera cantidad era secreta, naturalmente, pero mucho más baja.

—Trabajamos durante las horas normales de oficina —explicaba Jack a una mujer muy bien vestida, cuyos ojos estaban ligeramente dilatados—. Hasta tengo el día libre mañana.

—¿Cierto?

—Sí, el martes pasado maté a un agente chino, y siempre nos dan un día libre en pago por cosas como esa —dijo seriamente al principio, luego sonrió.

—Está bromeando.

—Es verdad, estoy bromeando. Por favor, olvide que se lo dije ¿Quién es esta vieja charlatana?, se preguntó.

—¿Qué hay de los informes de que usted está bajo investigación? —preguntó otra persona. Jack se dio vuelta sorprendido.

—¿Se puede saber quién es usted?

—Scott Browning, del Chicago Tribune. —No presentó su mano para estrechar la de Jack. El juego acababa de empezar, el periodista no sabía que era uno de los jugadores, pero Ryan sí.

—¿Podría repetirme lo que dijo? —preguntó cortésmente Jack.

—Mis fuentes me han informado que lo están investigando por negocios ilegales con acciones.

—Eso es nuevo para mí. —Replicó Jack.

—Yo sé que usted se ha reunido con investigadores de la Comisión de Valores —anunció el periodista.

—Si usted sabe eso, sabrá también que les di la información que querían, y se quedaron satisfechos.

—¿Está seguro de eso?

—Por supuesto que lo estoy. No he hecho nada malo, y tengo los registros para

demostrarlo —insistió Ryan, quizás un poquito excedido en el énfasis, pensó el periodista. Le encantaban que las personas bebieran demasiado. *In vino veritas*.

—Eso no es lo que me dicen mis fuentes insistió Browning„ —¡Bueno!, Yo no puedo evitarlo— dijo Ryan. Ahora ya había excitación en su voz, y unas cuantas cabezas se dieron vuelta.

—Tal vez si no fuera por gente como usted podríamos tener una agencia de inteligencia que funcionara —observó un recién llegado.

—¡Y quién mierda es usted! —dijo Ryan antes de volverse. Acto1, Escena 2.

—El congresista Trent —dijo el periodista. Trent estaba en el Comité de selección de la Cámara.

—Creo que hace falta un pedido de disculpas —dijo Trent. Parecía ebrio.

—¿Por qué? —preguntó Ryan.

—¿Podría ser por todos los disparates que cometen del otro lado del río?

—¿En contraposición por los de este lado?, preguntó Jack. Ya empezaba a juntarse la gente. El entretenimiento está donde uno lo encuentra.

—Yo conozco lo que ustedes intentaron hacer, y se cayeron de culo. No nos dijeron nada, a pesar de lo que manda la ley. Siguieron adelante de todos modos, y le aseguro que lo van a pagar; lo van a pagar en gran forma.

—Si tenemos que pagar su cuenta del bar, tendremos que hacerlo en gran forma. —Ryan se dio vuelta, dejando plantado al hombre.

—Fanfarrón dijo Trent a sus espaldas. —A usted también se le va a terminar pronto.

Ahora había quizás unas veinte personas que miraban y escuchaban. Vieron que Jack tomaba una copa de vino de una bandeja que pasaba. Vieron una mirada capaz de matar, y algunos pocos recordaron que Jack Ryan era un hombre que había matado. Era un hecho y una reputación que le daban un aire de misterio. Bebió un corto trago del chablis antes de darse vuelta nuevamente.

—¿Qué se me va a terminar, señor Trent?

—Podría sorprenderse.

Nada de lo que usted haga podrá sorprenderme, compañero.

—Eso puede ser, pero usted nos ha sorprendido a nosotros, doctor Ryan. No pensamos nunca que usted fuera un pillo, y no pensamos tampoco que fuera tan imbécil como para verse envuelto en ese desastre. Supongo que estábamos equivocados.

—Usted está equivocado sobre un montón de cosas —dijo Jack con tono de burla.

—¿Sabe una cosa, Ryan? Le juro que no puedo descifrar qué podrida clase de hombre es usted.

No es ninguna sorpresa.

—Y bien. ¿Qué clase de hombre es usted, Ryan? —preguntó Trent.

—Usted sabe, congresista… ésta es una experiencia sin precedentes para mí —contestó alegremente Jack.

—¿Qué quiere decir?

La actitud de Ryan cambió abruptamente. Su voz resonó en salón:

—¡Hasta ahora nunca había sentido cuestionada mi hombría por un maricón! —Lo siento, compañero…

Se produjo un silencio total en la sala, Trent no mantenía en secreto sus inclinaciones; hacía ya seis años que se conocían públicamente. Eso no impidió que se pusiera pálido. La copa que tenía en la mano se sacudió en tal forma que derramó parte de su contenido sobre el piso de mármol, pero el congresista recuperó el control y habló casi cortésmente:

—Voy a destrozarlo por eso.

—Haga lo que quiera, amorcito. Ryan se dio vuelta y salió del salón, sintiendo los ojos clavados en su espalda. Continuó caminando y se puso a contemplar el tránsito en la Avenida Massachusetts. Sabía que había bebido demasiado, pero el aire fresco empezó a aclararle la cabeza.

—¿Jack? —era la voz de su mujer.

—¿Qué, nena?

—¿Qué pasaba allá adentro?

—No puedo decirlo.

—Creo que ya es hora de que nos vayamos a casa.

—Tienes razón. Voy a buscar los abrigos. —Ryan volvió a entrar en el salón para retirarlos. Notó el silencio nuevamente cuando regresó. Y otra vez pudo sentir las miradas sobre su espalda. Jack se puso el sobretodo y colgó de su brazo el tapado de piel de su esposa, antes de darse vuelta para ver los ojos que lo miraban. Había sólo un par de ellos que podían interesarle. Estaban allí.

Misha no era un hombre fácil de sorprender, pero la KG B lo logró. Había escapado a la tortura, a los peores maltratos, sólo para sentirse… ¿decepcionado?, se preguntó. Aunque ciertamente esa no era la palabra exacta.

Lo mantenían en la misma celda y, hasta donde podía deducirlo, se hallaba solo en ese grupo de celdas. Probablemente estaba equivocado, pensó, pero no había evidencias de que alguien más estuviera cerca de él; no se oía ningún ruido, ni siquiera golpecitos en los muros de concreto. Tal vez eran demasiado gruesos. La única «compañía» que tenía era el roce ocasional en la mirilla de la puerta de la celda. Pensó que esperaban que la soledad le produjera algún efecto. Filitov sonrió ante la idea. Ellos creen que estoy solo. No saben de mis camaradas.

Había una sola respuesta posible: este tipo Vatutin tenía miedo de que él fuera en realidad inocente… pero eso no era posible, se dijo Misha. Ese hijo de puta chequista le había arrebatado la película de su mano.

Todavía estaba tratando de resolver el dilema, mirando fijamente la desnuda pared de cemento. No encontraba nada que tuviera sentido.

Pero si esperaban que él sintiera miedo, tendrían que vivir decepcionados el resto de su vida. Filitov había burlado la muerte demasiadas veces. Una parte de él hasta la añoraba. Quizá volvería a reunirse con sus camaradas. Él les hablaba, ¿verdad? ¿Podría ser que ellos estuvieran todavía… bueno, no exactamente vivos, pero tampoco exactamente desaparecidos? ¿Qué era la muerte? Había alcanzado ese momento de la vida en el que la pregunta era meramente intelectual. Tarde o temprano lo sabría, desde luego. La respuesta a esa pregunta lo había rozado muchas veces, pero su capacidad para aferrarla y las garras de ella no habían sido suficientemente firmes…

Se oyó el ruido de la llave en la puerta y las bisagras chirriaron.

—Tendrían que ponerle aceite. Todo mecanismo dura más tiempo si se lo mantiene adecuadamente —dijo el coronel poniéndose de pie.

El carcelero no respondió; sólo le hizo una seña para que saliera de la celda. Dos jóvenes guardias esperaban junto al carcelero; muchachos imberbes de unos veinte años, pensó Misha. Sus cabezas estaban erguidas, con la arrogancia propia de la KGB. Cuarenta años atrás, él habría hecho algo al respecto, se dijo Filitov. Después de todo, estaban desarmados, y él era un soldado combatiente, para quien quitar una vida era tan natural como respirar. No eran soldados efectivos. Bastaba una mirada para confirmarlo. Estaba muy bien ser orgulloso, pero un soldado también tiene que tener cierta dosis de cautela…

—¿Era eso?, pensó de repente. Vatutin me trata con cautela a pesar de que él sabe…

—¿Pero por qué?

—¿Qué significa esto? —preguntó Mancuso.

Para mí es un poco difícil decirlo —contestó Clark—. Probablemente algún indeciso en Washington no puede resolverse. Siempre pasa.

Los dos mensajes habían llegado en menos de doce horas entre uno y otro. El primero abortaba la misión y ordenaba que el submarino regresara a aguas abiertas, pero el segundo decía que el Dallas debía permanecer en el Báltico occidental y esperar nuevas órdenes.

—No me gusta que me mantengan en espera.

—A nadie le gusta, comandante.

—¿Cómo lo afecta a usted? —preguntó Mancuso.

Clark se encogió exageradamente de hombros.

—Gran parte de esto es mental. Como usted se concentra para jugar un partido de pelota. No se preocupe, comandante. Yo doy clase sobre este tipo de cosas… cuando no las estoy cumpliendo personal mente.

—¿A cuántos?

—No puedo decirlo, pero la mayoría de ellos anduvieron bastante bien.

La mayoría… ¿no todos? ¿Y cuándo no…?

Se pone realmente emocionante para todos —sonrió Clark—. Especialmente para mí. Tengo algunos relatos extraordinarios, pero no puedo hablar de ellos. Bueno, supongo que usted también.

—Uno o dos. Le ponen un poco de sal a la vida, ¿cierto?

Los dos hombres intercambiaron miradas misteriosas.

Ryan estaba solo efectuando algunas compras. Faltaba poco para el cumpleaños de su esposa sería durante su próximo viaje a Moscú y tenía que resolver todo antes. Las joyerías eran siempre un buen lugar para comenzar. Cathy usaba todavía el collar de oro que él le había regalado hacía algunos años, y ahora buscaba unos pendientes que hicieran juego con el collar. El problema era que no podía recordar el diseño exacto… El efecto de las copas de la noche anterior no lo ayudaba, ni tampoco su nerviosismo, ¿qué pasaría si ellos no mordían?

Hola, doctor Ryan dijo una voz familiar. Jack se dio vuelta con cierta sorpresa.

No sabía que a ustedes los dejaban venir tan lejos Acto II, Escena 1. Jack no permitió que su alivio fuera evidente. En ese sentido, el efecto de las copas ayudó.

—El radio de movilidad pasa justo por Garfinckels, si usted mira cuidadosamente el mapa _señaló Sergey Platonov. —¿Haciendo compras para su esposa?

—Estoy seguro de que en mi legajo usted encontró todas las pistas necesarias.

—Sí, es su cumpleaños. —Bajó la vista hacia la vidriera—. Es una pena que yo no pueda gastar en esas cosas para la mía…

—Si usted estuviera dispuesto a hacer las propuestas apropiadas, tal vez la Agencia pudiera arreglar algo, Sergey Nikolay’ch.

—Pero la Rodina podría no comprenderlo —dijo Platonov. Es un problema con el que usted se está familiarizando, ¿verdad?

—Usted está notablemente bien informado murmuró Jack.

—Esa es mi función. Y también tengo hambre. ¿Tal vez usted pueda gastar parte de su fortuna para invitarme con un sandwich?

Ryan miró a un lado y otro del paseo de compras con interés profesional.

—Hoy no —bromeó Platonov—. Algunos de mis colegas… algunos de mis camaradas están hoy muy ocupados, más de lo normal, y me temo que su FBI está escaso de personal para sus tareas de vigilancia.

—Un problema que no tiene la KGB —observó Jack mientras se alejaban de la joyería.

—Usted podría quedar sorprendido. ¿Por qué suponen los norteamericanos que nuestros órganos de inteligencia son distintos de los suyos?

—Si con eso quiere decir embarullados, supongo que es un pensamiento

reconfortante. ¿Tiene ganas de comer un hot dog?

—Si es kosher —respondió Platonov, y luego explicó: Yo no soy judío, como usted sabe, pero prefiero el sabor.

—Ha estado aquí demasiado tiempo —dijo Jack con una sonrisa.

—Pero la zona de Washington es un lugar tan bonito…

Jack entró en un local donde servían comidas rápidas y se especializaba en salchichas y corned Beef, pero servían también otros platos. El servicio era realmente rápido, y los hombres tomaron una mesa de plástico blanco ubicada sola en el medio del corredor del paseo de compras. Elegida con astucia, pensó Jack. La gente podía pasar por los lados sin oír más que unas pocas palabras aisladas. Pero sabía que Platonov era un profesional.

—He oído decir que está enfrentando algunas dificultades legales bastante desafortunadas. —Sergey mantuvo la sonrisa desde la primera hasta la última palabra. Jack supuso que la intención era aparentar que estaban hablando de algún tema sin importancia, con el agregado de que su colega ruso estaba disfrutando.

—¿Usted cree lo que dijo anoche ese imbécil presumido? Una cosa que admiro realmente de Rusia es la forma en que ustedes manejan…

—¿La conducta antisocial? Sí; cinco años en un campo de régimen estricto. Nuestra nueva apertura no se extiende a condonar las perversiones sexuales. Su amigo Trent conoció a alguien en su último viaje a la Unión Soviética. El sujeto en cuestión, un… hombre joven, está ahora en uno de esos campos, —Platonov no dijo que el muchacho se había negado a cooperar con la KGB, y por eso se había ganadodo la condena. ¿Para qué complicar el tema?, pensó.

—Puede quedarse con él, con mis bendiciones. Tenemos suficientes como esos aquí. —Gruñó Jack. Se sentía horriblemente mal, le latían los ojos como queriendo escapar de la cabeza. Era el resultado de todo el vino que había tomado y del sueño insuficiente.

—Eso he notado… ¿Y podemos quedarnos también con la Comisión de Valores? —preguntó Platonov.

—Usted debe saber que no hice nada malo. ¡Ni una maldita cosa! Un amigo me dio un buen dato y yo lo seguí. No fui a buscarlo, simplemente sucedió así. Y gané unos cuantos billetes… ¿Y qué? ¡Yo escribo apreciaciones de inteligencia para el Presidente! Y soy bueno en eso… ¡Y ahora me están persiguiendo! Después de todo el… —Ryan se detuvo bruscamente y miró penosamente a Platonov—. ¿Y qué diablos le importa a usted?

—Desde que nos conocimos en Georgetown hace algunos años, lo he admirado francamente. Aquel asunto con los terroristas. No estoy de acuerdo con sus opiniones políticas, como usted evidentemente no coincide con las mías. Pero, de hombre a hombre, usted eliminó de las calles a algunos tipos despreciables y asesinos. Puede

creer o no lo que voy a decirle: yo he discutido contra el apoyo del Estado a esos animales. A los verdaderos marxistas que quieren liberar a sus pueblos, sí —a ellos debemos apoyarlos en cualquier forma que podamos—, pero los bandidos y criminales, no son más que una escoria que sólo nos ven como fuente de provisión de armas, nada más. Mi país no gana nada con elfos. Política aparte, usted es un hombre valiente y honorable. Por supuesto, eso yo lo respeto. Es una lástima que su país no lo haga. Los Estados Unidos ponen a sus mejores hombres sobre pedestales sólo para que los inferiores puedan usarlos como blancos.

La cautelosa mirada de Ryan quedó momentáneamente reemplazada por otra escrutadora.

—En eso tiene razón.

Entonces, mi amigo ¿qué le harán ahora?

Jack dejó escapar un largo suspiro mientras enfocaba sus ojos en el extremo del corredor.

—Tengo que conseguir un abogado esta semana. Supongo que él sabrá. Yo tuve la esperanza de evitarlo. Pensé que con sólo hablar yo podría haber solucionado todo, pero… este hijo de puta nuevo en la Comisión, otro maricón que… —Otro largo suspiro—… que Trent hizo nombrar en el cargo aprovechando su influencia. Apostaría que entre los dos… Yo estoy de acuerdo con usted. Si uno ha de tener enemigos, que sean por lo menos enemigos a quienes uno puede respetar.

—¿Y la CIA no puede ayudarlo?

—No tengo muchos amigos allí; bueno, usted lo sabe. Ascendido demasiado rápido, el chico más rico del grupo, el niño minado de Greer, mis conexiones con los británicos. También de esa manera se hacen enemigos. A veces me pregunto si no será que alguno de ellos puede haber… no puedo probarlo, pero usted no podría creer la red de computadoras que tenemos en Langley, y todas mis operaciones con acciones están almacenadas en sistemas de computación… ¿y sabe una cosa?, los registros de computadoras pueden ser cambiados por alguien que sepa cómo hacerlo… Pero trate de probar eso, compañero. —Jack tomó dos aspirinas de la tira metalizada y se las tragó.

—Ritter no me tiene ninguna simpatía, nunca la ha tenido. Yo lo hice quedar mal hace algunos años, y no es de la clase de hombres capaces de olvidar cosas como esa. Tal vez alguien de su personal… tiene algunos muy buenos. El almirante quiere ayudar, pero es viejo. El juez se va a retirar muy pronto; debió haberse ido hace un año, pero sigue quedándose, de alguna manera… no podría ayudarme aunque quisiera.

—El Presidente está muy conforme con su trabajo. Nosotros lo sabemos.

—El Presidente es un abogado, un fiscal. Ante la más mínima sospecha de que uno pueda haber quebrantado la ley, él… es asombroso comprobar qué rápido uno

puede quedarse solo. En el departamento de Estado también hay una pandilla que quiere acabar conmigo. No comparto muchos puntos de vista de ellos. Esta es una ciudad maldita si uno quiere actuar honestamente.

Entonces, es correcto, pensó Platonov. La primera información la habían obtenido de Peter Henderson —nombre código Cassius—, quien estuvo proporcionando datos a la KGB durante más de diez años, al principio como asistente especial del ex senador Donaldson, de la comisión de Inteligencia del Senado y actualmente analista de inteligencia de la Tesorería General. La KGB sabía que Ryan era el brillante astro en ascenso de la dirección de Inteligencia de la CIA. En la evaluación que le hicieron en el Centro de Moscú lo habían llamado inicialmente un rico aficionado. Pero eso había cambiado hacía algunos años. Ryan hizo algo que ganó la atención presidencial, y ahora escribía la mitad de los documentos sobre resúmenes de inteligencia especial que llegaban a la Casa Blanca. Se sabía, por Henderson, que había producido un importante informe sobre la situación de armas estratégicas, provocando molestias y cólera en Foggy Bottom. Planotov tenía formada su impresión desde hacía tiempo. Era un buen juez de personalidades, y desde su primer encuentro en Georgetown consideraba a Ryan un brillante adversario, y valiente… pero demasiado acostumbrado al privilegio, demasiado fácil para violentarse ante el ataque personal. Sofisticado, pero extrañamente ingenuo. Lo que estaba viendo mientras comían lo confirmaba. Fundamentalmente, Ryan era demasiado norteamericano. Veía las cosas en negro y blanco, buenas y malas. Pero lo que importaba era que Ryan se había sentido invencible, y solamente ahora estaba aprendiendo que eso no era así. Y por tal motivo, estaba enfurecido.

—Todo ese trabajo perdido —dijo Jack después de un momento—. Van a tirar a la basura todas mis recomendaciones.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que Ernest Condenado Allen ha hablado al Presidente para que pongan en la mesa la Iniciativa de Defensa Estratégica. —Platonov necesitó de todo su profesionalismo para no reaccionar visiblemente ante esa declaración. Ryan continuó—: Todo ha sido para nada. Han desacreditado mi análisis por este estúpido asunto de las acciones. La Agencia no me está respaldando como debería hacerlo. Están arrojándome a los perros. Y no hay ninguna maldita cosa que yo pueda hacer. —Jack terminó de comer su hot dog.

—Siempre se puede hacer algo —sugirió Platonov.

—¿Venganza? Ya pensé en eso. Podría ir a los periódicos, pero el Post va a publicar una historia sobre el tema de la Comisión. Alguien del Congreso está orquestando el grupo de linchamiento. Trent, supongo. Apostaría que fue él quien me tiró encima ese periodista anoche, el hijo de puta. Si yo intento publicar la verdad, bueno, ¿quién la va a escuchar? Cristo, estoy jugándome el culo por el solo hecho de

estar aquí sentado con usted, Sergey.

—¿Por qué dice eso?

—¿No lo adivina? —Ryan se permitió una sonrisa que termino abruptamente—. Yo no voy a ir a la cárcel. Prefiero morir antes que desgraciarme en esa forma. Maldito sea, he arriesgado mi vida… me he jugado entero. En algunas cosas que usted conoce, y en una que no sabe. He arriesgado mi vida por este país. ¡Y ellos quieren mandarme a prisión!

—Tal vez nosotros podemos ayudar. —Finalmente apareció el ofrecimiento.

—¿Desertar? Debe de estar bromeando. ¿Usted no espera realmente que yo vaya a vivir en su paraíso de los trabajadores, eh?

—No, pero por un incentivo adecuado quizá podamos cambiar su situación. Habrá testigos contra usted. Podrían tener accidentes…

—¡No me venga con esa mierda! —Jack se inclinó hacia adelante—. Ustedes no hacen cosas como esa en nuestro país y nosotros no las hacemos en el suyo.

—Todo tiene un precio. Seguramente usted entiende eso mejor que yo. —Platonov sonrió—. Por ejemplo, el «desastre» al que se rio anoche el señor Trent. ¿Qué puede haber sido eso?

—¿Y cómo sé yo para quién está usted trabajando realmente?, preguntó Jack.

—¿Qué? —Eso lo sorprendió, y a Ryan se le pasó el dolor de cabeza.

—¿Usted quiere un incentivo? Sergey, estoy a punto de jugarme la vida. Y porque lo he hecho antes, no crea que es fácil. Tenemos alguien dentro del Centro de Moscú. Alguien grande. Ahora dígame usted qué podría comprarme ese nombre.

—Su libertad —dijo Platonov de inmediato—. Si él está tan arriba como usted dice, haríamos mucho ciertamente, —Ryan no dijo una palabra durante un minuto. Los dos hombres se miraban fijamente uno a otro como si estuvieran jugando a los naipes, como si estuvieran apostando lo que tenía cada uno de ellos… y como si Ryan supiera que tenía el juego más bajo. Platonov igualaba la fuerza de la mirada del norteamericano, y tuvo su recompensa al ver que finalmente fue su fuerza la que prevaleció.

—Voy a volar a Moscú este fin de semana, a no ser que el asunto estalle antes, en cuyo caso estoy acabado. Lo que le he dicho, compañero, no va a través de canales. La única persona que estoy seguro de que no es, es Gerasimov. Esto va al presidente de la KGB en persona, directamente a él, sin intermediarios, o se arriesgan a perder el nombre.

—¿Y por qué supone que voy a creerle que lo sabe? —El ruso presionó con su ventaja, pero cuidadosamente. Era el turno de Jack para sonreír. Su carta había resultado ser buena.

Yo no conozco el nombre, pero conozco la información. Con las cuatro cosas que yo sé que vinieron de CONDUCTOR —ese es su nombre clave— sus hombres

pueden manejar el resto. Si su carta va a través de canales, probablemente yo no llegue al avión. Con eso le digo a qué altura de a cadena está él, si es que se trata de un hombre, aunque probablemente sí lo sea. ¿Cómo sé que usted va a cumplir su palabra?

—En la actividad de inteligencia uno debe mantener sus promesas —le aseguró Platonov.

—Entonces, diga a su presidente que quiero reunirme con él, si es que puede arreglarlo. Hombre a hombre, sin engaños.

—¿El presidente? El presidente de la KGB no…

—Entonces, voy a hacer mis propios arreglos legales y me arriesgaré. Tampoco iré a la cárcel por traición, si puedo evitarlo. Ese es el trato, camarada Platonov —concluyó Jack Que tenga un buen viaje de regreso a su casa.

Jack se levantó y se alejó caminando. Planotov no lo siguió. Miró alrededor y encontró a su propio hombre de seguridad, quien le hizo señas de que nadie los había observado.

Tenía que tomar una decisión. ¿Sería genuino Ryan? Cassius decía que sí.

Hacía tres años que dirigía al agente Cassius. Las informaciones de Peter Henderson habían sido siempre exactas. Lo usaron para seguir el rastro y arrestar a un coronel de las Fuerzas de Cohetes Estratégicos que había estado trabajando para la CIA; había obtenido inapreciable inteligencia política y estratégica, y hasta un análisis norteamericano sobre aquel asunto del Octubre Rojo del año ante… —no ya hacía dos años, justo antes de que el senador Donaldson se retirara—, y ahora que trabajaba en la Tesorería General, se hallaba en el mejor de los mundos posibles: acceso directo a información secreta de defensa y todos sus contactos políticos con el Congreso. Cassius le había dicho algún tiempo antes que Ryan se encontraba bajo investigación. En su momento, no había sido más que un bocadito, nadie lo había tomado seriamente. Los norteamericanos siempre estaban investigándose unos a otros. Era su deporte nacional. Después, él oyó la historia por segunda vez, la misma historia; y finalmente, la escena con Trent. ¿Sería realmente posible…?

Una filtración muy arriba en la KGB, pensó Platonov. Naturalmente, había un protocolo para llevar información importante en forma directa al presidente. La KGB tomaba en consideración cualquier posibilidad. Una vez que fuera enviado el mensaje, tendría que efectuar su seguimiento. La sola insinuación de que la CIA tenía un agente colocado en una posición de alta jerarquía en la KGB…

Pero eso era solamente una consideración.

Después de que le hayamos puesto el gancho, el doctor Ryan nos pertenecerá. Quizás sea lo suficientemente tonto como para pensar que es posible intercambiar una sola vez información por servicios, que él nunca más volverá a… aunque más probable que esté tan desesperado que no le importe por el momento. ¿Qué clase de

información podríamos obtener de él?

—¿Asistente especial del subdirector de Inteligencia? ¡Ryan tiene que ver casi todo! Reclutar un agente tan valioso… no se había logrado desde Philby, ¡y eso fue hace más de cincuenta años!

—¿Pero es tan importante como para vulnerar las reglas?, se preguntó Platonov mientras terminaba su bebida. No había memoria viviente de que la KGB hubiera cometido un acto de violencia en los Estados Unidos; existía un acuerdo de caballeros sobre eso. ¿Pero qué eran las reglas comparadas con esta clase de ventaja? Tal vez uno o dos norteamericanos sufrieran un accidente automovilístico, o un inesperado ataque al corazón. Eso también tendría que ser aprobado por el presidente. Platonov daría su recomendación. Y la seguirían. Estaba seguro de eso.

El diplomático era un hombre exigente en cuanto a prolijidad. Se secó la boca con la servilleta de papel, puso todos los restos en el vasito plástico de la bebida, y depositó todo en el recipiente de basura más cercano. No dejó atrás nada que pudiera sugerir siquiera que había estado allí alguna vez.

El Arquero estaba seguro de que iban ganando. Al anunciar la misión a sus subordinados, la reacción no hubiera podido ser mejor. Sonrisas austeras pero complacidas, miradas de costado, cabezas que asentían. El más entusiasta de todos había sido el nuevo miembro, el ex mayor del Ejército afgano. En la tienda de campaña que tenían a veinte kilómetros dentro de Afganistán, habían trazado los planes durante cinco horas de tensión.

El Arquero repasó la fase uno, ya completada. Se habían apoderado de seis camiones y tres carros de infantería BTR -60. Algunos estaban dañados, pero eso era de esperar. Quitaron sus uniformes a los soldados muertos del ejército títere. Once sobrevivientes fueron sometidos a interrogatorios. Desde luego, no iban a participar en esta misión, pero si demostraban ser dignos de confianza, se les permitiría incorporarse a bandas de guerrilleros aliados. En cuanto a los otros…

El ex oficial del ejército recuperó mapas y códigos radiales. Conocía todos los procedimientos que los rusos habían enseñado tan insistentemente a sus «hermanos» afganos.

A diez kilómetros de distancia hacia el norte, sobre la ruta de Shekabad, había un campamento base de un batallón. El ex mayor llamó por radio y le informó que «Sunflower» había rechazado la emboscada con moderadas pérdidas, y se dirigía hacia allá. El comandante del batallón lo aprobó.

Cargaron algunos de los cadáveres, aún vestidos con sus ensangrentados uniformes. Algunos antiguos miembros del Ejército Afgano, que tenían la instrucción necesaria, se hicieron cargo de las ametralladoras pasadas de los carros BTR cuando la columna inició la marcha, manteniendo la correspondiente formación táctica en el camino de grava. El campamento base se hallaba sobre la ribera opuesta del río.

Veinte minutos después lo tuvieron a la vista. El puente estaba destruido desde hacía tiempo, pero los ingenieros rusos habían volcado grava suficiente como para improvisar un vado. La columna hizo alto frente al puesto de guardia del lado este.

Esa era la parte más tensa. El mayor hizo la señal adecuada y el hombre de guardia les indicó que avanzaran. Uno por uno los vehículos fueron cruzando el río. La superficie estaba helada, y los conductores tuvieron que seguir una línea de estacas para evitar quedar atrapados en las aguas profundas bajo el hielo quebradizo. Otros quinientos metros.

El campamento base se hallaba en una pequeña elevación. Estaba rodeado por posiciones de defensa, bajas y construidas con bolsas de arena y troncos. Ninguna de ellas tenía su dotación completa. El campamento estaba muy bien ubicado, con amplio campo de fuego en todas las direcciones, pero ellos completaban el personal en los puestos solamente durante la noche. En la base había en ese momento sólo una compañía de soldados; el resto se hallaba patrullando afuera, en las montañas alrededor del campamento. Además, la columna estaba entrando a la hora del rancho. El grupo motorizado del batallón quedó a la vista.

El Arquero viajaba en la parte anterior del primer camión. Se preguntó por qué confiaba tanto en el mayor desertor, pero decidió que ese no era el mejor momento para esa particular preocupación.

El comandante del batallón salió de su refugio, masticando algo todavía mientras observaba a los soldados que saltaban fuera de los camiones. Esperaba al comandante de la unidad, y se mostró irritado cuando se abrió lentamente la puerta lateral del BMP y apareció un hombre con uniforme de oficial.

—¿Quién diablos es usted?

—¡Allahu akhbar! —gritó el mayor. Su fusil derribó al comandante que lo interrogaba. Las ametralladoras pesadas de los carros de infantería barrieron la masa de soldados que almorzaban, mientras los hombres del Arquero corrían hacia las posiciones ocupadas a medias. Sólo llevó diez minutos lograr que cesara toda resistencia, sin que los defensores tuvieran la menor oportunidad, aunque había cerca de cien hombres armados en el interior del campamento. Tomaron veinte prisioneros. Mataron salvajemente a los únicos rusos que se encontraban en la base— dos tenientes y un sargento de comunicaciones y pusieron al resto bajo guardia; los hombres del mayor corrieron hacia el grupo de vehículos.

Tomaron otros dos BTR y cuatro camiones. Eso sería suficiente, y quemaron el resto. Pusieron fuego a todo lo que no podían llevar. Se apoderaron de cuatro morteros, media docena de ametralladoras, y cuanto uniforme pudieron hallar. Destruyeron totalmente el campamento, especialmente las radios, a las que destrozaron primero a golpes de culata y luego las quemaron. Dejaron atrás una pequeña fuerza de guardia con los prisioneros, a quienes dieron también la

posibilidad de unirse a los mujahiddines… o morir por su lealtad al infiel.

Se hallaban a cincuenta kilómetros de Kabul. La nueva y larga columna de vehículos comenzó a desplazarse hacia el norte. Se unieron a ellos más hombres del Arquero, saltando a bordo de los vehículos. Su fuerza sumaba ahora doscientos hombres, vestidos y equipados como soldados regulares del Ejército afgano y avanzando hacia el norte en vehículos militares construidos en Rusia.

El tiempo era su más peligroso enemigo. Llegaron a las afueras de Kabul noventa minutos más tarde, y encontraron el primero de varios puntos de control.

La piel del Arquero se erizó al encontrarse tan cerca de tantos soldados rusos. Sabía que cuando llegaba el anochecer los rusos regresaban a sus vivacs y refugios, dejando las calles a los afganos, pero ni siquiera el sol poniente lo hacía sentir seguro. Los controles eran más superficiales de lo que él esperaba, y el mayor habló en todos ellos para abrirse camino, usando documentos de viaje y palabras en código del campamento base que acababan de destruir. Además, la ruta de viaje elegida los mantenía alejados de las partes más custodiadas de la ciudad. En menos de dos horas la habían dejado atrás, y continuaron avanzando bajo la protectora cubierta de la oscuridad.

Siguieron hasta que comenzaron a quedarse sin combustible. En ese momento hicieron rodar los vehículos fuera de la carretera. Cualquier occidental se habría sorprendido al ver que los mujahiddines se mostraban felices al abandonar los vehículos, aunque eso significaba tener que cargar en sus espaldas las pesadas armas. Bien descansados, los guerrilleros entraron en las montañas y continuaron hacia el norte.

Gerasimov notó que ese día no había traído otra cosa que malas noticias. Miró fijamente a Vatutin.

—¿Qué quiere decirme, que no puede hacerlo confesar?

—Camarada presidente, nuestros asesores médicos me previenen que tanto el procedimiento de privación sensorial como cualquier otra clase de abuso físico —tortura era una palabra que ya no se usaba más en la jefatura de la KGB—, podría matar a este hombre. Considerando su insistencia sobre una confesión, tendremos que usar… métodos primitivos de interrogación. El sujeto es un hombre difícil. Mentalmente, es mucho más fuerte de lo que esperábamos —dijo Vatutin con tanta tranquilidad como pudo. Habría sido capaz de matar por beber un trago en ese momento.

—¡Y todo porque usted chapuceó en el arresto! —observó fríamente Gerasimov —. Yo tenía grandes esperanzas en usted, coronel. Pensé que era un hombre de futuro. Pensé que estaba listo para un ascenso. ¿Me equivoqué, camarada coronel? —le preguntó.

—Mi preocupación en este caso está limitada a exponer un traidor a la Madre

Patria. —Vatutin necesitó de toda su disciplina para no amedrentarse—. Tengo la impresión de que eso ya lo he logrado. Sabemos que ha cometido traición. Tenemos la prueba…

—Yazov no la aceptará.

—La contrainteligencia es asunto de la KGB, no del ministerio de Defensa.

—Tal vez usted sea tan amable de explicar eso al Secretario General del Partido —dijo Gerasimov, permitiendo que su ira quedara en evidencia un poco más allá de lo prudente—. Coronel Vatutin, yo debo tener esa confesión.

Gerasimov había abrigado la esperanza de anotarse en ese día otro punto a su favor en materia de inteligencia, pero el informe FLASH —superurgente— desde Estados Unidos, lo había invalidado. Peor aún, Gerasimov había entregado la información un día antes de enterarse de que carecía de validez. La gente Livia pedía disculpas, decía el informe, pero los datos sobre el programa de computación transmitidos tan recientemente, a través de la teniente Bisyarina eran ya, desgraciadamente, obsoletos. Algo que podría haber ayudado a disminuir la tensión entre la KGB y el ministerio de Defensa, con relación a su nuevo proyecto mimado, ahora se había perdido.

Tenía que obtener una confesión, y debía ser una confesión que no fuera arrancada por torturas. Todos sabían que la tortura podía lograr cualquier cosa que quisieran los interrogadores, que la mayoría de los sujetos encontrarían en su dolor suficiente incentivo para declarar cualquier cosa que se requiriera de ellos. Necesitaba algo sumamente bueno para llevar al propio Politburó; sus miembros ya no temían tanto a la KGB como para aceptar las palabras de Gerasimov como valor a la vista.

—Vatutin, la necesito, y la necesito pronto. ¿Cuándo puede entregármela?

—Usando los métodos a los que estamos limitados, no más de dos semanas. Podemos privarlo del sueño. Eso lleva tiempo, más aún considerando que los viejos necesitan menos sueño que los jóvenes. Irá desorientándose gradualmente hasta quebrarse. Por lo que hemos conocido de este hombre, luchará contra nosotros con todo su valor… es un hombre muy valiente. Pero no es más que un hombre. Dos semanas —dijo Vatutin, sabiendo que serían suficientes diez días. Era mejor entregar antes de tiempo.

—Muy bien. —Gerasimov hizo una pausa. Era el momento de alentar un poco a su subordinado—. Camarada coronel, hablando con objetividad, usted ha manejado bien la investigación, a pesar de la decepción en la última fase. No es razonable esperar la perfección en todas las cosas, y las complicaciones políticas no son de su responsabilidad. Si usted obtiene lo que hace falta, será justamente recompensado, puede continuar.

—Gracias, camarada presidente. —Gerasimov lo observó mientras se marchaba,

luego ordenó su automóvil.

El presidente de la KGB no viajaba solo. Su Zil personal —una limusina que parecía un enorme automóvil norteamericano de treinta años atrás— se desplazaba seguido por un Volga, aún más feo, lleno de guardaespaldas elegidos por su destreza en el combate y absoluta lealtad al presidente. Gerasimov iba sentado solo en el asiento trasero, contemplando pasar los edificios de Moscú mientras el auto avanzaba por el carril central de las anchas avenidas. Pronto estuvo fuera de la ciudad, dirigiéndose hacia los bosques donde detuvieron a los alemanes en 1941.

Muchos de los soldados capturados —los que habían sobrevivido al tifus y la pobre alimentación, habían construido las dachas. Aunque los rusos todavía odiaban a los alemanes, la nomenklatura— la clase dirigente de esa sociedad sin clases —prefería la mano de obra alemana. Los equipos electrónicos Siemens y los aparatos Blaupunkt, formaban parte de sus hogares tanto como los ejemplares del Pravda y las noticias sin censura del WHITE TASS. Las casas de los bosques de pinos al oeste de Moscú estaban tan bien construidas como todo lo que dejaron atrás los zares. Gerasimov se preguntaba a menudo qué habría sido de los soldados alemanes que trabajaron para edificarlas.

Aunque mucho no le importaba.

La dacha oficial del académico Mikhail Petrochiv Alexandrov no era diferente de las demás: de dos pisos, con el entablarlo de sus costados pintado de color crema, y un empinado techo parecido a los de las casas de la Selva Negra. La entrada para automóviles era un camino de grava, lleno de curvas, que corría entre los árboles. Había solamente un auto estacionado. Alexandrov era viudo y ya había pasado la edad en que podría haber deseado la compañía de mujeres jóvenes. Gerasimov abrió su puerta del auto, controlando brevemente para ver si su personal de seguridad se dispersaba como siempre entre los arboles. Sólo se habían detenido un momento para ponerse ropa de tiempo frío que llevaba en el baúl de su auto, anoraks blancos con gruesos forros aislantes y pesadas botas que les conservarían los pies calientes en la nieve.

—¡Nikolay Borissovich! —Alexandrov abrió personalmente la puerta. Había una pareja en la casa, que se ocupaba de la cocina y la limpieza, pero sabía cuando tenía que mantenerse fuera de escena. Esta era una de esas ocasiones. El académico tomó el abrigo de Gerasimov y lo colgó en una percha junto a la puerta.

—Gracias, Mikhail Petrovich.

—¿Té? —Alexandrov indicó con un gesto la mesa de la sala.

—Hace frío allá afuera —admitió Gerasimov.

Los dos hombres se sentaron a los lados opuestos de la mesa, en antiguas y recargadas sillas. A Alexandrov le gustaba actuar como anfitrión… por lo menos con quienes eran sus asociados. Sirvió el té y luego puso en un plato una pequeña

cantidad de cerezas blancas en conserva. Bebieron el té en la forma tradicional, primero se ponían en la boca algunas cerezas endulzadas y luego bebían un trago de té como para lavarlas. Dificultaba la conversación, pero era ruso. Además, a Alexandrov le gustaban las cosas a la antigua. Tanto como estaba casado con los ideales del marxismo, el principal ideólogo del Politburó mantenía en las pequeñas cosas las costumbres de su juventud.

—¿Qué novedades?

Gerasimov hizo un gesto de fastidio.

—El espía Filitov es un viejo pájaro duro. Llevará una o dos semanas más obtener la confesión.

—Usted debería matar a ese coronel suyo que…

—No, no. El presidente de la KGB sacudió la cabeza. —Uno debe ser objetivo. El coronel Vatutin ha actuado muy bien. Debió haber dejado el arresto en manos de un hombre más joven, pero yo le había dicho que se trataba de su caso, y él sin duda tomó mis instrucciones demasiado literalmente. Su manejo del resto del caso fue casi perfecto.

—Está poniéndose generoso demasiado pronto, Kolya —observó Alexandrov—. ¿Es tan difícil sorprender a un hombre de setenta años?

—A él sí. La espía norteamericana era buena… como podía esperarse. Los buenos oficiales de campo tienen instintos agudos. Si no fueran tan hábiles, el socialismo mundial sería hoy un hecho —agregó sin miramientos. El presidente sabía que Alexandrov vivía dentro de mundo académico, y no comprendía mucho cómo funcionaban las cosas en el mundo real. Era difícil respetar a un hombre así, pero no tan difícil temerlo.

—Supongo que podemos esperar una o dos semanas —gruñó hombre más viejo —. Me inquieta hacer esto mientras la delegación norteamericana esté aquí…

—Se hará después que ellos se vayan. Si se llega a un acuerdo, no perdemos nada.

—¡Es una locura reducir nuestro armamento! —insistió Alexandrov. Mikhail Petrovich pensaba todavía que las armas nucleares eran como los tanques y cañones: cuantos más fueran, mejor. Como la mayoría de los políticos teóricos, no se molestaba en aprender los hechos.

—Vamos a tener nuevos cohetes mejores y más modernos —replicó pacientemente Gerasimov—. Y lo que es más importante, nuestro proyecto Bright Star está progresando muy bien. Con lo que ya han logrado nuestros científicos, y lo que estamos conociendo sobre el programa norteamericano, en menos de diez años tendremos capacidad para proteger la Rodina contra el ataque extranjero.

—¿Tiene buenas fuentes dentro del programa norteamericano?

—Demasiado buenas —dijo Gerasimov, apoyando su taza de té. Parece que

ciertos informes que acabamos de recibir fueron enviados demasiado pronto. Parte de las instrucciones de computación nortemericanas nos llegaron antes de que estuvieran certificadas, y resultaron ser defectuosas. Fue un bochorno, pero si uno ha de avergonzarse, es mejor que sea el resultado de un exceso de efectividad y no carecer de ella.

Alexandrov cambió de tema con un gesto de la mano.

—Anoche hablé con Vaneyev.

—¿Y?

—Es nuestro_ No puede soportar la idea de que esa adorable perra de su hija vaya a un campo de trabajo… o peor. Le expliqué lo que se requiere de él. Fue muy fácil. Cuando usted tenga la confesión del hijo de puta de Filitov, haremos todo al mismo tiempo. Será mejor terminar con todo de inmediato, —el académico asintió con un movimiento de cabeza para reforzar sus palabras. Era el experto en maniobras políticas.

—Me preocupan las posibles reacciones de Occidente… —observó cautelosamente Gerasimov.

El viejo zorro sonrió con la vista clavada en el té.

—Narmonov sufrirá un ataque al corazón. Es muy propio de su edad. No será fatal, desde luego, pero lo suficiente para hacerle dar mi paso al costado. Aseguraremos a Occidente que se continuarán sus políticas… yo hasta puedo tolerar el acuerdo de armamentos, si usted insiste. —Alexandrov hizo una pausa—. No tiene sentido alarmarlos inútilmente. Todo lo que me interesa es la primacía del Partido.

—Naturalmente. —Gerasimov sabía lo que venía después, y se echó atrás en su silla para escucharlo una vez más.

—Si no detenemos a Narmonov, ¡el Partido está condenado! Ese tonto, malogrando todo lo que hemos hecho con tanto trabajo. Sin el liderazgo del Partido, en esta casa estaría viviendo un alemán. Sin Stalin, que puso acero en la columna vertebral de nuestro pueblo, ¿dónde estaríamos?, y Narmonov condena a nuestro más grande héroe… después de Lenin —agregó rápidamente el académico—. Este país necesita una mano fuerte, ¡una mano fuerte!, ¡no miles de manitos débiles! Nuestro pueblo lo comprende. Nuestro pueblo quiere eso.

Gerasimov asintió dando su acuerdo, preguntándose por qué ese tonto viejo chocho tenía que decir siempre lo mismo. El Partido no quería una mano fuerte, aunque Alexandrov lo dijera. El Partido en sí mismo estaba compuesto por mil pequeñas manos que agarraban y arrebataban: los miembros del Comité Central, los apparatchiki locales que pagaban sus impuestos, que pregonaban sus eslogans, que asistían a las reuniones semanales hasta sentirse enfermos de muerte por todo lo que decía el Partido, pero aún así se quedaban porque ese era el camino de la promoción, y la promoción significaba privilegios. La promoción representaba un automóvil,

viajes a Sochi… y artefactos Blaupunkt.

Todos los hombres tenían sus puntos ciegos, y Gerasimov lo sabía. El de Alexandrov era no saber que ya quedaba poca gente que creyera realmente en el Partido. Gerasimov no era uno de ellos. Sin embargo, el Partido era el que gobernaba el país. El Partido era el que nutría las ambiciones. El poder se justificaba por sí mismo y, para él, el Partido era el camino hacia el poder. Había pasado toda una vida de trabajo protegiendo al Partido de aquellos que querían cambiar la ecuación del poder. Ahora, como presidente de `«el escudo y la espada» propios del Partido, estaba en la mejor posición posible para tomar las riendas. Alexandrov se habría sentido sorprendido y escandalizado de haber sabido que su joven discípulo veía el poder como única meta, y no tenía otro plan que el *statu quo ante*. La Unión Soviética seguiría avanzando penosamente como antes, segura detrás de sus fronteras, buscando difundir su propia forma de gobierno en cuanto el país ofreciera la oportunidad. Habría progreso, en parte por los cambios internos, y en parte por lo que pudiera obtenerse de Occidente, pero no lo suficiente como para despertar demasiadas expectativas, o demasiado rápido, como Narmonov amenazaba hacer. Pero lo mejor de todo, Gerasimov sería el hombre que tendría las riendas. Con el poder de la KGB a sus espaldas, no podía temer por su seguridad, y de ninguna manera, por cierto, después de quebrar al ministerio de Defensa. Por eso escuchaba las declamaciones de Alexandrov sobre teoría del Partido, y movía la cabeza asintiendo a cada momento. Para alguien de afuera la escena sería muy parecida ala de miles de antiguas fotografías —casi todas ellas trucadas— de Stalin escuchando con extasiada atención las palabras de Lenin; y, como Stalin, él habría de usar las palabras de acuerdo con su propia conveniencia. Gerasimov creía en Gerasimov.

XVIII. Ventajas

—¡Pero si apenas estoy terminando de comer! —dijo Misha.

—Tonterías —contestó el carcelero. Le mostró su reloj—. Mire la hora, viejo estúpido. Coma, pronto tendrá que salir para el interrogatorio. —El hombre se inclinó hacia adelante—. ¿Por qué no les dice lo que quieren oír, camarada?

—¡Yo no soy un traidor!, ¡no lo soy!

—Como quiera. Pero coma bien. —La puerta de la celda golpeó el marco con un sonido metálico.

—Yo no soy un traidor —dijo Filitov después que se hubo cerrado la puerta—. No lo soy —se oyó a través del micrófono-No lo soy.

—Ya estamos llegando —dijo Vatutin.

Lo que estaba sucediendo a Filitov era algo no muy distinto en su efecto concreto de lo que el médico trataba de conseguir con su tanque de privación sensorial. El prisionero iba perdiendo contacto con la realidad, aunque mucho más lentamente que lo ocurrido a Vaneyeva. Su celda se encontraba en el interior del edificio, ocultando al prisionero la marcha del día y la noche. La única lamparita desnuda se apagaba. Después de unos cuantos días, Filitov perdió la conciencia del tiempo. Luego, las funciones del cuerpo empezaron a mostrar cierta irregularidad. Después, sus carceleros comenzaron a alterar los intervalos entre comidas. Su cuerpo sabía que algo andaba mal, pero eran tantas las cosas que andaban mal, y tenía tan poco éxito para enfrentar la desorientación, que el prisionero estaba sufriendo algo muy parecido a una enfermedad mental. Era una técnica clásica y, ciertamente, pocos individuos podían soportarla durante más de dos semanas; en tales casos, generalmente se descubría que la persona exitosa en su resistencia había dependido de algún factor externo, desconocido para sus interrogadores, tal como el ruido del tránsito o de trabajos de plomería, sonidos que seguían un patrón regular. Gradualmente, el «Dos» había aprendido a aislar por completo al prisionero. El nuevo bloque de celdas especiales estaba aislado de ruidos y del resta del mundo. Cocinaban en un piso más arriba, para eliminar los olores. Esa parte de Lefovorto reflejaba experiencias clínicas de generaciones, en el tema de quebrar el espíritu humano.

Era mejor que la tortura, pensaba Vatutin. La tortura invariablemente afectaba también a los interrogadores. Ese era el problema. Cuando un hombre y en raras ocasiones una mujer se destacaba por su habilidad en el oficio, cambiaba su mente y su personalidad. El torturador iba enloqueciendo gradualmente, y obtenía resultados pocos confiables en su interrogatorio, convirtiéndose además en un oficial inútil para la KGB, que tenía que reemplazarlo y, a veces, hospitalizarlo. En la década de 1930, a menudo debieron fusilar a esos oficiales, cuando sus amos políticos se dieron cuenta de lo que habían creado, aunque igualmente los reemplazaban luego con otros

nuevos, hasta que los interrogadores buscaron métodos más inteligentes y creativos. Eso fue mejor para todos, pensaba Vatutin. Las nuevas técnicas, aun las abusivas, no infligían daños físicos permanentes. Ahora, casi les parecía que estaban tratando la enfermedad mental que ellos mismos habían provocado, y los médicos que manejaban el tema para la KGB ya podían considerar con toda confianza que la traición contra la Madre Patria era en sí misma un síntoma de graves desórdenes en la personalidad, algo que exigía un tratamiento decisivo. Hacía sentir mejor a todos los que intervenían en la tarea. Así como cualquiera podía sentirse culpable al provocar dolor a un enemigo valiente, era muy posible que se sintiera bien cuando ayudaba a curar una mente enferma.

Este hombre está más enfermo que la mayoría, pensó irónicamente Vatutin. Era un poquito demasiado cínico para creer en todas esas pamplinas que enseñaban hoy a la gente nueva del «Dos» en Entrenamiento y Orientación. Recordaba las nostálgicas historias de los hombres que lo habían instruido a él, hacía ya treinta años, los buenos viejos tiempos de Beria… Aunque se le había erizado la piel al oír hablar a aquellos enloquecidos, al menos eran honestos en lo que hacían. Estaba agradecido por no haberse transformado como ellos, pero no se engañaba ahora creyendo que Filitov estaba mentalmente enfermo. En realidad, era un hombre valiente que había elegido, por su propia voluntad, traicionar a su país. Un hombre perverso, sin duda, porque había violado las reglas de la sociedad de sus mayores, pero a pesar de ello era un adversario digno. Vatutin miró por el tubo de fibra óptica que penetraba en el cielo raso de la celda de Filitov, y lo observó a la vez que escuchaba los sonidos captados por el micrófono.

—¿Cuánto tiempo has estado trabajando para los norteamericanos? ¿Desde que murió tu familia? ¿Tanto tiempo? Casi treinta años… ¿es posible?, se preguntaba el coronel del Segundo Directorio General. Era un espacio de tiempo impresionante. Kim Philby había durado muchísimo menos. La carrera de Richard Sorge, aunque brillante, fue relativamente breve.

Pero tenía sentido. También había que rendir homenaje a Oleg Penkovskiy, el coronel traidor del GRU cuya captura fue uno de los casos más grandes del «Dos»… aunque enturbiado ahora por la idea de que Penkovskiy había usado su propia muerte para elevar la carrera de un espía aún más grande, a quien probablemente había reclutado él mismo. Eso era valor, se dijo Vatutin.

—¿Por qué tuvieron que emplear semejante virtud para la traición? ¿Por qué no son capaces de armar a su Madre Patria como la amo yo? El coronel sacudió la cabeza. El marxismo exigía objetividad a sus adherentes, pero eso era demasiado. Existía siempre el peligro de identificarse demasiado con su propio sujeto. Difícilmente Vatutin tenía ese problema, pero nunca había manejado un caso como ese. ¡Tres veces Héroe de la Unión Soviética! Un genuino ídolo nacional cuyo rostro

había ocupado las tapas de revistas y libros. ¿Podríamos dejar que alguna vez se supiera lo que había hecho? ¿Cómo reaccionaría el pueblo soviético al enterarse de que el Viejo Misha, Héroe de Stalingrado, uno de los más valientes guerreros del Ejército Rojo… se había convertido en un traidor de la Rodina? El efecto sobre la moral nacional era algo que se debía tener en cuenta.

No es mi problema, se dijo. Observó al viejo a través de la mirilla de alta tecnología. Filitov estaba tratando de comer, sin poder convencerse del todo de que era el horario de la comida, pero ignorando que le habían llevado el desayuno —todas las comidas eran exactamente iguales, por razones obvias— sólo noventa minutos antes.

Vatutin se incorporó y estiró el cuerpo para calmar el dolor que sentía en la espalda. Un efecto lateral de esa técnica era la forma en que desorganizaba la vida de los propios interrogadores. Sus horarios normales ya no contaban. Era poco más de medianoche, y él había dormido sólo siete horas en las últimas treinta y seis. Pero por lo menos él sabía la hora, y el día, y la estación. Filitov, en cambio, no; y de eso estaba seguro. Volvió a agacharse para ver que el sujeto terminaba su tazón de kasha.

—Tráiganlo —ordenó el coronel Klementi Vladimirovich Vatutin. Entró en el cuarto de baño para mojarse la cara con un poco de agua fresca. Se miró bien en el espejo y decidió que no necesitaba afeitarse. Después, se aseguró de que su uniforme estuviera impecable. Un factor constante de gran importancia en el mundo desbaratado y confuso del prisionero debía ser la cara e imagen de su interrogador. Vatutin hasta practicó su mirada frente al espejo: orgullosa, arrogante, pero también compasiva. No sintió vergüenza por lo que vio. Ese es un profesional, se dijo desde el espejo. No un bárbaro ni un degenerado, sólo el hombre eficiente que debía cumplir una tarea difícil y necesaria.

Como siempre, Vatutin estaba sentado en la sala de interrogatorios cuando entró el prisionero. Invariablemente simulaba estar haciendo algo en el momento en que se abría la puerta, y siempre levantaba la cabeza en semisorpresa, como diciendo ¡ah! ¿Ya es la hora para usted, otra vez? Cerró la carpeta que tenía frente a él y la introdujo en el portafolio mientras Filitov se sentaba en su silla, opuesta a la de él. Eso era bueno, pensó Vatutin sin mirar. Su mente se estaba concentrando en la única realidad que tenía: Vatutin.

—Espero que haya dormido bien. —Dijo a Filitov.

—Bastante bien —fue la respuesta. El viejo tenía los ojos nublados. El color azul ya no mostraba el brillo que Vatutin admiró en la primera sesión.

—Confío en que lo esté alimentando adecuadamente.

—He comido mejor. —Una sonrisa hastiada; con algo de orgullo y desafío todavía en ella, aunque no tanto como pensó su dueño—. Pero también he comido peor.

Vatutin midió desapasionadamente la fortaleza de su prisionero: había disminuido. Tú lo sabes, pensó el coronel, tú sabes que tienes que perder. Tú sabes que es sólo cuestión de tiempo. Ya puedo verlo, dijo con su mirada, buscando y encontrando debilidad ante la firmeza de ojos. Filitov estaba tratando de no decaer por efectos de la tensión pero sus nervios ya parecían deshilachados, y algo más comenzaba a desintegrarse mientras Vatutin observaba. Tú sabes que estás perdiendo, Filitov.

—¿Para qué, Misha?, le preguntó una parte de sí mismo. El tiene tiempo… él controla el tiempo. Usará todo el que necesite para quebrarte. Está ganando. Tú lo sabes, le dijo la desesperación.

—Dígame, camarada capitán, ¿por qué se pregunta semejantes tonterías? ¿Por qué necesita explicarse usted mismo porqué es un hombre? —Preguntó una voz familiar—. Durante todo el camino desde Brest-Litovsk hasta Vyasma sabíamos que estábamos perdiendo, pero yo nunca me di por vencido, ni usted tampoco. Si usted puede desafiar al Ejército Alemán, con mayor razón puede desafiar a este chequista flojo y holgazán.

—Gracias, Romanov.

—¿Cómo pudo arreglárselas alguna vez sin mí, mi capitán? —bromeó la voz—. A pesar de toda su inteligencia, puede ser un hombre de lo más tonto.

Vatutin vio que algo había cambiado. Con un parpadeo, los ojos se aclararon, y la vieja y abatida espalda se enderezó.

—¿Qué te está sosteniendo?, ¿el odio? ¿Es tanto lo que detestas al Estado por lo que sucedió a tu familia… o es algo completamente…?

—Dígame —dijo Vatutin—. Dígame por qué odia a la Madre Patria.

—No la odio —replicó Filitov—. Yo he matado por la Madre Patria. He derramado mi sangre por la Madre patria. Me he quemado por la Madre Patria. Pero no he hecho nada de eso por los que son como usted. —A pesar de toda su debilidad, el desafío ardió en sus ojos como una llama. Vatutin no se inmutó.

Estuve cerca, pero algo cambió. Si puedo descubrir qué es, Filitov, ¡te tendré en mis manos! Algo le dijo a Vatutin que ya tenía lo que necesitaba. El asunto era identificarlo.

El interrogatorio continuó. Aunque Filitov iba a resistir con éxito esta vez, y la próxima, y hasta la siguiente quizá. Vatutin estaba calando hondo en la energía física y emocional del hombre. Los dos lo sabían. Era solamente una cuestión de tiempo. Pero había un aspecto en el que ambos estaban equivocados. Ambos pensaban que Vatutin controlaba el tiempo, aunque lo cierto es que el tiempo es finalmente el amo del hombre.

Gerasimov se sintió sorprendido por el nuevo despacho extremadamente urgente que llegó de los Estados Unidos; esta vez de Platonov. Lo recibió por cable, y lo

alertaba con respecto a un mensaje exclusivamente personal para el presidente, que venía en valija diplomática. Era algo realmente insólito. La KGB, más que otras agencias extranjeras de inteligencia, dependía aún de los sistemas de cifrado diario. Estos últimos eran invulnerables, al menos en un sentido teórico, a menos que la propia secuencia de los códigos resultara comprometida. Era lento, pero seguro, y la KGB quería «seguridad». Sin embargo, debajo de ese nivel de transmisión había otro protocolo. Para cada estación mayor existía un cifrado especial. Ni siquiera tenía un nombre, pero iba directamente del rezident al presidente. Platonov era más importante de lo que aun la CIA podía suponer. Era el rezident en Washington, el jefe de estación.

Cuando llegó el despacho lo llevaron directamente a la oficina de Gerasimov. No llamó a su encargado personal de claves, un capitán con credenciales impecables. El presidente descifró personalmente la primera frase, y se enteró de que se trataba de una grave advertencia. La KGB no tenía un calificativo corriente para un traidor dentro de sus propias filas, pero las jerarquías más altas conocían la palabra occidental.

El despacho era sumamente largo y Gerasimov demoró una hora completa en descifrarlo, lanzando maldiciones a cada momento por su torpeza para descodificar las diversas trasposiciones en el alfabeto ruso de treinta y tres letras.

—¿Un agente ubicado dentro de la KGB? Se preguntó Gerasimov. ¿Y en alto nivel? Llamó a su secretario personal y le ordenó llevarle las carpetas del agente Cassius y de Ryan, de la CIA. Como todas las órdenes de ese tipo, también ésta se cumplió de inmediato. Hizo a un lado el documento de Cassius por el momento y abrió la carpeta de Ryan.

Había un resumen biográfico de seis páginas, actualizado hasta seis meses antes, además de recortes originales de periódicos y traducciones. No necesitaba estas últimas. Gerasimov hablaba un inglés aceptable, aunque con lógico acento. Edad treinta y cinco, leyó, con títulos en el mundo comercial, académico y de la comunidad de inteligencia. Había progresado rápidamente dentro de la CIA. Oficial de enlace especial con Londres. Gerasimov pudo ver que su primera evaluación sintética en Dzerzhinskiy Square estaba coloreada por los puntos de vista políticos de algún analista. Rico y moderado aficionado. No, eso no era cierto. Había ascendido demasiado rápido para eso; a menos que tuviera influencia política que no aparecía en el perfil. Probablemente un hombre brillante… un autor, apreció Gerasimov, observando que había ejemplares de dos de sus libros en Moscú. Ciertamente un hombre orgulloso, acostumbrado a la comodidad y al privilegio.

De modo que vulneraste las leyes norteamericanas sobre valores e intercambio, ¿no? El pensamiento no sorprendió al presidente de la KGB. La corrupción era el camino hacia la riqueza y el poder en todas las sociedades. Ryan tenía su punto débil,

como todos lo hombres. Gerasimov sabía que su propia flaqueza era una desmedida ambición de poder, pero consideraba poco menos que un tonto a quien no deseara fervientemente algo. Volvió a revisar el despacho de Platonov.

«Evaluación», terminaba el mensaje, «El sujeto no está motivado por consideraciones ideológicas ni monetarias, sino por la cólera y su ego. Tiene un miedo genuino a la prisión, pero más a su desgracia personal, I.P. Ryan probablemente posee la información a que alude. Si la CIA tiene realmente un agente ubicado en alto nivel en el centro de Moscú, es probable que Ryan haya visto información enviada por él, aunque no conoce su nombre ni su cara. Los datos transmitidos deberían ser suficientes para identificar la filtración».

«Recomendación: El ofrecimiento debería ser aceptado por dos razones. Primero, para identificar al espía norteamericano. Segundo, para poder utilizar a Ryan en el futuro. Esta única oportunidad ofrecida tiene dos caras. Si eliminamos testigos contra el sujeto, él queda en deuda con nosotros. Si esta acción se descubre, se podrá acusar de ella a la CIA, y las investigaciones resultantes dañarán gravemente al servicio norteamericano de inteligencia».

—Huum —murmuró Gerasimov para sus adentros mientras hacía a un lado la carpeta.

El legajo del agente Cassius era mucho más grueso. Estaba en camino de convertirse en una de las mejores fuentes de la KGB en Washington. Gerasimov ya lo había leído varias veces, y lo hojeó rápidamente hasta llegar a la información más reciente. Dos meses antes, habían investigado a Ryan, detalles desconocidos; Cassius lo había informado como si hubiesen sido rumores sin fundamentos. Eso era un punto a favor de la información, pensó el presidente. También desconectaba las propuestas de Ryan de otra cosa surgida recientemente… ¿Filitov?

—¿No será que el agente ubicado tan arriba y que Ryan podía identificar era el que acabamos de arrestar?, se preguntó No. El puesto que ocupaba Ryan en la CIA era de un nivel lo suficientemente elevado como para que no confundiera un ministerio con otro. Lo único malo de la noticia era que una filtración en las altas jerarquías de la KGB era algo que perjudicaba especialmente a Gerasimov en esos momentos. Ya era por sí bastante malo si existía realmente, pero permitir que trascendiera fuera del edificio… podía llegara ser un desastre. Si lanzamos ana verdadera investigación, seguramente se sabrá afuera. Sino encontramos al espía en nuestro propio medio…

Y si está en una posición tan alta como dice Ryan… ¿qué pasará si la CIA descubre que Alexaiadrov y yo…?

—¿Qué harían ellos? ¿Y si este…?

Gerasimov sonrió y miró hacia afuera por la ventana. Echaría de menos ese puesto, echaría de menos el juego. Cada hecho tenía por lo menos tres lados, y cada

pensamiento, seis. No, si él fuera a creer en eso, tendría que creer que Cassius se hallaba bajo el control de la CIA, y que todo eso había sido planeado antes de que arrestaran a Filitov. Eso era sencillamente imposible.

El presidente del Comité de Seguridad del Estado consultó su calendario para ver cuándo llegaban los norteamericanos. Esa vez habría más acontecimientos sociales. Si los norteamericanos habían decidido realmente poner sobre la mesa su Guerra de las Galaxias el hecho haría sentir muy bien al secretario general Narmonov, ¿pero cuántos votos le significaría eso en el Politburó? No muchos, siempre y cuando yo pueda mantener bajo control la obstinación de Alexandrov. Y si puedo informar que he reclutado un agente para nosotros en un nivel tan alto de la CIA… si puedo predecir que los norteamericanos van a negociar sus programas de defensa, entonces podré ganar de mano a Narmonov era su iniciativa de paz…

La decisión estaba tomada.

Pero Gerasimov no era un hombre impulsivo. Envió un mensaje a Platonov para que verificara algunos detalles por medio del agente Cassius. Era un mensaje que podía transmitirse vía satélite.

Ese mensaje llegó a Washington una hora después. Fue debidamente recibido del satélite de comunicaciones soviético Raduga 19, tanto por la Embajada soviética como por la Agencia Norteamericana de Seguridad Nacional, que la introdujo en una cinta de computadora junto con otros miles de mensajes rusos que en la Agencia examinaban durante las veinticuatro horas para descifrarlos.

Para los soviéticos fue más fácil. Llevaron el mensaje a una sección de seguridad de la embajada, donde un teniente de la KGB convirtió las letras mezcladas en texto claro. Después lo guardaron en una caja fuerte vigilada hasta que llegara Platonov a la mañana.

Eso ocurrió a las 06:30. Sobre su escritorio lo esperaban los periódicos de siempre. La prensa norteamericana resultaba muy útil para la KGB, pensaba. La idea de un prensa libre era para él tan extraña que ni siquiera llegó a pensar nunca en su verdadera función. Pero había otras cosas primero. El oficial de la guardia nocturna se le presentó a las 06:45 y le informó sobre las novedades de la noche anterior. También le entregó los mensajes recibidos de Moscú, donde ya había pasado la hora del almuerzo. Al tope de la lista de mensajes había uno encaminado en forma exclusiva al rezident. Platonov sabía de qué se trataba, con seguridad, y se dirigió de inmediato a la caja fuerte. El joven oficial de la KGB que custodiaba esa parte de la embajada controló escrupulosamente la identificación de Planotov; su predecesor había perdido el puesto por su exceso de audacia al suponer que conocía de vista a Platonov después de sólo nueve meses. El mensaje, contenido en un sobre cerrado y con su correspondiente etiqueta, se hallaba en el casillero asignado, y Platonov lo guardó en el bolsillo antes de cerrar y echar llave a la puerta.

La estación de Washington de la KGB era más grande que la de la CIA en Moscú, aunque no lo bastante grande como para conformar a Platonov, ya que el número de personas destinadas en la misión había quedado reducido al equivalente del personal de la Embajada de los Estados Unidos en Moscú, algo que los norteamericanos tardaron años en conseguir. Platonov llamaba a sus jefes de sección habitualmente a las 07:30 para la conferencia de la mañana, pero ese día citó más temprano a uno de sus oficiales.

—Buenos días, camarada coronel —dijo correctamente el hombre. La KGB no se distingue por sus chistes.

—Necesito que me consiga de Cassius cierta información sobre este asunto de Ryan. Es imperativo que confirmemos sus dificultades legales actuales tan pronto como sea posible. Eso significa hoy mismo, si puede lograrlo.

—¿Hoy? —preguntó el hombre con alguna incomodidad, mientras tomaba las instrucciones escritas—. Es riesgoso moverse tan rápidamente.

—El presidente lo sabe —respondió Platonov con sequedad.

—Hoy —asintió el hombre con un movimiento de cabeza.

El rezident sonrió después de que el hombre se hubo marchado. Era toda la muestra emocional que había exteriorizado en un mes. Ese oficial tenía un verdadero futuro.

—Allá está Butch —observó un agente del FBI cuando el hombre salió de la embajada. Sabían su nombre real, por supuesto, pero el primer agente que lo vigiló había decidido que parecía un carnicero, y el apodo le quedó. Su rutina normal de la mañana consistía en abrir algunas de las oficinas de la embajada, y luego llevar recados, antes de que el personal jerárquico de la misión apareciera a las 09:00, Estas tareas comprendían también tomar el desayuno en una cafetería cercana, comprar diversos periódicos y revistas y… con frecuencia, dejar una o dos marcas en distintos lugares. Como la mayoría de las operaciones de contrainteligencia, la parte realmente difícil consistía en lograr la primera pista. Después de eso, era directamente un trabajo policial. Habían obtenido la primera pista sobre Butch dieciocho meses antes.

Caminó las cuatro cuadras hasta la cafetería, bien vestido y protegido del frío —probablemente pensaba que los inviernos de Washington eran bastantes benignos; todos coincidían en eso— y llegó al lugar a la hora justa. Como la mayor parte de las cafeterías, ésta tenía una clientela regular. Tres de los clientes eran agentes del FBI. Una estaba vestida como mujer de negocios, siempre leyendo sola el Wall Street Journal, en una mesa de rincón. Dos llevaban puestos cinturones de trabajo con herramientas de carpintero, y se arrimaban al mostrador a veces antes, otras después, de que entrara Butch. Ese día lo estaban esperando. No se encontraban todos siempre allí, naturalmente. La mujer, agente especial Hazel Loomis, coordinaba sus horarios con una ocupación verdadera, y tenía cuidado de no concurrir los días feriados. Era

un riesgo, pero la vigilancia muy cercana, por más celosamente preparada que estuviera, no podía ser excesivamente regular. En forma similar, aparecían en el café algunos días en que sabían que Butch no concurriría por estar afuera, y jamás alteraban su rutina como para evidenciar que tenían interés en el sujeto.

La agente Loomis anotó la hora de llegada del hombre en el margen de un artículo —siempre estaba escribiendo algo en el periódico— y los carpinteros lo observaron a través del espejo que cubría toda la pared detrás del mostrador mientras comían groseramente e intercambiaban ruidosas bromas. Como de costumbre, Butch había comprado cuatro periódicos diferentes en el kiosco ubicado frente a la cafetería. Las revistas que llevaba salían todas a la venta en los días martes. La camarera le sirvió el café sin esperar que se lo pidiera. Butch encendió su acostumbrado cigarrillo —un Marlboro norteamericano, el favorito de los rusos— y bebió su primera taza de café mientras leía superficialmente la primera página del Washington Post, su periódico de siempre.

El segundo llenado de la taza era gratis allí, y él lo aprovechó en su momento. Demoró escasamente unos seis minutos, lo normal según apreciaron todos. Después levantó sus periódicos y dejó cierta cantidad de dinero sobre la mesa. Cuando se apartó un poco, todos pudieron ver que había arrugado su servilleta de papel hasta convertirla en una bolita, que colocó en el plato junto a la taza vacía de café.

Trabajo, notó Loomis en el acto. Butch llevó el ticket a la caja registradora al final del mostrador, pagó y se retiró. Era bueno, pensó de nuevo Loomis. Ella sabía dónde y cómo hacía la entrega de sus mensajes, pero todavía no había podido sorprenderlo en el momento exacto.

Entró otro cliente habitual. Era un chofer de taxi que normalmente tomaba una taza de café antes de comenzar su día, y se sentó solo, en el extremo del mostrador. Abrió el periódico en la página de los deportes mientras miraba alrededor como acostumbraba hacer. Pudo ver la servilletita en el plato. No era tan bueno como Butch. Apoyó el periódico sobre sus rodillas, estiró el brazo por debajo del nivel del mostrador y tomó el mensaje, metiéndolo entre las páginas del diario.

Después de eso, el resto era muy fácil. Loomis pagó su cuenta y salió. Subió a su Ford Escort y se dirigió en el auto hacia los departamentos Watergate. Tenía llave del departamento de Henderson.

—Hoy vas a recibir un mensaje de Butch —dijo ella al agente Cassius.

—Muy bien. —Henderson levantó la vista de su desayuno. No le gustaba nada que esta muchacha lo «controlara» en su calidad de agente doble. En particular, no le gustaba el hecho de que ella estuviera en el caso por su aspecto físico, que la «pantalla» para su asociación fuera un supuesto affaire que, desde luego, era pura ficción. A pesar de toda su dulzura, su almibarado acento sureño, ¡y su despampanante físico!, gruñó malhumorado. Henderson sabía demasiado bien que

Loomis lo consideraba sólo algo más que un microbio.

—No lo olvides —le había dicho ella una vez—. Hay una habitación esperándote. —Se refería a la Penitenciaría de los Estados Unidos «Institución no correccional»— en Marion, Illinois, la que reemplazaba a Alcatraz como hogar para los peores delincuentes. No era un lugar para un hombre de Harvard. Pero ella sólo había hecho eso una vez y, por otra parte, lo trataba cortésmente y, en algunas ocasiones, hasta le tomaba el brazo en público. Eso no hacía más que empeorar las cosas.

—¿Quieres algunas buenas noticias?, preguntó Loomis.

—Por supuesto.

—Si todo sale en la forma en que esperamos, podrías quedar libre. Absolutamente.

—Nunca había dicho antes semejante cosa.

—¿De qué se trata? —preguntó el agente Cassius con interés—. Hay un oficial de la CIA, de nombre Ryan…

—Sí, he oído que la Comisión de Valores lo está controlando… bueno, ya lo hicieron, hace unos pocos meses. Tú me indicaste que informara a los rusos sobre eso…

—Está sucio. Quebró las reglas, hizo medio millón de dólares por información no permitida, y dentro de dos semanas se reunirá un gran jurado que le va a quemar el trasero. Va a ser un gran espectáculo. —Sus expresiones fuertes contrastaban con la dulce sonrisa de Bella-Sureña—. La Agencia lo colgará hasta que se seque. No tiene ayuda de nadie. Ritter odia sus agallas. Uno no sabe por qué, pero lo hemos oído del ayudante del senador Fredenburg. Tengo la impresión de que es el chivo expiatorio por algo que salió mal, pero no se sabe qué. Alguna cosa hace varios meses en Europa Central, puede ser, pero eso es todo lo que se sabe. Algo de esto puedes informar de inmediato. Para el resto los harás esperar hasta la tarde. Una cosa más… has oído un rumor de que la Iniciativa de Defensa Estratégica puede ser puesta en la mesa. Tú piensas que la información es mala, pero oíste decir algo sobre eso a un senador. ¿Comprendido?

—Sí. —Henderson asintió con la cabeza.

—Muy bien. —Loomis se dirigió al cuarto de baño. La cafetería favorita de Butch era demasiado grasosa para su sistema.

Henderson fue a su dormitorio y eligió una corbata. ¿Libre?, se preguntó mientras hacía el nudo, después cambió de idea. Si eso era cierto… tenía que admitir que ella jamás le había mentido. Me ha tratado como basura, pero nunca me mintió, pensó. ¿Entonces puedo salir…? ¿Y después qué?, se preguntó.

—¿Acaso importa?

Importaba, pero más importaba que podría salir.

—Me gusta más la roja —observó Loomis desde la puerta. Sonrió dulcemente—.

Para hoy, una corbata «con fuerza», me parece.

Obedientemente, Henderson buscó la corbata roja. Nunca se le había ocurrido protestar.

—¿Puedes decirme…?

—No lo sé… y tú sabes muy bien. Pero no me dejarían decirlo, a menos que todos pensaran que pagarías algo en devolución, señor Henderson.

—¿No puedes llamarme Peter, aunque sea una sola vez? —preguntó.

—Mi padre fue el vigésimo noveno piloto derribado sobre Vietnam del Norte. Lo capturaron con vida —existieron fotografías de él, vivo— pero nunca volvió.

—No lo sabía.

Loomis lo dijo con la misma naturalidad que si estuviera hablando del tiempo. —Tú no sabes un montón de cosas, señor Henderson. No me dejaron volar aviones como lo hizo papito, pero en el FBI les hago a esos bastardos la vida tan dura como puedo. Eso sí me dejaron hacerlo. Y espero que les cause el mismo daño que ellos me causaron a mí—. Sonrió de nuevo. —No es muy profesional, ¿verdad?

—Lo lamento. Me temo que no sé qué más decir.

—Seguro que sabes. Dile a tu contacto lo que yo te indiqué que le digas.

Le arrojó un grabador en miniatura. Tenía un medidor de tiempo computarizado y un dispositivo que lo hacía inviolable. Mientras viajara en el taxi, estaría bajo vigilancia intermitente. Si trataba de advertir de alguna manera a su contacto, había una probabilidad —no sabía si grande o pequeña— de que lo detectaran. No era un hombre apreciado por los demás, y tampoco confiaban en él. Sabía que nunca podría ganar afecto ni confianza, pero Henderson haría bien las cosas para poder salir.

Pocos minutos después dejó su departamento y bajó las escaleras. Varios taxis circulaban por el lugar, como era habitual. No hizo ninguna seña y esperó que uno de ellos se acercara a él. No empezaron a hablar hasta que el auto entró en el tráfico de la avenida Virginia.

El taxi lo llevó a la jefatura de la Tesorería General, sobre la calle G, noroeste. Dentro del edificio, entregó el grabador a otro agente del FBI. Henderson sospechaba que también era una radio, aunque en realidad no era así. El grabador fue al edificio Hoover. Cuando llegó allí, Loomis estaba esperando. Rebobinaron la cinta y la escucharon.

—Por una vez, la CIA lo hizo bien observó ella a su supervisor. Alguien de mayor jerarquía aún estaba allí. Eso era más importante de lo que ella había creído, comprendió Loomis de inmediato.

—Tiene sentido. Una fuente como Ryan no aparece con mucha frecuencia. Henderson transmitió el tema bastante bien.

—Le dije que éste podía ser su boleto de salida. La voz de Loomis decía algo más que eso.

—¿Usted no la aprueba? —preguntó el director asistente. Erg quien dirigía todas las operaciones de contrainteligencia del FBI.

—No ha pagado lo suficiente; no por lo que hizo.

—Señorita Loomis, después de que pase todo esto, le explicaré por qué está equivocada. Por ahora déjelo a un lado, ¿eh? Usted ha hecho un excelente trabajo en este caso. No lo arruine ahora.

—¿Qué pasará con él? —preguntó ella.

—Lo de siempre, dentro del programa de protección de testigos. Podría terminar dirigiendo a los Wendy en Billings, Montana, por lo que yo sé. —El director asistente se encogió de hombros. A usted la vamos a ascender y la enviaremos a la Oficina de Campo de Nueva York. Tenemos otro, y creemos que usted está lista para él. Hay un diplomático agregado a las Naciones Unidas que necesita alguien bueno que lo maneje.

—Muy bien. Esta vez la sonrisa no fue forzada.

—Mordieron. Mordieron en forma —dijo Ritter a Ryan—. Sólo espero que usted actúe bien, muchacho.

—No hay peligro. —Jack hizo un gesto con ambas manos abiertas—. Esto tiene que ser realmente civilizado.

Solamente las partes que tú sabes.

—Ryan, usted es todavía un aficionado en lo que se refiere a operaciones de campo. No lo olvide.

—Tengo que serlo para que esto dé resultado —señaló Jack—. A todos aquellos que han de destruir, primero los dioses los harán orgullosos —dijo el subdirector de Operaciones.

—Sófocles no lo dijo así —sonrió Jack.

—Es mejor a mi manera. Hasta tengo un cartel en la Granja que me cita.

La idea de Ryan para la misión había sido muy simple, demasiado simple, y la gente de Ritter la había retocado durante diez horas para convertirla en una verdadera operación. Simple en concepto, tendría sus complicaciones. Todas las tenían, pero a Ritter no le gustaba ese hecho.

Hacía mucho tiempo que Mancuso se había acostumbrado a la idea: los comandantes de submarinos no podían esperar que entre las listas de cosas que debían hacer se encontrara el sueño. Pero si algo odiaba en particular era que alguien golpeara su puerta quince minutos después de haber logrado acostarse.

—¡Adelante! Y muérase, dijo lo primero pero no lo último. —Tráfico muy urgente, FLASH, exclusivo para el comandante— dijo el teniente con aires de disculpa.

—¡Más vale que sea bueno! —chilló Mancuso, apartando las mantas de su litera. Se dirigió en ropa interior hacia la sala de comunicaciones, en el lado de babor y

detrás del centro de ataque. Diez minutos después, salió y entregó una hoja de papel al navegador.

—Quiero estar allí dentro de diez horas.

—No hay problema, comandante.

—La próxima persona que me moleste… ¡Más vale que sea una emergencia nacional grave! Volvió caminando hacia proa, descalzo sobre el piso de baldosas.

—Mensaje transmitido —dijo Henderson a Loomis durante la cena.

—¿Algo más? —Con candelabros y todo, pensó ella.

—Sólo querían confirmar. No querían nueva información, solamente reforzar lo que ya tenían por otras fuentes. Por lo menos, eso es lo que yo entendí. Y tengo otro mensaje de ellos.

—¿De qué se trata?

—El informe sobre el nuevo campo de batalla para la defensa aérea. No he podido comprender nunca por qué se molestan. Podrían leerlo antes de fin de mes en Aviation Week.

—No nos salgamos ahora de la rutina, señor Henderson.

Esta vez podían manejar el mensaje como tráfico de rutina de inteligencia. Debían encaminarlo directamente al presidente porque se trataba de información «personal» sobre un oficial enemigo de jerarquía en materia de inteligencia. En los altos escalones de la KGB sabían que Gerasimov era un hombre que se interesaba tanto en los chismes de Occidente como en los de Rusia.

Lo estaba esperando cuando él llegó a la mañana siguiente. El presidente de la KGB odiaba la diferencia de ocho horas entre Moscú y Washington…, ¡hacía que todas las cosas fueran tan condenadamente inoportunas! Si el centro de Moscú ordenaba cualquier acción inmediata, se arriesgaba en forma automática a que sus oficiales de campo dieran indicios a los norteamericanos sobre quiénes eran ellos. Como resultado, eran muy pocos los mensajes de «acción inmediata» que enviaban, y era agraviante para el presidente de la KGB que su poder personal quedara restringido por algo tan prosaico como unas líneas longitudinales.

«Sujeto P» —comenzaba el despacho; la «R» inglesa era una «P» en el alfabeto cirílico— es ahora blanco de una investigación delictiva secreta como parte de un asunto ajeno a la inteligencia. Sin embargo, se sospecha que el interés en P tiene una base política; probablemente un esfuerzo por parte de elementos progresistas del Congreso para perjudicar a la CIA a causa de una falla operacional desconocida, posiblemente referida a Europa Central, pero esto no está, REPITO, no está confirmado. Por la posición que ocupa, la culpabilidad delictiva de P será perjudicial para los funcionarios de mayor jerarquía de la CIA. Esta estación atribuye a la confiabilidad de inteligencia del caso una gradación A. Tres fuentes independientes confirman ahora las afirmaciones contenidas en mi despacho 88(B) 531 —C/EOC.

Siguen detalles completos vía valija diplomática. La estación recomienda seguimiento. Rezident Washington. Punto final.

Gerasimov ocultó el informe en su escritorio.

—Bueno —murmuró el presidente para sí mismo. Controló el reloj. Dos horas después debía asistir a la reunión regular de los jueves por la mañana del Politburó. ¿Cómo resultaría? Si algo sabía era que iba a ser muy interesante. Planeaba introducir una nueva variante en su juego… el Juego del Poder.

Su diaria reunión operacional era siempre un poco más larga los jueves. Nunca estaba de más dejar caer algunos bocaditos inofensivos en las reuniones. Sus camaradas miembros del Politburó eran todos hombres para quienes la conspiración era algo tan natural como la respiración, y no había habido gobierno en ninguna parte durante el último siglo, cuyos miembros de más alta jerarquía no disfrutaran al oír hablar de operaciones encubiertas. Gerasimov tomó unas cuantas notas, cuidando elegir solamente los temas que pudiera tocar sin comprometer casos importantes. A la hora establecida llegó su automóvil, acompañado como siempre por otro auto que lo precedía con los guardaespaldas, y partió velozmente hacia el Kremlin.

Gerasimov no era nunca el primero en llegar, y nunca el último. Esta vez entró inmediatamente detrás del ministro de Defensa.

—Buenos días, Dmitri Timofeyevich —dijo el presidente sin una sonrisa, pero con la suficiente cordialidad, a pesar de todo.

—Buenos días, camarada presidente —dijo Yazov cautelosamente. Ambos hombres se sentaron en sus sillones. Yazov tenía más de una razón para actuar con cautela. Además del hecho de que Filitov estaba colgado sobre su cabeza como la espada del mito, él no era miembro titular y con voto del consejo del Soviet Supremo. Gerasimov sí lo era. Eso daba a la KGB más poder político que a Defensa, pero las únicas veces en la historia reciente en que el ministro de Defensa había tenido voto en ese salón, había sido primero un hombre del Partido, como Ustinov. Yazov había sido primero un soldado. Miembro leal del partido, a pesar de todo, su uniforme no era la vestimenta que había sido para Ustinov. Yazov no tendría nunca voto en esa mesa.

Andrey Il’ych Narmonov entró al salón con su acostumbrado vigor. De todos los miembros del Politburó, solamente el presidente de la KGB era más joven que él, y Narmonov sentía la necesidad de mostrar una arrolladora energía cuando se presentaba ante los hombres más viejos que estaban ya acomodados junto a «su» mesa de conferencias. Las profundas tensiones de su trabajo ya se manifestaban en él. Todos pudieron verlo. Su negra mata de pelo estaba empezando a tomar rápidamente un color grisáceo, y parecía también que la línea de crecimiento había comenzado a retirarse. Aunque eso no era nada particular en un hombre de más de cincuenta años. Hizo un gesto invitando a todos a sentarse.

—Buenos días, camaradas —dijo Narmonov con tono formal—. El tema inicial

tratará sobre la llegada del grupo norteamericano para negociación de armamentos.

—Tengo que informar una buena noticia —dijo Gerasimov en el acto.

—¿Cierto? —preguntó Alexandrov, antes de que pudiera hacerlo el secretario general, poniendo en juego su propia posición.

—Cierta información que tenemos sugiere que los norteamericanos están dispuestos, en principio, a poner sobre la mesa su programa de defensa estratégica —anunció el presidente de la KGB—. No sabemos qué concesiones exigirán por eso, ni la extensión de las concesiones en su programa que están dispuestos a hacer, pero, con todo, esto significa un cambio en su posición.

—Me resulta difícil creerlo —habló Yazov—. Su programa está progresando muy bien… como usted mismo me dijo la semana pasada, Nikolay Borissovich.

—Existen algunos disensos políticos dentro del gobierno de los Estados Unidos, y posiblemente se haya iniciado en estos momentos una lucha de poder dentro de la propia CIA, acabamos de enterarnos. De cualquier manera, esa es nuestra información, y la consideramos bastante confiable.

—Eso es todo una sorpresa. —Las cabezas se volvieron hacia donde estaba sentado el ministro de Relaciones Exteriores. Se lo veía escéptico—. Los norteamericanos han sido inexorables en ese punto. Usted dice «bastante confiable», ¿pero no absolutamente?

—La fuente ocupa una posición muy alta, pero la información todavía no ha sido adecuadamente confirmada. Sabremos más el próximo fin de semana.

Alrededor de la mesa las cabezas asintieron. La delegación norteamericana iba a llegar el sábado a mediodía, y las negociaciones no comenzarían hasta el lunes. Los norteamericanos dispondrían de treinta y seis horas para superar el cansancio del viaje y los trastornos físicos del cambio horario. Durante ese período habría una cena de bienvenida en el Hotel de la Academia de Ciencias, y prácticamente nada más.

Obviamente, esa información es objeto de enorme interés para mi grupo de negociación, pero me resulta sumamente sorpresiva, sobre todo en vista de las reuniones explicativas que nos han dado aquí sobre nuestro Programa Bright Star, y su contraparte.

—Hay razones para creer que los norteamericanos están enterados con respecto a Bright Start contestó suavemente Gerasimov. —Quizás hayan descubierto que nuestro progreso es digno de respeto.

—¿Bright Star infiltrado? —preguntó otro de los miembros—. ¿Cómo?

—No estamos seguros. Hemos empezado a trabajar en eso —replicó Gerasimov, cuidando no mirar en dirección a Yazov. Juegas tú camarada ministro de Defensa.

—Entonces los norteamericanos podrían estar en realidad más interesados en cancelar nuestro programa que restringir el de ellos-observó Alexandrov.

—Y creen que nuestros esfuerzos han sido lo contrario de eso gruñó el ministro

de Relaciones Exteriores. ¡Cómo me gustaría poder decir a mi gente cuál es la realidad de las cosas!

—¿Mariscal Yazov? —dijo Narmonov. No sabía que estaba poniendo en el tapete a su propio hombre.

Hasta ese momento, Gerasimov no había estado seguro con respecto a Yazov, en cuanto a que pudiera poner en juego su propia seguridad si llevaba la vulnerabilidad política del ministro por el caso Filitov, a su jefe. Eso le daría la respuesta. Yazov temía la posibilidad. —CERTEZA, se corrigió, Yazov ya tiene que saberlo— de que podamos hacerlo caer en desgracia. También teme que Narmonov no esté dispuesto a arriesgar su posición para salvarlo. Entonces, ¿he incluido a ambos, Yazov y Vaneyev? Si es así, me pregunto si valdría la pena conservar a Yazov después que reemplace al secretario general… Tu decisión, Yazov…

—Hemos superado el problema de la potencia de emisión del láser. El inconveniente que aún subsiste es del control de computación.

En esto nos hallamos muy por detrás de las técnicas norteamericanas, debido a la superioridad de su industria de computadoras. Hace apenas una semana, el camarada Gerasimov nos proporcionó datos sobre el programa de control norteamericano, pero ni siquiera habíamos comenzado a examinarlo cuando supimos que dicho programa ya había sido superado por los hechos.

—No quiero que se entienda esto como una crítica a la KGB, naturalmente…

—¡Sí! En ese momento Gerasimov estuvo seguro. Está haciendo su propio sondeo sobre mí. Y lo mejor de todo… ningún otro hombre en este salón, ni siquiera Alexandrov, comprende lo que acaba de ocurrir.

—En realidad, nos ilustra sobre el problema técnico con toda claridad. Pero es sólo un problema técnico, camaradas. También éste puede ser superado. Mi opinión es que vamos adelante de los norteamericanos. Si ellos lo saben, estarán temerosos ante ese hecho. Nuestra posición de negociación hasta este momento ha consistido en objetar solamente los programas basados en el espacio, nunca los basados en tierra, ya que siempre hemos sabido que nuestros sistemas basados en tierra prometen mucho más que sus contrapartes norteamericanas. Posiblemente, el cambio en la posición de los Estados Unidos lo confirma. De ser así, yo recomendaría en contra de negociar Bright Star por absolutamente nada.

—Esa es posición defendible —comentó Gerasimov después de un momento—. Dmitri Timofeyevich nos ha presentado una opinión previsora. —Las cabezas volvieron a asentir alrededor de la mesa— a sabiendas, pensaban todos, pero tan equivocados como ninguno de ellos se habría atrevido a imaginar —cuando el presidente del Comité para Seguridad del Estado y el ministro de Defensa consumaron su pacto sin otra cosa que una rápida mirada y una ceja levantada.

Gerasimov se volvió en dirección a la cabecera de la mesa cuando el intercambio

de ideas se centralizó en ese lugar. El secretario general Narmonov observaba el debate con interés, tomando unas pocas notas, y sin darse cuenta de la particular mirada de su presidente de la KGB.

Me pregunto si ese sillón es más cómodo que el mío.

XIX. Viajeros

Ryan se alegró al comprobar que también el Ala 89a de Transporte Aéreo Militar se preocupaba por la seguridad. Los centinelas que custodiaban el «Ala Presidencial» en la Base Aérea de Andrews tenían fusiles cargados y miraban con extrema seriedad para impresionar a los «Distinguidos Visitantes». La Fuerza Aérea de los Estados Unidos evitaba la expresión VIP (Very Important Persons). La combinación de las tropas armadas y la habitual cantidad de anuncios del aeropuerto permitían asegurar que nadie iba a secuestrar el avión para llevarlo a… Moscú. Tenían una tripulación de vuelo completo para hacerlo.

Ryan pensaba siempre lo mismo antes de iniciar un vuelo. Mientras esperaba para atravesar el magnetómetro con forma de puerta, imaginaba que alguien había grabado en el dintel: ABANDONAD TODA ESPERANZA VOSOTROS QUE ENTRAISAQUI. Hacía muy poco que había logrado sobreponerse a su terror de volar; ahora su ansiedad se refería a alguna otra cosa, pensó. No funcionaba. Los miedos se suman, no son paralelos, descubrió mientras salía del edificio.

Iban a tomar el mismo avión que la última vez. El número pintado en la cola era 86971. Era un 707, salido por primera vez de la planta de Boeing en Seattle en 1958, y convertido a la configuración de un VC137. Era más cómodo que un VC135, y además tenía ventanillas. Si había algo que Ryan odiaba era encontrarse a bordo de un avión sin ventanillas. No había manga nivelada para entrar en la aeronave. Todos debieron subir por una antigua escalera. Una vez adentro, el avión era una curiosa mezcla de comodidades comunes y exclusivas. El pequeño baño delantero estaba en la ubicación acostumbrada, frente mismo a la puerta de acceso, pero inmediatamente hacia popa estaba instalada la consola de comunicaciones que posibilitaba al avión enlace instantáneo y seguro por radio y satélite con cualquier lugar del mundo. Después seguía el compartimiento relativamente cómodo para descanso de la tripulación, y luego la cocina. A bordo del avión, la comida era bastante buena. El asiento de Ryan se hallaba en la zona «casi distinguidos visitantes», en uno de los dos sofás colocados a ambos lados del fuselaje, un poco adelante del espacio con seis sillones para los individuos realmente importantes. Detrás estaban los asientos en filas de cinco de frente para periodistas, Servicio Secreto, y otras personas consideradas menos distinguidas por quienquiera hubiese tomado la decisión. En ese viaje el sector iba prácticamente vacío, aunque algunos jóvenes miembros de la delegación ocuparían esos sitios allí atrás, donde podían aflojarse un poco más, para variar.

Lo único realmente malo del VC-137 era su alcance limitado.

No podía completar el vuelo a Moscú sin escalas y generalmente debía aterrizar en Shannon para reabastecerse de combustible, antes de cumplir la última etapa. El

avión del presidente —en realidad había dos Fuerza Aérea Uno— estaba remodelado sobre la base del 707-320, de mayor alcance, y pronto sería reemplazado por el ultramoderno 747. La Fuerza Aérea estaba ansiando contar con aviones presidenciales que fueran más «jóvenes» que la mayoría de sus tripulaciones. Lo mismo esperaba Ryan. Este había rodado saliendo de los hangares de la fábrica cuando él estaba en segundo grado, y le resultaba extraño que hubiera sido así. ¿Y qué podría haber ocurrido entonces?, se preguntó. Tal vez su padre lo hubiera llevado a Seattle y, señalando el avión, le hubiese dicho: Mira, algún día volarás en él a Rusia…

Me pregunto cómo se predice el destino. Me pregunto cómo predecir el futuro…

Al principio lo pensó en calma; un momento después la idea lo heló.

Tu trabajo es predecir el futuro, pero ¿qué te hace pensar que realmente puedes hacerlo? ¿Qué has estimado mal esta vez, Jack? ¡Maldito sea!, se enfureció consigo mismo. Cada vez que me subo a un condenado avión… Se ajustó el cinturón de seguridad y quedó enfrentado, a través del fuselaje, a cierto técnico del Departamento de Estado a quien le encantaba volar.

Un minuto después arrancaron los motores, y casi en seguida el avión inició el carreteo. Los anuncios por medio del intercomunicador no fueron muy distintos de los de cualquier línea aérea; sólo lo suficiente como para informar que el avión no pertenecía a ninguna corporación. Jack ya lo había deducido. La azafata tenía bigotes. Fue motivo de chistes mientras la aeronave rodaba hasta el final de la calle de despegue Uno Izquierda.

El viento soplaba desde el norte, y el VC137 lo enfrentó para despegar. Un minuto después viró a la derecha. Jack se dio vuelta para mirar allá abajo la Ruta Nacional 50. Era el camino hacia su casa en Annapolis. Dejó de verla cuando el avión entró en nubes. Ese velo blanco impersonal siempre había parecido una hermosa cortina, pero ahora… ahora sólo significó que ya no podía ver el camino a su casa. Bueno, no era mucho lo que podía hacer al respecto. Ryan disponía de todo el sofá para él, y decidió aprovecharlo. Se quitó los zapatos y se estiró para dormir un rato. Si algo iba a necesitar era estar descansado. Estaba seguro de eso.

El Dallas había salido a la superficie a la hora y en el lugar prefijados, y luego le informaron de una modificación en los planes. Ahora volvía nuevamente a la superficie. Mancuso fue el primero en subir la escalerilla hacia el puesto de control en lo alto de la torreta, seguido por un joven oficial y un par de vigías. El periscopio ya estaba arriba explorando la superficie en busca de tráfico, como era natural. Era una noche clara y calma, con esa clase de cielo que sólo se ve en el mar, encendido de estrellas, como brillantes sobre una sábana de terciopelo.

—Puente, aquí control. Mancuso oprimió el botón. —Aquí puente.

—ESM* informa transmisor de radar aéreo con marcación uno-cuatro —cero. La

marcación parece estable.

—Muy bien. —El comandante se dio vuelta—. Puede encender las luces de navegación.

—Despejado a estribor —anunció uno de los vigías—. Despejado a babor dijo a su vez el otro.

—ESM informa contacto aún estable en uno-cuatro-cero. La intensidad de la señal en aumento.

—¡Posible aeronave a babor por la proa! —gritó uno de los vigías.

Mancuso se llevó a los ojos los binoculares y empezó a buscar en la oscuridad. Si ya estaba allí, no tenía encendidas sus luces de posición…, pero en ese instante vio desaparecer un puñado de estrellas, ocultas por algo…

—Lo tengo. ¡Buena vista, Everly! Ah, ya encendió las luces. —Puente, control, estamos recibiendo un mensaje radial.

—Pásemelo —contestó Mancuso en el acto.

—Listo, señor.

—Eco. —Golf—. Nine, aquí Alfa. —Whiskey—. Five, cambio.

—Alfa. —Whiskey—. Five, aquí Eco. —Golf—. Nine. Lo oigo fuerte y claro. Señal de autenticación, cambio.

—Bravo. —Delta—. Hotel, cambio.

—Recibido, gracias. Estamos a la espera. Viento calma. Mar llana. —Mancuso bajó el brazo y encendió las luces de instrumentos del puesto de control. Si bien no los necesitaba en ese momento— la Central de Ataque aún tenía el mando —daría un blanco al helicóptero que se aproximaba.

Un momento después pudieron oírlo, primero el particular ruido de las palas del rotor, después, el aullido de los motores turboshaft. Pasó menos de un minuto y sintieron la corriente de aire proyectada hacia abajo mientras el helicóptero viraba sobre sus cabezas hasta que el piloto logró orientarse. Mancuso se preguntó si encendería sus luces de aterrizaje o si lo haría a la estima.

Lo hizo a la estima o, más apropiadamente, actuó como debía hacerlo en una operación encubierta de transferencia de personal, una misión de «combate». El piloto usó como punto de referencia las luces de la torreta del submarino y puso la aeronave en vuelo estacionario cincuenta metros a babor. Después, redujo la altura y deslizó lateralmente el helicóptero hacia el submarino. Vieron que la puerta de carga se deslizaba para abrirse. Surgió una mano y se aferró al gancho terminal del cable del torno.

—Todo el mundo atento —dijo Mancuso a su gente—. Ya lo hemos hecho antes. Controlen sus cabos de seguridad. Con cuidado.

El fuerte viento del rotor amenazaba barrerlos a todos y hacerlos caer por la escalerilla hasta la Central de Ataque; el helicóptero se mantenía estacionario

exactamente encima de ellos. Mientras Mancuso observaba, emergió la figura de un hombre desde la puerta de carga y, colgado del cable, comenzó a descender hacia el submarino. Eran unos diez metros de altura y parecían interminables mientras la figura bajaba, girando ligeramente por la torsión del cable de acero del torno. Uno de los marineros estiró el brazo y agarró un pie, atrayendo al hombre hacia ellos. El comandante le tomó la mano y ambos lo hicieron entrar en la torreta.

—Bueno, ya lo tenemos —dijo Mancuso. El hombre se deslizó fuera del anillo y se dio vuelta, mientras el cable empezaba a subir otra vez.

—¡Mancuso!

—¡Hijo de puta! —exclamó el comandante.

—¿Esa es forma de saludar a un camarada? —¡Condenado!— Pero su trabajo estaba primero. Miró hacia arriba. El helicóptero ya estaba a sesenta metros de altura. Bajó el brazo y apagó y encendió tres veces las luces de navegación del submarino: TRANSFERENCIA COMPLETADA. El helicóptero dejó caer la nariz de inmediato y puso rumbo de regreso a la costa alemana.

—Vamos abajo —dijo Bart riendo—. Vigías abajo. Despejen el puente. Hijo de puta —volvió a decir para sí mismo. El comandante observó bajar a sus hombres por la escalerilla, apagó las luces interiores de la torreta y recorrió todo con una última mirada de control antes de bajar él también detrás de los otros. Segundos después estaba en la Central de Ataque.

—¿Ahora pido permiso para subir a bordo? —preguntó Marko Ramius.

—¿Navegador?

—Todos los sistemas alistados y controlados para inmersión. Estamos listos para inmersión —informó el navegador. Mancuso se volvió automáticamente para controlar el tablero de situación.

—Muy bien. Inmersión. Profundidad treinta metros; rumbo cero-siete-uno; un tercio. —Se dio vuelta otra vez—. Bienvenido a bordo capitán.

—Gracias, comandante. —Ramius envolvió a Mancuso en un feroz abrazo de oso y lo besó en la mejilla. Después se quitó la mochila que llevaba.

—¿Podemos hablar?

—Vayamos a proa.

—Es primera vez que vengo a bordo de tu submarino —observó Ramius. En ese instante asomó una cabeza desde la sala de sonar.

—¡Capitán Ramius!, ¡me pareció reconocer su voz! —Jones miró a Mancuso.

—Perdone, señor. Acabamos de tener un contacto, con marcación cero-ocho-uno. Suena como un mercante. Una sola hélice, máquinas diesel de baja velocidad. Probablemente lejos todavía. Voy a informar al oficial de guardia ahora, señor.

—Gracias, Jonesy. —Mancuso llevó a Ramius al interior de su camarote y cerró la puerta.

—¿Qué diablos era eso? —preguntó un joven sonarista a Jones momentos después.

—Acabamos de recibir nueva compañía. —¿No tenía una especie de acento?

—Algo como eso. —Jones señaló la pantalla de presentación del sonar—. Ese contacto también tiene un acento. Veamos cuánto demoras en decidir qué clase de mercante es.

Era peligroso,… pero toda la vida era peligrosa, pensó el Arquero. La frontera afgano-soviética era allí un río de deshielo que serpenteaba entre las gargantas que había cavado en las montañas. La frontera estaba fuertemente custodiada. Los ayudaba el hecho de que todos sus hombres tenían puestos uniformes de estilo ruso. Hacía tiempo que los rusos habían provisto a sus soldados vestimenta de invierno sencilla pero abrigada. Las que ellos llevaban eran casi totalmente blancas, pasa confundirse con el fondo blanco de la nieve; tenían muy pocas rayas y motas como para darles forma. Allí debían tener paciencia. El Arquero estaba acostado en el suelo, detrás de la cresta de una elevación, y usaba binoculares rusos para barrer con la vista el terreno, mientras sus hombres descansaban detrás de él, unos metros más abajo. Podría haber obtenido la ayuda de una banda de guerrilleros locales, pero había llegado demasiado lejos para arriesgarse con eso. Algunas de las tribus norteñas, dominadas por los rusos, eran obligadas a cooperar con ellos, por lo menos eso le habían dicho. Cierto o no, ya tenía suficiente con los riesgos que estaba corriendo.

A seis kilómetros de distancia, en lo alto de la montaña que se elevaba a su izquierda, los rusos tenían un puesto de guardia. Era grande, tal vez se alojaba allí una sección completa, y los responsables de patrullar ese sector eran soldados de la KGB. La frontera propiamente dicha estaba cubierta con campos minados y había una valla. A los rusos les encantaban los campos minados… pero el terreno congelado era extremadamente duro y las minas soviéticas a veces no funcionaban bien en la tierra helada, aunque ocasionalmente estallaban solas cuando el hielo se movía alrededor de ellas.

El Arquero había elegido cuidadosamente el lugar. Allí la frontera parecía virtualmente invulnerable… en el mapa. Los contrabandistas la habían usado durante siglos, sin embargo. Del otro lado del río había un sendero irregular formado por siglos de deshielos. Empinado y resbaloso, era también un minicañón oculto a la vista, excepto desde arriba directamente. Si los rusos tenían guardia en ese lugar, sería una trampa de muerte, por supuesto. Sería la voluntad de Alá, se dijo, y se entregó a su destino. Había llegado la hora.

Primero vio los fogonazos. Diez hombres con una ametrallador, pesada y uno de sus preciosos morteros. Unas pocas líneas amarillas de la munición trazadora cruzaron sobre la frontera y terminaron dentro del campamento base ruso. Mientras observaba, algunos proyectiles dieron en las rocas y formaron caprichosas

trayectorias contra el cielo aterciopelado. Entonces los rusos empezaron a devolver el fuego. Poco después llegó hasta ellos el ruido de los disparos. Confió en que sus hombres hubieran abandonado las posiciones; se dio vuelta hizo señas para que el grupo avanzara.

Bajaron corriendo la ladera frontal de la montaña; indiferentes a la seguridad. El único hecho favorable era que el viento había barrio la nieve de las rocas permitiéndoles que afirmaran bien los pies. El Arquero los condujo hacia abajo, en dirección al río. Asombrosamente, no estaba congelado; su curso era demasiado empinado para que las aguas se detuvieran, aun con temperaturas inferiores a cero grado ¡Allí estaba el alambrado!

Un joven, con un par de tijeras de doble mango, abrió un paso y, nuevamente, el Arquero llevó por allí a sus hombres. Sus ojos estaban acostumbrados a la oscuridad, y empezó a caminar más lentamente, mirando el terreno y buscando los montículos reveladores de la existencia de minas en la tierra helada. No necesitaba decir a los que venían detrás que se mantuvieran en una sola fila y pisaran sobre las roca donde fuera posible. Hacia la izquierda se encendieron bengalas que decoraban el cielo, pero los disparos de armas de fuego habían disminuido en gran medida.

Le llevó más de una hora, pero logró hacer pasar a todos sus hombres por el sendero de los contrabandistas. Dos de ellos quedaron atrás, cada uno sobre el pico de un cerro, dominando con la vista el alambrado. Vieron al zapador aficionado que había cortado el alambre; ahora lo reparaba para ocultar el sitio de entrada. Después, también él se desvaneció en la oscuridad.

El Arquero no se detuvo hasta el amanecer. Estaban dentro del horario previsto, y necesitaban unas horas para descansar y comer. Todo había salido bien, le informaron sus oficiales, mejor de lo que esperaban.

La escala en Shannon fue breve; sólo lo suficiente para reabastecerse de combustible y recibir a bordo a un piloto soviético cuya tarea consistiría en sostener los diálogos a través del sistema de control de tránsito aéreo ruso. Jack se despertó cuando aterrizaban y pensó estirar un poco las piernas, pero resolvió que el free shop podía esperar hasta el viaje de regreso. El ruso ocupó su lugar en la cabina de vuelo, y el 86971 inició otra vez el carreteo.

Ya era de noche. El piloto parecía sentirse muy locuaz; anunció que volverían a volar sobre tierra en Wallasey. Dijo que en toda Europa reinaba tiempo bueno y frío. Jack observó las luces amarillentas de las ciudades de Inglaterra que se deslizaban debajo de ellos. Aumentó la tensión en la aeronave… o tal vez prevención fuera una palabra mejor, pensó, mientras oía cómo variaba el tono de las voces alrededor, aunque el volumen disminuía. No se podía volar con destino a la Unión Soviética sin sentirse un poquito conspirador. Pronto, todas las conversaciones se desarrollaban en sibilantes susurros. Jack sonrió mirando en dirección al plástico de su ventanilla, y su

imagen reflejada preguntó qué era tan condenadamente gracioso. De nuevo apareció agua debajo cuando volaban cruzando el Mar del Norte hacia Dinamarca.

Después apareció el Báltico. Se podía notar dónde se encontraban el Este y el Oeste. hacia el sur, las ciudades de Alemania Occidental estaban todas alegremente iluminadas; cada una de ellas envuelta en un cálido resplandor de luz. No era lo mismo sobre el lado oriental de la barrera de alambres y campos minados. A bordo, todos advirtieron la diferencia, y las conversaciones se hicieron aún más apagadas.

La aeronave volaba siguiendo la ruta aérea G 24; al frente, el navegador tenía la carta Jeppesen parcialmente desplegada sobre su mesa. Otra diferencia entre el Este y el Oeste era la escasez de rutas aéreas en el primero. Bueno, se dijo, aquí no hay muchos Pipers y Cessnas… por supuesto, sólo contaba aquel Cessna…

—Entrando en viraje, para nuevo rumbo cero-siete-ocho. Ingresamos en control soviético.

—Correcto —respondió el piloto, comandante de aeronave, después de un momento. Estaba cansado. Había sido un largo día de vuelo. Se hallaban ya en Nivel de Vuelo 381 (treinta y ocho mil cien pies, u once mil seiscientos metros, como preferían designarlo los soviéticos). Al piloto no le gustaba hablar de metros, aunque sus instrumentos estaban calibrados de ambas maneras. Después de terminar el viaje, volaron otros noventa y seis kilómetros antes de cruzar la frontera soviética en Ventspils.

—Ya estamos —dijo alguien cerca de Ryan. Desde el aire, de noche, el territorio soviético hacia que Alemania del Este pareciera Nueva Orleans en Carnaval. Jack recordó las tomas nocturnas desde satélites. Era tan fácil distinguir los campos del GULAG. Eran los únicos rectángulos iluminados en todo el país… qué triste lugar, en el que sólo las prisiones están bien iluminadas…

El piloto marcó la entrada solamente, cómo un punto más de referencia. Ochenta y cinco minutos más de vuelo, con las condiciones de viento existentes. El sistema de control de tránsito aéreo soviético a lo largo de esa ruta —ahora llamada G-3— era el único en todo el país que hablaba en inglés. No necesitaban realmente al oficial soviético para completar la misión —era un oficial de inteligencia de la fuerza aérea, por supuesto—, pero si algo anduviera mal, las cosas podría ser distintas. A los rusos les gustaba la idea del control positivo. La órdenes que recibía ahora sobre rumbo y altura eran mucho más exactas que las que se daban en el espacio aéreo norteamericano, como el piloto no supiera qué hacer a menos que algún imbécil se lo dijera desde tierra. Pero había un componente de humor en todo eso. El piloto era el coronel Paul von Eich. Su familia había emigrado a los Estados Unidos desde Prusia hacía cien años, aunque ninguno de ellos pudo nunca prescindir del «von», que alguna vez fuera tan importante para el status familiar. Algunos de sus antepasados habían peleado allá abajo, reflexionaba, en el terreno llano y cubierto de nieve de

Rusia. Y por cierto, también lo habían hecho algunos miembros de su milla más recientemente. Probablemente algunos pocos yacían enterrados allí, mientras él pasaba zumbando por arriba a novecientos sesenta kilómetros por hora. Se preguntó vagamente qué pensará: ellos de su trabajo, mientras sus ojos celestes exploraban el cielo buscando las luces de algún otro avión.

Como la mayoría de los pasajeros. Ryan solía apreciar la altura sobre el suelo sobre la base de lo que podía ver, pero la oscura campiña soviética se lo impedía. Supo que estaban cerca cuando el avión inició un amplio viraje a la izquierda. Oyó el aullido mecánico cuando, bajaron los flaps y notó que se reducía la potencia de los motores. Pronto pudo distinguir apenas algunos árboles que pasaban velozmente y oyó la voz del piloto, indicando a los fumadores que apagaran sus cigarrillos, y que debían ajustarse los cinturones. Cinco minutos después volvieron al nivel del suelo en Sheremetyevo, el aeropuerto de Moscú. A pesar del hecho de que todos los aeropuertos del mundo parecen exactamente iguales, Ryan distinguía a éste con absoluta seguridad: las calles de carreteo hacían saltar el avión como en ningún otro.

La conversación en la cabina se había animado ahora. Comenzó la excitación cuando los tripulantes del avión empezaron a moverse de un lado a otro. Los hechos siguientes se sucedieron con extrema fugacidad. Un comité de recepción, de nivel apropiado, dio la bienvenida a Ernie Allen y se lo llevaron rápidamente en una limusina de embajada. Todos los demás quedaron relegados a un ómnibus. Ryan se sentó solo y se dedicó a observar por la ventanilla del vehículo de fabricación alemana.

—¿Morderá Gerasimov? ¿Morderá realmente? ¿Qué pasará si no lo hace?

—¿Y qué si lo hace?, se preguntaba Ryan con una sonrisa.

En Washington todo le había parecido muy sencillo, pero aquí, a más de ocho mil kilómetros de distancia…, bueno. Primero trataría de dormir un poco, ayudado por una sola cápsula roja provista por el gobierno. Después hablaría a algunas personas de la embajada. El resto tendría que cuidarse por sí mismo.

XX. La clave del destino

El frío era terrible cuando Ryan se despertó con el intermitente llamado de su reloj pulsera. Aunque ya eran las diez de la mañana aún había escarcha en las ventanas; se dio cuenta de que no había controlado que estuviera encendida la calefacción en su cuarto. Su primera acción consciente del día fue ponerse unas medias. La habitación estaba en el séptimo piso —la llamaban «departamento de eficiencia»— y desde ella se veía abajo el recinto de la embajada. Se había nublado, y el día estaba de un color gris plomizo, con amenaza de nevada.

—Perfecto —observó para sí Jack mientras se dirigía al cuarto de baño. Sabía que podía haber sido peor. La única razón por la que tenía esa habitación era que el oficial que vivía normalmente allí se encontraba de licencia por luna de miel. Por lo menos las cañerías funcionaban, pero encontró una nota adherida al espejo del botiquín aconsejándole que no dejara el lugar todo revuelto, como lo había hecho el último ocupante transitorio. Después abrió la pequeña heladera. Nada. Bienvenido a Moscú. De vuelta en el cuarto de baño se lavó y afeitó. Una singularidad más de la embajada era que para bajar desde el séptimo piso había que subir primero hasta el noveno y luego tomar otro ascensor que descendía desde allí hasta el hall de recepción. Jack seguía sacudiendo la cabeza en señal de incredulidad cuando entró en la cantina.

—¿No es un verdadero placer lo que uno siente con el cambio de horario después del vuelo? —le preguntó a manera de saludo otro miembro de la delegación—. Allá está el café.

—Yo lo llamo postración postviaje. —Ryan se sirvió una taza y volvió—. Bueno, el café es decente. ¿Dónde están todos los demás?

—Probablemente en la cama todavía, incluido el Tío Ernie. Yo pude dormir unas pocas horas durante el vuelo, y gracias a Dios por la Píldora que nos dieron.

—Sí, yo también —rio Jack—. Hasta podría volver a sentirme mano a la hora de la cena, esta noche.

—¿Tiene ganas de explorar? Me gustaría dar un paseo, pero… —Salir en pareja — asintió Ryan. La norma se aplicaba solamente a los negociadores sobre armamento. Esta fase de las negociaciones iba a ser muy delicada, y las reglas impuestas al grupo eran más severas que lo normal. —Tal vez más tarde. Tengo que trabajar un poco.

—Hoy y mañana tendremos la única oportunidad señaló el al diplomático.

—Lo sé —le aseguró Ryan. Miró el reloj y decidió que esperaría para comer algo hasta la hora del almuerzo. Su ciclo de sueño ya estaba casi sincronizado con los horarios de Moscú, pero su estómago todavía no estaba seguro. Jack regresó caminando a la cancillería.

Los corredores se hallaban en su mayor parte vacíos. Algunos infantes de marina

los patrullaban, con expresiones graves después de los problemas que habían tenido poco antes, pero ese sábado por la mañana había pocas evidencias de actividad. Jack llegó a la puerta que buscaba y llamó con los nudillos. Sabía que estaba cerrada con llave.

—¿Usted es Ryan?

—Sí, soy yo. —La puerta se abrió para permitirle entrar, después volvió a cerrarse con llave.

—Siéntese. —Se llamaba Tony Candela—. ¿Qué sucede?

—Tenemos planeada una operación.

—Es novedad para mí… usted no es operaciones, usted es inteligencia —objetó Candela.

—Si, bueno, Iván también lo sabe. Esta va a ser un poco extraña.

—Ryan explicó durante cinco minutos.

—¿Un poco extraña, dijo? —Candela revoleó los ojos—. Necesito un colaborador para una parte. Necesito algunos números de teléfonos a donde pueda llamar, y puedo necesitar ruedas disponibles cuando las pida.

—Eso podría costarme algunos efectivos.

—Lo sabemos.

—Por supuesto, si sale bien…

—Correcto. Tenemos que darle con todo.

—¿Los Foley conocen el asunto?

—Me temo que no.

Es una lástima, a Mary Pat le habría encantado. Ella es el cowboy. Ed es más bien el tipo de cuello duro. ¿De modo que usted espera que muerda el lunes o el martes por la noche?

Ese es el plan.

—Déjeme decirle algo sobre planes —observó Candela.

Estaban dejándolo dormir. Los médicos habían vuelto a advertirle, pensó Vatutin fastidiado. ¿Cómo pretendían que él consiguiera algo cuando no dejaban de…?

—Ahí está otra vez ese nombre —dijo cansadamente el hombre que tenía puestos los auriculares—. Romanov. Si tiene que hablar en sueños, ¿por qué no puede confesar…?

—Tal vez esté hablando con el fantasma del Zar —bromeó otro oficial. Vatutin levantó la cabeza.

—O tal vez sea el de alguna otra persona. —El coronel sacudió la cabeza. Había estado a punto de quedarse dormido también él. Romanov, si bien era el nombre de la difunta familia real del Imperio Ruso, no dejaba por eso de ser bastante común; hasta un miembro del Politburó se llamaba así.

—¿Dónde está su legajo?

—Aquí. —El bromista abrió un cajón y se lo alcanzó. La carpeta pesaba seis kilogramos y estaba compuesta por diferentes secciones. Vatutin había aprendido casi de memoria gran parte de ella, pero concentrándose en las dos últimas partes. Esta vez abrió la primera sección.

—Romanov —murmuró suspirando—. ¿Dónde lo he visto…? Le llevó quince minutos, hojeando las raídas páginas tan rápido como pudo.

—¡Lo tengo! —Era una mención, garabateada a lápiz: «cabo A.I. Romanov, muerto en acción el 6 de octubre de 1941»,… puso su tanque en posición desafiante entre el enemigo y el tanque semidestruido de su comandante, permitiendo que éste evacuara a sus tripulantes heridos… «¡Sí!» esto figura en un libro que leí cuando era un chico. Misha llevó a sus hombres a la parte posterior de otro tanque, saltó adentro, y personalmente destruyó el tanque enemigo que había batido el de Romanov. Él había salvado la vida de Misha y le dieron la condecoración póstuma de la Bandera Roja…— Vatutin se detuvo. Se dio cuenta de que estaba llamando Misha al sujeto.

—¿Hace casi cincuenta años?

—Eran camaradas. Este individuo Romanov había sido parte de la tripulación del propio tanque de Filitov durante los primeros meses. Bueno, fue un héroe. Murió por la Patria, salvando la vida de su oficial —observó Vatutin. Y Misha todavía le habla…

Ya te tengo, Filitov.

—¿Lo despertamos y…?

—¿Dónde está el doctor? —preguntó Vatutin.

Resultó que estaba a punto de marcharse a su casa y no se alegró demasiado cuando volvieron a llamarlo. Pero no tenía un grado como para desafiar al coronel Vatutin.

—¿Cómo deberíamos manejar esto? —preguntó Vatutin después de delinearle su idea.

—Deberá estar hastiado, pero bien despierto. Eso se logra fácilmente.

—Entonces podemos despertarlo ahora y…

—No —el médico sacudió la cabeza—. No en sueño RMO.

—¿Qué?

—Sueño en Rápido Movimiento Ocular… así se llama cuando el paciente está soñando. Siempre se puede saber si el sujeto está soñando por el movimiento de los ojos, ya sea que hable o no.

—Pero no podemos ver eso desde aquí —objetó otro oficial.

—Sí, tal vez deberíamos rediseñar el sistema de observación —murmuró el doctor-Pero eso no importa demasiado. Durante el sueño RMO el cuerpo está paralizado efectivamente. Ustedes pueden notar que ahora no se está moviendo, ¿correcto? La mente cumple esa función para evitar daños al cuerpo. Cuando empiece

a moverse de nuevo, el sueño ha terminado.

—¿Cuánto demora? —preguntó Vatutin—. No queremos que esté demasiado descansado.

—Depende del sujeto, pero yo no me preocuparía excesivamente. Haga que el carcelero tenga listo un desayuno para él, y tan pronto como empiece a moverse, que lo despierte… y le dé de comer.

—Por supuesto. —Vatutin sonrió.

—Después, simplemente lo mantenemos despierto… este, ocho horas o más. Sí, con eso será suficiente. ¿Le alcanza a usted ese tiempo?

—Fácilmente —dijo Vatutin, con mayor confianza de la que debía haber tenido. Se puso de pie y miró su reloj. El coronel del «Dos» llamó al Centro y dio unas cuantas órdenes. También su sistema pedía a gritos un poco de sueño. Pero para él había una cómoda cama. Cuando llegara el momento, quería tener toda su inteligencia bien despierta.

El coronel se desvistió cuidadosamente y llamó un ordenanza para que lustrara sus botas y planchara el uniforme mientras él dormía. Estaba tan cansado que ni siquiera experimentó la necesidad de un trago. —Ahora te tengo— murmuró mientras se sumergía en el sueño.

—Buenas noches, Bea —dijo Candi desde la puerta cuando su amiga abría el auto. Taussig se dio vuelta una última vez y agitó el brazo en despedida antes de subir. Candi y el enano repelente no habrían podido ver la forma en que ella clavó la llave en el contacto. Arrancó e hizo solamente media cuadra, dobló en la esquina y arrimó el auto al cordón de la vereda. Lo detuvo y se puso a contemplar la noche.

Ya lo están haciendo, pensó. Durante toda la cena, la forma en que él la miraba… ¡Y la forma en que ella lo miraba a él!, esas melosas y ridículas manitas ya deben de estar jugando con los botones de su blusa… Encendió un cigarrillo y se echó hacia atrás, imaginando todo y sintiendo en el estómago una pelota dura llena de ácido. El gnomo repulsivo y Candi. Lo había soportado tres horas. La cena siempre maravillosamente preparada por Candi. Esos veinte minutos, mientras se hacían los toques finales, ella había estado clavada en el living con él, escuchando sus chistes idiotas, teniendo que devolverle las sonrisas. Resultaba bastante claro que Alan tampoco sentía simpatía por ella, pero como era la amiga de Candi se creía obligado a mostrarse amable, amable hacia la pobre Bea, que ya estaba en camino de convertirse en una vieja solterona, o como lo llamaran ahora… ella lo había visto en sus estúpidos ojos. Que fuera amable con ella ya era bastante malo, pero que sintiera lástima…

Y ahora la estaba tocando, besándola, escuchando sus murmullos, susurrando sus estúpidas y desagradables palabras de amor… ¡Y a Candi le gustaba! ¿Cómo era posible eso?

Candace era más que simplemente bonita, Taussig lo sabía. Era un espíritu libre. Tenía la mente de una descubridora, unida a un alma cálida y sensible. Tenía verdaderos sentimientos. Era tan maravillosamente femenina, con esa clase de belleza que comienza en el corazón y se irradia al exterior a través de una sonrisa perfecta.

—¡Pero ahora se está entregando a esa cosa! Probablemente ya lo está haciendo. Ese gnomo no tiene la menor idea de tomarse su tiempo para mostrar verdadero amor y sensibilidad. Apostaría a que simplemente lo hace, babeándose con una risita tonta como un adolescente novato de quince años hincha de fútbol. ¡Cómo puede ella!

—¡Oh, Candace! —La voz de Bea se quebró. Se sintió invadida por la náusea, y tuvo que luchar para controlarse. Lo consiguió, y se quedó allí sola, sentada en su automóvil durante quince minutos de lágrimas silenciosas antes de lograr componerse para volver a conducir.

—¿Qué deduces de eso?

—Yo creo que es lesbiana —dijo la agente Jennings después de un momento.

—No dice nada de eso en su expediente, Peggy —respondió Will Perkins.

—La forma en que mira a la doctora Long, y la forma en que actúa alrededor de Gregory… eso es lo que siento en las tripas. —Pero…

—Sí, ¿pero qué diablos podemos hacer en ese caso? —preguntó Margaret Jennings cuando ya se alejaba conduciendo el auto. Acarició brevemente la idea de seguir a Taussig, pero el día había sido ya demasiado largo—. No hay pruebas, y si las conseguimos y actuamos con ellas, habrá que pagar un infierno.

—¿Te parece que ellos tres…?

—Will, has estado leyendo otra vez esas revistas —rio Jennings, interrumpiendo por un momento las especulaciones. Perkins era mormón, y jamás lo habían visto tocar material pornográfico—. Esos dos están enamorados en tal forma que no tienen la menor idea de lo que ocurre alrededor de ellos… excepto trabajo. Apostaría que sus conversaciones en la almohada son secretas. Lo que sucede, Will, es que Taussig ha quedado fuera de la vida de su amiga y se siente infeliz por ese motivo. Es duro.

—¿Entonces cómo informamos esto?

—Ni una palabra. Un montón de nada. —La tarea de ellos para esa noche consistía en investigar un informe de que en la residencia Long—. Gregory se veían ocasionalmente automóviles extraños. Probablemente se había originado, pensaba la agente Jennings, en alguna vecina remilgada a quien no le gustaba la idea de que los dos jóvenes vivieran juntos sin los papeles apropiados. Ella misma era un poco pasada de moda sobre el tema, pero eso no significaba para ninguno de los dos un riesgo de seguridad. Por otra parte…

—Creo que la próxima vez tendremos que controlar a Taussig.

—Ella vive sola.

—Estoy segura. —Llevaría tiempo investigar a todo el personal jerarquizado de

Tea Clipper, pero no se podía apurar demasiado esa clase de averiguaciones.

—No debiste haber venido aquí —observó de inmediato Tanta. El rostro de Bisyarina no mostró su ira. Tomó a Taussig de la mano y la llevó adentro.

—¡Ann, es que es tan espantoso!

—Ven, siéntate. ¿Te siguieron? —¡Idiota!, ¡pervertida! Estaba recién salida de la ducha, vestida con una bata y se había puesto una toalla en la cabeza.

—No, vigilé durante todo el camino.

Seguro, pensó Bisyarina. Se habría sentido sorprendida al saber que era cierto. A pesar de la floja seguridad en Tea Clipper, ¡permitía a alguien como ésta allá adentro!, su agente había quebrado todas las reglas al ir allí.

—No puedes quedarte mucho tiempo.

—Lo sé. —Se sonó la nariz—. Están por terminar casi el primer borrador del nuevo programa. El maldito enano lo ha reducido en ochenta mil líneas de código. Sacándole todo ese asunto de la Inteligencia Artificial se consiguió realmente una buena diferencia. Sabes, yo creo que tiene memorizado todo lo nuevo… ya sé, ya sé que eso es imposible, aun para eso.

—¿Cuándo podrás?…

—No sé. —Taussig sonrió durante un segundo—. Tú tendrías que tenerlo trabajando para ti. Creo que es el único que entiende realmente el programa total… quiero decir el proyecto total. Desgraciadamente tú eres todo lo que tenemos, Bisyarina pensó pero no lo dijo. Lo que hizo fue muy duro. Estiró el brazo y tomó la mano de Taussig.

Las lágrimas empezaron de nuevo. Beatrice casi saltó a los brazos de Tania. La espía rusa la estrechó, tratando de sentir comprensión por su agente. En la escuela de la KGB había tenido muchas secciones, y todas ellas se referían a la forma de tratar a sus agentes. Era necesario mostrar una mezcla de simpatía y disciplina. Había que tratarlos como hijos mimados, alternando favores y reprensiones, para lograr que rindieran. Y la agente Livia era más importante que la mayoría de ellos.

Tuvo que hacer un esfuerzo más para volver su cara hacia la cabeza apoyada en su hombro y besar esa mejilla, aún salada por lágrimas de antes y de ahora. Bisyarina respiró más tranquila al darse cuenta de que no tenía que ir más allá de eso. Hasta ese momento, nunca había tenido que ir más allá, pero vivía temiendo que «Livia» algún día se lo pidiera… y seguramente sucedería si alguna vez comprendía que su deseada amante no tenía el más mínimo interés en sus avances. Bisyarina se maravillaba por eso. Beatrice Taussig era brillante a su manera, por cierto mucho más brillante que el oficial de la KGB que la «dirigía», pero sabía tan poco sobre las personas. Y la máxima ironía era que se parecía mucho a ese hombre Alan Gregory, a quien tanto detestaba. Si bien Taussig era más bonita y más sofisticada, le faltaba la capacidad para alargar la mano y tomar lo que necesitaba. Probablemente Gregory lo había

hecho solamente una vez en su vida, y esa era la diferencia entre él y ella. Había llegado primero porque a Beatrice le faltó valor en su momento. Mejor que hubiera sido así, pensó Bisyarina. El rechazo la habría destruido.

Bisyarina se preguntaba cómo sería en realidad Gregory. Un académico más, probablemente… ¿Cómo era que los llamaban los ingleses? Científicos investigadores. Un brillante científico investigador. Bueno, todos los que estaban relacionados con Tea Clipper eran brillantes en una u otra forma. Eso la asustaba. A su manera, Beatrice estaba orgullosa del programa, aunque ella lo consideraba una amenaza para la paz del mundo, opinión con la que Bisyarina coincidía. Gregory era un científico que quería cambiar el mundo. Bisyarina comprendía su motivación. También ella quería cambiarlo. Sólo que en forma distinta. Gregory y Tea Clipper constituían una amenaza para eso. Ella no odiaba al hombre. En último caso, pensaba, era probable que le gustara. Pero los gustos y los desagrados personales no tenían absolutamente nada que ver con la actividad de inteligencia.

—¿Te sientes mejor? —preguntó cuando cesaron las lágrimas—. Tengo que irme.

—¿Estás segura de que te sientes bien?

—Sí. No sé cuándo podré…

—Comprendo. —Tania la acompañó hasta la puerta. Por lo menos había tenido el buen juicio de estacionar su automóvil en otra cuadra, observó «Ann». Esperó un momento, manteniendo la puerta entreabierta unos centímetros, para oír el ruido característico del auto deportivo. Después de cerrar la puerta, se miró las manos y entró en el cuarto de baño para lavárselas.

La noche llegó temprano en Moscú; el sol estaba oculto por nubes que ya empezaban a desprender su carga de nieve. La delegación se reunió en el foyer de la embajada y desfilaron saliendo hacia sus respectivos automóviles para concurrir a la cena de bienvenida. Habían asignado a Ryan el auto número tres: un pequeño ascenso desde su último viaje, pensó irónicamente. Cuando la columna se puso en movimiento, recordó la observación de un chofer en su último viaje, que Moscú tenía nombres en las calles principalmente para identificar baches. El automóvil avanzó a las sacudidas hacia el este, a través de calles vacías en su mayor parte. Cruzaron el río justo en el Kremlin, y pasaron por el parque Gorky. Vio que el lugar estaba alegremente iluminado, y había gente que patinaba sobre hielo bajo la nieve que estaba cayendo. Fue agradable ver personas de verdad, divirtiéndose también de verdad. No por ser Moscú dejaba de ser una ciudad como tantas otras, se recordó a sí mismo, llena de gente común que vivían vidas relativamente comunes. Era un hecho muy fácil de olvidar cuando su tarea lo forzaba a concentrarse en un estrecho grupo de enemigos.

El auto dio vuelta por la Plaza Octubre, y después de una intricada maniobra, llegó al Hotel de la Academia de Ciencias. Era un edificio casi moderno, que en los

Estados Unidos podría haber sido confundido con un bloque de oficinas. Un abandonado cordón de abedules se interponía entre los grises muros de cemento y la calzada, sus desnudas ramas muertas se alzaban hacia el cielo abigarrado. Ryan. sacudió la cabeza. Con unas pocas horas de nevada, podía ser realmente una hermosa escena. La temperatura estaba en cero —o algo para Ryan pensaba en Fahrenheit, no en Celsius— y el viento casi calmo. Perfectas condiciones para la nieve. Podía sentir el aire denso y frío cuando caminó hacia la entrada principal del hotel.

Como en la mayor parte de los edificios rusos, la calefacción era excesiva. Jack se quitó el sobretodo y lo entregó a un recepcionista. La delegación soviética ya se hallaba alineada para saludar a sus contrapartes norteamericanos, y éstos recorrieron las filas soviéticas, terminando junto a una mesa de bebidas donde todos aceptaron una copa. Tendrían noventa minutos para beber y hacer sociedad antes de iniciar la cena. Bienvenidos a Moscú. Ryan aprobó el plan. Una cantidad suficiente de alcohol podía hacer que cualquier comida pareciera un festín, y él aún tenía que probar alguna comida rusa que estuviera por encima de lo común. El salón estaba apenas iluminado, lo que permitía que todos pudieran contemplar la nieve que caía, a través de los enormes ventanales.

—Hola, otra vez, doctor Ryan —dijo una voz familiar.

—Sergey Nikolayevich, espero que no tenga que conducir esta noche —dijo Jack señalando con su copa de vino la vodka de Golovko.

Sus mejillas ya estaban algo rojizas y sus ojos azules chispeaban con alcohólica alegría.

—¿Disfrutó anoche en el vuelo de llegada? —preguntó el coronel del GRU. Se rio con ganas antes de que Ryan pudiera contestarle—. ¿Todavía tiene miedo de volar?

—No, lo que me preocupa es el choque contra el suelo —sonrió Jack. Siempre había podido reírse de su propia aversión.

—Ah, sí, su herida en la espalda por el accidente del helicóptero. Es comprensible.

Ryan hizo un gesto señalando el ventanal.

—¿Cuánta nieve se supone que caerá esta noche?

—Quizá medio metro, quizá más. No es una tormenta muy grande, pero mañana el aire estará fresco y claro, y la ciudad brillará con un limpio manto blanco. —Golovko se puso casi poético en su descripción.

Ya está ebrio, se dijo Ryan. Bueno, esa noche no era más que una ocasión social, y los rusos podían ser maravillosos anfitriones cuando se lo proponían. Aunque había un hombre que estaba experimentando algo muy distinto, se recordó Jack a sí mismo.

—¿Su familia está bien? —preguntó Golovko dentro del alcance del oído de otro miembro de la delegación norteamericana.

—Bien, gracias, ¿y la suya?

Golovko indicó a Ryan con un movimiento de la mano que lo siguiera hasta la mesa de bebidas. Los mozos aún no habían salido. El oficial de inteligencia eligió otra copa de licor claro.

—Sí, están todos bien —mostró una amplia sonrisa. Sergey era la imagen exacta de la buena amistad rusa. Su cara no cambió un ápice cuando expresó su frase siguiente—: Entiendo que usted quiere reunirse con el presidente Gerasimov.

—¡Cristo! La expresión de Jack quedó congelada; su corazón salteó uno o dos latidos.

—¿En serio? ¿Cómo se le ocurrió esa idea?

—Ryan, yo no soy GRU, en realidad, no. Mi puesto original era en el Tercer Directorio, pero después he cambiado a otras cosas —explicó, antes de volver a reír. Esta risa era genuina. Acababa de corregir el archivo de la CIA sobre sí mismo… y, podía verlo muy bien, la propia observación de Ryan. Alargó la mano para dar unas palmaditas a Ryan en el antebrazo—. Ahora voy a dejarlo. Dentro de cinco minutos usted deberá caminar hacia la puerta que está a su espalda y luego a la izquierda, como si estuviera buscando el cuarto de baño de hombres. Después de eso, seguirá nuevas instrucciones. ¿Comprendido? —Volvió a dar palmaditas en el brazo de Ryan.

—Sí.

—Esta noche no volveré a verlo. —Se estrecharon las manos y Golovko se alejó.

—Oh, mierda —susurró Ryan para sí. Un grupo de violinistas, entró en el salón de recepción. Debían de ser unos diez o quince, y tocaban aires gitanos mientras circulaban de un lado a otro. Tenían que haber practicado muy duro, pensó Jack, para poder tocar con perfecta sincronización a pesar de la oscuridad del salón y de sus propias evoluciones caminando. El movimiento de los músicos y la falta de luz haría difícil distinguir a un individuo durante la recepción. Era un toque profesional inteligente, apuntado a facilitar a Jack su disimulado escape.

—Hola, doctor Ryan —dijo otra voz, era un joven diplomático soviético, un mensajero que tomaba notas y llevaba recados de los funcionarios de mayor jerarquía. Ahora Jack sabía que él también era de la KGB. Comprendió que Gerasimov no se contentaba con una sola sorpresa para la noche. Quería deslumbrar a Ryan con la eficacia de la KGB. Eso lo veremos, pensó Jack, pero la bravata le pareció hueca, aun para él. Demasiado pronto. Demasiado pronto.

—Buenas noches… no nos conocemos. —Jack buscó en el bolsillo del pantalón y tanteó su llavero. No lo había olvidado.

—Mi nombre es Vitaly. No van a notar su ausencia. El cuarto de baño de hombres está en aquella dirección. —Señaló. Jack le entregó su copa y caminó hacia la puerta. Al abandonar el salón casi quedó paralizado. Nadie pudo haberlo sabido de que los que quedaron adentro, pero el corredor se hallaba totalmente despejado. Excepto un

hombre en el extremo opuesto, que le hizo una seña. Ryan caminó hacia él.

Oh, Dios, aquí vamos…

Era un joven, de menos de treinta años y de aspecto físico respetable. Aunque su cuerpo se hallaba parcialmente cubierto por un sobretodo, sus movimientos vivos y eficientes lo denunciaban como un atleta. Y su expresión y ojos penetrantes no dejaban dudas de que eran de un guardaespaldas. Lo mejor que pudo pensar Ryan en ese momento fue que debía parecer nervioso. No se requería mucho talento para eso. El hombre lo condujo hasta dar vuelta al extremo del corredor y le entregó un sobretodo de confección rusa y un gorro de piel; después, dijo una sola palabra:

—Venga.

Llevó a Ryan por otro corredor de servicio y salieron al aire frío de un callejón. Otro hombre estaba esperando afuera, vigilando. Hizo un seco gesto de asentimiento al acompañante de Ryan, quien se dio vuelta e indicó a Jack que se apresurara. El callejón desembocaba en la calle Shabolovka, y ambos hombres doblaron a la derecha. Jack vio enseguida que se trataba de un sector antiguo de la ciudad. La mayoría de los edificios eran anteriores a la revolución. El centro de la calle tenía vías de tranvía insertadas en el pavimento de adoquines, y arriba se veían los cables que daban corriente a los coches eléctricos. Vio pasar rápidamente uno de ellos en realidad era dos tranvías enganchados, pintados en parte de blanco sobre un fondo rojo. Los dos hombres caminaron apurados para cruzar la calle resbalosa hacia un edilicio de ladrillos rojos con un techo que parecía metálico. Ryan no supo qué era hasta que dieron vuelta a la esquina.

El galpón de tranvías, se dio cuenta, recordando construcciones similares que había visto en su niñez en Baltimore. Las vías doblaban para entrar allí y luego se dividían hacia los distintos lugares, de estacionamiento en el galpón. Se detuvo un instante, pero su guía lo invitó a avanzar más rápido, llevándolo hasta la última plataforma de servicio a la izquierda. Había algunos tranvías en ella, alineados como ganado dormido en la oscuridad. Observó con sorpresa que todo estaba absolutamente calmo e inmóvil allí. Debió hacer gente trabajando, con ruidos de martillos y otras herramientas, pero no se veía ni oía nada de eso. El corazón de Ryan latió con más fuerza cuando pasó junto a dos tranvías inmóviles. Su acompañante se detuvo en el tercero. Tenía las puertas abiertas, y de una de ellas bajó un individuo con aspecto de guardaespaldas y miró a Ryan. De inmediato comenzó a palparlo buscando armas con rápidos pero eficaces movimientos. No encontró ninguna. Con un gesto del pulgar le indicó que subiera y entrara en el coche.

Era evidente que el vehículo acababa de llegar, y tenía nieve en el primer escalón. Ryan resbaló, y habría caído si uno de los hombres de la KGB no le hubiera tomado el brazo. Lanzó a Jack una mirada que en Occidente habría estado acompañada por una sonrisa, pero los rusos no son muy risueños, excepto cuando se lo proponen.

Subió de nuevo tomándose con firmeza de la barandilla. Todo lo que tienes que hacer…

—Buenas noches —dijo una voz. No muy fuerte, pero no necesitaba más. Ryan forzó la vista en la oscuridad y vio la brillante lucecita rojiza de un cigarrillo. Respiró profundamente y caminó hacia ella.

—¿El presidente Gerasimov, supongo?

—¿No me reconoce? —Con un dejo de diversión. El hombre accionó su encendedor de gas fabricado en Occidente para iluminarse el rostro, Era Nikolay Borissovich Gerasimov. La llama daba a su cara la imagen exacta que correspondía. El Príncipe de las Tinieblas en persona…

—Ahora sí —dijo Jack, luchando para controlar la voz.

—Entiendo que usted quiere hablar conmigo. ¿En qué puedo servirlo? —preguntó en un tono cortante que desmentía lo expresado.

Jack se dio vuelta señalando a los dos guardaespaldas que permanecían sentados en los primeros asientos del coche. Se volvió otra vez pero no tuvo que decir nada. Gerasimov pronunció una sola palabra en ruso y ambos se fueron.

—Discúlpelos, por favor, pero su deber es proteger al presidente, y mis hombres toman seriamente sus obligaciones. —Indicó con un gesto el asiento opuesto al suyo. Ryan se sentó.

—No sabía que hablara tan bien inglés.

—Gracias. —Hizo un amable movimiento de cabeza y observó a continuación con la mayor naturalidad—: Le advierto que tenemos poco tiempo. ¿Usted dispone de información para mí?

—Sí, efectivamente. —Jack buscó en el interior de su sobretodo. Gerasimov se puso tenso por un instante, luego se aflojó. Solamente un loco podría intentar matar al jefe de la KGB, y él sabía por el legajo de Ryan que no lo era—. Tengo algo para usted —dijo Ryan.

—¿Ah, sí? —Impaciencia. Gerasimov no era un hombre a quien le gustara que lo hicieran esperar. Miró las manos de Ryan que maniobraban con algo, y tuvo curiosidad y extrañeza cuando oyó el ruidito de metal que raspaba contra otro metal. La torpeza de Jack desapareció cuando la llave salió del aro, y al volver a hablar su voz tenía el tono de un ganador.

—Tome. —Ryan le tendió la llave.

—¿Qué es esto? —Ahora una sospecha. Algo estaba muy pero muy mal; tan mal que su voz lo traicionó.

Jack no lo hizo esperar. Durante una semana había estado ensayando lo que iba a decir y cómo lo diría. Sin darse cuenta, habló más rápido de lo planeado.

—Eso, presidente Gerasimov, es la llave de control de las cabezas de guerra del submarino misilístico soviético Krazny Oktyabr. Me la entregó el capitán Marko

Aleksandrovich Ramius cuando desertó. Le agradará saber que está disfrutando de una nueva vida en los Estados Unidos, al igual que el resto de sus oficiales.

—El submarino resultó…

Ryan lo interrumpió. Apenas había luz suficiente para ver las principales líneas de su rostro, pero alcanzó notar el cambio en la expresión del hombre.

—¿Hundido por sus propias cargas de autodestrucción? No. Iba a bordo un hombre de inteligencia, encubierto por la pantalla de cocinero del buque; creo que su nombre era Sudets… bueno, ya no tiene sentido ocultarlo. Yo lo maté. No me siento particularmente orgulloso por ello, pero era él o yo. En todo caso, fue un muchacho muy valiente —dijo Jack, recordando aquellos diez horribles minutos en la sala de misiles del submarino—. El legajo que ustedes tienen de mí no dice nada de operaciones, ¿no?

—Pero…

Jack interrumpió de nuevo. Todavía no había llegado el momento de finezas. Tenían que sacudirlo, tenían que sacudirlo muy fuerte. —Señor Gerasimov, hay algunas cosas que queremos de usted—. Tonterías. Nuestra conversación ha terminado. —Pero Gerasimov no se levantó, y esta vez Ryan lo hizo esperar unos segundos.

—Queremos que nos devuelva al coronel Filitov. Su informe oficial al Politburó sobre el Octubre Rojo afirmó que el submarino quedó positivamente destruido, y que era muy probable que nunca hubieran planeado una deserción, sino más bien que el sistema de seguridad del GRU había sido penetrado, y que el submarino recibió órdenes falsas después de sufrir el sabotaje de sus motores. Esa información les llegó a ustedes a través del agente Cassius. El trabaja para nosotros —explicó Jack—. Usted la utilizó para hacer caer en desgracia al almirante Gorshkov y para reforzar el control sobre la seguridad interna de los militares. Todavía están furiosos por eso, ¿no es cierto? Entonces, si no recuperamos al coronel Filitov, la semana próxima, en Washington, se filtrará para la prensa una historia que aparecerá en la edición del domingo. Tendrá algunos detalles sobre la operación, y una fotografía del submarino dentro de un dique seco cubierto, en Norfolk, Virginia. Después de eso, presentaremos públicamente al capitán Ramius. El dirá que el oficial político de la nave —uno de sus hombres del Departamento Tres, creo— era parte de la conspiración. Desgraciadamente, Putin murió después de llegar, de un ataque al corazón. Eso es mentira, pero traten de probarlo.

—¡Usted no puede chantajearme, Ryan! —Ya no había emoción alguna.

Otra cosa más. La Iniciativa de Defensa Estratégica no está en la mesa de negociaciones. ¿Usted informó al Politburó que sí estaba? —preguntó Jack—. Usted está acabado, señor Gerasimov. Estamos en capacidad para desacreditarlo, y es un blanco demasiado bueno para no aprovechar la oportunidad. Si no nos devuelve a

Filitov, podemos dejar filtrar toda clase de cosas. Algunas serán confirmadas, pero las realmente buenas serán negadas, por supuesto, mientras el FBI lanza una investigación urgente para identificar a los responsables de las filtraciones.

—Ustedes no hicieron todo esto por Filitov —dijo Gerasimov, con voz más medida ahora.

—No exactamente. —Otra vez lo hizo esperar unos segundos—: Queremos que usted también venga.

Cinco minutos después, Jack abandonó el tranvía. Su acompañante caminó con él de regreso al hotel. Impresionaba la atención que ponía en todos los detalles. Antes de reunirse nuevamente con los invitados a la recepción, secaron perfectamente los zapatos de Jack. Al entrar en el salón caminó de inmediato a la mesa de bebidas, pero la encontró vacía. Alcanzó a ver un mozo con una bandeja y tomó lo primero que pudo alcanzar. Resultó ser vodka, pero Ryan lo bebió de un trago y enseguida buscó otro vaso. Cuando lo terminó, empezó a preguntarse exactamente donde estaría realmente el cuarto de baño de hombres. Se hallaba exactamente donde le habían indicado. Jack llegó justo a tiempo.

Todo estaba preparado como nunca para una simulación con computadoras. Era la primera vez que realizaban algo como eso y, desde luego, ese era el propósito de la prueba. La computadora de control en tierra no sabía lo que estaba haciendo, como tampoco ninguna de las otras. Una de las máquinas se hallaba programada para captar una serie de contactos de radar distantes. Todo lo que hizo fue recibir una colección de señales como las generadas por un satélite Flying Cloud en órbita combinado a su vez con uno de los satélites del Programa de Apoyo de Defensa colocado a altura geosincrónica. La computadora retransmitió esa información a la de control en tierra, que examinaba las condiciones para la autoridad que liberaba las armas, y decidió que se habían cumplido. Los lásers demoraron unos pocos segundos en adquirir potencia, pero instantes después informaron que estaban listos. El hecho de que los lásers en cuestión no existían no tenía influencia alguna para la prueba. El espejo de tierra sí existía, y respondió a las instrucciones de la computadora, enviando el rayo láser imaginario hacia el espejo retransmisor situado a ochocientos kilómetros de altura. Este espejo, recientemente llevado por el transbordador espacial, y ubicado en California, recibió sus propias instrucciones y alteró su configuración en consecuencia, retransmitiendo el rayo láser hacia el espejo de combate. Este espejo se encontraba en la fábrica Lockheed y no en órbita, y recibió sus instrucciones por línea terrestre. Llevaron un registro exacto de las distancias focales continuamente cambiantes y las posiciones de azimut de los tres espejos. Y esta información fue enviada a la computadora que llevaba la situación de comportamiento en la computadora del Control de Tea Clipper.

La prueba que Ryan había observado varias semanas antes tenía varios

propósitos. Al hacer una evaluación de la arquitectura del sistema, también recibían datos empíricos inapreciables sobre las reales características de funcionamiento del hardware. Como resultado de ello, podían simular ejercicios reales en tierra con una confianza casi absoluta sobre los resultados teóricos.

Gregory estaba haciendo girar un bolígrafo entre sus dedos cuando llegó la información en la terminal de la pantalla de video. Había dejado de masticarlo por miedo a llenarse la boca de tinta.

—Muy bien, ahí está el último disparo —anunció un ingeniero—. Aquí viene el resultado…

—¡Uuáau! —exclamó Gregory—. ¡Noventa y seis sobre cien! ¿Cuál es el tiempo del ciclo?

—Punto cero-uno-seis —contestó un experto en software.

—Eso es punto cero-cero-cuatro por debajo del nominal… podemos controlar dos veces el comando de puntería mientras el ciclo del láser…

—Y eso incrementa el Pk en un treinta por ciento por sí solo. —Dijo Gregory—. Hasta podemos intentar hacer disparen. Miren, disparen en vez de disparen, disparen, miren y todavía ahorrar tiempo al final. ¡Muchachos! —dio un salto y se puso de pie —. ¡Lo logramos! ¡Tenemos el software en caja!, ¡cuatro meses antes de lo prometido!

La sala estalló en gritos de alegría que nadie podía haber comprendido fuera del grupo de treinta personas.

—¡Bueno, inútiles del láser! —gritó alguien—. ¡Pónganse de acuerdo y construyan ahora el rayo de la muerte! ¡El sistema de puntería está terminado!

—Pórtese bien con los inútiles de láser —rio Gregory—. Yo también trabajo con ellos.

Beatrice Taussig pasaba justamente junto a la puerta de la sala mientras se dirigía a una reunión de administración cuando oyó el griterío adentro. Ella no podía ingresar en el laboratorio —tenía una cerradura codificada y no conocía la combinación— pero no necesitaba hacerlo. Acababan de realizar el experimento que habían insinuado la noche anterior durante la cena. El resultado era obvio. Candi estaba allí dentro, probablemente bien cerca del enano repulsivo, pensó Bea. Continuó caminando.

—Gracias a Dios no hay mucho hielo —observó Mancuso, mirando a través del periscopio—. Unos sesenta centímetros, quizás un metro.

—Habrá un canal abierto aquí. Los rompehielos mantienen despejados todos los puertos costeros —dijo Ramius.

—Abajo el periscopio —ordenó a continuación el comandante. Se acercó a la mesa de la carta-Quiero que nos lleven unos dos mil metros al sur, después nos iremos al fondo. Con eso quedaremos debajo de un techo sólido y los Grishas y

Mirkas se mantendrán alejados.

—Comprendido, señor —contestó el oficial ejecutivo.

—Vayamos a tomar un poco de café —dijo Mancuso a Ramius y Clark. Los precedió para bajar un piso y caminó hacia estribor para entrar en la cámara de oficiales. A pesar de todas las veces que había hecho cosas como ésa en el pasado, Mancuso estaba nervioso. Se encontraban en menos de sesenta metros de agua, y a la vista de la costa soviética. Si los detectaban y luego los localizaba algún buque soviético, los atacarían. Había sucedido antes. Aunque ningún submarino occidental sufriera realmente daños, había una primera vez para todas las cosas, especialmente cuando algo se daba por garantizado, se decía a sí mismo el comandante del Dallas. Sesenta centímetros de hielo era demasiado para los débiles cascos de los patrulleros de la clase Grisha, que no podían romperlos, y su principal arma antisubmarina, un lanzador múltiple de cohetes llamado RBU— 6000, era inútil sobre el hielo, pero un Grisha podía llamar un submarino. Y había submarinos rusos cerca. El día anterior habían oído dos.

—¿Café señor? —preguntó el camarero. Le contestaron con un movimiento de cabeza, y llevó tazas y una jarra.

—¿Está seguro de que estamos suficientemente cerca? —preguntó Mancuso a Clark.

—Sí, puedo entrar y salir.

—No será muy divertido —observó el comandante.

—Por eso me pagan tanto. Yo… Clark sonrió en forma afectada, y se interrumpió.

La conversación cesó por un instante. El casco del submarino crujió cuando se asentó en el fondo, y la nave quedó ligeramente inclinada. Mancuso observó el café que tenía en la taza y calculó unos seis o siete grados. El machismo submarinista le impidió exteriorizar ninguna reacción, pero él nunca había hecho eso, al menos no con el Dallas. En la Armada de los Estados Unidos había un puñado de submarinos especialmente diseñados para esas misiones. Quienes los conocían podían identificarlos de un vistazo por ciertas aplicaciones en el casco, pero el Dallas no era uno de ellos.

—¿Cuánto tiempo irá a llevar esto?, preguntó Mancuso mirando hacia arriba.

—Puede ser que no pase nada —observó Clark—. Casi la mitad de ellos no lo hacen. El mayor tiempo que he tenido que esperar fue… doce días, creo. Me pareció horriblemente largo. Aquél no salió.

—¿Puede decir cuántos? —preguntó Ramius.

—Lo siento, señor. —Clark sacudió la cabeza.

—¿Saben? —comenzó a decir Ramius con aire de melancolía Cuando era niño pescaba aquí… exactamente aquí, muchas veces. Nunca supimos que ustedes, los norteamericanos, también venían a pescar aquí.

—Es un mundo loco —coincidió Clark—. ¿Qué tal es la pesca?

—En el verano, muy buena. El viejo Sasha me sacaba en su 1ancha. Aquí es donde aprendí a conocer el mar, donde aprendí a ser un marino.

—¿Qué hay de los patrullajes locales? —preguntó Mancuso, haciendo que todos volvieran a pensar en la misión.

—Habrá una situación de alistamiento en bajo grado. Ustedes tienen diplomáticos en Moscú; por lo tanto, la posibilidad de guerra es muy reducida. Las naves patrulleras de superficie son en su mayor parte de la KGB. Vigilan la presencia de contrabandistas… y espías señaló a Clark. —No son tan buenos contra submarinos, pero esto estaba cambiando cuando yo me fui. Trataban de mejorar sus prácticas antisubmarinas en la Flota del Norte y, oí decir, también en la flota del Báltico. Pero éste es un lugar malo para detección de submarinos. Hay demasiada agua fresca de los ríos, y arriba el hielo… todo eso hace difíciles las condiciones para el sonar.

Me alegra oír eso, pensó Mancuso. Había aumentado el grado de alistamiento en su buque. El equipo de sonar tenía todo el personal en su puesto, y así permanecería indefinidamente. Podía poner en movimiento al Dallas en dos minutos aproximadamente, y le sobraría tiempo, pensó.

También Gerasimov estaba pensando. Se hallaba solo en su oficina. Era un hombre capaz de controlar sus emociones aun mejor que la mayoría de los rusos, y su rostro no mostraba nada fuera de lo normal, aunque no había nadie en la habitación que hubiera podido notarlo. Para la mayor parte de las personas la actitud habría parecido extraordinaria, porque son muy pocos los que pueden contemplar con objetividad su propia destrucción.

El presidente del Comité para la Seguridad del Estado calculaba su posición tan cuidadosa y desapasionadamente como acostumbraba examinar cualquier aspecto de sus deberes oficiales. El Octubre Rojo. Todo partía de allí. Había usado el incidente del Octubre Rojo para obtener sus propias ventajas, primero sobornando a Gorshkov, después, deshaciéndose de él; también lo había usado para fortalecer la posición de su Tercer Directorio. Los militares habían empezado a manejar su propia seguridad interna… pero Gerasimov se valió de su informe, originado en el agente Cassius, para convencer al Politburó de que solamente la KG B podía asegurar la lealtad y seguridad de los militares soviéticos. Eso la había hecho ganar resentimientos. Informó asimismo, también vía Cassius, que habían destruido al Octubre Rojo. Cassius había informado a la KGB que Ryan se hallaba bajo sospecha delictiva, y…

Y nosotros… ¡Yo!… caí en la trampa.

—¿Cómo podía él explicar eso al Politburó? Uno de sus mejores agentes se había convertido en doble… ¿pero cuándo? Le preguntarían eso, y él no conocía la respuesta; en consecuencia, todos los informes recibidos de Cassius se tornaban ahora sospechosos. A pesar del hecho de que mucha información buena había llegado de

ese agente, el conocimiento de que se había hecho agente doble en fecha desconocida, la dejaba ahora viciada en su totalidad. Y todo eso destruía por completo su alardeada percepción del pensamiento político íntimo de Occidente.

Había informado erróneamente que el submarino no había desertado, sin descubrir posteriormente el error. Los norteamericanos obtuvieron una ganancia inesperada en materia de inteligencia, pero la KGB no se enteró. Tampoco el GRU, pero eso no era ningún consuelo.

Asimismo informó que los norteamericanos habían hecho un cambio importante en su estrategia de negociación de armamentos, y eso también estaba equivocado.

—¿Podría sobrevivir a esas tres revelaciones al mismo tiempo?, se preguntó.

Probablemente no.

En otras épocas habría enfrentado la muerte, lo que habría hecho más fácil la decisión. Ningún hombre elige la muerte; al menos ninguno en su sano juicio, y Gerasimov se hallaba fríamente cuerdo en todo lo que hacía. Pero aquella clase de cosas no sucedía ahora. Terminaría con un trabajo subministerial en alguna parte, empujando papeles. Sus contactos con la KGB le serían inútiles, más allá de aquellos insignificantes favores como el acceso a tiendas de alimentos decentes. La gente lo miraría caminar por las calles… sin sentir ya miedo de sostener su mirada, sin temer más su poder; lo señalarían y se reirían a sus espaldas. En su oficina, las personas irían perdiendo gradualmente el respeto, le contestarían, y hasta le gritarían cuando supieran que su poder estaba realmente acabado. No, se dijo, yo no voy a soportar eso.

—¿Desertar, entonces? ¿Pasar de ser uno de los hombres más poderosos del mundo a convertirse en un mercenario, un mendicante que trocaba lo que sabía por dinero y una vida confortable? Gerasimov aceptaba el hecho de que su vida sería más cómoda en términos físicos…, ¡pero perder su poder!

Después de todo, ese era el tema. Tanto si desertaba como si no lo hacía, iba a quedar reducido a ser sólo un hombre más… eso sería como morir, ¿no?

Y bien, ¿qué haces ahora?

Tenía que cambiar su posición, tenía que cambiar las reglas de juego, tenía que hacer algo dramático… ¿pero qué?

—¿La elección estaba entre la desgracia o la deserción? Perder todo aquello para lo cual había trabajado… con su meta al alcance de la vista… ¿Y enfrentar una opción como esa?

La Unión Soviética no es una nación de jugadores. Su estrategia nacional ha sido siempre un reflejo de la pasión de los rusos por el ajedrez, una serie de movimientos cuidadosos y preplanificados, sin arriesgar nunca demasiado, protegiendo siempre su posición mediante la búsqueda de pequeños avances progresivos tantas veces como fuera posible. El Politburó se movía casi siempre de esa manera. Era un agrupamiento

compuesto en gran parte por hombres de esas características. Más de la mitad eran *aparatchiks* que sabían hablar en la forma apropiada, llenar las cuotas necesarias, sacando cuantas ventajas pudieran, y que lograban sus promociones mediante una estolidez que podían exhibir a la perfección alrededor de la mesa en el Kremlin. Pero la función de esos hombres consistía en proporcionar una influencia moderadora sobre quienes aspiraban a gobernar, y esos hombres eran los jugadores. Narmonov era un jugador. También lo era Gerasimov. Había realizado su propio juego, aliándose con Alexandrov para establecer su fracción ideológica y chantajeando a Vaneyev y Yazov para que traicionaran a su amo.

Y el juego era demasiado bueno para abandonarlo tan fácilmente. Tenía que cambiar de nuevo las reglas, aunque en ese juego no había realmente ninguna regla… excepto una: Ganar.

Si él ganaba… las desgracias no importarían, ¿verdad?

Gerasimov sacó la llave de su bolsillo y la examinó por primera vez a la luz de la lámpara del escritorio. Parecía bastante común. Pero usada en la forma para la cual había sido diseñada, posibilitaría las muertes de,… ¿cincuenta millones? ¿Cien? ¿Más? Los hombres del Tercer Directorio en los submarinos y en los regimientos de cohetes basados en tierra tenían ese poder… el *zampolit*, el oficial político solamente, tenía la autoridad para activar las cabezas de guerra, sin las cuales los cohetes eran simples fuegos artificiales. Girando esa llave en la forma apropiada y en el momento apropiado, él lo sabía, los cohetes quedaban transformados en los más horrendos instrumentos de muerte jamás inventados por la mente humana. Una vez lanzados, nada podía detenerlos…

Pero esa regla también iba a ser cambiada, ¿no?

—¿Cuánto valía ser el hombre que pudiera hacer eso?

—¡Ah!, sonrió Gerasimov. Valía más que todas las otras reglas combinadas; y récord; que los norteamericanos también habían quebrado una regla, al matar a su correo en la playa de maniobras de Moskvich. Levantó el teléfono y llamó un oficial de comunicaciones. Por una vez los meridianos trabajaban en su favor.

La doctora Taussig quedó sorprendida al ver la señal. Una característica de «Ann» era que nunca apelaba su rutina. A pesar del hecho de que ella había visitado impulsivamente a su contacto, concurrir al paseo de compras era su rutina normal de los sábados. Estacionó su Datsun bastante lejos, para evitar que algún estúpido en un Chevy Malibu golpeara su puerta contra la de ella. Cuando iba entrando, vio el Volvo de Ann, y la visera del lado del conductor estala baja. Taussig miró su reloj y apuró el paso hacia la entrada. Una vez dentro, dobló a la izquierda.

Peggy Jennings se hallaba trabajando sola ese día. Tenían que dividirse mucho para terminar el trabajo tan rápidamente como quería Washington, aunque eso no tenía nada de nuevo, ¿verdad? El arreglo era a la vez bueno y malo. Seguir a su sujeto

hasta el paseo de compras era relativamente fácil, pero una vez dentro resultaba casi imposible vigilarlo adecuadamente, a menos que tuvieran operando un verdadero equipo de agentes. Llegó a la puerta sólo un minuto después que Taussig sabiendo que ya que la había perdido. Bueno, eso era sólo un vistazo preliminar sobre ella. Rutina, se dijo Jennings mientras abría la puerta.

Miró hacia uno y otro lado del paseo pero no la vio. Por un momento frunció el entrecejo, luego comenzó a caminar lentamente de local en local, espiando por las vidrieras y preguntándose si Taussig no habría ido al cine.

—¡Hola, Ann!

—¡Bea! —dijo Bisyarina, en el interior de Eve's Leaves—. ¿Cómo estás?

—Bastante ocupada —contestó la doctora Taussig—. Eso te queda muy bien.

—Es muy fácil vestirla bien —comentó la dueña de la tienda.

—Más fácil que a mí —coincidió Taussig con tono melancólico. Tomó un vestido del perchero más cercano y caminó hacia un espejo. Era de corte austero y hacía juego con su disposición de ánimo en ese momento. ¿Puedo probármelo?

—Desde luego —dijo en seguida la dueña. Era un vestido de tres cientos dólares.

—¿Quieres que te ayude? —preguntó Ann.

—Claro… y podrás contarme en qué andas. —Ambas caminaron hacia uno de los probadores.

Cuando estuvieron dentro, comenzaron a charlar sobre diverso, temas de actualidad, en lo que poco se diferenciaban hombres y mujeres. Bisyarina le pasó una hojita de papel, Taussig la leyó y tartamudeó por un momento, antes de mover la cabeza asintiendo. Su rostro pasó de la conmoción a la aceptación… y después pasó de nuevo a algo que a Bisyarina no le gustó nada, pero la KGB no le pagaba par que le gustara su trabajo.

La dueña comprobó que el vestido le quedaba muy bien cuando, ambas salieron del probador. Taussig pagó en la forma en que lo hace la mayor parte de la gente, con una tarjeta de crédito. Ann saludó con un movimiento del brazo y salió, doblando para pasar junto a la armería en su camino de salida del paseo de compras.

Pocos minutos después, Jennings vio a su sujeto cuando abandonaba el local llevando una bolsa de plástico transparente. Bueno, de eso se trataba, pensó. Cualquiera que haya sido el motivo de su fastidio las otras noches, salió de compras para sentirse mejor y ahora tiene otro de esos vestidos. Jennings la siguió durante una hora más y luego interrumpió la vigilancia. Allí no había nada.

—¡Qué tipo frío! —dijo Ryan a Candela—. ¡Yo no esperaba que saltara a mis rodillas y me agradeciera la oferta, pero sí esperaba alguna reacción!

—Bueno, si muerde, se lo informará muy fácilmente.

XXI. El gambito de un bribón

El Arquero quería pensar que las condiciones meteorológicas no eran aliadas de nadie, aunque seguramente eso no era verdad. El cielo estaba claro, el viento frío y del nordeste, soplando desde el frígido centro de Siberia. Él quería nubes. Ahora sólo podían moverse en la oscuridad. Eso hacía muy lento el avance, y cuanto más tiempo estuviesen en territorio soviético, mayor era la probabilidad de que alguien los descubriera, y si los descubrían…

No había mucha necesidad de especular en ese sentido. Todo lo que tenía que hacer era levantar la cabeza para ver los vehículos blindados que circulaban por el camino de Dangara. Había por lo menos un batallón basado por allí, posiblemente todo un regimiento de infantería mecanizada que patrullaba constantemente las carreteras principales y los caminos secundarios. Según las pautas de los mujahiddines, su fuerza era grande y poderosa, pero contra los rusos, con efectivos de un regimiento y en su propia tierra, sólo Alá en Persona podía salvarlos. Y tal vez ni siquiera él, se decía el Arquero, pero en seguida se auto castigaba por su callada blasfemia.

Su hijo no estaba lejos, probablemente a distancia menor de la que ellos habían recorrido hasta allí… ¿pero dónde? Algún lugar que él nunca encontraría. El Arquero estaba seguro de eso. Hacía tiempo que había abandonado toda esperanza. Iban a criar a su hijo según las costumbres extrañas e infieles de los rusos, y lo único que él podía hacer era dedicarse a orar para que Alá se hiciera presente en su hijo antes de que fuera demasiado tarde. Robar niños era seguramente el más atroz de los crímenes. Y apartarlos de sus padres y de su fe… bueno, no había necesidad de explayarse sobre esto.

Todos y cada uno de sus hombres tenían motivos suficientes para odiar a los rusos. Familias asesinadas o dispersadas, casas bombardeadas. Sus hombres no sabían que esa era la forma normal de la guerra moderna. Como «primitivos», pensaban que los combates debían ser cosas de guerreros solamente. Su líder sabía que eso había dejado de ser así mucho antes de que naciera cualquiera de ellos. No comprendía por qué las naciones «civilizadas» del mundo habían cambiado esa regla tan sensata, pero sólo necesitaba saber el hecho en sí. Junto con ese conocimiento había adquirido la noción de que su destino no era el que había elegido para él. El Arquero se preguntaba si existiría algún hombre que realmente eligiera su destino, ¿o estaba todo en manos mucho más grandes que las que sostienen los libros y las armas? Pero ese era otro pensamiento complicado e inútil ya que, para el Arquero y sus hombres, el mundo se había reducido a unas pocas y simples verdades y unos pocos y profundos odios. Tal vez algún día eso cambiaría, pero para los *mujahiddines* el mundo estaba limitado a lo que podían ver y sentir en ese momento. Buscar más

allá era perder de vista lo que importaba, y eso significaba la muerte. El único gran pensamiento que aún sostenían sus hombres era su fe y, por el momento, era suficiente.

El último vehículo de la columna desapareció al doblar la curva del camino. El Arquero sacudió la cabeza. Ya había estado pensando demasiado por el momento. Todos los rusos que acababa de observar se hallaban en el interior de sus carros de infantería BMP, dentro de los cuales se mantenían en una cálida temperatura gracias a la calefacción de los vehículos de combate, pero desde donde no podían ver muy bien hacia fuera. Eso era lo que importaba. Levantó la cabeza para mirar a sus hombres, bien camuflados por sus ropas de provisión soviética y escondidos detrás de las rocas, hundidos en las grietas, siempre de a pares, lo que permitía que uno durmiera mientras el otro, come su líder, vigilara y mantuviera guardia.

El Arquero miró hacia arriba para ver el sol que ya estaba declinando. Pronto se deslizaría detrás de la cordillera, y sus hombres podrían reanudar la marcha hacia el norte. Vio un destello provocado por el sol sobre la piel de aluminio de algún avión que describía un viraje allá en lo alto.

El coronel Bondarenko viajaba en un asiento junto a la ventanilla y miraba hacia abajo las formidables montañas. Recordó su breve misión en Afganistán, las interminables cumbres que destrozaban la piernas y donde se podía marchar círculo perfecto y creer que continuaba el ascenso en todo momento. Bondarenko sacudió la cabeza. Aquello, por lo menos ya había quedado atrás. Había cumplido su tiempo, probado el combate y ahora podía volver a la ingeniería aplicada que, después de todo, había sido su primer amor. Las operaciones de combate eran cosa de jóvenes, y Gennady Iosifovich ya tenía más de cuarenta. Después de haber probado una vez que era capaz de escalar las rocas junto con esos ágiles muchachos, estaba resuelto a no volver a hacerlo nunca más. Además, tenía otra cosa en la cabeza.

—¿Qué está pasando con Misha?, se preguntó. Cuando desapareció del ministerio, supuso naturalmente que el viejo estaba enfermo. Después de varios días de ausencia pensó que podía ser algo serio y preguntó al ministro si habían hospitalizado al coronel Filitov. En ese momento, la respuesta había sido tranquilizadora… aunque ahora se preguntaba. El ministro Yazov había sido quizás un poquito demasiado elocuente. Después, Bondarenko recibió órdenes de volver a Bright Star para efectuar una nueva evaluación de las instalaciones. El coronel tuvo la sensación de que lo estaban sacando del paso… ¿pero, por qué? ¿Algo relacionado con la forma en que Yazov reaccionó a su inocente averiguación? Además, estaba aquel asunto de la vigilancia de que era objeto y que él descubrió. ¿Tendrían alguna conexión las dos cosas? La conexión era tan obvia que Bondarenko la ignoró sin considerarla a conciencia. Era sencillamente imposible que Misha pudiese haber sido el blanco de una investigación de seguridad, y aún más menos posible que la

investigación arrojara evidencias concretas de algún delito. Lo más probable, concluyó, era que Misha estuviera dedicado a algún trabajo ultrasecreto para Yazov. Seguramente haría muchos de esos. Bondarenko miró hacia abajo el enorme terraplén de la represa hidroeléctrica de Nurek. El segundo cordón de líneas de potencia estaba casi terminado, notó, mientras la aeronave bajaba los flaps y las ruedas para aterrizar en Dushanbe. —East. Fue el primer hombre en abandonar la aeronave cuando permitieron hacerlo.

—¡Gennady Iosifovich!

—Buenos días, camarada general —dijo Bondarenko con cierta sorpresa.

—Venga conmigo —dijo Pokryshkin, después de devolver el saludo del coronel —. No querrá viajar en ese maldito ómnibus. —Hizo un gesto con el brazo hacia el sargento, para que se ocupara del equipaje de Bondarenko.

—No necesitaba venir personalmente.

—Tonterías. —Pokryshkin encabezó el desfile hasta su helicóptero personal, cuyo rotor ya estaba dando vueltas—. Algún día debo leer eso informe que usted presentó. Ayer tuve aquí a tres ministros. Ahora, todo el mundo comprende lo importante que somos. Han aumentado nuestro presupuesto en un veinticinco por ciento…, ¡quisiera ser yo capaz de escribir esa clase de informes!

—Pero yo…

—Coronel, no quiero oírlo. Usted ha visto la verdad y la ha comunicado a los otros. Usted es parte ahora de la familia de Bright Star. Quiero que piense sobre la posibilidad de que venga con destino permanente con nosotros, después que terminen sus tareas en Moscú. Según su legajo, usted tiene excelentes títulos en ingeniería y administración, y yo necesito un buen segundo comandante. Se dio vuelta con una mirada conspiradora. —No creo que pueda convencerlo para que use un uniforme de la fuerza aérea.

Camarada general, yo…

—Lo sé, quien ha sido alguna vez soldado del Ejército Rojo, seguirá siendo siempre soldado del Ejército Rojo. No nos opondremos a eso. Además, usted puede ayudarme con esos estúpidos de la KGB que hacen guardia en el perímetro. Ellos pueden fanfarronear con su experiencia frente a un piloto de combate venido a menos, pero no frente a un hombre que ha ganado la Bandera Roja por combate cercano. —El general hizo señas al piloto para que despegara. Bondarenko se sorprendió al ver que el comandante no piloteaba él mismo la aeronave—. Voy a decirle algo, Gennady: en pocos años más ésta será una nueva rama del servicio, una fuerza armada completamente nueva. «Unidades de Defensa Cósmica», quizás. Habrá lugar para que usted pueda crear una carrera también nueva, y mucho lugar para las promociones. Quiero que lo piense seriamente. De cualquier manera, es muy probable que usted llegue a general dentro de tres o cuatro años, pero yo puedo

garantizarle más estrellas que el Ejército.

—Sin embargo… por el momento… —Lo pensaría, pero no a bordo de un helicóptero.

—Estamos considerando los planes de espejos y computadoras que tienen los norteamericanos. El jefe de nuestro grupo de espejos cree que puede adaptar el diseño de ellos a nuestro hardware, dice que le llevará aproximadamente un año a concretar los planes, pero el no conoce nada acerca de la verdadera ingeniería. Mientras tanto, estamos armando algunos lásers de reserva y tratando de simplificar el diseño para facilitar el mantenimiento.

—Ese es un trabajo de otros dos años —observó Bondarenko.

—Por lo menos —coincidió el general Pokryshkin—. Este programa no estará en operación antes de que yo me vaya. Eso es inevitable. Si tenemos un éxito más en una prueba importante, me llevarán nuevamente a Moscú para hacerme cargo de la oficina del ministerio y, en el mejor de los casos, el sistema no quedará desplegado antes de que yo me retire. —Sacudió tristemente la cabeza—. Es duro de aceptarlo; estos proyectos demoran mucho ahora. Es por eso que lo quiero a usted aquí. Necesito un hombre joven que pueda conducir este proyecto hasta el final. He buscado entre una veintena de oficiales. Usted es el mejor de ellos, Gennady Iosifovich. Quiero tenerlo aquí para poder transferirle el mando cuando llegue el momento.

Bondarenko quedó asombrado. Pokryshkin lo había elegido, prefiriéndolo sin duda a hombres de su propia arma.

—Pero usted apenas me conoce…

—Yo no llegué a general por no saber conocer a la gente. Usted tiene las cualidades que yo busco, y está justo en el momento apropiado de su carrera: listo para un comando independiente. Su uniforme tiene menos importancia que el tipo de hombre que es. Ya he enviado un télex al ministro en ese sentido.

Bueno. Bondarenko todavía estaba demasiado sorprendido como para sentirse complacido. Y todo porque el viejo Misha decidió que yo era el mejor hombre para hacer una gira de inspección. Espero que no esté demasiado enfermo.

—Ya lleva así más de nueve horas —dijo uno de los oficiales a Vatutin, en tono casi acusador. El coronel se inclinó para espiar por el tubo de fibra óptica y observó al hombre durante varios minutos. Al principio lo vio acostado; se daba vueltas y se sacudía espasmódicamente mientras trataba de dormir. Pero su esfuerzo resulta inútil, después llegaba la náusea y la diarrea ocasionada por la cafeína que le impedía dormir. Entonces se levantó y reanudó la caminata que había estado practicando durante horas, tratando de cansarse para poder cobrar el sueño que parte de su cuerpo reclamaba mientras el resto lo rechazaba.

—Tráiganlo aquí dentro de veinte minutos. —El coronel de la KGB miró

divertido a su subordinado. Había dormido solamente siete horas, y pasadas las dos últimas asegurándose de que las órdenes que diera antes de retirarse habían sido cumplidas en su totalidad. Después se había duchado y afeitado. Un ordenanza le llevó un uniforme limpio, de su departamento, mientras otro le lustraba las botas hasta dejarlas relucientes como espejos. Vatutin terminó el desayuno y ordenó otra taza de café, que le sirvieron trayéndola desde el casino de oficiales superiores. Ignoró las miradas que le echaban los restantes miembros del grupo de interrogación, sin mostrarle siquiera una sonrisa misteriosa para indicarles que él sabía lo que estaba haciendo. Si ellos aún no lo sabían, entonces… al diablo con ellos. Cuando terminó, se pasó la servilleta por la boca y se dirigió a la sala de interrogación.

Como la mayoría de ese tipo de salas, la mesa desnuda que había en ella era mucho más de lo que aparentaba. Debajo del borde, donde la tabla sobresalía de la estructura de apoyo, había varios botones que el coronel podía apretar sin que nadie lo notara. En las paredes, aparentemente desnudas, había micrófonos instalados, y el único adorno sobre ellas, un espejo, era en realidad de doble propósito; desde la habitación contigua podían ver y fotografiar al sujeto.

Vatutin se sentó y sacó la carpeta que haría a un lado cuando llegara Filitov. Repasó en su mente lo que iba a hacer. Lo tenía ya todo planeado, desde luego, incluyendo las palabras de su informe verbal al presidente Gerasimov. Miró el reloj, hizo un movimiento de cabeza en dirección al espejo, y pasó los pocos minutos siguientes preparándose para lo que seguiría. Filitov llegó justo en el momento previsto.

Vatutin pudo apreciar que se lo veía fuerte. Fuerte pero ojeroso, falto de sueño. Era la cafeína, que habían puesto en cantidad en su última comida. Proyectaba una fachada dura, pero delgada y quebradiza. Ahora Filitov mostraba irritación. Antes, sólo había exhibido resolución.

—Buenos días, Filitov dijo Vatutin, levantando apenas la vista.

—Coronel Filitov para usted. Dígame, ¿cuándo terminará toda esta farsa?

Probablemente él también lo cree, se dijo Vatutin. El sujeto había repetido tantas veces la historia según la cual Vatutin le había puesto en la mano el rollito de película, que ahora él mismo podía haberse convencido a medias. No era extraño que ocurriera. Se sentó en su silla sin pedir permiso, y Vatutin indicó al carcelero con un gesto que se retirara de la sala.

—¿Cuándo decidió traicionar a la Madre Patria?, preguntó Vatutin.

—¿Cuándo decidió dejar de abusar de muchachitos? —replicó enojado el viejo.

—Filitov —disculpe, coronel Filitov— usted sabe que lo arrestaron con un rollo de microfilm en la mano, a sólo dos metros de una espía norteamericana. En ese rollo de microfilm había información sobre una instalación ultrasecreta del Estado, para investigación de defensa, información que usted ha estado pasando durante años a los

norteamericanos. No hay ninguna duda sobre esto, para el caso de que lo haya olvidado. —Vatutin explicó pacientemente—. Lo que le estoy preguntando es: ¿Cuánto tiempo ha estado haciendo esto?

—Váyase a la mierda —contestó Misha. Vatutin notó un ligero temblor en sus manos—. Soy tres veces Héroe de la Unión Soviética. Yo ya estaba matando enemigos de este país cuándo usted no era más que un dolor entre las piernas de su padre, ¿y tiene las pelotas de llamarme traidor a mí?

—Cuando estaba en la escuela primaria, leía libros sobre usted. Misha, haciendo retroceder a los fascistas desde las puertas de Moscú Misha, el demonio tanquista. Misha, el Héroe de Stalingrado. Misha, exterminador de alemanes. Misha, conduciendo el contraataque en Kursk Bulge. Misha, —dijo finalmente Vatutin—, traidor a la Madre Patria.

Misha hizo un gesto de rechazo con la mano, mirando con fastidio la forma en que temblaba.

—Nunca he tenido mucho respeto por los chekisa. Cuando estaba mandando a mis hombres, ellos se encontraban allí… detrás de nosotros. Eran muy eficientes para fusilar prisioneros… los prisioneros que habían tomado los soldados verdaderos. También eran bastante buenos para asesinar gente que se había visto forzada a retirarse. Siempre recuerdo un caso en el que un teniente chekista se hizo cargo del comando de un tanque y lo metió en un maldito pantano. Por lo menos, los alemanes que yo mataba eran hombres, hombres combatientes. Yo los odiaba, pero podía respetarlos, porque eran soldados. Los de su clase, en cambio… tal vez nosotros, simples soldados, nunca comprendimos realmente quién era el enemigo. A veces me pregunto quiénes han matado más rusos, ¿los alemanes…, o gente como usted?

Vatutin permanecía inconmovible.

—El traidor Penkovskiy lo reclutó a usted, ¿no es así?

—¡Tonterías! Yo mismo denuncié a Penkovskiy. —Filitov se encogió de hombros. Se sintió sorprendido por lo que sintió, pero no pudo controlarlo—. Supongo que los de su clase están acostumbrados a eso. Oleg Penkovskiy era un hombre triste y confundido, que pagó el precio que hombres como él deben pagar.

—Como pagará usted —dijo Vatutin.

—Yo no puedo impedirle que me mate, pero he visto la muerte demasiadas veces, La muerte se ha llevado a mi mujer y a mis hijos. La muerte se ha llevado a tantos de mis camaradas… y la muerte ha tratado de llevarme a mí con bastante frecuencia. Tarde o temprano la muerte ganará, venga de usted o de cualquier otro. Ya he olvidado cómo temerla.

—Dígame, ¿qué teme usted?

—No a usted. —Se lo espetó no con una sonrisa, sino con una fría mirada de desafío.

—Pero todos los hombres temen algo —observó Vatutin—. ¿Temió usted el combate? —¡Ah! Misha, ahora estás hablando demasiado. ¿Saben eso por lo menos?

—Sí, al principio. La primera vez que una granada hizo impacto en mi T-34 me ensucié los pantalones. Pero solamente esa primera vez. Después de eso, aprendí que el blindaje podía detener la mayor parte de los impactos. Un hombre puede acostumbrarse al peligro físico, y, siendo oficial, uno a veces está demasiado ocupado para darse cuenta de que tendría que sentir miedo. El oficial siente miedo por los hombres que están bajo su comando. Siente miedo de fracasar en una misión de combate asignada, porque hay otros que dependen de él. Y siempre se teme al dolor… no a la muerte, pero sí al dolor. —Filitov se sorprendió de haber hablado tanto, pero ya había tenido bastante con este asqueroso de la KGB. Era muy parecido a la frenética excitación del combate, sentado allí en duelo con ese hombre.

—Yo he leído que todos los hombres tienen miedo en el combate, pero lo que los sostiene es su propia imagen. Saben que no pueden dejar que sus camaradas vean en ellos menos de lo que esperan ver. Es decir, los hombres temen más a la cobardía que al peligro. Temen traicionar su hombría, y a sus camaradas soldados. —Misha asintió ligeramente. Vatutin apretó uno de los botones debajo de la mesa. Filitov, usted ha traicionado a sus hombres. ¿Acaso no lo ve? ¿No comprende que al dar al enemigo secretos de defensa, ha traicionado a todos los hombres que sirvieron con usted?

—Se necesitará más que sus palabras para…

La puerta se abrió silenciosamente. El joven que entró llevaba puesto un overol sucio y grasiento y el casco con nervaduras de los tripulantes de tanque. Todos los detalles estaban cuidados: colgaba un cable para enchufar en el intercomunicador del tanque, y el penetrante olor de la pólvora entró en la habitación junto con él. El overol estaba desgarrado y chamuscado. Tenía vendadas la cara y las manos. Del ojo cubierto se desprendían gotas de sangre que dejaban un camino marcado en la mugre. Y era la imagen viviente de Aleksey Il’ych Romanov, cabo del ejército Rojo… o tan parecida a ella como pudo lograrlo la KGB en una frenética noche de esfuerzos.

Filitov no lo oyó entrar, pero se dio vuelta tan pronto como percibió el olor. La conmoción lo dejó con la boca abierta.

—Dígame, Filitov —continuó Vatutin—. ¿Cómo cree que reaccionarían sus hombres si supieran lo que usted ha hecho?

El joven —en realidad era un cabo que trabajaba para un funcionario menor en el Tercer Directorio— no pronunció una sola palabra. El irritante químico que tenía en el ojo derecho se lo humedecía visiblemente; él luchaba para no hacer muecas por el dolor que le causaba, y las lágrimas caían por sus mejillas. Filitov no sabía que habían puesto drogas en su comida; se hallaba tan desorientado por su estada en Lefortovo que ya no tenía capacidad para registrar las cosas que le estaban haciendo. La cafeína le había provocado un estado exactamente opuesto a la ebriedad. Su mente

estaba alerta, tanto como lo había estado en combate, todos sus sentidos buscaban estímulos y registraban todo lo que ocurría alrededor… pero a lo largo de la noche entera no había habido nada que informar. Al no tener información concreta para transmitir, sus sentidos habían comenzado a inventar, Filitov estaba sufriendo alucinaciones cuando los guardias fueron a buscarlo. En Vatutin encontró un blanco donde fijar sus impulsos psíquicos. Pero también se sentía cansado, exhausto por la rutina a la que había estado sometido, y la combinación de ese estado vigilante y la fatiga que le partía los huesos lo había colocado en una condición casi de ensueño en la que ya había perdido la capacidad de distinguir lo real de lo imaginario.

—¡Dése vuelta, Filitov! —estalló Vatutin—. ¡Míreme cuando le hablo! Le hice una pregunta: ¿Cómo reaccionarían todos esos hombres que estuvieron a su servicio?

—Quiénes…

—¿Quiénes? Los hombres que usted condujo, ¡viejo idiota!

—Pero… —Se volvió otra vez, pero la figura había desaparecido.

He estado revisando su legajo; todas esas menciones que usted escribió para sus hombres… más que la mayoría de los comandantes Aquí, Ivanenko, y Pukhov, y este cabo Romanov. Todos los hombres que murieron por usted, ¿qué pensarían ahora?

—¡Ellos comprenderían! —afirmó Misha, ya invadido completamente por la cólera.

—¿Qué comprenderían ellos? Dígame, ¿qué cosa comprenderían ellos?

—Los mataron hombres, como usted… no yo, tampoco los alemanes, ¡sino hombres como usted!

—Y a sus hijos también, ¿eh?

—¡Sí! Mis dos hermosos hijos, mis dos fuertes y valientes muchachos, fueron para seguir mis huellas y…

—Su esposa también, ¿eh?

—¡Eso sobre todo! —contestó Filitov en un gruñido. Se inclinó hacia adelante a través de la mesa—. Ustedes me han quitado todo, chekistas hijos de puta… ¿y se asombran de que yo necesitara devolverles la pelea? Ningún hombre ha servido al estado mejor que yo, y mire mi recompensa, mire la gratitud del Partido. Ustedes me han quitado todo lo que era mi mundo, ¿y usted dice que yo he traicionado a la Rodina, no es así? ¡Usted la ha traicionado, y usted me ha traicionado a mí!

—Y por ese motivo Penkovskiy lo abordó, y por ese motivo usted ha estado pasando información a Occidente… ¡nos ha engañado durante todos estos años!

—¡No es ninguna gran cosa engañar a los que son como usted!, golpeó la mesa con el puño. —Treinta años, Vatutin, durante treinta años yo he… yo he…— se interrumpió, con una curiosa mirada en el rostro, preguntándose qué acababa de decir.

Vatutin se tomó su tiempo antes de hablar, y cuando lo hizo, su voz era suave:

—Gracias, camarada coronel. Eso es muy suficiente por ahora. Después

hablaremos sobre qué exactamente ha dado a Occidente. Lo desprecio por lo que ha hecho, Misha. No puedo comprender ni perdonar la traición, pero usted es el hombre más valiente que he conocido. Espero que pueda afrontar con la misma valentía lo que le queda de su vida. Ahora es importante que enfrente a sus crímenes, y a usted mismo, con tanto coraje como cuando enfrentó a los fascistas, de manera que su vida pueda terminar tan honorablemente como la vivió. —Vatutin apretó un botón y la puerta se abrió. Los guardias se llevaron a Filitov, que seguía mirando hacia taras a su interrogador, más sorprendido que otra cosa. Sorprendido porque lo que hubiera hecho caer en la trampa. El nunca comprendía cómo lo habían hecho, aunque ellos difícilmente comprendían, pensó el coronel del Segundo Directorio General. Después de un minuto se levantó también él, reunió sus carpetas con la mayor seriedad, abandonó la sala y subió la escalera.

—Usted habría sido un buen psicólogo —observó el doctor antes que nada.

—Espero que los grabadores hayan registrado todo —dijo Vatutin a sus técnicos.

—Los tres, además de la cámara de televisión.

—Fue el más difícil de los que he visto dijo un mayor.

—Sí, fue difícil. Valiente. No es un aventurero, ni un disidente. Este fue un patriota… o eso es lo que el pobre infeliz cree que fue. Quería salvar el país del Partido.

—Vatutin sacudió la cabeza acostumbrado.

—¿De dónde sacan semejantes ideas?

Tu presidente, se recordó a sí mismo, quiere hacer algo muy parecido… o, más exactamente, hacer del país un Partido. Vatutin se apoyó por un momento contra la pared mientras trataba de decidir cuánto tenía de parecido o de diferente la motivación. Llegó rápidamente a la conclusión de que ese no era un pensamiento adecuado para un simple oficial de contrainteligencia. Por lo menos, no todavía. Filitov adoptó esas ideas por la forma torpe en que el Partido trató a su familia. Bueno, aunque el Partido dice que nunca comete errores, todos sabemos que no es así. Qué lástima que Misha no pudo hacer esa concesión. Después de todo, el Partido es todo lo que tenemos.

—Doctor, asegúrese de que descanse un poco —dijo cuando iba saliendo. Un automóvil ya lo esperaba.

Vatutin quedó sorprendido al ver que era de mañana. Se había concentrado demasiado intensamente en esos dos últimos días, y pensó que era de noche. Mejor así: podría ir a ver al presidente sin demora. Lo realmente asombroso era que se hallaba cumpliendo un horario casi normal. Podría ir esa noche a su casa, dormir normalmente, reencontrarse con su esposa y familia, mirar un poco de televisión. Vatutin sonrió para sí mismo. También podía disfrutar pensando en su próximo ascenso, se dijo. Después de todo, había logrado quebrar al hombre antes de lo

prometido. Y eso tendría que hacer muy feliz al presidente.

Vatutin lo encontró en el intervalo entre dos reuniones. Gerasimov parecía pensativo y preocupado; contemplaba desde la ventana e tránsito en la Plaza Dzerzhinskiy.

—Camarada presidente, tengo la confesión —anunció Vatutin, Gerasimov se dio vuelta.

—¿Filitov?

—Bueno, sí, camarada presidente. —Vatutin no ocultó su sorpresa.

Gerasimov sonrió después de un momento.

—Discúlpeme, coronel. En este momento tengo mi mente ocupada por un asunto operativo. ¿Así que tiene realmente su confesión?

—Ningún detalle todavía, por supuesto, pero sí admitió que estaba enviando secretos a Occidente, y que lo ha estado haciendo durante treinta años.

—Treinta años… y en todo ese tiempo no lo detectamos… —comentó Gerasimov en voz baja.

—Correcto —admitió Vatutin—. Pero lo hemos atrapado, y nos pasaremos semanas conociendo todo lo que él ha comprometido. Píenso que su posición y los métodos operativos hicieron difícil la detección, pero aprenderemos de eso, como hemos aprendido de algunos otros casos semejantes. De todas maneras, usted pidió la confesión y ahora la tenemos —señaló el coronel.

—Excelente contestó el presidente. —¿Cuándo estará listo su informe escrito?

—¿Mañana? —preguntó Vatutin sin pensar. Estuvo a punto de encogerse mientras aguardaba la respuesta. Esperó que el jefe le cortara la cabeza, pero Gerasimov pensó durante una infinidad de segundos antes de asentir con un movimiento de cabeza.

—Es suficiente. Gracias, camarada coronel. Eso es todo.

Vatutin tomó la posición militar y saludó antes de retirarse. ¿Mañana?, se preguntó a sí mismo en el corredor. Después de todo aquello, ¿está dispuesto a esperar hasta mañana?

—¿Por qué diablos? No tenía el menor sentido. Pero Vatutin tampoco tenía una explicación inmediata, y sí en cambio debía escribir el informe. El coronel caminó hacia su oficina, tomó un bloc de papel rayado, y empezó a redactar su informe sobre el interrogatorio.

—¿Así que ese es el lugar? —preguntó Ryan.

—Ese es. Sucedió que justo enfrente había una juguetería, allá. Se llamaba el Mundo de los Niños, ¿puede creerme? Supongo que alguien terminó por darse cuenta de que era casi una locura, entonces lo obligaron a mudarse. La estatua que está en el medio es Feliks Dzerzhinskiy. Ese sí que fue un tipo frío y sanguinario… a su lado, Heinrich Himmler era un boy scout.

—Himmler no era tan astuto —observó Jack.

—Es muy cierto. Feliks desbarató por lo menos tres intentos para derribar a Lenin, y uno de ellos fue muy grave. La historia completa nunca llegó a conocerse, pero puede apostar que los registros están allí adentro —dijo el chofer. Era un australiano, miembro de la compañía contratada para dar seguridad al perímetro de la embajada y que había pertenecido anteriormente al Servicio Aéreo Especial (comandos) de su país de origen. No realizaba nunca actividades de espionaje— por lo menos no para los Estados Unidos —pero a menudo procedía como si lo hiciera, ejecutando cosas extrañas. Había aprendido a descubrir seguidores en el camino y a quitárselos de encima, y eso hacía pensar con seguridad a los rusos que era un hombre de la CIA, o alguna especie de espía. Además, era un excelente guía de turismo.

Miró el espejo retrovisor.

—Nuestros amigos todavía están allí. Usted no espera nada, ¿no?

—Lo veremos. —Jack se dio vuelta. No estaban actuando con mucha delicadeza, pero él no esperaba que lo hicieran.

—¿Dónde queda Frunze?

—Al sur de la embajada, compañero. Tendría que haberme dicho que quería ir allí, habríamos pasado primero. —Hizo una vuelta en U, retomando la misma calle en sentido contrario, lo que era legal, mientras Ryan seguía mirando hacia atrás. Está de más decir que el Zhiguli— parecía un viejo Fiat —hizo exactamente lo mismo, siguiéndolos como un perro fiel. En el camino volvieron a pasar frente a la embajada de Estados Unidos, y luego frente a la antigua iglesia griega ortodoxa, a la que los bromistas de la embajada llamaban Nuestra Señora de los Microchips, por lodos los dispositivos de vigilancia que seguramente contenía.

—¿Qué estamos haciendo exactamente? —preguntó el chofer.

—Sólo estamos paseando. La última vez que vine, lo único que pude conocer fue el camino de ida y vuelta al ministerio de Relaciones Exteriores, y el interior de un palacio.

—¿Y si nuestros amigos se nos acercan más?

—Bueno, si quieren hablar conmigo, supongo que tendré que complacerlos —contestó Ryan.

—¿Lo dice en serio? —El hombre sabía que Ryan era de la CIA.

—Por supuesto —dijo Ryan con una risita.

—¿Usted sabe que tengo que hacer un informe escrito sobre cosas como esa?

—Usted tiene su trabajo. Yo tengo el mío. —Siguieron dando vueltas durante otra hora, pero no ocurrió nada. Para decepción d Ryan y alivio del conductor.

Llegaron en la forma normal. Aunque los puntos de cruce estaban vigilados al azar, el automóvil, un Plymouth Reliant, de unos cuatro años de antigüedad y con chapas patentes de Oklahoma se detuvo en la casilla de control de la Patrulla de

Frontera. Había tres hombres dentro, uno de los cuales parecía estar durmiendo y tuvieron que despertarlo.

—Buenas noches —dijo el patrullero—. ¿Puedo ver alguna identificación, por favor? —Los tres hombres le entregaron sus licencias de conductor. Las fotografías coincidían.

—¿Algo para declarar?

—Un poco de bebida. Dos cuartos, quiero decir litros, para cada uno de nosotros. —Observó con interés aun perro que olfateaba insistentemente el auto.

—¿Quiere que estacione y abra el baúl?

—¿Qué hacían en México?

—Representamos a Cummings. —Oklahoma Tool and Die. Tuberías y equipos para destilerías— explicó el que conducía. —Especialmente válvulas de control de gran diámetro y cosas así. Estamos tratando de vender algo a Pemex. El material de venta está también en el baúl.

—¿Tuvieron suerte? —preguntó el patrullero.

—Fue el primer intento. Tendremos que hacer otros. Siempre es así.

El hombre que tenía el perro sacudió negativamente la cabeza. Su Labrador no estaba interesado en ese auto. No había olor a drogas. Ni olor a nitratos. Los hombres que ocupaban el automóvil no tenían el aspecto clásico. Parecían bastante respetables de apariencia, aunque no en exceso, y no habían elegido la hora de más trabajo para hacer el cruce.

—Bienvenidos de vuelta —dijo el patrullero—. Buen viaje a casa.

—Gracias, señor. El conductor saludó con la cabeza y puso en marcha el auto.

—Hasta luego.

—No puedo creerlo —comentó el hombre que viajaba atrás, cuando se hallaban ya a cien metros de distancia del punto de control. Habló en inglés—. No tienen la menor idea de lo que es la seguridad.

—Mi hermano es mayor de los Guardias de Frontera. Creo que le daría un ataque al corazón si viera que fácil fue esto —observó el conductor. No se rio. La parte difícil sería salir, y desde ese momento se encontraban en territorio enemigo. Conducía exactamente al límite de velocidad indicada en los carteles, mientras los conductores locales lo pasaban zumbando. Le gustaba el auto norteamericano. Aunque le faltaba potencia, él no había conducido nunca un auto con más de cuatro cilindros y realmente no conocía la diferencia. Había estado antes cuatro veces en los Estados Unidos, pero nunca para un trabajo como ese, y menos con tanta preparación.

Los tres hablaban un inglés norteamericano perfecto, con un cantito campestre que coincidía con sus papeles de identificación (eso es lo que todos ellos pensaban de sus licencias de conductor y tarjetas de seguridad social, aunque apenas se los podía considerar verdaderos «documentos». Lo realmente extraño era que al conductor le

gustaban los Estados Unidos, en especial la fácil disponibilidad de comida barata y de todas clases. Podía detenerse en uno de esos lugares de servicio rápido, en el camino a Santa Fe, preferiblemente un Burger King, donde podría volcar su amor por una hamburguesa asada a la brasa y servida con lechuga, tomates y mayonesa. Esa era una de las cosas que más asombraba a los rusos con respecto a Estados Unidos: la forma en que cualquiera podía obtener comida sin necesidad de hacer una cola de una cuadra de largo. Y por lo general era buena comida. ¿Cómo podían los norteamericanos ser tan buenos en tareas tan difíciles como la producción y distribución de alimentos, se preguntaba, y tan tontos con respecto a cosas simples como una apropiada seguridad? No tenía sentido, de ninguna manera, pero era erróneo y peligroso despreciarlos en ese aspecto. Él lo comprendía. Los norteamericanos actuaban siguiendo reglas de juego tan distintas que resultaban incomprensibles… y allí había tantas cosas hechas al azar. Eso asustaba al oficial de la KGB de manera fundamental. No se podía saber para qué lado iban a saltar, así como era también imposible predecir la conducta de alguien que manejaba un auto en una autopista. Más que nada, era esa característica de no poder prever futuras actitudes lo que le recordaba que se hallaba en tierras del enemigo. El y sus hombres deberían tener cuidado, ajustarse bien a sus enseñanzas y entrenamiento. Las distracciones y negligencias en un ambiente extraño eran camino seguro hacia el desastre; lección en la que había insistido constantemente allá en su país durante todo el desarrollo del curso académico. Ya eran demasiadas las cosas que su entrenamiento no podría proporcionarle. La KGB apenas podía predecir qué haría el gobierno norteamericano. No había forma de prepararse para acciones individuales de más de doscientos millones de personas que saltaban de una a otra decisión.

Ese era el tema, pensó. Tenían que tomar tantas decisiones todo los días. Qué comida comprar, qué camino tomar, qué auto conducir. Se preguntó cómo harían sus compatriotas para manejar semejante carga de decisiones, impuestas a cada uno todos los días. El caos, lo sabía. Resultaría en una anarquía, y ese era, históricamente, el mayor miedo de los rusos.

—Quisiera tener caminos como este en nuestro país —dijo el hombre que estaba junto a él. El que viajaba atrás iba dormido, esta vez de verdad. Para ambos era el primer viaje a Estados Unidos. Habían dispuesto la operación demasiado rápido. Oleg tenía la experiencia de varios trabajos en América del Sur, siempre bajo la pantalla de hombre de negocios norteamericano. Era moscovita, y recordaba que allá, una vez fuera del anillo de circunvalación y a unos veinte kilómetros, todos los caminos eran de grava, o simplemente de tierra. La Unión Soviética no tenía un sólo camino pavimentado que llevara de una frontera a otra.

El conductor —su nombre era Leonid— pensó en ello.

—¿De dónde vendría el dinero?

—Es cierto coincidió Oleg con tono de hastío. Hacía diez horas que estaban viajando. —Pero quizá pienses que podríamos tener carreteras tan buenas como las de México.

—Hhumm. —Pero entonces la gente tendría que elegir adónde quería ir, y nadie se había molestado nunca en enseñarle cómo hacerlo. Miró el reloj del tablero. Seis horas más, quizá siete.

La capitana Tania Bisyarina llegó a la misma conclusión cuando consultó el reloj del tablero de su Volvo. En ese caso, la casa de seguridad no era en realidad una casa convencional, sino una vieja casa rodante, parecidas a las que usan como oficinas móviles los ingenieros y contratistas. De esa manera había comenzado su vida, para terminarla en la otra forma cuando la abandonó una firma de ingeniería unos años antes, después de haber completado a medias un proyecto en las montañas del sur de Santa Fe. Nunca terminaron las cañerías de drenaje y las cloacas que habían estado instalando para un nuevo agrupamiento de viviendas. El promotor había perdido su fuente de financiación, y la propiedad aún estaba inmovilizada en las batallas judiciales. La ubicación era perfecta, cerca de la carretera interestatal, cerca de la ciudad, pero escondida detrás de un cordón montañoso y marcada solamente por un camino de acceso, de tierra, que ni siquiera los adolescentes habían descubierto para estacionar con sus parejas después de los bailes. El tema de la visibilidad tenía sus ventajas e inconvenientes. Había montes de pinos que ocultaban la casa rodante, pero también permitían una aproximación inadvertida. Tendrían que apostar un guardia exterior. Bueno, no se podía tener todo. Bisyarina había entrado su auto con las luces apagadas, después de calcular exactamente el momento en que el camino más cercano estuviera desierto. De la parte posterior de su Volvo descargó dos cajas de provisiones. La casa rodante no tenía electricidad, y todos los alimentos debían ser del tipo no perecedero. Eso significaba que la carne era salchicha envuelta en plástico; llevaba también una docena de latas de sardinas. A los rusos les encantaban. Después de guardar los alimentos en el interior, sacó de su automóvil una pequeña valijita y la colocó junto a dos tachos de agua en el nada funcional cuarto de baño.

Ella habría preferido que las ventanas tuvieran cortinas, pero no era una buena idea alterar demasiado el aspecto de la casa rodante. Ni era tampoco buena idea tener allí un automóvil. Después de que llegara el grupo podrían estacionarlo en un lugar donde la arboleda era muy densa, a unos cien metros de distancia por el camino de tierra. Era un pequeña molestia, pero debían estar preparados para ella. Instalar una casa de seguridad nunca era tan fácil como creía la gente, y con más razón cuando se trataba de una secreta, aunque fuera en lugares tan abiertos como los Estados Unidos. Habría resultado un poco más fácil si ella hubiese tenido un aviso con mayor anticipación, pero ese trabajo había sido planificado y dispuesto virtualmente de la noche a la mañana, y el único lugar que ella tenía era ese tosco sitio pero listo en

cualquier momento elegido poco después de su llegada. El propósito no era otro que disponer de un lugar donde ella pudiera aislarse, o quizá poner a salvo a su agente si alguna vez se hacía necesario. Nunca se lo mantuvo con la intención de que sirviera para una misión como la que ahora se les presentaba, pero no había tiempo para hacer cualquier otro arreglo. La única alternativa era la propia casa de ella, y eso lo había descartado decididamente. Bisyarina se preguntaba si tomarían medidas disciplinarias con ella por no haber encontrado una ubicación mejor, pero sabía que había seguido sus instrucciones al pie de la letra en todas sus actividades de inteligencia.

Los muebles eran funcionales, aunque estaban sucios. Como no tenía otra cosa que hacer, se dedicó a limpiarlos. El jefe del grupo que iba a llegar era un oficial superior. Ella no sabía su nombre ni lo había visto nunca, pero para ese tipo de operación debía tener una jerarquía mayor que la de ella. Cuando el camastro de la casa rodante estuvo razonablemente presentable, Bisyarina se acostó para dormir un rato, después de poner un pequeño reloj despertador.

Le pareció que acababa de acostarse cuando la campanilla la sobresaltó y debió abandonar los almohadones vinílicos.

Llegaron una hora antes del amanecer. Los carteles del camino facilitaban las cosas; además, Leonid había memorizado completamente la ruta. Cinco millas —ahora tenía que pensar en millas— saliendo de la carretera interestatal dobló a la derecha por un camino lateral. Apenas pasado un cartel de propaganda de una marca de cigarrillos, vio el camino de tierra que aparentemente no llevaba a ninguna parte. Apagó las luces del auto y se metió en él, con cuidado de no mantener el pie apoyado en el pedal del freno para que no lo delataran las luces rojas entre los árboles. Al llegar a la parte más alta de la colina, el camino descendía y doblaba hacia la derecha. Allá estaba el Volvo. Y junto a él se veía una figura.

Esta era siempre la parte de mayor tensión. Estaba haciendo contacto con un compañero oficial de la KGB, pero sabía de algunos casos en que las cosas no habían salido del todo bien. Ajustó el freno de mano y descendió del auto.

—¿Está perdido? —preguntó la voz de la mujer.

—Estoy buscando Mountain View —contestó él.

—Eso está del otro lado del pueblo —dijo ella.

—Ah, debo de haber tomado una salida equivocada. —Pudo ver que la mujer se aflojaba cuando él completó la secuencia.

—Tania Bisyarina. Llámeme Ann.

—Yo soy Bob —dijo Leonid—. En el auto están Bill y Lenny.

—¿Cansados?

—Estamos viajando desde ayer al amanecer —contestó Leonid.

—Bob, pueden dormir adentro. Hay comida y bebidas. No tienen electricidad ni agua corriente. Hay dos linternas y un farol de presión… lo pueden usar para hervir

agua para café.

—¿Cuándo? —Esta noche. Haga entrar a su gente y yo le mostraré dónde estacionar el auto—. ¿Y para salir?

—No lo sé todavía. Lo que tenemos que hacer hoy ya es bastante complejo. —Con eso se lanzó a describir la operación. Quedó sorprendida ante el profesionalismo de los tres, aunque no debió haber sido así. Cada uno de ellos tenía que estar preguntándose qué pensaba el Centro de Moscú cuando ordenó esa operación. Lo que estaban haciendo era una locura ya de por sí, sobre todo con tan poco tiempo de preparación. Pero ninguno de los cuatro permitía que sus sentimientos personales interfirieran con la misión. La operación estaba ordenada por el Centro de Moscú, y Moscú sabía lo que estaba haciendo. Todos los manuales lo decían, y los oficiales de campo lo creían, aun cuando sabían que no habrían debido hacerlo.

Beatrice Taussig se despertó una hora más tarde. Los días estaban haciéndose más largos, y ahora el sol no brillaba sobre su cara mientras guiaba su auto viajando hacia su trabajo. En cambio, entraba exactamente a través de la ventana de su dormitorio, mirando como un ojo acusador. Ese día, se dijo, el amanecer marcaba lo que se suponía iba a ser verdaderamente un nuevo día, y ella se preparó para salir a su encuentro. Comenzó con una ducha y luego usó el secador de pelo. Su máquina de café ya estaba conectada, y bebió su primera taza mientras decidía qué iba a ponerse ese día. Pensó que era una decisión importante, y descubrió que necesitaba más que una taza de café y una rosca. Esas cosas requieren energía, se dijo gravemente, y preparó unos huevos para comer con el resto. No debía olvidar que tenía que cuidarse en los desayunos. Mantenía su peso constante desde hacía cuatro años, y le preocupaba mucho su figura.

Algo llamativo, decidió. No tenía muchos vestidos de ese tipo aunque tal vez… el azul. Encendió el televisor mientras tomaba su desayuno, sintonizando el noticiario de CNN Headline que se refería a las negociaciones sobre armamentos en Moscú. Tal vez el mundo se convertiría en un lugar más seguro. Era bueno pensar que ella estaba trabajando por algo. Era una persona cuidadosa y ordenó todos los platos en la lavadora antes de volver a su dormitorio. El vestido azul con los volados era del año anterior, pero serían muy pocos los que se darían cuenta en el proyecto… las secretarias sí, ¿pero a quien le importaban las secretarias? Se puso también una bufanda escocesa alrededor del cuello para mostrar que Bea seguía siendo Bea.

Llegó a su lugar de estacionamiento reservado a la hora de costumbre. Sacó del bolso su pase de seguridad, se lo colgó del cuello con su cadenita de oro y atravesó airosa la puerta, pasando junto a los puestos de seguridad.

—Buenos días, doctora —dijo uno de los guardias. Tenía que ser el vestido, pensó Bea. De todos modos, ella le contestó con una sonrisa. Ese gesto diferenciaba esa mañana de otras, tanto para ella como para él, pero no dijo una sola palabra, nada

para un chico recién salido de secundaria.

Como era habitual, fue la primera en llegar a su oficina. De esa manera, ella graduaba la máquina de hacer café a su gusto: muy fuerte. Mientras la máquina se calentaba, abrió su gabinete de seguridad y sacó los expedientes con que había estado trabajando el día anterior.

Ante su sorpresa, la mañana transcurrió mucho más rápido de lo que había esperado. El trabajo la ayudó. Tenía que entregar un análisis de proyección de costo antes de fin de mes, y para lograrlo debía revisar cantidades de documentos, muchos de los cuales ya había fotografiado y entregado a Ann. Era tan conveniente tener una oficina privada con puerta, y una secretaria que siempre llamaba antes de entrar. Taussig no le caía muy bien a su secretaria, pero ella tampoco le importaba mucho ésta, una vieja amargada cuya idea de divertirse consistía en practicar himnos. Bueno, muchas cosas iban a cambiar, se dijo. Ese era el día. Había visto el Volvo en la calle de entrada, estacionado en el lugar apropiado.

—Ocho —punto— uno en el medidor de lesbianismo —dijo Peggy Jennings—. Tendrías que ver las ropas que compra.

—Es que es excéntrica —observó Will Perkins, más tolerante—. Tú ves algo que yo no veo, Peg. Además, esta mañana la vi entrar y parecía bastante decente, excepto la bufanda.

—¿Algo fuera de lo normal? —preguntó Jennings. Hizo a un lado sus sentimientos personales.

—No. Se levanta muy temprano, pero tal vez se toma tiempo para que no la sigan a la mañana. No veo ninguna razón especial para prolongar la vigilancia. —La lista era larga, y la disponibilidad de personal limitada—. Yo sé que no te gustan los homosexuales, Peg, pero ni siquiera tienes una confirmación de eso todavía. Quizá sólo sea que no te gusta la chica —sugirió.

—El sujeto es extravagante en su amaneramiento, pero conservador en la forma de vestirse, charlatán en muchas cosas, pero no habla nada sobre su trabajo. Es una colección de contradicciones. —Yeso se ajusta perfectamente al perfil, pensó sin necesidad de agregarlo.

—Y tal vez no habla de su trabajo porque no debe hacerlo, como les dicen los maniáticos de seguridad. Conduce como los del este, siempre apurada, pero se viste con ropas conservadoras… ¿tal vez le guste como le quedan esas ropas? Peg, no puedes sospechar de todo. —Creía que ese era nuestro trabajo— salto Jennings. —Explícame lo que observamos la otra noche.

—No puedo explicarlo, pero tú estás poniendo allí tu propio prejuicio. No hay ninguna prueba, Peg, ni siquiera lo suficiente como para intensificar la vigilancia. Mira, después que con toda la gente de la lista, podemos volver a ella para echarle otra mirada.

—Esto es una locura, Will. Hay una supuesta filtración en un proyecto de alta seguridad, y tenemos que andar pisando con cuidado, como si tuviésemos miedo de ofender a alguien. —La agente Jennings se puso de pie y se dirigió a su escritorio por un momento. No fue mucho lo que caminó. La oficina local del FBI estaba llena con los recién llegados de la oficina de contrainteligencia de la Central, y la gente de la jefatura había usurpado el comedor. Sus «escritorios» eran en realidad mesas para comer.

—Te diré lo que haremos… podemos llevar a la gente que tiene acceso al material filtrado y meterlos a todos en la caja. —En la caja significaba someter a todos a la prueba del detector de mentiras. La última vez que lo hicieron allí, estuvo a punto de desatar una revolución en Tea Clipper. Los científicos e ingenieros no eran tipos de inteligencia que comprendieran la necesidad de semejante cosa, sino académicos que consideraron todo el proceso como un insulto a su patriotismo. O un juego, uno de los ingenieros de software llegó a intentar el uso de técnicas de biofeedback para confundir los resultados de la prueba. El esfuerzo se había realizado dieciocho meses antes, y el principal efecto logrado fue mostrar que el personal científico sentía una profunda hostilidad hacia los responsables de la seguridad, lo que al fin de cuentas no era ninguna sorpresa. Lo que puso término a las pruebas fue un colérico informe de un científico de jerarquía demostrando que unas pocas mentiras deliberadas, que él había dicho, pasaron sin detectar. Eso, y la desorganización que había causado entre diversas secciones pusieron punto final a las cosas, antes de que pudieran completar el programa.

—Taussig no pasó por la caja la última vez —observó Jennings. Ella lo había controlado—. No pasó ninguno de los de administración. La revuelta detuvo todo antes de que llegaran tan lejos. Ella fue una de las personas que…

—Porque los de la pandilla de software le llevaron a ella sus protestas. Ella es de administración, no lo olvides. Se supone que es capaz de mantener contenta a toda la gente científica.-Perkins también había controlado. —Mira, si estás tan interesada en ella, podemos volver a investigarla después. Yo, personalmente, no veo nada, pero voy a confiar en tu instinto… aunque, por ahora, tenemos que controlar a todos estos otros.

Margaret Jennings se rindió asintiendo. Perkins tenía razón, después de todo. No tenían nada sólido que señalar. Era sólo su… ¿qué?, se preguntaba. Pensaba que Taussig era homosexual, pero eso ya no era nada del otro mundo —así lo habían declarado las cortes en muchos casos— y, de cualquier manera, no tenía pruebas que apoyaran su sospecha. Pero de eso se trataba, ella lo sabía. Tres años antes, a poco tiempo de ingresar en la oficina de contrainteligencia, había tenido que manejar un secuestro en el que estaba complicado un par de…

Ella también sabía que Perkins se mostraba más profesional al respecto. Aunque

era mormón, y más derecho que la mayoría de las flechas, no permitía que sus sentimientos personales interfirieran en su actividad profesional. Lo que ella no podía sacarse de encima era esa sensación de que, a pesar de toda la lógica y lo que le decía la experiencia, seguía teniendo razón. Acertada o equivocada, ella y Will tenían que completar seis informes antes de volver a la calle. Ya no se podía pasar más de la mitad del tiempo de cada uno en la calle. El resto significaba estar atado a un escritorio —o a una mesa para comer transformada— explicando a la gente qué fue lo que estuvo haciendo durante el tiempo que no pasó atado al escritorio.

—Al, habla Bea. ¿Puedes venir un momento a mi oficina?

—Por supuesto. Estaré allí dentro de cinco minutos.

—Regio. Gracias. —Taussig colgó. Hasta Bea admiraba a Gregory por su puntualidad. Entró por la puerta exactamente a los cinco minutos.

—No interrumpí nada importante, ¿no?

—No. Están haciendo otra simulación de geometría del blanco, pero no me necesitan para eso. ¿Qué pasa? —preguntó el mayor Gregory, y luego agregó—: Me gusta tu vestido, rica.

—Gracias, Al. Necesito que me ayudes en una cosa.

—¿En qué?

—En un regalo de cumpleaños para Candi. Tengo que recogerle esta tarde y necesito que alguien me ayude.

—Uuyy, tienes razón. Dentro de tres semanas, ¿no?

Taussig le sonrió. Hasta hacía ruiditos ridículos.

—Tendrás que empezar a recordar esas cosas.

—¿Y qué vas a comprarle? —sonrió como un muchachito.

—Es una sorpresa, Al —hizo una pausa—. Es algo que Candi necesita. Ya lo verás. Hoy Candi vino en su auto, ¿no?

—Sí, tiene que ver al dentista después de su trabajo.

—Y no le digas nada, por favor. Es una gran sorpresa —explicó Bea.

Gregory notó que apenas podía mantenerse seria. Tiene que ser una tremenda sorpresa, sonrió.

—Muy bien, Bea. Te veré a las cinco.

Se despertaron después de mediodía. «Bob» fue el primero en ir al cuarto de baño; caminó pesadamente antes de acordarse de que no había agua corriente. Miró hacia afuera por la ventana buscando señales de actividad, antes de salir. Cuando volvió, los otros habían puesto agua a hervir. Tenían solamente café instantáneo, pero Bisyarina les había llevado una buena marca, y la comida para el desayuno era típicamente norteamericana, cargada de azúcar. Sabían que iban a necesitarla. Cuando todos hubieron terminado su rutina de la mañana, sacaron los mapas y herramientas y repasaron los detalles de la operación. Durante un período de tres horas, fueron y

vinieron mentalmente a través del plan, hasta que cada uno de los hombres supo exactamente lo que tenía que ocurrir.

Y allí estaba, se dijo el Arquero. Montañas elevadas que podían verse desde muy lejos. En este caso, el objetivo se hallaba todavía a dos noches de marcha, a pesar de que ya podían verlo. Mientras sus subordinados escondían a sus hombres en lugares apropiados, apoyó sus binoculares sobre una roca y examinó la posición, que se hallaba todavía a… ¿veinticinco kilómetros de distancia?, estimó, y luego consultó su mapa. Sí. Tendría que hacer bajar a sus hombres por la ladera de la montaña, cruzar un pequeño arroyo, y después subir otra vez el cerro siguiente, en una trepada como para dejar hasta la vida… allí harían su último campamento. Concentró la vista en ese preciso lugar. Estaba a cinco kilómetros del objetivo y oculto por las montañas… la trepada final iba a ser muy dura. ¿Pero qué otra cosa podían hacer? Tal vez diera a su gente una hora de descanso antes del asalto definitivo. Eso ayudaría, y él podría impartir a sus hombres las instrucciones sobre sus misiones individuales, y darles a todos tiempo para orar. Sus ojos volvieron al objetivo.

Se veía claramente que aún estaban construyendo, aunque en esa clase de lugar nunca terminarían de hacerlo. Era bueno que ellos hubieran llegado ahora. En unos pocos años más sería inexpugnable. Tal como estaba…

Forzó la vista tratando de distinguir detalles. Ni siquiera con los binoculares podía apreciar nada que fuera más pequeño que las torres de guardia. Con las primeras luces del amanecer pudo ver los bultos que marcaban los edificios. Tendría que acercarse más para distinguir bien algunas cosas de las que dependerían los detalles de último momento de su plan, pero, por ahora, su interés estaba en la forma del terreno. ¿Cuál sería la mejor manera de aproximarse al lugar?, ¿cómo usar la montaña para su propia ventaja? Si ese lugar estaba custodiado por las tropas de la KGB, como decían los documentos de la CIA que él había inspeccionado, sabía que eran tan perezosos como crueles.

Torres de guardia, tres, lado norte. Habrá una valla allí. ¿Minas?, se preguntó. Con minas o sin ellas, esas torres de guardia tendrían que desaparecer rápido. Tendrían seguramente ametralladoras pesadas, y la vista desde ellas dominaba el terreno. ¿Cómo hacerlo?

—¿Así que ese es el lugar? —El ex mayor del ejército se agachó junto a él.

—¿Los hombres?

—Todos ocultos —contestó el mayor. Pasó un minuto examinando el lugar en silencio—. ¿Recuerda las historias sobre la fortaleza de los Asesinos en Siria?

—¡Ah! —El Arquero se dio vuelta rápidamente. ¡Era a aquello que le recordaba! — ¿Y cómo fue tomada la fortaleza?

El mayor sonrió, sin apartar los ojos del objetivo.

—Con más recursos que los que tenemos nosotros, mi amigo… si alguna vez

fortifican toda la cumbre, hará falta un regimiento con apoyo de helicópteros nada más que para entrar en el perímetro. ¿Y usted cómo planea hacerlo?

—Dos grupos.

—De acuerdo. —El mayor no estaba de acuerdo con nada de eso. Su instrucción militar proporcionada toda por los rusos— le decía que esa misión era una locura para una fuerza tan pequeña, pero antes de poder contradecir a un hombre como el Arquero, tendría que mostrar sus habilidades en el combate. Eso significaba correr riesgos disparatados. Mientras tanto, el mayor trataría de incorporar sus tácticas en la buena dirección.

—Las ametralladoras están en las cuestas hacia el norte. La gente se encuentra sobre el montículo, hacia el sur. —Mientras observaban, los faros delanteros de algunos ómnibus se movían de un lado a otro. Era un cambio de guardia. El Arquero lo consideró, pero él tenía que hacer su ataque en la oscuridad y retirarse en la oscuridad, de lo contrario jamás podrían escapar.

—Si podemos acercarnos sin que nos detecten… ¿puedo hacer una sugerencia? —preguntó con calma el mayor.

—Adelante. —Lleve todo junto en dirección al terreno alto en el centro, después ataque cuesta abajo contra ambos lugares.

—Es peligroso —observó el Arquero de inmediato—. Hay mucho terreno abierto para cubrir sobre ambos flancos.

—También es más fácil llegar al punto de partida para el asalto sin ser observados. Es menos probable que descubran una aproximación de un solo grupo que una de dos grupos. Coloque en posición allí nuestras armas pesadas, y así podrán observar y apoyar a los dos grupos de asalto…

Allí estaba la diferencia entre un guerrero por instinto y un soldado entrenado, admitió para sus adentros el Arquero. El mayor sabía mejor que él cómo medir los riesgos comparando unos con otros.

—Pero aún no sé con respecto a las torres de guardia. ¿Qué le parece?

—No estoy seguro. Yo… —El mayor empujó bruscamente hacia abajo la cabeza de su comandante. Un instante después entró un avión rugiendo por el valle.

—Ese era un MIG-21, versión de reconocimiento. No estamos atacando a tontos. —Miró alrededor para asegurarse de que todos sus hombres estaban a cubierto—. Podrían habernos tomado fotografías.

—¿Nos habrán…? —No lo sé. Tendremos que confiar en Dios para eso, mi amigo.

—No nos ha dejado llegar tan lejos hasta aquí para fracasar —dijo el mayor, preguntándose si eso sería o no verdad.

—Bueno, ¿dónde nos encontramos? —preguntó Gregory en la playa de estacionamiento.

—Espérame en el paseo de compras, en la parte sur del sector de estacionamiento, ¿de acuerdo? Espero que pueda cargarlo en el auto.

—Te veré allá. —Gregory caminó hacia su automóvil y partió de inmediato.

Bea esperó unos minutos antes de seguirlo. No tenía sentido permitir que alguien notara que salían al mismo tiempo. Ahora estaba nerviosa. Para serenarse intentó manejar a poca velocidad, pero eso estaba tan apartado de su modalidad habitual que no hizo más que aumentar su nerviosismo. Como obedeciendo a su propio impulso, el Datsun hizo los cambios de marcha necesarios y pasó velozmente de uno a otro carril. Llegó a la playa de estacionamiento del paseo de compras veinte minutos después.

Al estaba esperando. Había puesto su auto cerca de una camioneta rural, con dos lugares de separación, y bastante alejado del local más próximo. Había elegido casi exactamente el sitio más indicado, observó Bea Taussig mientras estacionaba su propio auto junto al de él y se bajaba.

—¿Por qué te demoraste? —preguntó Gregory.

—No había mayor apuro.

—¿Y ahora qué hacemos?

Bea no lo sabía realmente. Sabía lo que iba a suceder, pero no cómo habían planeado hacerlo… ni siquiera sabía con seguridad que intervendrían algunos de ellos. Tal vez Ann iba a manejar el asunto por sí sola. Se rio para ocultar sus nervios.

—Ven conmigo dijo, indicándole que la siguiera.

—Ese regalo de cumpleaños debe de ser impresionante —comentó Gregory. Observó a su derecha un auto que retrocedía abandonando su lugar de estacionamiento.

Bea notó que el sitio estaba lleno de automóviles, pero no de gente. Los compradores de la tarde se habían ido a su casa a cenar, los recién llegados sólo estaban comenzando su actividad, y el público del cine no saldría hasta una hora más tarde aproximadamente. Aun así, seguía en tensión mientras sus ojos buscaban a derecha e izquierda. Debía situarse a una cuadra de distancia de la entrada del cine. La hora era la convenida. Si algo salía mal, estuvo a punto de lanzar una risita, tendría que elegir un regalo importante, voluminoso. Pero no tuvo que hacerlo. Ann venía caminando hacia ella. Llevaba un gran bolso. —¡Hola, Ann!— la saludó Taussig.

—Hola, Bea…, ¡ah, es el mayor Gregory!

—Hola dijo Al, mientras trataba de recordar si conocía a esa mujer o no. Al tenía no muy buena memoria para las caras; su cerebro estaba demasiado ocupado con los números.

—Nos conocimos el verano pasado. —Dijo Ann, confundiéndolo aún más.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Taussig a su controladora.

—Algunas compras rápidas. Esta noche tengo una cita, y necesitaba… bueno, te mostraré.

Metió la mano en el bolso y sacó algo que a Gregory le pareció un vaporizador de perfume… o como diablos llamaran a esos pequeños aparatitos para spray, pensó mientras esperaba. Se alegró de que Candi no fuera así. Ann pareció rociar un poco de líquido en su muñeca y la levantó junto a la nariz de Bea, mientras un automóvil se acercaba por la calle.

—A Candi le encantaría… ¿qué te parece, Al? —preguntó Bea, y el vaporizador subió hacia la cara de él.

—¿Eeh? —En ese momento sintió la cara llena de un producto químico Mace.

Ann había calculado perfectamente el movimiento, rociando a Gregory justo cuando éste aspiraba; además apuntó para que entrara en los ojos por debajo de los anteojos. Gregory tuvo la sensación de que su cara se estaba quemando, y el punzante dolor fue descendiendo hasta los pulmones. Cayó de rodillas, con la cara entre las manos. No podía emitir el menor sonido, y no pudo ver el auto que se detuvo junto a él. Se abrió la puerta, y el conductor sólo tuvo que dar medio paso para golpear a Gregory con la mano abierta en el costado del cuello.

Bea lo vio caer desmayado… tan perfectamente, pensó. La puerta trasera del auto se abrió y aparecieron unos brazos que se estiraban para tomar a Gregory por debajo de los brazos.

Bea y Ann ayudaron con las piernas y el conductor volvió a ocupar su puesto. En cuanto se cerró la puerta trasera, las llaves del auto de Gregory volaron por la ventanilla hacia las dos mujeres, y el Plymouth partió, después de haber estado detenido sólo unos según dos.

Instantáneamente, Ann miró alrededor. Nadie los había visto, estaba segura de ello. Caminó junto a Bea alejándose de las tiendas para volver adonde estaban los automóviles.

—¿Qué van a hacer con él? —preguntó Bea.

—¿Qué te importa? —replicó rápidamente Bisyarina.

—Novana…

—No, no vamos a matarlo. —Ann se preguntaba si eso era verdad o no. Ella no lo sabía, pero sospechaba que el asesinato no estaba en las cartas. Habían quebrado una regla inviolable. Eso era suficiente por un día.

XXII. Medidas activas

Leonid, cuya última pantalla lo obligó a decir: «Llámeme Bob», condujo el auto hacia el extremo opuesto de la playa de estacionamiento. Para haber sido una operación en la que virtualmente no se hicieron planes, su fase más peligrosa se había cumplido con bastante fluidez. Lenny, atrás, tenía la tarea de controlar al oficial norteamericano que acababan de secuestrar. Era un tipo de físico poderoso, y en una época había formado parte de las fuerzas soviéticas de «propósitos especiales», conocidas por la abreviatura Spetznaz. Junto a él viajaba Bill, a quien habían asignado a la misión porque era especialista en inteligencia científica; el hecho de que su área específica fuera la ingeniería química no había importado a Moscú. El caso requería un especialista científico, y él era el que estaba más cerca.

Atrás, el mayor Gregory empezó a quejarse y moverse. El golpe en el cuello había sido suficiente para desmayarlo, pero no para producirle ningún daño más serio que un enceguecedor dolor de cabeza. No se habían tomado todo ese trabajo para matar al hombre por accidente, algo ocurrido antes. Por la misma razón no lo habían drogado. Ejercicio mucho más peligroso de lo que muchos podrían pensar, y que en cierta oportunidad, mató accidentalmente a un desertor soviético, como resultado de lo cual los miembros del Segundo Directorio General nunca pudieron explorar y aprovechar su mente. A Lenny, le hizo recordar a esos niños que despiertan de un largo sueño. El olor del producto químico Mace era tan intenso en el interior del auto que tuvieron que abrir todas las ventanillas unos cuantos centímetros, para evitar que pudiera hacer sentir sus efectos sobre ellos mismos. Querían emplear controles físicos en su prisionero, aunque trajeran problemas si los descubrían. Lenny podía dominar al norteamericano, desde luego. Sólo que la cautela, producto de la experiencia, les había enseñado a no dar nada por seguro. Como no era mucho lo que sabían… el hobby de Gregory podía haber sido la práctica del karate o algo parecido… cosas más extrañas habían sucedido. Cuando comenzó a recuperar vagamente la conciencia, lo primero que vio fue una pistola automática cuyo silenciador estaba apretado contra su nariz.

—Mayor Gregory —dijo Lenny, usando la pronunciación rusa con toda intención —, sabemos que usted es un joven brillante, y quizá también valiente. Si se resiste, lo mataremos —mintió—. Y yo soy muy hábil para eso. No deberá decir nada absolutamente y mantenerse inmóvil, Si usted lo hace así, no sufrirá ningún daño. ¿Me comprende?… mueva la cabeza si me comprende.

Gregory ya estaba completamente consciente. En realidad, en ningún momento había perdido del todo el sentido; sólo estuvo atontado por el golpe que todavía le provocaba en la cabeza una sensación de pesadez y dolor. De sus ojos brotaban lágrimas como de una camilla con pérdida, y cada inspiración parecía encenderle un

fuego en el pecho. Cuando lo metían en el auto, él había dado a su cuerpo la orden de que se moviera, pero sus piernas ignoraron sus frenéticos deseos mientras su cerebro se enfurecía contra ellas. Algo más le llegó en aquel instante: ¡Es por eso que odio a Bea! No era en absoluto por sus modos presumidos ni por su extraña manera de vestirse. Pero hizo a un lado esas ideas por el momento. Había cosas más importantes de qué preocuparse y su mente volaba, como nunca había volado antes. Asintió.

—Muy bien —dijo la voz, y unos brazos fuertes lo levantaron del suelo y lo depositaron en el asiento trasero. La presión metálica de la pistola estaba ahora sobre el pecho, escondida debajo del brazo izquierdo del otro hombre.

—El efecto del irritante químico pasará dentro de una hora más o menos —le dijo Bill—. No quedará ningún efecto permanente.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó Al. Su voz surgió en un susurro; raspaba como papel de lija.

—Lenny le dijo que se quedara inmóvil y callado —contestó el conductor—. Además, alguien tan inteligente como usted ya debería saber quiénes somos. ¿No tengo razón? —Bob miró por el espejo retrovisor y pudo ver un movimiento de cabeza asintiendo.

—¡Rusos!, se dijo Al, en una combinación de asombro y certeza. Rusos aquí, haciendo esta… ¿Para que me quieren? ¿Me matarán? Sabía que no podía creer una sola palabra de lo que dijeran. Dirían cualquier cosa para mantenerlo bajo control. Se sentía como un tonto. Se suponía que era un hombre, un oficial, y se encontraba tan indefenso como una niñita de cuatro años… y llorando como ella, se dio cuenta, odiando cada lágrima que caía de sus ojos. Jamás en su vida había sentido Gregory una cólera tan violenta. Miró a su derecha y comprendió que no tenía la más mínima posibilidad. El hombre armado con la pistola fácilmente tendría el doble de su peso y, además, seguía apretando el arma contra su pecho. Los ojos de Gregory parpadeaban ahora como limpiaparabrisas de un auto. No podía ver bien, pero podía decir que el hombre de la pistola lo estaba observando con interés casi clínico, sin la menor emoción en sus ojos, El hombre era un profesional en la aplicación de la violencia. Spetznaz, pensó Gregory en seguida. Aspiró profundamente, o intentó hacerlo. Estuvo a punto de estallar en un ataque convulsivo de tos.

—No vuelva a hacer eso —le previno el hombre que viajaba a la derecha en el asiento delantero—. Haga inspiraciones cortas y poco profundas. Pronto pasará el efecto. —Qué cosa maravillosa este Mace, pensó Bill. Y cualquiera puede comprarlo en Estados Unidos. Asombroso.

Bob ya había salido de la enorme playa de estacionamiento e iniciaba el regreso a la casa de seguridad. Había memorizado la ruta, naturalmente, aunque no estaba del todo tranquilo. No tuvo oportunidad de recorrerla antes, de practicar y comprobar tiempos de viaje y aprender rutas alternativas, pero había pasado bastante tiempo en

Estados Unidos y sabía cómo conducir cuidadosa y reglamentariamente. Las costumbres en el manejo eran allí mejores que en el nordeste… excepto en las interestatales, donde cada natural del oeste sentía que Dios le había otorgado el derecho a correr como un maniático. Pero él reo estaba en la interestatal, y en esa autopista de cuatro carriles el tardío tránsito de las horas pico se movía plácidamente entre semáforo y semáforo. Se dio cuenta de que el tiempo estimado por él había sido sumamente optimista, pero eso no importaba. Lenny no tendría problemas para controlar a su huésped. Ya estaba bastante oscuro, había pecas luces en el camino, y el de ellos no era más que otro automóvil que regresaba a casa desde su trabajo.

Bisyarina ya estaba a casi diez kilómetros de distancia, alejándose en dirección opuesta. El interior del auto era peor de lo que ella había esperado. Como persona limpia y cuidadosa, quedó horrorizada al ver que el joven científico había cubierto prácticamente el piso con envolturas plásticas de algo, y se preguntó por qué no estaría el Chevy lleno de hormigas. La sola idea le hizo erizar la piel. Miró el espejo para asegurarse de que Taussig estaba allí. Diez minutos después entró en un barrio obrero. Todas las casas tenían entradas para autos, y aun allí la mayor parte de las familias era dueñas de más de un auto, y en todos los casos el número dos se hallaba estacionado en la calle. Bisyarina encontró un lugar libre cerca de la esquina y allí acomodó su auto. El Datsun de Taussig apareció junto al Chevy, y ella lo dejó allí, un auto más estacionado junto al cordón. Cuando Taussig se detuvo en la primera señal, Bisyarina bajó el cristal de su ventanilla y arrojó las llaves de Gregory en una alcantarilla, Con eso terminaba lo que había sido la parte más peligrosa de la misión para ella. Sin que se lo dijera, Taussig guio de regreso al paseo de compras, donde Bisyarina tenía la intención de recuperar su Volvo.

—¿Estás segura de que no lo van a matar? —dijo Bea de nuevo, después de otro minuto.

—Absolutamente, Bea —replicó Ann. Se preguntó por qué Taussig había adquirido repentinamente conciencia—. Si no me equivoco, hasta es posible que le den oportunidad de seguir trabajando, en otra parte. Y si él coopera, lo tratarán muy bien.

—Hasta le asignan una amiga, ¿no es así?

—Es una forma de mantener felices a los hombres —admitió Bisyarina—. La gente feliz trabaja mejor.

—¡Qué bueno! —dijo Taussig, sorprendiendo bastante a su controladora. Después de un instante, Taussig se explicó: No quiero que le hagan daño. Lo que él sabe ayudará a ambos bandos a hacer un mundo más seguro.

—¡Y yo quiero que me lo saquen del paso!, pensó, pero no lo dijo.

—Es demasiado valioso para hacerle daño —observó Ann. A menos que las cosas vayan mal, en cuyo caso podrían aplicarse otras órdenes…

Bob se sorprendió al ver que el tránsito se detenía. Se hallaba justo detrás de un pequeño furgón. Como muchos conductores norteamericanos, los odiaba porque no permitían ver por los costados. Abrió el cenicero y empujó el encendedor de cigarrillos frunciendo el entrecejo con frustración. A su lado, Bill buscó también un cigarrillo. Ayudaría a ocultar el olor acre del Mace, que todavía permanecía en el aire y que había penetrado en el paño del tapizado del auto. Bob pensó, que dejaría todas las ventanillas abiertas cuando estacionara a la noche, para ver si conseguían liberarse del persistente olor. En ese momento, con el auto detenido y sin corriente de aire que arrastrara afuera los vapores del químico, Bob sentía ya que le lloraban los ojos. Llego casi a sentir lástima por el prisionero que había recibido una dosis directa, aunque eso era preferible a una droga que podía haberlo matado, o un golpe más fuerte, corriendo el riesgo de quebrarle su flaco y delicado cuellito. Con lo hecho, el hombre se estaba portando bien. Si todo salía de acuerdo con el plan, hacia el fin de semana estaría en Moscú. Esperarían uno o dos días antes de viajar a México. Usarían un punto de cruce distinto, y alguna desviación, aún no estudiada, para asegurarse un rápido cruce que los llevara a ese conveniente país, donde cualquiera podía tomar un avión a Cuba y, desde allí, un vuelo directo a Moscú. Después de eso, su grupo del Primer Directorio General tendría un mes de descanso. Sería bueno, pensó Bob, ver otra vez su familia. Siempre estaban solos en el extranjero. Tan solos, que una a dos veces había sido infiel a su mujer, lo que era también una violación a las órdenes existentes. Aunque no se trataba de una violación que muchos oficiales tomaran seriamente, era algo de lo que él no estaba orgulloso. Tal vez pudiera conseguir un nuevo puesto en la Academia de la KG B. Tenía ya la antigüedad suficiente, y con una misión como ésa en su haber…

El tránsito empezó a moverse de nuevo. Se sorprendió al ver que se encendían las luces de guiño de la furgoneta. Dos minutos después se sintió horrorizado al ver por qué. Un enorme camión con remolque bloqueaba toda la carretera, con los restos de un pequeño auto incrustado entre sus ruedas delanteras. Una veintena de luces rotatorias de ambulancias iluminaban a oficiales de policía y bomberos en sus esfuerzos por extraer al pobre infortunado que habría ido manejando el pequeño coche importado. Bob no podía siquiera decir qué marca de automóvil era, pero, como la mayoría de los otros conductores, miró fascinado los restos durante unos segundos, hasta que se recordó a sí mismo quién era y donde estaba. Un oficial de policía, de uniforme negro, se hallaba reponiendo las luces indicadoras en el pavimento y dirigiendo todo el tráfico que iba hacia el sur, a un camino lateral. En un instante, Bob asumió su personalidad de oficial de inteligencia. Esperó hasta que se produjo un claro junto al policía, y pasó rápidamente. Eso le valió una mirada de enojo, pero nada más. Y lo más importante, el policía no había podido ver el auto. Bob continuó subiendo una colina sin disminuir la velocidad, antes de darse cuenta

de que otro efecto de su vacilación era que no había visto hacia dónde se dirigía el tráfico desviado.

No traje el mapa, pensó después. Lo había destruido por todas las marcas que tenía. No había ningún mapa en el auto. Eran cosas peligrosas para llevarlas con uno y, además, él había aprendido a memorizar toda la información que necesitaba para cumplir sus misiones. Pero no había estado allí el tiempo suficiente para conocer la zona, y sólo había memorizado una ruta para regresar a la casa de seguridad.

—¡Malditas sean estas operaciones de «prioridad inmediata»!

Dobló a la izquierda en el primer cruce de caminos, entrando por una calle curva en un barrio residencial en desarrollo. Demoró varios minutos para darse cuenta de que allí el terreno era tan montañoso que todos los caminos doblaban continuamente yendo y viniendo sobre sí mismos, hasta el punto que ya no supo en qué dirección estaba avanzando. Por primera vez empezó a perder la compostura, aunque sólo por un instante. Un insulto mental en su idioma nativo le recordó que no podía ni siquiera pensar en ruso. Encendió otro cigarrillo y manejó lentamente mientras intentaba orientarse. Las lágrimas que había en sus ojos no ayudaban nada.

Está perdido, advirtió Gregory después de un momento. Había leído suficiente número de novelas de espionaje como para saber que lo estaban llevando a una casa de seguridad. ¿O a un aeródromo clandestino? ¿O a otro vehículo que lo llevaría a… dónde?… pero tan pronto como reconoció el mismo automóvil que habían pasado pocos minutos antes, tuvo que contenerse para no sonreír. Habían hecho realmente algo mal. Volvieron a doblar, esta vez bajando la colina, Gregory confirmó su sospecha cuando volvió a ver las luces rotatorias del accidente. Notó las maldiciones cuando el conductor enfrentó una entrada de autos y dio marcha atrás antes de empezar a subir la colina una vez más.

Todo lo que los rusos odiaban de Estados Unidos se acumuló de golpe en la mente de Bob. Demasiados caminos, demasiados automóviles, algún imbécil norteamericano se había pasado una señal de detención y, ¡espero que se mate! Después se enfureció contra los autos estacionados en la calle residencial. ¡Espero que haya muerto con gritos de agonía! Se sintió mejor cuando pudo apartar la idea del fondo de su cerebro. ¿Y ahora qué?

Continuó por una ruta diferente, tomando el camino que pasaba por la cresta de la montaña, desde donde pudo mirar hacia abajo y ver otra autopista. Tal vez si se dirigía por ella hacia el sur podría conectarse con la carretera por la que viajaba cuando todo empezó… Valía la pena intentarlo, pensó. A su derecha, Bill lo interrogó con la mirada, pero atrás, Lenny estaba demasiado ocupado con el prisionero para saber que algo andaba mal. Cuando aumentaron la velocidad, por lo menos el aire que entraba por las ventanillas le aclaró los ojos. Al pie de la colina había un semáforo… pero había también un cartel que decía PROHIBIDO GIRAR A LA

IZQUIERDA.

—¡Govno! Exclamó Bob para sus adentros mientras doblaba a la derecha. Por el medio de la carretera de cuatro carriles corría una barrera de cemento.

Tendrías que haber pasado más tiempo estudiando el mapa. Y tendrías que haberle tomado unas horas para reconocerla zona en el auto. Pero ya era demasiado tarde para eso, y él sabía que no había tenido ese tiempo. Ahora habían vuelto a quedar enfrentados hacia el norte. Miró su reloj, olvidando que había uno en el tablero. Había perdido ya quince minutos. Estaba afuera en campo abierto y vulnerable, en territorio enemigo. ¿Y si alguien lo había visto en la playa de estacionamiento? ¿Y si el policía del accidente les había tomado el número del auto?

Bob no se dejó dominar por el pánico. Estaba demasiado bien entrenado para eso; inspiré profundamente y examinó en su memoria todos los mapas de la zona que había visto. Se hallaba al oeste de la autopista interestatal. Si pudiera encontrarla, todavía recordaba la salida que había usado ese día más temprano —¿era todavía el mismo día?— y regresar por allí a la casa de seguridad con los ojos cerrados. Si se encontrara al oeste de la interestatal, lo único que tendría que hacer era encontrar un camino que fuera hacia el este. De qué lado estaba el este… a la derecha. Otra profunda inspiración. Viajaría hacia el norte hasta que viera algo parecido a un camino principal orientado este-oeste, y allí doblaría a la derecha. Muy bien.

Pasaron casi cinco minutos, pero encontró una autopista este-oeste… no se molestó en mirar el nombre. Pocos minutos después sintió alivio al ver el escudo rojo, blanco y azul: le informaba que la interestatal se encontraba a ochocientos metros más adelante. Ahora respiró más fácilmente todavía.

—¿Qué pasa? —preguntó finalmente Lenny desde el asiento de atrás. Bob le contestó en ruso:

—Tuve que cambiar rutas —dijo en un tono mucho más tranquilo cuando se dio vuelta para responder, dejó de ver una señal del camino.

Se acercaba un pasaje elevado sobre la autopista. Los carteles verdes anunciaban que se podía ir hacia el norte o el sur. Él quería ir hacia el sur, y la rampa de salida tenía que estar… justo del otro lado. Él se hallaba en el carril derecho, pero la salida se iniciaba desde el izquierdo, y a sólo cincuenta metros. Cruzó de un lado a otro de la autopista sin mirar. Inmediatamente detrás de él, un conductor en un Audi tuvo que pararse prácticamente sobre el pedal del freno, y apretó la bocina con toda su alma. Bob no le dio importancia mientras entraba en la rampa sobre la izquierda. Se hallaba ya en la parte alta, siguiendo la curva y mirando el tráfico en el interestatal cuando vio el destello de las luces del auto negro que iba detrás de él. Los faros le hicieron varios guiños, y él supo lo que vendría después.

Tranquilízate, se dijo. No necesitaba informar nada a sus camaradas. Bob ni siquiera pensó en escapar. También los habían instruido sobre eso. La policía

norteamericana es cortés y profesional. No exigía el pago en el acto, como lo hacía la policía de tránsito de Moscú. Sabía además que los policías norteamericanos estaban armados con revólveres Magnum.

Bob llevó el auto un poco más allá del pasaje elevado y esperó. Mirando por el espejo vio que el auto de la policía se detenía detrás de él, ligeramente a la izquierda. Vio también al oficial que descendía, llevando un pequeño tablero anotador en la mano izquierda. Así quedaba libre la otra mano, Bob lo sabía, y esa era la mano del arma. Atrás, Lenny advirtió al prisionero lo que pasaría si hacía el menor ruido.

—Buenas noches, señor —dijo el oficial de policía—. Yo no sé como son los reglamentos en Oklahoma, pero aquí preferimos que no cambie de carril en esa forma. ¿Me puede dar su licencia de conductor y registro, por favor? —Su uniforme con vivos plateados hizo pensar a Leonid en los SS, pero ese no era al momento para tales pensamientos. Pórtate bien simplemente, se dijo, toma la boleta y sigue adelante. Entregó las tarjetas solicitadas y esperó mientras el policía empezaba a escribir en el formulario. ¿Tal vez debiera pedir disculpas ahora…?

—Lo siento, oficial, creí que la salida estaba sobre el lado derecho y…

—Es por eso que gastamos tanto dinero en los carteles, señor Taylor. ¿Esta es su dirección correcta?

—Sí, señor. Como le dije, lo siento mucho. Si tiene que aplicarme una multa, supongo que la merezco.

—Quisiera que todo el mundo fuera tan cooperativo —comentó el oficial. No todos lo eran, y decidió ver qué aspecto tenía este individuo tan amable. Miró la fotografía de la licencia y se agachó para asegurarse de que era la misma persona. Era la misma cara pero…

—¿Qué diablos es ese olor?

Mace, recordó el oficial un instante después. El rayo de la luz giró. La gente que iba en el auto parecía bastante normal, dos delante, dos detrás y… uno de los de atrás tenía puesto algo que parecía una chaquetilla de uniforme…

Gregory se preguntó si su vida estaría realmente en juego. Decidió averiguarlo, y rezó para que el policía estuviera alerta.

Atrás, el del lado izquierdo —el que tenía la chaquetilla— movió los labios formando una sola palabra: Help. Eso motivó solamente un aumento en la curiosidad del policía, pero el hombre que viajaba en el asiento delantero derecho lo vio y se movió bruscamente. Los instintos del policía se encendieron todos al mismo tiempo y en el acto. Su mano derecha bajó hacia el revólver de servicio y liberó el seguro del percutor.

—Fuera del auto, de a uno por vez, ¡ahora mismo!

Quedó horrorizado al ver un arma. Apareció como por arte de magia, empuñada por el tipo de atrás, del lado derecho, y antes de que él pudiera sacar su propio

revólver…

La mano derecha de Gregory no llegó a tiempo, pero sí su codo, malogrando la puntería de Lenny.

El oficial se sorprendió de no oír nada, excepto un grito en un idioma que él no comprendió, pero en ese momento, su maxilar estalló en una bocanada de blanco, más oída que sentida. Cayó hacia atrás, su revólver ya había salido y disparaba por sí solo. Bob se encogió y conectó la marcha del auto. Las ruedas delanteras giraron sobre la grava suelta, pero se afirmaron y movieron el Plymouth alejándolo del ruido del arma. Atrás, Lenny, que había efectuado el tiro, golpeó con la culata de su automática la cabeza de Gregory. Había apuntado perfectamente y el proyectil habría atravesado directamente el corazón del policía, pero le había dado en la cabeza, y no sabía si el disparo había sido bueno. Gritó algo que Bob no se molestó a escuchar.

Tres minutos después el Plymouth salió de la interestatal. Pasado el accidente —que todavía bloqueaba el autopista— el camino estaba despejado casi totalmente. Bob tomó el camino de tierra, apagó las luces y llegó a la casa rodante antes de que el prisionero recobrara el sentido.

Un automovilista que pasaba vio al policía caído en la banquina y detuvo su vehículo para ayudarlo. El hombre sentía terribles dolores, tenía una herida cubierta de sangre en la cara y había perdido nueve dientes. El automovilista corrió hasta el auto del policía y efectuó un llamado por la radio. El despachante demoró un minuto en comprender claramente el mensaje, pero tres minutos después llegó un segundo auto con radio, y finalmente cinco más. El oficial herido no podía hablar, pero entregó su anotador, que tenía la descripción del automóvil y el número de la chapa patente. También estaba escrito el nombre de «Bob Taylor» y los datos de su licencia de conductor. Era suficiente para los otros oficiales. Hicieron un llamado inmediato en todas las frecuencias de la policía local. Alguien había herido a un oficial de la policía. El verdadero delito que habían cometido era mucho más grave que eso, pero la policía no lo sabía, ni le habría importado.

Candi se sorprendió al ver que Al no estaba en casa. Aún sentía dormida la mandíbula por las inyecciones de Xilocaína, y resolvió preparar una sopa. ¿Pero dónde está Al? Tal vez haya tenido que quedarse hasta más tarde por algún motivo. Sabía que podía llamar, pero la cosa tampoco era tan grave, y pensando cómo sentía la boca, tampoco podrían haber conversado mucho, de todos modos.

En la jefatura de policía de Cerrillos Road, las computadoras ya estaban trabajando activamente. De inmediato despacharon un télex a Oklahoma, donde oficiales hermanos de policía tomaron nota en seguida de la magnitud del delito y prepararon sus programas de interrogación a los registros de sus computadoras. Supieron en el acto que no existía ninguna licencia a nombre de Roben J. Taylor, de la calle 108, número 1353 N.W., Ciudad de Oklahoma, OK 73210, ni había tampoco

ningún Plymouth Reliant con chapas patentes número XSW-498. Ese número de patente, en realidad, no existía. El sargento que llevaba la sección de computación estaba más que sorprendido. Decir que no había antecedentes de una patente no era tan extraño, pero no encontrar los de una patente y de una licencia, y en un caso en que estaba envuelto un atentado contra un oficial, ya era demasiado en materia de quebrantamiento de leyes de probabilidades, levantó el teléfono para hablar con el oficial jefe de la guardia.

—Capitán, aquí tenemos algo realmente disparatado en relación con el atentado a Méndez.

El estado de Nueva México está lleno de zonas que pertenecen al gobierno federal, y tiene una larga historia de actividades sumamente delicadas. El capitán no sabía qué había sucedido, pero supo de inmediato que aquello no era un incidente de tránsito. Un minuto después llamó por teléfono a la oficina local del FBI.

Jennings y Perkins llegaron antes de que el oficial Méndez saliera de la cirugía. La sala de espera se hallaba tan colmada de policías que, por suerte, el hospital no tenía otros pacientes quirúrgicos en ese momento, El capitán que dirigía la investigación estaba allí, al igual que el capellán de la policía estatal y otra media docena de oficiales que trabajaban en la misma guardia que Méndez; además de la esposa de Méndez, que se hallaba embarazada de siete meses. En cierto momento el médico salió y anunció que se pondría bien. Habían logrado suturar fácilmente el único vaso sanguíneo importante dañado. La lesión mayor se había producido en la mandíbula y los dientes del oficial, y un cirujano maxilar empezaría a tratarlo dentro de uno o dos días. La esposa del oficial lloró un poco, luego la llevaron a ver a su marido y finalmente dos de sus amigos la acompañaron a su casa. Después, llegó el momento de que todos volvieran a trabajar.

Tiene que haber tenido el arma en la espalda del pobre infeliz dijo lentamente Méndez, con palabras que surgían distorsionadas por los alambres que mantenían unida su mandíbula. Ya había rehusado una medicación contra el dolor. Quería dar toda la información rápidamente, y estaba dispuesto a sufrir un poco para poder hacerlo. Era fácil notar que se hallaba enfurecido. Es la única forma en que; puede haberla sacado tan rápido.

La foto de la licencia, ¿coincidía?, preguntó la agente Jennings.

Sí, señora. Pete Méndez era un oficial joven, y consiguió que Jennings sintiera su edad con esa respuesta. Después el muchacho hizo algunas descripciones superficiales de los otros dos. Y por último habló de la víctima: Unos treinta años, más o menos, flaquito y de anteojos. Tenía puesta una chaqueta… como una chaquetilla de uniforme. Yo no vi ninguna insignia, pero no podía verlo bien. Tenía el pelo cortado como si estuviera en servicio. No sé tampoco el color de los ojos, pero había algo raro… tenía los ojos brillantes, como si… ah, el olor a Mace. A lo mejor

era eso. A lo mejor le echaron Mace. No dijo nada, pero movió los labios como para formar una palabra, ¿me entiende? A mí me pareció gracioso, pero el tipo que iba en el asiento de adelante reaccionó bruscamente al verlo. Yo fui muy lento. Debí haber reaccionado más rápido. Maldito sea, demasiado lento.

—¿Dice que uno de ellos dijo algo?, preguntó Perkins.

El bastardo que me disparó. No sé qué era. No era inglés ni es pañol. Solamente me acuerdo de la última palabra… maht, algo así.

—¡Yoh, tvoyu nwt!, dijo Jennings en el acto.

Sí, eso es. Asintió Méndez. ¿Qué quiere decir?

Quiere decir «ve a acostarte con tu madre». Disculpen dijo Perkins, mientras su cara de mormón se ponía visiblemente escarlata. Méndez quedó rígido en su cama. Jamás deben decirse semejantes cosas a un hombre enojado y con nombre hispano.

—¿Qué?, preguntó el capitán de la policía estatal.

Es en ruso; uno de sus insultos favoritos. Perkins miró a Jennings.

—¡Cristo Santo!, exclamó ella, casi sin poder creerlo, tenemos que llamar a Washington ahora mismo.

Hay que identificar al…, ¡un momento! ¿Gregory?, dijo Perkins. Mi Dios. Tú llama a Washington. Yo llamaré a la oficina del proyecto.

Resultó que la más rápida en moverse fue la policía estatal. Candi contestó el llamado en la puerta y se sorprendió al ver parado allí un policía. Este preguntó amablemente si podía ver al mayor Al Gregory, y una mujer joven cuya mandíbula estaba volviendo a la normalidad le respondió que no estaba en casa, cuando el mundo que la rodeara comenzó a derrumbarse. Apenas acababa de recibir la noticia en el momento en que llegó el jefe de seguridad de Tea Clipper. Lanzaron un llamado radial para buscar el auto de Al. Candi era una simple espectadora, demasiado conmocionada hasta para poder llorar.

La fotografía de la licencia de conductor de «Bob Taylor» ya estaba en Washington y la examinaban miembros de la rama de contrainteligencia del FBI, pero no se encontraba en los archivos de oficiales soviéticos identificados.

El oficial jefe de la guardia llamó a su casa de Alexandria al subdirector a cargo de las operaciones de contrainteligencia. Este, a su vez, llamó al director del FBI, Emil Jacobs, quien llegó al Edificio Hoover a las dos de la mañana. Apenas podían creerlo, pero el policía herido identificó positivamente la fotografía del mayor Alan T. Gregory. Los soviéticos nunca habían cometido un delito violento ni un crimen en los Estados Unidos. Esa norma estaba tan bien establecida que los más antiguos desertores soviéticos, si lo deseaban, podían vivir abiertamente y sin ninguna clase de protección. Pero esto era aun peor que la eliminación de una persona que fuera, según la ley soviética, un traidor condenado. Había sido secuestrado un ciudadano norteamericano para el FBI, el secuestro es un crimen que en muy poco se diferencia

del asesinato.

Existía un plan, desde luego. Aunque no había sucedido nunca, los expertos en operaciones cuya tarea consistía en pensar sobre hechos impensables, tenían un protocolo preestablecido de cosas que se debían hacer. Antes del amanecer ya estaban despegando de la Base Aérea de Andrews treinta agentes experimentados, entre ellos, miembros del equipo de elite Grupo de Rescate de Rehenes, y agentes de oficinas de campo de toda la zona sudoeste, instruyeron sobre el caso a los oficiales de Patrullas de Fronteras.

Bob/Leonid estaba sentado solo bebiendo café tibio. ¿Por qué no seguí derecho simplemente e hice una vuelta en redondo más adelante?, se preguntaba. ¿Por qué estaba apurado? ¿Por qué estaba nervioso, cuando no debía haberlo estado?

Ahora sí que era el momento de estar nervioso. Su auto tenía tres agujeros de bala, dos en el costado derecho y uno en la tapa del baúl. La licencia de conductor se hallaba en poder de la policía, y en ella estaba su fotografía. Así no te darán un puesto de instructor en la academia, Tovarishch sonrió tristemente.

Se encontraba en una casa de seguridad. Tenía por lo menos ese consuelo. Podía resultar segura todavía durante uno o dos días más. Evidentemente, era el refugio de la capitana Bisyarina, y nunca había tenido otro objeto que el de ser un lugar donde la agente pudiera esconderse si se veía obligada a escapar. Por ese motivo no tenía teléfono y no había forma de comunicarse con el oficial residente local. ¿Y si ella no volviera? No había ninguna duda. Tendría que arriesgarse a conducir un auto con chapas patentes buscadas… ¡Y agujeros de balas!, lo suficientemente lejos como para poder robar otro. Tuvo visiones de miles de oficiales de policía que patrullaban los caminos con una sola idea: encontrar a los maníacos que dispararon contra su camarada. ¿Cómo pudo haber permitido que las cosas fueran tan mal tan rápidamente?

Oyó que se acercaba un auto. Lenny todavía estaba custodiando al prisionero. Bob y Bill empuñaron sus pistolas y espiaron por el borde de la única ventana que daba al camino de tierra que conducía a la casa rodante. Ambos respiraron aliviados cuando vieron que era el Volvo de Bisyarina. Ella bajó del auto e hizo la seña establecida para indicar que todo estaba bien, después se acercó a la casa rodante llevando una gran valija.

—Felicitaciones: han sido la nota central de los noticiarios de televisión —dijo mientras entraba. Idiota. No hubiera necesitado decirlo. Quedó flotando en el aire como una nube de tormenta.

—Es una larga historia —dijo él, sabiendo que mentía.

—Estoy segura. —Apoyó la valija sobre la mesa—. Mañana les alquilaré un nuevo auto. Mover el de ustedes sería demasiado peligroso. ¿Dónde lo…?

—A doscientos metros por el camino, entre los árboles más cerrados en que

pudimos meterlo, y lo cubrimos con ramas. Será muy difícil verlo, desde el aire.

—Sí, no lo olviden. Aquí la policía tiene algunos helicópteros Tosme. —Arrojó a Bob una peluca negra. Después le dio unos anteojos; un par con lentes claras y el otro con cristales espejados del tipo para sol—. ¿Es alérgico al maquillaje?

—¿Qué?

—Maquillaje, tonto…

—Capitana… —empezó a decir Bob con cierto acaloramiento. Bisyarina lo cortó con una mirada.

—Tiene la piel pálida. Por si no lo ha notado, en esta zona hay muchos españoles. Este es mi territorio, y usted deberá hacer exactamente lo que yo digo. —Hizo una pausa y agregó Yo los sacaré de aquí.

—La mujer norteamericana… ella la conoce a usted de vista.

—Obviamente, ¿quiere que la elimine? Después de todo ya hemos quebrado una regla, ¿por qué no otra? ¿Qué maldito imbécil ordenó esta operación?

—Las órdenes llegaron de muy arriba —contestó Leonid.

—¿Arriba? ¿De qué nivel? —preguntó ella, y la respuesta fue solamente una ceja levantada que significaba mucho—. Está bromeando.

—La naturaleza de la orden, el prefijo de «acción inmediata»… ¿qué piensa usted?

—Pienso que todas nuestras carreras están arruinadas, y eso supone que nosotros… bueno, lo haremos. Pero no estoy de acuerdo en asesinar a mi agente. Hasta ahora no hemos matado a nadie, y no creo que nuestras órdenes contemplaran…

—Correcto —dijo Bob en voz alta, mientras su cabeza se movía con énfasis de uno a otro lado. La boca de Bisyarina quedó abierta unos instantes.

—Esto puede iniciar una guerra —dijo suavemente, en ruso. No se refería a una verdadera guerra, sino a algo casi tan malo: un abierto conflicto entre la KGB y la CIA, algo que casi nunca sucedía, ni si quiera en los países del tercer mundo, donde por lo general ciertos sustitutos mataban a otros sustitutos, en la mayoría de los casos sin saber por qué… y aún eso ocurría muy rara vez. El propósito de los servicios de inteligencia era unir información. La violencia, ambos bandos estaban de acuerdo tácitamente, se interponía en el camino de la verdadera misión. Pero si ambos bandos empezaban a matar a las fuentes estratégicas de sus oponentes.

—Usted debió haber rehusado la orden —dijo ella después de un momento.

—Por cierto —respondió Bob—. Tengo entendido que los campos de Kolyma son encantadores en esta época del año, todo resplandeciente de blanco, con su manto de nieve. —Lo más extraño— por lo menos así pensaría un occidental —era que ninguno de los oficiales se molestó en considerar la posibilidad de una rendición y un pedido de asilo político. Aunque eso habría significado el fin del peligro personal

también habría sido una traición para su país.

—Lo que ustedes hacen aquí es cuestión suya, pero yo no vengo matar a mi agente —dijo Ann, terminando la discusión del tema-Yo los sacaré.

—¿Cómo?

—Todavía no lo sé. En auto, creo, pero tendré que idear algo nuevo. Tal vez no sea un auto. Tal vez sea un camión —murmuró. Había muchos camiones en la zona, y no era nada extraño ver a una mujer conduciendo uno. ¿Pasar la frontera con un furgón, quizá? Un furgón cargado con cajas… Gregory en una caja, drogado o amordazado, tal vez todos ellos… ¿Cómo son los procedimientos de la aduana para esas cosas? Ella nunca había tenido que preocuparse por semejante problema. Con una semana de aviso, como debió haber tenido para una operación bien planeada, habría contado con tiempo para contestar una serie de interrogantes.

Tómate tu tiempo, se dijo. Ya hemos tenido bastantes apuros, ¿no es así?

—Dos días, quizá tres.

—Eso es mucho tiempo —observó Leonid.

—Puedo necesitar ese tiempo para evaluar las contramedidas que, probablemente enfrentaremos. Por el momento, no se moleste en afeitarse.

Bob asintió después de un momento.

—Es su territorio.

—Cuándo regrese, puede escribir todo esto como un caso de estudio, sobre por qué las operaciones requieren una preparación apropiada —añadió Bisyarina. ¿Necesitan alguna otra cosa?

—No.

—Muy bien, volveré a verlos mañana a la tarde.

—No —dijo Beatrice Taussig a los agentes—. Vi a Al esta tarde. Yo… —miró fugazmente a Candi—. Yo quería que me ayudara para… bueno, para buscar un regalo de cumpleaños para Candace mañana. También lo vi en la playa de estacionamiento, pero eso es todo. Ustedes creen realmente… quiero decir, ¿los rusos?

—Eso es lo que parece-dijo Jennings.

—Mi Dios.

—¿Sabe el mayor Gregory lo suficiente como para…? —Jennings se sorprendió al ver que contestaba Taussig en vez de la doctora Long.

—Sí, eso es. Él es el único que entiende realmente el proyecto de su totalidad. Al es un tipo muy brillante. Y un amigo —agregó, y con eso ganó una cálida sonrisa de Candi. Ahora había lágrimas verdaderas en los ojos de Bea. Le dolía ver la pena de su amiga, aunque sabía que todo era para lo mejor.

—Ryan, esto le va a encantar. —Jack acababa de llegar de la última sesión de negociaciones en el edificio del ministerio de Relaciones Exteriores, veinte pisos de

torta de bodas stalinesca sobre Bulevar Smolenskiy. Candela le entregó el despacho.

—Ese hijo de puta —murmuró Ryan.

—Usted no esperaba que él cooperara, ¿no? —preguntó con ironía el oficial, luego cambió de actitud—. Discúlpeme, doctor. Yo tampoco hubiera esperado esto.

—Conozco a ese chico. Yo mismo lo llevé en mi auto en Washington, cuando fue al este a explicarnos el proyecto… —Es culpa tuya, Jack. Fue tu jugada la que motivó que esto ocurriera_ ¿no es así? Hizo unas cuantas preguntas.

—Sí, es virtualmente una certeza —dijo Candela—. Parece que hicieron mal las cosas. Suena como si hubiera sido algo improvisado, Bueno, los oficiales de la KGB tampoco son superhombres, compañero, pero cumplen sus órdenes, tal como lo hacemos nosotros.

—¿Tiene alguna idea?

—No es mucho lo que podemos hacer desde esta punta, pero confío en que los policías locales puedan enderezar las cosas.

—Pero si se hace público…

—Muéstreme alguna prueba. No se puede acusar a un gobierno extranjero de algo como esto sin tener pruebas. Diablos, las bandas terroristas de izquierda han asesinado en Europa media docena de ingenieros en los últimos dos años; todos ellos trabajaban en relación con la Iniciativa de Defensa Estratégica. Y no hablemos de unos pocos «suicidios». Tampoco hemos hecho público nada de eso.

—Pero esto quebranta las reglas, ¡malditos sean!

—Cuando se llega al fondo de la cuestión, solamente hay una regla, doctor; Ganar.

—¿Todavía funciona aquella operación global de TV de los Estados Unidos?

—¿Quiere decir la Red Mundial? Seguro. Es un programa extraordinario.

—Si no nos devuelven a ese chico, yo personalmente voy a difundir en todo el mundo la historia del Octubre Rojo ¡y a la mierda con las consecuencias! —juró Ryan—. Lo haré aunque me cueste mi carrera.

—¿Octubre Rojo? —Candela no tenía la menor idea de sobre qué estaba hablando.

—Créame, es muy buena.

—Dígaselo a sus amigos de la KGB… diablos, hasta podría dar resultado.

—Y aunque no lo dé —dijo Ryan, más controlado ahora. Es culpa tuya, Jack, se dijo una vez más. Candela estaba de acuerdo; Jack pudo verlo.

Lo que resultaba extraño, pensaba la policía estatal, era que no se hubiera informado a la prensa el verdadero meollo del caso. Tan pronto como llegó el grupo del FBI se establecieron las reglas. Por el momento, sólo se trataba de un simple caso de atentado contra un policía. La jurisdicción federal debía mantenerse en secreto y, si trascendía, la palabra oficial sería que un traficante internacional de drogas andaba

en la zona y habían solicitado ayuda federal. Las autoridades de Oklahoma dirían a cualquier periodista que les preguntara, que ellos simplemente habían provisto ayuda de identificación a una fuerza policial camarada. Mientras tanto, el FBI se hizo cargo del caso, y el personal federal empezó a inundar la zona. Informaron a los ciudadanos que ciertas bases militares cercanas estaban realizando ejercicios de rutina —instrucción especial de búsqueda y rescate— lo que explicaba la anormal actividad de helicópteros. También explicaron a la gente del Proyecto Tea Clipper, lo que había pasado recomendándole que guardaran este secreto con el mismo celo que todos los otros.

En cuestión de horas encontraron el auto de Gregory. No había impresiones digitales. —Bisyarina había usado guantes, naturalmente— ni se hallaron otras evidencias que podrían haber resultado útiles, aunque el lugar donde apareció el auto y el sitio en que se produjo el tiroteo, confirmaron meramente el profesionalismo del hecho.

Gregory había sido invitado, en Washington, de hombres más importantes que Ryan. La primera entrevista del Presidente en la mañana fue con el general Bill Parks, el director del FBI Emil Jacobs, y el juez Moore.

—¿Y bien? —preguntó a Jacobs el Presidente.

—Estas cosas llevan tiempo. He enviado allá algunos de nuestros mejores cerebros investigadores, señor Presidente, pero con mirar por sobre sus hombros lo único que se logra es demorar las cosas.

—Bill —preguntó luego el Presidente—. ¿Cómo es de importante este muchacho?

—Es inapreciable —contestó simplemente Parks—. Es uno de mis tres mejores hombres, señor. Las personas como él no se pueden reemplazar muy fácilmente.

El Presidente tomó esa información con la mayor seriedad. Después se volvió hacia el juez Moore.

—Nosotros causamos esto. ¿No es así?

—Sí, señor Presidente, por decirlo en cierta forma. Es obvio que golpeamos a Gerasimov en un punto muy débil. Mi apreciación coincide con la del general. Ellos quieren lo que Gregory sabe. Gerasimov cree probablemente que si pudiera obtener información de esa magnitud, lograría superar las consecuencia; políticas de la revelación sobre el «Octubre Rojo». Es difícil saberlo desde este lado del océano, pero existe una buena probabilidad de que su cálculo sea correcto.

—Yo sabía que no debimos haber hecho esto… —dijo el Presidente en voz baja; después sacudió la cabeza—. Bueno, la responsabilidad es mía. Yo lo autoricé. Si la prensa…

Señor, si la prensa pesca algo de esto, puede estar seguro de que no será por la CIA. Segundo, siempre podemos decir que fue un desesperado —preferiría decir

«vigoroso»— intento para salvar la vida de nuestro agente. No es necesario ir mucho más lejos, y acciones como esa se esperan normalmente de los servicios de inteligencia. Llegan hasta extremos increíbles para proteger a sus agentes. También nosotros. Es una de las reglas del juego.

—¿Dónde entra Gregory en esas reglas? —preguntó Parks—. ¿Qué pasará si piensan que podemos tener alguna probabilidad de recuperarlo?

—No lo sé —admitió Moore—. Si Gerasimov tiene éxito y se salva, probablemente nos hará llegar su palabra de que nosotros lo obligamos a hacerlo, que lo lamenta y que no ocurrirá de nuevo. Esperará que haya una o dos represalias, pero seguramente todo cesará allí, porque ni la KGB ni la CIA quieren iniciar una guerra. Para responder directamente a su pregunta, general, mi opinión es que pueden tener órdenes de eliminar completamente al sujeto.

—¿Quiere decir asesinarlo?, preguntó el Presidente.

Es una posibilidad. Gerasimov tiene que haber ordenado esta misión con gran rapidez. Los hombres desesperados suelen dar órdenes desesperadas. No sería prudente de nuestra parte suponer otra cosa.

El Presidente lo pensó durante un minuto. Se echó hacia atrás en su sillón y bebió un trago de café.

Emil, ¿si podemos descubrir dónde está…?

—El Grupo de Rescate de Rehenes está alistado. Tengo a los hombres en sus puestos. La Fuerza Aérea les llevará los vehículos pero, por el momento, no pueden hacer otra cosa que esperar.

—Si ellos actúan, ¿qué posibilidades hay de que lo salven? Bastante buenas, señor Presidente —contestó Jacobs.

—Bastante buenas no es suficiente —dijo Parks. Si los rusos tienen orden de eliminarlo…

—Mi gente está tan bien entrenada como cualquier otra en el mundo —dijo el director del FBI.

—¿Qué instrucciones tienen para intervenir activamente? —preguntó Parks.

—Están entrenados para tirar a matar en defensa propia o para proteger a cualquier persona inocente. Si algún sujeto parece estar amenazando a un rehén, es hombre muerto.

—No es suficientemente bueno —insistió Parks.

—¿Qué quiere decir? —preguntó el Presidente.

—¿Cuánto tiempo se necesita para darse vuelta y volarle a alguien la cabeza? ¿Qué ocurre si están dispuestos a morir para cumplir su misión? Nosotros confiamos en que nuestra gente lo haría, ¿no es cierto?

—¿Arthur? —Las cabezas se volvieron en dirección al juez Moore.

—Yo no puedo predecir la dedicación de los soviéticos —dijo el director de

Inteligencia encogiéndose de hombros—. ¿Es posible? Sí, supongo que lo es. ¿Es seguro? No lo sé Nadie lo sabe.

—Yo solía pilotear aviones de caza en mi profesión. Conozco lo que son los tiempos de reacción del ser humano —dijo Parks—. Si uno decide darse vuelta y disparar, aunque su hombre le esté apuntando podría no ser lo suficientemente rápido como para que Al siguiera con su vida.

—¿Qué quiere que haga, ordenar a mi gente que maten a cuantos tengan a la vista? —preguntó Jacobs con calma—. Nosotros no hacemos eso, No podemos hacer eso.

Parks se volvió hacia el Presidente.

—Señor, aunque los rusos no se lleven a Gregory, si lo perdemos, ganan ellos. Podrían pasar años antes de que podamos reemplazarlo. Yo me permito decir, señor, que la gente del señor Jacobs está entrenada para tratar con delincuentes, no con individuos como estos y tampoco en esta situación. Señor Presidente, yo recomiendo que usted haga venir a la Fuerza Delta, de Fort Bragg.

—No tienen jurisdicción —observó Jacobs de inmediato.

—Ellos tienen el tipo de entrenamiento que se necesita —dijo el general.

El Presidente permaneció callado durante otro minuto.

Emil, ¿es buena su gente para cumplir órdenes?

—Harán lo que usted diga, señor. Pero tendrá que ser una orden suya, por escrito.

—¿Puede ponerme en contacto con ellos?

—Sí, señor Presidente. —Jacobs levantó el teléfono y encaminó el llamado a través de su propia oficina en el Edificio Hoover. Entre ambos extremos se lo codificaba.

—Con el agente Werner, por favor… Agente Werner, habla el director Jacobs. Tengo un mensaje especial para usted. Espere un momento. —Entregó el teléfono mientras decía—: Es Gus Werner. Hace cinco años que es el jefe del grupo. Rechazó un ascenso para quedarse con el Grupo de Rescate de Rehenes.

—Señor Werner, habla el Presidente. ¿Reconoce mi voz? Bien. Por favor, escuche atentamente. En caso de que puedan intentar el rescate del mayor Gregory, su única misión es sacarlo. Toda otra consideración es secundaria a ese objetivo. El arresto de los delincuentes en cuestión no es, repito no es algo que nos interese. ¿Está claro? Sí, hasta la posibilidad de una amenaza al rehén es motivo suficiente para el uso de fuerza mortal. El mayor Gregory es un valor nacional irreemplazable. La única misión de ustedes es lograr que sobreviva.

Voy a escribir esto y lo entregaré al director. Gracias. Buena suerte. —El presidente colocó el teléfono en su lugar—. Dice que ellos han considerado esa posibilidad.

—No lo dudo —asintió Jacobs—. Gus tiene una buena imaginación. Ahora la

nota, señor.

El Presidente tomó una pequeña hoja de papel de escribir de su escritorio e hizo que la orden tuviera carácter oficial. No fue hasta que la hubo terminado que se dio cuenta de lo que había hecho. Eso no era un ejercicio intelectual. Acababa de escribir de su puño y letra una condena de muerte. Resultó ser una cosa depresivamente fácil de hacer.

—General, ¿está satisfecho?

—Espero que esta gente sea tan buena como dice el director —fue todo lo que Parks pudo responder.

Juez, ¿alguna repercusión desde el otro lado?

—No, señor Presidente. Nuestros colegas soviéticos comprenden esta clase de cosas.

—Muy bien, eso es todoYque Dios se apiade de mi alma.

Nadie había dormido. Candi no concurrió a su trabajo, naturalmente. Con la llegada del grupo investigador de Washington, Jennings y Perkins se quedaron a acompañarla. Existía la remota posibilidad de que Gregory escapara y, en ese caso, pensaban que llamaría allí primero. Había otra razón, por supuesto, pero no era oficial todavía.

Bea Taussig era un verdadero tornado de energía. Había pasado la noche poniendo en orden la casa y preparando café para todos. Si bien parecía extraño, le proporcionaba algo que hacer además de estar sentada junto a su amiga. También permanecía mucho a su lado, lo que no podía parecer extraño a nadie. Era una de las cosas que hacen las amigas.

Jennings necesitó varias horas para notar que Bea tenía puesto un vestido que parecía realmente femenino. El día anterior se había preocupado para presentarse tan bonita como fuera posible. Pero mucho de eso era ya casi una ruina. Una o dos veces había derramado lágrimas cuando ella y Candi lloraban juntas, y lo que había sido una cara bien maquillada mostraba ahora varios rayones. Tenía la ropa arrugada y había dejado la bufanda en el guardarropa, envuelta en la misma percha en que colgaba su abrigo. Pero lo más interesante de Taussig, pensaba Jennings en su sillón, era su actitud mental. Se notaba tensión en ella. La actividad desplegada durante toda la noche parecía haberla aliviado en cierto grado, pero… había en eso algo más que ser simplemente servicial, calculaba la agente. No se lo dijo a Perkins.

Taussig no se dio cuenta ni le importó lo que pudiera pensar la gente. Miró hacia afuera por la ventana esperando ver por segunda vez el sol que se levantaba, desde la última oportunidad en que durmió, y se preguntó de dónde vendría toda su energía. Quizás el café, se dijo, con una sonrisa interior. Era siempre extraño pensar que se mentía a sí misma. Se preguntó cuánto peligro podía correr, pero pronto hizo a un lado esa preocupación. Confiaba en el profesionalismo de Ann. Una de las primeras

cosas que le habían dicho cuando comenzó su segunda carrera fue que la protegerían, aún hasta la muerte. Esas promesas tenían que ser reales, había dicho Ann, porque las caracterizaba una dimensión práctica. Era una actividad profesional, pensó Bea, y confiaba en que quienes estaban en ella sabían cómo manejarse. Lo peor que podía ocurrir era que la policía y el FBI rescataran a Al, pero probablemente ellos ya se habrían ido, se dijo. O a lo mejor lo habían matado, a pesar de lo dicho por Ann la noche anterior. Eso sería muy triste. Ella quería sacarlo del camino. No que muriera, sólo quitarlo del camino. Recordó la conversación en la mesa acerca del proyecto, sobre cómo habían muerto misteriosamente algunos alemanes, Italianos y británicos que trabajaban en proyectos relacionados con la Iniciativa de Defensa Estratégica. De manera que había un precedente, ¿verdad? Si Al volvía con vida… bueno, asunto terminado, ¿no? Ella tenía que confiar en que su controladora hiciera bien las cosas. Ahora era demasiado tarde. Volvió su atención hacia su amiga.

Candi miraba sin ver en dirección a la pared opuesta. Había allí un cuadro, una impresión láser del transbordador espacial partiendo desde Cabo Cañaveral. No era exactamente un cuadro, sino algo que Al había tomado gratis de alguno de los contratistas, y decidió colgarlo en la pared. Los pensamientos de Bea volvieron a Candace. Tenía hinchados los ojos de tanto llorar.

—Tienes que descansar un poco —le dijo Bea. Candace ni siquiera dio vuelta la cabeza; prácticamente no reaccionó, pero Bea pasó el brazo por sobre los hombros de su amiga y la impulsó a levantarse del sofá—. Vamos.

Candi se levantó como en un sueño, y Bea la guio para salir del living room, subir la escalera y caminar hacia el dormitorio. Una vez adentro, cerró la puerta.

—¿Por qué, Bea? ¿Por qué lo hicieron? —Candi se sentó en la cama, y su mirada sólo había cambiado de pared.

—No lo sé —dijo Bea, más honestamente de lo que ella misma pensaba. Realmente no lo sabía, aunque poco le importaba.

Empezaron de nuevo las lágrimas, y la respiración entrecortada y la secreción nasal, y ella miraba a su amiga en la contemplación de un mundo que alguien había destruido. Se sintió momentáneamente culpable por ser una de las personas que lo habían hecho, aunque sabiendo que volvería a hacerlo. A pesar de su apariencia llamativa, Bea era una persona tímida, que había descubierto en sí misma un coraje inesperado al trabajar para un gobierno extranjero, y más coraje aún cuando debió hacer algo que nunca esperó que le pidieran. Quedaba una cosa más. Se sentó junto a su amiga y le hizo apoyar la cabeza en el hombro que le ofrecía. Era tan difícil para Bea. Sus experiencias previas habían sido asuntos pasajeros en los primeros años de la universidad. Había intentado encontrar en sí misma algo distinto, pero los hombres con quienes había salido no supieron satisfacerla. Su primera experiencia sexual en las torpes manos de un adolescente jugador de fútbol resultó tan espantosa… pero

ella no era de las que se psicoanalizan. Con extraños o simples conocidos era una cosa, pero ahora tenía que enfrentarse a sí misma, enfrentar su propia imagen en los ojos de una amiga. Una amiga que sufría. Una amiga que necesitaba. Una amiga, recordó fríamente, a quien ella había traicionado. No se trataba de que odiara menos a Gregory, pero no podía ignorar el hecho de que él significaba algo para su amiga y, en ese sentido, estaba todavía entre ella, aun allí, solas en el dormitorio. Esa despreciable y pequeña caricatura de hombre, que en esa misma cama…

—¿Podrás alguna vez reemplazarlo?, se preguntó.

—¿Lo intentarás por lo menos?

Si estuvieras dispuesta a eliminarlo, y lastimarla, y luego ni siquiera corrieras el riesgo… ¿en qué te convierte eso?

Envolvió en sus brazos a su amiga y la apretó, y Candi le respondió igualmente apretándole la mano. Ella sólo estaba tratando de conservar parte de ese mundo que se le derrumbaba, pero Bea no lo sabía. Besó a su amiga en la mejilla, y el apretón de manos de Candi se hizo aun más fuerte.

Te necesita.

Bea tuvo que recurrir a todo su coraje. Su corazón ya estaba latiendo aceleradamente, y se sintió ridícula, como le había ocurrido durante años. Bea, la Segura de Sí Misma. Bea, la Fuerte, que respondía con un gruñido a quienquiera que fuese, que conducía esa clase de autos como el suyo, y vestía esa clase de ropas, y al diablo con lo que pudieran pensar los demás. Bea, la Cobarde, que después de haber arriesgado todo, carecía de coraje para llegar a la única persona en todo el mundo que realmente le importaba. Un paso vacilante. Besó otra vez a su amiga, sintiendo el gusto salado de sus lágrimas y captando la desesperada necesidad de esos brazos que la envolvían por sobre los hombros. Taussig aspiró profundamente y bajó una mano hasta el pecho de su amiga.

Jennings y Perkins cruzaron la puerta menos de cinco segundos después de haber oído el grito. Vieron el horror en la cara de Long, y algo a la vez similar y muy distinto en la de Taussig.

XXIII. Preparando los mejores planes

—La posición del gobierno de los Estados Unidos —dijo Ernest Allen desde su puesto junto a su mesa—, es que los sistemas diseñados para defender civiles inocentes de las armas de destrucción masiva no son amenazadores ni desestabilizadores, y que las restricciones al desarrollo de dichos sistemas no responden a ningún propósito útil. Esta posición ha sido firmemente sostenida durante los últimos ocho años, y no tenemos ninguna razón en absoluto para cambiarla. Acogemos de buen grado la iniciativa del gobierno de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas para reducir las armas ofensivas en un cincuenta por ciento, y examinaremos con interés los detalles de esta propuesta, pero una reducción de las armas ofensivas no influye sobre las armas defensivas, que no son tema de negociación más allá de su aplicabilidad a los acuerdos existentes entre nuestros dos países.

—En lo concerniente a las inspecciones *in situ*, nos hemos sentido decepcionados al comprobar que el progreso notable logrado tan recientemente debería ser…

No se podía menos que admirar a ese hombre, pensaba Ryan no estaba de acuerdo con lo que decía, pero era la posición de su país, y Ernie Allen nunca había permitido que sus sentimientos personales escaparan de algún compartimiento secreto en que él los había encerrado antes del comienzo de esas sesiones.

La reunión concluyó oficialmente cuando Allen terminó su discurso pronunciado por tercera vez ese mismo día. Se intercambiaron las habituales cortesías. Ryan estrechó la mano de su contraparte soviética. Al hacerlo, le pasó una nota, como le habían enseñado a hacerlo en Langley. Golovko no mostró la menor reacción, lo que le valió un amistoso movimiento de cabeza al separarse. Jack no tenía otra salida. Debía continuar con el plan. Pensaba que en los próximos días iba a saber cuánto tenía Gerasimov de buen jugador. Debería correr el riesgo de las revelaciones de la CIA, especialmente con la amenaza de algunas otras aún más espectaculares que las prometidas por Jack… Pero Ryan no podía admirar al hombre. Opinaba que Gerasimov era el asesino jefe en la principal agencia de asesinos de un país que se dejaba controlar por asesinos. Sabía que era una forma de pensar simplista y peligrosa, pero él no era un oficial de campo —aunque estuviera ahora actuando como tal— y aún no había aprendido que ese mundo que él contemplaba generalmente desde la seguridad de aire acondicionado de su escritorio en el séptimo piso de la CIA, no estaba tan bien definido como sus informes sobre el mismo. Había esperado que Gerasimov se derrumbara ante su exigencia —después de tomarse el tiempo necesario para evaluar su posición, naturalmente, pero que se derrumbara al fin. Se le ocurrió pensar qué había calculado como un maestro de ajedrez, porque así era como esperaba que razonara el presidente de la KGB; pero sólo se encontró frente

a un hombre que estaba dispuesto a arrojar los dados… como solían hacerlo los norteamericanos. La ironía debió haber sido divertida, pensó Jack en el hall de mármol del ministerio de Relaciones Exteriores. Pero no lo era.

Jennings no había visto nunca a alguien tan acabadamente destruido como Beatrice Taussig. Debajo de su apariencia confiada, aunque frágil, había latido lo que después de todo no era más que un desamparado corazón humano, consumido en la soledad de su ira contra un mundo que no la había tratado en la forma en que ella deseaba, pero no era capaz de cambiarlo. Estuvo a punto de sentir lástima por esa mujer esposada, aunque la compasión no se extendía a la traición, y por cierto menos aún al secuestro, el delito más alto, o más bajo, del catálogo institucional del FBI.

Su colapso había sido felizmente total, y eso era lo que importaba en esos momentos; eso y el hecho de que ella y Will Perkins habían logrado sacarle la información. Todavía estaba oscuro cuando la llevaron afuera, a un automóvil del FBI, que la esperaba. Dejaron el Datsun de ella en la entrada a la casa, como para sugerir que aún estaba allí, pero quince minutos después entraba por la puerta trasera de la oficina del FBI en Santa Fe, y daba la información a los investigadores recién llegados. No fue mucha, en realidad, sólo un nombre, una dirección y una marca y tipo de auto, pero eso fue el comienzo que necesitaban los agentes. Poco después, un auto de la oficina pasó cerca de la casa y notó que el Volvo estaba en su lugar. Luego, una guía de teléfonos les permitió llamar a la familia que vivía exactamente enfrente. Les advirtieron un minuto antes la llegada de dos agentes del FBI que llamarían en su puerta trasera, Los dos agentes iniciaron la vigilancia desde el living room de la familia, algo a la vez emocionante el inquietante para la joven pareja dueña de la casa. Ellos informaron a los agentes que «Ann», como se la conocía, era una mujer tranquila, de profesión desconocida para la familia, pero que nunca había causado problemas en la vecindad, aunque a veces tenía horarios extraños, como algunas pocas personas solteras. La noche anterior, por ejemplo, había llegado a su casa muy tarde, informó el marido, unos veinte minutos antes de que terminara el show de Carson. Alguna cita interesante, pensaba él. Era raro que nunca la hubieran visto llevar a nadie a su casa…

—Se ha levantado. Encendió algunas luces. —Uno de los agentes tomó unos binoculares, casi innecesarios para mirar al otro lado de la calle. Tenían también una cámara con teleobjetivo y película rápida. Ninguno de los dos hombres podía ver más que una sombra que se movía detrás de las cortinas corridas. Afuera, observaron a un hombre que pasaba en bicicleta junto al auto de ella, haciendo sus ejercicios de la mañana. Desde su punto de vigilancia pudieron ver que colocaba un pequeño transmisor de señales de radio en la superficie interior del paragolpes trasero del Volvo, pero sólo porque sabían qué querían ver.

—¿Quién les enseña a hacer eso? —preguntó el hombre de la cámara—. ¿David

Copperfield?

—Stan algo… trabaja en Quantico. Yo he jugado a las cartas con él alguna vez —rio el otro—. Devolvió el dinero y me mostró cómo lo hacía. Desde entonces no he vuelto a jugar al póquer por dinero.

—¿Pueden decirnos de qué se trata todo esto? —preguntó el dueño de casa.

—Lo siento. Usted lo sabrá, pero ahora no es el momento. ¡Atento!

—La tengo. —La cámara empezó a efectuar tomas sin otra interrupción que para recargar.

—¡Justo a tiempo! —El hombre de los binoculares levantó su radio—. El sujeto se está moviendo, ahora sube el auto.

—Estamos listos —contestó la radio.

—Ya partió, con rumbo al sur; vamos a perder contacto visual. Ya está. Ahora es de ustedes.

—Correcto. La tenemos. Cambio y fuera.

Los autos y camiones asignados a la vigilancia eran casi una docena, pero más importantes eran los helicópteros que orbitaban a mil doscientos metros de altura. Otro helicóptero estaba en tierra en la Base Kirtland de la Fuerza Aérea. Era un UH-1N, la versión de dos motores del venerable Huey de Vietnam; lo habían obtenido en préstamo de la Fuerza Aérea y ahora le estaban colocando cuerdas para descenso, Ann manejaba su Volvo en la forma menos llamativa posible, pero detrás de sus anteojos de sol, sus ojos saltaban de uno a otro espejo retrovisor cada cuatro o cinco segundos. Necesitaba ahora de toda su habilidad y entrenamiento y, a pesar de las escasas cinco horas de sueño, podía ajustarse a los procedimientos profesionales. En el asiento, junto a ella, llevaba un termo de café. Ya había tomado dos tazas, y el resto sería para sus tres colegas.

También Bob se movía en esos momentos. Vestido con ropas de trabajo y botas iba trotando a través del bosque. Se detenía sólo unos instantes para mirar la brújula y continuaba luego por la senda de tres kilómetros entre los pinos. Había calculado que haría el viaje en unos cuarenta minutos, y comprendió que no podría tardar ni uno menos. La altura y la poca densidad del aire pronto lo tuvieron jadeando, aun antes de empezar a trepar las cuestas que enfrentaba. Había dejado atrás todas las recriminaciones. Todo lo que importaba ahora era la misión. No era la primera vez que una operación de campo salía mal, aunque ninguna de las cumplidas por él; y el sello de un buen oficial de campo se veía en su capacidad para superar todos los inconvenientes y cumplir la tarea. A las siete y diez alcanzó a ver el camino y la proveeduría. Se detuvo a unos veinte metros del borde del bosque y esperó.

El camino seguido por Ann parecía elegido al azar. Salió de la carretera principal dos veces y volvió a entrar en la calle, antes de mantenerse en ella en la parte final de su viaje. A las siete y cuarto entró en el lugar destinado a estacionamiento frente al

pequeño almacén, bajó del auto y entró.

Al FBI no le quedaban ya más que dos autos, tan hábil había sido el sujeto para evadir la vigilancia. Cada vez que ella doblaba inesperadamente el auto que iba detrás debía abandonar el seguimiento —se suponía que ella era capaz de identificar cualquier vehículo que viera más de una vez— y se hacían frenéticos llamados para pedir vehículos adicionales. Ella había elegido la proveeduría cuidadosamente. No se la podía vigilar desde ningún punto de la carretera; el movimiento del tránsito no lo permitía. El auto número diez llegó al mismo sitio de estacionamiento. Uno de sus dos ocupantes entró en el local, mientras el otro permanecía en el vehículo.

El hombre de adentro tuvo la primera visión directa de Ann que lograba el FBI, mientras ella compraba algunos buñuelos y tomaba un poco más de café en un vaso plástico de gran tamaño, además de llevar unas cuantas gaseosas de alto contenido de cafeína. El hombre no advirtió el detalle, pero la controlaba semioculto por un diario y tomando café. La observó cuando salía y vio que se unía a ella un hombre; subieron al auto con la mayor naturalidad como si él hubiera sido el prometido de una mujer a quien le gustaba conducir su propio auto. Se apresuró a salir en busca del vehículo oficial, pero aún así estuvieron a punto de perderla.

—Mire. —Ann le entregó un periódico. La fotografía de Bob aparecía en la primera página. Estaba impresa en colores, aunque la calidad del retrato, tomado de la pequeña foto de la licencia de conductor, dejaba bastante que desear—. Me alegro de que se haya acordado de ponerse la peluca —observó.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Leonid.

—Primero les voy a alquilar un auto nuevo para sacarlos de la casa de seguridad. Después voy a comprar maquillaje para que todos ustedes puedan cambiar su aspecto. Luego, he pensado conseguir un pequeño furgón para el cruce de la frontera. También vamos a necesitar algunos cajones o cajas de embalaje. Todavía no he resuelto esto último, pero lo tendré decidido antes de que termine el día. ¿Y el cruce?

—Mañana, Saldremos antes de mediodía y cruzaremos la frontera alrededor de la hora de cenar.

—¿Tan rápido? —preguntó Bob.

—Da. Cuanto más pienso en ello… si nos quedamos demasiado tiempo van a inundar la zona con agentes. —Siguieron viajando en el auto sin hablar. Ann volvió a la ciudad y dejó el auto en una playa de estacionamiento pública; Leonid se quedó allí mientras ella cruzaba la calle y caminaba media cuadra hasta una agencia de alquiler de automóviles, frente a un gran hotel. En menos de quince minutos realizó todos los trámites, y poco después estacionó un Ford junto a su Volvo.

Arrojó las llaves a Bob y le indicó que la siguiera hasta la autopista interestatal; a partir de allí seguiría solo.

Cuando llegaron a la autopista, el FBI se había quedado ya casi sin autos,

Tuvieron que tomar una decisión, y el agente a cargo de la vigilancia acertó al hacerlo. Un vehículo sin marcas de la policía estatal se hizo cargo del Volvo, mientras el último auto del FBI seguía al Ford por la autopista. Mientras tanto, cinco autos de la primera parte de la vigilancia matutina de «Ann» se desplazaron velozmente para alcanzar a «Bob» y su Ford. Tres de ellos tomaron la misma salida y lo siguieron por el camino secundario que llevaba a la casa de seguridad. Cuando él redujo la velocidad para ajustarla a los límites establecidos en las señales del camino, dos de los autos se vieron obligados a pasarlo, pero el tercero pudo mantenerse detrás…, hasta que el Ford subió a la banquina y se detuvo. Esa sección del camino era tan recta como una flecha en una extensión de casi dos kilómetros, y él se había detenido justo en la mitad del trayecto.

—Lo tengo, lo tengo —informó el observador de uno de los helicópteros, observando el auto desde unos cinco mil metros de distancia a través de un par de binoculares. Vio la minúscula figura de un hombre que abría el capó, después se agachaba, y esperaba varios minutos antes de cerrarlo y continuar la marcha—. Este tipo es un profesional —dijo el observador al piloto.

No lo suficiente, pensó el piloto, con sus ojos clavados en la distante manchita blanca del techo del auto. Pudo ver cómo el Ford doblaba saliendo de la carretera para entrar en un camino de tierra que desaparecía entre los árboles.

—¡Bingo!

Tal como lo habían esperado, la casa de seguridad estaba completamente aislada. La geografía de la zona se prestaba fácilmente para eso. Tan pronto como identificaron la ubicación, despegó desde la Base Bergstrom de la Fuerza Aérea, en Texas, un RF-4C Phantom del Ala 67.ª de Reconocimiento Táctico. La tripulación de dos hombres pensó que se trataba de algo así como una broma, pero no pusieron reparos al viaje, que se hacía en menos de una hora. Como misión, era tan fácil que cualquiera podría haberlo hecho. El Phantom hizo un total de cuatro pasadas a gran altura sobre la zona y, después de efectuar tomas de cientos de metros de película mediante sus sistemas de cámaras múltiples, el Phantom aterrizó en la Base Kirtland de la Fuerza Aérea, en las afueras de Albuquerque. Un avión de carga había llevado personal y equipos adicionales unas horas antes. Mientras el piloto detenía los motores, dos ayudantes retiraron el contenedor de la película y lo llevaron al remolque que utilizaban como laboratorio fotográfico aerotransportable. Un equipo de procesamiento automático entregó las copias húmedas a los interpretadores fotográficos media hora después de la llegada del avión.

—Aquí está-dijo el piloto cuando apareció el cuadro correto. —Buenas condiciones: claro, frío, baja humedad, buen ángulo solar. Ni siquiera dejamos estelas de vapor en el aire.

—Gracias, mayor —dijo la sargento mientras examinaba la película de la cámara

panorámica KA-91—. Parece que tenemos un camino de tierra que sale de esta carretera aquí, sube en zigzag por esta colina… y parece una casa rodante, un auto estacionado a unos cincuenta metros… aquí otro, algo cubierto. Dos autos entonces. Muy bien, ¿qué más…?

—Espere un momento; yo no veo el segundo auto —dijo un agente del FBI.

—Aquí, señor. El sol se refleja en algo, demasiado grande para ser una botella de Coca-Cola. Un parabrisas de automóvil, probablemente. Tal vez la luneta trasera, pero me parece que es la parte de adelante.

—¿Por qué? —preguntó el agente. Necesitaba saberlo. Ella no levantó la vista.

—Bueno, señor. Si fuera yo, y estuviera escondiendo un auto, lo metería marcha atrás, para poder salir más rápido, ¿no?

El hombre apenas pudo contener la risa.

—Muy bien, sargento.

Ella pasó a un nuevo cuadro.

—Ahí está… éste es un reflejo del paragolpes, y también de la parrilla probablemente. ¿Ve cómo lo han cubierto? Mire junto a la casa rodante. Eso podría ser un hombre, allí en las sombras… —Pasó al cuadro siguiente—. Ajá… eso es una persona. —El hombre medía un metro ochenta más o menos, de aspecto atlético, con cabello oscuro y una sombra en la cara, denunciando que no se había afeitado ese día. No se veía ninguna arma.

Había treinta cuadros fotográficos útiles con imágenes del lugar. Ampliaron ocho de ellos al tamaño de un poster y los llevaron al hangar donde estaba el Uh-In. Gus Werner se encontraba allí. No le gustaban los trabajos apurados, lo mismo que a las personas que se hallaban en esa casa rodante, pero sus posibilidades de elegir estaban limitadas como las de ellos.

—Y bien, coronel Filitov, ahora lo tenemos en 1976.

—Dmitri Fedorovich me llevó con él cuando lo nombraron ministro de Defensa. Eso simplificó las cosas, desde luego.

—Y aumentó sus oportunidades —comentó Vatutin.

—Sí, así fue.

Ahora ya no había recriminaciones, ni acusaciones, ni opiniones sobre la naturaleza del delito que había cometido Misha. Por el momento, todo eso había quedado atrás. Primero había llegado la admisión, como siempre ocurría, y siempre era lo más difícil, pero después, una vez que los habían quebrado —o engañado para que confesaran— entonces venía la parte fácil. Podía durar semanas, y Vatutin no tenía idea de cuándo iba a terminar ésta. La fase inicial estaba apuntada a delinear lo que había hecho. Seguiría luego el examen detallado de cada episodio, pero la naturaleza del interrogatorio en dos fases era crucial para establecer un índice de referencias cruzadas para el caso de que más adelante el sujeto intentara cambiar o

negar algo en particular. Pero aun esa fase, que no entraba en detalles, horrorizó a Vatutin y a sus hombres. Las especificaciones de cada tanque y cañón del Ejército Soviético, incluidas las variantes jamás informadas a los árabes —que era lo mismo que dárselas a los israelíes, y por lo tanto lo mismo que a los norteamericanos— ni tampoco a los otros países del Pacto de Varsovia, habían salido hacia Occidente aun antes de que los prototipos hubieran entrado en producción global. Especificaciones de aeronaves. Rendimiento de cabezas de guerra tanto nucleares como convencionales de toda clase. Cifras de confiabilidad sobre los misiles estratégicos. Riñas internas en el ministerio de Defensa y, cuando Ustinov llegó a ser miembro titular con voto en el Politburó, disputas políticas en el más alto nivel. Y, lo que más daño provocaba en medio de todo lo demás, Filitov había dado a Occidente todo lo que él sabía sobre estrategia soviética… y él sabía todo lo que había que saber. Como caja de resonancia y confidente de Dmitri Ustinov, y en su capacidad de legendario soldado combatiente, él había sido la lente a través de la cual el burócrata observaba el mundo de la verdadera guerra.

Entonces, Misha, ¿qué piensas de esto…?, Vatutin se daba cuenta de que Ustinov habría formulado esa misma pregunta miles de veces, aunque él jamás había sospechado…

—¿Qué clase de hombre era Ustinov? —preguntó el coronel del «Dos».

—Brillante —dijo de inmediato Filitov—. Su talento administrativo no tenía paralelo. Su instinto con respecto a los procesos de manufactura, por ejemplo, era algo que yo no había visto nunca, ni tampoco desde entonces. Era capaz de oler una fábrica y decir si estaba haciendo el trabajo correcto o no. Podía ver cinco años en el futuro y determinar qué armas serían necesarias y cuáles no. Su única debilidad era no comprender cómo se usaban realmente en combate y, como resultado de eso, ocasionalmente peleábamos cuando yo trataba de cambiar las cosas para hacerlas más fáciles de usar. Es decir, él buscaba métodos más fáciles de fabricación para acelerar la producción, mientras que yo perseguía la forma de lograr que las armas fuesen empleadas fácilmente en el campo de batalla. Por lo general yo ganaba, aunque a veces no.

Asombroso, pensó Vatutin mientras tomaba algunas notas. Misha nunca dejó de luchar para mejorar las armas, aunque estaba dando todo a Occidente… ¿Por qué? Pero no podía preguntar eso ahora, ni por mucho tiempo. No podía dejar que Misha se viera a sí mismo como un patriota otra vez, hasta que la totalidad de su traición quedara completamente documentada. Los detalles de su confesión —ahora él lo sabía— tomarían meses.

—¿Qué hora es en Washington? —preguntó Ryan a Candela—. Van a ser las diez de la mañana. Tuvieron una sesión corta hoy. —Sí. La otra parte pidió pronto un receso por algún motivo. ¿Alguna noticia de Washington sobre el asunto Gregory?

—Nada —contestó sombríamente Candela.

—Usted nos dijo que iban a poner sobre la mesa sus sistemas de defensa —afirmó Narmonov a su jefe de la KGB. El ministro de Relaciones Exteriores había informado lo contrario. Lo habían sabido positivamente el día anterior, pero ahora estaban completamente seguros de que no era un simple juego político. Los soviéticos habían especulado con renunciar en cuanto a la sección de verificación, en la propuesta que ya tenía un principio de acuerdo, con la esperanza de que eso aflojaría aunque fuera un poco a los norteamericanos; sobre la cuestión de la Iniciativa de Defensa Estratégica. Esa jugada se había encontrado con una pared de piedra.

—Parecería que nuestra fuente estuvo incorrecta —admitió Gerasimov—. O tal vez la concesión esperada llevará más tiempo.

—Ellos no han cambiado su posición, ni la cambiarán. Usted ha sido mal informado, Nikolay Borissovich —dijo el ministro de Relaciones Exteriores, definiendo su posición, para ponerse en firme alianza con el Secretario General del Partido.

—¿Es posible eso? —inquirió Alexandrov.

—Uno de los problemas para reunir información de los norteamericanos es que ellos mismos, a veces, no saben cuál es su posición. Nuestra información vino de una fuente muy bien ubicada, y este informe coincide con el de otro agente. Tal vez Allen quería hacerlo, pero se lo prohibieron.

—Eso es posible —concedió el ministro de Relaciones Exteriores, tratando de no presionar demasiado fuerte sobre Gerasimov—. Yo tengo la impresión, desde hace tiempo, de que él piensa muy particularmente sobre el tema. Pero eso ya no importa ahora. Tendremos que cambiar un poco nuestra táctica. ¿Podría significar esto que los norteamericanos han logrado otro adelanto técnico?

—Es posible. Estamos trabajando en eso en este mismo momento. Tengo un grupo que intenta extraer cierto material sumamente delicado. —Gerasimov no se atrevió a ir más allá. Su operación de secuestrar al mayor norteamericano era más desesperada de lo que el mismo Ryan suponía. Si trascendía públicamente, él sería acusado frente al Politburó de tratar de destruir importantes negociaciones, y de haberlo hecho sin consultar previamente a sus pares. Aun los miembros del Politburó debían informar cada cosa que hacían, pero él no podía hacer eso. Su aliado Alexandrov querría saber por qué, y Gerasimov no podía arriesgar la revelación de su jugada a nadie. Por otra parte, estaba seguro de que los norteamericanos no iban a hacer nada para revelar el secuestro. Hacerlo, significaría para ellos un riesgo casi idéntico; los elementos políticos en Washington tratarían de acusar a los conservadores de usar el incidente para sabotear las conversaciones por razones de su propio interés. El juego era tan enorme como era posible imaginar, y los riesgos que

estaba corriendo Gerasimov, aunque graves, sólo agregaban condimento a la lucha. Ya era demasiado tarde para ser cuidadoso. Él estaba más allá de eso y aunque su propia vida se hallaba en juego, la magnitud de la lucha era digna de su meta.

—No sabemos si está allí, ¿no? —preguntó Paulson. Era el tirador de fusil de mayor jerarquía del Grupo de Rescate de Rehenes. Como miembro del «Club Cuarto de Pulgada» podía colocar tres tiros dentro de un círculo de menos de un centímetro y dos milímetros y medio de diámetro, a ciento ochenta metros de distancia… y de ese centímetro y dos milímetros y medio, siete milímetros eran el diámetro de la propia bala.

—No, pero es lo mejor que tenemos —admitió Gus Werner—. Hay tres de ellos. Sabemos con seguridad que dos están allí. Ellos no dejarían un solo hombre para custodiar al rehén mientras los otros salen a cualquier lado; eso no sería profesional.

—Todo eso tiene sentido, Gus —aceptó Paulson—. Pero no lo sabemos. Partiremos de esa base entonces. —Esto último no fue una pregunta.

—Sí, y rápido.

—Está bien. —Paulson se dio vuelta y miró hacia la pared. Estaban usando una sala de alistamiento de pilotos. El corcho de las paredes— puesto allí para absorción del ruido —era también perfecto para colgar mapas y fotos. Todos vieron que la casa rodante era de las más baratas. Sólo unas pocas ventanas, y de las dos puertas originales habían clausurado una. Pensaron que el cuarto al que daba la puerta restante en el otro se hallaría el rehén. Una cosa buena de ese caso era que sus oponentes eran profesionales y, en consecuencia, se podía predecir lo que harían. En la mayoría de las situaciones actuarían en forma razonable, a diferencia de los delincuentes comunes, que sólo hacían lo que se les ocurría en el momento.

Paulson miró otra fotografía, después el mapa topográfico, y empezó a elegir su ruta de aproximación. Las fotografías de alta resolución eran un regalo del cielo. Mostraban a un hombre afuera que estaba observando el camino, la ruta más probable de llegada. Daría algunas vueltas caminando, pensó Paulson, pero vigilaría mayormente el camino. Por lo tanto, el grupo observadores y tiradores se acercaría desde el otro lado, por arriba.

—¿Tú crees que son tipos de ciudad? —preguntó a Werner—. Probablemente.

—Yo entraré por aquí. Marty y yo podemos acercarnos a menos de cuatrocientos metros, más o menos, detrás de este cerro, y después bajar por aquí, paralelos a la casa rodante.

—¿Dónde está tu posición?

—Aquí. —Paulson dando unos golpecitos en la mejor de las fotografías. Yo creo que deberíamos llevar con nosotros la ametralladora—. Explicó por qué, y todos asintieron.

—Un cambio más —anunció Werner—. Tenemos nuevas reglas de combate. Si

alguien llega siquiera a pensar que el rehén pueda estar en peligro, abajo con los malos. Paulson, si hay uno cerca de él cuando nos desplacemos, tú lo bajas con el primer tiro, esté armado o no.

—Un momento, Gus —objetó Paulson—. No tengo la menor duda de que habrá…

—El rehén es importante, y hay razones para sospechar que cualquier intento para rescatarlo terminará con su muerte…

—Alguien ha estado mirando demasiadas películas —dijo otro miembro del grupo.

—¿Quién? —preguntó Paulson, con calma y énfasis a la vez.

—El Presidente. El director Jacobs también estaba en el teléfono. Lo tiene por escrito.

—No me gusta —dijo el fusilero—. Tendrán a alguien allí haciendo de baby-sitter, y tú quieres que yo lo haga volar, ya sea que esté amenazando al rehén o no.

—Eso es exactamente —coincidió Werner—. Si no lo puedes hacer dímelo ahora.

—Tengo que saber por qué, Gus.

—El Presidente lo llamó valor nacional inapreciable. Es el hombre clave en un proyecto lo suficientemente importante como para habérselo explicado personalmente al Presidente. Es por eso que lo secuestraron, y se piensa que si ellos ven que no pueden tenerlo, harán lo posible para que nosotros tampoco lo tengamos, mira lo que ya han hecho —concluyó el jefe del grupo.

Paulson lo consideró por un momento y movió la cabeza asintiendo. Se volvió hacia el hombre que lo apoyaba, Marty, quien hizo lo mismo.

—Muy bien. Tenemos que tirar a través de la ventana. Es un trabajo para dos fusiles.

Werner se arrimó a un pizarrón y delineó el plan de ataque con todos los detalles que pudo. Desconocían el arreglo interior de la casa rodante, y mucho dependería de la inteligencia de último momento que reunirían ya en escena con la mira telescópica de Paulson. Los detalles del plan no diferían mucho de un ataque militar. Ante todo, Werner estableció la cadena de comando… todos la conocían, pero aun así la definieron una vez más con toda precisión. Después resolvieron la composición de los grupos de asalto y sus tareas en la misión. Habría médicos y ambulancias a la espera, y también un grupo testigo. Pasaron una hora trabajando y sin embargo el plan no estaba tan completo como le hubiese gustado a cualquiera de ellos, pero eso quedaba superado por su entrenamiento. Una vez iniciada, la operación dependería de la pericia y el juicio de los miembros individuales del grupo, porque, en último análisis, eso estaba siempre presente. Cuando terminaron, todos se pusieron en movimiento.

Tania se decidió por un furgón pequeño U-Haul; un vehículo del mismo tamaño

que los usados como mini-buses o reparto de mercaderías livianas. Un camión grande, pensó, llevaría demasiado tiempo para llenarlo con una cantidad adecuada de cajas. Una hora más tarde fue a retirar éstas de un negocio llamado el Box Barn. Era una tarea que ella nunca había tenido que cumplir antes —toda su información había sido transmitida durante transferencias en rollos de película que cabían fácilmente en el bolsillo— pero lo único que tuvo que hacer fue buscar en las Páginas Amarillas y efectuar unos pocos llamados. Compró diez cajas de embalar, construidas con bordes de madera y lados de cartón recubierto con plástico, todas prolijamente presentadas para un fácil armado. En el mismo lugar le vendieron rótulos para indicar qué había adentro, y rellenos de poliestireno para protección de su mercadería. El vendedor insistió en esto último. Tania observó mientras dos hombres cargaban su furgón, luego lo puso en marcha y se alejó.

—¿Para qué supones que es todo eso?, preguntó un agente.

—Supongo que ella quiere llevar algo a alguna parte. El conductor la siguió desde varios cientos de metros, mientras su compañero llamaba a otros agentes para que hablaran con la compañía de transporte. Era mucho más fácil seguir al furgón U-Haul que a un Volvo.

Paulson y otros tres hombres bajaron del Chevy Suburban en el extremo de un nuevo barrio en construcción, a unos dos mil metros de la casa rodante. Un muchachito miró fijamente desde el jardín de su casa a los hombres que entraban caminando en el bosque: dos de ellos llevaban fusiles y el tercero una ametralladora que el Suburban se alejó, y varios oficiales llamaron en las casas para recomendar a las personas que no hablaran de lo que habían o en la mayoría de los casos no habían visto.

Una cosa buena de los pinos, pensaba Paulson después de penetrar unos cien metros en el bosque, era que dejaban caer agujas y no las ruidosas hojas que cubrían las montañas del oeste de Virginia, que él recorría todos los otoños buscando ciervos. Ese año no había cazado ninguno. Había tenido dos buenas oportunidades, pero los animales que tuvo a su alcance eran más pequeños de lo que él prefería para llevarse a su casa, y había decidido dejarlos hasta el año siguiente mientras esperaba otra oportunidad, que ya no se le había presentado.

Paulson era un hombre amante de los bosques. Había nacido en Tennessee, y jamás fue más feliz que cuando hacía largas caminatas en su estado natal, abriéndose camino entre los árboles que decoraban el terreno cubierto de hojas caídas. Condujo a los otros tres lenta y cuidadosamente, haciendo el menor ruido posible, como los recaudadores de impuestos que finalmente habían convencido a su abuelo de que interrumpiera la producción del White Lightning elaborado en la montaña, pensó Paulson sin sonreír. Nunca había matado a nadie en sus quince años de servicio. El Grupo de Rescate de Rehenes tenía los tiradores mejor entrenados del mundo, pero

nunca habían aplicado su destreza en forma práctica. El mismo había estado cerca media docena de veces, pero hasta ahora siempre había tenido una razón para no tirar. Hoy debía de ser distinto. Estaba casi seguro de eso, y su estado de ánimo no era el de siempre. Otra cosa era ir a una tarea sabiendo que había posibilidad de tener que tirar. En el FBI esa posibilidad estaba siempre latente. Se la planeaba, siempre esperando que no fuera necesario… él sabía demasiado bien lo que sucedía cuando un policía mataba a alguien, las pesadillas, la depresión que difícilmente aparecía en las películas policiales en la TV. El médico ya estaría volando, pensó. El FBI siempre tenía un psiquiatra disponible para asistir a los agentes en los momentos posteriores a los tiroteos, porque, aun cuando se supiera que no había existido otra elección, la mente humana se acobarda ante la realidad de una muerte innecesaria, y castiga al sobreviviente por estar con vida cuando su víctima no lo está. Ese era un precio del progreso, pensaba Paulson. No siempre había sido así y, en la mayoría de los casos, tampoco ahora lo era con los delincuentes. Esa era la diferencia entre una comunidad y otra. ¿Pero a qué comunidad pertenecía su blanco? ¿Delincuentes? No, a ellos los habían preparado como profesionales, patriotas de acuerdo con las pautas de su sociedad. Personas que cumplían su trabajo. Exactamente igual que yo.

Oyó un ruido. Levantó la mano izquierda y los cuatro hombres cayeron a tierra para cubrirse, Algo se estaba moviendo… allá a la izquierda. Seguía desplazándose hacia la izquierda, apartándose del camino de ellos. Tal vez un chico, pensó; un chico que jugaba en el bosque. Esperó para estar seguro de que se alejaba, y luego empezó a avanzar de nuevo. El equipo de tiro tenía puestas ropas militares camufladas sobre sus equipos de protección: la mezcla de verdes y marrones empleada en zonas boscosas. Después de media hora, Paulson controló el mapa.

—Punto de control Número Uno —dijo por la radio.

—Comprendido respondió Werner desde casi cinco kilómetros de distancia. —¿Algún problema?

—Negativo. Listos para subir el primer cerro. Tendré a la vista el objetivo dentro de quince minutos.

—Comprendido. Adelante.

—Okay. Cambio y fuera. Paulson y su grupo formaron una línea de frente para ascender el primer cerro. No era muy alto, y el segundo se hallaba a unos doscientos metros detrás, Desde allí podrían ver la casa rodante, y a partir de ese momento hicieron todo muy lentamente. Paulson entregó su fusil al cuarto hombre y empezó a adelantarse solo, mirando al frente; quería elegir la senda que mejor se prestara para proseguir en el mayor silencio. Después de todo, sólo era una cuestión de mirar por dónde convenía caminar, antes que cómo hacerlo; algo no comprendido por la gente de ciudad, segura de que el suelo de un bosque es invariablemente ruidoso. Allí había muchos salientes rocosos y el hombre pudo aprovecharlos caminando sobre ellos

hasta alcanzar el segundo cerro en cinco minutos de casi silenciosa travesía. Paulson se apretó contra un árbol y sacó sus binoculares; también estos estaban cubiertos con plástico verde.

—Hola, muchachos —dijo para sus adentros. No pudo ver a nadie todavía, porque la casa rodante bloqueaba a su vista el sector donde él esperaba que se encontraría el hombre de guardia en el exterior, además de muchos árboles que se interponían. Paulson exploró los alrededores con los binoculares buscando movimientos. Se tomó varios minutos para observar y escuchar antes de hacer señas a sus compañeros para que se adelantaran. Demoraron diez minutos. Paulson miró el reloj, hacia noventa minutos que se hallaban en el bosque, y se encontraban ligeramente adelantados con respecto a lo planificado.

—¿Viste a alguien?, pregunto el otro fusilero cuando llegó junto a Paulson.

—Todavía no.

Cristo, espero que no se hayan movido —dijo Marty—. ¿Y ahora qué?

—Iremos un poco más a la izquierda y después bajaremos por aquel barranco. Esa es nuestra posición. —Señaló.

—Igual que en las películas.

—¿Todos listos? —preguntó Paulson. Decidió esperar un minuto antes de lanzarse, permitiendo que pudieran beber un trago de agua. Allí el aire estaba seco y poco denso, y comenzaban a sentirlo en sus gargantas. No quería que nadie tosiera. Pastillas para la tos, pensó el jefe del grupo. Tendíamos que incluirlas en el equipo…

Les llevó otra media hora llegar a sus puestos. Paulson eligió un sitio húmedo junto a un enorme canto rodado, depositado allí por el último glaciar que visitó la zona. Se hallaba a unos seis metros por encima del nivel de la casa rodante; era más o menos lo que él quería para su trabajo, y el ángulo no llegaba a los noventa grados. Tenía vista directa a la ventana grande en su extremo posterior. Si Gregory se encontraba allí, ese era el sitio donde esperaba que lo tuvieran. Ya era hora de saberlo. Paulson desplegó el apoyo de dos patas de su fusil, quitó la cubierta de la mira, y se puso a trabajar, tomó de nuevo la radio y se acomodó en la oreja el auricular. Habló en un susurro, más bajo que el del viento que movía las ramas de pino sobre su cabeza.

—Aquí Paulson. Ya estamos en posición, observando. Les avisaremos.

—Recibido —contestó la radio.

—Bueno. —Marty fue el primero en decirlo—. Allí está. Del lado derecho.

Al Gregory se hallaba sentado en un sillón. No podía hacer otra cosa. Tenía las muñecas esposadas sobre las rodillas —le habían hecho esa concesión para su comodidad—, pero la parte superior de los brazos y los tobillos estaban atados firmemente. Les habían quitado los anteojos, y veía borrosos todos los objetos del lugar. Incluyendo al que se hacía llamar Bill. Cumplían turnos para custodiarlo. Bill

estaba sentado en el extremo opuesto, justo debajo de la ventana. Tenía en el cinturón una pistola automática; Gregory no habría podido decir de qué tipo, sólo veía la forma angular.

—¿Qué…?

—¿…haremos con usted? —completó Bill la pregunta—. Que me condene si lo sé, mayor. Hay personas que están interesadas en lo que usted hace en su trabajo, supongo.

—Yo no…

—Estoy seguro —dijo Bill con una sonrisa—. Bueno, le dijimos que se quedara callado, o tendré que volver a ponerle la mordaza. Tranquilícese, muchacho.

—¿Para qué dijo ella que eran las cajas?, preguntó el agente.

—Dijo que su compañía debía enviar un par de estatuas. Cierto artista local, dijo… una exposición en San Francisco, creo.

Hay un consulado soviético en San Francisco, pensó el agente en el acto. Pero no pueden estar haciendo eso… ¿o sí?

—¿Cajas del tamaño de un hombre, dijo usted?

En las grandes se pueden poner dos personas fácilmente, y algunas otras más pequeñas.

—¿Cuánto tiempo para armarlas?

—No se necesitan herramientas especiales. Media hora, como máximo.

—¿Media hora…? Uno de los agentes abandonó el local para hacer un llamado telefónico. Pasó por radio la información a Werner.

—Atentos —anunció el auricular—. Tenemos un camioncito U. —Haul, es un pequeño furgón que está saliendo de la carretera principal.

—Desde aquí no podemos verlo —protestó Paulson en voz baja a Marty, que estaba a su izquierda. Uno de los problemas de su posición era que no podían ver la casa rodante completa, y sólo algunos sectores del camino que llegaba hasta ella. Además, los árboles eran muy gruesos y el bosque bastante espeso. Para ver mejor habrían tenido que adelantarse más, pero eso significaba un riesgo que no estaban dispuestos a correr. El telémetro láser les indicaba que se hallaban a ciento ochenta y tres metros de la casa rodante. Los fusiles estaban calibrados para un óptimo rendimiento a ciento ochenta metros de distancia, y sus ropas camufladas los hacían invisibles, siempre y cuando no se movieran. Aun con los binoculares, los árboles ocupaban en tal forma la visual que había demasiadas cosas para que el ojo humano pudiera enfocarlas.

Oyó el furgón. Silenciador malo, pensó. Luego oyó el golpe de una puerta y el chirrido de otra que se abría, después llegaron unas voces, pero aunque sabía que hablaban algunas personas, no pudo distinguir una sola palabra.

—Esta debería de ser suficientemente grande —dijo la capitana Bisyarina a

Leonid—. Tengo dos de éstas y tres de las más pequeñas. Las usaremos para apilarlas arriba.

—¿Qué estamos transportando?

Estatuas. Hay una exposición de arte dentro de tres días, y vamos a hacer el cruce en el punto más cercano a ella. Si partimos en una o dos horas, llegaremos a la frontera a la hora exacta.

—Está segura…

—Controlan las mercaderías que vienen hacia el norte, no las que van hacia el sur le aseguró Bisyarina.

Está bien. Armaremos las cajas adentro. Diga a Oleg que salga.

Bisyarina entró. Lenny se hallaba apostado afuera porque sabía más sobre el trabajo en zonas agrestes que los otros dos oficiales. Mientras Oleg y Leonid llevaban adentro las cajas, ella pasó a la parte posterior de la casa rodante para controlar a Gregory.

Hola, mayor. ¿Está cómodo?

—Tengo otra figura —dijo Paulson en el momento en que ella apareció en la mira —. Mujer; es la de las fotografías… la del Volvo —dijo por la radio—. Está hablando al rehén.

—Ahora hay tres hombres visibles —dijo a continuación la radio. Otro agente observaba el extremo opuesto de la casa rodante—. Están llevando cajas adentro. Repito, tres sujetos hombres. Sujeto femenino en el interior y fuera de la vista.

—Ese debe de ser el total de sujetos. Háble me de las cajas. —Werner estaba de pie junto al helicóptero en un campo a varios kilómetros de distancia, y tenía en sus manos un diagrama de la casa rodante.

Están abiertas, desarmadas. Creo que van a armarlas adentro.

—Sabemos de cuatro en total, nada más-dijo Werner a sus hombresYel rehén está allí…

Entonces dos de ellos están armando las cajas —dijo uno de los miembros del grupo de ataque—. Uno afuera, uno con el rehén… suena bien para mi, Gus.

—Atención aquí Werner. Nos ponemos en movimiento. Todo el mundo listo.- Hizo una seña al piloto del helicóptero, que inició la secuencia de puesta en marcha del motor. El jefe del grupo de rescate hizo su propio control mental mientras sus hombres abordaban el helicóptero. Si los rusos intentaban llevárselo, sus hombres podían tratar de tomarlos en movimiento, pero esa clase de furgón sólo tenía ventanillas para el conductor y el acompañante… eso significaba que dos o tres de ellos iban a estar fuera de la vista… y probablemente en condiciones de matar al rehén antes de que sus hombres pudieran impedirlo. Su primer impulso era el correcto: tenían que proceder ya. El Chevy Suburban del grupo, con cuatro hombres, entró en la carretera, que llevaba al sitio.

Panlson quitó el seguro de su fusil, y Marty hizo lo mismo. Se pusieron de acuerdo en lo que, sucedería a continuación. A tres metros de ellos, el ametrallador y su sirviente alistaron lentamente el arma, para no hacer ruidos metálicos con los mecanismos.

—Nunca sale de acuerdo al plan —dijo en voz baja el fusilero número dos.

—Es por eso que nos entrenan tanto. —Paulson tenía la cruz de la mira en su blanco. No era fácil porque el vidrio de la ventana reflejaba mucha luz del exterior. Apenas podía distinguir la cabeza, pero era una mujer, y era alguien identificada positivamente como blanco. Estimó que el viento soplaría desde su derecha con una intensidad de unos diez nudos. Aplicando ese factor en los ciento ochenta metros, desplazaría a la bala aproximadamente cinco centímetros a la izquierda, y debía tenerlo en cuenta para corregir su puntería. A pesar de la potencia diez de la mira, una cabeza humana no es un blanco grande a ciento ochenta metros de distancia, y Paulson movía ligeramente el fusil para mantener la cabeza de la mujer en la cruz de la mira mientras ella caminaba de un lado a otro. No enfocaba tanto el blanco como la cruz del retículo de la propia mira, manteniéndola alineada con el blanco, y no al revés. La técnica que seguía era automática. Controló su respiración, se apoyó bien en los codos y acomodó el fusil bien apretado.

—¿Quién es usted? —preguntó Gregory.

—Tania Bisyarina. —Caminaba continuamente para aflojar la rigidez de sus piernas.

—¿Tienen orden de matarme? —Tania admiró la forma en que hizo la pregunta. Gregory no era exactamente la imagen de un soldado, pero lo más importante estaba siempre oculto a la vista.

—No, mayor. Va a hacer un pequeño viaje.

—Allí está el camión —dijo Werner. Sesenta segundos desde el camino hasta la casa rodante. Levantó la radio.

—¡Ya ya ya! —Las puertas del helicóptero se deslizaron hacia atrás y prepararon las cuerdas enrolladas. Werner golpeó con el puño el hombro del piloto, con fuerza suficiente para hacerle doler, pero el hombre estaba demasiado ocupado para darse cuenta. Empujó hacia abajo el comando colectivo y picó con el helicóptero en dirección a la casa rodante, ahora a menos de mil quinientos metros de distancia.

Lo oyeron antes de verlo: el característico tap-tap-tap del rotor de dos palas, Había bastante tránsito de helicópteros en la zona, y el peligro no fue obvio de inmediato. El que estaba afuera se acercó al borde de la casa rodante y miró a través de las copas de los árboles, después se dio vuelta cuando le pareció oír el ruido de un vehículo que se acercaba. Adentro, Leonid y Oleg levantaron la vista de su caja armada a medias, más irritados que preocupados, aunque cambiaron de actitud de inmediato cuando el ruido del helicóptero se transformó en un rugido: la aeronave se

había detenido en vuelo estacionario directamente arriba. En la parte posterior de la casa rodante, Bisyarina se arrimo a la ventana y fue la primera que lo vio. Pero lo último que vio en su vida.

—En el blanco —dijo Paulson.

En el blanco respondió el otro fusilero.

—¡Fuego!

Ambos dispararon casi al mismo tiempo, pero Paulson supo que el otro tiro había salido primero. Este rompió el grueso vidrio de la ventana, y la bala perdió su trayectoria por la deflexión causada por el cristal que estallaba. La segunda bala de punta hueca llegó una fracción de segundo detrás de la primera, e hizo impacto en la cara de la agente soviética. Paulson lo vio, pero lo que quedó grabado en su mente fue el instante del disparo, la cruz de la mira sobre el blanco. A su izquierda, el ametrallador ya había abierto fuego cuando Paulson declaró su tiro:

—Centro en la cabeza.

—Blanco batido —dijo por la radio el segundo fusilero—. El blanco femenino eliminado. Rehén a la vista. —Ambos recargaron sus fusiles y buscaron nuevos blancos.

Cayeron del helicóptero las cuerdas con sus cargas y descendieron cuatro hombres. Al frente iba Werner, que corrió y se introdujo a través de la ventana rota con su pistola ametralladora MP-5 en la mano Allí estaba Gregory, gritando algo, se unió a Werner otro miembro del grupo, que empujó e hizo caer la silla de costado y se arrodilló entre ella y el resto de la estructura. Después entró otro hombre, y los tres apuntaron sus armas hacia el otro lado.

Afuera, el Chevy Suburban llegó a tiempo para ver uno de los hombres de la KGB cuando disparaba una pistola contra uno de los agentes, que había aterrizado sobre el techo de la casa rodante enganchándose en algo y quedando momentáneamente imposibilitado para sacar su arma y darse vuelta. Dos agentes saltaron del vehículo y dispararon tres veces cada uno, alcanzando y derribando al hombre que huía. El agente que estaba sobre la casa rodante logró liberarse e hizo señas.

Adentro, Leonid y Oleg estaban tratando de alcanzar sus arma… Uno de ellos miró hacia atrás y se encontró con una descarga continua de proyectiles de ametralladora que mordían los costados metálicos de la casa rodante, con el evidente propósito de evitar que ellos se acercaran a Gregory. Pero esas eran sus órdenes.

—El rehén está a salvo, el rehén está a salvo. Blanco femenino eliminado —transmitió Werner por la radio.

—Blanco exterior eliminado —informó otro agente desde afuera. Observó a otro miembro del grupo que colocaba una pequeña carga explosiva junto a la puerta. El hombre se hizo atrás y, asintió con un movimiento de cabeza.

—¡Listo!

—Ametralladora cese el fuego, cese el fuego ordenó Werner.

Los dos oficiales de la KGB que se encontraban en el interior notaron la interrupción de los disparos y se movieron hacia atrás. La puerta delantera de la casa rodante voló en ese momento desprendiéndose de sus bisagras. La onda explosiva podría haber sido suficiente para desorientarlos, pero ambos hombres estaban demasiado atentos y activos para eso. Oleg se dio vuelta y levantó su arma con ambas manos para proteger a Leonid. Disparó contra la primera figura que apareció en la puerta, logrando herir al agente en un brazo. El hombre cayó, pero intentó acomodar su arma. Hizo fuego y erró, atrayendo la atención de Oleg sobre sí mismo. El segundo agente junto a la puerta tenía la lista su MP-5 en los brazos. Disparó dos veces. La última impresión de Oleg fue de sorpresa: no había oído los tiros, y sólo comprendió cuando alcanzó a ver los silenciadores en las armas.

—Agente herido y enemigo eliminado. Otro enemigo va hacia atrás. Perdido al pasar un ángulo interior. —El agente corrió tras él, pero tropezó con una de las cajas de embalaje.

Lo dejaron cruzar la puerta. Uno de los agentes, con el torso protegido con un chaleco antibala, se ubicó entre la puerta y el rehén. Ahora podían aprovechar. Werner supo en seguida que se trataba del hombre que había llevado el auto alquilado. El ruso vio a los tres miembros del grupo de rescate vestidos con sus negros trajes Nomex y obviamente protegidos con mallas antibala. Apareció en su rostro el principio de la duda.

—¡Deje el arma! —gritó Werner—. ¡No…!

Leonid vio donde estaba Gregory y recordó sus órdenes. La pistola empezó a colocarse en posición.

Werner hizo lo que siempre había dicho a su gente que no se debía hacer, aunque nunca recordaría por qué. Disparó seis veces contra el brazo del hombre, para impedirle usar el arma… y milagrosamente, dio resultado, la mano de la pistola se retorció bruscamente como si hubiera sido la de un títere, y la pistola cayó suelta en medio de una nube de sangre pulverizada. Werner saltó hacia adelante, derribó al hombre y le puso en la frente el cañón con silenciador de su pistola.

—¡Número tres eliminado! ¡Rehén a salvo! ¡Grupo: control!

Afuera, número uno eliminado, muerto.

—Adentro, número dos eliminado, ¡muerto! Un agente herido en el brazo, no grave.

Mujer eliminada, muerta. —Werner informó—: Un sujeto herido y en custodia. ¡Aseguren la zona! ¡Ambulancias ahora!

Desde el primer disparo del grupo de ataque habían pasado en total veintinueve segundos.

Aparecieron tres agentes en la ventana por la cual habían entrado Werner y los otros dos. Uno de los que estaban adentro sacó su cuchillo de combate y cortó las cuerdas que amarraban a Gregory; después, prácticamente lo arrojó por la ventana; afuera lo recibieron y alzaron como una muñeca de trapo. Lo instalaron en la parte posterior del camión del grupo de rescate y partieron velozmente. Un helicóptero de la Fuerza Aérea aterrizó en la autopista. Tan pronto como hicieron subir a Gregory la aeronave despegó.

Todos los miembros del Grupo de Rescate de Rehenes tienen instrucción de asistencia médica, y dos de los que iniciaron el ataque se habían entrenado con bomberos paramédicos. Uno de ellos estaba herido en el brazo, y dirigió el vendaje que le hacía el agente que mató a Oleg, el otro agente con preparación como paramédico empezó a trabajar con Leonid.

—Quedará bien. Aunque necesitará cirugía en el brazo. El radio, el cúbito y el húmero están fracturados, jefe.

—Debió haber soltado el arma —le dijo Werner—. No tenía muchas posibilidades.

—Cristo. —Era Paulson. Se detuvo junto a la ventana para mirar lo que había hecho su única bala. Un agente estaba registrando el cadáver, buscando un arma. Se puso de pie y sacudió la cabeza. Eso indicó al fusilero algo que él hubiera preferido ignorar. En ese momento supo que nunca más saldría de caza. La bala había penetrado justo debajo del ojo izquierdo. La mayor parte del resto de la cabeza de la mujer estaba adherida a la pared opuesta a la ventana. Paulson se dijo que no debía haber mirado. El fusilero se dio vuelta después de cinco largos segundos y descargó su arma.

El helicóptero llevó a Gregory directamente al proyecto. Cuando aterrizó, seis hombres de seguridad armados lo estaban esperando y lo llevaron apresuradamente adentro. Quedó sorprendido al ver que alguien tomaba varias fotografías. Otro arrojó a Al una Coca Cola y él se mojó con el líquido carbonado al abrir la tapa. Después de beber un trago, habló:

—¿Qué diablos fue todo esto?

—Ni siquiera nosotros mismos estamos seguros —contestó el jefe de seguridad del proyecto. La mente de Gregory necesitó unos cuantos segundos más para captar lo que había sucedido. Fue entonces cuando empezó a temblar.

Werner y sus hombres se hallaban junto a la casa rodante cuando se hizo cargo del grupo de reconocimiento de pruebas. También había llegado una docena de oficiales de la Policía estatal de Nueva México. Cargaron en la misma ambulancia al agente herido y al oficial de la KGB, aunque este último fue esposado a su camilla. El hombre hacía todo lo posible por no gritar ante el dolor que le producían los tres huesos destrozados de su brazo.

—¿Adónde lo llevan? —preguntó un capitán de la policía estatal—. Al hospital de la base en Kirtland… a ambos —respondió Werner.

—Es lejos.

—Tenemos órdenes de mantener cubierto a éste. Y para lo que pudiera ser de utilidad, el tipo que atacó al oficial de ustedes es ese que está allí… de acuerdo con la descripción que nos dio, es él sin duda.

—Me sorprende que hayan agarrado vivo a uno. —El capitán recibió una curiosa mirada—. Quiero decir, estaban todos armados, ¿no es así?

—Sí —aceptó Werner. Sonrió en una forma por demás rara—. Yo también estoy sorprendido.

XXIV. Las reglas del juego

Lo realmente asombroso es que el hecho no fue noticia destacada. Se habían disparado unos cuantos tiros sin silenciador, pero el uso de armas de fuego no es nada fuera de lo común en el Oeste norteamericano, las averiguaciones a la Policía Estatal de Nueva México habían obtenido como respuesta que la investigación por el ataque al oficial Méndez continuaba aún y que en cualquier momento se esperaba resolver el caso, pero que la actividad de helicópteros era parte simplemente de un ejercicio de búsqueda y salvamento de rutina, conducido en forma conjunta por personal ele la Fuerza Aérea y de la Policía Estatal. La explicación no era del todo buena, pero sí lo suficiente como para quitarse de encima a los periodistas durante uno o dos días.

El grupo de reunión de pruebas examinó detenidamente la casa rodante y sin que constituyera sorpresa para nadie, no encontró nada de importancia. Un fotógrafo policial tomó las fotografías requeridas de todas las víctimas, se llamaba a sí mismo necrófilo profesional, y entregó la película en el acto al jefe de los agentes del FBI. Pusieron los cadáveres en bolsas y los transportaron a Kirtland, desde donde los llevaron por vía aérea a la Base Dover de la Fuerza Aérea. Allí había un centro especial de recepción dirigido por patólogos forenses. Las fotografías reveladas de los oficiales muertos de la KGB se enviaron electrónicamente a Washington. La policía local y el FBI comenzaron a hablar sobre cómo debía ser manejado el caso del agente de la KGB sobreviviente. Llegaron a la conclusión de que el hombre había vulnerado por lo menos una docena de normas legales, comprendidas por partes iguales en las jurisdicciones federales y locales del estado, y que varios abogados tendrían que solucionar ese problema, aunque todos sabían que la verdadera decisión había de tomarse en Washington. Sin embargo, estaban equivocados en esa apreciación. Parte del tema sería resuelto en otro lugar.

Eran las cuatro de la mañana cuando Ryan sintió una mano sobre el hombro. Se dio vuelta y vio que Candela encendía la lámpara de la mesa de noche.

—¿Qué pasa? —preguntó Ryan con toda la coherencia que fue capaz de lograr.

—El FBI lo rescató. Tienen a Gregory y se encuentra muy bien —dijo Candela. Le pasó algunas fotografías. Los ojos de Ryan parpadearon unas cuantas veces antes de abrirse muy grandes.

—Esto es algo tremendo para mirar al despertarse —dijo Jack, antes de ver lo que había pasado a Tania Bisyarina ¡Santo Dios!— dejó caer las fotos sobre la cama y se dirigió al cuarto de baño. Candela oyó el ruido del agua corriente. Ryan reapareció y se acercó a la heladera. Sacó una lata de soda y la abrió.

—Discúlpeme. ¿Quiere una? Jack hizo un gesto en dirección a la heladera.

Es un poco temprano para mí. ¿Hizo el pase a Golovko ayer?

Sí. La sesión comienza esta tarde. Quiero encontrarme con nuestro amigo

alrededor de las ocho. Pensaba levantarme a eso de las cinco y media.

—Pensé que querría ver esto de inmediato dijo Candela provocando un gruñido.

—Por supuesto. Antes que el diario de la mañana… Lo tenemos agarrado —observó Ryan, mirando fijamente la alfombra—. A menos…

—A menos que quiera morir en la peor forma coincidió el oficial de la CIA.

—¿Y qué pasará con su mujer e hija? —preguntó Jack. Si usted tiene alguna opinión, le aseguro que quiero oírla.

—¿La reunión será donde yo le sugerí?

—Ajá.

—Presiónelo todo lo que pueda. —Candela levantó las fotos de la cama y las guardó en un sobre, no se olvide de mostrarle esto. No creo que su conciencia le torture mucho, pero le probará muy bien nuestra decisión. Si usted quiere mi opinión, antes creí que estaba loco. Ahora sonrió—, pienso que usted tiene justo la locura suficiente. Volveré cuando se despierte del todo. Ryan asintió y lo miró salir antes de dirigirse a la ducha. El agua estaba bien caliente, y Jack se tomó su tiempo llenando de vapor el pequeño cuarto de baño; luego tuvo que secar el espejo. Después se afeitó, haciendo un verdadero esfuerzo para mirarse la barba y no los ojos No era el momento para dudar de sí mismo.

Vio por las ventanas que afuera aun estaba oscuro. Moscú no se hallaba iluminada como las ciudades norteamericanas. Además, era casi total la ausencia de automóviles a esa hora, Washington tenía siempre gente que se movía de un lado otro, existía en todo momento la certeza inconsciente de que en alguna parte había gente levantada y cumpliendo su trabajo, cualquiera que este fuese. Ese concepto no podía trasladarse allí. Así como las palabras de un idioma no corresponden nunca exactamente a las de otro; para Ryan ocurría lo mismo can Moscú: bastante parecida a muchas otras grandes ciudades que había visitado, pero con diferencias que la hacían decididamente extraña. Allí la gente no se movilizaba en sus actividades. La mayor parte debía dedicarse a las tareas que otros le habían asignado. Lo más irónico era que pronto él mismo sería uno de los que daban órdenes… a una persona que había olvidado cómo cumplirlas.

La mañana llegó lentamente sobre Moscú. Una alfombra de nieve amortiguaba los ruidos del tránsito de los tranvías y el más grave de los camiones diesel. Las ventanas de Ryan no estaban orientadas hacia la dirección apropiada para captar las primeras luces del alba. Lo que había sido gris empezaba a tomar color, como si un niño estuviera jugando con los controles de color de un televisor. Jack terminó su tercera taza de café y, a las siete y media, dejó el libro que había estado leyendo. En ocasiones como ésa la exactitud horaria era fundamental, le había dicho Candela. Hizo un viaje final al cuarto de baño antes de vestirse para su caminata de la mañana.

Habían barrido de las aceras la nieve caída durante la tormenta del domingo por

la noche, aunque aún quedaban pequeños montículos cerca de los cordones. Ryan saludó con movimientos de cabeza a los guardias de seguridad, australianos, norteamericanos y rusos, antes de dar vuelta hacia el norte por Chaykovskogo. El cortante viento del norte lo hizo lagrimear, y se ajustó ligeramente la bufanda alrededor del cuello mientras caminaba hacia la Plaza Vosstaniya. Era el distrito de las embajadas en Moscú. La mañana anterior había doblado a la derecha al terminar la plaza y pudo ver media docena de legaciones todas juntas en una mezcla al azar, pero esa mañana dobló a la izquierda por Kudrinskiy Pereulok —los rusos tenían por lo menos nueve formas distintas de decir «calle», pero Jack no dominaba esos matices— después a la derecha y luego otra vez a la izquierda por Barrikadnaya.

«Barricada» parecía un extraño nombre, tanto para una calle como para un cine. Más extraño aún parecía en la inscripción cirílica. La B. era reconocible, aunque la B cirílica es realidad una V, y las R de la palabra parecían las romanas P. Jack alteró un poco su rumbo, caminando tan cerca como le fue posible de los edificios a medida que se acercaba. Tal como lo esperaba se abrió una puerta y él entró. De nuevo lo palparon de cuerpo entero. El hombre de seguridad encontró el sobre sellado en el bolsillo del saco, pero no lo abrió, ante el alivio de Jack.

—Venga. —Lo mismo que había dicho la primera vez, notó Jack. Tal vez tuviera un vocabulario limitado.

Gerasimov se hallaba sentado en una de las butacas laterales dando confiadamente la espalda a Ryan mientras éste caminaba descendiendo la suave pendiente del piso, al encuentro del hombre.

—Buenos días —dijo, dirigiéndose a la nuca del ruso.

—¿Le gusta nuestro tiempo? —preguntó Gerasimov, haciendo un gesto para indicar al hombre de seguridad que se retirara. Se puso de pie y condujo a Jack hacia abajo, en dirección a la pantalla.

—No hacía este frío donde yo me crie.

—Usted tendría que usar sombrero. La mayoría de los norteamericanos prefiere no hacerlo, pero aquí es una necesidad.

—En Nueva México también hace frío —dijo Ryan.

—Así me dicen. ¿Usted creyó que no iba a hacer nada? —preguntó el presidente de la KGB. Lo dijo sin la menor emoción, como un maestro a un alumno lento. Ryan decidió dejarlo gozar por un momento.

—¿Se supone que yo deba negociar con usted la libertad del mayor Gregory? —preguntó Jack en tono neutral… o así lo intentó. El café extra de la mañana había agudizado sus emociones.

—Si usted quiere —replicó Gerasimov.

—Creo que esto le parecerá interesante. —Jack le entregó el sobre.

El presidente de la KGB lo abrió y sacó las fotografías. No mostró ninguna

reacción mientras observaba una por una las tres tomas, pero cuando se volvió para mirar a Jack sus ojos dejaban el frío de la mañana a la altura de una suave brisa de primavera.

—Uno está vivo —informó Jack—. Herido, pero se pondrá bien. No tengo su fotografía. Alguien arruinó ese extremo. Hemos recuperado a Gregory, ileso.

—Comprendo.

—Usted debería comprender también que ahora sus opciones son las que nos habíamos propuesto. Necesito saber qué elección hará.

—Es obvio, ¿no?

—Una de las cosas que he aprendido al estudiar su país es que nada es tan obvio como nos gustaría que fuese. —Esto provocó algo que podía parecer una sonrisa.

—¿Cómo seré tratado?

—Perfectamente bien. —Mil veces mejor de lo que tú mereces—. ¿Mi familia?

—Ellos también.

—¿Cómo se proponen sacarnos a los tres?

—Tengo entendido que su esposa es latvia de nacimiento, y que viaja a menudo a su casa. Haga que ellas se encuentren allí al viernes por la noche —dijo Ryan, y continuó con algunos detalles.

—Exactamente qué…

—Usted no necesita esa información, señor Gerasimov.

—Ryan, usted no puede…

—Sí, señor, yo puedo —lo interrumpió Jack, preguntándose por qué había dicho «señor».

—¿Y en cuánto a mí? —preguntó el presidente. Ryan le dijo lo que tendría que hacer. Gerasimov estuvo de acuerdo.

—Tengo una pregunta.

—¿Sí?

—¿Cómo hicieron para engañar a Platonov? Es un hombre muy Indigente.

—Existió realmente un pequeño problema con la Comisión de Valores, pero esa no fue la parte importante. —Ryan se preparó para retirarse—. No hubiéramos podido hacerlo sin usted. Tuvimos que poner en escena una comedia realmente buena, algo en lo que no hubiera engaño. Hace seis meses estuvo aquí el congresista Trent, y conoció a una persona llamada Valery. Llegaron a ser íntimos amigos. El supo después que usted había condenado a Valery a cinco años de cárcel por «actividad antisocial». De cualquier manera, él quería desquitarse. Le pedimos ayuda y aceptó entusiasmado. Por lo tanto, supongo que podría decirse que usamos sus propios prejuicios contra usted.

—¿Qué habría querido usted que hiciésemos con semejante gente, Ryan?, preguntó el presidente. —¿Acaso usted…?

Yo no hago las leyes, señor Gerasimov. Y Ryan se marchó. Qué agradable era, pensó en el viaje de regreso a su embajada, tener alguna vez el viento de espaldas.

—Buenos días, camarada secretario general.

—No necesita ser tan formal, Ilya Arkadyevich, hay miembros del Politburo más antiguos que usted y que no tienen voto; y nosotros hemos sido camaradas demasiado… tiempo. ¿Qué lo está molestando?, preguntó con cautela Narmonov. Era evidente el sufrimiento en los ojos de su colega. Debían reunirse para hablar sobre la cosecha de trigo de invierno, pero…

—Andrey Il'ych, no sé cómo empezar. —Vaneyeva estuvo a punto de ahogarse con sus palabras, y de sus ojos surgieron algunas lágrimas—. Se trata de mi hija… —Continuó durante diez espasmódicos minutos.

—¿Y? —preguntó Narmonov, cuando le pareció que había terminado… pero, como era obvio, tenía que haber más. Y lo había.

—Alexandrov y Gerasimov, entonces. —Narmonov se echó atrás en su sillón y miró fijamente la pared—. Mi amigo, ciertamente ha necesitado mucho valor para traerme esto.

—No puedo permitirles… aunque eso signifique mi carrera, Andrey, no puedo permitirles que le impidan continuar ahora. Tiene demasiadas cosas que hacer; nosotros… usted tiene demasiadas cosas que cambiar. Yo debo irme. Lo sé. Pero usted debe quedarse, Andrey. El pueblo lo necesita aquí, si es que queremos lograr algo.

Resultaba digno de destacarse que había dicho pueblo, en vez de Partido, pensó Narmonov. Los tiempos estaban realmente cambiando.

No. Sacudió la cabeza. No era así. No todavía. Todo lo que había logrado era crear la atmósfera dentro de la cual los tiempos tendrían quizá la posibilidad de cambiar. Vaneyev era uno de los que comprendían que el problema no consistía tanto en metas como en proceso. Cada uno de los miembros del Politburó sabía —hacía años que lo sabía— cuáles eran las cosas que había que cambiar. Era el método de cambio el problema sobre el que nadie podía ponerse de acuerdo. Era como hacer virar un buque a un nuevo rumbo, pensó, sabiendo que el timón podía romperse si intentaban hacerlo. Continuar la misma derrota permitía que la nave continuara surcando hacia… ¿qué? ¿Adónde se dirigía la Unión Soviética? Ellos ni siquiera sabían eso. Pero cambiar el rumbo significaba riesgo, y si el timón se rompía si el Partido perdía su ascendiente —sólo existiría el caos. Era una elección que ningún hombre racional habría querido enfrentar, pero era una elección cuya necesidad ningún hombre racional podía negar.

No sabemos siquiera qué está haciendo nuestro país, pensó Narmonov para sus adentros. Durante los últimos ocho años, por lo menos, todas las cifras sobre situación económica habían sido falsas en una u otra forma, y cada una de ellas se

entrelazaba con la siguiente, hasta que los pronósticos económicos generados por GOSPLAN y su burocracia eran tan ficticios como la lista de las virtudes de Stalin. La nave que él comandaba estaba precipitándose cada vez más profundamente en una envolvente niebla de mentiras, expuestas por funcionarios cuyas carreras quedarían destruidas por la verdad. Así hablaba de ello en las reuniones semanales del Politburó. Cuarenta años de metas y predicciones rosadas no habían hecho otra cosa que plotear un rumbo sobre una carta carente de significación. Ni siquiera el propio Politburó conocía el estado de la Unión Soviética… algo que Occidente difícilmente sospechaba.

—¿La alternativa?, ese era el problema, ¿no? En los momentos más oscuros, Narmonov se preguntaba si él o cualquier otra persona podría cambiar realmente las cosas. El objetivo de toda su vida política había sido obtener el poder que ahora poseía, y sólo ahora comprendía cabalmente qué limitado se encontraba ese poder. A lo largo de todo su ascenso en la escala jerárquica de su carrera había observado cosas que debían ser cambiadas, sin apreciar nunca del todo lo difícil que sería lograrlo. El poder que él ejercía no era el mismo que había tenido Stalin. Sus predecesores inmediatos se habían ocupado de eso. La Unión Soviética ya no era tanto una nave que se debía conducir, sino más bien un gigantesco resorte burocrático que absorbía y disipaba energía y sólo vibraba en su propia frecuencia de ineficiencia. A menos que eso cambiara… Occidente estaba entrando rápidamente en una nueva edad industrial, mientras que la Unión Soviética aún no era capaz de autoabastecerse. China estaba adoptando las lecciones económicas del Japón y, en dos generaciones más, podía llegar a convenirse en la tercera economía del mundo: mil millones de personas poseedoras de una fuerte e impulsora economía justo sobre nuestra frontera, hambrientas de tierra, y con un odio racial hacia todos los rusos que dejaba a las legiones fascistas de Hitler a la altura de una sarta de futbolistas inadaptados. Era una amenaza estratégica para su país que reducía a la insignificancia a las armas nucleares de Estados Unidos y de la OTAN… ¡Y la burocracia del Partido aún no veía que eso debía cambiar, o arriesgarse a ser el agente de su propia condenación!

Alguien tiene que intentarlo, y ese alguien soy yo.

Pero para poder intentarlo, primero tenía que sobrevivir él, y sobrevivir durante el tiempo suficiente como para comunicar su propia visión de los objetivos nacionales, primero el Partido, después al pueblo… ¿o tal vez al revés? Ninguna de las dos cosas sería fácil. El Partido tenía sus modalidades, la resistencia al cambio, y el pueblo, el *narod*, ya no dedicaba ni un segundo para pensar lo que el Partido y su líder les decían. Esa era la parte graciosa. Occidente —los enemigos de su nación— tenía de él un concepto mucho más elevado que sus propios compatriotas.

—¿Y qué significa eso?, se preguntó. Si ellos son enemigos, ¿acaso su favor

puede significar que estoy avanzando por el camino correcto…? ¿Correcto para quién? Narmonov se preguntó si el Presidente de los Estados Unidos estaría tan solo como él. Pero antes de enfrentar esa tarea imposible, tenía todavía el problema táctico de todos los días referido a su supervivencia personal. Aún ahora, aun ante la presencia de un colega confiable. Narmonov suspiró. Era un sonido muy ruso.

—Y entonces, Ilya. ¿qué va a hacer? —preguntó a un hombre que no podía cometer un acto más atroz que el de traicionar a su propia hija.

—Voy a apoyarlo a usted aunque eso signifique mi desgracia. Mi Svetlana tendrá que enfrentar las consecuencias de sus actos. —Vaneyev se incorporó en su sillón y secó sus ojos. Parecía un hombre próximo a enfrentar un pelotón de fusilamiento, que juntaba toda su hombría para una última actitud de desafío.

—Podría tener que denunciarlo yo mismo —dijo Narmonov. Lo comprenderé. Andrushka— respondió Vaneyev, con una voz cargada de dignidad.

Yo preferiría no hacer esto. Lo necesito, Ilya. Necesito su consejo. Si puedo salvar su posición, lo haré.

No puedo pedir nada más que eso.

Había llegado el momento de rehacer al hombre. Narmonov se puso de pie, caminó alrededor del escritorio y tomó la mano de su amigo.

—Ante cualquier cosa que le digan, muéstrese de acuerdo sin reservas. Cuando sea oportuno, les hará ver qué clase de hombre es usted.

—Como lo hará también usted, Andrey.

Narmonov lo acompañó hasta la puerta. Disponía de otros cinco minutos antes de su próxima audiencia. Su día estaba lleno de asuntos económicos; decisiones que llegaban hasta él porque había indecisión en hombres de rango ministerial, y que lo buscaban para pedirle su bendición como al cura párroco de la aldea… Como si yo no tuviera suficientes problemas, se dijo el Secretario General del Partido Comunista de la Unión Soviética. Pasó sus cinco minutos contando votos. Debió de haber sido más fácil para él que para su contraparte norteamericana —en la Unión Soviética solamente los miembros titulares del Politburó tenían derecho a voto—. Y no eran más que trece —pero cada hombre representaba una colección de intereses, y Narmonov estaba pidiendo a cada uno de ellos que hiciera cosas nunca contempladas hasta entonces. En el análisis final, el poder aún pesaba más que cualquier otra cosa, se dijo, y él todavía podía contar con el ministro de Defensa Yazov.

—Creo que le gustará todo esto —dijo el general Pokryshkin mientras recorrían la valla perimetral. Los guardias de la KGB lo saludaron cuando pasaban, y ambos hombres devolvieron los desganados gestos. Ya no estaban los perros, y Gennady pensó que era un error, con problemas de alimentación o sin ellos.

—A mi esposa no le gustará contestó Bondarenko. —Me ha seguido de un campo a otro durante casi veinte años, y finalmente a Moscú. Le gusta allí—. Se dio vuelta

para mirar hacia el lado exterior de la valla y sonrió. ¿Podría un hombre cansarse alguna vez de esta vista? ¿Pero qué dirá mi mujer cuando le hable de esto? Claro que no era frecuente que un soldado soviético tuviera la oportunidad de hacer esta clase de elección, y ella lo comprendería, ¿verdad?

—Tal vez las estrellas de general le hagan cambiar de idea… y estamos trabajando para que todo esto sea más hospitalario y acogedor. ¿Usted sabe cuánto tuve que luchar para eso? Finalmente les dije que mis ingenieros eran como bailarinas, y que tenían que sentirse felices para actuar. Creo que ese hombre del Comité Central es un devoto del Bolshoi, eso finalmente lo convenció. Fue entonces que autorizaron el teatro, y que comenzamos a recibir alimentos decentes traídos por camión. Para el verano próximo estará terminada la escuela, y todos los niños vendrán aquí. Desde luego —rio— tendremos que construir otro bloque de departamentos, y el próximo comandante de Bright Star también tendrá que ser maestro y director de escuela.

—Dentro de cinco años podríamos no tener lugar para los lásers. Bueno, usted ha dejado para ellos el punto más alto, ya veo.

—Sí, esa discusión duró nueve meses. Sólo para convencerlos de que eventualmente podríamos querer construir algo más poderoso que el que ya tenemos.

—El verdadero Bright Star —comentó Bondarenko.

—Usted lo construirá, Gennady Iosifovich.

—Sí, camarada general, yo lo construiré. Aceptaré el nombramiento si usted todavía me solicita. —Se dio vuelta para explorar otra vez el terreno. Algún día todo esto será mío…

—La voluntad de Alá —dijo el mayor, encogiéndose de hombros.

Estaba empezando a cansarse de oír eso. El cambio forzado de los planes ponía a prueba la paciencia del Arquero, y aun su fe. Los soviéticos habían seguido desplazando tropas a lo largo de la carretera del valle, en uno y otro sentido, durante las últimas treinta y seis horas. Él había logrado pasar al otro lado la mitad de sus fuerzas cuando el tránsito comenzó, y ahora sufría con sus hombres divididos; cada lado observaba el rodar de los camiones y carros de personal y se preguntaban si a los rusos no se les ocurriría detenerse, saltar a tierra y trepar las montañas para buscar a sus visitantes. Si lo intentaban se produciría un sangriento combate y morirían muchos rusos… pero ellos no estaban allí para matar rusos simplemente. Estaba allí para producirles daños en una forma que no se podía comparar a la mera pérdida de soldados.

Pero había que trepar una montaña, y ahora se hallaba sumamente atrasado con respecto a lo previsto, y todo el consuelo que cualquiera podía ofrecer era la voluntad de Alá. ¿Dónde estaba Alá cuando cayeron las bombas sobre mi esposa y mi hija? ¿Dónde estaba Alá atando se licuaron a mi hijo? ¿Dónde estaba Alá cuando los rusos

bombardearon nuestro campo de refugiados?… ¿Por qué la vida debe de ser tan cruel?

—Es duro esperar, ¿no es cierto? —preguntó el mayor—, esperar es lo más difícil. La mente no tiene nada en qué ocuparse, y comienzan los interrogantes.

—¿Cuáles son sus interrogantes?

—¿Cuándo terminará la guerra? Hay rumores… aunque desde hace años hay rumores. Estoy cansado de esta guerra.

Usted pasó gran parte de ella en el otro…

La cabeza del mayor giró bruscamente.

No diga eso. ¡He estado dando información a su bando durante años! ¿No le dijo eso su líder?

—No. Sabíamos que estaba recibiendo algo, pero…

—Sí, era un buen hombre, y no olvidaba que tenía que protegerme. ¿Sabe usted cuántas veces envié mis soldados en patrullajes inútiles para que no los encontraran a ustedes, cuántas veces me disparó mi propia tropa… sabiendo que querían matarme, sabiendo cómo maldecían mi nombre? —El repentino aumento de sus emociones asombró a ambos hombres—. Finalmente, no pude soportarlo más. A mis soldados que querían trabajar para los rusos… bueno, no era difícil enviarlos a los emboscadas que les tendían ustedes, pero yo no podía mandar solamente a esos, ¿verdad? ¿Sabe usted, amigo mío, a cuántos de mis hombres —los buenos hombres-envié a la muerte en manos de la guerrilla? Los que dejé eran leales a mí, y leales a Alá, y llegó la hora de unirse una vez por todas a los luchadores por la libertad. Que Dios me perdone por todos aquellos que no vivieron el tiempo suficiente para eso—. Cada hombre tenía su propia historia para relatar, reflexionó el Arquero, y el único lazo consistente podía reducirse a una sola frase:

—La vida es dura.

—Y será todavía más dura para los que están en lo alto de esta montaña. —El mayor miró alrededor—. Está cambiando el tiempo. Ahora el viento sopla desde el sur. Las nubes traerán humedad con ellas. Tal vez Alá no nos ha abandonado después de todo. Tal vez Él nos permita continuar esta misión. Tal vez nosotros seamos su instrumento, y les mostrará a través de nosotros que deberían dejar nuestro país si no quieren que vengamos a visitarlos.

El Arquero gruñó asintiendo y miró hacia arriba en la montaña. Ya no pudo ver el objetivo, pero eso no importaba porque, a diferencia del mayor, tampoco podía ver el fin de la guerra.

—Esta noche haremos cruzar el resto.

—Sí. Estarán todos bien descansados, amigo mío.

—¿Señor Clark? Hacía casi una hora que estaba allí. Mancuso lo advirtió al ver el sudor, cuando hizo girar la llave interruptora.

—¿Si, comandante? —Clark se quitó los auriculares.

—¿Qué clase de música?

Ese chico del sonar, Jones, me prestó su máquina. Todo lo que tiene es Bach, pero mantiene ocupada la mente.

—Mensaje para usted. Mancuso se lo alcanzó. La hojita de papel sólo tenía seis palabras. Estaban en clave —tenían que estarlo— aunque en realidad no significaban nada.

—Es la señal de puesta en marcha.

—¿Cuándo?

—No lo dice. Eso vendrá en el próximo mensaje.

—Creo que ya es hora de que me diga cómo funciona todo esto observó el comandante.

—Aquí no. —Dijo en voz baja.

—Mi camarote está por aquí. —Mancuso hizo un gesto. Caminaron hacia proa, pasaron junto a los motores de turbina del submarino, después atravesaron el compartimiento del reactor con su puerta irritantemente ruidosa, y finalmente cruzaron la Central de Ataque hasta entrar en el camarote de Mancuso. Era casi la máxima distancia que se puede caminar dentro de un submarino. El comandante entregó una toalla a Clark para que secara que secara el sudor del rostro.

Espero que los nervios no lo hayan agotado dijo.

—Es el aburrimiento. Todos sus hombres tienen algo que hacer. Yo no hago otra cosa que estar sentado esperando. La espera es una maldición. ¿Dónde está el capitán Ramius?

—Durmiendo. El no tiene nada que hacer todavía, ¿no es así?

—No —coincidió Clark.

—¿Cómo es exactamente el trabajo? ¿Puede decírmelo ahora?

—Voy a sacar a dos personas —contestó simplemente Clark.

—¿Dos rusos? ¿No va a sacar una cosa? ¿Dos personas? —Así es.

—¿Y va a decirme que eso es lo que hace siempre? —preguntó Mancuso.

—No exactamente siempre admitió Clark. Hice uno hace tres años, y otro un año antes. Otros dos nunca salieron, y yo nunca supe por qué. «La necesidad-de-saberlo», usted me comprende.

—He oído antes esa frase.

—Es curioso —murmuró Clark—. Apostaría a que la gente que toma esas decisiones nunca ha tenido el trasero expuesto en la brisa… —Las personas que usted va a buscar… ¿lo saben?

—No, Solamente saben que deben encontrarse en determinado lugar a una hora establecida. Lo que me preocupa es que van a estar rodeadas por la versión de la KGB de un grupo SWAT. Clark levantó una radio: —El final suyo es realmente fácil.

Si yo no digo las palabras exactas en la forma exacta, dentro del tiempo previsto, usted y su buque se mandan a mudar como alma que lleva el diablo.

—Y lo dejamos a usted. —No había sido una pregunta.

A menos que prefieran unirse a mí en la Prisión de Lefortovo. Con todo el resto de la dotación, por supuesto, sería muy feo que saliera en todos los diarios, comandante.

—Usted me conmueve, parece un hombre sensible también. Clark rio.

—Es una historia realmente larga…

—¿Coronel Eich?

—Von Eich corrigió a Jack el piloto. —Mis antepasados eran prusianos. Usted es el doctor Ryan, ¿no? ¿Qué puedo hacer por usted?

Jack se sentó. Se hallaban en la oficina del Agregado de Defensa. El agregado, un general d la Fuerza Aérea, la había cedido.

—¿Usted sabe para quién trabajo yo?

—Creo recordar que usted es uno de los hombres de inteligencia, pero yo soy solamente su chofer, ¿no es así? Dejo las cosas importantes para la gente de cuello y corbata —dijo el coronel.

—Ahora ya no. Tengo una tarea para usted.

—¿Qué quiere decir, una tarea?

—Le va a encantar. —Jack estaba equivocado. No le gustó nada.

Era difícil mantener la cabeza en su trabajo oficial. Parte de eso era el aburrimiento del proceso de negociación que le entumecía la mente, paro la mayor parte era la embriaguez de su misión no oficial, y su cerebro se hallaba aferrado a eso mientras trataba de acomodar el auricular para recibir toda la traducción simultánea del discurso del negociador soviético. El indicio del día anterior, de que las inspecciones *in situ* iban a ser más limitadas que lo acordado anteriormente, había desaparecido ahora. En cambio, estaban pidiendo más autorización para inspeccionar los emplazamientos norteamericanos. Eso haría feliz al Pentágono, pensó Jack con una oculta sonrisa. Los oficiales rusos de inteligencia trepando sobre las fábricas y descendiendo a los silos para inspeccionar los misiles norteamericanos… todo bajo la atenta vigilancia de los oficiales norteamericanos de contrainteligencia y los guardias del Comando Aéreo Estratégico, que estarían en todo momento acariciando sus nuevas pistolas Beretta. Y los muchachos de los submarinos, que a menudo miraban al resto de su propia armada como enemigos potenciales, ¿qué pensarían al tener rusos a bordo? Sonaba como si no fueran a ir más allá de permanecer de pie en cubierta, mientras adentro los técnicos abrían las puertas de los tubos bajo la atenta mirada de los tripulantes de los submarinos y de los infantes de marina que custodiaban las bases de las naves misilísticas. Otro tanto ocurriría del lado soviético. Cada funcionario enviado para integrar los equipos de inspección sería un espía, tal

vez dentro de la categoría de oficiales comunes de línea lanzados a tomar notas de cosas que solamente advertiría un operador. Era asombroso. Después de treinta años de pedidos por parte de los Estados Unidos, los soviéticos habían aceptado finalmente la idea de que ambas partes debían permitir un espionaje oficialmente reconocido. Cuando eso ocurrió, durante las ruedas previas de conversaciones sobre armas intermedias, la reacción norteamericana había sido de pasmosa sospecha. ¿Porqué los rusos estaban accediendo a nuestras condiciones? ¿Por qué habían dicho que sí? ¿Qué estaban tratando de hacer realmente?

Pero era un progreso, una vez que todos se acostumbraban a la idea. Ambas partes tendrían una forma de saber lo que hacía la otra, y lo que tenía la otra. Ninguna de ellas confiaría en la otra. Ambas comunidades de inteligencia se ocuparían de ello. Los espías seguirían metiendo las narices en todas partes, buscando indicios de que la otra parte estaba engañando, armando misiles en ubicaciones secretas, escondiéndolos en diversos lugares para un ataque de sorpresa. Hallarían dichos indicios, escribirían informes de advertencia, e intentarían hacer circular la información. La paranoia institucional duraría más que las propias armas. Los tratados no lograrían cambiar eso, a pesar de toda la euforia de los periódicos. Jack dirigió su mirada al soviético que estaba hablando.

—¿Porqué? ¿Por qué cambiaron ustedes su forma de pensar? ¿Saben lo que yo dije en mi Apreciación Nacional de Inteligencia? Todavía no ha salido en los diarios, pero ustedes pueden haberlo visto. Dije que finalmente ustedes habían comprendido: (1) cuánto cuesta la maldita cosa; (2) que diez mil cabezas de guerra eran suficientes para freír íntegramente a los Estados Unidos ocho veces, cuando cuatro o tres veces era probablemente suficiente, y (3), que ustedes ahorrarían dinero eliminando todos sus misiles antiguos, los que ya no pueden mantener muy bien. Es sólo una cuestión de negocios, les dije, no un cambio en su punto de vista. Ah, sí: (4) es un asunto de muy buenas relaciones públicas, y a ustedes aún les gusta practicar juegos de R.P, aunque siempre echan todo a perder.

No es que a nosotros nos importe, por supuesto.

Una vez que el acuerdo llegara a buen término y Jack pensaba que así sería, ambas partes ahorrarían aproximadamente un tres por ciento de sus inversiones en materia de defensa; quizás hasta un cinco por ciento del lado de los rusos, debido a sus sistemas de misiles más diversificados, aunque era difícil estar seguro. Una pequeña fracción de su inversión total para la defensa, pero sería suficiente para que los rusos pudieran financiar nuevas fábricas, o tal vez construir nuevos caminos, que era lo que realmente necesitaban, ¿cómo redistribuirían sus ahorros? Y en tal sentido, ¿cómo lo harían los Estados Unidos? Se esperaba de Jack que hiciera también una apreciación al respecto, otra Apreciación Especial de Inteligencia Nacional. Un título tal vez demasiado sonoro para lo que era, después de todo, nada más que una

conjetura oficial, y, hasta el momento, Ryan no tenía indicio alguno.

Terminó el discurso ruso y era hora de un paréntesis para el café. Ryan cerró su carpeta de cuero y salió de la sala siguiendo a todos los demás. Eligió una taza de té, sólo para ser distinto, y decoró su plato con algunos bocadillos.

—Y bien, Ryan, ¿qué opina usted? —era Golovko.

—¿Vamos a hablar de trabajo o hacer sociedad? —preguntó Jack—. Lo último, si usted quiere.

Jack caminó hacia el ventanal más cercano y miró hacia afuera. Unto de estos días, se prometió a sí mismo, veré algo de Moscú. Tienen que tener algo aquí que valga la pena de sacar algunas fotografías. Tal vez algún día estalle la paz y pueda traer a mi familia… Se dio vuelta. Pero no hoy, no este año, ni el que viene. Qué lástima.

—Sergey Nikolayevich, si el mundo tuviera sentido, gente como usted y yo nos sentaríamos y resolveríamos esta basura en dos o tres días. Diablos, usted y yo sabemos que ambas partes quieren reducir los inventarios a la mitad. El tema por el que llevamos discutiendo toda la semana se limita a cuántas horas de aviso previo habrá, antes de que llegue el grupo de inspección sorpresa, pero como ninguna de las dos partes puede ponerse de acuerdo en la respuesta, seguimos hablando sobre algo en lo que ya hemos coincidido, en vez de continuar progresando en el asunto. Si fuésemos solamente usted y yo, yo diría una hora, y usted diría ocho, y eventualmente podríamos terminar con tres o cuatro…

—Cuatro o cinco —rio Golovko.

—Cuatro entonces —rio también Jack—. ¿Ha visto? Nosotros resolveríamos la maldita cuestión, ¿no es verdad?

—Pero no somos diplomáticos —señaló Golovko—. Nosotros sabemos cómo pelear regateando, pero no en la forma aceptada. Somos demasiado directos, usted y yo, demasiado prácticos. Ah, Ivan Emmetovich, todavía podemos hacer de usted un ruso. —Acababa de rusificar el nombre de Jack. Ivan Emmetovich. John, hijo de Emmet.

Llegó otra vez el momento de trabajar, pensó Jack. Hizo el cambio de marcha y decidió a su vez dar un tirón en la cadena del otro hombre.

—No, no lo creo. Hace demasiado frío aquí. Le diré qué haremos: usted hable con el jefe de su grupo y yo lo haré con el Tío Ernie, y les diremos lo que hemos decidido sobre el tiempo de advertencia para las inspecciones… cuatro horas. Ahora mismo. ¿Qué le parece?

La propuesta sacudió al hombre y Jack pudo notarlo. Por una fugaz fracción de segundo, Golovko pensó que hablaba en serio. El oficial GRU/KGB recobró su compostura en un momento, y el mismo Jack apenas pudo advertirlo. La sonrisa apenas se había interrumpido, pero si bien la expresión se mantuvo inalterada

alrededor de la boca, se oscureció momentáneamente en los ojos del ruso, luego volvió. Jack no sabía la gravedad del error que acababa de cometer.

Tendrías que estar muy nervioso, Ivan Emmetovich, pero no lo estás. ¿Por qué? Antes lo estabas. En la recepción de las otras noches estabas tan tenso que creí que ibas a estallar. Y ayer, cuando pasaste la nota, pude sentir el sudor en tu palma. Pero hoy haces bromas. Tratas de ponerme nervioso a mí con tus burlas. ¿Por qué, Ryan? ¿Por qué la diferencia? Tú no eres un oficial de campo. Tu nerviosismo anterior lo demuestra, pero ahora estás actuando como si lo fueras. ¿Por qué?, se preguntaba Golovko mientras todos desfilaban hacia la sala de conferencias. Los hombres se sentaron para la siguiente ronda de monólogos, y Golovko mantuvo su vista en su contraparte norteamericana.

Ryan no estaba inquieto ahora, notó con cierta sorpresa. El lunes y el martes sí lo había estado, solamente parecía aburrido, como si fuera su única incomodidad. Tendrías que sentirte incómodo, Ryan, pensaba Golovko.

—¿Para qué necesitabas reunirte con Gerasimov? ¿Porqué dos veces? ¿Por qué estabas nervioso antes y después de la primera… y antes pero no después de la segunda?

No tenía mucho sentido. Golovko escuchaba las monótonas palabras en su auricular —era el turno del norteamericano para divagar sobre cosas que ya se habían decidido— pero su mente se hallaba en otra parte. Su mente se encontraba en el legajo que la KGB tenía de Ryan. Ryan, John Patrick. Hijo de Ernmet William Ryan y Catherine Burke Ryan, ambos fallecidos. Casado, dos hijos. Con títulos en economías e historia. Rico. Breve servicio en el cuerpo de Infantería de Marina de los Estados Unidos. Anteriormente agente de Bolsa y profesor de historia. Ingresado en la CIA con tiempo parcial hacía cuatro años, después de un trabajo de consultoría durante el año anterior. Poco más tarde se convirtió en oficial-analista de tiempo completo. Nunca recibió instrucción en la escuela de campo de la CIA en Camp Peary, Virginia. Ryan se había visto envuelto en dos incidentes violentos y, en ambos casos, su comportamiento fue bueno… la instrucción de infantería de marina, supuso Golovko, además de sus cualidades innatas como hombre, algo que los rusos respetaban. Muy inteligente, valiente cuando debía serlo: un peligroso enemigo. Ryan trabajaba directamente para el subdirector de Inteligencia, y se sabía que había preparado numerosas evaluaciones de inteligencia especiales… ¿pero una misión especial de inteligencia? No tenía entrenamiento para eso. Probablemente no era la clase de personalidad adecuada para la tarea. Demasiado abierto, pensaba Golovko. El hombre no tenía mucha astucia. Cuando ocultaba algo, nunca podría saberse qué pero sí se sabía que estaba ocultando algo…

—¿Antes estabas ocultando algo, pero ahora no, verdad?

—¿Qué significa eso, Ivan Emmetovich? ¿Qué maldito nombre es ese Emmet?,

se preguntó de paso Golovko.

Jack vio que el hombre lo miraba, y captó la pregunta en sus ojos. No era ningún tonto, se dijo Jack, mientras Ernest Allen hablaba sobre uno u otro asunto técnico. Creíamos que pertenecía al GRU, y realmente resultó ser de la KGB… al menos, eso parece, se corrigió Jack. ¿¿abra alguna otra cosa de él que nosotros no conocemos?

En la posición de estacionamiento número nueve, en el Aeropuerto Sheremetyevo, el coronel Von Eich se hallaba de pie junto a la puerta posterior de pasajeros de su avión. Frente a él, un sargento estaba manipulando el cierre hermético de la puerta, con un impresionante despliegue de herramientas a su alcance. Como muchas de las puertas de los aviones de líneas aéreas, se abría hacia afuera sólo después de caberse abierto hacia adentro, permitiendo que la junta se despegara e hiciera a un lado para no ser dañada. Algunas juntas defectuosas habían sido causa de graves accidentes; uno de los más espectaculares el del DC 10 en las afueras de París en la década anterior. Debajo de ellos, un guardia uniformado de la KGB permanecía de pie, fuera del avión, con su fusil cargado. Los propios tripulantes de la aeronave tenían que pasar por los controles de seguridad. Todos los rusos tomaban muy seriamente los asuntos de seguridad, y los de la KGB eran verdaderos fanáticos al respecto.

No sé por qué se enciende su luz de advertencia, coronel —dijo el sargento después de veinte minutos—. La junta está perfecta y la llave de contacto que va hacia la luz parece estar en buenas condiciones… de cualquier manera, la puerta está bien, señor. Ahora voy a controlar adelante el panel de instrumentos.

—¿Óiste eso?, hubiera querido preguntar Paul von Eich al guardia de la KGB que se hallaba cinco metros más abajo pero no podía.

Sus tripulantes ya estaban alistando el avión para el viaje de regreso. Habían tenido dos días para ver algunos sitios de interés. Esta vez fue un antiguo monasterio que se encontraba a unos sesenta kilómetros de la ciudad. Los últimos veinte kilómetros por caminos que en época de verano habrían sido probablemente de tierra, pero que ahora eran una mezcla de barro y nieve. Habían realizado una recorrida de Moscú, guiada y custodiada, y ahora los aviadores estaban listos para volver a casa. Von Eich todavía no había explicado a sus hombres lo indicado por Ryan. El momento apropiado sería la tarde del día siguiente. Se preguntó cómo reaccionarían.

La sesión finalizó en el horario previsto, con un indicio por parte de los soviéticos de que estarían dispuestos a conversar sobre los tiempos de inspección al otro día. Tendrían que hablar rápido, pensaba Ryan, porque la delegación partiría ese mismo día a la noche, y necesitaría llevar de vuelta a su país algo concreto de su ronda de conversaciones. Después de todo, la reunión cumbre ya tenía fecha fijada informalmente. Se haría en Moscú. Moscú en primavera, pensaba Jack. Me pregunto si me traerán para la ceremonia de firmas. Me pregunto si habrá un tratado que deba

firmarse. Más vale que lo haya, concluyó Ryan.

Golovko miró a los norteamericanos que se iban, después hizo señas para que le llevaran su automóvil y se dirigió en él a la jefatura de la KGB. Entró directamente en el despacho del presidente…

—¿Y en que cedieron nuestros diplomáticos? —preguntó Geramisov sin preámbulos.

—Creo que mañana haremos nuestra propuesta corregida para los tiempos de inspección-hizo una pausa antes de continuar. —Hoy hablé con Ryan. Parece haber cambiado en cierta forma, y pensé que debía informarlo.

—Continúe —dijo el presidente.

—Camarada presidente, yo no sé qué hablaron ustedes dos, pero el cambio en su conducta es tal que pensé que usted debía saberlo. —Golovko continuó explicando lo que había visto.

—Ah, sí. No puedo hablar sobre nuestras conversaciones porque usted no está autorizado para conocer los temas de ese departamento, pero yo no me preocuparía, coronel. Estoy manejando este asunto personalmente. Tomo nota de su observación. Ryan tendrá que aprender a controlar mejor sus emociones. Quizá no es lo suficientemente ruso. —Gerasimov no era un hombre inclinado a hacer bromas, pero ésta fue una excepción—. ¿Algo más sobre las negociaciones?

—Haré mi informe por escrito y lo tendrá en su escritorio mañana por la mañana.

—Bien. Puede retirarse. —Gerasimov observó al hombre cuando salía. Su expresión no cambió hasta que la puerta quedó cerrada. Ya era malo perder, pensó, y perder con alguien que no era profesional… Pero él había perdido y, se recordó a sí mismo, él tampoco era profesional, sólo el hombre del Partido que les daba las órdenes. Aquella decisión ya había quedado atrás. Era una pena por sus oficiales en… dondequiera que fuese… pero ellos habían fallado, ganándose así sus destinos. Levantó el teléfono y ordenó a su secretario privado que hiciese los arreglos necesarios para que su esposa e hija volaran a la mañana siguiente a Talinn, la capital de la República Socialista Soviética de Estonia. Sí, ellas también necesitarían un auto y un chofer. No, solamente uno. El chofer también actuaría como guardia de seguridad.

No era mucha la gente que sabía quien era su esposa, y el viaje era imprevisto, sólo para ver viejos amigos. Gerasimov cortó la comunicación y paseó la vista por su despacho. Lo echaría de menos. No tanto a la oficina propiamente dicha: el poder. Pero sabía que más echaría de menos su vida.

—¿Y este coronel Bondarenko? —preguntó Vatutin.

—Un buen oficial joven. Brillante. Cuando llegue el momento será un excelente general.

Vatutin se preguntaba cómo manejaría ese asunto en su informe final. No había

sospechas sobre ese hombre, excepto en lo relativo a su asociación con Filitov. Pero tampoco habían existido sospechas sobre Filitov, a pesar de su conexión con Oleg Penkovskiy. El coronel Vatutin sacudió la cabeza asombrado. En las clases de seguridad se hablaría de ese hecho durante una generación. ¿Por qué no lo habían visto?, preguntarían los jóvenes oficiales alumnos. ¿Cómo podía alguien ser tan estúpido? Porque sólo las personas más confiables podían ser espías; no se entregaba información secreta a aquellos en quienes no se confiaba. La lección era la misma de siempre: No confiar en nadie. Volviendo a Bondarenko, se preguntó que ocurriría con él. Si era el oficial leal y excepcional que parecía ser, no debía ser manchado por este asunto. Pero… siempre había un pero ¿no es así? Quedaban algunos interrogantes adicionales, y Vatutin pasó al final de su lista. Su informe sobre el interrogatorio debía encontrarse en el escritorio de Gerasimov al día siguiente.

La trepada les llevó toda la noche en absoluta oscuridad. Las nubes que habían llegado desde el sur cubrían tanto la luna como las estrellas, y la única iluminación era las de las luces del perímetro de su objetivo, reflejadas en las nubes. Ahora se encontraban ya al alcance visual sin dificultad. Les quedaba todavía una considerable marcha, pero estaban lo suficientemente cerca como para poder instruir a las unidades individuales sobre sus respectivas tareas, de manera que pudieran ver lo que tenían que hacer. El Arquero eligió para él un lugar elevado y apoyó sus binoculares sobre una roca para afirmarlos mientras exploraba visualmente la posición. Parecía haber tres grupos de construcciones. Solamente dos de ellos tenían vallas, aunque en el tercero pudo distinguir pilas de postes y material de vallado cerca de un farol de luz blanca anaranjada al tope de esa clase de postes usados en las ciudades para iluminar las calles. La extensión de las construcciones lo sorprendió_ Hacer todo eso… ¡en lo alto de una montaña!, ¿cómo sería de importante semejante lugar para merecer todo el esfuerzo, todo el gasto? Algo que enviaba un rayo láser al cielo… ¿Con qué finalidad? Los norteamericanos le preguntaron si había visto contra qué había dado el rayo de luz. ¿Entonces ellos sabían que había dado contra algo? Algo en el cielo. Cualquier cosa que fuera, el hecho asustó a los norteamericanos, asustó a la misma gente que hacía los misiles con los cuales él mató tantos pilotos rusos… ¿Qué podía asustar a gente tan capaz como esa? El Arquero alcanzaba a ver el lugar, pero no veía nada que temer, como no fueran las torres de guardia provistas de ametralladoras. Uno de esos edificios alojaba en su interior soldados armados que seguramente tendrían armas pesadas. Eso era algo para temer. ¿Qué edificio? Tenía que saber eso, porque ese edificio era el que debía ser atacado en primer lugar. Sus morteros podrían lanzar granadas contra él antes que nada, ¿pero cuál era?

—¿Y después de eso…,? Desplegaría a sus hombres en dos secciones de casi cien cada una. El mayor encabezaría una de ellas y avanzaría hacia la izquierda. Él tomaría la otra y marcharía hacia la derecha. El Arquero había elegido su objetivo en

cuanto vio la cumbre de la montaña. Aquel edificio, se dijo, es el que aloja a la gente, allí era donde vivían los rusos. No los soldados, sino aquellos a quienes los soldados custodiaban. Algunas de las ventanas estaban iluminadas. Un edificio de departamentos construido en lo alto de una montaña, pensó. ¿Qué clase de gente sería para que los rusos levantaran allí un edificio como los que sólo se encuentran en las ciudades? Gente que necesitaba comodidad. Gente que debía ser custodiada. Gente que trabajaba en algo a lo que temían los norteamericanos. Gente que él mataría sin piedad, se dijo el Arquero.

El mayor se acercó para acostarse a su lado.

—Todos los hombres están bien escondidos —dijo. Enfocó sus propios binoculares sobre el objetivo. Estaba tan oscuro que el Arquero apenas veía su silueta, sólo el contorno de su cara y la débil sombra de su erizado bigote—. Apreciamos mal el terreno desde el otro cerro. Necesitaremos tres horas para acercarnos.

—Más bien, cuatro, me parece.

—No me gustan esas torres de guardia —observó el mayor. Los dos temblaban de frío. Se había levantado viento y ellos ya no estaban defendidos por la mole de la montaña. Sería una noche difícil para todos los guerrilleros—. Habrá una o dos ametralladoras en cada una de ellas. Cuando hagamos el asalto final podrían barrernos de la ladera de la montaña.

—No hay reflectores —notó el Arquero.

—Entonces estarán usando equipos de visión nocturna. Yo mismo los he usado.

—¿Son buenos?

—Tienen alncance limitado, por la forma en que trabajan. Pueden ver cosas grandes, como camiones, hasta esta distancia. Un hombre en un terreno quebrado como éste… quizás trescientos metros. Lo suficientemente lejos como para cumplir su propósito, amigo mío, debemos destruir primero las torres. Usar los mortero contra ellas.

—No. —El Arquero sacudió la cabeza—. Tenemos menos de cien granadas. Tenemos que lanzarlas contra las barracas de los guardias. Si podemos matar a todos esos soldados que están durmiendo, más fácil será para nosotros cuando entremos.

—Si los ametralladores de esas torres nos ven llegar, la mitad de nuestros hombres estarán muertos antes de que los guardias despierten —señaló el mayor.

El Arquero gruñó. Su camarada tenía razón. Dos de las torres ocupaban una posición que permitiría a los guardias que estaban en ellas barrer la empinada ladera que ellos debían trepar antes de alcanzar la cumbre lisa de la montaña. Podía contrarrestar eso con sus propias ametralladoras… pero los duelos de esa clase eran generalmente ganados por los defensores. El viento los azotaba, y ambos sabían que tendrían que buscar abrigo muy pronto o correr el riesgo de congelarse.

—¡Maldito sea este frío! —juró el mayor.

—¿Cree que en las torres también tendrán frío? —preguntó el Arquero después de un momento.

—Peor aún, están más expuestos que nosotros.

—¿Cómo estarán vestidos los soldados rusos?

—Lo mismo que los nuestros —dijo el mayor con una risita—; después de todo nosotros llevamos puesta la ropa de ellos, ¿no?

El Arquero asintió con un movimiento de cabeza, buscando aclarar la idea que rondaba en los bordes de su mente. Le llegó a través de su cerebro entumecido por el frío, y dejó su puesto diciendo al mayor que permaneciera donde estaba. Volvió llevando un lanzador de misiles Stinger. Mientras lo armaba sentía el frío del tubo metálico. Para proteger las baterías de la temperatura extrema, sus hombres llevaban dentro de sus ropas las unidades de adquisición. Con su habitual pericia terminó de armar y activar el arma, después apoyó la mejilla en la barra metálica de conducción y la apuntó a la torre de guardia más cercana…

—Escuche —dijo, y entregó el arma al mayor. El oficial la empuñó e hizo lo que le habían dicho.

—Ah… —En la oscuridad de la noche sus dientes brillaron mientras sonreía.

Clark también estaba trabajando. Obviamente era un hombre cuidadoso, notó Mancuso que lo observaba: había desplegado y estaba controlando todo su equipo. Las ropas parecían comunes, pero raídas y de mala confección.

—Compradas en Kiev —explicó Clark—. No se puede usar algo de Hart, Schaffner y Marx, y esperar que uno parezca local. —Tenía también un overol para ponerse encima de todo, con franjas de camuflaje. Había además un juego completo de papeles de identidad— en ruso, que Mancuso no pudo leer y una pistola. Era muy pequeña, apenas más grande que el silenciador que tenía al lado.

—Nunca había visto una de esas —dijo el comandante.

—Bueno, es una Qua-A-Tec, con silenciador tipo Bale, de encastre por corredera interna en el tubo —dijo Clark.

—¿Qué…?

El señor Clark rio francamente.

—Ustedes me han estado marcando con la jerga de los submarinistas desde que subí a bordo, jefe. Ahora es mi turno.

—Esta es una veintidós —dijo Mancuso levantando la pistola.

—Es prácticamente imposible silenciar una de mayor calibre, a menos que utilice un silenciador largo como su antebrazo, como usan en sus juguetes los tipos del FBI. Yo tengo que llevar algo que entre en el bolsillo. Esto es lo mejor que puede hacer Mickey, y él es el mejor disponible.

—¿Quién?

—Mickey Finn. Ese es su nombre completo. Es el diseñador de Qual-A-Tec, y yo no usaría ningún silenciador hecho por otros. No es como en la TV, comandante. Para que un silenciador trabaje bien tiene que ser de pequeño calibre. Hay que usar una bala subsónica, y tiene que tener sellada la recámara. Y ayuda al hecho de que uno se encuentre al aire libre. Aquí dentro usted lo oiría, debido a las paredes de acero. Afuera, podría oír algo hasta unos nueve metros más o menos, pero no sabría de qué se trataba. El silenciador se coloca en las pistola así, y se lo hace girar —hizo la demostración práctica—. Ahora la pistola puede disparar un solo tiro. El silenciador bloquea la recuperación. Para efectuar otro disparo hay que girarlo otra vez en sentido contrario y recargar manualmente.

—¿Quiere decir que usted va a entrar allá con una veintidós de un solo tiro?

—Así debe hacerse, comandante. —¿Y alguna vez…?

No debe preguntarlo, comandante. Además, no puedo hablar de eso. —Clark sonrió—. No estoy autorizado. Si se siente mejor con lo que voy a decirle… sí, yo también tengo miedo, pero para esto me pagan.

—Pero si…

—Usted va tan rápido como pueda. Tengo autoridad para darle esa orden, comandante, ¿recuerda? Todavía no ha sucedido nunca. No se preocupe por eso. Es suficiente que yo me preocupe por los dos.

XXV. Convergencia

Como familia inmediata de un miembro del Politburó, María y Katryn Gerasimov recibían siempre el tratamiento VIP que merecían un automóvil de la KGB las llevó desde su custodiado departamento en Kutuzovskiy Prospekt hasta el Aeropuerto Vnukovo, usado principalmente para vuelos de cabotaje, donde ambas esperaron en la sala reservada para las personas *Vlasti*. La cantidad de empleados que la atendían era mayor que la de gente que en cualquier oportunidad pudiera usar el servicio al mismo tiempo, y esa mañana, los pocos pasajeros presentes se mantuvieron en silencio. Un asistente les recibió sus sombreros y abrigos mientras otro las acompañaba hasta un sofá, donde un tercero les preguntó si querían algo para comer o beber. Ambas ordenaron solamente café. Las empleadas observaban sus ropas con envidia. La recepcionista que tomó sus abrigos pasaba las manos sobre las pieles sedosas y pensó que sus antepasados podían haber contemplado a la nobleza zarista con el mismo grado de envidia con que ella miraba a esas dos. Se hallaban sentadas en aislamiento casi real, con la única compañía a cierta distancia de sus guardaespaldas, mientras bebían el café y observaban los aviones estacionados, a través del cristal de los ventanales.

María Ivanova Gerasimova no era en realidad estonia, aunque había nacido allí hacía cincuenta anos. Su familia estaba compuesta enteramente por rusos —en cuanto a su origen étnico—, ya que el pequeño estado báltico había sido parte del Imperio Ruso en la época de los zares, y sólo tuvo una limitada «liberación» —como la llamaban los revoltosos— entre las guerras mundiales. Durante ese período, los nacionalistas estonios no habían hecho la vida muy fácil para las personas rusas por su origen étnico. Los primeros recuerdos sobre su infancia en Talinn no eran muy placenteros para María Ivanovna, pero como todos los niños había hecho amigas que lo serían para siempre. Hasta habían sobrevivido a su casamiento con un hombre joven del Partido, que ante la sorpresa de todos y especialmente de ella —ascendió hasta comandar el organismo más odiado del gobierno soviético. Peor aún, el hombre había hecho su carrera reprimiendo a los elementos disidentes. Que las amistades de su infancia hubieran soportado ese hecho constituía un testimonio hacia la inteligencia de Mafia lvanova. Media docena de personas se habían librado de condenas en los campos de trabajo, o las habían transferido de uno de régimen estricto a otro más benigno, gracias a su intervención. Los hijos de sus amigos habían podido asistir a las universidades por obra de su influencia.

A los que le habían reprochado su nombre ruso cuando era niña no les fue tan bien, aunque ella ayudó en parte a uno de aquellos… lo suficiente como para mostrarse clemente, Esa conducta le valió que la siguieran considerando parte del pequeño suburbio de Talinn, a pesar de su traslado a Moscú muchos años antes,

También contribuyó el hecho de que su marido la hubiera acompañado solamente una vez hasta el hogar de su infancia. Ella no era una persona malvada, sólo alguien que usaba el poder de su marido como podría haberlo hecho una princesa de otras épocas, arbitrariamente pero no con maldad. Su rostro tenía esa especie de serenidad real que hacía juego con su imagen. Había sido una bonita muchacha veinticinco años atrás, y era aún una hermosa mujer, si bien bastante más seria ahora, como parte subordinada a la identidad oficial de su marido, estaba obligada a desempeñar su papel en el juego, no tanto como la mujer de un político occidental, naturalmente, pelo su conducta tenía que ser la adecuada, la práctica le había resultado muy útil. Quienes la observaban jamás podrían haber adivinado sus pensamientos.

Se preguntaba qué podía estar ocurriendo ahora; sólo sabía que se trataba de algo sumamente grave. Su marido le había dicho que debía encontrarse en un determinado lugar a una determinada hora, que no debía formularle ninguna pregunta y sólo prometerle que haría exactamente lo que él decía, sin prestar atención a las consecuencias. La orden, transmitida en voz baja, monótona y carente de emoción, mientras corría el agua en la cocina, fue lo más aterrador que escuchó desde que los tanques alemanes entraron en Talinn en 1941. Pero si algo había aprendido durante la ocupación alemana era tener conciencia de lo importante que era sobrevivir.

Su hija no sabía nada de lo que estaban haciendo. No se podía confiar en sus reacciones. Katryn no había conocido nunca en su vida el peligro, a diferencia de su madre. Estaba en primer año de la Universidad Estatal de Moscú, donde estudiaba economía, acompañada por una cantidad de jóvenes importantes, hijos de personas igualmente importantes, todas ellas de rango ministerial como mínimo. Ya era miembro del Partido —la menor edad permitida era de dieciocho años—, en el que también desempeñaba su parte. En el otoño anterior había viajado con algunos de sus condiscípulos para colaborar en la cosecha de trigo, principalmente para una fotografía luego exhibida en la segunda página del Komsomolskaya Sanda, el periódico de la Liga de Jóvenes Comunistas. No era que a ella le gustara eso, pero las nuevas reglas en Moscú «alentaban» a los hijos de los poderosos, por lo menos a aparecer cumpliendo su justa participación. Podía haber sido peor. Había regresado de su penosa experiencia con un nuevo novio, y su madre se preguntaba si habrían llegado a la intimidad, ¿o el muchacho se habría asustado por los guardaespaldas y el conocimiento de quién era su padre?, ¿o consideraría a la joven como una oportunidad para ingresar en la KGB?, ¿o sería sólo uno más de la nueva generación, al que simplemente no le importaba nada? Su hija era uno de ellos. El Partido era algo a lo que uno se incorporaba para asegurarse una posición, y el puesto de su padre la situaba en buen camino para un cómodo trabajo. Se hallaba sentada en silencio junto a su madre, leyendo una revista de modas de Alemania Occidental que no se vendía en la Unión Soviética, y pensando en qué modas occidentales le gustaría usar

en sus clases. Tendría que aprender, meditaba a su madre, recordando que a los dieciocho años el mundo es un lugar que tiene horizontes, tanto lejanos como cercanos, según el carácter de cada uno.

Poco después de terminar el café llamaron para el vuelo. Ellas esperaron… El avión no partiría sin ellas. Finalmente cuando anunciaron el último llamado, la empleada les llevó sus sombreros y abrigos y otro asistente condujo a ambas mujeres y a sus guardaespaldas por una escalera hasta sus automóviles. Los otros pasajeros ya habían viajado hacia el avión en un ómnibus —los rusos aún no habían descubierto las mangas para embarque— y cuando llegó el automóvil al pie del avión, ellas pudieron subir directamente por la escalera. La azafata las guio atentamente hasta sus butacas de primera clase en la parte anterior de la cabina. No la llamaban primera clase, por supuesto, pero sus asientos más amplios, tenían más espacio para las piernas, y estaban reservados. El avión despegó a las 10:00, hora de Moscú, hizo una escala en Leningrado y luego continuó hasta Talinn, donde aterrizó poco después de las 13:00.

—Entonces, coronel, ¿usted tiene el resumen de las actividades del sujeto?, preguntó Geramisov con la mayor naturalidad. Pero Vatutin notó de inmediato que parecía preocupado. Debería haber demostrado más interés, especialmente cuando el Politburó tendría una reunión sólo una hora más tarde.

—Se escribirán libros sobre este caso, camarada presidente. Filitov tenía acceso virtualmente a todos nuestros secretos en materia de defensa. Hasta colaboraba en el trazado de la política de defensa. Necesité treinta páginas solo para resumir los hechos. El interrogatorio completo requerirá varios meses.

—La rapidez es menos importante que la minuciosidad —dijo Gerasimov con cierta brusquedad. Vatutin no reaccionó.

—Como usted diga, camarada presidente.

Ahora deberá disculparme; tengo una reunión del Politburó esta mañana.

El coronel Vatutin tomó la posición militar, giró sobre sus talones y salió de la oficina. Encontró a Golovko en la antesala. Ambos se conocían de vista. Habían cursado la Academia de la KGB con un año de diferencia y sus carreras progresaron en forma similar.

—Coronel Golovko —dijo el secretario del presidente—, el presidente debe salir ahora, y le sugiere que regrese mañana por la mañana, a las diez.

—Pero…

—Ya está saliendo —dijo el secretario.

—Muy bien —contestó Golovko y se puso de pie. Abandonó la sala junto a Vatutin.

—El presidente está muy ocupado —comentó Vatutin en el camino de salida.

—¿Acaso no lo estamos todos? —replicó el otro hombre después que la puerta

quedó cerrada. Pensé que quería esto. ¡Llegué aquí a las cuatro para escribir este maldito informe! Bueno, creo que iré a tomar un desayuno. ¿Cómo andan las cosas en la «Dos», Klementi Vladimirevich?

—Igualmente ocupados… el pueblo no nos paga para sentarnos en nuestras poltronas. También él había llegado temprano para completar sus papeles, y el estómago estaba gruñendo en forma audible.

—Además, debe de tener hambre. ¿Quiere venir conmigo?

Vatutin asintió y ambos hombres caminaron hacia la cafetería. Los oficiales superiores, coroneles y más arriba, tenían un comedor separado y los servían camareros de chaqueta blanca. El salón nunca estaba vacío. La KGB tenía horario continuado, y algunas programaciones a horas extrañas provocaban horarios irregulares para las comidas. Allí servían platos seleccionados, especialmente a los oficiales superiores, el comedor era un lugar silencioso. Cuando la gente hablaba allí, aunque estuvieran conversando sobre deportes, lo hacían casi en murmullos.

—¿Usted no está trabajando ahora en las negociaciones sobre armamento? —preguntó Vatutin mientras saboreaba su té.

—Como niñero de diplomáticos. ¿Sabe?, los norteamericanos creen que yo pertenezco al GRU. —Golovko arqueó las cejas, en parte divertido por los norteamericanos, en parte para mostrar a su casi condiscípulo que importante era su pantalla.

—¿En serio? —Vatutin quedó sorprendido—. Hubiera pensado que estaban mejor informados… por lo menos… bueno… —Se encogió de hombros para indicar que no podía continuar. Yo también tengo cosas las que no puedo hablar, Sergey Nikolayevich.

—Supongo que el presidente está preocupado por la reunión del politburó. Los rumores…

—Él no está listo aún. —Dijo Vatutin con la serena confianza de un iniciado.

—¿Está seguro?

—Completamente seguro.

—¿De qué lado está usted?, preguntó Golovko.

—¿Y de qué lado está usted? —replicó Vatutin. Ambos intercambiaron una mirada divertida, pero enseguida Golovko recobró su seriedad.

—Narmonov necesita una oportunidad. El acuerdo sobre armamentos, si es que los diplomáticos levantan alguna vez sus pulgares y lo llevan a feliz término, será una cosa buena para nosotros.

—¿Usted lo cree realmente? —Vatutin no sabía para qué lado tomar.

Sí, efectivamente. He tenido que convertirme en experto sobre las armas de ambos bandos. Sé lo que tenemos nosotros y lo que tienen ellos. Lo suficiente es suficiente. Una vez que un hombre está muerto no hace falta matarlo otra vez y otra

vez. Hay mejores formas en gastar el dinero. Hay cosas que tienen que cambiar.

—Debe tener cuidado al decir eso —lo previno Vatutin. Golovko había viajado demasiado. Había visto Occidente, y muchos oficiales de la KGB volvían contando maravillas… si la Unión Soviética pudiera hacer esto, o lo otro, o lo de más allá Vatutin tenía la sensación de que todo eso era verdad, pero por naturaleza era un hombre más cauteloso. Era un hombre del «Dos» que buscaba los peligros, mientras que Golovko, del Primer Directorio General, buscaba las oportunidades.

—¿Acaso no somos nosotros los guardianes? Si nosotros no podemos hablar, ¿quién puede? —dijo Golovko, pero luego retrocedió—: Cuidadosamente, por supuesto, y siempre con la guía del Partido… pero aún el Partido ve la necesidad de un cambio. —Debían coincidir en eso. Todos los periódicos soviéticos proclamaban la necesidad de una nueva aproximación, y todos esos artículos debían de ser aprobados por alguien importante y de indiscutida pureza política. El Partido nunca estaba equivocado, pero ciertamente cambiaba mucho su mentalidad kollektiv.

—Es una lástima que el Partido no vea la importancia del descanso de sus guardianes. Los hombres cansados cometen errores, Sergey Nikolayevich.

Por un momento Golovko contempló los huevos que tenía en el plato, luego bajó aún más su voz:

—Klementi… supongamos por un instante que yo sé que un alto oficial de la KGB tiene reuniones con un alto oficial de la CIA.

—¿Alto en qué medida?

—Más alto que un jefe de directorio replicó Golovko, diciendo a Vatutin exactamente de quién se trataba sin usar ningún nombre ni título. —Supongamos que yo arreglo las reuniones, y que él me dice que yo no necesito saber sobre qué son esas reuniones. Por último, supongamos que ese alto oficial está actuando en forma extraña. ¿Qué debo hacer?— preguntó, y obtuvo una respuesta extraída directamente del libro:

—Debe escribir un informe al Segundo Directorio, por supuesto. Golovko estuvo a punto de ahogarse con su comida.

—Muy buena idea. E inmediatamente después puedo cortarme el pescuezo con una navaja y ahorrar a todo el mundo el tiempo y el trabajo de en interrogatorio. Algunas personas se encuentran por arriba de toda sospecha… o tienen suficiente poder como para que nadie se atreva a sospechar de ellas.

Sergey, si hay algo que he aprendido en las últimas semanas es que no existe nada como eso de «por arriba de toda sospecha». Hemos estado trabajando en un caso en un nivel tan alto en el ministerio de Defensa… que usted no podría creerlo. Apenas puedo yo. —Vatutin hizo señas a un camarero para que le llevara otra taza de té. La pausa dio al otro hombre la oportunidad para pensar. Golovko conocía íntimamente ese ministerio por su trabajo sobre armamento estratégico. ¿Quién podía ser?, había

muchos hombres de quienes no pudiera sospechar la KGB— situación difícilmente alentada por la agencia, y menos aún en los altos niveles del ministerio de Defensa al que se supone que la KGB observa siempre con indisimulada sospecha. Pero…

—¿Filitov?

Vatutin palideció, y cometió un error:

—¿Quién se lo dijo?

—Santo Dios, él fue mi asesor el año pasado sobre armas de alcance intermedio. Oí decir que estaba enfermo. No está bromeando, ¿no?

—Esto no tiene absolutamente nada de divertido. No es mucho lo que puedo decir, y no debe salir de esta mesa, pero… sí Filitov estaba trabajando para… alguien más allá de nuestras fronteras. Ha confesado, y la primera fase del interrogatorio está terminada.

—¡Pero él lo sabe todo! El grupo de negociación de armamentos debería saber esto. Altera toda la base de las conversaciones —dijo Golovko.

Vatutin no había pensado en eso, pero no era responsabilidad suya tomar decisiones políticas. Después de todo, él no era más que un policía con cierta competencia muy especial. Golovko podía tener razón en sus afirmaciones, pero las reglas eran las reglas.

—Por el momento, la información está celosamente guardada, Sergey Nikolayevich. Recuérdelo.

—La compartimentación de las informaciones puede trabajar a favor o en contra de nosotros, Klementi —advirtió Golovko, preguntándose si debía alertar a los negociadores.

—Eso es muy cierto —concedió Vatutin.

—¿Cuándo arrestó al sujeto? —preguntó Golovko, y obtuvo la respuesta. La sucesión de los hechos— respiró profundamente y olvidó todo lo relativo a las negociaciones. —El presidente se ha reunido por lo menos dos veces con un alto funcionario de la CIA…

—¿Quién y cuándo?

—El domingo por la noche y ayer por la mañana. Su nombre es Ryan. Es mi contraparte en el grupo norteamericano, pero es un tipo de inteligencia, no un oficial de campo, como era yo antes. ¿Qué deduce de esto?

—¿Está seguro de que no es un hombre de operaciones?

—Positivo. Hasta puedo decirle cuál es la sala donde trabaja. No es una cuestión de duda. Es un analista de alto nivel, pero sólo un hombre de escritorio. Asistente especial del subdirector de Inteligencia Antes de eso era parte de un grupo especial de enlace, en Londres.

Nunca ha actuado en el campo.

Vatutin terminó su té y se sirvió otra taza. Después untó con manteca un trozo de

pan. Se tomó su tiempo pensando en todo eso. Había posibilidad de demorar la respuesta, pero…

Lo único que tenemos aquí es cierta actividad fuera de lo normal. Quizás el presidente esté manejando algo tan delicado…

—Sí… o quizás sea eso lo que desea aparentar —observó Golovko.

—Para ser un hombre del «Uno», usted parece tener nuestra misma forma de pensar, Sergey. Muy bien. Lo que nosotros haríamos en situaciones comunes —no en un caso como éste, que no es común, pero usted sabe lo que quiero decir— es reunir la información y llevarla al Segundo Directorio General. El presidente tiene guardaespaldas. Serían llevados aparte e interrogarlos. Pero semejante cosa tendría que ser manejada muy, pero muy cuidadosamente. Mi jefe tendría que presentarse a… ¿quién? —preguntó Vatutin para sí mismo—. Un miembro del Politburó, supongo, o tal vez al secretario del Comité Central, pero… el asunto Filitov se está manejando con mucha reserva. Pienso que el presidente puede querer usarlo como arma política, tanto contra el ministro de Defensa como contra Vaneyev…

—¿Qué?

—La hija de Vaneyev ha estado actuando como espía para Occidente… bueno, como correo para ser exacto. Logramos quebrarla y… —¿Por qué no se ha permitido que fuera de público conocimiento?

—La mujer ha vuelto a su trabajo, por orden del presidente —explicó Vatutin.

—Klementi, ¿usted tiene idea de lo que está ocurriendo aquí?

—No, no por ahora. Supongo que el presidente estaba buscando fortalecer su posición política, pero las reuniones con el hombre de la CIA… ¿usted está seguro de eso?

—Yo mismo arreglé las reuniones —repitió Golovko—. La primera tiene que haber sido preparada antes de que llegaran los norteamericanos, y yo sólo manejé los detalles. Ryan solicitó la segunda. Me pasó una nota… casi tan bien como un oficial aprendiz en su primer trabajo. Se reunieron en el teatro Barricade ayer, como ya se lo dije. Klementi, algo muy extraño está pasando.

—Así parecería. Pero nosotros no tenemos nada…

—¿Qué quiere decir…?

Sergey, la investigación es mi especialidad. No tenemos más que trocitos aislados de información, que se pueden explicar fácilmente. Nada interfiere más en una investigación que moverse con demasiada rapidez. Antes de que podamos actuar, debemos reunir y analizar lo que tenemos. Entonces podremos ir a ver a mi jefe, y él puede autorizar acciones posteriores. ¿Usted cree que dos coroneles pueden trabajar en esto sin ponerlo en conocimiento de alguna autoridad más alta? Usted tiene que escribir todo lo que sabe y traérmelo. ¿Cuánto demorará en hacerlo?

—Tengo que asistir a la reunión de negociación dentro de —miró su reloj dos

horas. Durará hasta las dieciséis, y luego habrá una recepción. Los norteamericanos parten a las veintidós.

—¿Puede dejar de asistir a la recepción?

—Será una torpeza, pero sí.

—Venga a mi oficina a las dieciséis y treinta —dijo formalmente Vatutin. Golovko, que tenía un año más de antigüedad, sonrió por primera vez.

—A sus órdenes, camarada coronel.

—Mariscal Yazov, ¿cuáles la posición del ministerio? —preguntó Narmonov.

—No menos de seis horas —respondió el ministro de Defensa—. En ese tiempo tendríamos que ser capaces de ocultar la mayor parte de los elementos más delicados. Como usted sabe, nosotros preferiríamos que nuestras posiciones no fueran inspeccionadas en ningún momento, pero el examen de las instalaciones norteamericanas ofrece algunas ventajas en materia de inteligencia.

El ministro de Relaciones Exteriores asintió.

—Los norteamericanos pediran menos, pero creo que podremos arreglar ese número.

—Yo estoy en desacuerdo. —Todas las cabezas de los miembros del Politburó se volvieron en dirección al sillón de Alexandrov. La rojiza tez del ideólogo relucía como siempre—. Ya es bastante malo reducir nuestros arsenales, pero que vengan los norteamericanos a examinar las fábricas, a conocer todos nuestros secretos, es una locura.

Mikhail Petrovich, ya hemos hablado de eso dijo con paciencia el secretario general Narmonov. —¿Más discusiones?— Paseó la vista alrededor de la mesa. Las cabezas asintieron. El secretario general marcó el punto superado en su anotador. Hizo una seña al ministro de Relaciones Exteriores.

—Seis horas, no menos.

El ministro de Relaciones Exteriores susurró las instrucciones a un ayudante, que abandonó de inmediato el salón para buscar al jefe de los negociadores. Después se inclinó hacia adelante.

Eso deja solamente el interrogante de qué armas serán eliminadas… la pregunta más difícil de todas, naturalmente. Y eso requerirá otra sesión… bastante prolongada.

—Hemos previsto tener nuestra reunión cumbre dentro de tres meses… —observó Narmonov.

—Sí, para entonces ya tendría que estar decidido. Las incursiones preliminares en el tema no han encontrado obstáculos serios.

—¿Y los sistemas defensivos norteamericanos? —preguntó Alexandrov—. ¿Qué hay sobre ellos? —Las cabezas giraron de nuevo, esta vez hacia el presidente de la KGB.

—Nuestro esfuerzo para penetrar el programa norteamericano Tea Clipper

continúa. Como ustedes saben, se corresponde con cierta aproximación a nuestro Proyecto Bright Star, aunque parecía que nosotros estamos más adelantados en las áreas más importantes —dijo Gerasimov, sin levantar la vista de su anotador.

—Hemos reducido a la mitad nuestra fuerza de misiles, mientras los norteamericanos aprenden a derribarlos —gruñó Alexandrov.

—Y ellos reducirán su fuerza a la mitad mientras nosotros trabajamos con el mismo propósito —continuó Narmonov—. Mikhail Petrovich, hace más de treinta años que estamos trabajando para eso, y con mayor intensidad que ellos.

—También estamos más adelantados en lo referente a pruebas señaló Yazov. —Y…

—Ellos lo saben dijo Gerasimov. Se refería a la prueba que los norteamericanos habían observado desde la aeronave Cobra Belle, pero Yazov no sabía nada de eso, y ni siquiera la KGB había podido descubrir cómo habían observado la prueba, sólo tenía la seguridad de que los norteamericanos la conocían. —Ellos también tienen servicios de inteligencia, no lo olviden.

—Pero no han dicho nada al respecto —observó Narmonov.

—En ocasiones, los norteamericanos han sido reticentes para hablar de esas cosas. Se quejan sobre algunos aspectos técnicos de nuestra actividad de defensa, pero no de todos ellos, por miedo a comprometer a sus métodos de reunión de información —explicó Gerasimov con naturalidad—. Posiblemente ellos han realizado pruebas similares, aunque nosotros no hemos sabido de ellas. También los norteamericanos son capaces de mantener un secreto cuando quieren. Taussig tampoco había podido conseguir esa información. Gerasimov se echó hacia atrás para dejar hablar a otros.

—En otras palabras, ambas partes continuarán como antes —concluyó Narmonov.

—A menos que podamos ganar una concesión dijo el ministro de Relaciones Exteriores. —Lo que es muy poco probable que ocurra. ¿Hay alguien en esta mesa que piense que deberíamos restringir nuestros programas de defensa de misiles?— No había nadie. —Entonces, ¿por qué deberíamos esperar con realismo que los norteamericanos piensen en forma distinta?

—¿Pero qué pasará si se nos adelantan? —preguntó Alexandrov con brusquedad.

—Una excelente observación, Mikhail Petrovich Narmonov aprovechó la oportunidad. —¿Por qué parecería que los norteamericanos siempre van delante de nosotros?— preguntó a la reunión de principales dirigentes de su país.

—Lo consiguen no porque sean magos, sino porque nosotros se lo permitimos… porque no logramos que nuestra economía funcione como debería. Eso priva al mariscal Yazov de los elementos que necesitan nuestros hombres de uniforme, niega a nuestro pueblo las cosas buenas de la vida que ya están empezando a esperar, y nos

niega a nosotros la capacidad para enfrentar a Occidente de igual a igual.

—¡Nuestras armas nos igualan! —objetó Alexandrov.

—¿Pero qué ventaja nos da eso, cuando Occidente también tiene armas? ¿Hay alguien alrededor de esta mesa que esté satisfecho con ser igual a Occidente? Nuestros cohetes nos dan esa posibilidad —dijo Narmonov—, pero para la grandeza nacional hace falta mucho más que la capacidad de matar. Si queremos derrotar a Occidente no podrá ser con bombas nucleares… a menos que ustedes quieran que los chinos hereden nuestro mundo. —Narmonov hizo una pausa—. ¡Camaradas, si queremos imponernos tenemos que poner en marcha nuestra economía!

—Está en marcha —dijo Alexandrov.

—¿Dónde? ¿Alguno de nosotros lo sabe? —preguntó Vaneyev, con lo que encendió la chispa en la atmósfera de la sala.

Durante varios minutos la discusión se hizo turbulenta, hasta que se calmó para volver al tipo de debate colegiado que era normal, en el Politburó. Narmonov lo usó para medir la fuerza de la oposición. Él juzgaba que su fracción era algo más que equivalente a la de Alexandrov. Vaneyev no había levantado su mano… Alexandrov esperaba que él fingiera estar del lado del secretario General, ¿no era así?, y el secretario General todavía tenía a Yazov. Narmonov había utilizado también la sesión para destacar la dimensión política de los problemas económicos de su país y abogar por la necesidad de reformas como medio para mejorar el poder militar de la nación… algo que era verdad, desde luego, pero era también un aspecto difícil de negar por parte de Alexandrov y sus seguidores. Al tomar la iniciativa, juzgaba Narmonov, estaría en condiciones de evaluar una vez más la fortaleza del otro bando y, al sacar a relucir el tema, los colocaría a la defensiva psicológica, por lo menos temporalmente. Era todo lo que podía esperar por el momento. Había vivido un día más para la lucha, se dijo Narmonov. Una vez que se aprobara el tratado de control de armamento, su poder en esa mesa avanzaría otro punto. Al pueblo le gustaría, y por primera vez en la historia soviética, los sentimientos de las personas estaban empezando a importar. Después que se decidiera qué armas serían eliminadas y en qué lapsos, conocerían cuánto dinero adicional habría para gastar. Narmonov pudo controlar el debate desde su sillón, usando los fondos para negociar la obtención de poder adicional en el Politburó, mientras los miembros competían en persecución de sus propios proyectos favoritos. Alexandrov no pudo interferir en eso, ya que su base de poder era ideológica antes que económica. Narmonov pensó que probablemente iba a ganar. Con defensa a sus espaldas y con Vaneyeva en el bolsillo, ganaría la confrontación, quebraría la KGB a su voluntad, y desplazaría a Alexandrov. Era sólo cuestión de decidir cuándo forzar el asunto. Tenía que haber acuerdo sobre el tratado, y él negociaría con gusto abandonando cualquier pequeña ventaja en ese sentido, a fin de asegurar su posición en el país. Occidente quedaría sorprendido ante eso, pero

algún día estaría más sorprendido al ver lo que una economía viable podía hacer por su principal rival. La inmediata preocupación de Narmonov era su supervivencia política. Después de eso venía la tarea de reavivar la economía de su país. Había aún otro objetivo, uno que no había cambiado en tres generaciones, aunque Occidente siempre estaba descubriendo nuevas formas de ignorarlo. Los ojos de Narmonov no estaban fijos en él, pero aún se mantenía allí.

Ultima sesión, se dijo Ryan. Gracias a Dios. El nerviosismo había vuelto. No había motivos para que algo no saliera bien… lo más extraño era que Ryan no tenía idea sobre lo que ocurriría con la familia de Gerasimov. La «necesidad de saber» había levantado otra vez su pesada cabeza en ese sentido, pero lo concerniente a sacar a Gerasimov y a CARDENAL era tan asombrosamente simple que él jamás habría podido creerlo. Esa parte era obra de Ritter, y el viejo hijo de puta cascarrabias tenía realmente capacidad.

Esta vez el ruso fue el primero que habló, y a los cinco minutos de iniciado su discurso llegó la propuesta de contar con un tiempo de advertencia para las inspecciones sorpresivas in situ. Jack había preferido cero tiempo, pero no era razonable. Si bien hubiera sido deseable, no era necesario ver cómo eran por dentro los misiles. Bastaba con contar los lanzadores y las cabezas de guerra, y para eso probablemente era suficiente cualquier tiempo menor de diez horas… especialmente si se coordinaban las súbitas visitas con pasajes de satélites para captar cualquier intento de engaño. Los rusos ofrecieron diez horas. En su respuesta, Ernest Allen pidió tres. Dos horas más tarde, las respectivas cifras eran siete y cinco. Y otras dos horas después, ante la gran sorpresa de casi todos, los norteamericanos dijeron seis, y el jefe de los negociadores rusos consistió asintiendo. Ambos hombres se pusieron de pie y se inclinaron sobre la mesa para estrechar sus manos. Jack se sintió feliz al ver que todo había terminado, aunque él habría seguido hasta obtener cinco. Después de todo, él y Golovko se habían puesto de acuerdo en cuatro, ¿verdad?

Cuatro horas y media para coincidir en un maldito número, pensó Jack. Y eso puede significar un récord de todos los tiempos. Hasta hubo algunos aplausos cuando todos se pusieron de pie, y Jack se incorporó a la cola para entrar en el baño de hombres más cercano. Pocos minutos después, cuando volvió, Golovko estaba allí.

—Su delegación cedió fácilmente a favor de nosotros —dijo el oficial de la KGB.

—Creo que tuvieron suerte de que no fuera yo el responsable aceptó Jack. —Ha sido un trabajo de todos los diablos por dos o tres pequeñas cosas.

—¿Le parecen pequeñas?

—En el Gran Plan de la vida…, bueno, son significativas, aunque no demasiado. Fundamentalmente, lo que esto significa es que podemos volver a casa observó Jack, y cierta inquietud se apoderó de su voz. Todavía no ha terminado.

—¿Usted lo está deseando? —preguntó Golovko.

—No exactamente, pero algo de eso hay. —Esta vez no es el vuelo lo que me pone nervioso, compañero.

La tripulación del avión se había alojado en el Hotel Ukrania, próximo al río Moscú. Se instalaron de a dos en cada una de las enormes habitaciones, hicieron compras de recuerdos en la «tienda de la amistad» y vieron lo que pudieron, mientras mantenían una guardia en la aeronave. Luego abandonaron todos juntos el hotel y abordaron un ómnibus de turistas para cincuenta pasajeros, que cruzó el río y se dirigió hacia el este por Kalinina Prospekt, en camino al aeropuerto; era media hora de viaje, con tránsito liviano.

Cuando llegó el coronel von Eich, el personal de tierra de la British Airways que proporcionaba apoyo de mantenimiento, estaba terminando de reabastecer de combustible bajo la atenta vigilancia del jefe de tripulación —el suboficial mayor «dueño» del avión—, y del capitán que actuaba como copiloto en el asiento derecho del VC137. Los tripulantes fueron controlados en el puesto de guardia de la KGB, cuyos oficiales se mostraron extremadamente rigurosos para verificar la identidad de cada uno. Una vez completado el procedimiento, los tripulantes subieron a bordo de a uno, acomodaron sus equipajes y comenzaron a alistar al 707 convertido para su vuelo de regreso a la Base Andrews de la Fuerza Aérea. El piloto reunió en la cabina a cinco de sus hombres y, cubierto en parte por el ruido de prueba de algún equipo, les informó sobre lo que harían esa noche… algo «un poquito distinto».

—Cristo, señor —dijo el jefe de tripulación—, vaya si es distinto.

—¿Qué es la vida sin un poco de emoción? —preguntó von Eich—. ¿Está en claro todo el mundo sobre su tarea? —Los hombres asintieron—. Entonces empecemos a trabajar, muchachos. —Piloto y copiloto tomaron sus listas de chequeo y bajaron junto con el jefe de tripulación para la inspección previa al vuelo. Todos estaban de acuerdo en que sería bueno volver a casa… suponiendo que pudieran despegar las ruedas del pavimento. El jefe de tripulación dijo que el tiempo estaba tan frío como el mármol. Con las manos enguantadas y vestidos ya con las ropas de vuelo de la Fuerza Aérea, caminaron lentamente alrededor de la aeronave. El Ala 89 de Transporte Aéreo Militar tenía inmaculado récord de seguridad en el traslado de «Visitantes Distinguidos» a todas partes del mundo, y la forma en que lo mantenían era mediante un exigente cuidado de todos los detalles. Von Eich se preguntó si las setecientas mil horas de vuelo sin accidentes terminarían esa noche.

Ryan ya había empacado todas sus cosas. Partirían al aeropuerto directamente desde la recepción. Decidió afeitarse y lavarse de nuevo los dientes antes de guardar los elementos en uno de los bolsillos de su bolsa de viaje para dos trajes. Se había puesto uno de sus ternos ingleses. Era casi lo suficientemente abrigado como para el clima local, pero Jack se prometió que, si alguna vez regresaba a Moscú en invierno, no olvidaría llevar calzoncillos largos de lana. Ya era casi la hora cuando oyó un

llamado en la puerta. Era Tony Candela.

—Que disfrute del viaje de vuelta —dijo.

—Sí —contestó Ryan riendo.

—Pensé que podía darle una mano. —Levantó la bolsa de viaje, y Jack sólo tuvo que tomar su portafolio. Caminaron juntos hacia el ascensor, que los llevó desde el séptimo piso hasta el noveno; allí esperaron otro ascensor para bajar al hall de entrada.

—¿Usted sabe quién diseñó este edificio?

—Evidentemente alguien que tenía sentido del humor —contestó Candela—. Y contrataron al mismo individuo para dirigir la construcción de la nueva embajada. —Ambos rieron. La historia era digna de una obra de terror de Hollywood. Había suficientes dispositivos electrónicos en ese edificio como para abarrotar una computadora maestra. El ascensor llegó un minuto después y los llevó hasta la planta baja. Candela entregó a Ryan su bolsa de viaje.

—Buena suerte —dijo, antes de alejarse caminando.

Jack salió hacia donde esperaban los automóviles y depositó su equipaje en el baúl abierto. La noche estaba clara. Había estrellas en el cielo y un asomo de la aurora boreal en el horizonte norte. Había oído decir que este fenómeno natural se veía ocasionalmente desde Moscú, pero era algo que él nunca había presenciado.

El automóvil partió diez minutos más tarde y se dirigió hacia el sur, al ministerio de Relaciones Exteriores, repitiendo la ruta que prácticamente encapsulaba el conocimiento superficial que tenía Ryan de esa ciudad de ocho millones de almas. Uno por uno los autos entraron en el pequeño lugar de descenso de los pasajeros, y los recepcionistas guiaron a sus ocupantes al interior del edificio. La recepción no era ni por asomo tan suntuosa como había sido la última en el Kremlin, pero esta sesión no había logrado tanto como aquella. La próxima sería realmente importante, cuando se acercara la fecha de la reunión cumbre, pero habría de realizarse en Washington. Los periodistas ya estaban esperando, en su mayor parte de la prensa escrita, y había unas pocas cámaras de TV. Alguien se acercó a Jack tan pronto como se quitó el sobretodo.

—¿El doctor Ryan?

—¿Sí? —dijo, y se dio vuelta.

—Mike Paster, del Washington Post. Hay un informe en Washington según el cual sus problemas con la Comisión de Valores ya están solucionados.

Jack rio.

—¡Mi Dios!, qué bueno es hablar de algo que no sea el asunto de armamento, para variar. Como ya lo he dicho, no hice nada malo. Supongo que esos… incapaces, pero no diga que dije eso… individuos, finalmente comprendieron. Me alegro. No quería tener que contratar un abogado.

—Hay rumores de que la CIA intervino… —Ryan lo interrumpió.

—Voy a decirle algo. Informe a su oficina de Washington que si me dan dos días para desprenderme de este mundo, les mostraré todo lo que yo hice. Hago todas mis transacciones por computadora, y conservo copias de todo. ¿Le parece justo?

—Por supuesto… pero ¿por qué ellos no…?

—Dígamelo a mí —interrumpió otra vez Jack, tomando una copa de vino cuando pasaba un mozo. Necesitaba tomar una, pero esa noche solamente sería una—. Puede ser que alguna persona en Washington tenga algo contra la CIA. Por amor de Dios, tampoco cite esto textualmente.

—¿Y cómo anduvieron las conversaciones? —preguntó después el periodista.

Puede preguntar los detalles a Ernie, pero extraoficialmente, bastante bien. No tan bien como la última vez, y han quedado muchas cosas por tratar, pero acordamos un par de puntos difíciles, y eso es más o menos lo que esperábamos de este viaje.

—¿El acuerdo podrá estar listo antes de la reunión cumbre? —preguntó luego el periodista.

—Extraoficialmente —dijo Jack de inmediato. Y el periodista asintió—. Yo diría que las probabilidades en favor son de tres a dos.

—¿Qué piensa la Agencia al respecto?

—Se supone que nosotros no intervenimos en política, ¿recuerda? Desde un punto de vista técnico, la reducción de un cincuenta por ciento es algo que, según mi opinión, podemos aceptar. En realidad eso no cambia nada, ¿verdad? Pero es «lindo». Debo admitirlo.

—¿Cómo quiere que cite todo esto?, preguntó Paster.

—Diga que soy un Oficial Administrativo Muy Joven —sonrió Jack—. ¿Le parece justo? El Tío Ernie puede hablar oficialmente, pero yo no estoy autorizado para hacerlo.

—¿Y qué piensa sobre el efecto que puede tener esto sobre la permanencia de Narmonov en el poder?

—No es mi terreno —mintió hábilmente Ryan—. Mis opiniones en ese sentido son privadas, no profesionales.

—Entonces…

—Entonces deberá preguntar a otros sobre eso sugirió Jack. —A mí pregúntenme cosas realmente importantes, como por ejemplo a quién deberían incorporar los Skins en la primera rueda.

Olson, el defensor de Baylor dijo en seguida el periodista.

—A mí también me gusta esa defensa en Penn State, pero probablemente se irá muy pronto.

—Buen viaje —dijo el periodista, y cerró su anotador—. Gracias, y que disfrute el resto del invierno, compañero. El periodista se movió como para marcharse, pero

se detuvo. ¿Puede decirme algo —completamente extraoficial— sobre esa pareja de los Foley, que los rusos enviaron de vuelta a casa hace unos…?

—¿Quiénes? Ah, ¿los que acusaron de espías? Extraoficialmente, y usted nunca me oyó decirlo, es todo una patraña. Sin comentarios.

—Muy bien. —El periodista se alejó con una sonrisa.

Jack quedó solo. Miró alrededor buscando a Golovko, pero no pudo encontrarlo. Se sintió decepcionado. Enemigo o no, siempre podían conversar, y Ryan había llegado a disfrutar en sus charlas. Apareció el ministro de Relaciones Exteriores, luego Narmonov. Ya estaban allí todo los otros componentes acostumbrados: los violines, las mesas cargadas de bocadillos, los mozos que circulaban con sus bandejas de plata sirviendo vino, vodka y champagne. La gente del departamento de Estado se había trabado en conversaciones con sus colegas soviéticos. Ernie Allen reía junto a su contraparte soviética. Sólo Jack permanecía aislado, y no debía ser así. Se acercó caminando a uno de los grupos y se mantuvo en la periferia. Apenas lo notaron, y él consultaba de tanto en tanto su reloj y bebía cortos tragos de vino.

—Es la hora —dijo Clark.

Había sido bastante difícil llegar a ese momento. El equipo de Clark ya se hallaba dispuesto en el túnel estanco que se extendía desde la Central de Ataque hasta lo alto de la torre. Tenía escotillas en ambos extremos y era completamente aislado y a prueba de agua, a diferencia del resto de la torre, que se podía inundar a voluntad. Otro marinero se ofreció voluntariamente para acompañarlo. Después, cerraron y apretaron la escotilla inferior. Mancuso levantó un teléfono.

—Prueba de comunicaciones.

—Fuerte y claro, señor —respondió Clark—. Listo, cuando usted quiera.

—No toque la escotilla hasta que yo se lo diga.

—Comprendido, comandante.

Mancuso se dio vuelta.

—Yo tengo el control —anunció.

—El comandante tiene el control —confirmó el oficial de guardia.

—Oficial de inmersión, haga bombear afuera tres mil libras. Vamos a levantarnos del fondo. Sala de máquinas, atentos al telégrafo de órdenes.

—Comprendido. —El oficial de inmersión, que era también jefe del submarino, impartió las órdenes necesarias. Las bombas eléctricas de nivelación eyectaron una tonelada y media de agua salada, y el Dallas se enderezó lentamente. Mancuso miró alrededor. El submarino tenía a toda su dotación en los puestos de combate. El grupo de control de fuego estaba listo. Ramius se encontraba junto al navegador. Frente a los tableros de control de armamento se hallaban sus especialistas. Abajo, en la sala de torpedos, los cuatro tubos estaban cargados y uno de ellos ya inundado.

—Sonar, aquí control. ¿Algo para informar? —preguntó luego Mancuso.

—Negativo, control. No hay nada, señor.

—Muy bien. Oficial de inmersión, adopte profundidad dos siete metros.

—Dos siete metros, comprendido.

Tenían que separarse del fondo antes de poder avanzar con el submarino. Mancuso observaba el lento cambio en la indicación del medidor de profundidad, mientras el jefe del submarino cautelosa y hábilmente ajustaba la nivelación de la nave.

—Profundidad dos siete metros, señor. Va a ser muy difícil mantenerla.

—Máquinas, deme vueltas para cinco nudos. Timonel, su timón quince grados a la derecha. Caiga a nuevo rumbo cero-tres-ocho.

—Timón quince grados a la derecha, comprendido, cayendo a nuevo rumbo cero-tres-ocho —repitió el timonel—. Señor, mi timón está en quince grados a la derecha.

—Muy bien. —Mancuso observó el movimiento del compás giroscópico hacia el rumbo nordeste. Tardaron cinco minutos en salir de debajo del hielo. El comandante ordenó profundidad de periscopio. Otro minuto.

—¡Arriba el periscopio! —dijo luego Mancuso. Un suboficial hizo girar la rueda de control y el comandante se arrimó al instrumento que se levantaba cuando el visor surgió del piso—. ¡Alto!

El periscopio se detuvo treinta centímetros debajo de la superficie. Mancuso buscó sombras y posible hielo, pero no vio nada.

—Arriba sesenta centímetros. —Ahora estaba de rodillas—. Otros sesenta y mantenga.

Estaba usando el delgado periscopio de ataque, no el más grande, de exploración. Este último tenía mayor capacidad de captación luminosa, pero él no quería arriesgar la presentación más grande y cruzada a la detección del radar, y el submarino había estado utilizando desde hacía doce horas solamente luces interiores rojas. Daba un aspecto horrible a la comida, pero también mejoraba a todos la visión nocturna. Hizo un lento barrido del horizonte. No había nada a la vista, excepto algo de hielo que derivaba en la superficie.

—Despejado —anunció—. Todo despejado. Arriba la antena de comunicaciones. —Se oyó el silbido del impulsor hidráulico mientras levantaba el mástil del sensor electrónico. La delgada caña de fibra de vidrio tenía sólo un centímetro y medio de diámetro, y era casi invisible para el radar—. Abajo el periscopio.

—Tengo un radar de vigilancia de superficie, con marcación cero-tres-ocho —anunció el técnico en medidas de apoyo electrónico (ESM), y dio la frecuencia y las características del pulso—. La señal es débil.

—Aquí vamos, muchachos. —Mancuso levantó un teléfono y llamó al tubo del puente. ¿Está listo?

—Sí, señor —contestó Clark.

—Prepárese. Buena suerte. —El comandante cambió el teléfono y se dio vuelta. Subamos al techo y estén atentos para bajar rápido.

Demoraron un total de cuatro minutos. La parte superior de la negra torre del Dallas quebró la superficie, apuntando directamente al radar soviético más cercano, para minimizar su presentación cruzada al radar. Resultaba bastante difícil mantener la profundidad.

—¡Clark, salga!

—Bien.

Con todo el hielo que derivaba en la superficie, la pantalla de aquel radar tenía que estar profusamente saturada, pensó Mancuso. Observó la luz indicadora de posición de la escotilla, que cambió de un guión —que significaba cerrada— a un círculo —ahora abierta.

El túnel de la torre terminaba en una plataforma, medio metro debajo del puente propiamente dicho. Clark abrió la escotilla y trepó hacia afuera. Después levantó su pequeña balsa con la ayuda del marinero que permanecía en la escalerilla. Quedó solo en el diminuto puente del submarino —la estación de control en lo alto de la torre—, apoyó la balsa atravesada y tiró de la cuerda que la inflaba. El silbido agudo del aire a presión sonó como un grito en la noche, y Clark frunció el entrecejo al oírlo. Tan pronto como la tela engomada quedó tensa, llamó al marinero para que cerrara la escotilla del túnel, luego tomó el teléfono del puente.

—Todo listo aquí. La escotilla está cerrada. Los veré dentro de un par de horas.

—Está bien. Buena suerte —dijo otra vez Mancuso.

Arriba. Clark subió cuidadosamente a la balsa mientras el submarino se hundía debajo de él, y puso en marcha el motor eléctrico. Abajo, abrieron la escotilla inferior del túnel del puente, sólo lo necesario para que el marinero pudiera saltar abajo; después, él y el comandante la nivelaron y cerraron con la palanca.

—Tablero de situación sin novedad, estamos listos para inmersión —informó el jefe del buque cuando el último indicador luminoso volvió a convertirse en un guión.

—Listo —dijo Mancuso—. Señor Goodman, usted tiene el control, y sabe qué hacer.

—Tengo el control —respondió el teniente de guardia cuando el comandante se adelantaba hacia la sala de sonar. El teniente Goodman aumentó de inmediato el ángulo de inmersión de la nave para volver a llevarla al fondo.

Igual que en los viejos tiempos, pensó Mancuso, con Jones como jefe de sonaristas. El submarino viró a la derecha, apuntando el sonar instalado en la proa en la misma dirección que estaba tomando Clark. Un minuto después llegó Ramius para observar.

—¿Por qué no quisiste usar el periscopio? —preguntó Mancuso.

—Es duro de ver la casa de uno y saber que no puede…

—Allá va. —Jones dio unos golpecitos con el dedo sobre la pantalla de video—. Su hélice da vueltas para dieciocho nudos. Bastante silencioso para ser una fuera de borda. Eléctrico, ¿no?

—Correcto.

—Espero que tenga buenas baterías, jefe.

—Litio, ánodo rotativo. Le pregunté.

—Precioso —gruñó Jones. Con un medido impulso sacó un cigarrillo del paquete y lo ofreció al comandante, quien olvidó en el momento que había dejado de fumar una vez más. Jones lo encendió y adoptó una expresión contemplativa.

—Sabe, señor, ahora recuerdo por qué me retiré… —Su voz se fue perdiendo mientras iones observaba cómo se estiraba en la distancia y se alejaba la indicación del sonar. A popa, el grupo de control de fuego ajustaba el alcance, sólo para tener algo que hacer. Jones estiró el cuello y escuchó. El Dallas estaba casi tan silencioso como nunca, y la tensión llenaba el aire haciéndolo más espeso que cuando sólo lo hacía el humo del cigarrillo.

Clark iba casi acostado en el bote de goma, fabricado en realidad con nylon engomado. Era de color verde con franjas grises, y no se diferenciaba mucho del color del mar. Habían pensado ponerle algunas manchas blancas, por el hielo que había en invierno en esa zona. Pero luego se dieron cuenta de que allí operaba siempre un rompehielos para mantener abierto el canal, y un punto móvil blanco sobre una superficie oscura podría ser una idea no muy brillante. Clark estaba principalmente preocupado por el radar. Las señales que saturaban la pantalla podían haber impedido la detección de la torre del submarino, pero si los equipos de radar soviéticos disponían de un indicador de blancos móviles, la computadora que monitoreaba las señales reflejadas podía muy bien «agarrarse» a algo que se desplazaba a más de treinta kilómetros por hora. El bote sólo se levantaba treinta centímetros sobre el agua; el motor, otros treinta y estaba revestido con material que absorbía las ondas del radar. Clark mantenía la cabeza a la misma altura del motor y se preguntaba continuamente si la media docena de fragmentos metálicos que decoraban su anatomía serían lo suficientemente grandes como para ser captados. Sabía que eso era irracional —ni siquiera habían alertado a los detectores de metales de los aeropuertos—, pero los hombres solos en sitios peligrosos tienen tendencia a hacer trabajar sus cerebros como nunca. En realidad, se dijo, era mejor ser estúpido. La inteligencia sólo permitía que uno se diera cuenta del tremendo peligro que se corría en trabajos como ese. Cuando esas misiones finalizaban, después que pasaban los estremecimientos, después de una buena ducha caliente, uno podía llegar a tostarse en el fuerte resplandor de pensar qué hábil e inteligente era, pero no en esos momentos. Por ahora, la aventura sólo le parecía peligrosa, para no decir una locura.

La línea de la costa ya estaba claramente visible, una serie de puntos definidos

que cubrían el horizonte. Parecía algo bastante común, pero se trataba de territorio enemigo. Esa noción lo congelaba mucho más que el aire frío de la noche.

Por lo menos, el mar estaba calmo, se dijo. Aunque algunas olas no demasiado altas habrían contribuido a dificultar más la acción de los radares, pero la superficie calma y aceitosa lo ayudaba en la velocidad, y la velocidad lo hacía sentir mejor. Miró hacia atrás. El bote no dejaba mucha estela, y él la reduciría aún más cuando se acercara al puerto.

Paciencia, se dijo, inútilmente. Odiaba la idea de la paciencia. ¿A quién le gusta esperar algo?, se preguntó Clark. Si algo ha de ocurrir, pues que ocurra y termine de una vez. No era esa la actitud segura, precipitarse ante las cosas, pero por lo menos cuando uno está arriba y en movimiento, está haciendo algo. Aunque cuando él enseñaba a la gente a hacer cosas como esa —lo que era su ocupación normal— siempre le decía que debía tener paciencia. ¡Hipócrita inmundo!, se calificó silenciosamente.

Las boyas del puerto le indicaron la distancia hasta la costa. Redujo la velocidad a diez nudos, luego a cinco y, finalmente, a tres. El motor eléctrico producía un zumbido apenas audible. Clark movió el timón y orientó el bote hacia una destartalado muelle. Debía de haber sido muy viejo; el hielo del puerto, de muchos inviernos, había astillado y desgastado sus pilares. Con extremada lentitud sacó un visor de luz baja y examinó la zona. No había ningún movimiento que pudiera ver. Pero ya oía algunas cosas, especialmente ruido de tránsito, que llegaba hasta él a través del agua, junto con cierta música. Después de todo era un viernes por la noche, y hasta en la Unión Soviética había fiestas en los restaurantes. Gente bailando. En realidad, su plan dependía bastante de la presencia de personas que hicieran allí vida nocturna. Estonia es más alegre que la mayor parte del país, pero el muelle estaba abandonado, como sus asesores le había anticipado. Entró y amarró el bote a un pilar con gran precaución… si se soltaba y derivaba tendría un verdadero problema. Cerca del pilar había una escalera. Clark se quitó el overol y subió, con la pistola en la mano. Por primera vez notó el olor del puerto. Era algo distinto de su equivalente norteamericano, con el hedor del petróleo de las sentinas y la madera podrida de los pilares. Hacia el norte, una docena de botes de pesca estaban amarrados a otro muelle. Hacia el sur había otro, y sobre él una cantidad de madera apilada. Estaban reconstruyendo el puerto. Eso explicaba las condiciones del primer muelle, pensó Clark. Controló su reloj —era un viejo «Pilot» ruso— y miró alrededor buscando un lugar para esperar. Cuarenta minutos faltaban para entrar en acción. Había calculado que el mar pudiera estar más agitado en el viaje de entrada, y todo lo que le habían dado esas aguas calmas era el tiempo suficiente para meditar sobre qué lunático era al haber aceptado otro de esos trabajos de extracción.

Boris Filipovich Morozov caminaba fuera de la barraca donde aún vivía, mirando

hacia arriba. Las luces de Bright Star convertían el cielo en un domo plumoso de copos descendentes. Le encantaban los momentos como ese.

—¿Quién está allí? —preguntó una voz llena de autoridad.

—Morozov —respondió el joven ingeniero mientras la figura entraba a la luz. Vio el ancho galón de la gorra de un alto oficial del ejército.

—Buenas noches, camarada ingeniero. Usted pertenece al grupo de control de espejos, ¿no es así? —preguntó Bondarenko.

—¿Nos hemos conocido? —No—. El coronel sacudió la cabeza. —¿Sabe usted quién soy?

—Sí, camarada coronel.

Bondarenko señaló el cielo.

—Hermoso, ¿verdad? Supongo que ese es uno de los consuelos por estar en el último extremo de nada.

—No, camarada coronel, estamos en el borde inferior de algo muy importante —señaló Morozov.

—¡Me alegra oírle decir eso! ¿Piensan así todos los de su grupo?

—Sí, camarada coronel. Yo pedí venir aquí.

—¿Ah sí? ¿Y cómo sabía usted de este lugar? —interrogó el coronel.

—Estuve aquí el otoño pasado con el Komsomol. Ayudamos a los ingenieros civiles con las voladuras y las fundaciones de los pilares de los espejos. Yo era estudiante graduado en lásers, y adiviné lo que era Bright Star. No se lo dije a nadie, por supuesto —agregó Morozov—. Pero supe que éste era el lugar para mí.

Bondarenko observó al muchacho con visible aprobación.

—¿Cómo anda el trabajo?

—Yo tuve la esperanza de unirme al grupo láser, pero mi jefe de sección me presionó para que entrara en su grupo —rio Morozov.

—¿No se siente feliz entonces?

—No, no, por favor discúlpeme. No me entendió bien. Yo no sabía lo importante que era el grupo de espejos. Lo he sabido ahora. Estamos tratando de adaptar los sistemas de espejos para un control de computación más preciso. Yo podría ser muy pronto ayudante del jefe de sección —dijo orgullosamente Morozov—. También tengo conocimientos de sistemas de computación.

—¿Quién es su jefe de sección?… Govorov, ¿no?

—Correcto. Un ingeniero de campo brillante, si puedo decirlo. ¿Me permite una pregunta?

—Por cierto.

—Se dice que usted… usted es el nuevo coronel del ejército del que han estado hablando, ¿correcto? Dicen que usted podría ser el nuevo oficial subjefe del proyecto.

—Esos rumores podrían tener cierto fundamento —aceptó Bondarenko.

—Entonces… ¿puedo hacerle una sugerencia, camarada? —preguntó Morozov.

—Ciertamente.

—Aquí hay muchos hombres solteros…

—¿Y no hay suficientes mujeres solteras?

—Hay una verdadera necesidad de ayudantes de laboratorio.

—Tendré en cuenta su observación, camarada ingeniero —respondió Bondarenko con una risita—. También hemos planeado un nuevo bloque de departamentos para aliviar el amontonamiento. ¿Cómo están las barracas?

—La atmósfera es de camaradería. Los clubes astronómico y de ajedrez están muy activos.

—Ah. Ha pasado mucho tiempo desde que yo jugaba seriamente al ajedrez. ¿Es muy difícil la competencia? —preguntó el coronel. El joven lanzó una carcajada.

—Criminal… hasta salvaje.

A cinco mil metros de distancia, el Arquero bendijo el nombre de su Dios. Estaba nevando, y los copos daban al aire esa mágica característica tan amada por los poetas… y los soldados. Se podía oír… se podía sentir un profundo silencio, dado que la nieve absorbía todo sonido. Alrededor de ellos, hasta tan arriba y abajo como podían ver, caía esa cortina blanca que reducía la visibilidad a menos de doscientas metros. Reunió a los comandantes de las subunidades y empezó a organizar el asalto. Pocos minutos después se alejaron. Se hallaban en formación táctica. El Arquero se ubicó en la sección de vanguardia de la primera compañía, mientras que su segundo en el comando permaneció con la otra.

La superficie del terreno era sorprendentemente buena. Los rusos había volcado en toda la zona los escombros de las voladuras, y aunque había una capa de nieve, las salientes rocosas no estaban resbaladizas. Eso los ayudaba, ya que su camino los llevaba peligrosamente cerca de una escarpada pared de por lo menos cien metros de altura. La orientación era difícil. El Arquero avanzaba de memoria, pero él había pasado horas examinando el objetivo y conocía cada curva de la montaña… o al menos así lo creía. Entonces se presentaron las dudas, como siempre sucedía, y necesitó de toda su concentración para mantener su mente en la misión. Antes de salir, había marcado en el mapa y en su memoria una docena de puntos de control. Aquí una enorme roca, allá una depresión, el lugar donde el camino doblaba a la izquierda, y allá donde doblaba a la derecha. Al principio el avance parecía lento como para enloquecer, pero cuanto más se acercaban al objetivo, más rápido se hizo el ritmo de marcha. En todo momento caminaban guiados por el resplandor de las luces. Qué confiados eran los rusos, pensó, tener luces allí. Se vio también un vehículo en movimiento, un ómnibus, por el ruido, con sus faros encendidos. Los pequeños puntos luminosos que se desplazaban dejaban ver su brillo en medio de la nube blanca que los envolvía. Dentro de esa gran burbuja de luz, los que se hallaban

de guardia se encontraban en ese momento en desventaja. Por lo general, los reflectores dirigidos hacia afuera servían para deslumbrar y enceguecer a cualquier intruso, pero ahora estaba ocurriendo el efecto inverso. Una pequeña parte de su resplandor penetraba la nieve, y la mayor intensidad se reflejaba hacia atrás, perjudicando la visión nocturna de los soldados armados. Finalmente, el grupo de vanguardia alcanzó el último punto de control. El Arquero desplegó a sus hombres y esperó que el resto llegara hasta ellos. Tardaron media hora. Sus hombres se hallaban agrupados de a tres o cuatro, y los mujahiddines se tomaron el tiempo necesario para beber un poco de agua y encomendar sus almas a Alá, preparándose tanto para el combate como para su posible paso a la eternidad. Era el credo del guerrero. El enemigo de ellos era también el enemigo de su Dios. Cualquier cosa que hicieran a las personas que habían ofendido a Alá les sería perdonada, y cada uno de los hombres del Arquero recordaba a sus amigos y familiares que habían muerto en manos de rusos.

—Es asombroso —susurro el mayor cuando llegó.

—Alá está con nosotros, amigo mío —replicó el Arquero.

—Tiene que ser así. —Se encontraba ahora a sólo quinientos metros de la posición, y aún no los habían visto. En realidad, hasta podríamos sobrevivir…

—¿Cuánto más podemos acercarnos…?

—Cien metros. El equipo de luz baja que ellos tienen puede penetrar la nieve hasta unos cuatrocientos. La torre más cercana se halla a seiscientos metros en aquella dirección. —Señaló innecesariamente. El Arquero sabía con exactitud dónde estaba, y también la siguiente, doscientos metros más allá.

El mayor consultó su reloj y pensó un momento.

—Si siguen el mismo procedimiento que en Kabul, la guardia cambiará dentro de una hora. Los que están ahora de servicio tienen que sentirse cansados y con frío, y los soldados de relevo todavía no están despiertos. Este es el momento.

—Buena suerte —dijo simplemente el Arquero, y ambos hombres se abrazaron.

—«¿Por qué habríamos de rehusarnos a pelear por la causa de Alá, cuando nosotros y nuestros hijos hemos sido expulsados de nuestras moradas?».

—«Cuando encontraron a Goliath y sus guerreros, gritaron: `Dios, llena nuestros corazones de resolución. Afírmanos sobre nuestros pies y ayúdanos contra los infieles».

La cita era del Corán, pero a ninguno de los dos hombres le pareció extraño que el pasaje se refiriera en realidad a la batalla de los israelitas contra los filisteos. Los musulmanes también conocían a David y Saúl, y a su causa. El mayor sonrió por última vez antes de correr a reunirse con sus hombres.

El Arquero se dio vuelta e hizo señas a su grupo de misiles. Dos de ellos cargaron al hombro sus Stinger y siguieron al líder cuando éste avanzó a través de la montaña.

Una saliente más y se encontraron mirando hacia abajo, en dirección a las torres de guardia. Quedó sorprendido ante el hecho de que podía ver tres de ellas desde ese lugar, y ordenó que llevaran un tercer misil. El Arquero dio sus instrucciones y los dejó para reunirse con el resto de sus hombres. Desde el montículo, las unidades de adquisición de blancos empezaron a cantar su mortal zumbido a cada uno de los misileros. Las torres de guardia estaban calefactadas y el Stinger busca justamente el calor.

Después, el Arquero ordenó a su grupo de morteros que se acercara… más de lo que hubiera deseado, pero la pésima visibilidad no estaba del todo del lado de los mujahiddines. Observó cómo la compañía del mayor se deslizaba hacia la izquierda y bajaba desapareciendo en la nieve. Ellos iban a atacar la instalación del láser, mientras que él y sus ochenta hombres asaltarían el lugar donde vivía la mayor parte del personal. Ahora había llegado el turno de ellos. El Arquero los hizo avanzar tanto como se atrevió, justo hasta el borde del sitio en que los reflectores penetraban la nieve. Así pudo ver un centinela, envuelto en ropas por el frío y dejando atrás una serie de nubecillas blancas de su aliento, que derivaban con el viento. Diez minutos más. El Arquero sacó la radio. Sólo tenían cuatro, y no se habían atrevido a usarlas hasta ese momento, por miedo a que los rusos las detectaran.

Jamás debimos habernos desprendido de los perros, pensó Bondarenko. Lo primero que haré cuando me instale aquí, será hacer traer nuevamente los perros. Estaba recorriendo las instalaciones, disfrutando del frío y la nieve y aprovechando la calma del ambiente para ordenar sus pensamientos. Allí había cosas que necesitaban cambios. Necesitaban a un verdadero soldado. El general Pokryshkin estaba demasiado confiado en el sistema de seguridad, y las tropas de la KGB eran demasiado perezosas. Por ejemplo: no tenían afuera patrullas nocturnas. Demasiado peligroso en ese terreno, decía su comandante, nuestras patrullas diurnas podrían detectar a cualquiera que pretendiese acercarse demasiado, las torres de guardia tienen visores de luz baja, y el resto de la posición está iluminado. Pero los equipos de luz baja tienen una efectividad reducida en un ochenta por ciento en esa clase de tiempo. ¿Qué pasaría si en ese mismo momento hubiera un grupo de afganos allá afuera?, se preguntó. Lo primero, se dijo Bondarenko, será llamar al coronel Nikolayev en la jefatura de los Spetznaz, y conduciré un ejercicio de ataque contra este lugar, para demostrar a esos idiotas de la KGB cómo son de vulnerables. Miró hacia lo alto de la montaña. Había un centinela de la KGB, que agitaba ambos brazos para mantenerse caliente, con el fusil terciado sobre los hombros… podía demorar unos cuatro segundos en descolgarlo, apuntar y quitar el seguro. Cuatro segundos, pero ya en los últimos tres estaría muerto, si en ese momento hubiera allá afuera alguien competente… Bueno, se dijo, se supone que el segundo comandante de cualquier unidad es un despiadado hijo de puta, y esos chekistas quieren jugar a los

soldados será mejor que los malditos empiecen a actuar como soldados. El coronel se dio vuelta e inició la caminata de regreso hacia el bloque de departamentos.

El auto de Gerasimov se detuvo junto a la entrada administrativa de la prisión de Lefortovo. Su conductor permaneció junto al vehículo mientras el guardaespaldas lo seguía al interior. El presidente de la KGB mostró su tarjeta de identificación al guardia y siguió caminando sin detenerse. La KGB era cuidadosa en cuanto a seguridad, pero todos sus miembros conocían la cara del presidente y, más aún conocían el poder que ella representaba. Gerasimov dobló a la izquierda y se dirigió a la oficina de administración. El superintendente de la prisión no se encontraba allí, desde luego, pero sí uno de sus segundos. Gerasimov lo sorprendió escribiendo algunos formularios.

—Buenas noches. Los anteojos que el hombre tenía impidieron que sus ojos saltaran de las órbitas.

—¡Camarada presidente! No me avisa…

—No debían hacerlo.

—¿Qué puedo…?

—El prisionero Filitov. Lo necesito de inmediato —dijo Gerasimov con voz áspera—. De inmediato —repitió para enfatizar.

—¡En seguida! —El segundo superintendente de la prisión se levantó de un salto y corrió hacia otra habitación. Volvió menos de un minuto después—. Tardará cinco minutos.

—Debe estar adecuadamente vestido —dijo Gerasimov.

—¿De uniforme? —preguntó el hombre.

—¡No, idiota! —gruñó impaciente Gerasimov—. Con ropas civiles. Debe estar presentable. Usted tiene todos sus efectos personales aquí, ¿no?

—Sí, camarada presidente, pero…

—No dispongo de toda la noche —dijo él con calma. No había nada más peligroso que un presidente de la KGB que hablara con calma. El segundo superintendente prácticamente salió volando de la oficina. Gerasimov se volvió hacia su guardaespaldas, que sonreía divertido. A nadie le gustan los carceleros—. ¿Cuánto piensas que tardará?

—Menos de diez minutos, camarada presidente, aunque tienen que encontrar la ropa. Después de todo, ese inútil sabe qué lugar maravilloso es ése para vivir. Yo lo conozco.

—¿Sí?

—Antes era un hombre del «Uno», pero su desempeño fue muy malo en el primer puesto en que estuvo, y desde entonces ha sido carcelero. —El guardaespaldas miró el reloj.

Demoraron ocho minutos. Filitov apareció a medio vestir, con la camisa

desabotonada y la corbata colgando del cuello. El segundo superintendente sostenía un raído sobretodo. Filitov nunca había comprado muchas ropas civiles. Era un coronel del Ejército Rojo, y jamás se sintió cómodo sin su uniforme. Los ojos del viejo mostraban confusión al principio, luego vio a Gerasimov.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Va a venir conmigo, Filitov. Abotónese la camisa. ¡Por lo menos trate de parecer un hombre!

Misha estuvo a punto de decir algo, pero se mordió los labios. La mirada que lanzó al presidente bastó para que el guardaespaldas moviera la mano un centímetro. Se abotonó la camisa y ajustó la corbata. Terminó torcida en el cuello, a falta de un espejo.

—Ahora, camarada presidente, si quiere firmarme esto…

—¿Usted me da a custodiar un criminal en esta forma?

—¿Qué…?

—¡Esposas, hombre!

No era de sorprender que el segundo superintendente tuviera un par en su escritorio. Las sacó, se las colocó a Filitov, y poco faltó para que guardara las llaves en su propio bolsillo, pero vio que Gerasimov tendía la mano.

—Muy bien. Se lo traeré de vuelta mañana a la noche.

—Pero necesito que firme… —El segundo superintendente se encontró hablando a las espaldas de Gerasimov.

—Bueno, con toda la gente que tengo debajo de mí —comentó el presidente a su guardaespaldas—, siempre tiene que haber unos pocos…

—Seguro, camarada presidente. —El guardaespaldas era un hombre fornido, de cuarenta y dos años, antiguo oficial de campo y experto en todas formas de combate, armado y desarmado. La fuerte presión de su mano sobre el brazo de Misha informó al prisionero sobre todas esas cosas.

—Filitov —dijo el presidente por sobre su hombro—, vamos a hacer un corto viaje, es decir, un vuelo. No se le hará daño. Si usted se comporta bien, hasta podemos darle una o dos comidas decentes. Si no se comporta bien, aquí Vasiliy lo hará desear haberlo hecho. ¿Está claro?

—Claro, camarada chekista.

El guardia tomó de un salto la posición militar, después empujó la puerta para abrirla. Los guardias exteriores también saludaron y obtuvieron movimientos de cabeza como respuesta. El conductor mantenía abierta la puerta trasera. Gerasimov se detuvo y se dio vuelta.

—Que se siente aquí atrás conmigo, Vasiliy. Tú eres capaz de cubrir cualquier cosa desde el asiento delantero.

—Como usted diga, camarada.

—A Sheremetyevo dijo Gerasimov al chofer. —La estación terminal de carga, sobre el lado sur.

Allá está el aeropuerto, pensó Ryan. Contuvo un eructo que sabía a sardinas y vino. La caravana de automóviles entró en la zona del aeropuerto, dobló a la derecha pasando sin detenerse el acceso principal a la terminal y se dirigió hacia el sector de estacionamiento de aviones. La seguridad era estricta, notó Jack. Para eso no había como los rusos. En cualquier dirección que mirara había soldados armados con fusiles, con el uniforme de la KGB. El auto pasó por la derecha de la terminal principal y luego frente a una reciente ampliación. No la usaban, pero parecía la nave espacial de Encuentros Cercanos, de Spielberg. Hubiera querido preguntar a alguien para qué la había construido pero todavía no estaba en servicio. Quizá la próxima vez, pensó Ryan.

Las despedidas formales habían tenido lugar en el ministerio de Relaciones Exteriores. Unos pocos funcionarios jóvenes permanecían de pie junto a la escalerilla para estrechar las manos, pero nadie tenía apuro por abandonar la comodidad de las calefactadas limusinas. En consecuencia, los autos avanzaban lentamente. Por último llegó el suyo y se detuvo. El hombre que estaba a la derecha de Ryan abrió la portezuela y el conductor liberó la cerradura del baúl. Tampoco él quería salir. Habían tardado casi todo el viaje para que el auto se calentara. Jack tomó su bolsa de viaje y su portafolio y se dirigió a la escalera.

—Espero que haya disfrutado de su visita —dijo el oficial soviético.

—Me gustaría volver alguna vez y poder ver la ciudad —contestó Jack mientras daba la mano al hombre.

—Estaríamos encantados.

Seguro que lo estarían, pensó Jack mientras subía la escalera, una vez dentro del avión miró hacia adelante. Un oficial ruso se había sentado en la cabina, en un asiento intermedio, para ayudar con el control de tránsito. Tenía puestos sus ojos en la consola de comunicaciones. Ryan saludó al piloto con un movimiento de cabeza y el coronel le contestó con un guiño.

—La dimensión política me da un miedo de todos los diablos —dijo Vatutin. En el número 2 de la Plaza Dzerzhinskiy, Golovko y él estaban comparando sus notas escritas.

—No son los viejos tiempos. No pueden fusilarnos por cumplir con nuestros procedimientos e instrucción.

—¿Ah sí? ¿Y si Filitov hubiera estado actuando con conocimiento del presidente?

—Ridículo —contestó Golovko.

—¿Cómo? ¿Y si sus primeros trabajos con los disidentes lo hubieran puesto en contacto con Occidente? Sabemos que él, personalmente, intervino en algunos casos… en especial de la región del Báltico, pero también en algunos otros.

—¡Usted está pensando ahora como un verdadero hombre del «Dos»!

—Piense por un momento. Nosotros arrestamos a Filitov e inmediatamente después de eso el presidente se reúne en persona con un hombre de la CIA. ¿Alguna vez ha ocurrido eso antes?

—He oído historias sobre Philby, pero… no, eso fue sólo después que él volvió.

—Es una coincidencia de todos los diablos —dijo Vatutin mientras se frotaba los ojos. No nos instruyen para que creamos en coincidencias, y…

—¡Tvoyu maht!, dijo Golovko. Vatutin levantó la vista molesto al ver que el otro hombre revoloteaba los ojos. —La vez anterior que los norteamericanos estuvieron aquí— ¡cómo podría olvidarlo! Ryan habló con Filitov… chocaron como por accidente, y…

Vatutin levantó el teléfono y distó.

—Comuníqueme con el superintendente nocturno… Habla el coronel Vatutin. Despierte al prisionero Filitov. Quiero verlo antes de una hora,… ¿Qué dijo? ¿Quién? Muy bien, gracias. —El coronel del Segundo Directorio General se puso de pie. El presidente Gerasimov acaba de sacar a Filitov de Lefortovo hace apenas quince minutos. Dijo que iban a hacer un viaje especial.

—¿Dónde está su auto?

Puedo ordenarlo…

—No dijo Golovko. —Su auto personal.

XXVI. Operaciones inexistentes

No había apuro todavía. Mientras la tripulación de cabina acomodaba a todos en sus sitios, el coronel von Eich recorría la lista de chequeo de prevuelo. El VC-137 estaba recibiendo energía eléctrica de un camión generador que les permitiría también hacer arrancar los motores con mayor facilidad que el sistema interno. Controló el reloj y esperó que todo saliera según lo planeado.

Atrás, Ryan pasó caminando junto a su asiento normal, justo delante de la cabina de Ernie Allen en el centro de la aeronave, y se sentó en la última fila de la parte posterior del avión. Era todo muy parecido a un verdadero avión de línea aérea, aunque las filas tenían cinco asientos a lo ancho, y en ese sector se ubicaban los que no cabían en el de «visitantes distinguidos» situado más adelante. Jack eligió uno sobre el lado izquierdo, donde los asientos estaba en pares, mientras unas diez personas entraban en la cabina y se sentaban lo más adelante posible, donde pensaban que el vuelo sería más suave, y según lo aconsejado por uno de los miembros de la tripulación. El jefe de tripulación de la aeronave estaría a su derecha, del otro lado del pasillo, en vez de viajar en el compartimiento de tripulantes, adelante. Ryan hubiera querido contar con otro hombre para que ayudara, pero no podían ponerse demasiado en evidencia. Tenían un oficial soviético a bordo. Era parte de la rutina normal, y apartarse de ella habría llamado la atención. Era necesario que todos se sintieran cómodamente seguros, y con la certeza de que las cosas marchaban exactamente como debían ser.

Adelante, el piloto llegó al final de la página de la lista de chequeo.

—¿Todos a bordo?

—Sí, señor. Listos para cerrar las puertas.

—Mantenga un ojo en la luz indicadora de la puerta de tripulación. Ha estado fallando por momentos —dijo von Eich al ingeniero de vuelo.

—¿Algún problema? —preguntó el piloto soviético desde su asiento. Una súbita despresurización es algo que todo aviador toma muy seriamente.

Cada vez que controlamos la puerta está bien. Probablemente falla un relay en el tablero, pero todavía no lo hemos encontrado. Yo he controlado personalmente el cierre hermético de la maldita puerta —aseguró al ruso—. Tiene que ser una falla eléctrica.

—Listo para arranque —dijo después el ingeniero de vuelo.

—Muy bien. —El piloto miró para asegurarse de que habían retirado la escalera, mientras los tripulantes se colocaban los auriculares—. Libre a la izquierda.

—Libre a la derecha —dijo el copiloto.

—En marcha el uno. —Apretaron botones, giraron llaves de contacto y el motor exterior izquierdo empezó a rotar los álabes de su turbina. Las agujas de diversos

diales indicadores comenzaron a moverse y pronto llegaron a la posición de mínima aceleración. El camión generador se retiró; la aeronave ya podía producir su propia energía eléctrica.

—En marcha el cuatro —dijo luego el piloto. Puso la llave del micrófono en la posición de comunicación interna a la cabina—: Señoras y señores, les habla el coronel von Eich. Estamos poniendo en marcha los motores y dentro de cinco minutos iniciaremos el rodaje. Por favor, ajusten sus cinturones. Para aquellos que fuman, traten de esperar unos minutos más.

En su asiento de la última fila, Ryan podría haber matado por un cigarrillo. El jefe de tripulación lo miró de reojo y sonrió. Parecía realmente fuerte como para poder hacerlo, pensó Jack. El suboficial mayor debía de estar cerca de los cincuenta, pero también daba la impresión de ser un hombre capaz de poner en su lugar al más recio de los futbolistas. Se había puesto guantes de cuero de trabajo y tenía las correas bien ajustadas.

—¿Todo listo? —preguntó Jack. No había peligro de que lo oyeran. El ruido de los motores era bastante fuerte allí atrás.

—Cuando usted diga, señor.

—Yo le avisaré.

—Huuum —murmuró Gerasimov—. Todavía no.

—La terminal de carga estaba cerrada y oscura, excepto los reflectores de seguridad.

—¿Debo hacer algún llamado? —preguntó el conductor.

—No hay apuro. Qué…

—Un guardia uniformado les hizo señas para que se detuvieran. Ya habían pasado por un puesto de control.

—Ah, está bien. Los norteamericanos están preparándose para partir.

Eso debe de estar complicando las cosas.

El guardia se acercó a la ventanilla del conductor y pidió los pases. El hombre se limitó a señalar hacia atrás.

—Buenas noches, cabo —dijo Gerasimov, y le mostró su tarjeta de identificación. El muchacho tomó de inmediato la posición militar—. Dentro de pocos minutos tiene que venir aquí un avión a buscarme. Los norteamericanos deben de estar demorando las cosas. ¿Está afuera la fuerza de seguridad?

—¡Sí, camarada presidente! Una compañía completa.

—Mientras estamos aquí, ¿por qué no hacemos una rápida inspección? ¿Quién es su comandante?

—El mayor Zarudin, cama…

—¿Qué diablos es…? —se acercó un teniente. Llegó hasta donde se hallaba el cabo antes de ver quién estaba en el auto.

—Teniente, ¿dónde está el mayor Zarudin?

—En la torre de control, camarada presidente. Ese es el mejor lugar para…

—Seguro. Llámelo con su radio y dígale que voy a inspeccionar el perímetro de guardia, después volveré para verlo y decirle lo que pienso. Siga adelante —indicó al chofer—. Doble a la derecha.

—Torre Sheremetyevo, aquí nueve —siete— uno; solicito autorización para el rodaje a cabecera dos cinco —derecha— dijo von Eich por el micrófono.

—Nueve —siete— uno, autorizado. Vire a la izquierda hacia la calle principal de rodaje uno. El viento está de los dos-ocho-uno, a cuarenta kilómetros.

—Comprendido, cambio y fuera dijo el piloto. —Muy bien, adelante con este pájaro.

El copiloto adelantó los aceleradores y la aeronave empezó a moverse. Frente a ellos, en tierra un hombre con dos indicadores luminosos les hizo las innecesarias señas hacia la calle de rodaje… porque los rusos siempre suponían que todos necesitaban que les dijeran qué hacer. Von Eich abandonó el sector de estacionamiento y enfrentó hacia el sur por la calle de carreteo nueve, después viró a la izquierda. El pequeño volante que controlaba la rueda de nariz orientable estaba muy duro, como siempre, y el avión giró lentamente, impulsado por el motor exterior. Él siempre tomaba las cosas con calma allí. Las calles de carreteo eran tan desparejas que siempre existía la preocupación de dañar algo. No quería que eso ocurriera esa noche. Había poco menos de mil quinientos metros hasta el extremo de la calle principal de rodaje número uno, y los altos y pozos eran suficientes como para producir mareos a cualquiera. Finalmente viró a la derecha para entrar en la calle de carreteo número cinco.

—Los hombres parecen estar alerta —observó Vasiliy cuando cruzaban la calle de aterrizaje veinticinco izquierda. El conductor había apagado los faros y se mantenía junto al borde. Estaba acercándose un avión, y tanto el conductor como el guardaespaldas mantenían fijos los ojos en ese peligro. No vieron que Gerasimov sacaba la llave del bolsillo y abría las esposas del asombrado prisionero Filítov. Después, el presidente extrajo del interior de su abrigo una pistola automática.

Mierda… allí hay un auto —dijo el coronel von Eich—. ¿Qué diablos está haciendo aquí un auto?

—Pasaremos fácilmente —dijo el copiloto—. Está muy cerca del borde.

—Qué bueno… —El piloto viró otra vez a la derecha para carretear hasta el extremo de la calle de despegue.

—Estos imbéciles choferes de día domingo.

Tampoco le va a gustar esto, coronel —dijo el ingeniero de vuelo—. Otra vez se ha encendido la luz de la puerta trasera.

—¡Maldita sea! —juró von Eich por el intercomunicador. Cambió el selector de

micrófono para llamar a la cabina, pero tuvo que graduar la voz antes de hablar—. Jefe de tripulación, controle la puerta trasera.

—Aquí vamos —dijo el suboficial. Ryan desprendió su cinturón de seguridad y se adelantó unos pasos mientras observaba al suboficial que trabajaba con la palanca de cierre de la puerta.

—Tenemos un corto aquí dentro, en alguna parte —dijo el ingeniero de vuelo en la cabina de pilotaje, adelante—. Ya no encienden las luces de la cabina posterior. El interruptor saltó y no puedo conseguir que quede en su sitio.

—¿Quizás esté mal el interruptor? —preguntó el coronel von Eich.

—Voy a intentar con uno de repuesto —dijo el ingeniero.

—Hágalo. Yo diré a la gente de atrás por qué se apagaron las luces.

—Era mentira, pero bastante buena. Estando todos sujetos a sus asientos no era muy fácil darse vuelta para ver el fondo de la cabina.

—¿Dónde está el presidente? —preguntó Vatutin al teniente.

—Está realizando una inspección… ¿Quién es usted?

—Coronel Vatutin… y el coronel Golovko. ¡Dónde está el maldito presidente, pedazo de estúpido!

El teniente tartamudeó unos segundos, luego empezó a señalar.

—Vasiliy —dijo el presidente. Era una verdadera lástima. Su guardaespaldas se dio vuelta y vio la boca del cañón de una pistola—. Su arma, por favor.

—Pero…

—No hay tiempo para hablar. —Tomó el arma y la guardó en el bolsillo. Después le dio las esposas. Para ustedes dos, y pasen las manos por dentro del volante.

El conductor quedó pasmado, pero ambos hombres hicieron lo que les decían. Vasiliy cerró una de las anillas en su muñeca izquierda y, por dentro del volante, colocó la otra al conductor. Mientras lo hacían, Gerasimov arrancó el micrófono de la radio del auto y también lo guardó en el bolsillo.

—¿Las llaves? —pidió Gerasimov. El chofer se las alcanzó con su mano izquierda libre. El guardia uniformado más cercano se hallaba a cien metros. El avión, apenas a veinte. El presidente del Comité de Seguridad del Estado abrió personalmente la puerta. No lo había hecho desde hacía meses—. Coronel Filitov, ¿quiere venir, por favor?

—Misha estaba tan sorprendido como todos, pero hizo lo que le indicaban. A la vista plena de todos en el aeropuerto —por lo menos de los pocos que se molestaban en observar la partida de rutina Gerasimov y Filitov caminaron hacia la cola roja, blanca y azul del VC-137. Como obedeciendo una orden, la puerta trasera se abrió.

—Apuren, muchachos Ryan arrojó hacia fuera una escalerilla de cuerdas.

Las piernas de Filitov lo traicionaron. El fuerte viento del chorro de las turbinas agitaba la escalerilla como una bandera en la prisa, y él no pudo poner en ella ambos

pies, a pesar de la ayuda de Gerasimov.

—¡Mi Dios, mire! —señaló Golovko—. ¡Vamos!

Vatutin no dijo una palabra. Apretó a fondo el acelerador de su auto y encendió la luz alta de los faros.

—Problemas —dijo el jefe de tripulación cuando vio el auto. Además, un hombre con un fusil corría en esa dirección.

—¡Vamos, abuelo!, urgió al Cardenal del Kremlin.

—¡Mierda! Ryan apretó al suboficial de un empujón y saltó al suelo. Era demasiada altura y cayó mal. Se torció el tobillo derecho y su pantalón se desgarró en la rodilla izquierda. Ignoró el dolor y se puso de pie de un salto. Agarró a Filitov por uno de los hombros mientras Gerasimov lo tomaba por el otro. Entre ambos lo hicieron subir la escalera lo suficiente como para que el suboficial que estaba en la puerta pudiera levantarlo y entrarlo a bordo. Luego subió Gerasimov, con la ayuda de Ryan. Ahora era el turno de Jack, pero tenía el mismo problema que afectó a Filitov. Su rodilla izquierda ya estaba rígida, y cuando intentó apoyarse en el tobillo torcido, la pierna izquierda simplemente se rehusó a funcionar. Lanzó una maldición lo suficientemente alta como para oírla por sobre el ruido de los motores, e intentó subir con la fuerza exclusiva de sus brazos, pero no lo logró y cayó sobre el pavimento.

—¡Stoí, stoi! —gritó alguien con un arma desde unos tres metros. Jack levantó la vista hacia la puerta del avión.

—¡Vayan! —gritó—. ¡Cierren la maldita puerta y váyanse!

El jefe de tripulación así lo hizo, exactamente, sin dudar un instante. Estiró el brazo para mover y cerrar la puerta, y Jack la vio en su sitio en materia de segundos, adentro, el suboficial levantó el teléfono intercomunicador e informó al piloto que la puerta estaba correctamente cerrada.

Torre, aquí nueve-siete-uno inicia el despegue. Fuera.

El piloto adelantó los aceleradores hasta obtener la potencia de despegue.

La fuerza del chorro de los motores derribó a los cuatro hombres el fusilero acababa de llegar también al lugar desplazándolos hasta el extremo de la helada calle de aterrizaje y despegue. Jack observó acostado boca abajo que la parpadeante luz roja instalada en lo alto del timón de dirección del avión iba ganando cada vez más distancia, después se levantó y siguió tomando altura. Lo último que vio de la aeronave fue el reflejo de los equipos de perturbación infrarroja que protegían al VC —137 contra misiles tierra— aire. Estaba a punto de empezar a reír cuando alguien lo hizo dar vuelta en el suelo y vio una pistola contra su cara.

—Hola Sergey —dijo Ryan al coronel Golovko.

—Listo —dijo la radio al Arquero. Levantó una pistola de señales y disparó una bengala que se encendió directamente sobre uno de los talleres.

Todo sucedió en un instante. A su izquierda, después de una larga y aburrida

espera, lanzaron tres misiles Stinger. Cada uno de ellos se orientó directamente hacia una torre de guardia o, mejor dicho, hacia el calefactor eléctrico que había en el interior de cada una de ellas. Sus dos centinelas sólo tuvieron tiempo suficiente para ver la luz de la bengala encendida sobre la parte central de las instalaciones y sorprenderse, y sólo uno de los seis alcanzó a ver la raya amarilla de la trayectoria que se acercaba, demasiado rápido para permitir una reacción. Los tres misiles hicieron impacto —difícilmente habrían podido errar a un blanco estacionario— y en cada caso las cabezas de guerra de tres kilos funcionaron como estaba previsto. Menos de cinco segundos después de disparados, las torres estaban eliminadas y, con ellas, las ametralladoras que protegían la instalación de-lásers.

El próximo en morir fue el centinela que se encontraba frente al Arquero. No tenía la menor posibilidad. Cuarenta fusiles dispararon contra él al mismo tiempo, y la mitad de los proyectiles lo alcanzó. Después, abrieron fuego los morteros en profundidad, y el Arquero usó la radio para ajustar el tiro hacia lo que él pensaba que eran las barracas de los guardias.

El ruido de los disparos de las armas automáticas era inconfundible. El coronel Bondarenko acababa de decidir que había pasado suficiente tiempo en comunión con esa naturaleza fría pero maravillosa y estaba regresando a su alojamiento cuando el ruido lo detuvo instantáneamente. Su primer pensamiento fue que uno de los guardias de la KGB había descargado accidentalmente su arma, pero esa impresión duró menos de un segundo. Oyó sobre su cabeza un ¡crack!, y miró hacia arriba. Vio la luz de la bengala y en seguida oyó las explosiones desde las instalaciones lasers, y como si le hubieran dado vuelta una llave, cambió del hombre sobresaltado al soldado profesional que sufre un ataque. Las barracas de la KGB se hallaban a unos doscientos metros a su derecha, y corrió hacia allá tan rápido como pudo.

Vio que estaban cayendo granadas de mortero. Caían sobre el nuevo gran taller de máquinas, justo detrás de las barracas. Cuando él llegó, los hombres ya salían atropelladamente, y tuvo que detenerse y levantar las manos para evitar que le dispararan.

—¡Soy el coronel Bondarenko! ¿Dónde está su oficial?

—¡Aquí! —apareció un teniente—. ¿Qué…? —Alguien acababa de comprobar su error. La siguiente granada cayó sobre la parte posterior de las barracas.

—¡Síganme! —gritó Bondarenko, conduciéndolos para alejarlos del blanco más evidente. Por todas partes alrededor de ellos se oía el mortal castañeteo de los fusiles… fusiles soviéticos; el coronel notó muy pronto que no podría usar el ruido para identificar quién era quién. ¡Maravilloso!— ¡Formen aquí!

—¿Qué es…?

—¡Nos están atacando, teniente! ¿Cuántos hombre tiene?

Se dio vuelta y empezó a contar. Bondarenko lo hizo más rápido. Eran cuarenta y

uno, todos con fusiles, pero no había armas pesadas, ni radios. Podía arreglárselas sin armas pesadas, pero las radios eran vitales.

Los perros, se dijo estúpidamente, debieron haber conservado los perros…

La situación táctica era pasmosamente mala, y él sabía que sólo podría tornarse peor. Una serie de explosiones hendió la noche.

—Los lásers, debemos… —dijo el teniente, pero el coronel lo agarró por el hombro.

—Podemos reconstruir las máquinas —dijo Bondarenko con urgencia—, pero no podemos reconstruir los científicos. Vamos a ir al edificio de departamentos y lo defenderemos hasta el final. Envíe un buen sargento al alojamiento de solteros y ordéneles que vayan a los departamentos.

—¡No, camarada coronel! Tengo órdenes de proteger los lásers y yo debo…

—Yo le estoy ordenando que reúna sus hombres…

—¡No! —le contestó gritando el teniente.

Bondarenko lo derribó de una trompada, tomó su fusil, le quitó el seguro y le disparó dos veces al pecho. Se dio vuelta.

—¿Quién es el mejor sargento?

—Soy yo, coronel —dijo tembloroso un joven.

—¡Yo soy el coronel Bondarenko, y estoy en el comando! —anunció el oficial con la misma energía que si hubiera sido una orden de Dios—. Tome cuatro hombres, vaya a las barracas de los solteros y traiga a todos a la montaña, al edificio de departamentos. ¡Tan rápido como pueda! —El sargento señaló a cuatro hombres y partió a la carrera—. ¡El resto de ustedes, síganme! Los precedió y entraron en la cortina de nieve que caía. Ni él ni ellos tuvieron tiempo de pensar qué les esperaba. Antes de que hubieran podido avanzar diez metros, todas las luces de las instalaciones se apagaron.

Junto al portón de la agrupación lásers estaba detenido un jeep GAZ, que tenía colocada una ametralladora pesada. El general Pokryshkin corrió desde el edificio de control cuando oyó las explosiones y quedó horrorizado al ver que de sus tres torres de guardia sólo quedaban restos incendiados. El comandante del destacamento de la KGB llegó velozmente hasta él en su vehículo.

—Nos están atacando —dijo sin necesidad el oficial.

—Reúna a sus hombres… aquí mismo. —Pokryshkin levantó la vi ta y vio hombres que corrían. Estaban vestidos con uniformes soviéticos, pero de alguna manera él supo que no eran rusos. El general trepó a la parte posterior del jeep y pasó la ametralladora por sobre la cabeza del asombrado oficial de la KGB. La primera vez que apretó el disparador no pasó nada, y tuvo que forzar un proyectil dentro de la recámara. La segunda vez, Pokryshkin tuvo la satisfacción de ver caer a tres hombres. El comandante de la fuerza de guardia no necesitó más estímulo. Gritó rápidamente

varias órdenes por su radio. El combate que se estaba librando degeneró en seguida en completa confusión, como era de esperar… ambos bandos tenían puestos idénticos uniformes y usaban idénticas armas. Pero había más afganos que rusos.

Morozov y varios de sus amigos solteros habían salido de inmediato cuando oyeron el ruido. La mayoría de ellos tenía experiencia militar, aunque él no estaba entre ellos. No importaba… nadie tenía la menor idea de lo que debían hacer. De la oscuridad surgieron cinco hombres corriendo. Llevaban puestos uniformes y tenían fusiles.

—¡Vengan!, ¡todos ustedes, vengan, sígannos! —Más armas empezaron a disparar desde cerca, y dos de los soldados de la KGB cayeron; uno muerto, el otro herido. Este devolvió el fuego, vaciando su fusil en una larga ráfaga. Hubo un grito en la oscuridad seguido por otros gritos. Morozov corrió al interior y llamó al resto de los hombres para que fueran a la puerta. Los ingenieros no necesitaron mucha insistencia.

Arriba de la montaña —dijo el sargento—. Al bloque de departamentos. ¡Tan rápido como puedan! —Los cuatro soldados de la KGB les hicieron señas mientras buscaban blancos, pero veían solamente fogonazos. Ahora las balas volaban por todas partes. Otro de los soldados cayó gimiendo en su último aliento, pero el sargento acabó con el que lo había matado. Cuando el último de los ingenieros salió de la barraca, él y un cabo tomaron los fusiles sobrantes y ayudaron a su camarada a subir la montaña.

Era una misión demasiado grande para ochenta hombres, comprendió el Arquero demasiado tarde. Demasiado para cubrir, demasiados edificios, pero había muchos infieles en ese lugar, por eso él había llevado sus hombres allí. Vio como uno de ellos hacía estallar un ómnibus con una granada antitanque RPG 7. Se incendió completamente y salió del camino, cayendo por la ladera de la montaña mientras los que viajaban en su interior gritaban. Encontraron herramientas para máquinas bañadas en aceite y rápidamente les colocaron cargas explosivas y se alejaron corriendo antes de que las explosiones iniciaran los incendios. El Arquero supo un minuto demasiado tarde cuál era el edificio donde se alojaban los guardias, y ahora ya estaba en llamas cuando él dirigía hacia allí su sección para acabar con los hombres que habían estado en el lugar. Llegaba tarde, pero aún no lo sabía. Una granada de mortero desviada había cortado la línea de energía que daba luz a toda la posición, y todos sus hombres perdieron la visión nocturna por los relámpagos de sus propias armas.

—¡Bien hecho, sargento!, dijo Bondarenko al muchacho. Ya había ordenado a los ingenieros que subieran la escalera. —Vamos a instalar nuestro perímetro alrededor del edificio. Podrían forzarnos a replegarnos. Si fuera así, tomaremos posiciones en la planta baja. Las paredes son de cemento. Las granadas RPG pueden hacernos daño,

pero el techo y las paredes detendrán las balas. Elija un hombre para entrar y busquen hombres con experiencia militar. Entrégueles esos dos fusiles. Cada vez que caiga un hombre, recupere su arma y pásela a alguien que sepa usarla. Yo voy adentro por un momento para ver si consigo un teléfono que funcione…

—Hay un radioteléfono en la oficina de la planta baja —dijo el sargento—. Todos los edificios tienen uno.

—¡Bien! Sostenga el perímetro, sargento. Yo volveré aquí en dos minutos. —Bondarenko corrió adentro, el radioteléfono colgaba de un gancho en la pared, y se sintió aliviado cuando vio que se trataba de un aparato del tipo militar, que funcionaba con sus propias baterías. El coronel se lo cargó al hombro y corrió afuera.

—Los atacantes ¿Quiénes eran?, se preguntó —habían planeado pobremente el asalto. Primero, habían fallado en identificar las barracas de la KGB antes de iniciarlo; segundo, no habían tirado contra la zona residencial con la rapidez con que debieron haberlo hecho. Ahora se estaban acercando, pero se encontraron con una línea de guardias de frontera cuerpo a tierra en la nieve. Eran sólo soldados de la KGB, Bondarenko lo sabía pero tenían una instrucción básica, y la mayoría de ellos sabía que no había lugar para correr. Notó que ese sargento joven era bueno, Se movía de un punto a otro a lo largo del perímetro, sin usar su arma pero alentando a sus hombres e indicándoles lo que debían hacer. El coronel activó la radio.

—Habla el coronel Bondarenko, en el Proyecto Bright Star. Nos están atacando. Repito, Bright Star está siendo atacada. Cualquier unidad de esta red responda de inmediato, cambio.

Gennady, habla Pokryshkin desde la posición láser. Estamos en el edificio de control. ¿Cuál es tu situación?

—Estoy en los departamentos. Tengo adentro a todos los civiles que pudimos encontrar, Tengo cuarenta hombres, y vamos a tratar de sostener este lugar. ¿Qué posibilidades de ayuda?

—Estoy intentando, Gennady; no podemos darle ninguna ayuda desde aquí. ¿Puede resistir?

—Pregúnteme dentro de veinte minutos.

—Proteja a mi gente, coronel. ¡Proteja a mi gente! —gritó Pokryshkin por el micrófono.

—Hasta la muerte, camarada general. Fuera. —Bondarenko mantuvo la radio sobre la espalda y empuñó su fusil—. ¡Sargento!

—¡Aquí, coronel! —El joven suboficial se presentó—. Están tanteando por ahora; aún no han iniciado el verdadero ataque…

—Están buscando puntos débiles. —Bondarenko puso rodilla a tierra. El aire estaba lleno de disparos de armas de fuego, pero todavía no había concentración. Atrás y arriba de los dos, los vidrios de las ventanas caían a pedazos. Las balas daban

en los sectores prefabricados de cemento que formaban la pared del edificio, desprendiendo peligrosas astillas. Tome posición en la esquina opuesta a ésta. Usted tendrá mando sobre las paredes norte y este. Yo me haré cargo de estas dos. Diga a sus hombres que sólo disparen cuando tengan blancos…— Ya lo he hecho, camarada.

—¡Muy bien! —Bondarenko dio una palmada en el hombro del muchacho—: No se repliegue hasta que no esté obligado a hacerlo, pero avíseme cuando lo haga. Las personas que hay en este edificio son muy valiosas. Deben sobrevivir. ¡Vaya! —El coronel observó cómo corría el sargento. Tal vez la KGB instruía muy bien a algunos de sus hombres. Él corrió hasta su esquina del edificio.

Ahora tenía veinte… no, contó dieciocho hombres. Sus ropas camufladas hacían que fuera difícil distinguirlos. Corrió de hombre a hombre, con la espalda encorvada por el peso de la radio, los hizo espaciar y les dijo que ahorraran sus balas. Estaba terminando la línea sobre el lado oeste cuando oyó un coro de voces humanas desde la oscuridad.

—¡Aquí vienen! —gritó un cabo.

—¡No disparen! —ordenó con energía el coronel.

Las figuras que corrían aparecieron como por arte de magia. En un momento la escena estaba completamente vacía, sólo la nieve que seguía cayendo… al siguiente, había una línea de hombres que disparaban desde la cintura fusiles Kalashnikov. Los dejaron que se acercaran hasta menos de cincuenta metros.

—¡Fuego! —Vio caer a diez de ellos en un instante. El resto vaciló y se detuvo; después los atacantes se replegaron, dejando atrás otros dos cuerpos. Se oyeron más disparos desde el lado opuesto del edificio. Bondarenko se preguntó si el sargento habría resistido, aunque eso no estaba en sus manos. Algunos gemidos que se oían muy cerca le indicaron que sus hombres habían tenido heridos también. Al pasar revista a su línea se encontró con que uno de ellos había caído sin el menor ruido. Solamente le quedaban quince hombres.

El avión seguía tomando altura en forma bastante rutinaria, según pensaba von Eich. Poco más de un metro detrás de él, el ruso miraba ocasionalmente el panel eléctrico desde su asiento.

—¿Cómo anda el sistema eléctrico? —preguntó el piloto con cierta irritación.

—No hay problemas con la energía hidráulica y de los motores. Solamente parece haber fallas en el sistema de iluminación —contestó el ingeniero, apagando disimuladamente las luces anticolisión de las punteras de ala y de la cola.

—Bueno… —Las luces del instrumental de cabina estaban todas encendidas, naturalmente, aunque no había otra iluminación en la cabina de pilotaje—. Lo arreglaremos cuando lleguemos a Shannon.

—Coronel —sonó en los auriculares la voz del jefe de tripulación.

—Prosiga —dijo el ingeniero, asegurándose de que los auriculares del ruso no

estaban en el mismo canal.

—Adelante, suboficial.

—Tenemos a nuestros dos… nuestros dos nuevos pasajeros, señor, pero el señor Ryan… se quedó allá abajo, coronel.

—Repita eso. —Dijo Von Eich.

—Nos dijo que saliéramos, señor, dos tipos armados, señor, ellos… nos dijo que saliéramos, señor —repitió el jefe de tripulación. Von Eich lanzó un suspiro.

—Está bien. ¿Cómo van las cosas allá atrás?

—Los tengo en la última fila, señor. No creo que nadie se haya dado cuenta… además, con el ruido de las turbinas y todo.

—Manténgalos como están.

—Sí, señor. He puesto a Freddie para que se encargue de mantener al resto de los pasajeros adelante. El baño de atrás no funciona, señor.

—Qué lástima —comentó el piloto—. Dígales que vayan adelante si necesitan hacerlo.

—Muy bien, coronel.

—Setenta y cinco minutos —anunció el navegador.

Cristo, Ryan, pensó el piloto, espero que te guste estar allá…

—¡Debería matarlo aquí y ahora! —exclamó Golovko.

Estaban en el automóvil del presidente. Ryan se encontró frente a cuatro furiosos oficiales de la KGB. El más enojado parecía ser el hombre que viajaba en el asiento delantero a la derecha. El guardaespaldas de Gerasimov, pensó Ryan, el que estaba más cerca de él. Parecía un tipo muy fornido, y Jack se alegró de que el respaldo del asiento los separara. Tenía un problema realmente inmediato. Miró a Golovko y pensó que sería una buena idea tratar de calmarlo.

—Sergey, eso desencadenaría un incidente internacional que usted no podría creer —dijo Jack con tranquilidad. La conversación siguiente que él pudo oír se desarrollaba en ruso. No comprendía lo que estaban diciendo, pero el contenido emocional era suficientemente claro. No sabían qué hacer. Eso le venía muy bien.

Clark iba caminando por una calle a tres cuadras del puerto cuando las vio. Eran las veintitrés y cuarenta y cinco. Estaban justo a tiempo, gracias a Dios. Esa parte de la ciudad tenía restaurantes y, aunque le costaba creerlo, algunas discotecas. Ellas estaban saliendo de una de éstas últimas cuando las distinguió. Dos mujeres, vestidas como le habían indicado que posiblemente estarían, con la compañía de un hombre. El guardaespaldas. Solamente uno, también según las órdenes. Era una agradable sorpresa que hasta ese momento todo estuviera saliendo de acuerdo con el plan. Clark contó aproximadamente una docena de personas más en la vereda, algunas formando grupos gritones, otras en parejas silenciosas, muchas de ellas serpenteando por el exceso de bebida. Era un viernes por la noche, y eso era lo que hacía la gente de todo

el mundo los viernes por la noche. Mantuvo contacto visual con las tres personas que le interesaban, y se fue acercando.

El guardaespaldas era un profesional. Se había situado a la derecha de las mujeres y mantenía libre la mano con que debía usar el arma. Caminaba delante de ellas, pero eso no impedía que su cabeza girara explorando en todas direcciones. Clark se ajustó la bufanda en el cuello y metió la mano en el bolsillo. Allí estaba la pistola. Apuró el paso para alcanzarlas y lo logró fácilmente. Las dos mujeres parecían no tener apuro, a medida que se acercaban a la esquina. La mayor simulaba estar mirando la ciudad. Los edificios tenían aspecto de ser muy antiguos, pero no lo eran. La Segunda Guerra Mundial había barrido a Talinn en dos oleadas de bombardeo, dejando atrás sólo ruinas incendiadas. Pero las autoridades que tomaron la decisión optaron por reconstruirla como había sido, y la ciudad tenía una atmósfera muy distinta de las otras que Clark había conocido en Rusia. En cierta forma le recordó a Alemania, aunque no pudo saber por qué. Ese fue su último pensamiento frívolo por esa noche. Estaba ahora a unos diez metros detrás de las mujeres; sólo un hombre más que regresaba a su casa en una fría noche de febrero, con la cabeza gacha para evitar el viento y un gorro de piel metido hasta las orejas. Ya podía oír sus voces; conversaban en ruso. Había llegado el momento.

—Russkiy —dijo Clark con acento de Moscú—. ¿Quiere decir que no todos en esta ciudad son bálticos arrogantes?

—Esta es una antigua y encantadora ciudad, camarada —contestó la mujer mayor —. Tenga un poco de respeto.

Aquí vamos…, se dijo Clark. Se adelantó con los pasos poco firmes de un hombre bebido.

—Discúlpeme, encantadora señora. Muy buenas noches dijo mientras pasaba. Avanzó rodeando a las mujeres y chocó contra el guardaespaldas. —Disculpe, camarada…— El hombre se encontró con una pistola que le apuntaba a la cara. — Doble a la izquierda y entre en el callejón. Con las manos afuera para que yo pueda verlas, camarada.

La conmoción se hizo evidente en el rostro del pobre infeliz y resultó hasta divertida, como pensó Clark. Pero no olvidó que se trataba de un hombre entrenado y que tenía un arma en el bolsillo. Aferró con fuerza la ropa que envolvía por atrás el cuello del hombre y lo mantuvo separado todo el largo de su brazo, sin dejar de apoyarle firmemente la pistola.

—Mamá… dijo Katryn alarmada, en voz baja.

—Calla, y haz lo que yo diga. Haz lo que diga este hombre. —Pero…

—Contra la pared —ordenó Clark al guardaespaldas. Mantenía ahora la pistola apuntada al centro de la frente del hombre para poder cambiar las manos. Luego le dio un golpe fuerte y seco, con la mano derecha, en el costado del cuello. El hombre

cayó sin sentido y Clark le puso esposas en las muñecas. Después lo amordazó, le ató los tobillos y lo arrastró hasta el punto más oscuro que pudo encontrar.

—Señoras, ¿quieren venir conmigo, por favor?

—¿Qué es esto? —preguntó Katryn.

—Yo no sé —admitió su madre—. Tu padre me dijo que…

—Señorita, su padre ha decidido que quiere visitar los Estados Unidos, y quiere también que usted y su madre se unan a él —dijo Clark en impecable ruso.

Katryn no contestó. La iluminación del callejón era muy pobre pero él pudo ver que la cara de la muchacha perdía todo el color que tenía. La reacción de su madre no pareció mucho mejor.

—Pero… —dijo finalmente la muchacha. Pero eso es traición… no puedo creerlo.

—Él me dijo… me dijo que debíamos hacer lo que este hombre dijera —repitió María. Katryn… debemos…

—Pero…

—Katryn dijo su madre. —¿Qué será de tu vida si tu padre ha desertado y tú te quedas? ¿Qué pasará con tus amigos? ¿Qué pasará contigo? Te usarán para conseguir que él regrese. Cualquier cosa que tengan que hacer, Katusha…

—Es hora de irnos, señoras. —Clark tomó por el brazo a ambas mujeres.

—Pero… —Katryn hizo un gesto señalando al guardaespaldas.

—Estará bien. Nosotros no matamos a la gente. Es malo para nuestra actividad. —Clark las llevó del brazo otra vez hasta la calle y doblaron a la izquierda en dirección al puerto.

El mayor había dividido sus hombres en dos grupos. El menos numeroso estaba colocando cargas explosivas en todo lo que encontraban. Un poste de luz o un láser no les importaba. El grupo más grande había eliminado a la mayor parte de las tropas de la KGB que intentaron llegar hasta allí, y estaba ahora desplegado alrededor del puesto fortificado de control. No era en realidad un puesto fortificado, pero quienquiera que fuese el que había diseñado los planos de construcción del lugar, evidentemente pensó que la sala de control debía tener la misma clase de protección que el Cosmódromo Lenin, o quizás había pensado que algún día esa montaña podía ser blanco de un ataque nuclear. Más probable era que alguien decidiera que el manual prescribía esa clase de estructura para esa clase de lugar. El resultado había sido un edificio con paredes de cemento reforzado de un metro de espesor. Sus hombres habían matado al comandante de la KGB y tomado su vehículo, con la ametralladora pesada, y estaban haciendo fuego contra las mirillas cortadas en la estructura. En realidad, nadie las usaba para mirar, y sus balas ya habían logrado perforar el grueso cristal y alcanzaban ahora a las computadoras de la sala y al equipo de control.

Adentro, el general Pokryshkin se había hecho cargo del comando al faltar su titular. Contaba con unos treinta hombres de la KGB, armados solamente con armas livianas y con la escasa munición que tenían en su poder cuando se inició el ataque. Un teniente manejaba la defensa en la mejor forma que podía, mientras el general intentaba conseguir ayuda por radio.

—Tardará una hora —estaba diciendo un comandante de regimiento—. ¡Mis hombres ya están saliendo!

—¡Lo más rápido que, puedan! —dijo Pokryshkin—. Aquí está muriendo mucha gente. —El ya había pensado en helicópteros, pero con ese tiempo no lograrían nada. Un ataque de helicópteros no sólo sería una riesgosa jugada, simplemente sería un suicidio. Dejó a un lado la radio y tomó su automática de servicio. Podía oír el ruido que llegaba desde afuera. Estaban destruyendo todos los equipos de la posición. Ya se había resignado a eso. Si bien era toda una catástrofe, importaban más las personas. Cerca de un tercio de sus ingenieros se hallaban en la sala de control. Acababan de terminar una extensa conferencia cuando se inició el ataque. De no haber sido así, no habrían estado allí muchos hombres, pero podrían haber sufrido el primer asalto mientras se encontraban afuera trabajando con los equipos. Allí por lo menos tenían una oportunidad.

Del otro lado de las paredes de cemento, el mayor todavía estaba tratando de resolver el problema. No había esperado nunca encontrarse con esa clase de estructura. Sus granadas RPG antitanque apenas astillaban la pared, y apuntarlas hacia las estrechas mirillas era difícil en la oscuridad. Las balas de la ametralladora pudieron apuntarse hacia ellas gracias a las trayectorias trazadoras, pero para las granadas no era suficiente.

Encuentra los puntos débiles, se dijo. Tómate tiempo y piénsalo. Ordenó a sus hombres que mantuvieran un ritmo de fuego estable y empezó a moverse alrededor del edificio. Quien estuviese adentro tendría sus armas convenientemente distribuidas, pero en las construcciones como esa siempre había por lo menos un punto ciego… El mayor sólo tenía que encontrarlo.

—¿Cómo están las cosas? —crepitó la radio.

—Hemos matado unos cincuenta más o menos. El resto está en un refugio fortificado y estamos tratando de llegar también a ellos. ¿Y qué hay de su blanco?

—El edificio de departamentos —replicó el Arquero—. Están todos allí adentro, y… —La radio transmitió el ruido de disparos de armas de fuego—. Pronto los tendremos.

—Treinta minutos más y habrá que retirarse, amigo mío —anunció el mayor.

—Sí —dijo la radio, y quedó en silencio.

El Arquero era un buen hombre, y valiente, pensó el mayor mientras examinaba la fachada norte del edificio. Con una semana solamente de instrucción formal habría

sido mucho más efectivo… sólo una semana para codificar las cosas que ahora debía aprender por sí mismo… y para poder transmitir las lecciones que a los otros, en esos momentos, les costaban sangre…

Allí estaba el punto ciego.

Allí estaba el lugar.

Las últimas granadas de mortero cayeron sobre el techo del edificio de departamentos. Bondarenko sonrió mientras observaba. Finalmente el otro bando había hecho algo realmente tonto. Las granadas de ochenta y dos milímetros no tenían la menor posibilidad de atravesar las planchas de cemento del techo. En cambio, si las hubieran lanzado contra las defensas alrededor del edificio, él habría perdido mucha gente. Ahora sólo eran diez, y dos de ellos heridos. Los fusiles de los caídos ya se encontraban en el interior del bloque, y los disparaban desde el segundo piso. Contó veinte cuerpos fuera de su perímetro, y los atacantes —ahora estaba seguro de que eran afganos— se arremolinaban más allá de su vista, tratando de decidir qué hacer. Por primera vez, Bondarenko pensó que tal vez pudieran sobrevivir. El general le había informado por radio que un regimiento motorizado se hallaba en camino por la carretera de Nurek y, aunque se estremeció al pensar lo que sería conducir los vehículos BTR de infantería sobre caminos de montaña cubiertos de nieve, la pérdida de unos pocos pelotones de infantería no era nada comparada con el conjunto de científicos que estaba tratando de proteger.

El fuego de fusiles que recibían ahora era esporádico, sólo fuego de perturbación mientras decidían qué hacer después. Con más gente él habría intentado un contraataque, tan sólo para desequilibrarlos, pero el coronel estaba atado a su puesto. No podía arriesgarlo, y menos quedándole solamente un pelotón para cubrir dos lados del edificio.

—¿Me repliego ahora? Cuánto más tiempo pueda mantenerlos alejados del edificio, mejor, pero… ¿debería retirarme ahora? Sus pensamientos giraban alrededor de esa decisión. Dentro del bloque, sus hombres tendrían una protección mucho mejor, pero perdería la posibilidad de controlarlos, ya que cada hombre estaría separado del siguiente por las paredes interiores. Si ellos entraban y subían a los pisos superiores, permitirían a los zapadores afganos que derribaran el edificio con cargas explosivas… no, eso era sólo el consejo de la desesperación. Bondarenko escuchó las descargas aisladas de fusiles y los gemidos de hombres heridos y moribundos y no pudo decidir.

A doscientos metros de distancia, el Arquero estaba a punto de ayudarlo en esa decisión. Pensando erróneamente, por las bajas que allí había sufrido, que esa parte del edificio era la mejor defendida, condujo a los hombres que le quedaban hacia el otro lado. Demoró cinco minutos para hacerlo, mientras los que dejaba atrás mantenían un régimen de fuego constante contra el perímetro ruso. Ya sin granadas

de mortero, sin proyectiles RPG, lo único que tenía ahora, además de los fusiles, eran unas pocas granadas de mano y seis cargas explosivas. En todas partes alrededor de él las llamaradas perforaban la noche. Llamas aisladas de un rojo anaranjado se elevaban para derretir la nieve que caía. Oyó los quejidos de sus propios heridos mientras hacía formar a los cincuenta hombres restantes. Iban a atacar en masa, detrás del líder que los había llevado allí. El Arquero quitó el seguro de su AK-47 y recordó a los primeros tres hombres que había matado con esa arma.

La cabeza de Bondarenko giró bruscamente cuando oyó los gritos que llegaban desde el otro lado del edificio. Se dio vuelta y vio que no estaba ocurriendo nada. Era hora de hacer algo, y confió en que fuera lo acertado:

—¡Todos adentro!, ¡a la carrera! —Dos de sus diez hombres estaban heridos, y fue necesario ayudarlos. Tardaron más de un minuto y, en ese lapso, la noche volvió a encenderse con descargas de fuego de fusiles. Bondarenko tomó cinco soldados y corrió a lo largo del corredor principal de la planta baja del edificio hasta salir por el otro lado.

No pudo saber si se trataba de una ruptura o si los hombres de ese lado también se estaban replegando; otra vez tuvo que contener el fuego porque ambos bandos tenían idénticos uniformes. En ese momento, uno de los que corrían hacia el edificio hizo fuego; el coronel echó rodilla a tierra y lo derribó con una descarga de cinco disparos. Aparecieron más, y él estuvo a punto de tirarles hasta que oyó sus gritos.

—¡Nashi, nashi! —contó ocho. El último de ellos era el sargento, herido en ambas piernas.

—Demasiados… no pudimos…

—Vaya adentro —le indicó Bondarenko—. ¿Puede luchar todavía?

—¡Mierda, sí! —Ambos hombres miraron alrededor. No podían pelear desde las habitaciones individuales. Tendrían que tomar posiciones en los corredores y pozos de las escaleras.

—Viene ayuda en camino. Un regimiento desde Nurek, ¡si podemos seguir resistiendo! —dijo Bondarenko a sus hombres. No les aclaró cuánto tiempo calculaban que iban a tardar. Era la primera noticia buena en más de media hora. Dos civiles venían bajando la escalera. Ambos llevaban fusiles.

—¿Necesitan ayuda? —preguntó Mozorov. No había cumplido el servicio militar, pero acababa de aprender que no era tan difícil usar un fusil.

—¿Cómo andan las cosas allá arriba?, preguntó Bondarenko. Mi jefe de sección ha muerto. Tomé de él este fusil. Hay mucha gente herida, y el resto está aterrorizado como yo.

Quédese con el sargento le ordenó el coronel. Mantenga fría la cabeza, camarada ingeniero, y todavía puede ser que sobrevivamos a esto. La ayuda viene en camino.

Espero que esos malditos se apuren. Morozov ayudó al sargento, que era aún más

joven que él, a desplazarse hasta el extremo opuesto del corredor.

Bondarenko ubicó a la mitad de sus hombres en el pozo de la escalera y la otra mitad junto a los ascensores. Todo estaba en calma otra vez. Pudieron oír afuera un torrente de voces atropelladas, pero los disparos habían cesado por el momento.

Bajen la escalerilla. Con cuidado dijo Clark. Hay un travesaño al final. Pueden pararse sobre él.

María miró con desconfianza la delgada madera, pero hizo lo que le indicaban como si hubiera estado soñando. Su hija la siguió. Por último bajó Clark y pasó junto a las mujeres para llegar al bote. Desató las sogas y movió el bote a mano hasta colocarlo debajo del lugar donde ellas esperaban. Era un salto de casi un metro.

De a una por vez. Usted primero, Katryn. Dé un paso adelante y yo la recibiré. Ella lo hizo; las piernas casi no la sostenían por el miedo y la duda. Clark le tomó el tobillo y la atrajo hacia él. La muchacha cayó dentro del bote con la misma elegancia de una bolsa de papas. Después fue el turno de María. Él le dio las mismas instrucciones, y ellas las siguió, pero Katryn intentó ayudar y, al hacerlo, movió el bote. María se soltó y cayó al agua con un grito.

—¿Qué sucede?, preguntó alguien desde el extremo del muelle.

Clark lo ignoró; aferró las manos de la mujer y la arrastró al interior del bote. La mujer jadeaba ahora por el frío, pero Clark no podía hacer nada para evitarlo. Mientras ponía en marcha el motor eléctrico del bote oyó el ruido de alguien que corría por el muelle, pero el bote ya comenzaba a alejarse.

—¡Stoi! —Gritó una voz. Era un policía, advirtió Clark. ¡Tenía que ser un maldito policía! Se dio vuelta y vio el destello de una linterna. No pudo alcanzar el bote, pero estaba fija en la estela que había dejado atrás. Clark levantó la radio.

Tío Joe, aquí Willy. En camino. ¡El sol ya salió!

Podrían haberlos descubierto dijo Mancuso el oficial de comunicaciones.

Maravilloso. El comandante fue hacia proa. Goodman, caiga a la derecha para cero ocho cinco. Avance en dirección a la costa a diez nudos. ¿Entendido?

Control, aquí sonar, contacto con marcación dos nueve seis. Motor diesel anunció la voz de Jones. Dos hélices.

Será la fragata de patrullaje de la KGB… probablemente una Grisha dijo Ramius. Patrullaje de rutina.

Mancuso no dijo nada, pero señaló hacia el grupo de control de seguimiento de fuego. Ellos trabajarían para determinar una posición que ubicara al blanco mar afuera, mientras el Dallas se acercaba a la costa a profundidad de periscopio, conservando levantada la antena de la radio.

Nueve siete uno, aquí Centro de control Velikiye Luki. Vire a la derecha para nuevo rumbo uno cero cuatro dijo la voz rusa al coronel Von Eich. El piloto apretó la tecla del micrófono en la columna de comando.

Repita Luki, cambio.

Nueve siete uno, se le ordena virar a la derecha para nuevo rumbo uno cero cuatro y regresar a Moscú. Cambio.

Ah, gracias, Luki, negativo, vamos a continuar con rumbo dos ocho seis, de acuerdo con nuestro plan de vuelo. Cambio.

—¡Nueve siete uno, se le ordena regresar a Moscú!, insistió el controlador.

—Comprendido. Gracias. Cambio y fuera. —Von Eich bajó la vista para comprobar que el piloto automático estaba en el rumbo correspondiente; luego continuó mirando hacia fuera para buscar otros posibles aviones.

Pero usted no está regresando dijo el ruso por el intercomunicador.

No. Von Eich se dio vuelta para mirar al hombre. Que yo sepa, no hemos dejado nada atrás. Bueno…

Pero le han ordenado…

Hijo, yo estoy al comando de esta aeronave, y tengo órdenes de volar a Shannon explicó el piloto.

Pero… El ruso se quitó las correas de seguridad y empezó a ponerse de pie.

—¡Siéntese!, ordenó el piloto. ¡Nadie sale de la cabina de pilotaje sin mi permiso, señor! ¡Usted está invitado en mi avión, y tendrá que hacer exactamente lo que yo le diga. Maldición, se suponía que esto iba a ser más fácil! Hizo un gesto al ingeniero, y éste movió otra llave. Con eso se apagaron todas las luces de la cabina del avión. El VC137 volaba ahora totalmente oscurecido. Von Eich conectó nuevamente la radio. Luki, aquí siete nueve uno. Tenemos algunos problemas eléctricos a bordo. No quiero hacer ningún cambio de rumbo importante hasta que lo hayamos solucionado. ¿Me recibió? Cambio.

—¿Cuál es su problema? —preguntó el controlador. El piloto se preguntó qué le habrían dicho, mientras formulaba su siguiente serie de mentiras.

—Luki, todavía no lo sabemos bien. Estamos perdiendo energía eléctrica. Todas nuestras luces se han apagado. El avión está completamente oscuro por el momento. Repito, estamos volando sin luces. Estoy un poco preocupado y no puedo distraerme justo ahora.

Consiguió dos minutos de silencio y otros treinta kilómetros de progreso hacia el oeste.

—Nueve-siete-uno, he notificado a Moscú con respecto a sus problemas. Le aconsejan regresar de inmediato. Tendrá autorización para una aproximación de emergencia —ofreció el controlador.

—Comprendido, gracias, Luki, pero no quiero arriesgar un cambio de rumbo en este momento, usted me comprende. Vamos a arreglar el problema. Por favor, quede atento. Le avisaré. Fuera. —El coronel von Eich consultó el reloj de su panel de instrumentos. Otros treinta minutos hasta la costa.

—¿Cómo? —preguntó el mayor Zarudin—. ¿Quién subió al avión?

—El presidente Gerasimov y un espía enemigo arrestado —dijo Vatutin.

—¿En un avión norteamericano? ¡Usted me está diciendo que el presidente ha desertado en un avión norteamericano! —El oficial que comandaba el destacamento de seguridad del aeropuerto se había hecho cargo de la situación, como se lo permitían sus órdenes. Se encontró con que tenía en su oficina a dos coroneles, un teniente coronel, un conductor y un norteamericano… además de la historia más loca y maldita que había oído en su vida-Debo llamar pidiendo instrucciones.

—¡Yo soy más antiguo que usted! —dijo Golovko.

—¡Usted no es más antiguo que mi comandante! —señaló Zarudin mientras tomaba el teléfono. Había podido hacer que los controladores de tránsito aéreo intentaran ordenar el regreso del avión norteamericano, pero no había sido ninguna sorpresa para sus visitantes que hubiera decidido no volver.

Ryan estaba sentado perfectamente inmóvil, respirando apenas, y sin mover la cabeza. Pensó que, mientras ellos no se pusieran excesivamente nerviosos, estaría a salvo. Golovko era demasiado inteligente para cometer alguna locura. Él sabía quién era Jack, y sabía lo que ocurriría si un miembro acreditado de una misión diplomática en su país sufría el menor rasguño. Ryan había sufrido ya alguno, desde luego. Su tobillo le dolía como todos los diablos, y le sangraba la rodilla, pero eso se lo había hecho él solo. Golovko lo fulminaba con la mirada a dos metros de distancia. Ryan no lo miraba a él. Se tragaba el miedo y trataba de parecer exactamente tan inofensivo como se lo veía en ese momento.

—¿Dónde está su familia? —preguntó Vatutin.

—Volaron ayer a Talinn —contestó Vasiliy sin convicción—. Ella quería visitar a unos amigos…

El tiempo iba pasando para todos. Los hombres de Bondarenko ya no tenían más que medio cargador cada uno. Otros dos habían muerto al estallar las granadas que les lanzaron. El coronel había visto cuando un cabo saltó sobre una de ellas para salvar a sus camaradas y quedó totalmente destrozado. La sangre del muchacho cubría el piso de baldosas como pinturas. Junto a la puerta había seis afganos apilados. Así había sido en Stalingrado, pensó el coronel. Nadie superaba al soldado ruso en la lucha casa por casa. ¿A qué distancia estaría el regimiento motorizado? Una hora era un período de tiempo tan corto. Media película, un programa de televisión, una agradable caminata en la noche… tan poco tiempo, a menos que otros le estuvieran disparando a uno. En ese caso, cada segundo se estiraba ante los ojos y las agujas del reloj parecían congeladas y lo único que marchaba muy rápido era el propio corazón. Esa era sólo su segunda experiencia en combate cerrado. Lo habían condecorado después de la primera, y ahora se preguntaba si no irían a enterrarlo después de la segunda. Pero no podía permitir que eso ocurriera. Arriba de él, en los

pisos superiores, había varios cientos de personas, ingenieros y científicos, sus esposas e hijos, y todas sus vidas dependían de su capacidad para detener a los invasores afganos durante menos de una hora.

Váyanse, les deseaba. ¿Creen que nosotros quisimos venir para que ustedes nos atacaran a tiros en este miserable montón de piedras que llaman país? Si quieren matar a los responsables, ¿por qué no van a Moscú? Pero en la guerra las cosas no sucedían así, ¿verdad?, los políticos nunca parecían acercarse lo suficiente para ver lo que ellos habían desencadenado. Nunca llegarían a saber lo que habían hecho, y ahora, los hijos de puta disponían de misiles con puntas nucleares. Tenían poder para matar millones, pero ni siquiera mostraban el coraje necesario para ver el horror en un simple y tradicional campo de batalla.

—¡En qué tonterías piensas en momentos como éste!, se enfureció consigo mismo.

Había fracasado. Sus hombres habían confiado en él dándole el comando, y él les había fallado, se dijo el Arquero. Miró los cadáveres tendidos alrededor sobre la nieve, y cada uno de ellos parecía acusarlo. Era capaz de matar individualmente, podía derribar aviones del cielo, pero no había aprendido nunca cómo conducir una agrupación grande de hombres. ¿Sería una maldición de Alá sobre él por haber torturado a los pilotos rusos? ¡No!, todavía había que matar enemigos. Hizo señas a sus hombres para que entraran en el edificio a través de varias ventanas rotas en la planta baja.

El mayor iba al frente conduciendo a sus hombres, como esperaban los mujahiddines. Había hecho subir a diez de ellos hasta el costado de la posición fortificada, después los llevó junto a la pared en dirección a la puerta principal, cubiertos por el fuego del resto de la compañía. Todo iba bien, pensó. Había perdido cinco hombres, pero eso no era mucho en una misión como ésa… Gracias por toda la instrucción militar que me dieron, rusos amigos míos…

La puerta principal era de acero. Colocó personalmente un par de cargas explosivas en las dos esquinas inferiores e instaló los fulminantes antes de arrastrarse volviendo hasta doblar la esquina. Los fusiles rusos disparaban por sobre su cabeza, pero los que se hallaban en el interior no sabían dónde estaba él. Eso pronto cambiaría. Tiró de los cables de los fulminantes y retrocedió rápidamente para protegerse junto a la pared lateral.

Pokryshkin se encogió al oír la explosión. Se dio vuelta y vio que la pesada puerta de acero volaba hasta estrellarse contra una de las consolas de control. El teniente de la KGB murió instantáneamente por la onda explosiva y, mientras los soldados de Pokryshkin corrían a cubrir la abertura que había quedado en la pared, cayeron al interior otras tres cargas explosivas. No había dónde correr. Los Guardias de frontera siguieron disparando y mataron en la puerta a uno de los atacantes, pero en ese

momento estallaron las cargas.

Fue un ruido extrañamente hueco, pensó el mayor. Las sólidas paredes de cemento contuvieron la fuerza de las explosiones. Hizo entrar a sus hombres un segundo después. Los circuitos eléctricos desprendían chispas y los incendios comenzarían pronto, pero todos los hombres que pudo ver dentro estaban caídos. Los suyos inspeccionaron rápidamente a uno y otro, quitándoles las armas y matando a los que sólo estaban inconscientes. El mayor vio a un oficial ruso con estrellas de general. El hombre sangraba por la nariz y los oídos, y trataba de levantar la pistola cuando el mayor acabó con él. Un minuto después estaban todos muertos. El edificio se iba llenando rápidamente de humo acre y espeso. Ordenó salir a sus hombres.

—Aquí hemos terminado —dijo por la radio. No obtuvo respuesta—. ¿Está usted allí?

El Arquero se encontraba contra una pared, cerca de una puerta semiabierta. Su radio estaba apagada. Asomando apenas de la habitación, un soldado miraba en dirección al corredor. El momento oportuno. Con el cañón de su fusil, el luchador por la libertad abrió bruscamente la puerta y disparó contra el ruso antes de que el hombre pudiera reaccionar. Pero alcanzó a gritar una orden, y otros cinco soldados surgieron de las habitaciones, aunque dos de ellos cayeron muertos sin poder disparar un tiro. El Arquero miró hacia uno y otro lado del corredor y no vio otra cosa que fogonazos de disparos y siluetas semiocultas.

A cincuenta metros, Bondarenko reaccionó ante la nueva amenaza. Gritó una orden a sus hombres para que permanecieran cubiertos, y luego, con feroz precisión, el coronel identificó y abrió fuego contra los blancos que se movieron en descubierto, reconocidos gracias a la iluminación de emergencia que había en el corredor. El sitio era exactamente igual a una galería de tiro, y pudo matar a otros dos hombres con dos disparos únicamente. Otro corrió hacia él, gritando algo ininteligible y disparando su arma con una descarga larga y continuada. Ante su asombro, los tiros de Bondarenko erraron, pero alguien hizo blanco en el atacante. Continuaron los disparos, y el ruido que reverberaba en las paredes de cemento ensordeció a todos completamente. En ese instante, Bondarenko vio que quedaba un solo hombre. El coronel notó que caían otros dos de sus soldados, y el último afgano hizo saltar trocitos de cemento a pocos centímetros de su cara. Los ojos le ardieron súbitamente y sintió un fuerte dolor en el lado derecho de la cara. El coronel se retiró de la línea de fuego, armó su fusil en la posición de totalmente automático, respiró profundamente y saltó al corredor. El hombre se hallaba a menos de diez metros.

El momento pareció estirarse hasta la eternidad cuando ambos levantaron sus armas para tirar. Vio los ojos del hombre. Allí, inmediatamente debajo de la luz de emergencia, había una cara joven, pero los ojos… la furia que tenían, el odio, casi detuvieron el corazón del coronel. Pero Bondarenko era un soldado antes que todo lo

demás. El primer tiro del afgano erró. El suyo no.

El Arquero sintió en su pecho la conmoción, pero no dolor, mientras caía. El cerebro envió un mensaje a las manos para llevar el arma hacia la izquierda, pero las manos ignoraron la orden y la dejaron caer. Él se derrumbó en etapas, primero sobre las rodillas, después hacia atrás, y por último quedó mirando hacia arriba. Luego el hombre se paró a su lado. No era una cara cruel, pensó el Arquero. Era el enemigo, y un infiel, pero también era un hombre, ¿no? Había curiosidad allí. Quiere saber quién soy; el Arquero se lo dijo con su último aliento.

—¡Allahu akhbar! Dios es grande.

Sí, supongo que lo es, dijo Bondarenko al cadáver. Conocía la expresión bastante bien. ¿Es por eso que viniste? Vio que el afgano tenía una radio. Empezó a hacer ruidos y el coronel se agachó para levantarla.

—¿Está usted allí? —preguntó la radio un momento después. La pregunta había sido hecha en pashtu, pero la respuesta empleó el ruso.

Aquí todo terminó dijo Bondarenko.

El mayor miró su propia radio por un momento, después hizo sonar su silbato para reunir lo que quedaba de sus hombres. La compañía del Arquero conocía el camino hasta el punto de reunión, pero todo lo que importaba ahora era volver a casa. Contó sus hombres. Había perdido once y tenía seis heridos. Con suerte, podría llegar a la frontera antes de que cesara la nevada. Cinco minutos después, sus hombres estaban alejándose de la montaña.

—¡Aseguren la zona!, ordenó Bondarenko a sus seis hombres restantes. Junten todas las armas. Probablemente había terminado todo, pensó, pero el «final» no llegaría verdaderamente hasta que no estuviera allí el regimiento motorizado de infantería.

—¡Morozov! Llamó después. El ingeniero apareció en el acto.

—¿Sí coronel?

—¿Hay algún médico arriba?

Sí, varios… traeré uno.

El coronel notó que estaba sudando. En el edificio quedaba todavía algo de calor. Se quitó de la espalda la radio de campaña y se sobresaltó al ver que tenía dos impactos de bala… pero más se sorprendió cuando descubrió sangre en una de las correas. Alguien lo había herido y él no lo supo hasta ese momento. Se acercó el sargento y lo revisó.

Sólo un rasguño, camarada, como los de mis piernas.

Ayúdeme a quitarme este abrigo, ¿quiere? Bondarenko se encogió para poder sacarse el capote que lo cubría hasta las rodillas, y quedó expuesta su chaquetilla del uniforme. Metió la mano derecha en su interior, y con la izquierda desprendió la cinta distintiva de la Bandera Roja. Luego la sujetó en el cuello del uniforme del

muchacho.

—Usted merece más, sargento, pero esto es todo lo que puedo hacer por ahora.

—¡Arriba el periscopio! Esta vez Mancuso usó el periscopio de búsqueda, con su equipo de amplificación luminosa. Nada todavía… Se dio vuelta para explorar hacia el oeste. Oh, oh. Tengo una luz de punta de mástil a los dos siete cero…

—Ese es nuestro contacto de sonar —dijo sin necesidad el teniente Goodman.

—Sonar, aquí control, ¿ha identificado el contacto? —preguntó Mancuso.

—Negativo. —Respondió Jones—. Estamos recibiendo reverberaciones por el hilo, señor. Las condiciones acústicas son bastante malas. Es de doble hélice y diesel, pero no está identificado.

Mancuso encendió la cámara de televisión del periscopio. Ramius necesitó solamente una mirada a la imagen.

—Grisha. Mancuso miró ahora al grupo de seguimiento de blancos. —¿Solución?

—Sí, pero un poco inestable. —Replicó el oficial de armamento—. El hielo no nos va a ayudar —agregó. Quería significar que el hielo flotante podría eventualmente confundir a un torpedo Mark 48 dispuesto para ataque en superficie. Hizo una pausa momentánea. Señor, si es un Grisha, ¿cómo es que no hay radar?

—¡Nuevo contacto! Control, sonar, nuevo contacto con marcación cero-ocho-seis, suena como nuestro amigo, señor anunció Jones. Otra cosa más, cerca de esa marcación, hélice de gran velocidad… decididamente algo nuevo allí, señor, a los cero ocho tres.

—Arriba medio metro —dijo Mancuso al cabo de guardia. El periscopio subió—. Lo veo, justo sobre el horizonte… a unos cinco kilómetros. ¡Hay una luz detrás de ellos! —Cerró bruscamente hacia arriba las empuñaduras del periscopio y éste bajó en el acto—. Vamos allá rápido, todo adelante dos tercios.

Todo adelante dos tercios, comprendido. El timonel marcó en el telégrafo la orden a las máquinas.

El navegador ploteó la posición del bote que se acercaba y calculó los metros.

Clark estaba mirando hacia atrás, en dirección a la costa. Había una luz en el agua, que se mecía a derecha e izquierda. ¿Quién era? No sabía si la policía local contaba con embarcaciones, pero tenía que haber un destacamento de los Guardias de Frontera de la KGB; ellos disponían de su propia pequeña armada, y su propia fuerza aérea. ¿Pero cuál podía ser su situación de alerta en un viernes por la noche? Probablemente mejor que cuando aquel chico alemán decidió entrar volando en Moscú… exactamente a través de ese sector, recordó Clark.

—Esta zona está casi con seguridad muy alerta… ¿dónde estás. Dallas? —Levantó la radio.

—Tío Joe, aquí Willy. El sol está saliendo, y estamos lejos de casa.

—Dice que está cerca, señor informó comunicaciones. ¿Navegador? —preguntó

Mancuso.

El navegador levantó la cabeza de la mesa.

—Le calculo quince nudos. Tendríamos que estar dentro de los quinientos metros ahora.

—Todo adelante un tercio —ordenó el comandante—. ¡Arriba el periscopio! —El engrasado tubo de acero volvió a subir con un zumbido… hasta el tope.

—Comandante, tengo un emisor de radar a popa, marcación dos-seis-ocho. Es un Don-2 —dijo el técnico de ayudas electrónicas.

—Control, sonar, los dos contactos hostiles han aumentado la velocidad, la cuenta de vueltas de hélice da más o menos veinte nudos y en aumento en el Grisha, señor. —Dijo Jones—. Confirmo identidad del blanco como clase Grisha, el contacto del este todavía desconocido, una hélice, probablemente motor de gas, girando para veinte, más o menos.

—Distancia aproximada seiscientos metros —comunicó el grupo de seguimiento de control de fuego.

—Ahora viene la parte divertida —dijo Mancuso—. Los tengo. Marcación… ¡ya!

—Cero —nueve— uno.

—Distancia. —Mancuso apretó el disparador del telémetro láser del periscopio. ¡Ya!

—Seiscientos metros.

—Muy bien, navegador. ¿Solución sobre el Grisha? —preguntó a control de fuego.

Alistando tubos dos y cuatro. Puertas exteriores todavía cerradas, señor.

—Manténgalas así. —Mancuso se dirigió al puente, junto a la escotilla inferior del túnel—. Oficial ejecutivo, hágase cargo del comando. Yo voy a hacer personalmente la recuperación. Empecemos ya.

—Paren máquinas dijo el oficial ejecutivo. Mancuso abrió la escotilla y subió la escalerilla hasta el puente. Detrás de él cerraron la escotilla inferior. Oyó el agua que se arremolinaba alrededor en la torre, y los golpes de las olas de superficie. Le informaron por el intercomunicador que ya podía abrir la escotilla del puente. Mancuso hizo girar la rueda de cierre y presionó contra la pesada cubierta de acero. Se le llenó la cara de agua fría, salada y aceitosa, pero lo ignoró y salió al puente.

Primero miró hacia atrás. Allá estaba el Grisha; la luz de la punta del mástil aparecía en el horizonte. Después miró hacia adelante y sacó la linterna de señales del bolsillo del pantalón. Apuntó directamente al bote de goma y transmitió en Morse la letra D.

—¡Una luz, una luz! —exclamó María. Clark se dio vuelta para mirar hacia adelante y la vio. Modificó ligeramente el rumbo para dirigirse a ella. Entonces vio otra cosa.

La lancha de patrullaje detrás de Clark se hallaba a más de tres mil metros, y su faro de búsqueda estaba orientado hacia otro lugar. El comandante viró hacia el oeste para ver el otro contacto. Mancuso pensaba que los Grisha debían de tener reflectores de búsqueda, pero eso no lo preocupó por el momento. Después de todo, ¿por qué habrían de preocupar los faros de exploración a un submarino? Cuando está en la superficie, se dijo el comandante. El buque estaba todavía demasiado lejos para verlo, con luz o sin ella, pero eso iba a cambiar muy pronto. Observó que barría la superficie detrás del submarino, y comprendió demasiado tarde que, probablemente, ya tenían al Dallas en el radar.

—¡Aquí, Clark, apúrese! —Gritó a través de agua, agitando la linterna a izquierda y derecha. Los treinta segundos siguientes parecieron durar un mes. Finalmente llegaron.

—Ayude a las señoras —dijo el hombre. Él mantenía el bote junto al submarino, maniobrando con el motor. El Dallas todavía estaba en movimiento; debía hacerlo para poder mantener su precaria profundidad, ni sumergido del todo, ni del todo en la superficie. La primera saltó y se movió como una niña, pensó el comandante mientras la ayudaba a subir a bordo. La segunda estaba mojada y temblaba. Clark esperó un momento y colocó una pequeña caja sobre el motor. Mancuso se preguntó cómo podía mantenerse en equilibrio allí, hasta que se dio cuenta de que era magnética o estaba pegada de alguna manera.

—Bajen por la escalerilla —dijo Mancuso a las señoras.

Clark saltó a bordo y dijo algo. —Probablemente lo mismo— en ruso. Luego habló en inglés a Mancuso.

—Dentro de cinco minutos colará.

Las mujeres ya habían bajado hasta la mitad. Clark las siguió y finalmente Mancuso, que echó una última mirada al bote. Lo último que vino fue la lancha de patrullaje del puerto, que se acercaba ahora directamente hacia él. Saltó hacia abajo y cerró la escotilla. Luego apretó la tecla del intercomunicador.

—¡Inmersión inmediata y en movimiento!

La escotilla inferior se abrió debajo de ellos y Mancuso alcanzó a oír la voz del oficial ejecutivo:

—¡Profundidad treinta metros, todo adelante dos tercios, timón todo a la izquierda!

Un suboficial recibió a las mujeres al pie del tubo del puente. El asombro que vio en su cara habría sido cómico en cualquier otro momento. Clark las tomó del brazo y las condujo hacia proa hasta su camarote. Mancuso caminó hacia popa.

—Tomo el mando —anunció.

—El comandante tiene el comando —dijo el oficial ejecutivo—. El técnico de ayudas electrónicas dice que recibió cierto tráfico de radio en frecuencia VHF,

acercándose, probablemente el Grisha hablando al otro.

—Timonel, caiga a nuevo rumbo tres —cinco— cero. Vamos a meternos debajo del hielo. Probablemente ellos saben que estamos aquí… bueno, saben que hay algo aquí. Navegador, ¿cómo se presenta la carta?

—Tendremos que virar pronto —advirtió el navegador—. Aguas poco profundas a ocho mil metros. Recomiendo adoptar nuevo rumbo dos-nueve-uno. —Mancuso ordenó el cambio de inmediato.

—Profundidad ahora dos-cinco metros, nivelando —dijo el oficial de inmersión —. Velocidad dieciocho nudos. —Un ruido sordo anunció la destrucción del bote y su motor.

—Muy bien, muchachos, ahora todo lo que tenemos que hacer es alejarnos —dijo Mancuso a los tripulantes de la central de ataque. Un repentino sonido agudo les indicó que eso no sería tan fácil.

—Control, sonar, nos están detectando con sonar. Es el «rayo de la muerte» del Grisha —dijo Jones, usando la jerga naval para el equipo ruso—. Podrían tenernos.

—Ya estamos debajo del hielo —dijo el navegador.

—¿Distancia al blanco?

—Poco menos de cuatro mil metros —contestó el oficial de armamento—. Alistados tubos dos y cuatro.

El problema era que no podían disparar. El Dallas se encontraba dentro de las aguas territoriales soviéticas y, aunque el Grisha les disparara a ellos, devolverles los disparos no habría sido defensa propia sino un acto de guerra. Mancuso consultó la carta. Tenía diez metros de agua bajo la quilla, y apenas seis sobre la torre… menos el espesor del hielo…

—¿Marko? —llamó el comandante.

—Primero requerirán instrucciones —apreció Ramius—. Cuanto más tiempo tengan, más probabilidades de que abran fuego.

—Muy bien. Todo adelante, máxima velocidad —ordenó Mancuso. A treinta nudos se hallaría en aguas internacionales en diez minutos.

—El Grisha está pasando por a través de babor —dijo Jones. Mancuso se dirigió a la sala de sonar.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó el comandante.

—El material de alta frecuencia trabaja muy bien en el hielo. Está iluminando de ida y vuelta. Sabe que hay algo aquí, pero no exactamente dónde, todavía.

Mancuso levantó un teléfono.

—Lancen dos señuelos.

Desde el costado de babor del submarino eyectaron un par de señuelos que producían ruidos y burbujas.

—Bien, Mancuso —observó Ramius—. Su sonar se va a fijar en ésos. No puede

maniobrar bien con el hielo.

—Dentro de un minuto lo sabremos con seguridad. —No había terminado de decir lo cuando el submarino fue sacudido por explosiones producidas atrás. A través del sector de proa el submarino como el eco de un grito muy femenino.

—¡Todo adelante flanco! —ordenó el comandante.

Los señuelos —dijo Ramius—. Es sorprendente que haya disparado tan rápido…

—Se pierde el rendimiento del sonar, jefe —dijo Jones, mientras la pantalla se blanqueaba con ruido indefinido. Mancuso y Ramius se dirigieron hacia popa. El navegador había marcado en la carta la progresión del rumbo que llevaban.

—Oh, oh, tenemos que pasar por este lugar, donde no hay hielo. ¿Cuánto quieres apostar que él lo sabe? —Mancuso levantó la vista. Todavía los estaban buscando con el sonar, y él todavía estaba impedido de responderles. Y ese Grisha podría llegar a tener suerte.

—La radio —dijo Ramius—. Mancuso, ¡déjeme hablar por la radio!

—No acostumbramos a hacer las cosas así… —respondió Mancuso. La doctrina norteamericana establecía que debían evadir, y nunca permitirles que tuvieran la seguridad de que allí había un submarino.

—Ya lo sé. Pero nosotros no somos un submarino norteamericano, capitán Mancuso, somos un submarino soviético —sugirió Ramius. Bart Mancuso comprendió, asintiendo. Nunca había jugado esa carta.

—¡Arriba, a profundidad de antena!

Un técnico de radio buscó la frecuencia de la guardia soviética y la delgada antena VHF surgió hasta el tope cuando el submarino dejó atrás la capa de hielo. También subieron el periscopio.

—Allá está. Ángulo a la proa, cero. ¡Abajo el periscopio!

—Contacto radar con marcación dos ocho-uno, —anunció el parlante.

El comandante del Grisha estaba terminando una semana de patrullaje en el Mar Báltico —ya habían pasado seis horas más—, y esperaba con ansias sus cuatro días de licencia. Fue entonces cuando recibió primero una transmisión de radio de la policía de Talinn sobre un extraño bote descubierto cuando abandonaba el puerto, seguido por algo de la KGB; después una pequeña explosión cerca de la lancha de la policía del puerto; después, varios contactos de sonar. El teniente de fragata, de veintinueve años, con tres meses al mando del Grisha, había hecho su apreciación de situación y disparado a lo que su operador de sonar calificó como un contacto positivo con un submarino. Ahora estaba preguntándose si no habría cometido un error, y qué espantoso podría ser eso. Lo único que sabía era que no tenía la menor idea de lo que estaba sucediendo, pero si estuviera dando caza a un submarino, su rumbo sería hacia el oeste.

Y ahora tenía un contacto de radar al frente. El parlante, en la frecuencia de la

radio de guardia, empezó a difundir un nervioso mensaje:

—¡Cese el fuego, idiota! —le gritó una voz metálica tres veces.

—¡Identifíquese! —respondió el comandante del Grisha.

—¡Aquí Novosibirsk Kotnsonzolets! ¡Qué demonios se cree que está haciendo, disparando munición de guerra en un ejercicio de práctica! ¡Identifíquese usted!

El joven oficial miró fijamente su micrófono y lanzó una maldición. El Novosibirsk Konisoniolets era un submarino de operaciones especiales, con base en Kronshladt, y que siempre actuaba en tareas Spetznaz…

—Aquí el Krepkiy.

—Gracias. Ya hablaremos de este episodio pasado mañana. ¡Fuera!

El comandante miró a la tripulación del puente, que lo rodeaba, ¿qué ejercicio…?

—Qué lástima —dijo Marko mientras volvía a poner el micrófono en su lugar—. Ahora demorará varios minutos hasta que llame a su base, y…

—Y eso es todo lo que necesitamos. Y todavía no saben lo que ocurrió. —Mancuso se dio vuelta—. Navegador, ¿la ruta más corta para salir?

—Recomiendo dos —siete cinco; la distancia es de once mil metros.

—A treinta y cuatro nudos, la distancia calculada fue cubierta rápidamente. Diez minutos después, el submarino se hallaba en aguas internacionales. El cambio en el estado de ánimo de todos lo que se encontraban en la sala de control fue notable. Mancuso modificó el rumbo buscando aguas más profundas y ordenó reducir la velocidad a un tercio; luego regresó a la sala del sonar.

—Asunto terminado —anunció.

—Señor, ¿de qué se trataba todo esto? —preguntó Jones—. Bueno, no sé si puedo decírselo.

—¿Cómo se llama ella? —Desde su sillón, Jones alcanzaba a ver el pasillo.

—Ni siquiera lo sé yo mismo. Pero lo averiguaré. —Mancuso caminó por el pasillo y golpeó la puerta del camarote de Clark. ¿Quién es?

—Adivine —dijo Mancuso. Clark abrió la puerta. El comandante vio a una joven vestida con ropas presentables, pero con los pies mojados. Después apareció desde el baño una mujer mayor. Llevaba puestos los pantalones y la camisa color caqui del ingeniero jefe del Dallas, aunque tenía en la mano sus propias cosas, completamente mojadas. Las entregó a Mancuso con una frase en ruso.

—Quiere que se las haga limpiar, jefe —tradujo Clark, y empezó a reír—. Ellas son nuestras nuevas invitadas. La señora Gerasimov y su simpática hija Katryn.

—¿Y qué tienen de especiales? —preguntó Mancuso.

—¡Mi padre es el jefe de la KGB! —intervino Katryn.

El comandante apenas pudo evitar que se le cayeran las ropas de la mano.

—Tenemos compañía —dijo el copiloto. Se aproximaban desde el lado derecho; eran las luces estroboscópicas de lo que tenía que ser un par de aviones de caza—. Se

acercan rápido.

—Veinte minutos hasta la costa —informó el navegador. Hacía bastante que el piloto la había divisado.

—¡Mierda!, bramó el piloto. Los cazas pasaron a menos de doscientos metros de separación vertical de su aeronave, algo más en sentido horizontal. Instantes después, el VC-137 se sacudió al cruzar el aire agitado por el chorro de los aviones de combate.

—Control Engure, aquí vuelo nueve-siete-uno de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos. Acabamos de tener un riesgo de colisión. ¿Qué diablos está pasando allá abajo?

—¡Déjeme hablar con el oficial soviético! —contestó la voz. No sonaba como la de un controlador.

—Soy yo quien habla por esta aeronave —replicó el coronel von Eich—. Navegamos con un rumbo de dos-ocho-seis, nivel del suelo once mil seiscientos metros. Estamos siguiendo un plan de vuelo correctamente formulado, en el corredor aéreo que nos asignaron, y tenemos problemas eléctricos. No queremos ningún par de locos inconscientes que vengan a despedirnos. Este es un avión norteamericano que lleva a bordo una misión diplomática. ¿Quiere iniciar una tercera guerra mundial o algo parecido?, ¡cambio!

—¡Nueve-siete-uno!, se le ordena regresar.

—¡Negativo! Tenemos problemas eléctricos y no podemos —repito— no podemos cumplir esas instrucciones. Este avión está volando sin luces, ¡y esos imbéciles choferes de los MiG casi nos parte en el aire! ¿Están tratando de matarnos? ¡Cambio!

—¡Ustedes han secuestrado a un ciudadano soviético y deben regresar a Moscú!

—Repita eso último —requirió von Eich.

Pero el capitán no pudo hacerlo. Era un oficial de caza, perteneciente a una unidad terrestre de intercepción, y lo habían hecho acudir precipitadamente a Engure —el último punto de control dentro de las fronteras soviéticas— tras una rápida explicación de un oficial local de la KGB, con instrucciones de obligar al avión norteamericano a que regresara. No debió haber dicho lo que transmitió sin reservas.

—¡Usted debe detener esa aeronave! —gritó el general de la KGB.

—Entonces es muy simple. ¡Ordeno a mis MiG que lo derriben! —contestó el capitán con resolución—. ¿Usted me da la orden, camarada general?

—No tengo autoridad para hacerlo. Usted tiene que obligarlo a detenerse.

—No se puede hacer. Podemos derribarlo, pero no podemos obligarlo a que se detenga.

—¿Quiere que lo fusilemos? —preguntó el general.

—¿Dónde diablos está ahora? —preguntó el piloto del Foxbat a su numeral. Lo

habían visto sólo una vez, y por un solo fugaz y aterrador instante. Habían logrado detectar al incursor— aunque en realidad estaba saliendo, y no era justamente un incursor, ambos lo sabían valiéndose del radar, y podían derribarlo con misiles guiados también por radar, pero acercarse al blanco en la oscuridad… Aun en esa noche relativamente clara, el blanco estaba volando sin luces, y tratar de encontrarlo significaba correr el riesgo de lo que los pilotos de caza norteamericanos llamaban con humor un Cuatro-Fox: colisión en pleno vuelo, una muerte rápida y espectacular para todos los participantes.

—Hammer Lead, aquí Toolbox. Se le ordena acercarse al blanco y forzarlo a virar —dijo el controlador—. El blanco está ahora a las doce del reloj con respecto a ustedes y en vuelo nivelado; distancia tres mil metros.

—Eso ya lo sé —dijo para sí el piloto. Tenía al avión de transporte en el radar, pero no visualmente, y su radar no podía seguirlo con la precisión necesaria como para advertirle sobre una colisión inminente. Además, debía preocuparse por el otro MiG que volaba a su lado.

Quédese atrás —ordenó a su numeral—. Voy a manejar esto yo solo. —Adelantó sus aceleradores ligeramente y movió la palanca un pelo a la derecha. El MiG era pesado y lento en sus reacciones, nada maniobrable. Tenía un par de misiles aire—aire colgando de cada ala, y todo. Lo que debía hacer para detener a ese avión era… Pero en vez de ordenarle que procediera en la forma en que estaba entrenado, algún burro de la KG B quería que…

Allá. No hizo demasiado para ver el otro avión, pero distinguió algo adelante que desaparecía. ¡Ah! Llevó hacia atrás el comando para ganar unos cuantos cientos de metros de altura y…, ¡sí! Pudo divisar la silueta del Boeing contra el mar. Lenta, cuidadosamente, se adelantó hasta situarse al costado del blanco y doscientos metros más arriba.

—Veo luces en el lado derecho —dijo el copiloto—. Es un caza pero no sé de qué tipo.

—Si usted fuera él, ¿qué haría? —preguntó von Eich. ¡Desertaría! O nos derribaría…

Detrás de ellos, en el asiento intermedio, el piloto ruso, cuya única misión era hablar en ruso en caso de emergencia, seguía atado a su asiento y no tenía la menor idea sobre qué hacer. Le habían cortado las conversaciones radiales y ahora sólo podía usar el intercomunicador. Moscú quería que viraran con el avión y regresaran. Él no sabía por qué, pero… ¿pero qué?, se preguntó.

—Aquí viene, deslizándose hacia nosotros.

Tan cautelosamente como pudo, el piloto del MiG maniobró su avión hacia la izquierda. Quería colocarse sobre la cabina de pilotaje del Boeing. Desde esa posición podía reducir suavemente la altura y forzarlo a descender. Hacer eso

requería tanta pericia como él se consideraba capaz de reunir, y no le quedaba otra cosa que rezar para que el norteamericano fuera igualmente hábil. Se ubicó de manera de poder ver… pero…

El MiG – 25 estaba diseñado como avión interceptor, y la cabina de pilotaje daba al piloto una visibilidad muy restringida. Ya no pudo ver al avión con el que estaba volando en formación. Miró al frente. La costa se hallaba a muy pocos kilómetros de distancia. Aunque fuera capaz de obligar al norteamericano a que redujera la altura, estaría sobre el Báltico antes de que pudiera importarle a nadie. El piloto tiró de la palanca y trepó en viraje a la derecha. Una vez alejado, invirtió el rumbo.

—Toolbox, aquí Hammer Lead —informó—. El norteamericano no cambiará el rumbo. Lo intenté, pero no chocaré ese avión sin tener la orden.

El controlador había visto juntarse las dos señales de radar en su pantalla, y se asombraba ahora de que su corazón no dejara de latir. ¿Qué diablos estaba pasando? Ese era un avión norteamericano. No podían obligarlo a detenerse, y si ocurría un accidente, ¿a quién culparían? Tomó su decisión.

—Regrese a su base. Cambio y fuera.

—Tendrá que pagar por esto —prometió el general de la KGB al oficial de intercepción desde tierra. Estaba equivocado.

—Gracias a Dios —dijo von Eich cuando pasaron sobre la línea de la costa. Llamó al comisario jefe de tripulación—. ¿Cómo está la gente atrás?

En general duermen. Deben de haber tenido una gran fiesta esta noche. ¿Cuándo tendremos electricidad de nuevo?

—Ingeniero de vuelo —llamó el piloto—, quieren saber sobre los problemas eléctricos.

Parece que era un interruptor en malas condiciones, señor. Creo que… Sí, ya lo arreglé.

El piloto miró hacia fuera por su ventanilla. Las luces de posición, en las puntas de las alas, estaban otra vez encendidas, al igual que las luces de la cabina, excepto en el fondo. Cuando sobrevoló Ventspils, viró a la izquierda tomando rumbo dos-cinco-nueve. Lanzó un largo suspiro. Dos horas y media hasta Shannon.

—Vendría bien un poco de café —pensó en voz alta.

Golovko colgó el teléfono y farfulló unas pocas palabras que Jack no pudo comprender exactamente, aunque el mensaje que ellas transmitían pareció más bien claro.

—Sergey, ¿puedo limpiarme la rodilla?

—¿Qué ha hecho exactamente, Ryan? —preguntó el oficial de la KGB.

—Me caí del avión, y esos hijos de puta se fueron sin mí. Quiero que me lleven a mi embajada, pero primero… me duele la rodilla.

Golovko y Vatutin se miraron y ambos se preguntaron varias cosas. ¿Qué había

sucedido en realidad? ¿Qué les sucedería a ellos? ¿Qué hacer con Ryan?

—¿A quién llamamos, por lo menos? —preguntó Golovko.

XVII. Acuerdos confidenciales

Vatutin decidió llamar a su jefe de directorio; éste recurrió al primer vicepresidente de la KGB, quien a su vez llamó al alguien más y, finalmente volvió a llamar al aeropuerto, donde todos estaban esperando. Vatutin recibió las instrucciones, llevó a los hombres al automóvil de Gerasimov e indicó algo al conductor que Jack no comprendió. El vehículo atravesó directamente las calles de Moscú, prácticamente vacías a esa hora de la noche. Era apenas pasada la medianoche, y las personas que habían asistido a las funciones de cine, ópera o ballet, ya estaban de regreso en sus casas. Sentaron a Jack entre los dos coroneles de la KGB, y él confió en que lo llevarían a la embajada, pero continuaron, cruzaron la ciudad a gran velocidad, luego subieron a las Colinas Lenin y siguieron por los bosques que rodeaban la ciudad. Ahora se asustó. La inmunidad diplomática le había parecido en el aeropuerto una cosa más segura que allí en los bosques.

Después de una hora, el auto redujo la velocidad, salió del camino pavimentado y entró en uno de grava que serpenteaba entre los árboles. Por la ventanilla vio que había uniformes en las cercanías. Hombres con fusiles. Esa visión lo hizo olvidar el dolor que sentía en la rodilla y el tobillo. ¿Dónde estaba exactamente?

—¿Por qué lo estaban llevando allí? ¿Por qué había gente con armas? La frase que acudió a su cerebro fue muy simple y siniestra: Llévenlo a dar un paseo…

—¡No! No pueden estar haciendo eso, le dijo la razón. Tengo pasaporte diplomático. Demasiadas personas me han visto con vida. El embajador probablemente ya estará… Pero no lo estaría. Él no estaba enterado de lo que había ocurrido, y, a menos que le hubieran avisado desde el avión… De cualquier manera, era imposible que ellos pudieran… Aunque en la Unión Soviética —se decía— pasaban cosas que simplemente no pasaban.

Se abrieron las puertas del auto. Golovko bajó y arrastró a Ryan con él. De lo único que Jack estaba seguro ahora, era de que cualquier resistencia no tenía sentido.

Había una casa en el bosque, una casa de aspecto enteramente común. El resplandor amarillo de las ventanas indicaba que las luces estaban encendidas adentro. Ryan vio más o menos una docena de personas en las proximidades. Una de ellas, un oficial, se acercó y palpó de armas a Ryan con exagerado celo, provocando un gemido de dolor cuando llegó a la rodilla que sangraba bajo los pantalones desgarrados. Sorprendió a Ryan con lo que podía haber sido un desganado pedido de disculpas. El oficial hizo un gesto de asentimiento a Golovko y Vatutin, quienes entregaron sus automáticas e hicieron entrar a Ryan en la casa.

Del otro lado de la puerta, un hombre tomó sus abrigos. Otros dos, vestidos con ropas civiles, eran obviamente policías o miembros de la KGB. Llevaban puestas unas chaquetas abiertas y, por la forma en que estaban de pie, Jack pudo darse cuenta

de que cargaban pistolas. Saludó amablemente a ambos, pero sólo obtuvo como respuesta que uno de ellos volviera a palparlo de armas, mientras el otro se instalaba a conveniente distancia de tiro. Ryan quedó asombrado al ver que también palpaban de armas a los dos oficiales de la KGB. Completada la revisión, el segundo hombre les indicó una puerta invitándolos a entrar.

El Secretario General del Partido Comunista de la Unión Soviética, Andreu Il'ych Narmonov estaba sentado en un recargado sillón frente a un fuego recién encendido. Se puso de pie cuando los cuatro hombres entraron en la habitación, y les hizo un gesto indicándoles que se sentaran en el sofá que se encontraba frente a su lugar. El guardaespaldas tomó posición de pie, detrás del jefe del gobierno soviético. Narmonov habló en ruso. Golovko tradujo.

—¿Usted es…?

—John Ryan, señor —dijo Jack. El Secretario General le señaló un sillón más cerca del suyo, y notó que Ryan cojeaba.

—Anatoliy —dijo al guardaespaldas. Este tomó a Ryan del brazo y lo llevó a un cuarto de baño en el piso superior. El hombre humedeció una toalla con agua tibia y se la entregó. Jack alcanzó a oír que la gente hablaba allá abajo en la sala, pero sus conocimientos de ruso no le permitieron captar nada de lo que decían. Fue bueno lavarse la pierna, pero los pantalones parecían no tener remedio y la ropa más próxima con que podía haberse cambiado debía estar— consultó el reloj —cerca de Dinamarca en esos momentos. Anatoliy no apartó su vista de él ni por un instante. El guardaespaldas sacó un vendaje de gasa del botiquín y ayudó a Jack a ponerlo en su sitio; después regresaron caminando tan airosamente como permitieron a Jack sus dolores.

Golovko se encontraba todavía allí, pero Vatutin se había ido, y el sillón vacío aún lo esperaba. Anatoliy volvió a ocupar su sitio detrás de Narmonov.

—Este fuego hace sentir bien —dijo Jack—. Gracias por permitir que me lavara la pierna.

—Golovko me dice que eso no se lo hicimos nosotros. ¿Es correcto?

Pareció extraña la pregunta a Jack, dado que Golovko estaba haciendo la traducción. De modo que Andrey Il'ych habla un poco de inglés, ¿no?

—No, señor, me lo hice yo mismo. No he sido maltratado de ninguna manera. —Solamente me dieron un susto de todos los diablos, pensó Jack. Pero eso es únicamente culpa mía. Narmonov lo miraba en silencio y con interés. Lo hizo durante casi medio minuto antes de volver a hablar.

—Yo no necesitaba su ayuda.

—No sé lo que quiere decirme, señor —mintió Ryan.

—¿Creyó realmente que Gerasimov podía desplazarme?

—Señor, yo no sé de qué está usted hablando. Mi misión era salvar la vida de uno

de nuestros agentes. Hacer eso significó comprometer al presidente Gerasimov. No fue más que pescar con la carnada apropiada.

—Y pescar el pez apropiado —comentó Narmonov. El tono de su voz parecía divertido, pero no lo mostraba en la cara.

—¿Y su agente era el coronel Filitov?

Sí, señor. Usted lo sabe.

—Acabo de enterarme.

Entonces usted sabe que Yazov también estaba comprometido. ¿Y hasta qué punto pudieron haber estado cerca, camarada Secretario General?, pensó Ryan pero no lo dijo. Probablemente Narmonov tampoco lo sabía.

—¿Usted sabe por qué se hizo traidor?

—No, no lo sé. Solo me instruyeron en lo que necesitaba saber.

—¿Y por lo tanto no sabe sobre el ataque a nuestro Proyecto Bright Star?

—¿Qué? —Jack quedó realmente sorprendido, y lo mostró.

—No me insulte, Ryan. Usted conoce el nombre.

—Se encuentra al sudeste de Dushanbe. Lo sé. ¿Atacado?, preguntó.

—Como lo pensé. Usted sabe que ese fue un acto de guerra —observó Narmonov.

—Señor, oficiales de la KG B secuestraron hacia varios días a un científico norteamericano del sistema de Iniciativa de Defensa Estratégica. El propio Gerasimov dio la orden. Su nombre es Alan Gregory. Es un mayor del Ejército de los Estados Unidos, pero ya fue rescatado.

—No lo creo —dijo Golovko antes de traducir. Narmonov se sintió molesto por la interrupción, pero la sustancia de la afirmación de Jack le produjo una verdadera conmoción.

—Uno de sus oficiales fue capturado. Está vivo. Es verdad, señor le aseguró Jack.

Narmonov sacudió la cabeza y se puso de pie para arrojar otro leño al fuego. Lo acomodó en su lugar con un atizador.

—Es una locura, usted lo sabe —dijo mirando el hogar—. Ahora tenemos una situación perfectamente satisfactoria.

—Discúlpeme, señor. No entiendo —observó Ryan.

—El mundo está en un momento de estabilidad, ¿no es así? Sin embargo, su país desea cambiar eso, y nos obliga a perseguir el mismo objetivo. —Que las instalaciones de prueba de misiles balísticos en Sary Shagan hacía treinta años que estaban operando quedaba, por el momento fuera de la cuestión.

—Señor Secretario, si usted cree que la capacidad para convertir cada ciudad y cada hogar de mi país en una hoguera como la que usted tiene allí…

—También mi país, Ryan —dijo Narmonov.

—Sí, señor, también su país, y muchos otros. Usted puede matar a casi todos los civiles de mi país, y nosotros podemos asesinar a casi todos los habitantes del suyo en

sesenta minutos, o menos, desde el momento en que levante el teléfono, o mi Presidente lo hace. ¿Y cómo llamamos a eso? Lo llamamos estabilidad.

—Es estabilidad, Ryan —insistió Narmonov.

—No, señor, el nombre técnico que usamos nosotros es MAD: Mutual Assured Destruction que ni siquiera es buena gramática, pero sí lo suficientemente exacta. La situación que tenemos ahora es una locura, realmente, y el hecho de que ha sido decidida por gente supuestamente inteligente no la hace menos delicada.

—Pero funciona, ¿no es así?

—Señor, ¿por qué consideramos estabilizada a una situación en la que tenemos varios cientos de millones de personas a menos de una hora de la muerte? ¿Por qué consideramos peligrosas las armas que podrían proteger a esas personas? ¿No es eso un retroceso?

—Pero si nunca las usamos…, ¿usted cree que yo podría vivir con semejante crimen en mi conciencia?

—No, creo que ningún hombre lo podría, pero alguien podría echar todo a perder. Probablemente se volaría los sesos una semana después, pero ya sería demasiado tarde para el resto de nosotros. Esas malditas cosas son demasiado fáciles de usar. Usted aprieta un botón y comienza todo, y todas ellas funcionan bien, probablemente porque no hay nada que las detenga. A menos que algo se interponga en su camino, no hay razón para pensar que no funcionarán, Y mientras alguien piense que podrían funcionar, es demasiado fácil usarlas.

—Sea realista, Ryan ¿Usted cree que alguna vez nos vamos a deshacer de las armas atómicas? —preguntó Narmonov.

—No, nunca vamos a deshacernos de todas las armas. Lo sé. Siempre tendremos ambos la capacidad para dañarnos mucho mutuamente, pero podemos hacer que ese proceso sea más complicado de lo que es ahora. Podemos dar a todos una razón más para que no aprieten el botón. Eso no es desestabilizador, señor. Es simplemente buen sentido. Es sólo algo más para proteger su conciencia.

—Usted suena como su Presidente. —Narmonov dijo esto con una sonrisa.

—El tiene razón. —Ryan la devolvió.

—Ya es suficientemente malo que tenga que discutir con un norteamericano. No voy a hacer lo mismo con otro. ¿Qué van a hacer con Gerasimov? —preguntó el Secretario General.

—Todo el asunto será manejado en el mayor silencio, por obvias razones —dijo Jack, esperando estar en lo cierto.

—Causaría un gran daño a mi gobierno que su deserción se hiciera pública. Sugiero que murió en un accidente de aviación…

—Transmitiré eso a mi gobierno si me permiten hacerlo. También podemos mantener en reserva el nombre de Filitov. No tenemos nada que ganar con la

publicidad. Eso sólo complicaría las cosas para su gobierno y el mío. Ambos queremos que progrese el tratado de armamentos… ahorrar todo ese dinero, ambos.

—No tanto —dijo Narmonov—. Unos pocos puntos en el porcentaje de los presupuestos de defensa de ambas partes.

—Hay un dicho en nuestro gobierno, señor. Mil millones por aquí y mil millones por allá, muy pronto se llega a hablar de dinero en serio. —Jack ganó una carcajada al decirlo—. ¿Puedo hacerle una pregunta, señor?

—Adelante.

—¿Qué va a hacer usted con el dinero de su parte? Supongo que yo tendría que imaginármelo.

—Entonces tal vez pueda ofrecerme alguna sugerencia. ¿Qué le hace pensar que yo lo sé? —preguntó Narmonov. Se puso de pie, y Ryan hizo lo mismo—. Vuelva a su embajada. Diga a su gente que es mejor para ambas partes que esto nunca sea hecho público.

Media hora más tarde dejaron a Ryan junto a la puerta de su embajada. El primero que lo vio fue un sargento de infantería de marina. El segundo fue Candela.

El VC-137 aterrizó en Shannon con diez minutos de atraso, debido a los vientos de frente sobre el Mar del Norte. El jefe de tripulación y otro suboficial condujeron a los pasajeros hacia adelante y, cuando todos habían abandonado el avión, fueron hacia el fondo de la cabina para abrir la puerta de atrás. Mientras relampagueaban las cámaras en la terminal principal, arrimaron rodando una escalera hasta la cola del Boeing y bajaron cuatro hombres que tenían puestas chaquetas de uniforme de suboficiales de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos. Subieron a un auto y los llevaron hasta un extremo del edificio de la terminal. Allí ascendieron a otro avión del Ala 89 de Transporte Aéreo Militar, un VC-20A, versión militar del jet ejecutivo Gulfstream-III.

—Hola, Misha. —Mary Pat Foley lo esperaba junto a la puerta y lo llevó hacia delante. Nunca lo había besado, pero ahora lo hizo—. Tenemos comida y bebidas, y otro vuelo hasta casa. Venga, Misha. —Lo tomó del brazo y lo condujo a su asiento.

A pocos metros, Ritter saludó a Gerasimov.

—¿Y mi familia? —preguntó el segundo.

—A salvo. Las tendremos en Washington dentro de dos días. En este momento se hallan a bordo de un buque de la Armada de Estados Unidos, en aguas internacionales.

—¿Se supone que debo agradecerles?

—Esperamos que usted coopere.

—Ustedes tienen mucha suerte —observó Gerasimov.

—Sí —aceptó Ritter—. Es cierto.

El auto de la embajada llevó a Ryan a Sheremetyevo un día después, para tomar

el vuelo regular de Pan Am en un 727 hasta Frankfurt. Le proveyeron un boleto de clase turista, pero Ryan lo cambió por uno de primera clase. Tres horas más tarde, también en Pan Am, pudo hacer la conexión hacia Dulles en un 747. Durmió la mayor parte del viaje.

Bondarenko examinó la carnicería. Los afganos habían dejado atrás cuarenta y siete cadáveres, y evidencias de muchos más. Solamente habían sobrevivido dos de los conjuntos láser. Todos los talleres de máquinas estaban destruidos, al igual que el teatro y el alojamiento de solteros. El hospital se hallaba casi intacto, y lleno de gente herida. La parte buena era que se había salvado el setenta y cinco por ciento de los científicos e ingenieros, y casi todos sus empleados. Se encontraban allí cuatro generales, diciéndole que era todo un héroe y prometiéndole medallas y la promoción, aunque él ya había obtenido la única recompensa que interesaba. Tan pronto como llegó la fuerza de apoyo, se preocupó en comprobar que la gente estuviera a salvo. Ahora, se limitaba a observar desde el techo del edificio de departamentos.

—Hay mucho trabajo por hacer dijo una voz. El coronel muy pronto general —se dio vuelta.

Morozov. Todavía tenemos dos de los lásers. Podemos reconstruir los talleres y laboratorios. Un año, quizá dieciocho meses.

—Eso es, más o menos dijo el joven ingeniero. Los nuevos espejos y su equipo de control de computación llevarán por lo menos ese tiempo. Camarada coronel, todos me han pedido que…

—Ese es mi trabajo, camarada ingeniero, y no olvide que tenía que cuidar también mi propio trasero, ¿verdad? Esto no volverá a suceder nunca más. De ahora en adelante tendremos aquí un batallón de infantería motorizada, de un regimiento de guardias. Ya me he ocupado de eso. Para el verano, este lugar será tan seguro como cualquier otro de la Unión Soviética.

—¿Seguro? ¿Qué significa eso, coronel?

—Es mi nuevo trabajo. Y el suyo —dijo Bondarenko—. ¿Recuerda?

EPÍLOGO: PUNTOS COMUNES

Ortiz no se sintió sorprendido cuando el mayor entró solo. El informe de la batalla llevó una hora y, una vez país el oficial de la CIA recibió unas cuantas mochilas de equipos. Los hombres del Arquero habían logrado salir luchando, y de los casi doscientos que partieron desde el campamento de refugiados, eran menos de cincuenta los que regresaron en ese primer día de primavera. El mayor se puso a trabajar de inmediato, tomando contacto con otras bandas, y el prestigio de la misión que había cumplido su grupo le permitió tratar de igual a igual con cabecillas más viejos y poderosos. Antes de una semana había reemplazado sus pérdidas con ansiosos nuevos guerreros, y los arreglos que el Arquero tenía con Ortiz permanecieron en vigencia.

—¿Ya va a regresar? —preguntó el oficial de la CIA al nuevo líder.

—Por supuesto. Ahora estamos ganando —contestó el mayor con un grado de confianza que ni siquiera él mismo pudo comprender.

Ortiz los vio partir durante un anochecer; una sola columna de pequeños y feroces guerreros, conducidos ahora por un soldado con entrenamiento. Confió en que eso significaría una diferencia.

Gerasimov y Filitov nunca volvieron a verse. Los interrogatorios duraron varias semanas y se realizaron en distintos lugares. Llevaron a Filitov a Camp Peary, Virginia, donde se encontró con un mayor de anteojos, del Ejército de los Estados Unidos, a quien le dijo todo lo que recordaba de los descubrimientos rusos relacionados con la potencia láser. Al anciano le pareció curioso que ese muchacho pudiera sentirse tan entusiasmado con esas cosas que él había memorizado, pero nunca comprendido del todo.

Después llegaron las explicaciones de rutina sobre la segunda carrera que había sumado a la primera, y en la que había igualado el éxito de ésta. Toda una generación de oficiales de campo lo entrevistó en sesiones de comidas, caminatas y bebida, que preocuparon a los médicos pero que nadie podía negar a Cardenal. Las habitaciones donde vivía se hallaban celosamente custodiadas y hasta había en ellas dispositivos de escucha electrónica. Y los hombres que escuchaban se sorprendieron al comprobar que, ocasionalmente, hablaba en sueños.

Un oficial de la CIA, que estaba a seis meses de su retiro, hizo una pausa en la lectura del periódico local cuando oyó que ocurría aquello una vez más. Sonrió al oír los sonidos en sus auriculares e hizo a un lado el artículo que leía sobre la visita del Presidente a Moscú. Pobre viejo, solo y triste, pensó mientras escuchaba. La mayor parte de sus amigos ya han muerto, y él los ve solamente en sus sueños. ¿Fue por eso que empezó a trabajar para nosotros? Los murmullos cesaron, y en las habitaciones contiguas, el oficial que custodiaba a Cardenal volvió a su periódico.

—Camarada capitán —dijo Romanov.

—¿Sí, cabo? —Parecía más real que en la mayoría de sus sueños, notó Misha. Un momento después supo por qué.

Estaban pasando la luna de miel bajo la protección de oficiales de seguridad; los cuatro días… el tiempo máximo que Al y Candi estaban dispuestos a permanecer alejados de su trabajo. El mayor Gregory atendió el teléfono cuando sonó.

Sí… sí, señor. —Candi oyó que decía. Un suspiro. Un lento movimiento de cabeza en la oscuridad—. ¿Ni siquiera hay un lugar donde enviar flores? Candi y yo, ¿podemos…? Comprendo. Gracias por llamar, general. —Ella lo oyó colgar el teléfono y suspirar una ven más.

—Candi, ¿estás despierta?

—Sí.

—Nuestro primer hijo… su nombre será Mike (equivalente en ruso a Mikhail o Misha).

El mayor general Gregory Dalmatov era el Agregado de Defensa a la Embajada Soviética en Washington, y su cargo significaba para él una cantidad de deberes de ceremonial que entraban en conflicto con su misión primaria, reunir inteligencia. Sintió un ligero fastidio cuando recibió el llamado telefónico del Pentágono, solicitándole que acudiera a la sede de la jefatura militar norteamericana y, ante su gran sorpresa, que lo hiciera vistiendo uniforme completo de servicio. Su auto lo dejó junto a la entrada del lado del río, y un joven capitán paracaidista lo acompañó adentro. Luego se dirigieron al despacho del general Ben Crofter, jefe del estado Mayor del Ejército de los Estados Unidos.

—¿Me permite preguntarle qué está pasando?

—Algo que pensamos que usted debía ver, Gregoriy —contestó misteriosamente Crofter.

Atravesaron el edificio caminando hasta la plataforma de helicópteros del Pentágono donde, ante el asombro de Dalmatov, abordaron un helicóptero de infantería de marina perteneciente a la flota presidencial. El Sikorsky despegó en seguida y puso rumbo al noroeste, en dirección a las colinas de Maryland. Veinte minutos después estaban descendiendo. La mente de Dalmatov registró una nueva sorpresa. La aeronave aterrizó en Camp David. Cuando bajaron del helicóptero, un miembro de la fuerza de guardia de Infantería de marina, con uniforme de ceremonia, los saludó y acompañó hacia la arboleda. Caminaron unos minutos y salieron a un claro. Dalmatov no sabía que allí existieran abedules, tal vez un cuarto de hectárea cubierto por ellos, y el claro se hallaba cerca de la cumbre de un cerro que ofrecía una hermosa vista de los alrededores.

Y en la tierra habían cavado un hoyo rectangular de dos metros de profundidad. Pareció extraño que no hubiera lápida, y que el césped estuviera cuidadosamente

cortado y apilado cerca, como para reponerlo.

No muy lejos, sobre la línea de árboles, Dalmatov puso ver más infantes de marina. Tenían puestos uniformes de combate y cinturones con pistolera. Bueno, no era de sorprender que allí tuviesen una fuerte guardia, y el general consideró reconfortante que en el transcurso de la última hora hubiera podido encontrar algo que no fuera sorpresa.

Apareció primero un jeep. Dos infantes de marina —otra vez con uniformes de ceremonia— bajaron y levantaron un estrado —evidentemente prefabricado— cerca del hoyo. Tienen que haber practicado, pensó el general, ya que, según su reloj, sólo tardaron tres minutos. Entonces apareció entre los árboles un camión de tres cuartos de tonelada, seguido por algunos otros jeeps. Acomodado en la parte posterior del camión había un ataúd de roble lustrado. El camión se detuvo a pocos metros del hoyo. En el acto formó una guardia de honor.

—¿Puedo preguntar por qué estoy aquí? —preguntó Dalmatov cuando no pudo contenerse más.

—Usted hizo su carrera en tanques, ¿verdad?

—Si, general Crofter, como usted.

—Ese es el motivo.

Los seis hombres de la guardia de honor colocaron el ataúd sobre el estrado. El suboficial a cargo quitó la tapa. Crofter se acercó caminando. Dalmatov quedó sin aliento cuando vio quien estaba dentro.

—Misha.

—Pensé que lo conocía —dijo una nueva voz. Dalmatov giró bruscamente.

—Usted es Ryan. —Había otros allí, Ritter de la CIA, el general Parks y una joven pareja de unos treinta años, pensó Dalmatov. La esposa parecía estar embarazada, aunque en los comienzos. Lloraba silenciosamente en la suave brisa de primavera.

—Sí, señor.

El ruso hizo un gesto en dirección al ataúd.

—Dónde… cómo hizo usted…

—Llegué hace poco de Moscú. El Secretaria General tuvo la amabilidad de darme el uniforme y las condecoraciones del coronel. Dijo que… dijo que en el caso de este hombre, prefiere recordar el motivo por el cual obtuvo esas tres estrellas doradas. Espero que usted diga a su gente que el coronel Mikhail Semyonovich Filitov, tres veces Héroe de la Unión Soviética, murió pacíficamente mientras dormía.

Dalmatov se puso rojo.

—Era un traidor a su país… No voy a permanecer aquí y…

—General —dijo ásperamente Ryan—, debería ser perfectamente claro que su Secretario General no está de acuerdo con ese sentimiento. Este hombre podría ser un

héroe mucho más grande de lo que usted cree, para su país y para el mío. Dígame, general, ¿en cuántas batallas ha combatido usted? ¿Cuántas heridas ha recibido por su país? ¿Puede realmente mirar a ese hombre y llamarlo traidor? En todo caso… — Ryan hizo una seña al suboficial, quien cerró el ataúd. Cuando hubo terminado, otro infante de marina lo cubrió con una bandera soviética. Se presentó un pelotón de fusileros y formaron en la cabecera de la tumba. Ryan sacó un papel del bolsillo y leyó las menciones sobre Misha por valor. Los fusileros levantaron sus armas y dispararon sus salvas. Un clarín dejó oír un toque de silencio.

Dalmatov adoptó la posición de firme y saludó. Ryan pensó que era una lástima tener que hacer esa ceremonia en forma secreta, pero su sencillez contribuyó a hacerla digna, y eso al menos era lo que correspondía.

—¿Por qué aquí? —preguntó Dalmatov después de finalizada.

—Yo hubiera preferido Arlington, pero en tal caso alguien podría haberlo advertido. Justo en lo alto de esas colinas está el campo de batalla de Antietam. En el día más sangriento de nuestra guerra civil, las fuerzas de la Unión rechazaron la primera invasión de Lee después de una desesperada batalla. Simplemente pareció ser el lugar indicado —dijo Ryan—. Si un héroe debe tener una tumba sin identificación, debe estar por lo menos cerca de donde cayeron sus camaradas.

—¿Camaradas?

—De una u otra forma todos luchamos por aquellas cosas en las que creemos. ¿Acaso no nos da eso algo en común? —preguntó Jack. Se alejó caminando hacia su automóvil y dejó a Dalmatov sumido en la idea.

Reconocimientos

Si alguna vez hubo un buen ejemplo de aquello de «echar margaritas a los cerdos», se lo podrá encontrar en los esfuerzos de numerosos miembros de la comunidad científica que se empeñaron en explicar a este escritor los aspectos teóricos de la ingeniería de defensa estratégica. A George, Barry, Bruce, Russ, Tom, Danny, Bob y a Jim les debo mi más profundo reconocimiento. Pero también se lo debe una nación y, algún día no muy lejano, todo un mundo.

Mi especial agradecimiento, además, para Chris Larsson y la Red de Informaciones Especiales, cuyas «imágenes de allá arriba», generadas comercialmente, fueron lo suficientemente buenas como para poner nerviosos a unos cuantos, y esto es sólo el comienzo…

THOMAS LEO CLANCY JR. Baltimore Estados Unidos, 12 de abril de 1947. Escritor americano, es un autor conocido por sus novelas de suspense y espionaje, muchas de las cuales se han convertido en auténticos superventas y han sido adaptadas al cine y al mundo del videojuego. Licenciado en Literatura Inglesa, Clancy comenzó su andadura como escritor en 1984 con La caza del Octubre Rojo, la primera, además, con Jack Ryan como personaje protagonista y que marcaría el estilo, lleno de conjuras políticas y enfrentamientos militares, característico de su obra. Clancy, con sus doce novelas y numerosos libros de ensayo sobre inteligencia y armamento militar, es un habitual en los tops de ventas del New York Times o USA Today. Además de las películas, las obras de Clancy dieron lugar a la serie de videojuegos Rainbow Six, HAWX o Splinter Cell, entre otros, y a la franquicia de libros OP-Center.

Notas

[1] <<